Los grandes problemas de México

▪ XVI ▪

CULTURAS E IDENTIDADES

Roberto Blancarte

coordinador

Los grandes problemas de México

▪ XVI ▪

CULTURAS E IDENTIDADES

Los grandes problemas de México

Coordinadores generales
Manuel Ordorica y *Jean-François Prud'homme*

▪ XVI ▪

CULTURAS E IDENTIDADES

Roberto Blancarte
coordinador

EL COLEGIO DE MÉXICO

320.972
G752
v. 16

Culturas e identidades / Roberto Blancarte, coordinador -- 1a. ed. -- México, D.F. : El Colegio de México, 2010
483 p. ; 22 cm. -- (Los grandes problemas de México ; v. 16)

ISBN 978-607-462-111-2 (obra completa)
ISBN 978-607-462-128-0 (volumen XVI)

1. Características nacionales mexicanas. 2. Identidad colectiva -- México. I. Blancarte, Roberto, coord. II. t. (serie)

Primera edición, 2010

DR © El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-111-2 (obra completa)
ISBN 978-607-462-128-0 (volumen XVI)

Impreso en México

ÍNDICE GENERAL

Presentación 9

Introducción general 11
Roberto Blancarte

1. De *tapados* y *acarreados* a *candidatos* y *electores*: ¿democratización o fragmentación de las culturas e identidades político-partidistas en México? 29
Willibald Sonnleitner

2. De las variedades de la experiencia protestante 65
Carlos Monsiváis

3. Las identidades religiosas de los mexicanos 87
Roberto Blancarte

4. La institucionalización de los derechos humanos. Reflexiones en torno a la sociedad civil y los organismos públicos de derechos humanos 115
Emilio Álvarez Icaza Longoria

5. El reto de la "cultura policial" en la democratización de las policías mexicanas 149
Carlos Silva Forné

6. Culturas e identidades en el México actual. El Ejército, aglutinante y soporte de una nación en constante crisis 185
Javier Ibarrola

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

7. Cultura, identidad y trabajo. Recuentos, desencuentros y nueva síntesis 209
Rocío Guadarrama Olivera

8. Empresarios regionales: identidad y cultura 239
Luis Alfonso Ramírez Carrillo

9. La frontera norte: estereotipos y representaciones 271
José Manuel Valenzuela Arce

10. Auge y forja de identidades sociales en el sur de México 295
Rodolfo Casillas R.

11. Bosquejo para entender las identidades regionales 319
Carlos Martínez Assad

12. Transformaciones y continuidades en las elaboraciones identitarias a partir de la música y el baile. Los fenómenos de los sonideros y los "saludos" tras 200 años de fiesta popular 351
Darío Blanco Arboleda

13. La invención del intelectual en México 379
Guillermo Zermeño

14. El cine mexicano en la encrucijada de las nuevas identidades 405
Eduardo de la Vega Alfaro

15. Lamento por una (o varias) identidades perdidas: nacionalismo, cultura e identidad en el siglo XX mexicano 431
José María Espinasa

16. Apuntes para una historia de la cultura mexicana en el siglo XX 453
Gerardo Estrada Rodríguez

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

PRESENTACIÓN

Este libro forma parte de una colección de 16 volúmenes en los cuales se analizan los grandes problemas de México al comenzar el siglo XXI y se sugieren algunas ideas acerca de las tendencias de su desarrollo en el futuro cercano. La realización de este proyecto ha sido posible gracias a la colaboración de un grupo de investigadores, quienes con su experiencia académica enriquecen el conocimiento en torno a la situación actual de nuestro país. Los temas que se abordan son: población, desarrollo urbano y regional, migraciones internacionales, medio ambiente, desigualdad social, movimientos sociales, educación, relaciones de género, economía, relaciones internacionales, políticas públicas, instituciones y procesos políticos, seguridad nacional y seguridad interior, y culturas e identidades. El Colegio de México continúa así su tradición de publicar obras colectivas y multidisciplinarias para comprender mejor la sociedad mexicana y los problemas que enfrenta hoy día. Ésta es nuestra manera de participar, desde el ámbito académico, en la conmemoración del bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución. Agradecemos a la Secretaría de Educación Pública el apoyo para la realización de este proyecto.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

EL COLEGIO DE MÉXICO
70 AÑOS 1940-2010

INTRODUCCIÓN GENERAL

En las últimas décadas del siglo XX y la primera del XXI, México ha dejado paulatinamente de ser un país que pretende fortalecer su cultura e identidad nacional, en singular, y ha comenzado a ser uno que reconoce de manera creciente su diversidad cultural e identitaria. Se transitó así de lo único a lo plural, de lo monolítico a lo múltiple, de "la" cultura y "la" identidad a "las" culturas y "las" identidades. No es que México hubiera sido alguna vez un país culturalmente compacto e indiferenciado ni que sus pobladores tuvieran una sola identidad. Eso hubiera sido el sueño de muchos, desde aquellos que en la época de la Independencia pretendieron dársela a partir de la religión católica, como lo único que aparentemente podía permitírselos, hasta los que, un siglo después, pensaron en una raza cósmica, mestiza, crisol de todas las anteriores y base para el desarrollo nacional, o los que, ya en pleno siglo XX, construyeron estereotipos para crear el modelo de mexicano y de mexicana. El cambio no está en la situación real del país, sino en la toma de conciencia de la misma. Pocos y cada vez menos pretenden ahora que México sea una nación monolítica en términos étnicos, sociales, religiosos, políticos o culturales. No quiere decir esto que, en la práctica, se hayan abandonado viejas maneras de percibir lo mexicano, lo nacional y lo extraño o extranjero; que algunos continúen actuando como si en el país no hubiera diferencias. Persiste la pretensión entre ellos de asumir que todos deben creer lo mismo, pretender una sola forma de sociedad, compartir una visión política homogénea o tener las mismas prácticas y preferencias sexuales, e incluso ser todos iguales, no en derechos sino en condición existencial. Y sin embargo, a pesar de que nuestra cultura proviene de raíces intolerantes, en la sociedad mexicana se abre camino la noción de que la verdadera igualdad solamente se alcanza con el reconocimiento de la diversidad.

Cualquiera que sea la definición de cultura o de identidad (y en este libro el lector encontrará muchas), una cuestión resulta evidente: ninguna

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

sociedad permanece sin cambios a lo largo del tiempo ni la cultura ni la identidad de los pueblos y los individuos están al margen de transformaciones mayores o menores. En algunos casos, los cambios parecen lentos o inexistentes; en otros, acelerados y muy notorios. Casi siempre el vino nuevo se almacena en barricas viejas e incluso en cambios revolucionarios el antiguo régimen sobrevive, por lo menos en forma residual. La cultura es una de las características de la sociedad que más perdura y que se transforma con mayor lentitud. Pero hay ocasiones en las que los cambios son abruptos y conducen a saltos culturales trascendentales y a mutaciones identitarias relevantes.

Las sociedades requieren, de cualquier manera, de símbolos y rituales colectivos para mantenerse como tales. Y aunque un modelo ciertamente se ha desmoronado, otro u otros van surgiendo para remplazarlo. Al mismo tiempo, las adscripciones e identidades no se asumen como necesariamente idénticas. El sentido de pertenencia de las personas no pasa necesariamente por una sola forma de adscripción. En el mundo moderno, los individuos mezclan tradiciones diversas, con distintos orígenes y construyen narrativas para explicarse la complejidad y equilibrar identidades múltiples en el contexto de una sociedad en permanente cambio. La cultura es como una caja de herramientas que permite al individuo tomar decisiones a partir de la concepción que se ha hecho de sí mismo, siempre en un marco social específico que le permite establecer una memoria. La cultura, en su sentido más amplio, ofrece sentido y pertenencia, en la medida en que el individuo se identifica con una colectividad y sus acciones tienen sentido en dicho contexto. Aun así, no todas las identidades se transforman en comportamientos. De allí que resulte crucial conocer qué lo mueve y cómo interactúa con su comunidad o con la sociedad en la que está inmerso.

En el caso de México, es evidente que "la cultura", la cual por lo demás no existió más que en el sueño de algunos, se reconoce cada vez más como un mosaico multicromático y que las identidades que de ella surgen son mucho más complejas y cambiantes que las percibidas hasta hace poco tiempo. A juzgar por el conjunto de contribuciones de este libro, se podría aventurar la hipótesis de que en nuestro país los cambios en los últimos cuarenta o cincuenta años han sido acelerados y profundos, sin que por ello hayan desaparecido algunos rasgos que hasta ahora han definido a la sociedad mexicana, en toda su extensión y variedad. No sólo el régimen revolucionario se agotó, dando paso a un lento y naturalmente inacabado proceso de democratización de las instituciones políticas, sino que también

otros cuasi-monopolios o hegemonías se agotaron y las tradicionales relaciones económicas cambiaron. La globalización vino a completar un proceso ya iniciado en el terreno económico y social, con sus consecuencias para la cultura y la identidad nacionales, sin que por ello la vieja cultura haya desaparecido totalmente. De esa manera, el predominio absoluto del partido dominante, traducido en la noción del "carro completo", se fue desvaneciendo hasta desaparecer, aunque ello no implica que el PRI dejara de existir o incluso de gobernar en la mayoría de los estados. En forma similar, en estas últimas décadas, la casi absoluta mayoría católica le dio paso a minorías crecientes, debilitando la vieja concepción de un país católico, pero sin desmantelar por completo el entramado social y cultural que permite su continuidad hegemónica. Igualmente, empresarios, obreros y trabajadores tuvieron que redefinirse, en la medida en que las viejas relaciones laborales no respondían a la nueva situación creada por los cambios en el terreno económico. Toda la sociedad mexicana, en suma, cambió y lo hizo de manera rápida, mucho más que en los siglos anteriores. Las expresiones culturales también lo hicieron, a pesar de la tensión permanente entre el modelo establecido por el régimen de la Revolución y las necesidades de expresión de todos aquellos sectores que, sin renegar del mismo, observaban su inevitable decadencia.

No está claro si hemos entendido la magnitud y sentido de esos cambios sociales. Este volumen pretende emprender un camino en la comprensión de los mismos. Los temas analizados no son ciertamente los únicos ni necesariamente los que mejor permiten llevar a cabo dicha tarea. Pero sí hacen posible, por lo menos, intuir la profundidad de un cambio cultural e identitario en proceso desde hace algunas décadas.

El capítulo de Willibald Sonnleitner se interroga sobre lo que ha sido un cambio profundo del sistema político institucional, al transitar éste de un autoritarismo con un partido dominante hacia "una poliarquía cada vez más competitiva y plural" y se interroga igualmente sobre si puede hablarse de una democratización de la(s) cultura(s) e identidades políticas y partidistas de los mexicanos o se trata más bien de una fragmentación de éstas, como resultado de la descomposición del antiguo régimen autoritario. Para Sonnleitner, luego de su paso por el régimen nacional-revolucionario, la sociedad mexicana se caracteriza hoy en día por una creciente diversidad de identidades fluctuantes y por una pluralidad de comportamientos políticos, "que no coinciden exactamente con ellas ni obedecen tampoco estrictamente a divisiones socioeconómicas". El autor señala también que la re-

afirmación de los liderazgos personalizados, carismáticos y caudillistas en este contexto de creciente fragmentación de las lealtades políticas tradicionales "también pudiera dar lugar a una 'desalineación' y a una reducción durable de las identificaciones partidistas".

Para Sonnleitner en México siempre ha existido y sigue vigente e intacta en la actualidad una tensión entre un discurso republicano igualitarista y legalista, al mismo tiempo que una exigencia difusa de limitar los alcances y capacidades del Estado. En cualquier caso, el autor considera que la política no hace más que reflejar las características de una sociedad y la mexicana "es demasiado diversa y compleja para reducirse a los modelos existentes de las cultura(s) e identidades, que se forjan —al mismo tiempo que influyen— en las relaciones de poder".

Carlos Monsiváis, por su parte, rememora la historia de un protestantismo que nació liberal y en un momento en el que la opción religiosa formaba parte de una elección política y moral, pero que no predomina ahora sobre otras "experiencias profundas del cristianismo 'revisitado'". El autor conecta la intolerancia doctrinal del siglo XIX con la que todavía se conoce hoy, pese a la cual los protestantes se han abierto camino, con la triple meta de garantizar el respeto a la ley, establecer las tradiciones que vertebren sus comunidades y "convencerse a sí mismos del carácter respetable de sus creencias". En un contexto cultural en el que se les elimina de "la" identidad nacional, en el siglo XX, ellos terminan por excluirse al mismo tiempo que son excluidos. Esta "pertenencia marginal a la nación" constituirá uno de sus rasgos principales. Al decir del autor, "ya 'desnacionalizados' los protestantes aceptan la sentencia y de varias maneras se consideran mexicanos de tercera. Su "lejanía cismática de la nación es a tal punto extrema que en buena medida todavía perdura". En su clásico estilo, Monsiváis afirma que en México "el Estado es laico, pero distraído, y no se fija en los métodos que suprimen las herejías". Dicho autor documenta, por lo demás, persecuciones, hostigamientos y la abierta intolerancia que en no pocas ocasiones conducen al asesinato tolerado. A la acusación de extranjerizantes y sometidas a los dictados del imperialismo misionero yanqui, a las iglesias protestantes se les agrega el peyorativo término de "sectas", con apoyo de más de un antropólogo de izquierda. A pesar de todo, Monsiváis identifica un cambio a partir de la década de los setenta: creciente pluralidad y mayor tolerancia se acompañan de la dilución del espíritu cívico de los protestantes, asumiendo en algunos casos formas conservadoras. En cualquier caso, nadie para a la jerarquía

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

católica en sus perennes declaraciones de intolerancia, como nadie detiene las conversiones.

En mi texto sobre la identidad religiosa de los mexicanos, pretendo demostrar precisamente el proceso que ha conducido a México de ser un país con un cuasi monopolio religioso hasta 1950, a uno de pluralidad en materia de creencias y de adscripciones religiosas. Así, hasta hace pocos años prácticamente todos los mexicanos eran católicos y no se cuestionaban acerca de otra posible identidad religiosa. La disidencia en materia de creencias era cuestión de una minoría, tolerada como parte de la lógica liberal. Las nociones de pluralidad, tolerancia, respeto, diversidad y otras similares se han lentamente incorporado a la cultura nacional.

Por lo demás, el verdadero competidor de la Iglesia católica en materia de convicciones fue el naciente Estado laico, siendo una institución que disputaba la identidad nacional por medio de una adscripción a ideales seculares, con una poderosa simbología, capaz de competir por lealtades, sobre todo políticas. De esa manera, en el catolicismo mexicano hay una percepción de triple transformación: 1] como resultado de la drástica reducción relativa de miembros de la Iglesia; 2] debido en particular a la secularización creciente de la sociedad, anclada en este proceso llamado "de diferenciación social", en el que se distinguen las esferas política, económica, cultural o científica de la religiosa y, 3] en tanto que reducción de la importancia política de la institución católica, en el contexto de un proceso de laicización de las instituciones del Estado.

Las encuestas nos muestran a una población católica secularizada, que vive en un mundo con esferas diferenciadas de la política y la religión, de las competencias del Estado y de las iglesias y de los ámbitos público y privado. Como consecuencia de ello, los católicos muestran también una enorme brecha entre la doctrina y la visión de la enorme mayoría de ellos en tanto que fieles laicos. En el campo evangélico, donde antes se podía establecer una relación de identidad entre el protestantismo y el liberalismo, la influencia conservadora de muchas iglesias estadounidenses, sobre todo en temas de salud sexual y reproductiva, ha terminado por incidir en los posicionamientos públicos de muchas iglesias evangélicas mexicanas. Otras minorías de todos colores son parte de esta misma tendencia a la progresiva manifestación de una pluralidad religiosa y la necesidad de reconocer la diversidad de culturas en una misma nación. En ese contexto, la pluralidad religiosa se torna una realidad creciente, aunque no totalmente reconocida.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Para Emilio Álvarez Icaza, durante la segunda mitad del siglo XX, a lo largo de todo el país, la sociedad civil mexicana protagonizó diversas movilizaciones sociales mediante las cuales logró colocar en el espacio público el tema de los derechos civiles, políticos, económicos, sociales, culturales y ambientales, pudiendo de esa manera impulsar su reconocimiento. Ello habría permitido una transformación importante del Estado mexicano, en el cual los derechos humanos adquirieron un estatus de legitimidad que penetra las estructuras jurídicas, institucionales y culturales en México. Lo anterior se debió, según este autor, no sólo a factores externos, como las presiones internacionales hacia el gobierno mexicano ante la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, en un entorno internacional en donde el tema de los derechos humanos adquiría cada vez mayor relevancia, sino también a las exigencias legítimas de la sociedad mexicana por una auténtica democracia en un contexto de creciente pluralidad política y movimientos sociales que desde los años cincuenta comenzaron a manifestarse de manera independiente en favor del reconocimiento de sus derechos. Según Álvarez Icaza, la institucionalización de los derechos humanos en México se ha generado como resultado de tres diferentes procesos: 1] mediante la incorporación de tratados internacionales de derechos humanos, como derecho interno; 2] con la creación de los organismos públicos de derechos humanos (OPDH) y de otros organismos de Estado que abordan derechos humanos específicos y, 3] mediante la creación de una cultura de los derechos humanos en el Estado mexicano, según la cual dichos derechos son criterios de la legitimidad de la democracia en las sociedades contemporáneas. Álvarez Icaza señala también que esta noción incluye algunos derechos que no habían sido considerados en años anteriores, como el derecho a un medio ambiente sano, el derecho al agua, los derechos sexuales y reproductivos, el acceso a la información pública y el derecho a la no discriminación, así como a una diversidad de sujetos sociales que unas décadas atrás no aparecían en los temas del espacio público. Dicho autor refiere que, sin embargo, "los avances institucionales y sociales no se han logrado traducir en un cese total de las vejaciones a los derechos humanos en México", por lo que hoy enfrentamos grandes desafíos y existe una agenda pendiente que incluye la necesidad de la adecuación de la normatividad mexicana a los más altos estándares internacionales vigentes, con el objeto de seguir impulsando la consolidación de nuestra democracia.

Carlos Silva, en su contribución sobre la cultura policial, señala a las fuerzas de seguridad y en particular a las policías como una de las institu-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

ciones públicas más relevantes para la consolidación democrática y, sin embargo, al mismo tiempo más resistentes a cambios sustanciales en su lógica de funcionamiento. Dicha centralidad, según este autor, no hace sino destacar más el abandono que sus instituciones han vivido tradicionalmente, a pesar de los constantes incrementos presupuestales y, en particular, de las condiciones de vida y de trabajo de sus integrantes. De acuerdo con Silva, los primeros balances sobre las corporaciones policiales mostraron "grandes rezagos en su desarrollo profesional, malas condiciones de trabajo, alta participación en distintas formas de corrupción e ineficacia en los objetivos directamente vinculados con el combate al delito y la seguridad de la población". A su vez, el mayor escrutinio también se ancla en la preocupación por los abusos y violaciones a los derechos humanos. Las instituciones policiales se revelarían, así, "como una parte más de un Estado tradicionalmente patrimonialista, clientelar, atravesado por distintos vínculos personales y grupales". De esa manera, hablar de cultura policial es hacer referencia a una imagen ya establecida, en cierto sentido estereotipada y homogénea: brutalidad, corrupción, secretismo, machismo y el valor de la acción por sobre la intelección de los problemas. Sin embargo, en opinión de Silva, si se va más allá de una descripción ya cristalizada, es un concepto útil al relacionarlo con los ambientes *ocupacional* y *organizacional* de la vida policial. En el entorno ocupacional, es decir, el espacio de relación con la comunidad, se mencionan tres rasgos: peligro, mantenimiento de su carácter de autoridad y la exigencia de obtener resultados. Así, comprensiblemente, desde la perspectiva policial, los defensores de los derechos humanos, catalogados como personas influyentes, aparecen como un enemigo más que conviene evitar. Resulta entonces claro para el autor que el discurso de los derechos humanos "no logra interpelar a los policías como un posible aliado, aunque vive cotidianamente en su ambiente laboral diversas carencias al respecto". Carlos Silva afirma también que las prácticas que actualmente producen y reproducen a las instituciones policiales han sido posibles y se han consolidado históricamente en buena medida a partir de un gran nivel de autonomía y desinterés, social y político. Ese grado de autonomía explicaría en buena medida el desarrollo de grupos y redes dedicadas a prácticas corruptas y delictivas en su interior.

Javier Ibarrola desarrolla un texto en el que privilegia la perspectiva que desde el Ejército y las Fuerzas Armadas, en general, se tiene de su participación en el desarrollo nacional. En un breve recorrido por el papel que ha desempeñado en la historia, el autor concluye que los militares han te-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

nido casi siempre un papel preponderante hasta un momento en que "los intereses de civiles y miliares dejaron de ser comunes". A pesar de todo, el autor sostiene que actualmente el Ejército se considera a sí mismo un instrumento que robustece el Congreso y los tres poderes de la Unión y se ha convertido en "un factor real de poder dentro del sistema político mexicano". Ibarrola describe también los intentos que la jerarquía católica mexicana ha hecho para evangelizar las Fuerzas Armadas, a través de una pastoral militar, teniendo éxito únicamente entre la Marina-Armada de México.

En materia política, Ibarrola señala que de cualquier manera, militares y civiles seguirían caminando juntos en aparente armonía, con base en un régimen de privilegios para los altos jefes del Ejército, hasta que en un cierto momento, en la segunda mitad del siglo XX, "los intereses de militares y civiles dejaron de ser comunes, y surgió entre ellos un sentimiento de recelo y hasta de temor al contagio", entre el mundo civil y el militar, aunque siempre en el apego a la constitucionalidad. Los militares no dejan de resentir por ello el manejo personalizado del gobierno y los requerimientos que se les hacen fuera de sus atribuciones normales. Puestas frente a continuas tentaciones políticas, las Fuerzas Armadas tratan de resistirlas porque saben del desgaste que ello les provocaría. Ibarrola repite lo que ha sido en este sentido el discurso permanente de éstas: "Las Fuerzas Armadas no otorgan avales autoritarios ni buscan arribismos anticonstitucionales, ni jamás han constituido una amenaza para la sociedad a la cual sirven", pero tampoco están dispuestas a pagar facturas que no les corresponden. Por esta y otras razones, el autor recuerda que algunos piensan en la necesidad de modernizar a las Fuerzas Armadas dentro del esquema de la reforma del Estado y en virtud de que en México la democracia no sería posible sin su participación activa.

En su contribución sobre los cambios en los contenidos atribuidos al concepto de cultura cuando se refiere al trabajo, Rocío Guadarrama señala "que actualmente se vive un momento de síntesis entre las primeras visiones que en México se inclinaban a considerar a la cultura del trabajo como un rasgo determinado por las condiciones materiales de las clases dominadas, en particular de la clase obrera industrial, y las que hoy en día reconocen en la cultura un proceso simbólico de constitución de sujetos laborales". Se trata de cambios trascendentales en los paradigmas productivos, como la reestructuración productiva, la flexibilización del trabajo y la globalización, acompañados por la heterogeneidad laboral y la precarización del trabajo. La autora rememora los grandes ejes conceptuales de la noción

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

de cultura obrera, muestra la ampliación disciplinaria de este campo de estudio y la apertura del concepto de cultura obrera al de cultura laboral, que va de la mano de las mezclas y síntesis culturales producidas por la globalización, la flexibilización y la feminización de los procesos productivos a finales del siglo pasado y busca fundamentar lo que desde su punto de vista constituye una línea novedosa de investigación dentro de los estudios de cultura y trabajo en México, al retomar elementos de los conceptos anteriores y fundirlos en la idea de identidad laboral, "en un contexto de crisis profunda de los paradigmas productivos signados por la terciarización de las economías, las contradicciones entre la precarización laboral y las exigencias de calificación del trabajo y las dificultades de conciliación entre empleo y vida familiar, vida profesional y vida privada". Para la autora, hacia finales de los años ochenta, el concepto de cultura obrera se vio desbordado por una realidad que planteaba una pluralidad de actores y espacios laborales, por nuevas formas de relaciones sociales en los que la empresa y su cultura tenían una presencia destacada en el discurso gerencial y por la feminización de la fuerza de trabajo, que obligaba a repensar la relación entre producción y reproducción. Rocío Guadarrama muestra que hacia finales de la década de los noventa el actor laboral mismo estaba sufriendo cambios significativos, "equivalentes a los que se observaban en la estructura organizativa de las empresas, profundamente alterada por la globalización". La autora reitera que, en este contexto, el término "cultura obrera" resultaba limitado en su poder explicativo, por lo que se empezó a hacer referencia a actores y culturas laborales. Otras cuestiones novedosas en la discusión de esos años fueron las identidades ocupacionales y de género, así como el mundo de la empresa. Guadarrama señala que este conjunto de investigaciones, coincidían en subrayar tres rasgos fundamentales: 1] la interconexión global de los procesos productivos y la flexibilización de la mano de obra; 2] la existencia de tantas culturas como formas de adecuación de los modelos productivos dominantes a las realidades socioculturales concretas, y 3] la diversidad de prácticas de los actores laborales y de sus espacios de significación, situados entre la producción y el consumo, el momento de trabajo y el tiempo de ocio, la organización de la producción y la organización del mundo doméstico de la reproducción. Finalmente, el nuevo siglo se habría caracterizado por los esfuerzos conceptuales en dos campos: el primero de ellos propuso nuevas herramientas para interpretar los significados de la cultura en las circunstancias abiertas por la globalización, mientras que el otro se apoyó en las teorías sociológicas so-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

bre sujeto, subjetividad, identidad y género para abordar los procesos sociales de constitución de los actores laborales y las contradicciones entre el mundo del trabajo y los espacios reproductivos.

En su contribución sobre los empresarios regionales, Luis Alfonso Ramírez plantea que, ante los cambios globales en el capitalismo contemporáneo, los empresarios enfrentan el reto de construirse de manera acelerada una nueva identidad socioprofesional, a partir de su mexicanidad. Concluye que son los empresarios de centro-occidente —y en especial, los del centro (Distrito Federal, Valle de México)— los que han incorporado con más rapidez los ideales asociados a la empresa moderna. Por su parte, los empresarios norteños son más diversificados y, pese a identificarse con el mundo de los negocios estadounidense, se muestran muy nacionalistas y apegados a principios éticos y, "al menos en el nivel del discurso, a los valores de la empresa familiar". Los empresarios del sur y sureste de México, por su parte, "tan débiles como sus mercados internos", recurren a la cultura corporativa y a redes clientelares y reproducen una cultura empresarial políticamente dependiente de la intermediación del Estado.

El autor analiza también los campos sobre los que se construyen estas diferencias: 1] el histórico, que establece las condiciones y los límites en que operan las empresas regionales; 2] el de las formas de organización de la familia y el parentesco; 3] el del poder político, y 4] el administrativo-organizacional, que se ocupa de la competitividad formal de las empresas ante el mercado. Para Luis Alfonso Ramírez "lo que expresan las diferencias regionales de la cultura empresarial mexicana, cuando privilegiamos su dimensión socioprofesional, son las posibles causas de su distinta competitividad y la preocupación por ésta proviene de constatar que el empresario no está teniendo éxito para impulsar el desarrollo del país y generar riqueza y empleos en una sociedad globalizada". Desde ese enfoque, dice el autor, se "culpa" de esta falta de éxito a la identidad, como una manifestación estructurada de la cultura y se supone que ejerciendo algún tipo de manipulación, en especial de carácter educativo y formativo sobre ella, se lograrán modificaciones que deriven en una mayor competitividad. Pero dicho enfoque "la limita a una dimensión utilitaria e instrumental y esconde los aspectos relacionados con la cultura y la reproducción social concebida en términos amplios, más allá de la racionalidad económica". Por eso, señala Ramírez, en la medida en que el ambiente empresarial mexicano es heterogéneo, como las culturas que en él encontramos, el éxito empresarial depende en buena medida de la capacidad de integrar lo nuevo con lo viejo,

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

como una batería de creencias y prácticas muy amplias, que es como se construyen las actuales culturas empresariales mexicanas.

En su texto sobre la frontera norte, José Manuel Valenzuela Arce sostiene que ésta ha sido frecuentemente interpretada desde el prejuicio y el estereotipo, el racismo o el estigma, mismos que se han fortalecido con nuevos referentes, tales como los feminicidios en Ciudad Juárez, los más de 4 500 migrantes muertos en su intento por cruzar la frontera y los miles de ejecutados y asesinados en medio del combate al narcotráfico. Para el autor, en cualquier caso, "interpretar la frontera implica reconocer su paradójica centralidad dentro de los procesos globales que definen al mundo contemporáneo".

Desde la perspectiva de algunos, la frontera es sinónimo de barbarie y de problemas, llámense drogas, braceros o enfermedades. Para otros las fronteras no deben ser interpretadas como amenaza, sino como oportunidades de nuevas formas de relacionarse. Valenzuela opta por analizar la frontera "no como región geográfica, sino como intersticio o ámbito de relaciones humanas intensas que participa en la definición de identificaciones, diferencias y alteridades". Desde esa perspectiva, la frontera, que es cada vez más densa por efecto de las comunicaciones, formación de comunidades transnacionales y nuevos campos interculturales, es también terreno de disputa entre discursos que legitiman o cuestionan los estereotipos señalados. Valenzuela afirma la necesidad de avanzar en el conocimiento de los impactos de cambio y redefinición provocados por la migración en las relaciones transfronterizas. Esta densidad de las relaciones sociales que caracteriza a la frontera, con más de 300 millones de cruces, incluye todo tipo de transacciones, desde las comerciales hasta las artísticas, aunque también todo tipo de desencuentros. Desde estas nuevas formas de convivencia social "se conforman nuevos referentes de identificación imaginada, en los que la nación simbolizada adquiere otras formas de expresión". En opinión de Valenzuela estos procesos nos obligan, al reflejarnos, a observar y observarnos en la alteridad de otras miradas.

Rodolfo Casillas, en su texto sobre el auge y forja de las identidades sociales en el sur de México, señala que las identidades y culturas *de* y *en* la frontera sur tienen una especificidad por sus componentes étnico-culturales, que adquieren otra dimensión al relacionarlas con el poder estatal. En este caso, señala dicho autor, las identidades y culturas de ese sur mexicano "tienen relaciones de subordinación regional a propósitos nacionales como la independencia y soberanía nacionales, la seguridad nacional, la ciudada-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

nía nacional con sus elementos homogeneizantes, y la *asimilación* de las etnias locales y poblaciones extranjeras avecindadas en el país". La frontera sur de México, nos dice, es un espacio social en el que se conjugan poblaciones prehispánicas con otras de data colonial y, más recientemente, con desplazamientos humanos continuos, que también le dan el paso a culturas e identidades nacionales de Centroamérica y de otras latitudes.

Para algunos la llegada masiva de refugiados guatemaltecos y de pluralidades cristianas durante las décadas de los años setenta y ochenta vulneraban la identidad y la cultura nacionales. Durante el último decenio del siglo XX y en el inicio del XXI, el auge del tráfico de personas, de drogas y de armas habría mostrado el lado oscuro de la región fronteriza. Igualmente, en esa frontera, las generaciones de jóvenes inmigrantes no tienen identidad social asociada a la tierra, pero tampoco cabida en la sociedad del conocimiento. Para el autor no es de extrañar, en consecuencia, que sus elementos identitarios y culturales sean nutridos por la amplia gama de violencia social.

Por otra parte, las tentativas federales de imponer un modelo de ciudadanía único han fracasado ante el vigor y persistencia de la multiplicidad de pueblos, culturas e identidades regionales vigentes en el sur de México. Casillas señala también los problemas del medio ambiente fronterizo y los riesgos y la vulnerabilidad de los poblados frente a los fenómenos naturales, lo cual se aúna a graves rezagos jurídicos, presupuestales y de actuación institucional. Ante dicho escenario, el autor se pregunta qué identidades y culturas nos vinculan como conjunto nacional, respondiéndose que "quizá la enseñanza histórica esté en la pervivencia y vitalidad mostradas por las identidades y culturas regionales" y señala que "quizá también el Estado mexicano haya encontrado, sin así proponérselo, una fortaleza en esa pluralidad que en otras épocas intentó combatir".

Carlos Martínez Assad lleva a cabo un bosquejo para entender las identidades regionales en busca de una diversidad negada, a pesar de tempranos cuestionamientos. El autor señala que sólo pretende demostrar en su texto las tendencias en los cambios ocurridos en los últimos años y su incidencia en el proceso de democratización de la sociedad, definida con los valores cívicos como la tolerancia, la justicia y la pluralidad. La búsqueda de la identidad llevada a cabo por muchos intelectuales en el pasado, no vino acompañada por un interés en encontrar las características regionales que daban identidad a los mexicanos. Martínez Assad señala que "sólo muy recientemente, después de la reforma a los libros de texto en 1992, se pensó en introducir en ellos la diversidad regional en diferentes libros que

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

abordaran la singularidad de cada una de las 32 entidades federativas". Y en el caso de la recuperación de las expresiones étnico-culturales se haría posible a partir del movimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, el cual "recordó a los mexicanos que los indios existían".

El autor señala también que "el reconocimiento de nuevas religiosidades en el país enunció un país diferente al que se venía pensando", aún si la intolerancia permaneció, pero al mismo tiempo que la ley y los derechos se afianzaron. Algo parecido, señala el autor, sucedió en 1988, parteaguas entre el México de la dominación del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y un país diverso en términos partidistas. De esa manera, "en pocos años, México pasó de estar identificado por medio de la educación nacionalista, de la religión católica y del sistema priista, por un amplio espectro de posibilidades en lo educativo, en lo religioso y en lo político".

Las identidades en México se han multiplicado y, de acuerdo con este autor, ha surgido no solamente una identidad más compleja, sino una diversidad de identidades superpuestas, por lo que puede concebirse una identidad integrada por múltiples pertenencias. Y así, de la misma manera que la identidad nacional se construye y se destruye para volverse a construir, las entidades regionales pasan por un proceso semejante, por lo que aún es necesario avanzar en la caracterización cultural de esa doble identidad y sus efectos.

En su contribución sobre las transformaciones y continuidades en las elaboraciones identitarias a partir de la música y el baile en México, Darío Blanco señala que éstas son paralelas a las trasformaciones y revoluciones sociales, ya que "las principales influencias se movilizan de los estereotipos nacionales y regionales a los medios de comunicación masiva y a la cultura de consumo". El autor realiza un recorrido histórico para mostrar cómo a través del baile se manifiesta una resistencia a la cultura europea dominante desde la época colonial hasta el presente. De esa manera, ya en el siglo XX, "el baile como comportamiento cultural, como rito laico, se incorpora definitivamente en las celebraciones de los mexicanos, convirtiéndose en piedra angular de la identidad popular, de la familia y de la comunidad". Sin embargo, la modernidad elimina los grandes salones de baile populares. Ante la reducción de estos espacios y las muy escasas alternativas de recreación cultural para los grupos populares, surgen y se consolidan los muy actuales bailes callejeros con sonidos. De esa manera, los bailes populares de "sonidos" y la música caribeña se han convertido en referentes esenciales de las identidades populares mexicanas. Al mismo tiempo, estos

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

bailes populares se constituyen también como espacios de respeto y tolerancia social hacia grupos *gays*, así como en referentes identitarios para las minorías que se encuentran al otro lado de la frontera. El baile, nos recuerda el autor, "es un espacio donde se pueden retar y romper las restricciones del poder, sea éste encarnado por funcionarios virreinales, la Iglesia, las dictaduras, la familia, el Estado o el patriarcado". Así, en una época en la que los mensajes de los medios masivos de comunicación y la cultura del consumo conducen a la fragmentación y el individualismo, erosionando algunos de los tradicionales espacios de socialización, la música y el baile popular rompen —y van a contracorriente— de esta inercia.

Guillermo Zermeño, por su parte, analiza el tema del intelectual como fenómeno sociocultural propio del siglo XX. En México, nos dice el autor, este concepto habría aparecido hasta la década de 1920. De manera distinta al "pensador" del siglo XIX, el intelectual "se define en principio como un hombre de letras y de cultura que remeda a la época del humanismo y, sólo posteriormente y según las circunstancias políticas, se podrá concebir como un hombre que puede tener influencia social y política". De esa manera, el intelectual girará "alrededor de la bipolaridad entre contemplación y activismo", a lo largo del siglo XX. En México, sería a partir de 1920 cuando la identificación del intelectual con la revolución triunfante rindió sus frutos, ya que muchos de ellos "representan y se encargan de llevar adelante el proyecto de regeneración social vislumbrado". Luego, a partir de la década de 1940 aparecerá una nueva forma de intelectual, como académico y científico universitario. Sin embargo, el autor afirma que la evolución del intelectual en el siglo XX no estará definida preponderantemente por el medio universitario, sino por su relación con los medios masivos de comunicación. Según Zermeño, desde finales de la década de los setenta comenzará a darse una mayor presencia de los "intelectuales publicistas" en la radio y la televisión, lo que hace que ellos dependan para su existencia en gran medida de los medios masivos de comunicación.

Como también lo sostendrá a su manera Gerardo Estrada en su contribución, Zermeño señala que durante la primera fase de la construcción histórico-conceptual el intelectual contó con el apoyo preponderante de la expansión de la burocracia estatal, "gran promotor de la cultura". Para él dichas características no significan la desaparición automática de la figura clásica del intelectual, aunque su lenta transformación sea inexorable.

Eduardo de la Vega, en un recorrido del cine mexicano de las últimas cuatro décadas, nos recuerda como éste, apoyado por el nacionalismo en

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

algún momento asumió como su tarea principal la de ser el medio idóneo para representar y difundir los elementos que conformaban la identidad nacional. Sobre todo en la etapa de consolidación del Estado surgido de la Revolución mexicana, el cine constituyó un reflejo a las aspiraciones del país y del Estado emanado de la misma. Pero, después de 1968, sobrevinieron numerosos filmes políticos y de "toma de conciencia" política y la "apertura democrática" del sexenio echeverrista llevó a que la industria cinematográfica mexicana se nutriera y abriera a realizadores independientes, de otros sectores, como el teatro de vanguardia, el periodismo y las radios culturales. Intentaron plasmar en las pantallas, señala el autor, las nuevas formas de cultura e identidad vividas y demandadas por una sociedad cada vez más compleja. De la misma manera, el cine también se preocupó por retratar las diferencias sociales "en la nueva fase de expansión de la pobreza tras la aplicación de las políticas neoliberales". Según Eduardo de la Vega, las múltiples propuestas fílmicas esbozadas en el texto dejan suficientemente claro que los cambios culturales que han marcado a la sociedad mexicana de las décadas más recientes tienen su correspondiente registro cinematográfico y, por ello, "una parte del cine hecho en nuestro país ha contribuido a la rápida metamorfosis de las identidades". Así, temas como el ejercicio de la política oficial y las correspondientes reacciones de la sociedad civil, los diversos matices de la nueva cultura étnica, la cultura fronteriza y el movimiento chicano, la irrupción del feminismo y la lucha por los derechos de las mujeres, y las modernas perspectivas sobre la homosexualidad y otras formas de erotismo "han motivado a su vez nuevos enfoques estéticos y temáticos de la *praxis* fílmica en México". El autor estima que ese fenómeno ha ido aparejado con diversas estrategias de producción, distribución y exhibición, lo que ha implicado una lucha constante por recobrar o ganar espacios de difusión que permitan llegar a un mayor número de espectadores, pese a que durante los sexenios del llamado "modelo neoliberal" las salas se han visto invadidas de nueva cuenta por el cine comercial estadounidense. En la constante y nada fácil lucha por mantener y renovar nuestras formas de identidad, afirma De la Vega, "cuando menos una parte de la cinematografía mexicana ha jugado un papel importante y seguramente se mantendrá en ello".

José María Espinasa se propone tratar el tema de la identidad "en o mediante la literatura". Señala el aparente consenso establecido, según el cual a partir de 1910 se afianza una retórica de la identidad basada en el nacionalismo, aunque para efectos del tema específico se toma 1921, con

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Los de abajo, como el inicio del siglo XX mexicano en materia literaria, cerrándose un primer periodo en 1955, con *Pedro Páramo* y con la casi inmediata aparición, en 1958, de *La región más transparente*, escenario urbano con nuevos actores, de una identidad distinta. Al mismo tiempo que el modelo de la Revolución comienza a mostrar sus límites, irrumpen dos nuevas generaciones de escritores: la de Carlos Fuentes hasta Fernando del Paso y la de "la onda" (José Agustín) y crece en importancia el periodismo cultural (Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco), así como lo femenino en la literatura.

Para Espinasa la novela se vio sin embargo afectada por la creciente importancia de las "telenovelas", lo cual habría incidido en la formación de un imaginario nacional con repercusiones nocivas para la cultura. En los años siguientes, la característica principal de la novela fue la indiferencia intencional hacia la historia y la búsqueda de la identidad personal. A partir de allí, la novela mexicana fragmentaría su temática ("novela de la frontera y del narco", "literatura femenina, *gay* e histórica", así como narrativa muy cercana al periodismo) y dividiría a su decreciente público, lo que desembocaría en nuestros días "en novelas con mucho más contenido anecdótico y más maleable para las leyes del mercado".

Según Espinasa, la novela mexicana ha tenido un movimiento pendular mediante el cual en los ochenta se cerró a los autores no mexicanos y hoy se ha pasado al otro extremo de valorar sólo lo que viene del extranjero, pero ello "no refleja necesariamente la identidad que esa sociedad propone y, menos aún, fenómeno complejo, la ausencia de identidad". Para este autor el intelectual ya no es la conciencia de la nación. En su lugar, la televisión o la música de consumo son las verdaderas formadoras del imaginario colectivo. De esa manera, Espinasa formula la hipótesis de que el siglo XXI se presenta como un periodo profundamente anti intelectual en el cual la literatura ya no interesa "ni como elemento decorativo". En ese panorama, sostiene el autor, "la literatura tiene poco que aportar y ha asumido con saludable valentía su orfandad".

Finalmente, Gerardo Estrada, en sus apuntes para una historia de la cultura mexicana en el siglo XX, sostiene que por lo menos desde el Porfiriato y hasta nuestros días, los gobernantes se han apoyado en la actividad cultural para alcanzar fines políticos, "ya que el desarrollo de la cultura es la fuente principal de identidad e integración para las colectividades humanas". Su hipótesis central es que la relación política entre el mundo de la cultura y los gobiernos post-revolucionarios priistas estuvo marcada por la

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

conveniencia de estos últimos de utilizar al arte como una forma de legitimación. Estrada muestra que, paradójicamente, si bien al Estado de la Revolución mexicana le interesaba más demostrar que cumplía con las obligaciones legales para justificarse y su ingreso a la difusión cultural era mera conveniencia política con afanes legitimadores, la cultura pensada en términos de creación de instituciones, de programas y de infraestructura tuvo sus mejores momentos en el siglo XX, antes del advenimiento de la democracia, con presidentes que, además, "aquilataron su valor como instrumento efectivo de política social y en las relaciones internacionales".

Estrada recuerda que, si bien México no padeció un "arte oficial" después del conflicto armado, tal como sucedió con otras revoluciones, sí se sufrieron los efectos de la censura y el control, por lo que la participación de otras entidades públicas, como la UNAM, pero también otras privadas, fue fundamental para abrir los horizontes de la cultura a nuevas opciones.

En cualquier caso, Estrada señala que cualesquiera que fuesen los motivos del régimen, es necesario reconocer que el Estado mexicano surgido de la Revolución jamás ha desatendido el mundo de la cultura. De allí que la alternancia política ha tenido repercusiones también en ese mundo, al cambiar las referencias tradicionales legitimadoras de la misma. Ello, aunado a un proceso de descentralización de la cultura y a la intensificación de mecenazgos privados, empujaría a una relación distinta con el mundo político.

A pesar de ello, según Estrada, los dos gobiernos de Acción Nacional han continuado en las mismas líneas que los del antiguo régimen priista, llegando incluso a aumentar los recursos asignados a la cultura. Sin embargo, más allá de los presupuestos, el autor señala un cambio cualitativo, pues la importancia política del sector para el gobierno federal parece haber disminuido de manera significativa.

De la misma manera que otros autores lo señalarán en este volumen, al parecer la legitimidad y la popularidad que antes se buscaba en los intelectuales hoy se busca en las figuras del espectáculo, de la televisión, del deporte y del cine, "fundamentalmente y en ese orden". En ese sentido, citando a Vargas Llosa, Gerardo Estrada denuncia la tendencia global de apostar a la cultura del espectáculo por encima de los valores estéticos y trascendentes, encontrando un gran espacio para ello en la transición democrática mexicana.

Antes de pasar al cuerpo principal de esta obra, quiero dejar constancia de mi agradecimiento a todas las personas que la hicieron posible. María Luisa Tarrés participó en el diseño general del proyecto y en sus primeras

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

etapas. Manuel Ordorica y Jean-François Prud'homme tuvieron la virtud de coordinar el proyecto general del cual forma parte este volumen, con la paciencia y fortaleza necesarias. Los 16 colaboradores participaron en los seminarios preparatorios respectivos con dedicación y entereza. Doy gracias en particular a mi asistente, Diana Cortés, por llevar a cabo con eficacia e inteligencia la compleja tarea de organizar mi trabajo y el de los múltiples colaboradores de esta obra. Finalmente, a Lorena Murillo S. por realizar un trabajo pulcro y preciso de indispensable edición. No está de más decir que sobre ellos y ellas recae la verdadera responsabilidad por los eventuales méritos de esta obra.

ROBERTO BLANCARTE

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

1
DE *TAPADOS* Y *ACARREADOS* A *CANDIDATOS* Y *ELECTORES*: ¿DEMOCRATIZACIÓN O FRAGMENTACIÓN DE LAS CULTURAS E IDENTIDADES POLÍTICO-PARTIDISTAS EN MÉXICO?

*Willibald Sonnleitner**

CONTENIDO

A modo de introducción: la especificidad del sistema político mexicano 30
Del nacionalismo revolucionario a la pluralidad de identidades partidistas 32
¿Del "priista de corazón" a los partidistas sin convicción?, 34; ¿Partidistas "desertores" o simpatizantes indecisos?, 38
¿Conquistas democráticas o anhelos de ciudadanía? 43
La paradoja mexicana: ¿una cultura política "esquizofrénica" y "cínica"?, 45; ¿Construyendo ciudadanos imaginarios?, 49; De la captura de las aspiraciones democráticas al estudio de las prácticas cudadanas, 55
A modo de conclusión: ¿democratización o fragmentación de la(s) cultura(s) e identidades político-partidistas en México? 58
Referencias 61

* Profesor-investigador del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México: <*wsonnleitner@colmex.mx*>.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

El obstáculo mayor para democratizar
los procedimientos del Partido
y, en general, la actividad pública del país,
es, por supuesto, lo que se llama el "tapadismo",
es decir, la selección oculta e invisible de
los candidatos del PRI a los puestos de elección popular,
sobre todo los superiores y particularmente
el de Presidente de la República.

DANIEL COSÍO VILLEGAS (1972: 59)

A MODO DE INTRODUCCIÓN: LA ESPECIFICIDAD DEL SISTEMA POLÍTICO MEXICANO

Junto con las dos piezas centrales —el superpresidencialismo y el partido oficial— que, siguiendo a Daniel Cosío Villegas (1972), caracterizaban el sistema político mexicano en la década de los setenta, la organización y movilización corporativa de las masas populares (el llamado "acarreo"), así como la selección personalista y opaca de los gobernantes (el "tapadismo" y el famoso "dedazo presidencial"), constituyeron probablemente las prácticas clave del antiguo régimen revolucionario institucional, quizás el autoritarismo más exitoso, estable y duradero de la historia política contemporánea de Latinoamérica. Sus lógicas y consecuencias son bien conocidas y siguen formando parte de las "culturas" de muchas organizaciones e instituciones mexicanas. Ello pese a que el régimen político institucional las haya ido superando crecientemente, como lo ilustran el declive del partido otrora hegemónico, la irrupción y consolidación del multipartidismo, la multiplicación de las alternancias y la generalización de los gobiernos divididos en todos los niveles, así como la afirmación de los poderes Legislativo y Judicial como consecuencia del debilitamiento de la Presidencia de la República, cuya omnipotencia pertenece ahora al pasado.

Dichos cambios deberían de reflejarse en las identidades político-partidistas de los mexicanos cuyas especificidades buscan captar los estudios sobre la llamada "cultura política". Hace cuatro décadas, "ser priista" significaba, para muchos, "ser mexicano", como bien lo simbolizaban los colores de las siglas del partido, idénticos a los de la bandera nacional. Ciertamente, algunas minorías asumían el riesgo de definirse en oposición a la "familia" que decía encarnar la Revolución. Pero para las mayorías la cuestión se planteaba más bien en términos de cercanía y compromiso con el

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

régimen. Éstas tenían las opciones de someterse pasivamente, refugiándose en la apatía y el abstencionismo; ser movilizadas como "acarreados", para manifestar su lealtad y pertenencia a la comunidad revolucionaria, o bien involucrarse activamente en la contienda "oculta e invisible" por las "chambas" y prebendas, como miembro del partido o como "priista de corazón".

Hoy, la situación es radicalmente distinta. El resquebrajamiento del partido dominante y la creciente competencia entre los aspirantes a cargos de elección popular obligan a éstos a "autodestaparse" tempranamente para promoverse como *precandidatos* dentro de sus partidos, con miras a poder participar como *candidatos* en la contienda formal. Y pese a todas sus limitaciones, las elecciones ofrecen ahora opciones, transformando los antiguos *acarreados* en *electores*, cada vez más libres de escoger lo que harán con sus sufragios en función de sus lealtades y preferencias personales. Pero, sobre todo, el significado mismo de las identidades partidistas se ha modificado profundamente al fragmentarse. Actualmente, ser "priista", "panista", "perredista", "petista" o "panalista" adquiere sentidos distintos en función de los contextos territoriales y de los partidos que gobiernan en los ámbitos municipal, estatal y federal, facilitando o dificultando el acceso a los recursos y a las políticas públicas. Como en el campo religioso, analizado por Roberto Blancarte en el capítulo 3 de este volumen, la diversificación creciente de la oferta política conlleva la necesidad de redefinir los contenidos y las fronteras de las identidades partidistas, con vistas a distinguir al "nosotros" de los "otros". Y dichos cambios también invitan a interrogarse sobre las transformaciones más generales de las actitudes, las percepciones y los valores que conforman la cultura política. ¿Cómo se han desarrollado e investigado estos procesos en México?

Apoyándose en diversas perspectivas de estudio, esta contribución reflexiona sobre la utilidad de un enfoque plural y multidimensional de la(s) cultura(s) e identidades político-partidistas de los mexicanos. En las últimas tres décadas se observa un cambio profundo en el funcionamiento del sistema político institucional, al transitar éste de un autoritarismo con un partido dominante, hacia una poliarquía cada vez más competitiva y plural. Pero si dicha transición se acompaña de una paulatina pluralización de las identidades partidistas y de la afirmación de valores democráticos, el análisis antropológico y microsociológico de la(s) cultura(s) política(s), de las relaciones y del ejercicio efectivo del poder también revela continuidades patentes con el pasado autoritario. De ahí la necesidad

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

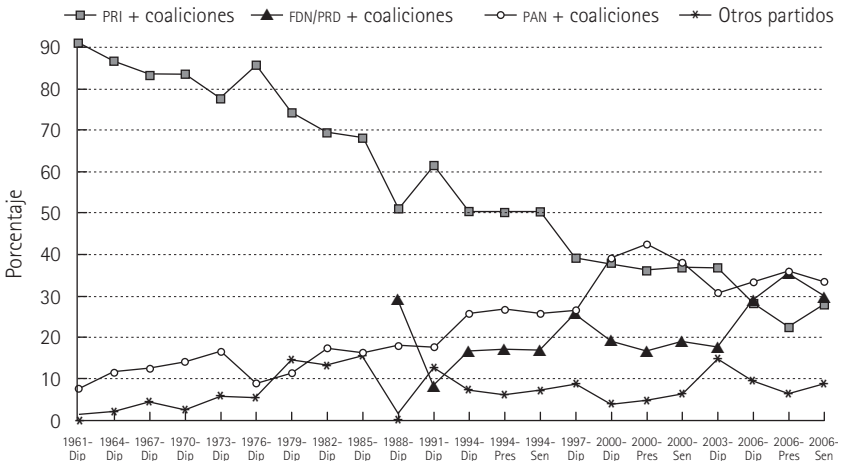
de interesarse tanto en los discursos y representaciones que captan puntualmente las encuestas de opinión, como en las prácticas e interacciones que se observan en la vida cotidiana. Sus "racionalidades" no son necesariamente conscientes, explícitas o confesables, sino que configuran repertorios heterogéneos de maneras de concebir y de actuar, de situarse y de relacionarse con la política, dentro de estructuras cambiantes —formales e informales— de oportunidad. ¿Puede hablarse, entonces, de una "democratización" de la(s) cultura(s) e identidades políticas y partidistas de los mexicanos o se trata más bien de una fragmentación de éstas, como resultado de la descomposición del antiguo régimen autoritario? ¿Se acompaña siempre un creciente pluralismo electoral en la consolidación de una "ciudadanía democrática"?

DEL NACIONALISMO REVOLUCIONARIO A LA PLURALIDAD DE IDENTIDADES PARTIDISTAS

Pese a su desprestigio notorio, las elecciones y los partidos políticos siguen siendo las instituciones centrales de la política en México, al fungir como las instancias mediadoras por excelencia entre los ciudadanos y los gobernantes, entre el Estado y la sociedad. Por ello, la evolución reciente de las identidades partidistas proporciona un primer indicador de las transformaciones más profundas de la cultura política. Como es bien sabido, la democratización mexicana se caracteriza por el lento pero inexorable declive de una dictadura casi "perfecta", cuya pieza clave fue la dominación hegemónica del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Dotado de un considerable sustento popular, dicho partido se benefició de una estabilidad política excepcional hasta mediados de los sesenta, antes de ser cuestionado por una oposición cada vez más numerosa y pujante, particularmente a partir de la crisis política de 1968. La primera gráfica ilustra el ritmo y la profundidad de las transformaciones electorales desde 1961 (gráfica 1.1).

La tendencia histórica estructural que se percibe claramente, pese a las limitaciones que por mucho tiempo tuvieron los resultados electorales, es el paulatino debilitamiento del PRI, que va cediendo terreno de manera progresiva y constante. En este proceso, destaca tempranamente la afirmación del Partido Acción Nacional (PAN) como primer ente aglutinador de la oposición electoral. A partir de 1988, la constitución del Frente Democrá-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010



Gráfica 1.1. Porcentaje de votos válidos obtenidos por los principales partidos políticos (elecciones para diputados 1961-1991; presidenciales y legislativas 1994-2006).

tico Nacional (FDN), que se transformará posteriormente en el Partido de la Revolución Democrática (PRD), desemboca en la conformación de un sistema cada vez más abierto, libre y competitivo, con tres partidos relevantes. En 1997, el PRI pierde la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados, antes de perder la Presidencia de la República en los comicios generales del año 2000, frente a una coalición encabezada por el PAN. En 2006, la contienda se enfoca, finalmente, entre la ya gobernante Acción Nacional y la Coalición por el Bien de Todos, encabezada por el PRD, relegando al tricolor al tercer lugar (gráfica 1.1).

¿Qué sucede, entonces, con las identificaciones partidistas? Como era de esperarse, el declive del antiguo partido hegemónico y la afirmación de nuevos actores políticos se acompaña del desarrollo de nuevas lealtades e identificaciones, que se relacionan estrechamente con los comportamientos electorales, sin confundirse necesariamente con —ni ser idénticos— a ellos. En teoría, las identidades partidistas reflejan una predisposición psicológica a votar por un partido determinado. Sin embargo, en México dicha predisposición no se cumple mecánicamente y una parte importante de simpatizantes "priistas", "panistas" y "perredistas" curiosamente no sufragan por los candidatos de "sus" partidos el día de la elección.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

¿Del "priista de corazón" a los partidistas sin convicción?

En los últimos años, se han realizado numerosos estudios sobre las identidades partidistas, inspirados en los modelos desarrollados desde los años cincuenta por investigadores de las universidades estadounidenses de Michigan, Chicago y Columbia.[1] Éstos se sustentan en un enfoque psicosocial del comportamiento político y en la idea de que la "identificación partidista" es una variable fundamental en la explicación del voto. En su concepción clásica, ésta suele definirse como un vínculo afectivo durable y estable entre un elector y un partido con el que se siente identificado, surgiendo dicho lazo emotivo desde la pequeña infancia y reforzándose luego en la edad adulta mediante el ejercicio concreto del voto. Sus formulaciones más recientes integran, asimismo, algunas de las críticas formuladas desde la teoría de la elección racional, incluyendo la evaluación retrospectiva y prospectiva del desempeño de los partidos y las políticas públicas impulsadas por ellos.[2]

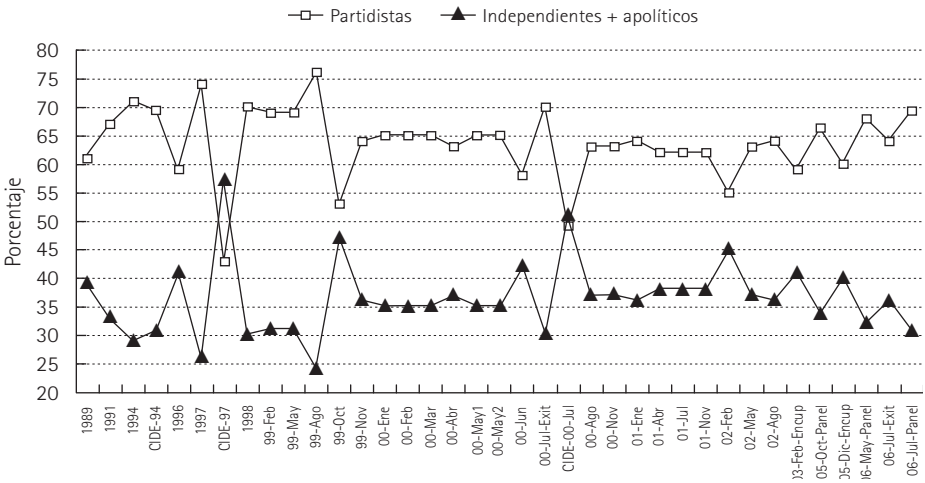
En México, dicho enfoque ha sido desarrollado por Buendía (2000), Moreno (2003), Somuano y Ortega (2003) y Estrada (2006), entre muchos otros. Sus investigaciones sugieren que, contrariamente a la situación prevaleciente en los sesenta, actualmente la identificación partidista es una de las variables más explicativas del voto de los mexicanos. Así, la serie de encuestas analizadas por Moreno desde 1989 muestra una gran estabilidad de la identificación partidista en su conjunto, con variaciones notables en su composición interna. Como la ilustra la siguiente gráfica, casi dos terceras partes de los entrevistados dicen identificarse con algún partido político a la largo del periodo estudiado, cayendo dicho porcentaje sólo puntualmente por debajo de 60% (gráfica 1.2). En otras palabras, dos de cada tres mexicanos declaran sentirse identificados con un partido político, contra una tercera parte que se considera "independiente" ("no se identifica con ningún partido") o "apolítico" ("no sabe").

En contraste, la composición y orientación de las identificaciones partidistas varían de manera fuerte y constante a lo largo del tiempo (gráfica 1.3), reflejando aproximadamente las grandes tendencias del comportamiento electoral durante el mismo periodo de estudio (gráfica 1.4). Si bien hasta 1994, el PRI capta claramente la mayoría de las simpatías (y de los votos), a partir

[1] Véanse los trabajos clásicos de Campbell, Gurin y Miller, 1954; Campbell *et al.*, 1960, así como de Miller y Shanks, 1996.

[2] Véanse, entre otras, las propuestas elaboradas por Key (1966) y Fiorina (1981).

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

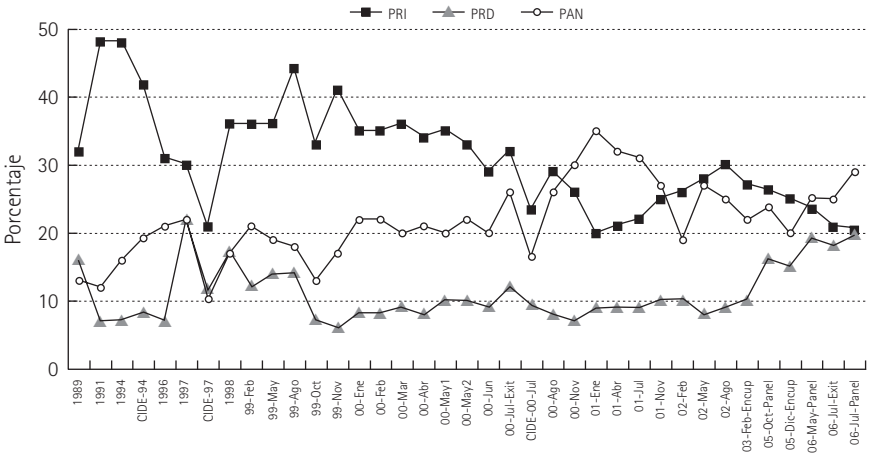


Gráfica 1.2. Evolución de las identificaciones partidistas e independientes, 1989-2006.

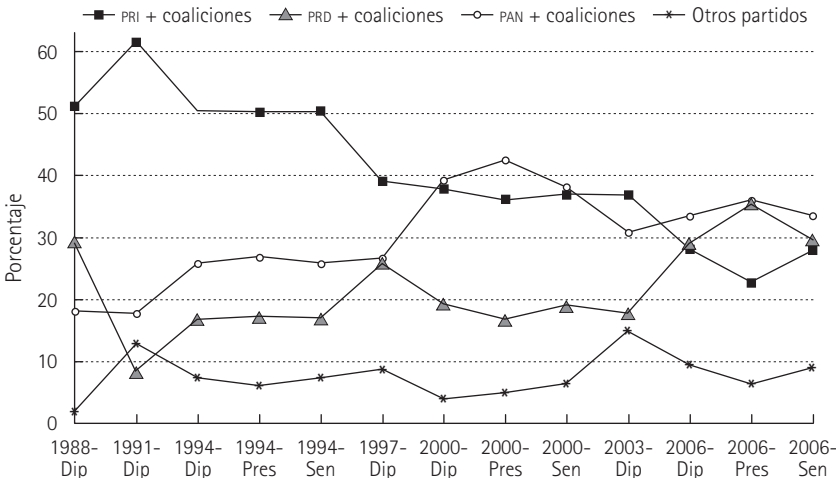
de entonces éstas (y éstos) empiezan a trasladarse hacia el PAN o hacia el PRD. En el caso de Acción Nacional, se registra una tendencia creciente que culmina en enero de 2001 (seis meses después de la elección presidencial de Vicente Fox), antes de volver a disminuir sensiblemente en febrero de 2002 y de recuperarse durante el proceso electoral de 2006. En cuanto al llamado Partido del Sol Azteca, las identificaciones son mucho más débiles y solamente se incrementan puntualmente, bajo los efectos de arrastre que ejercen las candidaturas de Cuauthémoc Cárdenas a la Presidencia de la República en 1988 y a la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal en 1997, así como de Andrés Manuel López Obrador a la Presidencia de la República en 2006. Pero la tendencia más clara y contundente es el prolongado declive de las identificaciones priistas, que confirma la transición hacia un juego político cada vez más competitivo y reñido, así como la consolidación de un sistema con tres partidos relevantes (gráficas 1.3 y 1.4).

¿Qué diferencia, ahora, en concreto a los simpatizantes de los distintos partidos? Como hemos visto, tras haberse aglutinado en torno a una gran "familia nacionalista y revolucionaria", éstos se caracterizan hoy día por una creciente diversidad de identidades fluctuantes y por una pluralidad de comportamientos políticos, que no coinciden exactamente con ellas ni obedecen tampoco en sentido estricto a divisiones socioeconómicas. Cierta-

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010



Gráfica 1.3. Composición de las identidades partidistas, 1989-2006.



Gráfica 1.4. Porcentaje de votos válidos (legislativas y presidenciales, 1988-2006).

mente, en un país como México las desigualdades son patentes pero, hasta la fecha, éstas sólo recubren en parte las identidades partidistas y los comportamientos políticos de los ciudadanos. La composición sociodemográfica e ideológica de los distintos electorados, poco polarizados y con preferencias más bien "centristas" y moderadas, da clara cuenta de esto.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Como es bien sabido, entre 1994 y 2000 las identificaciones priistas eran más probables entre las mujeres, la población de mayor edad, los habitantes de zonas rurales y los electores con menores ingresos y escolaridad. Inversamente, las simpatías panistas se concentraban entre los hombres, los jóvenes, los habitantes de zonas urbanas y los electores más prósperos y educados. Desde entonces, las identidades perredistas eran más heterogéneas y cambiantes en su agregado nacional, aunque en 2000 éstas se relacionaron positivamente con los individuos de mayor edad, menor ingreso y residentes de zonas rurales (Somuano y Ortega, 2003). Un sexenio después, Moreno y Méndez (2007) registran cambios notables en la composición sociodemográfica de las identificaciones partidarias. En 2006, el priismo se debilita fuertemente entre las mujeres y los votantes rurales, fortaleciéndose sólo entre la población mayor de 50 años y permaneciendo más o menos estable entre los votantes con menores recursos educativos y económicos, así como entre la población más religiosa y conservadora. En cuanto al panismo, éste se diluye sensiblemente entre los votantes urbanos, de mayor escolaridad y de ingresos altos; cambios relacionados probablemente con la transferencia de antiguas simpatías priistas hacia el nuevo partido "presidencial". El perredismo, en fin, creció sustancialmente con respecto al sexenio anterior, captando las simpatías de una parte mayor de mujeres y de votantes de clase media, que habían engrosado el "voto útil" a favor de Vicente Fox en 2000, pero percibieron las posibilidades de triunfo de Andrés Manuel López Obrador en 2006.

En el terreno de las ideologías, las identificaciones partidistas se vuelven aún más borrosas, sobre todo si se considera el curioso desfase entre la polarización ideológica de las élites y la moderación o el desinterés de los electores por la política. En un análisis de tres encuestas, realizadas con una muestra nacional de electores en mayo y julio de 2006, y de candidatos legislativos del PAN y del PRD en junio, Bruhn y Greene (2007) destacan precisamente este fenómeno. Si las respuestas de los segundos confirman la existencia de divergencias sustanciales entre los cuadros de estos dos partidos, sus electorados no comparten las posiciones extremas de sus "representantes", sino que convergen en torno a posiciones claramente "centristas". Que se trate de la responsabilidad individual y gubernamental en el bienestar social, del tamaño y las obligaciones deseadas del Estado, de la intensidad de las relaciones comerciales con Estados Unidos, o de las cuestiones más polémicas sobre la privatización del sector energético y la legalización del aborto en caso de violación, los cuadros de los partidos repro-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

ducen la polarización que marcó las campañas electorales, pero se distancian de forma notable de los ciudadanos con opiniones mucho más moderadas. Si bien existe una división "izquierda-derecha" que opone a los dirigentes perredistas y panistas, 28% de los electores rechaza ubicarse sobre dicha escala y la mayoría está compuesta de centristas.

Otros trabajos confirman el predominio de los electores moderados. Utilizando una encuesta a boca de urnas realizada el 2 de julio de 2006 sobre una muestra de 38 618 ciudadanos, Covarrubias y Villegas (2007) rastrean los perfiles de los votantes más politizados con afinidades marcadas con Felipe Calderón o con Andrés Manuel López Obrador (AMLO). Entre los primeros, la motivación predominante habría sido el deseo de continuidad de los programas de Vicente Fox (31%), seguida de su afinidad personal con Calderón (23%) y, en mucha menor medida, el miedo a la crisis (9%) o la preferencia por el PAN (9%). Para los segundos, son la afinidad con AMLO (29%), el deseo de un verdadero cambio (23%) y la esperanza de una mejora en su situación económica (15%) los que habrían prevalecido sobre las preferencias por el PRD (6%). Pero, más allá del peso considerable de las personalidades de los candidatos, lo que llama la atención es la debilidad de la polarización y las divergencias ideológicas: para 54% de los encuestados fue imposible construir un perfil específico, ya que sus preferencias electorales no cubrían ninguna categoría sociodemográfica.

¿Partidistas "desertores" o simpatizantes indecisos?

Por otra parte, si bien es cierto que la evolución de las identificaciones partidistas refleja los realineamientos del sistema de partidos, no coinciden exactamente con las tendencias efectivas del comportamiento electoral. De ahí la necesidad de analizar la debilidad e inconsistencia de dichas identidades, que se observa mediante su volatilidad, así como mediante la afirmación de un voto "cruzado", "dividido" y "negativo", cada vez más individualizado, selectivo y fluctuante.

Como lo muestra la ya citada serie de encuestas realizadas por Moreno (2003 y 2007), para el departamento de investigación del periódico *Reforma* la proporción de votantes que se identifican con un partido específico se mantuvo relativamente estable, con un promedio de 65% entre 1989 y 2002, pero se redujo a 59% en 2006, mientras que la de los "apolíticos" e "independientes" rebasó la parte declinante de simpatizantes priistas a par-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

tir de junio de 2000 (gráfica 1.2). Esta reducción es tanto más significativa cuanto se produce entre los sectores más politizados y "duros", en particular, entre los antiguos electores del PRI (de los cuales 37% se habría convertido al PRD o, en menor medida, al PAN). Pero otros trabajos basados en datos distintos reportan tasas sensiblemente inferiores de identificación partidista. Así, las encuestas postelectorales provenientes del banco de datos del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) coinciden con las de *Reforma* en 1994 (72%), pero solamente reportan 45% de partidistas para 1997 y 53% para el año 2000 (Somuano y Ortega, 2003). Dichas diferencias sustanciales (de 32 y 12 puntos porcentuales) son muy superiores a los márgenes de error estadísticos de los instrumentos de medición y plantean la necesidad de indagar sobre las razones metodológicas, conceptuales y teóricas que pudieran explicarlas (gráfica 1.2).

Del mismo modo, si la capacidad explicativa de las identidades partidistas sigue siendo relativamente elevada con respecto a otras variables sociodemográficas, el peso de los votos "cruzados" (electores con identificación partidista que no votan por su partido) y "divididos" (electores que votan por partidos diferentes en las presidenciales y en las legislativas) aumentó de manera sensible entre las dos últimas presidenciales. Según las encuestas nacionales de salida realizadas por *Reforma*, éstos pasaron, respectivamente, de 7 y de 13% del total de votantes en 2000, a 10 y a 19% en 2006 (Moreno y Méndez, 2007). En otras palabras, considerando que la parte respectiva de votantes partidistas era de 59% en 2006, uno de cada seis simpatizantes partidistas no votó por el candidato presidencial de su partido en dichos comicios, mientras que uno de cada cuatro de ellos dividió sus preferencias partidistas en las presidenciales y legislativas. Una vez más, es entre los simpatizantes priistas donde se concentran ambos fenómenos: corresponden a 25% de los electores que se identifican con este partido para los votos "cruzados" y a 31% para los votos "divididos" (Moreno y Méndez, 2007: 55-57).

Visiblemente, se está produciendo una redefinición de las identidades partidarias, por lo menos si los cambios observados en la composición sociológica de los electorados adquieren un carácter estable y permanente. Dicho de otra manera, la volatilidad y la deserción crecientes de los antiguos electores priistas podrían desembocar en una "realineación" partidista de algunas categorías sociodemográficas; por ejemplo, entre las mujeres y los habitantes de zonas rurales que pudieran estar transfiriendo sus simpatías del otrora hegemónico PRI al ahora gobernante PAN. En cuanto a las

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

características de los simpatizantes del PRD, el crecimiento exponencial del partido bajo el liderazgo de AMLO parece haber borrado su diferenciación en términos de escolaridad e ingresos, confiriéndoles más bien —al menos temporalmente— un perfil de clase media (Moreno y Méndez, 2007). Ello invalida la idea de una polarización político-partidista anclada en desigualdades de tipo socioeconómico.

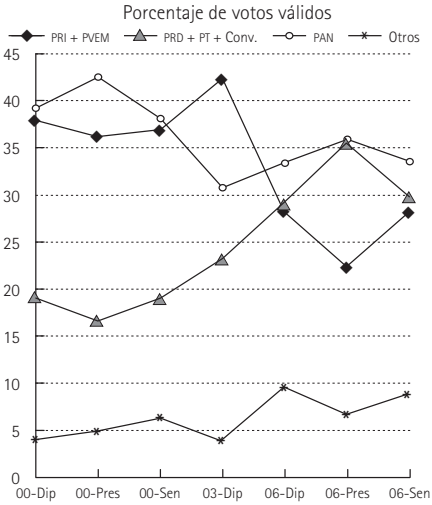
La reafirmación de los liderazgos personalizados, "carismáticos" y caudillistas en un contexto de creciente fragmentación de las lealtades políticas tradicionales también pudiera dar lugar a una "desalineación" y a una reducción durable de las identificaciones partidistas, como bien lo ilustra la composición sociodemográfica e ideológica de los llamados "independientes" y "apolíticos". En palabras de Luis Estrada:

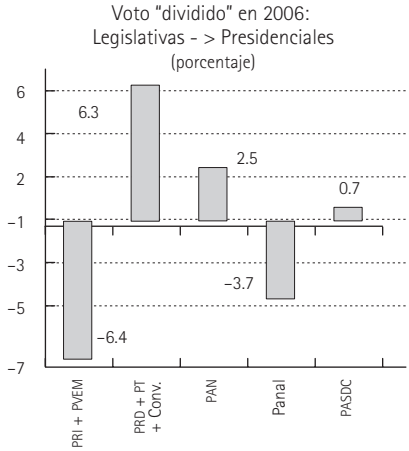
> Es más probable hallar individuos que no se identifican con ningún partido político entre los jóvenes, los más educados y los de estratos socioeconómicos altos. Asimismo, los independientes se distinguen de los partidistas en sus actitudes hacia la política, ya que más independientes que partidistas muestran menos interés en la política, piensan que México no vive en democracia y creen que un régimen dictatorial es mejor que uno democrático. Los independientes muestran también menos confianza que los partidistas en las instituciones políticas, especialmente en los partidos políticos, y confían menos que los partidistas en las demás personas (Estrada, 2006: 161).

Este panorama recuerda el modelo propuesto por una encuestadora controvertida, publicado antes de las elecciones de 2006. Aunque su pronóstico de los resultados haya resultado erróneo, María de las Heras (2006) tuvo razón en destacar la importancia creciente de los electores que, sin identificarse positivamente con ninguna opción partidaria, utilizarían sus sufragios para vetar al candidato que consideraran menos deseable. Esto nos lleva a uno de los aspectos más interesantes de la situación actual: la parte considerable de votos "negativos", "cambiantes" o "útiles", cada vez más decisivos en un contexto de escasa participación y fuerte competición electoral. Ello se relaciona con la erosión del voto corporativo que caracterizó el periodo de la hegemonía priista, así como con la creciente diversificación de los comportamientos electorales, y se observa tanto en términos agregados como en el nivel individual.

Así, Andrés Manuel López Obrador, Felipe Calderón y Patricia Mercado captaron 2.7 millones (+6.7% de los 40.5 millones de votos válidos), 1.1

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010





Proporción del voto "dividido" en 2006
(nivel individual)

	Leg	*Pres*	*Voto "dividido"*	*%*
PRI	6 237	4 567	1 670	27
PAN	7 585	6 667	918	12
PRD	6 682	6 156	526	8
Panal	910	219	691	76
Alt	390	176	214	55
Total	21 804	17 785	4 019	18

Fuente: Exit Poll-Mitovsky (Roy Campos) 2006; N = 32 078.

Distribución del voto legislativo
del PRI y del Panal

	PRI		*Panal*	
	Dip-> Pres	*%*	*Dip->Pres*	*%*
PRI	4 567	73	115	13
PAN	687	11	201	22
PRD	750	12	287	32
Panal	29	0	219	24
Alt	98	2	57	6
Ns/Nc	106	2	31	3
Total	6 237	100	910	100

Fuente: Exit Poll-Mitovsky (Roy Campos) 2006; N = 32 078.

Gráficas 1.5 y 1.6. Evolución del voto entre 2000 y 2006 y votos "divididos" entre presidenciales y legislativas de 2006.

millón (+2.7 puntos porcentuales) y 275 000 sufragios (+0.7 puntos porcentuales) más en las presidenciales, que los candidatos de sus coaliciones y partidos en las legislativas. Como lo ilustran las gráficas 1.5 y 1.6, en términos agregados dichos votos provienen de los 2.4 millones de electores del PRI y de los 1.49 millones de electores del Partido Nueva Alianza (Panal) en las legislativas, que no le aportaron sus sufragios a Roberto Madrazo (–5.9 puntos porcentuales) y a Roberto Campa (–3.7 puntos porcentuales).

Asimismo, como lo sugiere la encuesta de salida realizada por Consulta Mitofski el 2 de julio de 2006, tan sólo 73% de los 6 237 encuestados que votaron por los candidatos del PRI en las legislativas también lo hizo en las presidenciales, mientras que 12% sufragó por López Obrador y 11%

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

por Felipe Calderón. Dicho fenómeno fue todavía más importante entre los 910 entrevistados que declararon haber votado por el Panal en las legislativas: apenas 24% de ellos también lo hizo por Campa, mientras que 32% sufragó por López Obrador y 22% por Calderón, cuya victoria no se debe por lo tanto a una transferencia masiva ni mayoritaria de votos "panalistas".[3] En contraste, 88 y 92% de los 7 585 y de los 6 682 encuestados que dijeron haber votado, respectivamente, por el PAN y por el PRD en las legislativas también lo hicieron "en bloque" para los presidenciables de sus partidos, dividiendo aun entre ellos 12 y 8% sus votos en ambas elecciones. En otras palabras, 18% de los entrevistados declaró haber dividido sus votos "estratégicamente" en beneficio de candidatos de partidos distintos.[4] Sin estos efectos de notabilidad —es decir, de atracción o aversión personales–, la contienda presidencial de 2006 no hubiese sido tan reñida ni controvertida, ya que la Coalición por el Bien de Todos solamente captó 29% del voto en las legislativas, es decir, un porcentaje casi idéntico a la alianza PRI-PVEM (28.2%), pero sensiblemente inferior al PAN (33.4 por ciento).

En resumidas cuentas, las identificaciones partidistas de los mexicanos se han diversificado sustancialmente a lo largo de las últimas dos décadas, pero éstas no son tan estables ni duraderas como pueden serlo en Estados Unidos. Asimismo, la polarización ideológica que opone las élites del PAN y del PRD sólo alcanza una parte limitada de los electores y sólo en parte se relaciona con las desigualdades económicas y sociodemográficas. Asistimos, pues, a un curioso divorcio entre los "ciudadanos" (cuyas preferencias son eminentemente plurales y moderadas) y los "gobernantes" (cuyas percepciones tienden a exagerar las divergencias realmente existentes). Los primeros combinan una multiplicidad de identidades y afinidades, de actitudes, convicciones e intereses, que los llevan a modificar, a combinar y a

[3] En términos agregados, el Panal obtuvo el apoyo de 1 883 494 electores, es decir, 4.55% de los sufragios emitidos en las legislativas. Pero el disidente priista, Roberto Campa, tan sólo recibió 397 550 votos en las presidenciales. En otras palabras, 1 485 944 de ciudadanos que votaron por las listas de diputados de la maestra Elba Esther Gordillo hicieron una elección distinta en las presidenciales, beneficiando sobre todo a López Obrador.

[4] Este análisis fue realizado en cooperación con Jesús Aguilar en el marco de una investigación exploratoria sobre la estabilidad y volatilidad de las identidades partidistas en México, actualmente en curso. Agradecemos a Roy Campos y a Consulta Mitofsky el habernos proporcionado generosamente la base de datos de esta encuesta de salida, realizada el 2 de julio de 2006 entre 32 078 votantes que acudieron a las urnas.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

equilibrar sus preferencias electorales, movilizándose o absteniéndose, alternando, reportando, cruzando o dividiendo sus votos. Pero los segundos todavía no parecen asimilar el sentido y la profundidad de estos cambios. Contrariamente a sus electores, siguen pensando según esquemas binarios (pobres/ricos, norte/sur, izquierda/derecha), sin captar la complejidad y diversidad de la sociedad que pretenden representar. Estos desajustes entre la oferta y la demanda políticas, entre el voto, la representación y los imaginarios sociales del poder, obligan a interesarse con mayor detalle en los contenidos y las sutilezas de la llamada "cultura política".

¿CONQUISTAS DEMOCRÁTICAS O ANHELOS DE CIUDADANÍA?

En las ciencias sociales, la "cultura política" se asocia generalmente con la continuidad y la estabilidad, así como con el axioma funcionalista de que todo orden "democrático" requiere de valores y actitudes "cívicas" que le den sustento y legitimidad social.[5] Sin embargo, la importación de este concepto de origen estadounidense al contexto mexicano no ha dejado de ser problemática, provocando debates que ponen de relieve sus limitaciones y su utilidad. Una de sus principales virtudes consiste en introducir dentro del análisis las percepciones y creencias de los gobernados con respecto a sus gobernantes, planteando la cuestión crucial de su legitimidad. No obstante, los supuestos teóricos y metodológicos de este enfoque lo hacen poco propicio para explicar procesos prolongados y disputados de cambio, tendiendo a minimizar su heterogeneidad al privilegiar niveles macrosociológicos de análisis. Asimismo, el paradigma clásico de la cultura política enfrenta otro problema crucial: más allá de sus modalidades discursivas, el ejercicio del poder y el significado mismo de la política dependen del contexto territorial y sociocultural en el que ésta se vive y se practica, es decir, no solamente de las instituciones legales y "formales" sino, también, de las estructuras de oportunidades efectivas e "informales".

[5] En su concepción clásica, la "cultura política" fue definida como el conjunto de "orientaciones específicamente políticas, de actitudes hacia el sistema político y sus diversos componentes, así como de actitudes con respecto al papel de uno mismo como parte del sistema. […] La cultura política de una nación es la distribución particular de las estructuras de orientaciones que los miembros de la nación tienen hacia los objetos políticos" (Almond y Verba, 1963: 13-15).

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

En el caso de México, el régimen político institucional ha en el pasado reciente de una lógica fundamentalmente autoritaria a un juego cada vez más abierto, competitivo y plural, sin que el sistema opere de una forma plenamente "democrática" (al menos en el sentido estricto, europeo o estadounidense del término). En efecto, la transición mexicana se caracteriza por su carácter prolongado y negociado, así como por su anclaje en tradiciones políticas fuertemente arraigadas en el pasado. Al menos desde la Independencia, coexisten y se disputan en el país concepciones contradictorias sobre lo que debería de ser el Estado y sus relaciones con la sociedad. Ello no solamente se refleja en los proyectos ideológicos que enfrentaron las élites conservadoras con diversas corrientes liberales, sino mediante las representaciones mismas de la ciudadanía que se forjaron en los siglos pasado y antepasado.

En particular, se manifestó siempre una notable tensión entre un discurso republicano igualitarista y legalista, y una exigencia difusa de limitar al estricto mínimo los alcances y capacidades del Estado, incluyendo la fiscalidad, la justicia y el reclamo del monopolio de la coacción física legítima. Como señala Fernando Escalante (1991), el siglo XIX se caracterizó, en México, por la construcción de "ciudadanos imaginarios". Ello cambió, sin lugar a dudas, con la experiencia revolucionaria y el establecimiento posterior de un régimen que impulsó un Estado extenso e intervencionista, pero éste también fue autoritario e incapaz de garantizar los derechos civiles fundamentales. De ahí los curiosos dichos que siguen formando parte del imaginario político de muchos mexicanos: "La ley se acata, pero no se cumple", "El Congreso propone, el Presidente dispone", "Para mis amigos todo, para mis enemigos, la ley".

Como lo vimos, dicho régimen pertenece en parte al pasado, ya que tanto las instituciones políticas como las identidades partidistas se han vuelto mucho más diversas y plurales. Pero, ¿hasta qué punto persisten los valores y reflejos del autoritarismo y hasta qué punto la cultura política se ha "democratizado"? ¿Cómo captar la especificidad y complejidad de dichas actitudes y prácticas, sin reducirlas a algunos pocos conceptos normativos y abstractos, importados de contextos socioculturales vecinos, pero exóticos? ¿Cómo medir la intensidad respectiva de los procesos simultáneos de socialización y reproducción, de transformación e innovación de dichas creencias y conductas, en un contexto de cambios institucionales lentos y graduales, de constantes modificaciones en las reglas del juego y de innegables continuidades en las estructuras de oportunidades?

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

En los últimos años, estas cuestiones han sido el objeto de numerosas y prolíficas investigaciones, pero aún no contamos con conclusiones contundentes y definitivas. Por una parte, incontables encuestas de opinión han buscado medir la "calidad" e intensidad de la llamada cultura "cívica", estableciendo tendencias controvertidas de cambio "democrático". Por otra parte, los estudios antropológicos y sociológicos sobre el ejercicio concreto del poder y sobre las prácticas ciudadanas revelan la persistencia de fuertes continuidades con el pasado autoritario. De ahí el interés de reflexionar sobre los posibles efectos de las distintas metodologías sobre los resultados del análisis y de plantear la utilidad de un enfoque plural que permita investigar, desde una perspectiva multidimensional, los valores y las prácticas que sustentan "las culturas políticas" de los mexicanos.

La paradoja mexicana: ¿una cultura política "esquizofrénica" y "cínica"?

Desde la encuesta pionera realizada en 1959 bajo la dirección de Gabriel Almond y Sydney Verba (1963), el estudio "demoscópico" de la cultura política en México ha arrojado resultados ambivalentes, en apariencia contradictorios. Como lo hicieron notar, desde entonces, los autores de *The civic culture*, las actitudes y los valores políticos de los mexicanos no se ajustaban ni al modelo ideal que caracterizaba a Estados Unidos e Inglaterra ni a los casos intermedios de Alemania e Italia. Como ellos, los mexicanos encuestados decían compartir una gran admiración, orgullo y respeto por sus instituciones; pero, en franco contraste, también expresaban gran desconfianza y descontento con la política concreta y con sus autoridades locales. Asimismo, compartían fuertes expectativas respecto de la Presidencia, pero elevados grados de "enajenación" y "cinismo" en lo que se refería a los resultados obtenidos. Y sobre todo, los mexicanos pensaban poseer mucha competencia política, a pesar de contar con una escasa experiencia de participación y con bajas esperanzas de conseguir algún beneficio mediante el ejercicio individual de la ciudadanía. En síntesis, se trataba de una cultura democrática "aspirante", reflejada en actitudes cívicas pasivas, "cínicas" y "alienadas", de obediencia, asistencialismo y subordinación.

Apoyándose en el mismo paradigma, muchas investigaciones posteriores recogieron resultados parecidos, formulando diversas interpretaciones de estas incongruencias. En uno de sus primeros estudios sobre el autorita-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

rismo en México, Booth y Seligson (1984) destacan que sus hallazgos desafían la validez empírica de la relación causal que la teoría establece entre el sistema y la cultura política. Sus entrevistas con 430 ciudadanos urbanos, obreros y de clase media, revelan la coexistencia de una cultura "ampliamente democrática" con un régimen "esencialmente autoritario", cuyas interacciones resultan difíciles de entender. Ello los lleva a concluir que la variable explicativa central es la "tradición política" mexicana, producto de una "historia de gobierno centralizado y autoritario", así como de un régimen que combina una retórica ideológica representativa y liberal, con un tipo de participación controlada mediante su incorporación al partido oficial. De ahí la "paradoja de un sistema político persistentemente autoritario, pero popular, sustentado en una ciudadanía prodemocrática" cuyas "actitudes democráticas pudieran, irónicamente, resultar de y contribuir a apoyar el mismo sistema autoritario y no democrático en el que viven" (Booth y Seligson, 1984: 120).

Como era de esperarse, la alternancia presidencial del año 2000 trajo consigo un movimiento de optimismo y una suerte de primavera democrática, que se reflejaron al menos en las tendencias de la opinión pública medidas por el periódico *Reforma*. Como lo señala Moreno, ese año 56% de los mexicanos se sentía "muy feliz" y el mismo porcentaje decía tener "mucha libertad de elección y control sobre su propia vida". Asimismo, 79% de ellos expresó mucho orgullo de ser mexicano y, tras la alternancia del 2 de julio, 66% llegó a considerar que México era una democracia. Pero, sobre todo, la satisfacción con el funcionamiento de esa democracia ascendió brevemente hasta 51%, tras haberse situado entre 11 y 31% en los cinco años anteriores. A su vez, la parte de mexicanos que dijo preferir esa forma de gobierno pasó de 49% en 1995 a 62% en 2001, mientras que el porcentaje de quienes afirmaron preferir, "bajo algunas circunstancias", un gobierno autoritario, disminuyó de 23% en 1996 a 9% en 2001. Sin embargo, pese al entusiasmo que suscitó la victoria de Vicente Fox en 2000, incluso entonces las ambivalencias no desaparecieron de la cultura política. En efecto, 77% de los mexicanos seguía desconfiando de la mayoría de la gente y, si bien cuatro de cada 10 mostraban actitudes tolerantes, cinco de cada 10 tenían actitudes intolerantes. En términos comparativos, México se situaba, así, entre los países con los niveles más bajos de apoyo a la democracia, cerca de Rusia, China, Vietnam y Nigeria (Moreno, 2003).

Curiosamente, otras encuestas arrojaron resultados distintos e interpretaciones opuestas para los mismos años. En una lectura del conocido

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Latinobarómetro, su directora advierte que la victoria de Fox coincide con un declive del "apoyo a la democracia" (52% en 1997 y 44% en 2000) y que éste solamente aumenta de manera "desconcertante" a partir de 2002 (63%), lo que la lleva a hablar de un impacto "rezagado" de la alternancia presidencial. Asimismo, las tendencias del *Latinobarómetro* sobre las tasas de "satisfacción con la democracia" también se oponen a las registradas por las encuestas de *Reforma*, ya que éstas registran su porcentaje más elevado en 1997 (45%), antes de caer sensible y durablemente entre las presidenciales del año 2000 (37%) y el resto del sexenio (18% entre 2002 y 2004). Volveremos en seguida sobre estas inconsistencias. Desde ya, las conclusiones de Marta Lagos contribuyen a plantear el problema desde la opinión —explicativa a la vez que normativa— de esta reconocida encuestadora:

> América Latina no sigue un curso evolutivo lineal, racional y esperado, porque las metas de estas sociedades están impregnadas de ilusiones, filtradas por aparentes incongruencias, contradicciones, de un pueblo que lleva 500 años esperando el definitivo desmantelamiento de las desigualdades. La tarea de la democracia pareciera ser al final del día no la promesa de la ciudadanía política, sino la instalación de la ciudadanía política en un marco de equidad que compruebe fehacientemente el desmantelamiento de las igualdades (Lagos, 2007: 133).

Pero la recurrencia y persistencia de dichas ambivalencias se confirmó, sobre todo, durante las elecciones presidenciales de 2006. Por su carácter altamente polarizado, reñido y cuestionado, éstas pusieron en tela de juicio la calidad de la cultura "democrática", del ejercicio del poder y de la ciudadanía, seis años después de la alternancia histórica que dio fin al antiguo régimen. A pesar de las diferencias técnicas abismales que los distinguieron del controvertido proceso de 1988, los comicios presidenciales y el conflicto postelectoral de 2006 revelaron no sólo una desconfianza difusa respecto de la confiabilidad del proceso, sino la persistencia de actitudes y prácticas antisistémicas en el seno de la clase política, que aún no ha aceptado en su conjunto la democracia representativa como "el único juego en la ciudad". Y si bien es cierto que las instituciones resistieron los embates retóricos y las movilizaciones de protesta sin brotes significativos de violencia, también es cierto que su legitimidad fue seriamente cuestionada y que aún sigue habiendo sectores importantes de la población que piensan que las elecciones fueron fraudulentas.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Las evaluaciones y "auditorías" más recientes de la llamada "calidad democrática", que a su vez se apoyan en ambiciosas encuestas, avanzan interpretaciones tan controvertidas como los resultados de las citadas elecciones. Mientras que algunos encuestadores se muestran muy optimistas con respecto a la consolidación de los valores democráticos, otros llegan a conclusiones diametralmente opuestas. Como botón de muestra, la presentación sintética de la segunda encuesta mexicana del proyecto Barómetro de las Américas (*LAPOP*, por sus siglas en inglés), realizada durante el mes anterior a las fatídicas elecciones del 2 de julio de 2006, afirma que: "México cuenta con una cultura democrática estable y comparativamente robusta que puede contribuir a la consolidación de su democracia" (Parás y López, 2007: 491). Mediante una serie de comparaciones con otros países latinoamericanos y con el pasado reciente (primera ronda de la encuesta realizada en 2004), los consultores sostienen que México se caracteriza por su "fortaleza" en dos componentes que juzgan fundamentales para la estabilidad democrática: la "tolerancia política" (56% de opiniones favorables) y el "apoyo al sistema" (61% de opiniones favorables). La combinación de ambos en un indicador sintético de "fomento de la vida política prodemocrática" —completado por dos indicadores adicionales sobre "actitudes que favorecen la democracia" y sobre la "participación en la esfera pública"— los lleva a concluir que la cultura política de México "es saludable para la vida pública en términos comparativos", sugiriendo incluso que "es probable que en algunos aspectos la democracia haya resultado fortalecida después de los episodios del 2006" (Parás y López, 2007: 501 y 509).

En franca oposición con esta interpretación, Durand Ponte (2007) destaca la profundidad de la crisis política, preocupándose de la debilidad y fragilidad de la cultura democrática de los mexicanos, incluso en su dimensión más limitada de índole electoral. Apoyándose en dos encuestas realizadas bajo su dirección en 1993 y 2000 (Durand Ponte, 2004), así como en las tres Encuestas Nacionales sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas (Encup) patrocinadas por la Secretaría de Gobernación en 2001, 2003 y 2005, el investigador de la UNAM recuerda que las tendencias cambiantes de "adhesión democrática" se ubican muy por debajo de 75%, considerado como el umbral mínimo del consenso democrático (gráfica 1.7). Mientras que en 2005, tan sólo 56% de los encuestados dice preferir una democracia "sin avance económico" (contra 21% que prefiere "una dictadura que asegure el avance económico"), 70% afirma que "unos cuantos líderes decididos harían más por el país que todas las leyes y promesas". Esta última

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

preferencia se confirma entre los segmentos con mayores grados de información y sofisticación política, quienes son tan autoritarios como los sectores con grados bajos de sofisticación. Pero, sobre todo, las inconsistencias entre la "adhesión democrática" declarada y la preferencia por "líderes duros" se incrementan incluso entre los más sofisticados e informados, lo que lleva a Durand Ponte a una conclusión pesimista:

> México aparece con una pauta incongruente de valores, los mexicanos sostienen aceptación relativamente alta por la democracia, como el mejor régimen posible, pero al mismo tiempo aprecian poco a la democracia práctica, prefiriendo en ocasiones soluciones autoritarias [...] debemos aceptar que la democracia electoral mexicana tiende a ser inestable por la falta de un consenso democrático definido: la existencia de una alta adhesión democrática y, al mismo tiempo, la aceptación de posibles soluciones autoritarias entre sus ciudadanos. Dicho en otros términos, para los mexicanos siempre es posible el que líderes duros o decididos, a pesar de que no respeten las leyes, encuentren apoyo; la democracia no es algo que deba ser defendido a toda costa, puede ser intercambiada (Durand Ponte, 2007: 171).

En suma, la ambivalencia constitutiva de la cultura política mexicana sigue vigente e intacta en la actualidad. Desafiando la concordancia teórica entre las instituciones y los valores individuales que deberían darle sustento a toda democracia estable, la transición mexicana se desenvolvió en un contexto de patentes y constantes desfases entre la cultura y el sistema políticos. ¿Por qué, entonces, los ajustes esperados nunca se produjeron en tres largas décadas, en las que la construcción de instituciones representativas y plurales parece haberse dado con independencia de la consolidación de valores democráticos? Para responder a esta pregunta existe una manera alternativa de enfocar estas incongruencias aparentes, ya no como una paradoja por explicar, sino como un problema teórico-metodológico, de conceptualización, observación y medición de la cultura política.

¿Construyendo ciudadanos imaginarios?

Pese a su sorprendente éxito y a su reconocida utilidad, el enfoque psicosocial también sufre de algunas limitaciones e inconsistencias. Ello invita a una reflexión crítica sobre los contenidos y las limitaciones de la concep-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

ción funcionalista de la cultura política, sobre su pertinencia y capacidad explicativa en el caso específico de México. Dicha crítica ha sido desarrollada por varios autores, desde la sociología, la antropología y la geografía política. ¿Cómo conceptualizar de manera operativa la cultura política? ¿Con qué metodologías, en qué condiciones y con qué limitaciones podemos medirla y captarla? ¿Cómo interpretar las respuestas recogidas mediante encuestas? ¿Existe, en suma, realmente la "opinión pública" o se trata simplemente de un artefacto analítico construido por los investigadores?

Como bien lo advirtió de una forma aguda y polémica, desde 1972, el sociólogo francés Pierre Bourdieu, existen serias razones para cuestionar los significados y la pretendida precisión que se le suelen otorgar a las encuestas, así como la existencia misma de una "opinión pública". Para empezar, porque éstas nunca son totalmente neutras, ya que sus resultados de manera inevitable dependen de los objetivos de quienes las diseñan y realizan. Pero, independientemente de sus usos y abusos, las encuestas tienden a construir y legitimar "opiniones públicas" que no preexisten como tales, sino que adquieren realidad al ser formuladas y publicitadas por los medios de comunicación. A ello cabe agregar los problemas concretos relacionados con el método: el carácter artificial de la situación de encuesta, los efectos de imposición de las preguntas y problemáticas de la agenda por el encuestador, la heterogeneidad y polisemia de los significados atribuidos a los conceptos por los encuestados, la posible polarización o eventual ausencia de corrientes estructuradas de opinión sobre las temáticas tratadas en el momento del levantamiento de la encuesta, la movilización de otros sistemas de creencias y lealtades más amplias, el eventual posicionamiento con respecto a grupos constituidos y movilizados en torno a dichas temáticas, así como muchos otros efectos sociales, contextuales y territoriales que estructuran y constriñen las respuestas de los entrevistados (Bourdieu, 1973).

Evidentemente, de ninguna manera se pretende minimizar el valor analítico de este instrumento privilegiado de las ciencias sociales cuantitativas. Al contrario, cabe destacar los avances sustantivos en materia de metodologías de investigación, que han permitido sofisticar las técnicas y limitar de forma considerable las fuentes y los márgenes de error. Al respecto, las célebres encuestas "a boca de urnas" (las llamadas *exit poll*) proporcionan un ejemplo de una situación límite, que permite alcanzar altos grados de precisión. Éstas se realizan, como bien lo dice su nombre, en las inmediaciones de las casillas y directamente tras la votación, en una situación casi idéntica a la elección. Además, sólo se aplican entre los votantes efec-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

tivos, evitando el espinoso problema de la estimación de los electores que declaran "pensar votar", pero que no lo hacen en realidad el día de los comicios. Pero sobre todo, dichas encuestas se llevan a cabo en un momento en el que las preguntas adquieren significados muy concretos para la gran mayoría de los electores. En efecto, para entonces la difusión masiva de información inevitablemente ha alimentado discusiones sobre los candidatos y sus propuestas, y la intensa movilización de los grupos de influencia y líderes de opinión ha configurado corrientes contendientes, con posiciones públicas explícitas y contundentes. En otras palabras, se trata de uno de los raros momentos en la vida real en los que existe algo muy cercano al concepto de opinión pública.

No obstante, incluso en estas situaciones, persiste la heterogeneidad de las motivaciones y significados que pueden encontrarse tras las decisiones de sufragar por tal o cual candidato, por tal o cual corriente o partido político. Como bien lo demostraron Krotz y Winocur (2007), dicho procedimiento resulta todavía más problemático en el caso de conceptos más abstractos, como la democracia, la ciudadanía o la participación política, cuya polisemia difícilmente puede ser captada mediante preguntas estandardizadas, cerradas y descontextualizadas. Para dar un ejemplo, los significados que se le atribuyen a la palabra "ciudadano" no solamente dependen del nivel educativo y de diversas variables sociodemográficas, sino que varían sustancialmente en función de la ubicación geográfica (centros urbanos, campo, fronteras) y del nivel territorial (local, estatal, nacional) en el que se sitúa su interpretación en la situación específica de la encuesta. De la misma manera, la noción de "participación" puede tener acepciones muy distintas y ser concebida, simplemente, en términos de "cooperación" vecinal o comunitaria, sin ser identificada siempre como una actividad propiamente "política". Al fundir todas estas dimensiones bajo un mismo rubro, se corre el riesgo de renunciar a la diversidad de las representaciones y prácticas políticas de los entrevistados, subordinándolas a la supuesta homogeneidad de las problemáticas normativas construidas por los encuestadores.

Los enfoques psicosociales de la cultura política también enfrentan otra paradoja: pretenden captar la supuesta especificidad de los valores nacionales mediante ideas importadas de contextos socioculturales externos. Como lo señaló Pateman (1980) en su crítica sobre la cultura cívica, se asume así, implícitamente, que existe un modelo universal de la democracia (el liberal) y que, para ser exitoso y estable, éste requiere cierto tipo de "capital social" y de actitudes "cívicas". Asimismo, dicho paradigma parte

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

del supuesto de que el comportamiento político es el resultado de creencias y valores individuales, que conforman un sistema cultural coherente. Ciertamente, los mismos Almond y Verba (1963) distinguen tres tipos de "subculturas" (la participante, la de súbdito y la parroquial), pero lo que les interesa es su articulación y su análisis agregado en el nivel nacional. Como consecuencia, se tiende a minimizar la diversidad —social y situacional, territorial y contextual— de las representaciones, conductas e identidades políticas que coexisten dentro de los individuos y la sociedad.

En efecto, es bien sabido que hasta los países más centralizados y unificados no son culturalmente homogéneos, sino que se caracterizan por diferencias internas y por especificidades regionales y locales. De la misma manera, la idea de que las actitudes o preferencias políticas de ciertos segmentos sociodemográficos pueden ser agregadas para ser transformadas en categorías explicativas ha sido cuestionada por investigaciones empíricas en el pasado. Por ejemplo, es bien sabido que un obrero no vota de la misma manera en una ciudad industrial gobernada por un partido comunista, que en un contexto rural con marcadas tradiciones religiosas o conservadoras (Bussi, 1998). En el México contemporáneo, también es conocido el hecho de que las preferencias electorales de "los" campesinados varían considerablemente en función de las entidades, de las regiones y hasta de los municipios analizados, pudiendo ser éstas sobre todo "priistas" (como en el pasado), pero también (y cada vez más) "panistas" o "perredistas". Ello se refleja claramente en los análisis de geografía electoral, que obligan a distinguir, no un proceso unificado de transición política, sino una pluralidad de dinámicas territorialmente diferenciadas de cambio y continuidad, con ritmos e historias propias (Gómez Tagle y Valdés, 2000).

Al respecto, son reveladoras las transformaciones de los contenidos empíricos de la participación electoral en México. De manera paulatina, ésta pasa de ser una mera movilización de apoyo corporativo y subordinado al régimen posrevolucionario, a una forma de involucrarse voluntaria, activa y "cívicamente" en los asuntos públicos (Durand Ponte, 2004). No obstante, dicho cambio no se produce de manera homogénea y lineal, sino como el resultado de un conjunto de procesos concomitantes y contradictorios, muy diferenciados en términos territoriales. Se distinguen así, desde la década de los sesenta, algunos enclaves precursores de participación ciudadana en Baja California y el Distrito Federal, antes de difundirse hacia los estados de México, Chihuahua, Jalisco, Guanajuato, San Luis Potosí, Morelos, Michoacán y el resto del país (Gómez Tagle, 1997). De manera más

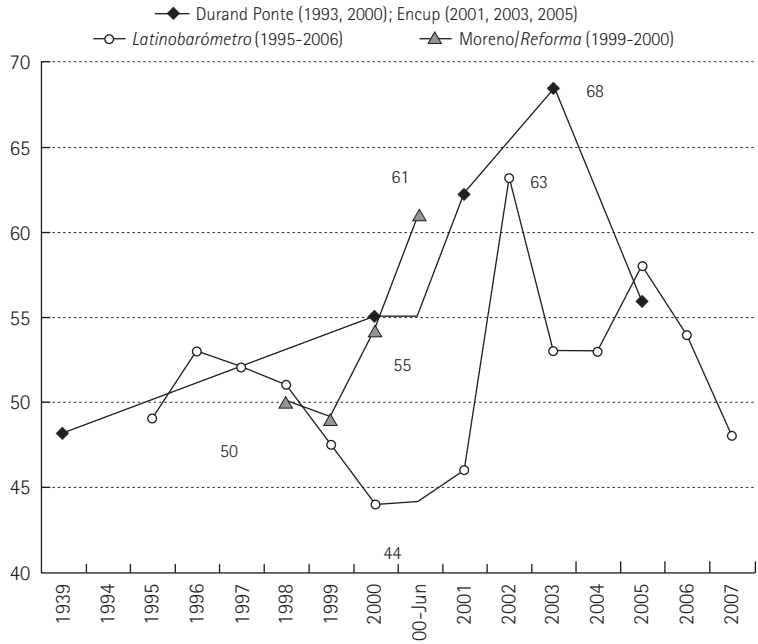
CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

general, el voto no obedece siempre ni necesariamente a una decisión voluntaria, "racional" e individual, sino que puede apoyarse en diversos dispositivos, de "acarreo" autoritario y movilización corporativa, de identificación afectiva o de pertenencia a una comunidad, de intercambio coyuntural o de dependencia clientelar (Sonnleitner, 2003). ¿Cómo captar la complejidad de este tipo de procesos a través de preguntas dicotómicas y cerradas, mediante la agregación de respuestas disímiles formuladas en contextos sociales y territoriales desiguales?

Estos elementos contribuyen a explicar al menos algunas de las inconsistencias que se registran cuando se comparan los resultados de diversas encuestas recientes sobre la cultura democrática de los mexicanos. Como bien lo advierte un conocido encuestador en un análisis retrospectivo de las tres rondas de la Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas (Encup), incluso en el caso de instrumentos altamente sofisticados como éste, "los resultados de encuestas, que pretenden medir lo mismo, no siempre arrojan resultados similares" (Moreno, 2007: 40). Así, mientras que la primera Encup (realizada en 2001) arrojó que 62% de los mexicanos "prefería" la democracia a "cualquier otra forma de gobierno", contra 9% solamente que prefería "en algunas circunstancias", un gobierno autoritario, el *Latinobarómetro* del mismo año daba cifras radicalmente distintas: 46% de "preferencia democrática" *versus* 35% de "preferencias autoritarias" (gráfica 1.7).

Dicha inconsistencia dista mucho de ser puntual o excepcional, ya que se reproduce al confrontarla con series de datos de otras encuestas, como el World Values Survey. Mientras que éste registra un claro y constante incremento del "apoyo abierto a la democracia" entre 1996 (70%), 2000 (73%) y 2005 (80%), las tres Encup registran una tendencia completamente distinta entre 2001 (56%), 2003 (68%) y 2005 (56%), ajena a cualquier margen de error estadístico asociado con dichos instrumentos (Moreno, 2007: 42-43). Como lo señala el mismo Moreno, existen múltiples maneras de explicar dichas incongruencias mediante argumentos metodológicos y técnicos, empezando con los problemas de fraseo de las preguntas (que no fueron idénticas) y terminando por las fechas precisas de realización de las diversas encuestas. No obstante, la volatilidad temporal y la magnitud de las diferencias sincrónicas entre los resultados invita a reflexionar sobre la validez, no sólo del grado de precisión que se le suele conferir a los porcentajes de las encuestas, sino de la estabilidad, durabilidad y consistencia teóricas que por lo general se atribuye a los conceptos con los que se pretende medir la cultura "cívica" o "democrática". ¿Cuán profundas y cuán

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010



Gráfica 1.7. Inconsistencias en las tendencias de apoyo a la democracia frente a la dictadura.

constantes son las actitudes e identidades que conforman las culturas políticas, y hasta qué punto no reflejan éstas simpatías coyunturales y relaciones cambiantes entre los individuos y las estructuras de oportunidades?

Sin aportar una respuesta concluyente a este interrogante, recordemos las notables divergencias ya documentadas entre las "identificaciones partidistas" y los comportamientos electorales "cruzados" y "divididos" de numerosos encuestados, que bien pueden interpretarse como "deserciones" o simplemente como cambios de simpatías superficiales. Más interesante aún resulta el caso de los mexicanos que emigran hacia Estados Unidos, donde rápidamente se distancian de los valores de sus paisanos para adoptar los de aquel país. Ello no sólo se verifica en actitudes de apoyo a la democracia, sino relacionadas con el respeto de las leyes por los ciudadanos y los gobernantes, así como con la rendición de cuentas por parte de estos últimos (Moreno, 2003).

En otras palabras, una vez que se modifican el marco institucional y las estructuras de sanciones e incentivos (legales y formales, pero sobre todo,

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

simbólicos y sociales) en las que se forjan y manifiestan dichas actitudes, éstas bien pueden transformarse de manera drástica y acelerada. Después de todo, como lo sugiere el historiador Juan Pedro Viqueira: "la identidad no es un pasado al que estamos moralmente obligados a rendir tributo y a reproducir, sino […] un proyecto, cuyos valores y fines deben ser constantemente objeto de debate y de crítica" (Viqueira, 2002: 310). De ahí el interés de completar la interpretación psicosocial de los valores, actitudes, evaluaciones e identidades políticas de los encuestados, con la observación antropológica de las prácticas cotidianas de los ciudadanos.

De la captura de las aspiraciones democráticas al estudio de las prácticas ciudadanas

Como lo recuerda Krotz (1996; 2002), el interés por el enfoque cultural de la política tiene una larga tradición en México, al menos desde que el Estado posrevolucionario se empeñó en impulsar un ambicioso proyecto de integración nacional. De ahí que sea imposible resumir, en el marco estrecho de esta contribución, la riqueza y diversidad de aportes que se han hecho sobre esta problemática desde la antropología, particularmente desde que ésta empezó a interesarse en el estudio de los procesos relacionados con la llamada "transición democrática". Por ello, a continuación nos limitaremos a retomar algunas propuestas estimulantes para el futuro estudio de la cultura política.

Desde principios de los ochenta, Craig y Cornelius (1980) señalaron la necesidad de poner mayor énfasis en el estudio de las prácticas políticas concretas de los ciudadanos, situándolas mediante investigaciones cualitativas enfocadas en unidades subnacionales. Su discusión crítica de las conclusiones de la cultura cívica se basa en una amplia revisión de la bibliografía disponible de la época, con propuestas e ideas que siguen siendo pertinentes en la actualidad. Sin romper con el paradigma de Almond y Verba, se identifican algunas de sus principales limitaciones metodológicas y se destaca la importancia de integrar al análisis los aspectos estructurales del autoritarismo mexicano. En un contexto marcado por una fuerte concentración y centralización del poder en la Presidencia, por una ideología que valoriza retóricamente ciertos valores democráticos pero se apoya sobre una burocracia arbitraria, personalista e ineficiente, así como sobre el control estrecho de la participación mediante su incorporación a un partido

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

dominante, la subordinación y el recurso a prácticas clientelares pueden ser estrategias efectivas y racionales para obtener al menos algunos beneficios materiales de los gobernantes. Dicha "eficacia política mediatizada", que tiende a sustituir las formas individuales de participación ciudadana, no es el producto de una socialización temprana sino de un aprendizaje pragmático en la edad adulta. Por ello, las experiencias personales en situaciones similares y otras variables contextuales pueden resultar más importantes para explicar los comportamientos políticos que los valores, las actitudes y otras predisposiciones psicosociales (Craig y Cornelius, 1980: 362-365).

A su vez, las reflexiones más recientes de Wil Pansters (2002) sobre el concepto de cultura política y su utilidad para el caso mexicano resultan muy estimulantes. Partiendo de una crítica más radical de la corriente funcionalista y de las interpretaciones históricas de Howard Wiarda y Glen Dealy, este autor también aboga por una perspectiva pragmática y situada de la cultura, enfocada en las prácticas político-culturales de los actores sociales. En lugar de pensar en términos de una cultura política unificada y coherente, cabe reconocer la existencia de varias tradiciones político-culturales opuestas, sujetas a relaciones contradictorias de fuerza, negociación y conflicto. Si bien un discurso particular (como la democracia) puede llegar a ser hegemónico al reproducirse y traducirse en prácticas en un momento dado, éste siempre coexiste con otros proyectos alternativos que inciden a su vez en las conductas de las personas. De ahí el interés de estudiar la pluralidad e interacción de los discursos y conductas políticas que compiten entre sí; por ejemplo la cultura política "piramidal" (personalista, vertical, corporativa y orientada hacia un centro que produce súbditos) y la "de la ciudadanía" (pluralista, horizontal, liberal, institucionalista e individualista), que se entremezclan y articulan en prácticas híbridas en México.

En otras palabras, el estudio de las culturas políticas no puede limitarse al único nivel del Estado nacional, sino que tiene que combinarse con enfoques regionalistas y microsociológicos, mediante la realización de estudios profundos de caso. En efecto, si bien es cierto que en la escala federal se registra un pluralismo equilibrado, con tres fuerzas relevantes y ocho partidos legalmente inscritos que se dividen los escaños en el Congreso de la Unión, en los niveles estatal y municipal la política sigue desenvolviéndose frecuentemente en condiciones menos competitivas, de hegemonías personalistas, corporativas o clientelares. Ello también se refleja en el pragmatismo de los partidos políticos y en sus esfuerzos por capturar electorados dependientes y subordinados.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Como bien lo ha mostrado Héctor Tejera Gaona (2003) en sus estudios antropológicos sobre las campañas electorales en el Distrito Federal, tras una etapa de diferenciación inicial de los discursos y las estrategias operativas del PRI, del PAN y del PRD, se registra actualmente una convergencia *de facto* en torno a las prácticas tradicionales del clientelismo del pasado autoritario. Curiosamente, ello no sólo se relaciona con las preferencias de los cuadros y militantes partidistas sino, también, con las expectativas y demandas de los ciudadanos. Así, mientras que los panistas se esforzaban, en un primer tiempo, por presentarse como simples "vecinos" que iban a defender las causas y preocupaciones de la comunidad, muchos de los visitados no ocultaron su preferencia por la obtención de beneficios concretos a cambio de sus votos, reproduciendo "desde abajo" el tradicional pacto clientelar.

Por otra parte, si bien es cierto que los partidos políticos juegan un papel fundamental en el nivel federal, cabe interrogarse sobre la naturaleza más profunda de sus anclajes en el nivel local. Para dar sólo un ejemplo, la coherencia ideológica de los discursos partidistas se desvanece cuando se observan las dinámicas concretas que estructuran con frecuencia las contiendas electorales en el ámbito rural. Lejos de obedecer a valores, principios o proyectos de tipo ideológico, las identidades partidistas se basan a menudo en alianzas coyunturales con los hombres fuertes de las comunidades, quienes movilizan a sus seguidores mediante mecanismos y lealtades de tipo faccional. Estas últimas se articulan en torno a relaciones personales, desiguales y verticales, atravesando los estratos socioeconómicos y neutralizando las solidaridades de tipo horizontal. Ello también invita a relativizar la capacidad explicativa de los valores "culturales" en el comportamiento electoral. Incluso en una región tan pequeña y aparentemente homogénea como los Altos de Chiapas, se distingue una impresionante diversidad de situaciones y procesos en los niveles municipal y seccional, relacionados con dichas dinámicas faccionales que dividen y estructuran a las comunidades, las localidades —y en ocasiones, hasta las familias— en el ámbito rural (Sonnleitner, 2003).

¿Qué pueden significar las "identificaciones" y los votos partidistas en este tipo de contextos y hasta qué punto pueden ser éstos agregados con comportamientos electorales de otras microrregiones rurales o urbanas, marginadas o desarrolladas, mestizas o indígenas? ¿Cuán útil puede ser la noción de cultura para explicar la diferenciación interna de las conductas políticas en una microrregión o en una misma comunidad? A diferencia de

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

los enfoques psicosociales, las investigaciones antropológicas ponen de manifiesto la diversidad de "las culturas" e identidades político-partidistas que coexisten y se combinan de manera plural para darle sentido a las conductas políticas en un momento dado. Basándose en métodos cualitativos y etnográficos, así como en la observación de unidades analíticas más pequeñas y exiguas, éstas revelan la multiplicidad de significados que pueden adquirir los procesos culturales en sus relaciones con las estructuras de poder. Así, en contraste con muchas encuestas de opinión pública, el estudio antropológico del ejercicio y de las prácticas cotidianas de la ciudadanía pone al descubierto fuertes continuidades con el personalismo, el corporativismo, el faccionalismo y el clientelismo del pasado autoritario.

A MODO DE CONCLUSIÓN: ¿DEMOCRATIZACIÓN O FRAGMENTACIÓN DE LA(S) CULTURA(S) E IDENTIDADES POLÍTICO-PARTIDISTAS EN MÉXICO?

A medio siglo del estudio pionero de Almond y Verba (1963), las culturas e identidades político-partidistas de los mexicanos siguen siendo contradictorias y enigmáticas. Como lo hemos visto, la democratización electoral ha generado cambios tangibles en el juego político institucional, pero éstos no se han acompañado mecánicamente de transformaciones análogas de las prácticas y los comportamientos políticos. Si bien se registra una afirmación notable de actitudes e identidades asociadas con una pujante cultura "cívica", éstas coexisten con tradiciones, estructuras y hábitos heredados del antiguo régimen autoritario, que siguen siendo usuales y eficaces en el nuevo contexto de incertidumbres democráticas.

Las controvertidas elecciones presidenciales de 2006 dan muestra fehaciente de ello. A pesar de haber sido más competitivas que los comicios de la alternancia de 2000, generaron una considerable desconfianza entre millones de ciudadanos y pusieron en tela de juicio la legitimidad de las instituciones representativas. El carácter personalizado y polarizado de las campañas también reveló la permanencia de reflejos caudillistas y plebiscitarios. Su arraigo se manifestó antes, durante y después de la jornada electoral, en el marco de una guerra simbólica que puso de manifiesto los alcances y las limitaciones de las lealtades partidistas y del proceso de democratización. Cientos de miles de militantes y simpatizantes perredistas se movilizaron repetida y prolongadamente para impugnar la validez de los

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

resultados electorales, pero las pasiones nunca se desbordaron. Las instituciones fueron atacadas y denigradas, pero también resistieron y encauzaron el conflicto por vías pacíficas y legales. Ello dista mucho de ser anecdótico, ya que en cualquier otro país de Latinoamérica, una situación similar muy probablemente hubiera desembocado en la violencia espontánea, cuando no en un contexto pre-revolucionario. No así en México, donde estos actos de resistencia civil —y en ocasiones, hasta de rebelión solapada— guardaron una dimensión estrictamente simbólica y controlada, combinando una retórica antisistémica con propuestas pragmáticas y moderadas, propias de cualquier oposición parlamentaria.[6] Este episodio insólito ilustró de nuevo la ambivalencia de la cultura política mexicana, revelando de paso la moderación de las identidades partidistas y el temperamento templado de una sociedad eminentemente diversa y plural.

Pero, quizás el problema resida menos en la naturaleza de nuestro objeto de estudio, que en los sesgos de los enfoques que utilizamos para observarlo. Después de todo, las teorías que sustentan los estudios convencionales sobre la "cultura democrática" fueron forjadas en condiciones, tiempos y latitudes muy distintos, donde nunca han dejado de ser discutidas en vistas de ser mejoradas. Su importación y aplicación en contextos cambiantes de transición —es decir, de invención, aprendizaje y apropiación del pluralismo político— aún enfrentan desafíos conceptuales, metodológicos y prácticos cuya discusión merece ser profundizada a la luz de las especificidades mexicanas y latinoamericanas.

Antes que nada, es preciso repensar de una forma operacional el tan sonado y ruidoso concepto de democracia. Sin renunciar del todo a su dimensión normativa y utópica, que le confiere una innegable capacidad de transformación social, cabe distinguir dos dimensiones analíticas mucho más concretas y tangibles que caracterizan los procesos de democratización. Como bien señaló Christophe Jaffrelot (2000) al comparar algunas

[6] Esta paradoja se manifestó claramente el 20 de noviembre de 2006, en el discurso de "toma de posesión" de Andrés Manuel López Obrador. En un Zócalo repleto de simpatizantes, declaró la quiebra de las instituciones, al mismo tiempo que presentó un detallado programa de 20 propuestas, destinadas a traducirse en iniciativas legislativas que habría de impulsar su grupo de parlamentarios electos, siguiendo las vías institucionales ordinarias. Acto seguido, se proclamó "Presidente legítimo" de México, designó a un gabinete paralelo y empezó a recorrer el país. Diez días después, Felipe Calderón tomó posesión ante un Congreso atrincherado, dividido entre legisladores panistas y perredistas.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

experiencias asiáticas y africanas, las democratizaciones pueden concebirse y estudiarse desde dos puntos de vista distintos: *i*] en términos de "ciudadanía", es decir, como un conjunto de valores, actitudes e ideales culturales relacionados con el desarrollo del individualismo, de la libertad e igualdad y del Estado de derecho (concepción "representativa" de la democracia, inspirada y heredada del liberalismo), o bien, *ii*] en términos de "pluralismo sociopolítico", es decir, como la instauración de mecanismos institucionalizados para procesar diferencias y conflictos por vías pacíficas y consensuadas (concepción "procedimental" de la democracia, basada en la participación de las mayorías como árbitros en la contienda política y en el respeto de las minorías en el ejercicio del poder).

Estas dos dimensiones —culturales y sociopolíticas— de los procesos de democratización "pueden" desarrollarse conjuntamente, como sucedió de hecho en algunos países de Europa y en Estados Unidos. Pero éstas "no tienen por qué hacerlo ineluctablemente", en la medida en que dependen de una tercera variable, externa e independiente, relacionada con la naturaleza y las características del desarrollo del Estado-nación. Mientras que el pluralismo es un resultado empírico inherente a muchos procesos de modernización (cuyas dinámicas provocan una creciente complejidad de la organización social, obligando paulatinamente a los actores políticos a renunciar al anhelo de la unanimidad, a aceptar la diversidad y a inventar mecanismos para procesarla políticamente por vías pacíficas e institucionales), la idea del Estado de derecho contiene un fuerte componente normativo y cultural (relacionado con la historia específica del liberalismo europeo y la civilización occidental), mucho más particular y difícil de "exportar".

Ciertamente, Latinoamérica no es ajena a dicho proceso civilizatorio, como bien lo han mostrado quienes sostienen que ésta conforma una suerte de "Extremo Occidente" (Rouquié, 1989). Sin embargo, la debilidad estructural de los estados latinoamericanos, que surgieron con serias limitaciones a partir de la Independencia, contrasta fuertemente con la magnitud y la potencia de los estados que se consolidaron en el viejo continente. Como es bien sabido, la seguridad en todas sus dimensiones, empezando con la misma integridad física, constituye hoy el talón de Aquiles de los procesos latinoamericanos de democratización, junto con la notoria incapacidad de los aparatos burocráticos para recaudar impuestos y aplicar políticas públicas eficientes. Pero, ¿qué pueden significar las libertades políticas en ausencia de derechos sociales y garantías civiles, en un contexto de privatización e implosión del monopolio de la violencia legítima? ¿Estamos

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

observando realmente procesos de "democratización" o se trata simplemente de la descomposición de sociedades carentes de entes rectores con proyectos genuinos de integración? ¿Cuáles son los aportes concretos del pluralismo político como "único juego legítimo en la ciudad" y hasta qué punto no oculta éste más bien una creciente fragmentación de las élites gobernantes? ¿Puede existir la democracia sin seguridad ni igualdad, sin estados ni derechos?

Todos estos interrogantes conforman una problemática demasiado amplia para ser agotada en el marco limitado de una contribución de esta naturaleza; configuran una rica agenda para la investigación y plantean el reto de desarrollar un enfoque plural y multidimensional de la ciudadanía, del voto y de la participación política. Después de todo, la política refleja inevitablemente las características de una sociedad y la mexicana es demasiado diversa y compleja para reducirse a los modelos existentes de las cultura(s) e identidades, que se forjan —al mismo tiempo que influyen— en las relaciones de poder.

REFERENCIAS

Almond, G., y S. Verba, 1963. *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. Princeton, Princeton University.

Booth, J.A., y M.A. Seligson, 1984. The political culture of authoritarianism in Mexico: A reexamination, *Latin American Research Review* **19** (1): 106-124.

Bourdieu, P., 1973. L'opinion publique n'existe pas, *Les Temps Modernes* (318): 1292-1309.

Bruhn, K., y K. Greene, 2007. Optimismo moderado. Cómo podría desvanecerse el conflicto partidista mexicano, *Foreign Affairs en Español* **7** (1): 132-143.

Buendía, J., 2000. El elector mexicano en los noventa: ¿un nuevo tipo de votante? México, Centro de Investigación y Docencia Económicas, División de Estudios Políticos, Documento de Trabajo 117.

Bussi, M., 1998. *Eléments de géographie électorale à travers l'exemple de la France de l'Ouest*. Rouen, Publications de l'Université de Rouen.

Campbell, A., G. Gurin y W. Miller, 1954. *The Voter Decides*. Evanston, Peterson & Co.

Campbell, A., P. Converse, W. Miller, y D. Stokes, 1960. *The American Voter*. Nueva York, Wiley.

Cosío Villegas, D., 1972. *El sistema político mexicano: las posibilidades de cambio*. México, Joaquín Mortiz.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Covarrubias, A.C., y A. Villegas, 2007. Perfil de los votantes y razones del voto, *Nexos* (347): 13-15.

Craig, A., y W. Cornelius, 1980. Political culture in Mexico: Continuities and revisionist interpretations, en G. Almond y S. Verba (comps.), *The Civic Culture Revisited*. Boston y Toronto, Little, Brown and Co., pp. 325-393.

Durand Ponte, V.M., 2004. *Ciudadanía y cultura política. México, 1993-2001*. México, Siglo XXI.

Durand Ponte, V.M., 2007. Cultura política y participación ciudadana, en Secretaría de Gobernación, *Cultura política y participación ciudadana en México antes y después del 2006*. México, pp. 155-190.

Escalante Gonzalbo, F., 1991. *Ciudadanos imaginarios: memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República mexicana en el primer siglo de su historia. Tratado de moral pública*. México, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

Estrada, L. 2006. Determinantes y características de los independientes en México, *Política y Gobierno* **XIII** (1): 149-173.

Fiorina, M., 1981. *Retrospective Voting in American National Elections*. New Haven, Yale University.

Gómez Tagle, S., 1997. *La transición inconclusa. Treinta años de elecciones en México*. México, El Colegio de México.

Gómez Tagle, S., y M.E. Valdés Vega, 2000. *La geografía del poder y las elecciones en México*. México, Instituto Federal Electoral-Plaza y Valdés.

Heras, M. de las, 2006. *Por quién vamos a votar y por qué*. México, Nuevo Siglo Aguilar.

Jaffrelot, C., 2000. Comment expliquer la démocratie hors d'Occident?, en C. Jaffrelot (dir.), *Démocraties d'ailleurs. Démocraties et démocratisations hors d'Occident*. París, Karthala.

Key, V.O., 1966. *The Responsible Electorate. Rationality in Presidential Voting 1936-1960*. Cambridge, Belknap Press of Harvard University.

Krotz, E. (coord.), 1996. *El estudio de la cultura política en México: perspectivas disciplinarias y actores políticos*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Krotz, E., 2002. La investigación sobre la cultura política en México: visión panorámica de un campo de estudio en construcción, en R. Winocur (coord.), *Algunos enfoques metodológicos para estudiar la cultura política en México*. México, Instituto Federal Electoral-Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Porrúa, pp. 7-54.

Krotz, E., y R. Winocur, 2007. Democracia, participación y cultura ciudadana: discursos normativos homogéneos *versus* prácticas y representaciones heterogéneas, *Estudios Sociológicos* **XXV** (73): 187-218.

Lagos, M., 2007. La perfección y la redención, en Secretaría de Gobernación, *Cul-*

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

tura política y participación ciudadana en México antes y después del 2006. México, pp. 107-133.

Miller, W., y M. Shanks, 1996. *The New American Voter*. Londres, Harvard University Press.

Moreno, A., 2003. *El votante mexicano. Democracia, actitudes políticas y conducta electoral*. México, Fondo de Cultura Económica.

Moreno, A., 2007. El apoyo a la democracia en México: análisis y diagnóstico de la Encup, en Secretaría de Gobernación, *Cultura política y participación ciudadana en México antes y después del 2006*. México, pp. 35-58.

Moreno, A., y P. Méndez, 2007. La identificación partidista en las elecciones presidenciales de 2000 y 2006 en México, *Política y Gobierno* **XIV** (1): 43-75.

Pansters, W., 2002. Valores, tradiciones y prácticas; reflexiones sobre el concepto de cultura política (y el caso mexicano), en M.A. Calderón Mólgora, W. Assies y T. Salman (eds.), *Ciudadanía, cultura política y reforma del Estado en América Latina*. Zamora, El Colegio de Michoacán-Instituto Federal Electoral, pp. 281-307.

Parás, P., y C. López, 2007. Auditoría de la democracia: México 2006, *Política y Gobierno* **XIV** (2): 491-512.

Pateman, C., 1980. The civic culture: A philosophic critique, en G. Almond y S. Verba (comps.), *The Civic Culture Revisited*. Boston y Toronto, Little, Brown and Co., pp. 57-102.

Rouquié, A., 1989. *América Latina: introducción al extremo occidente*. México, Siglo XXI.

Somuano, M.F., y R. Ortega, 2003. La identificación partidista de los mexicanos y el cambio electoral, 1994-2000, *Foro Internacional* **43** (1-171): 10-38.

Sonnleitner, W., 2003. Democratización electoral, indianidad y violencia revolucionaria: elementos para una sociología regional de la transición política en Los Altos de Chiapas, México (1988-2001). Tesis de doctorado. París, Universidad de la Sorbona.

Tejera Gaona, H., 2003. *"No se olvide de nosotros cuando esté allá arriba": cultura, ciudadanos y campañas políticas en la ciudad de México*. México, UAM-Universidad Iberoamericana-Miguel Ángel Porrúa.

Viqueira, J.P., 2002. Mestizaje, aculturación y ladinización en dos regiones de Chiapas, en J.P. Viqueira, *Encrucijadas chiapanecas*. México, El Colegio de México-Tusquets, pp. 286-310.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

EL COLEGIO DE MÉXICO
70 AÑOS 1940-2010

2
DE LAS VARIEDADES DE LA EXPERIENCIA PROTESTANTE

*Carlos Monsiváis**

CONTENIDO

Introducción 66
"El estrago que causan o podrían causar los herejes" 67
"Estoy de acuerdo en que crea lo que le dé la gana, pero que no lo manifieste" 69
"No se les admite ni cantando en silencio sus himnos" 72
"Le dije pinche aleluya y no se rió" 73
"Aquí no pasan cosas de mayor trascendencia que las fosas" 75
"El cielo nada más escucha plegarias autorizadas" 76
Las experiencias de la conversión 78
De las variedades del rechazo 79
"Dividen a las comunidades" 80
"¿Cómo le hacen tantos para creer en algo distinto a mis creencias?" 81
"Bienaventurados los que sufren, porque ellos también se dividen" 81
El nuncio papal Girolamo Prigione, tan conciliador 84
Referencias 84

* Escritor: <*cmonsiv@prodigy.net.mx*>.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

"A Dios sólo se le adora de un modo".

INTRODUCCIÓN

A fines del siglo XIX, así sea en unas cuantas ciudades, ya hay en México comunidades protestantes. Los pastores suelen ser estadounidenses y si no lo son, en Estados Unidos se han convertido a cualquiera de las denominaciones, sobre todo presbiterianas, metodistas, bautistas, congregacionales. Como es previsible, a los primeros conversos les entusiasma su cambio de vida, y el libre examen de la Biblia los hace confiar en el criterio propio que los aparta, a su juicio, del fanatismo. No hace falta decirlo, estos grupos pequeños se arriesgan en distintos niveles con tal de ejercer su fe.

Sobre el protestantismo latinoamericano y mexicano hay estudios de primer orden, entre ellos los de Hans-Jürgen Prien, Jean-Pierre Bastian y José Míguez Bonino, así como los varios trabajos de Carlos Mondragón y de Carlos Martínez García (en especial sus colaboraciones semanales en *La Jornada*). En los textos de Bastian y Bonino suele concedérsele un lugar primordial al influjo de la modernización. Es evidente que esto desatiende otros fenómenos primordiales en el desarrollo del protestantismo latinoamericano: las experiencias profundas del cristianismo como "saber de salvación", el enfrentamiento al prejuicio, la pasión proselitista.

Los tímidos avances de los primeros tiempos padecen la furia de los hostigamientos feroces promovidos por el clero católico, los conservadores y la intolerancia de una sociedad que no admite públicamente lo diverso. Las comunidades viven en el aislamiento porque no queda de otra y se concentran en las grandes ciudades donde la seguridad es mayor y se multiplican las denominaciones. Luego, con la llegada del pentecostalismo se afirman las formas emocionales del segundo "nacimiento espiritual".

Durante un periodo que culmina en la década de 1940, el protestantismo, lo ha demostrado Jean-Pierre Bastian, es opción religiosa y una muy clara elección política y moral. Por razones históricas, una tendencia dominante entre los protestantes opta por el liberalismo juarista y es partidaria de la libertad de conciencia y de la tolerancia (ejemplifico con mi familia: mi bisabuelo, Porfirio Monsiváis, soldado liberal, se convierte al protestantismo en Zacatecas a fines del siglo XIX, y mis abuelos, a causa de la cerrazón social a los diferentes, emigran a la capital en 1908). En la ciudad de México y en Monterrey, las comunidades evangélicas responden al esquema clásico (o weberiano): son gente industriosa, adelanten o no en la escala so-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

cial; en su visión ética interviene la ejemplaridad y le ofrecen a la sociedad la variedad de sus virtudes públicas y privadas. Poquísimos se dan cuenta de ello, porque lo común es ignorar su presencia, y el avance no es en modo alguno espectacular, las comunidades son reducidas y soportan un cúmulo de dificultades, entre ellas la incomprensión y el rechazo del medio que les niega la posibilidad de edificar templos, con frecuencia los rechaza socialmente y los considera de un modo u otro *freaks*. Esto en las grandes ciudades.

"EL ESTRAGO QUE CAUSAN O PODRÍAN CAUSAR LOS HEREJES"

En el periodo 1847-1860 le indigna al clero y a la sociedad la mera idea de la pluralidad religiosa. Juan Bautista Morales, que será un anticlerical enconado con el seudónimo de "El Gallo Pitagórico", escribe durante varios números de *La Voz de la Religión*, una publicación muy militante, un ensayo en el que refuta el *Tratado de la tolerancia* de John Locke y los escritos del liberal Vicente Rocafuerte. Según alega, la religión católica es esencialmente intolerante por causas teológicas que se extienden a lo civil. Hay que combatir la tolerancia porque la salvación de un católico está por encima de todo:

> Pero, ¿qué conexión tiene esto [la salvación sobre todas las cosas] con la tolerancia civil? ¿Por ventura importa algo a la salvación de un católico el que en la ciudad en que vive habite otro u otros muchos hombres que no se salven? El mal será para éstos, sin que el bien de aquél reciba el más ligero menoscabo.
>
> Responderé a esta objeción, haciendo ver la estrecha conexión que tiene la salvación con la intolerancia. No me valdré para esto de los textos del Evangelio que pudiera usar, sino únicamente del principio de *utilidad* que es todo el objeto de la *civilización moderna*. La experiencia ha enseñado a los católicos que ni los idólatras ni los judíos ni los turcos hacen tanto estrago en la Religión como los herejes. Su dulzura, su insinuación, sus modales, su ejemplo, sus caudales, todo contribuye a hacer casi irresistible la seducción. "El rigor de los tiranos, dice un autor, sólo ha producido santos a la Religión; pero la astucia de los herejes, apóstatas".
>
> ¿Quién es el que prudentemente no teme contaminarse? Volvamos los ojos a esta misma ciudad de México. En ella los extranjeros no practican sus religiones, únicamente se abstienen cuando pueden de nuestras ceremonias y

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

> ritos. Algunos moderados, como los ingleses británicos, no se mezclan en cuestiones religiosas. Sin embargo, ese mal ejemplo negativo, la lectura de los libros irreligiosos y las conversaciones de algunos libertinos dentro y fuera del país, ¡qué daño no han causado a la Religión!

Me extiendo en la cita porque contiene muchísimo de la psicología y la política militante de la intolerancia de entonces y la algo resignada intolerancia de hoy. A la comunidad nacional unida por la fe intentan seducirla (esto es, precipitar en el infierno) los fabricantes de apostasías. México, firme en la fe pero siempre débil ante las acechanzas del mal, debe cerrarse al contagio, imponer como cuarentena el odio a los pervertidores de las costumbres. El paisaje infernal trazado por Morales continuará, bien que con fuerza decreciente, durante siglo y medio:

> Ni se diga que éste [el miedo a la ruina del alma] es un temor infundado, porque en su apoyo vemos todos los días una prueba en el orden moral. Un ciudadano, por bien educado que esté, por mucha confianza que tenga en su virtud, por más buenos hábitos que haya contraído, rehúsa, y con razón, la compañía de hombres malvados, de mujeres corrompidas, y aun de hombres puramente groseros y toscos. Y ¿por qué? ¿No se podía hacer a éstos en materia de costumbres el mismo argumento que se hace a los católicos en asunto de religión? Si estás cierto y seguro de tus principios, ¿qué temes? Sin duda que sí; pero ellos responderían que la experiencia ha enseñado que el contacto con esas gentes no sólo es capaz de minar con el tiempo la virtud más sólida, sino aun de variar del todo la educación y los hábitos más finos y mejor cultivados; pues otro tanto responderán los católicos en su caso respectivo.
>
> Pero supongamos que un católico no tema por su persona, ¿dejará de temer por la de sus allegados, amigos y principalmente de sus hijos? ¡Qué desconsuelo será para un padre sentase a la mesa, rodeado de sus hijos a quienes ve seguir otras religiones, y que de consiguiente los cuenta por perdidos! ¿Podrán todas las comodidades temporales que le haya ocasionado la tolerancia endulzar la amargura de su corazón?

En *La Voz de la Religión*, el 14 de marzo de 1849, Tomás Luis G. Falco da una explicación formidable a su manera y, de nuevo, todavía actual, del sentido de la intolerancia. "Porque no tememos las sectas, sino la ignorancia de nuestro pueblo". Se cita a Montesquieu: "El principio fundamental de las leyes políticas en materia de religión [es que] cuando se es árbitro de

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

admitir o no admitir en un Estado una religión nueva, lo mejor es no admitirla". Y concluye: si se admite la tolerancia de cultos no habrá ni tranquilidad ni seguridad; la meta es el Código Penal 1803 de Perú, que castiga a todos aquellos que intenten abolir o modificar el papel de la religión católica y penaliza a quienes realicen actos públicos no católicos. Y el señor Falco encuentra la solución: "No se obliga [a los herejes] a que abjuren la idolatría, ni a que abracen el cristianismo, empero sí a que respeten y reciban lo que encarnizadamente han aborrecido".

El camino está trazado y la argumentación se afianza en los tiempos siguientes, aunque las guerras de Reforma, la Constitución de 1857 y el triunfo de los liberales sobre el Imperio de Maximiliano (un liberal a su manera) implantan la promulgación de la tolerancia de cultos. Pero el cambio de mentalidad, a pesar de las leyes, lleva tiempo, y considerable.

"ESTOY DE ACUERDO EN QUE CREA LO QUE LE DÉ LA GANA, PERO QUE NO LO MANIFIESTE"

La tolerancia avanza dificultosamente y lo que se obtiene depende en gran medida de la certeza de los liberales: sin libertad de expresión y pluralidad de credos no hay una sociedad civilizada. Los dirigentes protestantes y un sector de las congregaciones son liberales a fondo, entre otras cosas por ser prerrequisito de su existencia la defensa de las libertades; de allí el juarismo militante y, luego, ya en la Revolución, el apego a las causas de Madero y de la Constitución de la República de 1917. Los protestantes de principios del siglo XX luchan por una meta triple: garantizar el respeto de la ley a la disidencia religiosa; establecer las tradiciones que vertebren internamente a sus comunidades; convencer a los demás y convencerse a sí mismos del carácter respetable de sus creencias. Lo indispensable es garantizar, al tiempo que la legalidad, la legitimidad de una minoría calificada de "inconcebible", es decir, fuera de la historia nacional.

El crédito que alcanza la participación de protestantes en la Revolución mexicana se hace trizas en 1929 por el impacto de un hecho: el Partido Nacional Revolucionario, recién fundado, elige a Pascual Ortiz Rubio como candidato a la Presidencia de la República, en lugar de Aarón Sáenz, un día antes considerado el triunfador. La causa: el protestantismo de Sáenz que, en la leyenda muy verosímil, lleva a los obispos católicos de Estados Unidos al ultimátum: "Si el gobierno mexicano quiere el arreglo del conflicto

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

religioso, Sáenz no puede ser Presidente". Sea o no ésta la causa de su derrota, son muy vastas las repercusiones en el imaginario protestante, de allí en adelante poblado de recelos sobre sus derechos civiles y políticos, y con la perspectiva del martirio como la nacionalización disponible. De allí la prédica de la resignación: "Jehová dio, Jehová quitó, bendito sea el nombre de Jehová".

Al protestantismo se le califica de enemigo de la cultura hispánica, de esa América "que aún reza a Jesucristo y aún habla en español". En junio de 1929, el secretario de Educación Pública, Ezequiel Padilla, en la Cámara de Diputados, al promover la autonomía universitaria, explica: "Lentamente desaparecieron los ensueños opuestos a la autonomía de la Casa de Estudios, por evitar que ésta cayera en manos enemigas, o en las de los protestantes, como temía el licenciado Luis Cabrera" (citado en Taracena, 1964).

En 1928, el obispo de las Asambleas de Dios, David G. Ruesga, da su testimonio en una carta dirigida a la Secretaría de Gobernación:

> Sólo quiero manifestar que nuestro hermano Antonio Pérez de San Lorenzo Achiotepec fue amenazado y asesinado por elementos católicos insinuados por el cura de ese lugar, y el que escribe [David G. Ruesga] fue balaceado en el pueblo de Santa Cruz Cuatenanco, Estado de México, donde se me tiraron más de doscientos balazos también por insinuación del cura del citado pueblo, no habiendo logrado hacerme nada por un verdadero milagro de Dios […] pero sí tememos que hagan un daño a nuestro Templo que con tanto sacrificio hemos levantado, ahora si Ud. cree conveniente poner esto en conocimiento de la Inspección de Policía para que vele por darnos seguridad.

Al protestantismo histórico lo fortalecen las denominaciones más conocidas: episcopales, presbiterianos, metodistas, bautistas, nazarenos, congregacionales. Ya en la década de 1920 aparecen los grupos pentecostales, producto en lo básico de las iluminaciones o *llamados divinos* a personas con dones organizativos, que juntan adeptos y siguen el camino que va de reuniones en casas a la compra de terrenos para la edificación de pequeños templos (en este caso es mucho menor el apoyo de las misiones estadounidenses y se depende del énfasis en la experiencia directa y la emoción y la cooperación de las comunidades). En todas las denominaciones se va a los templos a refrendar la fe (absolutamente personal) y la seguridad de no estar solos ante la intolerancia que mezcla las instrucciones de curas, obispos y "creyentes elocuentes" con las reacciones tradicionales del odio a la diversidad.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

A los protestantes, y casi por decreto, se les excluye de la "Identidad Nacional", del respeto y la comprensión de sus semejantes, y se les hace pagar el abandono de las costumbres católicas con los costos altísimos de la segregación. Mal vistos en lo político, discriminados en lo social, su trayectoria desemboca en un doble juego: se les excluye y ellos mismos, convencidos de que así va a ser, se excluyen.

Décadas arduas, sobre todo en provincia, para ya no hablar de los sectores indígenas, de crecimiento mínimo, de marginalidad asumida. Los protestantes están al tanto: "Una iglesia es simplemente una asociación de gente con una necesidad común, comprometida en una tarea común". No sólo son distintos, también se eximen de los rituales que integran a la sociedad en sus distintos niveles: bautizos de niños, confirmaciones, primeras comuniones, amonestaciones, bendiciones tan rumbosas como se puede de casas, residencias, oficinas y comercios, bodas que son el centro de la crónica de sociales impresa o verbalizada, bodas de plata, bodas de oro, las muy ocasionales bodas de diamante, participación en las congregaciones de penitentes o de Caballeros de Colón… Simplemente *no son de aquí* y de varios modos se les hace saber: "Si de cualquier modo se van a ir al infierno, para qué los invito a mi casa".

Éste es quizá el rasgo definitorio de una larguísima etapa de los protestantes en México: el alejamiento de casi todos los ritos de la sociedad nacional, la actitud que mezcla la conversión, la disciplina de la fe y el manejo variado del rechazo circundante. Son ya distintos en algo muy básico: no quieren integrarse y, de acuerdo con el clero católico y la sociedad, no deben hacerlo o no tendría caso que lo hicieran. "Anomalía extirpable" en las regiones del integrismo, a los protestantes les corresponden los márgenes que no alcanzan siquiera el nivel de la "nación alternativa". Esto, forzosamente, define estrictamente *lo nacional*, lo propio del país guadalupano y, ustedes los herejes, quédense con el Lábaro Patrio en la vitrina de los templos, el Himno Nacional en algunas ceremonias y, a partir del régimen de Manuel Ávila Camacho, quien declara: "Soy creyente", el miedo a expresarse políticamente, lo que conduce a la búsqueda del apoyo del PRI.

Ya "desnacionalizados", los protestantes aceptan la sentencia y de varias maneras se consideran mexicanos de tercera. (Por lo demás, no hay en lo general, hasta fechas recientes, ideas y prácticas reales de *ciudadanía*). Su "lejanía cismática" de la nación es a tal punto extrema que en buena medida aún perdura. Sin jamás decirlo o conceptualizarlo, en lo tocante al ejercicio de sus derechos de libertad de cultos, los protestantes mexicanos se

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

sienten "extranjeros en su tierra" o, si se quiere, sólo arraigados en su credo, y la sensación de extrañamiento se fortalece cuando, además, en un número de casos que disminuye a partir de la década de 1960, los pastores son misioneros estadounidenses.

"NO SE LES ADMITE NI CANTANDO EN SILENCIO SUS HIMNOS"

En el periodo 1940-1960 se decide detener brutalmente al protestantismo en México, no porque signifique un "peligro demográfico", ya que, de acuerdo con los censos siempre amañados, pero en algo descriptivos, los protestantes en el país representan 0.91% de la población nacional. El gobierno atiende el llamado de los obispos católicos y, en canje de su lealtad política, les entrega la impunidad que, luego de la guerra cristera, es patente de corso de la "guerra santa". El Estado es laico, pero bastante distraído, y no se fija en los métodos que suprimen las herejías. Se perfecciona el rechazo hasta el punto de los avisos de hojalata en las ventanas: "En esta casa somos católicos y no admitimos propaganda protestante". ¡Satán detente! Son los años del arzobispo primado Luis María Martínez, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, bautizador de todos los edificios nuevos, infaltable en inauguraciones y cocteles. Su Ilustrísima don Luis María declara al protestantismo "serpiente infernal" (*Tiempo*, 27 de octubre de 1944) y se da tiempo para contar chistes levemente "verdes" y sentar fama de santamente mundano. Mientras, en provincia se queman los templos de la herejía o se apedrea a sus fieles a diario como regalo al espíritu lúdico de los niños, se mata a los pastores a pedradas o se les arrastra a cabeza de silla o se les "venadea"; en los pueblos se lincha física y moralmente a los evangélicos, se les expulsa de sus propiedades, se les impide volver. La prédica de la pureza nacionalista se intensifica y se describe con saña al protestantismo: "estrategia de los gringos para debilitar a los pueblos de raíz hispánica".

Sólo la revista *Tiempo*, dirigida por Martín Luis Guzmán, da noticia en esos años de asesinatos y vandalismo en nombre de la fe católica. En 1951 un título en portada informa: "Contra el Evangelio, la Iglesia católica practica el genocidio". En "El movimiento pentecostal en México. El caso de la Iglesia de Dios, 1926-1948" (2008), Deyssy Jael de la Luz García ofrece testimonios valiosos de lo que, en octubre de 1944, al iniciarse el Año Jubilar Guadalupano, el arzobispo Martínez llama oficialmente a la "Cruzada en Defensa de la Fe". En una carta pastoral, don Luis María emite su de-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

nuncia: "El protestantismo es una creencia extranjera y extraña que tiene como objetivo arrebatar a los mexicanos su más rico tesoro, la fe católica, que hace cuatro siglos nos trajo la Santísima Virgen de Guadalupe […] Por tanto, debe ser erradicado de raíz por los métodos que fueran necesarios" (De la Luz, 2008: 162).

La autora narra aspectos de la Cruzada en Defensa de la Fe: "La campaña escrita fue una de las respuestas al llamado de la cruzada, pues a través de la prensa confesional, boletines, facsímiles y hojas sueltas se agredían los principios doctrinales del protestantismo y se atacaban a los que habían abandonado el catolicismo para hacerles saber —según los redactores anónimos— que estaban en un error al haber dejado 'los sagrados sacramentos del culto sobrenatural que rendían en la Iglesia católica', y que el protestantismo los había liberado, pero para ir al infierno" (De la Luz, 2008: 162). Las palabras no se quedaron sólo en argumentos doctrinales sino que, haciendo uso del derecho de libertad de expresión, se publicaron algunas condenaciones:

> Que la más vil de las muertes venga sobre ellos [los protestantes] y que desciendan vivos al abismo. Que su descendencia sea destruida de la tierra y que perezcan por hambre, sed, desnudez y toda aflicción. Que tengan toda miseria y pestilencia y tormento […] Que su entierro sea con los lobos y asnos. Que perros hambrientos devoren sus cadáveres. Que el diablo y sus ángeles sean sus compañeros para siempre. Amén, amén, así que sea, que así sea (información aparecida en *Nuevo Día* y transcrita en *Tiempo*, 1945).

A principios de la década de 1950 comienza el Comité Nacional Evangélico de Defensa, organizado por varias denominaciones en el afán de documentar los agravios criminales, pero el comité no dialoga en lo más mínimo con la opinión pública (para empezar, porque ésta nunca se entera de su existencia) y se limita a denuncias (ignoradas) y a pequeñas marchas cada 21 de marzo ante el Hemiciclo a Juárez.

"LE DIJE PINCHE ALELUYA Y NO SE RIÓ"

Además de hostigamientos y persecuciones muy comprobables, aunque las autoridades se desinteresen, hasta hace poco y hoy todavía en demasiados lugares, el choteo de las creencias minoritarias conduce a los niños de

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

estos credos a una posición defensiva que nunca termina. *Lo normal* es el uso del criterio estadístico como la ley del comportamiento: "Somos la gran mayoría. Lo que queda afuera es falso y grotesco". Y *lo normal*, también, requiere la crueldad. Pertenecer a un credo "ajeno" en América Latina ha sido, sin poder evitarlo, asumir la identificación entre creencia heterodoxa y traición a la mayoría; entre creencia "herética" y "ridiculez". Sólo recientemente se atenúa la andanada contra "los que con tal de no aceptar la verdadera religión creen en sandeces y se aprenden la Biblia de memoria". Ante esto, los niños protestantes no se explican la singularidad de sus familias ni el método didáctico de su Escuela Dominical. A diferencia del fundamentalismo dominante, hecho de arrogancia y menosprecio de los credos falsos, el fundamentalismo de las minorías suele provenir no sólo de la relación con lo trascendente, sino de todo lo que el medio circundante les niega.

Por años, en los templos evangélicos, sobre todo de provincia, se repiten versículos y fragmentos. Por ejemplo: "Mucho me han angustiado desde mi juventud; mas no prevalecieron contra mí" (Salmo 129, versículo 2); "Escucha mi clamor, porque estoy muy afligido. Líbrame de los que me persiguen, porque son más fuertes que yo" (Salmo 142, versículo 6); "Líbrame de mis enemigos, oh Dios mío; ponme a salvo de los que se levantan contra mí / Líbrame de los que cometen iniquidad y sálvame de hombres sanguinarios" (Salmo 59, versículos 1 y 2); "De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo / Señor, oye mi voz; estén atentos tus oídos a la voz de mi súplica" (Salmo 130, versículos 1 y 2).

Para situar mejor estos versículos hay que reconstruir la vida de comunidades acosadas, de pastores amenazados de muerte, de mujeres violadas entre risotadas contra los "aleluyas", de alcaldes que se burlan de la denuncia de esos crímenes. Esto dura sin modificaciones por lo menos un siglo y el desarrollo doctrinario de los protestantismos depende en gran medida de las luchas, un tanto aletargadas, por obtener el reconocimiento de las creencias. Y al no fijarse con claridad esta historia, las comunidades protestantes no verifican las tragedias que han vivido y la necesidad de profundizar en el tema de las libertades.

No se le ve caso a la idea y a las prácticas de tolerancia. Ya en la década de 1950 los jerarcas católicos no invitan directamente al exterminio, pero jamás lo condenan, y en las zonas rurales los curas sí patrocinan o encabezan la cacería de herejes. (Un caso típico: los linchamientos en el pueblo de San Miguel Canoa, Puebla, de cuatro excursionistas y el campesino que los

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

hospedaba, acusado de ser comunistas que iban a violar a las mujeres. El que azuzó directamente a la turba fue el sacerdote Enrique Meza Pérez.) Ante los crímenes de odio por la fe distinta, los gobiernos no dicen una palabra y sólo, y por un rato, las sociedades locales se enteran. (Véase el excelente cuento de Sergio Pitol, "Semejante a los dioses"). Deshumanizados a fondo los disidentes, su persecución no ocurre en la conciencia pública y una suerte de convenio invisibiliza a los marginales de toda índole ¿*Derechos humanos*? El concepto ni siquiera circula y resultaría inconcebible darle categoría de asunto nacional.

"AQUÍ NO PASAN COSAS DE MAYOR TRASCENDENCIA QUE LAS FOSAS"

Con asaltos y crímenes se frena el desenvolvimiento del protestantismo para que la Identidad Nacional no se vea perjudicada. Al gobierno federal el asunto no le importa y en los gobiernos estatales las autoridades evitan comprometerse o levantan actas sin siquiera valor documental. En la prensa ningún articulista o reportero se interesa por el tema. A esto las comunidades protestantes responden con movilizaciones más bien tranquilas, sin sentido de urgencia y con las frases de resignación: "Son las pruebas que Dios nos envía".

Sin igualar los derechos religiosos con los derechos civiles, todo se vuelca en la estrategia de la disculpa. Y hasta la década de 1980, cada tres o seis años, un grupo de pastores y laicos organiza una ceremonia (poco concurrida) en la que, desmayadamente, se le entrega el apoyo de los evangélicos a un partido (el PRI, el 1 000% de las veces). En rigor, se sabe poquísimo del comportamiento electoral de la disidencia religiosa. Y el arrinconamiento no se debe sólo a la gran diversidad teológica y a la falta de acciones unitarias sino, desde fuera y básicamente, a la noción aún prevaleciente que identifica las "herejías" con la "ajenidad". La inculpación de "extranjería" afecta a los grupos protestantes en lo externo y en lo interno. Los protestantes o evangélicos están al tanto del tamaño de la calumnia, pero no tienen manera de contestar, los medios están cerrados y sus publicaciones apenas circulan en su radio de acción.

Son devastadores los efectos de esta muy cruenta etapa, que sólo varía al cundir la noción de las prácticas públicas de la diversidad. Acosados a diario en muy distintos niveles, los protestantes resienten la indiferencia social, no son noticia ni podrían serlo. Con cinismo, los dirigentes

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

de la institución que hoy exige más libertades religiosas no conceden ninguna y la izquierda nacionalista no considera asunto suyo esta catástrofe de los derechos humanos. Y sucede lo quizá previsible: expulsados de la historia nacional o ni siquiera incorporados a una nota de pie de página, los protestantes no le hacen caso a su historia propia. La fragmentación es ignorancia, se conoce poco o nada del conjunto de sus esfuerzos, de los seres admirables en sus comunidades, de los alcances de la persecución, de los ejemplos de conductas responsables. Luego, las nuevas generaciones de protestantes se desentienden por lo común del alto costo de sus libertades religiosas y el conservadurismo es una tendencia muy sólida: "Para que se me respete, debo ser como los que no respetan la diversidad".

Insisto: al protestantismo lo "nacionaliza", por así decirlo, el número desproporcionado de víctimas. El hostigamiento que alcanza reiteradamente un nivel de barbarie vuelve a los perseguidos "muy mexicanos" (sea esto lo que sea), aunque, por otra parte, y si queremos decirlo así, sólo han pretendido ejercer sus derechos constitucionales.

"EL CIELO NADA MÁS ESCUCHA PLEGARIAS AUTORIZADAS"

¿Cómo unificar estas ciudadelas también llamadas "denominaciones"? ¿Qué tienen en común los bautistas, los presbiterianos, los episcopales, los luteranos, los metodistas, los menonitas, los nazarenos, los Discípulos de Cristo, la Iglesia Bíblica Bautista, el Movimiento Manantial de Vida, la Iglesia Alfa y Omega, la Iglesia Cristiana Interdenominacional, la Iglesia del Evangelio Completo, el Alcance Latinoamericano, las Asambleas de Dios, la Iglesia Evangélica Pentecostés? (cito sólo algunas). ¿Y cuál es la relación de estos grupos, de un modo u otro derivados del protestantismo histórico de Lutero, Calvino, Zwinglio, John Wesley y los anabaptistas, con quienes ya no toman la Biblia como la única fuente de doctrina, así por ejemplo, los mormones o Iglesia de los Santos de los Últimos Días y los Testigos de Jehová?

Antes de la fiebre de conversiones que se desata en la década de 1970, la Iglesia católica supone al protestantismo confinado en la ciudad de México y en unas cuantas ciudades (Monterrey, la más destacada). Sin que se comente por escrito, se percibe el fenómeno como asunto de credos importados y ridículo asumido. "No tienen imágenes y no conciben la belleza",

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

"Son antinacionales y sólo merecen la atención que se le concede al ridículo", "Lanzan en sus ceremonias gritos traducidos". Y la maniobra de aniquilamiento se resume en un término: *sectas*. Las sectas —de acuerdo con el Episcopado y sus numerosos aliados— son la oscuridad en las tinieblas (así de reiterativo), de ritos casi demoniacos que apenas disfrazan la puerilidad, de los servicios religiosos que a los Verdaderos Creyentes les resultan indignantes y risibles, de la compra de la fe de los indecisos y los ignorantes. La noción de las sectas autoriza a los Creyentes Auténticos para hacer con los sectarios lo que su fe autoriza. Y el disgusto ante lo distinto legitima los ejercicios del odio.

Desde siempre, es muy difícil y riesgoso establecer misiones rurales. En la ciudad de México es común que sólo los vecinos adviertan la existencia de *los otros templos*, pero en los pueblos y las pequeñas ciudades los protestantes constituyen una provocación. Los más pobres son los más vejados, y los pentescostales la pasan especialmente mal, por su condición de "aleluyas", gritones del falso Señor, saltarines del extravío. El respeto a lo diferente es inconcebible y si a los herejes se les persigue es porque se la buscaron. La sociedad enemiga de lo diverso ignora los matices y el rechazo va del exterminio a la desconfianza imborrable, aunque las clases medias suelan confinarse en el chiste. Uno típico y clásico: el padre se entera de la profesión *non sancta* de la hija, se enfurece y la amenaza con la expulsión: "¡Hija maldita! ¡Vergüenza de mi hogar! Dime otra vez lo que eres para que maldiga mi destino". Se hace un silencio y la hija murmura: "Papá, soy prostituta". Suspiro de alivio y el rostro paterno se dulcifica: "¿Prostituta? ¡Ah, bueno!, yo creía que habías dicho *protestante*". Y la burla infaltable: "¡Aleluya, aleluya, que cada quien agarre la suya!". (El chiste, si se repite un millón de veces, se vuelve tradición hogareña y hay el rumor de que el primero que lo dijo fue san Pedro).

A los protestantes los rodean la incomprensión y el señalamiento. "Es muy buena persona, pero…", "Sí, hijo, puedes ir a casa de tu amigo, pero que no traten de quitarte tu fe". Esto, especialmente en los niños, se interioriza como mensaje implacable: tú eres nadie por ser protestante, un enemigo de Dios, un disparate de la religión. ¿Cómo se atreven a desertar de la Fe de Nuestros Mayores? Éste es el axioma: el desleal a sus orígenes religiosos, ya no pertenece a la nación y, también, como a los miembros de otras minorías, a los protestantes o evangélicos todavía hoy no se les reconoce su integración al país en lo cultural, lo político y lo social.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

LAS EXPERIENCIAS DE LA CONVERSIÓN

Son numerosas las consecuencias del aislamiento. Si bien la vida espiritual es, por así decirlo, autosuficiente, la represión afecta grandemente. No sólo se impone en la sociedad la idea, sin estas palabras, de que el credo protestante es una forma deleznable del pecado; también, el desarrollo teológico del protestantismo en México se concentra en el afianzamiento de la sobrevivencia doctrinaria y en la relación entre la vida de las comunidades y la visión del mundo. Esto, durante un tiempo, depende en gran medida del lenguaje y de la lectura constante de los textos bíblicos. Hasta 1960 un elemento unificador es la versión de la Biblia de Reina-Valera, que lleva a Antonio Alatorre en un magnífico ensayo de 1989 a esta conclusión: "La lectura de la Biblia quedó prohibida en el imperio español desde el siglo XVI. Si hubiera sido 'autorizada' la hermosa traducción de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, protestantes españoles del siglo XVI, la historia de nuestra lengua sería sin duda distinta de lo que es" (Alatorre, 1989: 189).

A partir de la década de 1970, la situación se modifica. Las inercias burocráticas del catolicismo y el aletargamiento en demasiadas de sus parroquias del espíritu comunitario enfrentan a decenas de miles con la necesidad de profundizar en la experiencia colectiva de la fe y en parte eso explica el alto número de conversiones al protestantismo y a credos paraprotestantes. Al éxodo de creencias, además de los motivos personales y familiares, siempre intransferibles, lo impulsan:

- la búsqueda de una comunidad en la cual integrarse de manera personal y contribuir al espíritu colectivo;
- la memorización de versículos bíblicos como guía de la memoria espiritual;
- las consecuencias del libre examen de la Biblia;
- el uso de la música como religiosidad paralela, la himnología como un resumen bíblico;
- el deseo y el ejercicio del comportamiento que renueve la personalidad o que de hecho la haga aparecer;
- la urgencia de las mujeres indígenas de la transformación de sus esposos o compañeros sometidos al alcoholismo y sus vértigos de improductividad y violencia;
- la desaparición del temor al "qué dirán";
- la fuerza del espíritu proselitista y la terquedad ante los rechazos;

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

• en el caso del pentecostalismo, la aceptación a fondo del ejercicio de las emociones.

Y, sobre todo, las vivencias de la conversión, que suele darse al asistir el futuro converso a un culto protestante invitado por amigos o familiares, o que se produce al leer fragmentos de la Biblia o al querer diversificar la vida. La conversión es el eje de las religiones minoritarias y es la fuerza que obliga a mostrar los cambios de vida, hasta donde, clásica o típicamente, lo permite la condición humana, a la que se pueden quitar o poner comillas, pero que siempre actúa en contra de las utopías de la perfección.

DE LAS VARIEDADES DEL RECHAZO

Durante décadas, sin que esto se advierta, en el afán de obstaculizar la marejada de conversiones, el catolicismo se consigue un aliado: los marxistas, casi todos antropólogos, que califican a las "sectas" de "enemigas de México y aliadas objetivas del imperialismo yanqui" y que, sobre todo, las acusan de oponerse malévolamente a los Usos y Costumbres de las etnias. Es prejuiciosa en extremo la campaña contra el Instituto Lingüístico de Verano, acusado de "espionaje para la CIA", que termina con su expulsión de México. Los últimos momentos de la hegemonía marxista en el medio académico se impregnan de intolerancia. Por lo demás, el Instituto Lingüístico de Verano se ha distinguido por verter a los idiomas indígenas varios libros de la Biblia, en especial los Evangelios y los Salmos.

La marginalidad religiosa es todavía un continente inexplorado. Así, por ejemplo, con tal de hacer de México el país abrumadoramente católico de la publicidad, los obispos se desentienden de la gran carga "pagana" (la recurrencia de los ritos indígenas prehispánicos) y de los cientos de miles de adeptos del Espiritualismo Trinitario Mariano, del espiritismo, de las variedades esotéricas. En un momento dado, parece imponerse la uniformidad y se ve al protestantismo condenado al estancamiento, síntoma de una etapa primeriza de la americanización del país. A mediados del siglo XX, en la capital y en las ciudades grandes, los protestantes pasan de amenaza a pintoresquismo: las familias que los domingos se movilizan con sus himnarios y biblias, la gente piadosa y por lo general confiable y excéntrica. ¿A quién se le ocurre tener otra religión si ya ni siquiera la fe de nuestros padres es muy practicable? La vida social asimila a los protestan-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

tes deseosos de oportunidades de ascenso, que prefieren casarse por el rito católico.

La sociedad de masas introduce dos factores: la mayor tolerancia y el soslayarse de la conciencia de derechos y deberes. Y el agudo espíritu cívico de los protestantes de las primeras décadas del siglo XX se diluye y suele asumir formas conservadoras. Son rituales los tratos institucionales —sigilosos o públicos— con los gobernantes y se evitan los pronunciamientos críticos respecto de la política (y si se hacen, es excepcional que alguien los registre y, además, cuando ocurren, el tratamiento noticioso es mínimo). Hay minorías religiosas pero, ¿a quién le importan? Y la izquierda nacionalista explica sin cesar, y como si fuera adjunta del Episcopado católico, que el protestantismo es un invento yanqui, una táctica para despojarnos de nuestra identidad nacional, una trampa para incautos.

"DIVIDEN A LAS COMUNIDADES"

En el fondo, a veces disfrazada, la vieja tesis: son "ilegítimas" las creencias no mayoritarias. Antropólogos, sociólogos y curas insisten con frecuencia, sin mayores explicaciones (tal vez por suponer que el asunto es tan obvio que no las amerita), en el "delito" o la "traición" que cometen los indígenas que, por cualquier razón, desisten del catolicismo. "Dividen a las comunidades" o "Se abstienen del tequio", se dice, pero no se extrae la consecuencia lógica de la acusación: para que las comunidades no se dividan prohíbase por ley la renuncia a la fe católica (a los ateos se les suplica que finjan).

Varias preguntas: ¿cómo respetar la libertad de cultos si no se le permite ninguna a quien pertenece a las "ancestrales culturas"? ¿Es inmóvil y eterna la "identidad cultural" de nuestro pueblo? ¿Sobre qué base se demanda la expulsión del país de "sectas" integradas por ciudadanos mexicanos? Con su aporte a la prohibición de creencias, esta izquierda "marxista" autoriza persecuciones, censura, violación de los derechos humanos. Por ejemplo, el 15 de mayo de 1989 *Unomásuno* da cuenta de un hecho: "En este momento, aproximadamente 35 000 indígenas de Los Altos de Chiapas han sido expulsados de sus comunidades por adoptar las enseñanzas del Instituto Lingüístico de Verano". Entonces, no incomoda el hecho monstruoso, porque se descarga contra "fanáticos". (Moraleja: sólo es condenable el fanatismo dirigido contra organizadores del Cambio de Sistema.) La arbitrariedad deviene ideología chusca, pero dañina. En 1990, en un pro-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

grama del Canal 13, la locutora se mostró indignada: en la frontera norte hay una ciudad con más templos de "sectas" que cantinas. "¿Por qué es esto tan nocivo?", le pregunté, y respondió con presteza: "Por lo menos en las cantinas no se pierde la identidad nacional".

"¿CÓMO LE HACEN TANTOS PARA CREER EN ALGO DISTINTO A MIS CREENCIAS?"

¿Cuál es el contexto de lo anterior? Al amparo de la explosión demográfica crece orgánicamente la tolerancia, porque la secularización va a fondo, la religión se aparta de la vida cotidiana de casi todos, las creencias ajenas son respetables "pero no tengo tiempo de enterarme en qué consisten" y el pluralismo se adentra, consecuencia de los medios electrónicos, de los niveles de instrucción e información, de la internacionalización cultural y de la densidad social. Al volverse notorio el auge de la disidencia religiosa, la reacción varía, pero la intolerancia unifica. Según el obispo auxiliar de Guadalajara, don Ramón Godínez Flores, "cinco millones de mexicanos son miembros de las sectas", lo que se debe a los "vacíos de atención" de la Iglesia católica y a la escasa preparación evangelizadora "de numerosos sacerdotes que salen formados al vapor" en seminarios y colegios religiosos (*El Nacional*, 21 de septiembre de 1989). Y el sociólogo Gilberto Giménez, un ex jesuita adversario de "las sectas" anota: "Así, por ejemplo, entre 1970 y 1980 la población protestante se duplica en Tabasco y se triplica en Chiapas […] Por lo demás, estos dos estados son los que exhiben mayor densidad de población protestante (12.21 y 11.46%, respectivamente) y, considerados conjuntamente, concentran por sí solos las tres cuartas partes (72.26%) del total de la población protestante en toda la región […] Finalmente, cabe notar que los cinco estados del Sureste concentran por sí solos 22.56% del total de la población protestante en todo el país". (*El Nacional*, 21 de septiembre de 1989).

"BIENAVENTURADOS LOS QUE SUFREN, PORQUE ELLOS TAMBIÉN SE DIVIDEN"

En Chiapas, a partir de 1994, a la división entre confesiones religiosas se agregan las divisiones políticas. Católicos y protestantes se escinden y, en Chenalhó, por ejemplo, hay presbiterianos priistas y presbiterianos filozapatistas. Entre los obispos católicos hay posiciones muy opuestas y las hay también entre los protestantes. Quien puede hace declaraciones y dirigentes

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

de membrete andan a la búsqueda de micrófonos que les permitan hablar a nombre de *todos* los protestantes y condenar al EZLN. Las comunidades evangélicas padecen la violencia de los paramilitares, de los priistas y de los filozapatistas. Pero, de nuevo, sus demandas y denuncias carecen de volumen, porque rige la consigna no dicha, pero acatada: los protestantes son ciudadanos de tercera y eso, si acaso. Pongo un ejemplo —uno entre tantos— del 21 de diciembre de 1997: en el pueblo de Pochiquil, Chiapas, se reúne un grupo evangélico. Al terminar el culto, advierten la presencia de hombres armados en la comunidad. Algunos huyen; 12 familias eligen pasar la noche en oración en el templo. Los hombres armados cercan el recinto durante tres días, sin permitir la entrada de agua y comida. Un joven se arriesga y va en busca de provisiones. Dos semanas más tarde, su cuerpo aparece a un lado del camino, golpeado y rematado a machetazos. Días más tarde, cuatro asesinatos más y el incendio deliberado de 45 hogares de evangélicos. Después de Navidad, los agresores queman las cosechas y otros 80 hogares de los protestantes y un templo evangélico (*Noticiero Milamex*, 30 de abril de 1998).

El 12 de noviembre de 1996 son asesinados dos dirigentes de la Organización de Pueblos Indígenas de Los Altos de Chiapas (Opeach), por motivos religiosos, que una parte de la prensa matiza de inmediato: "por motivos supuestamente religiosos", para favorecer el desgaste del tema. A los asesinados (Salvador Collazo Gómez y Marcelino Gómez López) se les embosca en el monte con armas de alto poder. Otro dirigente de la Opeach, Manuel Collazo, hermano de Salvador, responsabiliza de los hechos a los caciques de Chamula y al diputado local priista, Manuel Hernández Gómez. Los crímenes, para nada excepcionales, corresponden al clima de intolerancia ya histórico en la zona.

¿Quién protesta por estos hechos? En Chiapas se acrecienta el número de los desplazados, siguen impunes los asesinatos de pastores y feligreses y, por ejemplo, el 2 de abril de 1998 un grupo de católicos incendia dos templos protestantes. Por lo visto, esto todavía no le concierne a la opinión pública ni a la sociedad civil de izquierda. A los disidentes religiosos los persiguen, torturan y matan los paramilitares, los priistas, los filozapatistas. Esto, mientras la jerarquía católica niega la existencia de una "guerra santa". Y hace falta un examen minucioso de Acteal, un crimen de Estado que, sin embargo, lleva a la cárcel a inocentes y culpables por igual, paramilitares y simples miembros de las comunidades.

En la ingobernabilidad, y casi por inercia, los poderes locales aspiran al totalitarismo a su alcance. Si los enfrentamientos religiosos son desdicha-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

damente reales, la derecha los utiliza para añadirle al todo de la intolerancia en Chiapas el matiz de las creencias, y a gran parte de la izquierda le parece bien en el fondo. En demasiados lugares los agravios son muy reales, tanto como el deseo de eliminar a los contendientes en la lucha por las almas.

El 22 de abril de 2001, en Villa Hidalgo Yalalag, Oaxaca, el pastor pentecostés Gilberto Tomas Piza, de 48 años de edad, es asesinado a las 7 de la mañana, cuando se dirigía al templo a su cargo. El pastor recibe varios impactos de bala y, según Tomás Martínez, reportero de *Noticias* de Oaxaca, las autoridades muestran muy poco interés en resolver el caso. Tomás Piza, quien deja a su mujer y cinco hijos, había sido expulsado de Yalalag y debido a eso construyó con láminas un templo en un cerro a las afueras del pueblo. Los enviados del Comité Evangélico de Derechos Humanos de Oaxaca no pudieron acercarse al lugar (*Noticiero Milamex*, 31 de mayo de 2001).

El 4 de abril de 2001, la asamblea del pueblo de San Lorenzo, en la sierra de Choapam, Oaxaca, levanta el acta correspondiente.

> [Se requiere] resolver el problema existente con unos de los ciudadanos de la comunidad, quienes pretenden dividir el pueblo con su creencia de la religión evangélica, cosa que esta población rechaza por completo, ya que por los años 79 existió el mismo problema en este pueblo, donde fueron expulsados un grupo de individuos que profesaban esa religión evangélica, por tal motivo se ha conservado la unidad el pueblo.

El acta es un testimonio preciso de la intolerancia que se ve a sí misma salvando a la comunidad y a la nación:

> Después de una larga discusión de lo relativo con este problema de dos compañeros que profesan la religión ajena a la católica, donde el pueblo solicitó que se cortaran los derechos de dichos señores, ya que se dio tiempo para que se arrepintieran, mas sin embargo, ante la asamblea siguieron diciendo que no podían dejar la religión que se habían ingresado. Mientras tanto, uno de los presentes dijo que esas personas que profesan la religión evangélica son varias y mencionaron los nombres de otra pareja que según se murmura que también están metidos en el mismo problema de la secta.

El 4 de marzo anterior, la pareja evangélica formada por Simón Antonio Manzano y Cristina Martínez Sánchez es detenida durante 30 horas por

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

la única razón de sus convicciones. Luego, se les suspende el suministro de agua potable y se les cobra una multa de 2 500 pesos.

EL NUNCIO PAPAL GIROLAMO PRIGIONE, TAN CONCILIADOR

En 1985, el nuncio afirmó: "Las sectas son como las moscas y hay que matarlas a periodicazos". En 1989, el líder empresarial Jorge Ocejo exige la desaparición "de las sectas, los narcosatánicos y otros grupos evangélicos". El cardenal de Guadalajara, José Sandoval Íñiguez, se enardece: "Se necesita no tener madre para ser protestante". Y las campañas antiprotestantes se vinculan con las vociferaciones contra el New Age, "doctrina diabólica". El 10 de octubre de 2004, al inaugurar el XLVIII Congreso Eucarístico Internacional en nombre del papa, el cardenal Josef Tomko condena "la proliferación mundial de las manifestaciones de una religiosidad sectaria y fanática con tendencias fundamentalistas". Pero las conversiones no se detienen.

La persecución y la marginalidad unifican sólo hasta cierto punto. En el ámbito de la disidencia religiosa hay "muchas moradas" y posiciones políticas muy diversas. Asimismo, hay expresiones sectarias que por momentos rondan la locura, y hay "predicadores" que, a semejanza del Elmer Gantry de Sinclair Lewis, medran con la buena fe y el candor que es ignorancia. Se registran casos de comportamiento delictuoso o de reaccionarismo militante. Pero las alianzas tienen un límite. El protestante Humberto Rice ingresa al Partido Acción Nacional y, luego de un tiempo, sale de él por la intolerancia sustancial de esa organización, cuya parte dogmática le es irrenunciable. Y también, en 2006, un grupo ansioso de espacio político se arregla con Acción Nacional y le lleva su apoyo al candidato Felipe Calderón. La experiencia es desastrosa. Si varía drásticamente el comportamiento de grupos o personas, lo que se mantiene como principio es lo evidente: el derecho que tienen las personas de profesar el credo que les resulta pertinente. Esto, de manera tardía pero firme, ya forma parte de los saberes de la nación.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

REFERENCIAS

Alatorre, A., 1989. *Los 1001 años de la lengua española*. México, Fondo de Cultura Económica.

Bastian, J.-P., 1990. *Historia del protestantismo en América Latina*. México, Casa Unida de Publicaciones.

Luz García, D.J. de la, 2008. El movimiento pentecostal en México. El caso de la Iglesia de Dios, 1926-1948. Tesis de licenciatura. México, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, UNAM.

El Nacional, 1989. Política, suplemento, 21 de septiembre.

Prien, H.-J., 1985. *La historia del cristianismo en América Latina*. Salamanca, Sígueme.

Martínez García, C., y C. Monsiváis, 2002. *Protestantismo, diversidad y tolerancia*. México, Comisión Nacional de Derechos Humanos.

Míguez Bonino, J., 1995. *Rostros del protestantismo latinoamericano*. Buenos Aires, Nueva Creación-Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos.

Mondragón, C., 2005. *Leudar la masa. El pensamiento social de los protestantes en América Latina: 1920-1950*. Buenos Aires, Fraternidad Teológica Latinoamericana-Kairós Ediciones.

Taracena, A., 1964. *La verdadera Revolución mexicana. Decimoquinta etapa 1929-1930*. México, Editorial Jus.

Tiempo, 1945. **VI** (144), 2 de febrero.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

EL COLEGIO DE MÉXICO
70 AÑOS 1940-2010

3
LAS IDENTIDADES RELIGIOSAS DE LOS MEXICANOS

*Roberto Blancarte**

CONTENIDO

Introducción 88
La adscripción religiosa de los mexicanos 88
El mundo de las creencias 93
El descubrimiento de la pluralidad y el surgimiento del estado laico 96
Religión e identidad 99
La triple transformación de la identidad católica 102
Protestantes, evangélicos y otras minorías 109
A manera de conclusión 111
Referencias 113

* Profesor-investigador y director del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México: <*blancart@colmex.mx*>.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

INTRODUCCIÓN

Uno de los cambios culturales e identitarios más espectaculares en las cuatro décadas que transcurrieron entre 1970 y 2010 en México es el relativo al mundo de las creencias y las adscripciones religiosas. El país dejó de ser casi absolutamente católico y se convirtió en una nación religiosa plural. Lo anterior fue el resultado de importantes cambios sociopolíticos que se venían gestando de manera lenta desde mediados del siglo XIX, acelerados sobre todo después de la Revolución mexicana y de la segunda guerra mundial, y que han sido, a su vez, factor de transformación en la sociedad mexicana.

Hasta 1970 prácticamente todos los mexicanos eran católicos y no se cuestionaban acerca de otra posible identidad religiosa. La cultura religiosa y la identidad nacionales estaban además ligadas al catolicismo. Ser mexicano era ser católico. La disidencia religiosa era cuestión de una minoría, tolerada como parte de la lógica liberal. Pero las iglesias cristianas eran calificadas peyorativamente como "sectas", señalándolas, además, comúnmente como antipatriotas o extranjerizantes. Por otra parte, nunca el proyecto de pluralidad religiosa, planteado por algunos desde la época de la Reforma, tuvo en realidad una lógica propia, sino que se insertaba en el marco de la necesidad de contrapesos a la Iglesia católica. Pero el último medio siglo ha sido testigo de una transformación importante en las adscripciones, las culturas y las identidades religiosas de los mexicanos y mexicanas. Las nociones de pluralidad, tolerancia, respeto, diversidad y otras similares se han lentamente incorporado a una cultura hasta hace poco inmersa en el combate entre un catolicismo conservador y un anticlericalismo radical. La historia de dichas transformaciones es la de la formación de esta nueva cultura religiosa.

LA ADSCRIPCIÓN RELIGIOSA DE LOS MEXICANOS

La identidad religiosa no puede circunscribirse de manera simple a la adscripción confesional. Por un lado, la dicotomía de afiliación automática o participación por decisión personal, tan característica de otros lugares, como Estados Unidos, no se daba para el caso mexicano. Por el otro, la identidad religiosa es sólo parte de un complejo mayor, lo que permite entender las enormes diferencias dentro de una misma denominación religiosa. Sin embargo, a pesar de todo ello, la afiliación nominal a una religión

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

o Iglesia es ya un indicador crucial de esas identidades. De allí que sea importante conocer las dinámicas de la pertenencia religiosa de los mexicanos a lo largo de las décadas más recientes.

En 1950 México tenía 25 682 412 habitantes, de los cuales 98.21%, es decir 25 221 820 personas se declaraban católicos. El casi medio millón restante se repartía entre 329 753 evangélicos, 17 572 judíos y 113 567 de miembros de otras religiones.[1] Como dato curioso, el censo de ese año no registró a las personas sin religión, mismas que en la década siguiente aparecerían en forma numerosa, lo cual hace pensar que en 1950 los no creyentes fueron inscritos en otros registros. En suma, se puede afirmar que en el México de 1950 la pluralidad religiosa era muy limitada, pues los miembros de otras religiones y los no creyentes no alcanzaban ni 2% de la población. Pensarse como "no católico", como protestante, como evangélico, como judío, como testigo de Jehová o, simplemente, como librepensador en esos años suponía por lo tanto asumirse antes que nada como minoría religiosa o de creencias en un mar católico, pero por lo mismo, implicaba la necesidad de construir una identidad propia, lo suficientemente fuerte y diferenciada para manejarse en una cultura que no estaba acostumbrada a las formas de religiosidad diversas.

La modernidad, pese a todo, estaba haciendo su incursión en el país y una de sus consecuencias fue el incremento de las adscripciones protestantes, históricas y evangélicas. Este cambio se dio al mismo tiempo que México conocía una explosión demográfica importante. De esa manera, en 1960 la población mexicana sumaba ya prácticamente 34 923 129 habitantes, de los cuales 33 692 503, es decir, 96.47%, se consideraba católica. El número de protestantes y evangélicos pasó, sin embargo, a 578 515, es decir, 1.65% del total de la población. La categoría relativa a "otras" religiones se mantuvo casi estable, mientras que se registraron 192 963 personas sin religión, equivalentes a 0.55% del total de los mexicanos.

En esas décadas, la población del país crecía a pasos agigantados y en 1970 ya había en México 48 225 338 habitantes, de los cuales 46 380 401 se declararon católicos, constituyendo 96.17%, al mismo tiempo que el número absoluto de protestantes y evangélicos alcanzó la cifra de 876 879 habitantes para representar 1.82% del total. Por su parte, la población adscrita como judaica siguió disminuyendo en términos relativos, así como el número de los sin religión, que brincó a 1.59 por ciento.

[1] La fuente de todas estas cifras para las décadas 1950-2000 es INEGI, 2010.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

La década entre 1970 y 1980 presenció el mayor cambio en materia de adscripción religiosa en México. En esta última fecha, de un total de 66 846 833 habitantes, sólo 92.62% (alrededor de 62 millones) se declaró miembro de la Iglesia católica, lo que constituía una disminución de tres y medio puntos porcentuales en 10 años. Los protestantes y evangélicos, de manera inversa, prácticamente triplicaron su membresía, llegando a 2 201 609 personas, 3.29% de la población total. Los habitantes con "religión judaica" aumentaron también en números absolutos, pero siguieron disminuyendo en términos relativos. Otra de las sorpresas de la década lo constituyó el creciente número de personas adscritas a "otra religión", pues casi se cuadruplicaron en números absolutos (578 138) y doblaron sus cifras relativas (0.86%). Un salto similar ocurrió entre los que se declararon sin religión, quienes pasaron a ser más de dos millones de habitantes y 3.12% del total.

La tendencia a la pluralidad religiosa continuó en las siguientes décadas. En 1990, si bien los mexicanos ya eran más de 81 millones, únicamente 72 872 807 se declararon católicos y por primera vez su porcentaje fue menor a 90% (89.69). Mientras tanto, protestantes y evangélicos siguieron aumentando para llegar a tener casi cuatro millones de adeptos y prácticamente constituir 5% de la población. Las categorías de otras religiones y sin religión también aumentaron sus adscritos.

Al cerrar el milenio, México tenía casi 100 millones de habitantes (97 014 867), de los cuales 85 millones y medio se declararon católicos, constituyendo así un poco más de 88% de la población. Los protestantes y evangélicos continuaron incrementando sus filas, con más de cinco millones y porcentajes cercanos a 6 por ciento.[2]

En el bicentenario de la independencia nacional, las cifras muestran entonces una clara tendencia a la pluralidad religiosa y a la diversidad de creencias en México (véase cuadro 3.1). De los alrededor de 108 millones de habitantes que el censo registrará,[3] los pronósticos señalan que el por-

[2] La cifra de evangélicos no es muy precisa porque por razones metodológicas en el censo de 2000 se clasificó en el rubro de "otras religiones" a los testigos de Jehová y adventistas del séptimo día, así como a los mormones, como miembros de denominaciones "bíblicas no-evangélicas". Dicho criterio, evidentemente arbitrario y cuestionado por los miembros de estas organizaciones cristianas, impidió medir con precisión el aumento de fieles de las iglesias evangélicas.

[3] El último dato oficial fue el del conteo hecho en 2005 y que arrojó la cifra de 103 263 388 habitantes.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Cuadro 3.1. Población mexicana de acuerdo con su preferencia religiosa, 1950-2000

		Preferencia religiosa					
Año del censo	*Población total*	*Católica*	*Protestante/ evangélica*	*Judaica*	*Otras**	*Sin religión*	*No especificado*
1950	25 682 412	25 221 820	329 753	17 572	113 567	nd	nd
1960	34 923 129	33 692 503	578 515	100 800	137 158	192 963	221 190
1970	48 225 338	46 380 401	876 879	49 181	150 329	768 548	nd
1980	66 846 833	61 916 757	2 201 609	61 790	578 138	2 088 453	86
1990	81 249 645	72 872 807	3 973 108	65 000	1 178 120	2 632 488	536 248
2000	97 014 867	85 586 516	5 064 176	58 209	2 367 163	3 385 819	552 985

Nota: en los censos de 1990 y 2000 sólo se considera la preferencia religiosa de la población de cinco años y más. Aquí se ofrece una estimación de las cifras totales bajo el supuesto de que en la población de menos de cinco años se conserva la proporción observada en el resto de la población.

* En 2000 se incluyen en este renglón las denominaciones "bíblicas no evangélicas", testigos de Jehová, adventistas del séptimo día, mormones y judaica. Antes del censo de 2000 estas denominaciones se incluían dentro de "protestantes / evangélicos".

nd = no disponible.

Fuente: INEGI, 2010.

centaje de católicos seguirá disminuyendo (algunas encuestas señalan un máximo de 85% y otras una cifra aún menor), al mismo tiempo que continuarán aumentando los adeptos a otras religiones cristianas y los miembros de otras religiones. Según el tipo de pregunta que se haga respecto de las creencias religiosas, el censo de 2010 seguramente reconocerá incrementos de los miembros de iglesias evangélicas, así como de testigos de Jehová y mormones. Es muy probable incluso que el número de personas que se declare "sin religión" también aumente. Cabe señalar que ninguna de estas tendencias es exclusiva de México. De hecho, las investigaciones realizadas en diversos países de América Latina señalan propensiones similares. En Brasil, por ejemplo, en el año 2000 el número de católicos era de 74%, pero según algunas encuestas realizadas en 2003 y 2007 esa cifra era ya menor a 70% y el de evangélicos había crecido de manera significativa, haciéndose notar además en la "bancada [parlamentaria] evangélica" (Hagopian, 2009). Otros países, como Cuba y Uruguay, tienen porcentajes de católicos que apenas llegan a alrededor de 50%, mientras que en Centroamérica dichos porcentajes fluctúan entre 55 y 73%, y en países sudamericanos, como Chile o Venezuela, apenas alcanzaban 70% al iniciarse el tercer milenio. En realidad, los dos únicos países que entre los años 2000 y 2002 todavía registraban un porcentaje relativamente alto de católicos (88%) eran Argentina y México

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

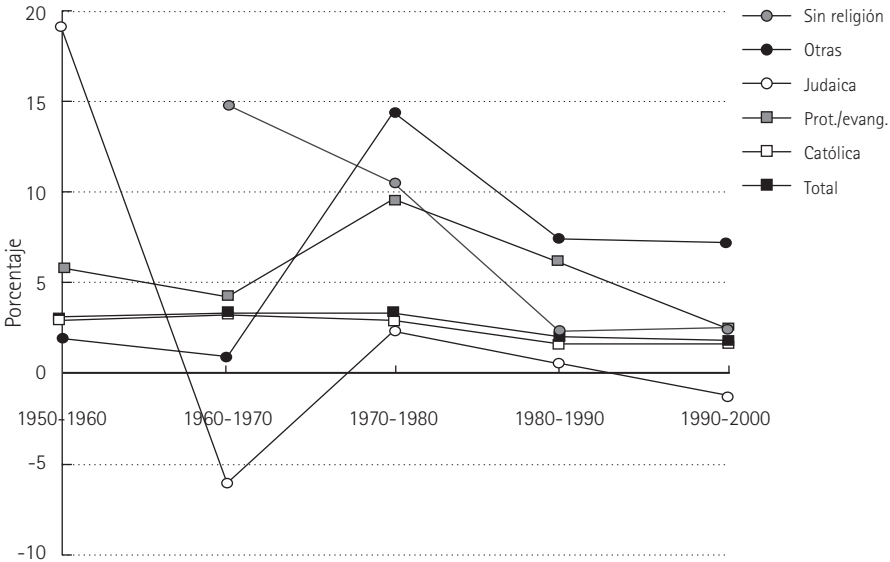
(Hagopian, 2009: 10, cuadro 1.2). Sin embargo, otras encuestas, como la Mundial de Valores, ofrecían en general cifras de católicos todavía más bajas en América Latina y el Caribe, incluso en Argentina (78.4%) y México (73.9%) (Hagopian, 2009: 11, cuadro 1.3). Todos estos datos muestran, en cualquier caso, la misma tendencia a la desaparición del monopolio religioso y la generación de un mercado plural en materia de bienes de salvación.

En suma, si observamos el cuadro completo de datos en materia de adscripción religiosa, es evidente que en medio siglo ha desaparecido el monopolio religioso casi absoluto que detentaba el catolicismo y en su lugar se comienza a gestar un panorama de mayor pluralidad, aunque en el marco de una Iglesia hegemónica y una cultura religiosa (no social), esencialmente impregnada por el catolicismo.[4]

Más allá de las cifras absolutas, que muestran al continente americano como el más católico, es importante advertir la tendencia establecida en los números relativos. En realidad, en México la tasa de crecimiento de los católicos fue menor a la tasa de crecimiento de la población, mientras que la tasa de crecimiento de protestantes y evangélicos y de otras religiones fue mayor (véase gráfica 3.1). En otras palabras, de continuar dicha tendencia durante las siguientes décadas, como ya sucede en otros países latinoamericanos, México podría llegar a ser un país más cristiano que católico, con profundas consecuencias sociales, políticas e identitarias. Así, por ejemplo, el significativo aumento de seguidores de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (mormones) o de la Sociedad de la Torre del Vigía (testigos de Jehová) podría incidir en el panorama político, en la medida en que la doctrina de estas instituciones predica el alejamiento de las cuestiones de poder temporales. De la misma manera, el incremento de las conversiones del catolicismo hacia el protestantismo en las comunidades indígenas ha transformado en muchos lugares el escenario social, pues allí donde antes reinaba el alcoholismo y la violencia intrafamiliar, dichas conversiones han disminuidos esos problemas. En un sentido distinto, la globalización y la creciente comunicación transfronteriza, en particular entre Estados Unidos y México, pero también entre México y Centroamérica, han tenido una repercusión importante en la creación de un evangelismo políticamente más activo y socialmente más conservador. Por último, el proceso de secularización ha incidido en la relación que los ciudadanos en gene-

[4] Algunos estudios recientes muestran esta evolución en detalle. Al respecto, véanse De la Torre y Gutiérrez (2007) y Hernández y Rivera (2009).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010



Gráfica 3.1. Tasa media de crecimiento anual de la población total y por religión, 1950-2000.

ral y los creyentes en particular han establecido con las iglesias tradicionales y con las instituciones religiosas. Esto ha llevado a núcleos crecientes de católicos a un alejamiento cada día mayor de la normatividad y la doctrina de su Iglesia, tal como lo establece la jerarquía, sobre todo en cuestiones de moral y sexualidad, pero también en lo referente a cuestiones sociales y políticas. En suma, la creciente pluralidad religiosa se ha hecho muy evidente tanto en el plano nacional como en el interno de las iglesias, con consecuencias que van más allá de lo que puede indicarnos la mera adscripción religiosa o eclesial.

EL MUNDO DE LAS CREENCIAS

En los años treinta del siglo pasado, Gabriel Le Bras, profesor de sociología religiosa en la Escuela Práctica de Altos Estudios de la Universidad de París, emprendió, con la colaboración de la jerarquía católica, un enorme esfuerzo para conocer el estado de la situación religiosa en Francia (Le Bras, 1955). Durante años, gracias al apoyo de miles de párrocos y sacerdotes,

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

contabilizó a los fieles católicos y pudo establecer un mapa de lo que él pensaba era la religiosidad de los franceses, con sus regiones más practicantes y sus áreas geográficas más agnósticas. Ideó un cuadro descriptivo, en el que, de acuerdo con la frecuencia de la práctica dominical y la celebración de las principales fiestas religiosas, se clasificaba el tipo de feligrés y su compromiso religioso. De esa manera, había los fieles practicantes que seguían los preceptos de su Iglesia en materia litúrgica al pie de la letra. Luego había quienes cumplían de manera irregular a las misas dominicales y asistían a las principales celebraciones del año. Después estaban los que acudían a la iglesia sólo cuando las campanas tocaban para ellos (bautizo, primera comunión, confirmación, matrimonio y defunción) y, finalmente, los que no asistían nunca. Dicho esfuerzo de contabilidad, pionero y loable en muchos sentidos, aunque logró definir un mapa de la práctica religiosa, tenía alcances limitados, por lo que, después de un tiempo, fue objeto de críticas: el marco explicativo sobre la religiosidad estaba centrado en el modelo eclesiástico católico y en la asistencia dominical, pero no profundizaba en las diversas formas de la experiencia religiosa o en la diversidad de prácticas y formas de vida que escapan a ese esquema litúrgico, tanto dentro como fuera del propio catolicismo. En particular, dicho modelo no incluía y, en consecuencia, no alcanzaba a explicar las diversas manifestaciones de lo que se clasifica como "religiosidad popular", mucho menos fenómenos que luego habrían de aparecer en las sociedades modernas, como el *New Age* o los llamados "nuevos movimientos religiosos".

Lo anterior nos permite hacer, de la misma manera, un primer ejercicio crítico acerca de la adscripción religiosa como única o primordial fuente de la identidad religiosa de los mexicanos. De hecho, lo que los especialistas refieren al respecto es la inexistencia de sistemas religiosos puros y la continua amalgama de creencias, que hacen imposible hablar de "una" identidad religiosa. Más bien, lo que encontramos es una permanente reapropiación de esquemas interpretativos, símbolos y enseñanzas dentro de una misma tradición religiosa, dependiendo de las circunstancias geográficas, económicas, sociales, políticas y culturales de cada grupo e individuo (véase González, 2002). Así, por ejemplo, hay muchas maneras de ser católico en México y, sin duda, lo que significa esta identidad varía enormemente. Un campesino de Guanajuato vive su catolicidad de manera distinta a como la experimenta un indígena en Chiapas o una mujer de clase media en el Distrito Federal, un ganadero en Sonora o un comerciante en Veracruz. De la misma manera, más allá de las diferencias "denominacionales", la religiosidad de

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

una evangélica en Tijuana también será diversa a la de una campesina en el Estado de México o a la de un indígena en Campeche. Las percepciones identitarias también se modifican de acuerdo con la situación sociopolítica y el entorno cultural-religioso. Así, un musulmán mexicano de origen libanés vive su religión y su identidad religiosa en Torreón de manera distinta a un indígena converso al Islam en San Cristóbal de las Casas. Y así como un obispo católico se comporta de manera distinta si reside en Salt Lake City o en Guadalajara, los creyentes de las diversas religiones también actúan diversamente, de acuerdo con las condiciones en las que están inmersos, la conciencia de su situación y las posibilidades de transformarlas.

Así, más allá de la adscripción religiosa, es importante responder a las preguntas: ¿En qué creen los mexicanos? ¿Cómo se identifican en relación con su adscripción religiosa? ¿Cuál es su apreciación de la sociedad y la política? ¿Cómo ven las relaciones de sus iglesias con el Estado? ¿Qué esperan de éste? ¿Cuál es su percepción de la pobreza, de la desigualdad, de la actuación de sus instituciones religiosas y de ellos como individuos en la sociedad mexicana? ¿Qué tipo de sociedad quieren: más tolerante o más restrictiva, más libertaria o más conservadora? La respuesta a estas interrogantes es en este momento hasta cierto punto inicial y fragmentaria. Sin embargo, existen suficientes indicios y elementos para establecer una caracterización de las posiciones y comportamientos de los mexicanos, a partir de su identidad religiosa. En la medida en la que el país ha venido descubriendo su pluralidad, las encuestas han hecho aparición y han comenzado a arrojar información importante para la identificación de las posiciones de los creyentes, incluida la mayoría católica.

En la Tercera Encuesta Nacional de Valores, elaborada en 1995, los resultados permitían ya elaborar un perfil aproximado de los creyentes, en términos estadísticos. De esa manera, se podía afirmar que, en México, los católicos se constituían por una feligresía en mayor medida joven, femenina, de instrucción media, concentrándose en las clases más desfavorecidas y en las medias, con mayor presencia en el norte y el occidente del país. Por su parte, los protestantes eran una minoría, en mayor medida masculina, en ese entonces entre los 20 y 29 años, con instrucción primaria, de clase media y concentrada geográficamente en los estados fronterizos, tanto del norte como del sur. Los miembros de "otras religiones", con toda la diversidad que podía esconder esa clasificación, eran en esencia de edad madura, de clase baja, con instrucción básica y se concentraban en la Zona Metropolitana de la ciudad de México y en el occidente del país (Blancarte, 1995).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

EL DESCUBRIMIENTO DE LA PLURALIDAD Y EL SURGIMIENTO DEL ESTADO LAICO

El pasado colonial ha marcado, por lo menos hasta fechas muy recientes, la identidad religiosa y hasta cierto punto la cultura del México independiente. El viejo principio de *cuius regio, eius religio*, establecido en la Paz de Augsburgo, significaba que cada rey o príncipe escogía la confesión de su preferencia (en un principio católica o protestante) y los súbditos estaban obligados a seguirla. Bajo ese principio, en Francia se estableció la lógica de *un roi, une loi, une foi*, es decir, que bajo una misma soberanía solamente podía caber una fe religiosa. Los reyes católicos de España no hicieron más que seguir ese mismo principio. Carlos V de Alemania y I de España tuvo que enfrentar, en tanto que emperador del sacro imperio romano-germánico, la rebelión de los príncipes protestantes y de las coaliciones posteriores en su contra, por lo que su dinastía estuvo marcada por la intolerancia religiosa impuesta en todos sus dominios, incluidos los americanos. Los borbones no modificaron dicho esquema, a pesar de sus tendencias ilustradas, pero sí reforzaron las tendencias regalistas en detrimento de la Iglesia.

Cuando México nació como país independiente, nadie o muy pocos imaginaban un país que no fuera totalmente católico, salvo por excepciones hechas a algunos extranjeros debido a la libertad de comercio y a la apertura del país a nuevos socios e intercambios económicos. Así, los primeros gobiernos independientes en México pretendieron establecer la continuidad del Patronato bajo el esquema de intolerancia relativa del principio de la Paz de Augsburgo. Ya desde el Acta de Independencia de Chilpancingo y los *Sentimientos de la Nación*, redactados por José María Morelos y Pavón en 1813, el Decreto Constitucional de Apatzingán de 1814 y el Acta Constitutiva de 1823 apoyaban una intolerancia oficial hacia las otras religiones y una protección especial a la católica. La Constitución de 1824 estableció: "la religión mexicana es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana. La nación la protege por leyes sabias y justas y prohíbe el ejercicio de cualquier otra" (Ceballos, 2000: 96). En ese momento, la identidad del pueblo mexicano se asumía como católica. Los insurgentes e independentistas no podían concebir una identidad distinta, porque creían que la religión era uno de los pocos cementos sociales y, desde su perspectiva (y la del principio *cuius regio eius religio*), un país sólo podía funcionar si era religiosamente monolítico. De esa manera, por ejemplo, la migración fue permitida en Texas a condición de que los que se asentaran fuesen católicos y

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

durante décadas el problema de la intolerancia dificultó la migración y la convivencia con los pocos extranjeros que por alguna razón residían en el país y formaban parte de alguna confesión protestante o reformada.

La Constitución de 1857, que omitió cualquier reconocimiento oficial a la religión católica, y las Leyes de Reforma, que establecieron en 1859-1860 la desamortización de los bienes del clero, la separación entre el Estado y la Iglesia, así como la libertad de culto, sentarían las bases para una transformación profunda del país. Pero a corto y mediano plazos, los cambios legales no incidieron en la autopercepción religiosa de los mexicanos, quienes continuaron siendo nominalmente católicos casi en su totalidad, por lo menos hasta 1950-1970. En el siglo posterior a las Leyes de Reforma, la pluralidad religiosa se desplegó en su amplio espectro (protestantes, judíos, mormones, testigos de Jehová y otros creyentes llegaron al país o se convirtieron), pero no llegaron a constituir, junto con los no creyentes, ni 2% de la población.

El verdadero competidor de la Iglesia católica en materia de convicciones fue el naciente Estado laico. No se trataba de una creencia religiosa que pusiera en jaque la adscripción nominal de la mayoría de los creyentes, pero sí una institución que disputaba la identidad nacional, mediante la adscripción a ideales seculares, con una poderosa simbología, capaz de competir por lealtades, sobre todo políticas. El laicismo, actitud de combate para crear y fortalecer al Estado laico, se convirtió en una potente ideología, apoyada tanto por la doctrina liberal como por los procesos de secularización social. La simbología de la patria, con sus héroes de la Independencia, de la Reforma y de la guerra contra la intervención extranjera, se convirtió desde el último tercio del siglo XIX en un credo liberal capaz de movilizar a la población y disputar la hegemonía cultural del catolicismo.

De hecho, no es por azar que la escasa disidencia religiosa tendió a aliarse con los liberales, librepensadores y laicistas, en esta lucha ideológica y política. De allí que la identidad religiosa se volviera factor central en la disputa por la identidad y la cultura nacionales.[5]

La Revolución mexicana, alimentada por corrientes positivistas, secularistas y anticlericales, habría de fortalecer este combate, plasmando en la

[5] Sobre este tema la bibliografía es inmensa. Cito, únicamente como referencia indispensable, los libros de Reyes Heroles (1988), Henestrosa, Lira *et al*. (1998) y, más recientemente, Vázquez (2010).

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Constitución de 1917 artículos que confinaban lo religioso al ámbito privado, eliminando cualquier forma de representación corporativa o colectiva. De esa manera, el artículo 130 establecía que la ley no reconocía "personalidad alguna a las agrupaciones denominadas Iglesias". En suma, la revolución triunfante se asumía como el nuevo paradigma social e identitario, por lo cual intentaba desplazar fuera del terreno político y simbólico a las iglesias y, en particular, a aquella que le disputaba la hegemonía social y cultural. La guerra cristera (1926-1929) fue sólo la expresión más violenta y más descontrolada de un conflicto de mayor duración y trascendencia entre el Estado y la Iglesia católica alrededor del control de las masas, pero también del perfil identitario y cultural de la nación. Al final, podría afirmarse que dicha batalla la ganó la Revolución mexicana, por lo menos durante el siglo XX, y que esa victoria laica fue el marco político y cultural que hizo posible la llegada de un creciente pluralismo religioso, después de la segunda guerra mundial.

Ahora bien, la magnitud de este fenómeno de creciente pluralismo comenzó a ser evidente en las siguientes décadas, pero sobre todo a raíz de las reformas constitucionales y legales en materia religiosa de 1992. Aunque ciertamente dichas reformas tuvieron como objetivo "modernizar las relaciones del Estado con la Iglesia" (*La Jornada*, 1988: 1), muy pronto se haría evidente que éstas se tenían que entender en plural. Menos claro sería que las iglesias y comunidades religiosas, independientemente de su tamaño, habrían de beneficiarse a corto plazo de dichas reformas legales, por lo menos en términos de estatus jurídico, pero también social, con consecuencias mayúsculas en materia de identidad. En efecto, por su peso histórico y presencia tanto social como cultural, la Iglesia católica no requería de un reconocimiento jurídico para existir, aunque ciertamente se beneficiaría del mismo por otras razones. Pero no era el caso de la mayor parte de las otras iglesias y agrupaciones religiosas, acostumbradas a vivir en el ostracismo social, a pesar de su deseo de manifestar públicamente su mensaje y su existencia. El reconocimiento jurídico, producto de las reformas al artículo 130 de la Constitución, así como de la Ley de Asociaciones Religiosas y Culto Público, ambas de 1992, habría de beneficiar en ese sentido sobre todo a las iglesias minoritarias, pues les ofrecería un estatus jurídico de igualdad y un posicionamiento social del cual carecían.[6] Ello habría de repercutir de ma-

[6] Sobre el siglo XX y las reformas a la Constitución en materia religiosa también hay una bibliografía abundante. Consúltense, por ejemplo Meyer, 1973-1978; Blancarte, 1992; Secretaría de Gobernación-UNAM, 1994.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

nera decisiva en la conformación y expresión de una identidad hasta entonces oculta o discreta y que en los siguientes años habría de manifestarse con creciente seguridad y firmeza. Prueba de ello es que en 2010 hay más de 7 000 asociaciones religiosas registradas ante la Secretaría de Gobernación. En todo caso, es claro que en el año del Bicentenario de la Independencia la presencia de las agrupaciones religiosas minoritarias es cada vez más grande en el panorama religioso mexicano, tanto por el debilitamiento paulatino del esquema de intolerancia originario de la Colonia, como por derecho propio y por el reforzamiento de su identidad específica.

RELIGIÓN E IDENTIDAD

Los ejercicios estadísticos e históricos no alcanzan, sin embargo, a explicar un fenómeno tan complejo como el de la identidad y, en particular, la religiosa. Los sociólogos de la religión nos recuerdan que, en términos teóricos, la relación entre religión e identidad ha sido un tema central en esa disciplina desde que los autores clásicos trataron el tema. Para algunos especialistas el texto de Émile Durkheim sobre las formas elementales de la vida religiosa, por ejemplo, podría ser leído como la creación de identidad personal y social por medio del ritual colectivo.[7] En ese sentido, identidad y cohesión social irían a la par. Y, ciertamente, muchos otros autores más recientes han señalado, también de manera muy clara, que una de las funciones más importantes de la religión es proveer de sentido y pertenencia a las personas (Greely, 1972; McGuire, 1992, citados en Greil y Davidman, 2007: 549). La búsqueda de significado y de pertenencia es una búsqueda que suele ser religiosa.

En realidad, como los especialistas anotan, el concepto de identidad es relativamente reciente, con fuentes tanto psicológicas como sociológicas. Los sociólogos se nutrieron del enfoque del interaccionismo simbólico, el cual planteó que los individuos son seres sociales y un producto dinámico de la interacción con otros individuos. Elementos centrales de este enfoque son las nociones de la naturaleza social del yo y su reflexividad. Desde esta perspectiva, el yo está formado por las expectativas de otros y los papeles o roles que le han sido asignados, pero tiene también la capacidad de integrar su yo objetivo con uno subjetivo.[8] Si aplicamos esta teoría a la identidad

[7] En esta sección me apoyo en particular en el texto de Greil y Davidman, 2007.

[8] Véase la obra de Erving Goffman, quien a su vez recuperó el pensamiento de

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

religiosa, podríamos ya comenzar a preguntarnos: ¿Cuál es la parte del rol o papel que los católicos mexicanos todavía actúan socialmente y cuál se define por una reflexividad acerca de ese papel? ¿Qué papel han desempeñado en todo esto los medios de comunicación? Por dar un ejemplo, las "mañanitas" o celebración popular a la Virgen de Guadalupe, televisada por las principales cadenas de televisión la noche del 11 de diciembre y las primeras horas del 12, ¿refuerzan artificialmente una identidad a partir del rol esperado de la profunda religiosidad de los mexicanos? ¿Es el catolicismo popular mexicano una forma de representación colectiva que refuerza los arquetipos y estereotipos del catolicismo o responde a una permanente y durable identidad religiosa? ¿Cómo observa el creciente número de no católicos esta representación y reforzamiento mediático de las tradiciones? Las respuestas escasean, tanto como las investigaciones en la materia. Pero es claro que, en la medida en que la alteridad desempeña un papel crecientemente importante en el país, las identidades terminan por reforzarse. Máxime cuando, como algunos autores han señalado, las identidades religiosas tienden a ser más notables entre grupos sectarios o de conversos que entre los miembros de iglesias tradicionales. Lo cual nos conduce a una discusión sobre la fuerza, claridad o definición de las identidades en la religiosidad mexicana.

En efecto, la pluralización del campo religioso mexicano es más bien un efecto de conversiones que de expansión interna de las creencias no católicas. Ello establece un efecto identitario importante en los nuevos adeptos, quienes, más que nacer en una Iglesia, deciden cambiar de confesión, con una convicción que suele ser, por lo mismo, más profunda y combativa. Para un mexicano o una mexicana su alejamiento de la práctica católica supone una definición trascendente, con consecuencias sociales importantes. En caso de un cambio de Iglesia, el compromiso adquirido por la conversión supone una transformación integral, no sólo en materia de creencias, sino en el comportamiento individual, familiar y social del individuo. De allí que, por ejemplo, muchas comunidades indígenas, convertidas al cristianismo evangélico gracias a la traducción de la Biblia a lenguas autóctonas, se hayan transformado completamente, con la disminución del alcoholismo, de la violencia intrafamiliar y con el aumento de la productividad laboral. Sin embargo, más allá de algunas evi-

---

varios autores, como William James, Charles Horton y George Herbert Mead. En particular, Goffman, 1959; 1963.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

dencias generales como las señaladas, la identidad religiosa de los mexicanos no sigue siempre un patrón similar. Sobre todo porque las identidades son múltiples, en la medida en que uno tiene papeles sociales variados. De allí que sea importante descubrir cómo y cuáles identidades se transforman en comportamientos. ¿Cómo identificar, por ejemplo, a los católicos mexicanos que actúan en lo social o en lo político desde sus convicciones católicas? ¿En qué medida los mexicanos que son católicos actúan esencial o prioritariamente a partir de su identidad católica, por ejemplo, en las elecciones?

La teoría de la identidad social, como su nombre lo indica, no se centra en cómo los individuos se ven a sí mismos frente a otros individuos, sino en la identidad grupal, destacando la importancia de las autodefiniciones de membresía en categorías sociales, como etnicidad, raza, religión o género. Las explicaciones sobre la identidad han girado alrededor de diversos ejes interpretativos. Algunos estudiosos han trabajado desde esta línea la identidad religiosa, en un esfuerzo por explicar la presencia frecuente de la religión como una marca que divide a grupos en conflicto. Pensemos en Irlanda del Norte o el Medio Oriente, pero también en Chiapas y en trágicos acontecimientos, como la masacre de Acteal, imputada al parecer de manera artificial a las divisiones religiosas.

En otros lugares, como Estados Unidos, ciertos estudios sobre las diversas denominaciones o iglesias protestantes y evangélicas señalan al "denominacionalismo" como un factor de identidad grupal que se sitúa entre lo local y lo nacional. Hay también la discusión en esta corriente sobre si la identificación de una persona con un grupo es natural o resultado de una posición utilitaria o "circunstancialista". Otra cuestión que surge de este énfasis en la identidad personal es el de la estabilidad *versus* la movilidad: si bien la identidad es cambiante de acuerdo con los papeles que desempeñamos, también es cierto que nuestra identidad persiste en el tiempo. ¿Cómo conciliar esto? El punto ha querido ser resuelto mediante el enfoque de identidad como narrativa:

> Somers afirma que la gente no se siente empujada a actuar de acuerdo con su clase, género, raza o cualquier otra categoría social, sino que más bien usa estas categorías de experiencia como materiales con los cuales pueden construir sus propias narrativas ontológicas y por lo tanto sus identidades. De acuerdo con McAdams, cuando pensamos en la identidad como un cuento que nos contamos a nosotros mismos, tenemos una manera de entender cómo la gente

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

> puede mantener un sentido de sí mismos como entidades coherentes, incluso cuando ellos equilibran identidades múltiples en el contexto de circunstancias sociales continuamente cambiantes […] Quizás es razonable conceptualizar la identidad como una caja de herramientas. Con el objeto de tomar decisiones acerca de cómo actuar en una situación dada, los individuos deben concluir de su repertorio de historias acerca de quiénes "realmente son" para decidir acerca de un curso de acción (Greil y Davidman, 2007: 555).[9]

Ésa es la razón por la cual hoy la mayoría de los especialistas ve en las sociedades modernas una búsqueda de los individuos por sentidos y pertenencias, más que el predominio de una adscripción establecida. Esto significa que la identidad en la modernidad se ha convertido en un proyecto por medio del cual, al decir de Nancy Ammerman, los individuos mezclan una serie de tradiciones diversas, con distintas fuentes para construir únicas y fluidas narrativas religiosas (Ammerman, 2003, citado por Greil y Davidman, 2007: 555). Desde esa perspectiva, se entiende perfectamente que la identidad religiosa de los mexicanos pueda ser compartida y lo haya sido a lo largo de la historia. El actual culto a la Santa Muerte, por ejemplo, tan socorrido por algunos sectores de la población, no constituye una adscripción específica que requiera renegar de las creencias católicas, como tampoco fue necesario hacerlo con muchas de las prácticas prehispánicas que todavía siguen vigentes, particularmente en el mundo rural.

LA TRIPLE TRANSFORMACIÓN DE LA IDENTIDAD CATÓLICA

El análisis de la identidad religiosa de los mexicanos, sea histórico, jurídico, demográfico o sociológico, pasa entonces por el reconocimiento de la centralidad que hasta fechas muy recientes ha tenido el catolicismo. Hay, sin embargo, varias dificultades iniciales para emprender la investigación, comenzando por el simple hecho de que, hasta hace muy poco, el universo de la población mexicana se confundía con el de los católicos. En otras palabras, tomando en cuenta que hasta hace pocas décadas el total de mexicanos era prácticamente el conjunto de católicos en México, se volvía

[9] Greil y Davidman se refieren a Margaret R. Somers (1994) y a Dan P. McAdams (1997).

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

difícil investigar el perfil propio de este subconjunto de los mexicanos. Pero en la actualidad las circunstancias han cambiado y permiten efectuar dicho análisis, a partir de algunas preguntas: ¿Quiénes son entonces los católicos mexicanos? ¿Quién se adscribe a esta identidad? ¿Cuáles son las características de su cultura religiosa específica, si es que existe alguna? ¿Cómo se perciben a sí mismos, frente a su propia Iglesia y frente a los cambios sociales? ¿Qué significaba ser católico en 1968 y qué es ser católico hoy? ¿En qué han cambiado los católicos mexicanos en las últimas cuatro décadas?

En perspectiva, sobre este tema podría aventurarse la hipótesis de que en el catolicismo mexicano, si es que hay algo que pueda denominarse así, hay una percepción de triple transformación. Por un lado, la más evidente y verificable, es el resultado de la drástica reducción de miembros de la Iglesia. Cada día hay cientos de personas que abandonan dicha institución y se adhieren a otra Iglesia o permanecen sin afiliación eclesial. La segunda transformación es más cultural y de sentido, debido en particular a la secularización creciente de la sociedad mexicana. Los católicos mexicanos o quienes se asumen como tales a partir de alguna forma de militancia o compromiso institucional, deploran el hecho, social y cultural, de que el ámbito de lo religioso cubra un área cada vez menor de la vida social e influya en menor grado las otras actividades de los mexicanos. Reivindican, junto con sus obispos, una integralidad del ser humano y la necesidad de que los comportamientos sociales sean acordes a la norma doctrinal. La secularización de las sociedades modernas está anclada, sin embargo, en este proceso llamado de "diferenciación social", en el que se distinguen las esferas política, económica, cultural o científica de la religiosa. Y la sociedad mexicana no es una excepción, por lo cual las normas católicas han perdido sentido en el contexto sociocultural mexicano. Finalmente, lo anterior ha conducido a una reducción de la importancia política de la institución católica, en el contexto de un proceso de laicización de las instituciones del Estado. Dicho proceso, iniciado con las Leyes de Reforma de 1859, pese a todo tipo de frenos y retrocesos, no ha dejado de avanzar, sobre todo en la medida en que la democratización obliga a que el Estado mexicano responda cada vez más a las necesidades y requerimientos de una sociedad que se entiende como plural y diversa.

En ese contexto, las pocas encuestas hechas hasta hoy nos indican, sin embargo, la existencia de un catolicismo secularizado. En julio de 2003 y

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

diciembre de 2009, dos encuestas conducidas exclusivamente en este grupo mayoritario de creyentes arrojaron resultados interesantes, que reiteraban lo expresado en términos generales por el conjunto de la población mexicana.[10]

Dichas encuestas nos muestran, en primer lugar, a una población católica secularizada, es decir, que vive en un mundo con esferas diferenciadas de la política y la religión, de las competencias del Estado y de las iglesias y de los ámbitos público y privado. Como consecuencia de ello, los católicos muestran también una enorme brecha entre la doctrina, tal como es entendida y enseñada por el episcopado, y la visión que la enorme mayoría de ellos, en tanto que fieles laicos, tiene respecto de lo que debería ser el magisterio de sus pastores. Lo anterior nos permite inferir (aunque las encuestas se centran en la opinión) que la práctica regular de la mayor parte de los católicos es divergente de la que la jerarquía de la Iglesia busca imponer. De hecho, incluso la práctica religiosa tiende a disminuir, pues si en 2003 sólo 3% de los católicos y católicas afirmaba que asistía frecuentemente a misa, en 2009 el porcentaje había bajado en dos puntos. Los que dijeron asistir "de vez en cuando" pasaron de 54 a 44% y los que señalaron asistir "casi nunca" pasaron de 12 a 21%. Sin embargo, de manera curiosa, los que dijeron confesarse frecuentemente aumentaron de 11 a 17% en ese mismo periodo, lo cual podría indicar una cierta polarización de posiciones dentro del catolicismo.

En materia política, los católicos, en su enorme mayoría, se muestran convencidos de la separación de esferas y la necesidad de preservar el Estado laico. La enorme mayoría de los fieles laicos (82%) consideraba en 2003 que se debía conservar al Estado laico y proteger al gobierno mexicano de la influencia de la Iglesia católica. Un porcentaje similar sostenía que su Iglesia no debía tener influencia en el diseño de las políticas del gobierno mexicano; una todavía más grande mayoría (92%) no estaba de acuerdo en que la Iglesia usara las misas para promover o descalificar ciertos candidatos o partidos políticos. Finalmente, la opinión de la población católica es consistente con la ley vigente, ya que considera mayoritariamente (83% en 2003 y 70% en 2009) que no se debe permitir a los sacerdotes y monjas ocupar puestos de elección popular.

[10] Las dos encuestas fueron solicitadas por Católicas por el Derecho a Decidir, en 2003, con la colaboración de Population Council México. La de 2003 fue realizada por Estadística Aplicada y la de 2009 por bgc Beltrán y Asociados, S.C. Todos los datos que se exponen a continuación provienen de estas encuestas.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Los católicos se pronuncian por una Iglesia dedicada a los pobres, a la protección de los derechos humanos y por una institución menos involucrada en política partidista, tal como establece el artículo 130 de la Constitución. Pero sobre todo, desean una Iglesia más tolerante, menos opresiva y más receptiva a las necesidades de los católicos y a sus derechos como feligreses y como ciudadanos.

Ya en 2003, los católicos mexicanos distinguían muy bien entre las creencias personales del Presidente y su obligación de velar por el interés público. De allí que afirmaran en su gran mayoría que el Presidente debía gobernar basado en la diversidad de opiniones que existen, mientras que sólo un mínimo porcentaje de los propios católicos (8%) consideraba que debía gobernar basado en las enseñanzas de la Iglesia. Lo mismo se aplicaba para el caso de los poderes Legislativo y Judicial. Cabe señalar que esta posición es consistente con otras encuestas, anteriores y posteriores a 2003, en las que los mexicanos (no sólo los católicos) señalan la necesidad de distinguir entre las creencias personales de los legisladores y funcionarios, por una parte, y las leyes y políticas públicas, por la otra, cuya elaboración debe responder al interés general. Así por ejemplo, en el año 2000 el Population Council publicó una encuesta nacional de opinión pública sobre el aborto. En ella, 80% de los mexicanos (católicos y de cualquier otra creencia) señaló que le parecía mal o incorrecto que los legisladores votasen en temas relacionados con el aborto de acuerdo con sus creencias religiosas (Católicas por el Derecho a Decidir y Population Council, 2003). Lo anterior mostraba que los mexicanos (y en esto los católicos no son una excepción) creen que, independientemente de las creencias religiosas de cada quien, es necesario que en el momento de legislar y elaborar políticas públicas los legisladores y funcionarios hagan abstracción de las convicciones personales o de grupo y velen por el interés público. Otro elemento presente (y al parecer histórico) de la actitud de los católicos mexicanos es su profundo anticlericalismo, sólo en parte mitigado en tiempos recientes. La propia opinión católica está dividida entre la posición sobre si el gobierno mexicano debe o no dar apoyo económico a la Iglesia para que opere escuelas confesionales y tres de cada cinco (60% contra 40% aproximadamente, tanto en 2003 como en 2009) de los propios católicos se oponen a que se enseñe la religión católica en las escuelas públicas. Además de la ya señalada tradicional desconfianza ante la intervención de los ministros de culto en política, sólo un porcentaje mínimo de los católicos (19%) expresaba en 2003 que la opinión del sacerdote de su parroquia era importante para

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

decidir por quién votar. Los católicos le dan más importancia a la opinión de su cónyuge o pareja, de analistas políticos, de otros integrantes de su familia, de líderes de algún partido político o de la comunidad donde viven. Sólo un porcentaje ínfimo de los fieles (9%) consideraba probable consultar o aconsejar a un familiar que consultase a un sacerdote para decidir por cuál candidato votar. En 2009, alrededor de dos tercios de los católicos estaban en contra de que la Iglesia tuviera más libertad para intervenir, sobre todo en políticas públicas relacionadas con los derechos de las mujeres, para opinar sobre asuntos públicos o para ser dueña de medios de comunicación. Un porcentaje aún mayor (70%) se opuso a que los sacerdotes ocupen puestos de elección popular.

De cualquier manera, es interesante señalar que, a pesar de saber o creer en la existencia de estos abusos, ello no ha afectado la confianza de dos tercios de católicos en la Iglesia y sólo ha disminuido en un tercio de los fieles. Sin embargo, el respaldo a la institución no necesariamente se extiende al ministro de culto, ya que 85% de los católicos afirmaba en 2003 que, en casos de pederastia, debería prohibírseles continuar ejerciendo el sacerdocio. Sostenían también, en su gran mayoría (73%), que los ministros de culto deberían ser juzgados tanto por la justicia penal como por la propia Iglesia.

En el terreno de la salud sexual y reproductiva es en el que puede apreciarse de manera más nítida el cambio en la mentalidad de los católicos. El centro de este cambio, sin duda, es el desarrollo de la libertad de conciencia, lo cual ha repercutido en la constitución de una Iglesia menos clerical y un laicado católico más autónomo, respecto de la normativa doctrinal establecida por la jerarquía. El resultado ha sido una creciente brecha entre fieles laicos y clero católico en torno a una serie de temas que involucran decisiones de conciencia; sexualidad, divorcio, aborto, eutanasia, educación sexual, métodos anticonceptivos, etc. La encuesta de 2003, primera en su género, mostraba de manera contundente que los católicos piensan de manera muy distinta a la jerarquía en temas en los que el actual magisterio pontificio ha insistido. Mostraba, entonces de forma muy clara, que el amor al Papa o el respeto a los obispos no se traduce en un seguimiento a sus encíclicas y enseñanzas o posiciones doctrinales. La abrumadora mayoría (96%) de católicos en 2003 opinaba que los servicios de salud públicos, incluso hospitales, clínicas y centro de salud, debían ofrecer métodos anticonceptivos de manera gratuita. Era igualmente notable el porcentaje similar de fieles de esa Iglesia que señalaba que el gobierno debía promover el

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

uso de condones para combatir la transmisión del sida. Después de ello, no es extraño que 93% de los católicos estuviese de acuerdo con que las escuelas públicas incluyesen cursos de educación sexual para alumnos y alumnas o que 91% fuese favorable a la idea de que los adultos tengan acceso a todo tipo de métodos anticonceptivos, incluyendo pastillas anticonceptivas, inyectables, dispositivo intrauterino y condones. En la encuesta de 2009, 69% de los católicos opinó que la edad en que los niños de las escuelas públicas debían recibir educación sexual debía ser entre los nueve y los 12 años, o sea, desde cuarto de primaria. Ese mismo año, 87% estaba total o bastante de acuerdo en que los libros de texto gratuitos tuviesen contenidos sobre violencia contra las mujeres y niños, así como sobre la igualdad entre hombres y mujeres; 85% se declaró igualmente a favor de que los textos incluyeran información sobre el uso del condón para prevenir el VIH/sida. Un porcentaje similar se dijo favorable también a que se hablara de la fidelidad a la pareja como forma de prevención. En diciembre de 2009 también, 75% señaló estar total o bastante de acuerdo en reconocer que el placer sexual en mujeres y hombres es un derecho y que no es algo incorrecto; 87% a favor de que se trate acerca del derecho de los jóvenes a decidir sobre su cuerpo y su sexualidad; 71% en que se debía ofrecer información sobre las circunstancias en las que la ley permite el aborto; 68% en el derecho de todas las personas a vivir libremente su sexualidad, incluyendo homosexuales y lesbianas, al mismo tiempo que 71% estaba de acuerdo en que se incluyera en los libros de texto que las relaciones sexuales deben practicarse sólo si hay amor verdadero y 64% en la importancia de llegar virgen al matrimonio.

El liberalismo de los católicos mexicanos es muy marcado en otros temas de conciencia, en los cuales puede apreciarse que la brecha entre fieles y jerarquía es todavía enorme. En 2003, 83% de los fieles de la Iglesia consideraba que debe permitirse que una persona se vuelva a casar después de divorciarse. Prácticamente el mismo porcentaje (82%) estaba de acuerdo en que los homosexuales y las lesbianas tengan protección legal para evitar discriminación en su vida pública y privada, y el mismo número de católicas y católicos aprobaba que los adolescentes tengan acceso a métodos anticonceptivos de todo tipo. Todavía casi dos terceras partes de los fieles católicos está a favor de la eutanasia, pues acepta que a un médico le sea permitido ayudar a morir a una persona si ésta, padeciendo una enfermedad terminal con mucho dolor y estando en pleno uso de sus facultades, se lo solicita. De manera congruente con lo antes ex-

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

puesto, la mayor parte de los católicos (89%) consideraba entonces que, respecto de la educación sexual de los adolescentes, se les debería informar de todos los métodos anticonceptivos, mientras que apenas 11% de los fieles creía que sólo se les debía informar acerca de la abstinencia como forma de evitar el embarazo. En 2009, 70% de los católicos estaba a favor de que la Iglesia apoyara el uso del condón para prevenir el virus del VIH/sida; 65% apoyaba que se permitiera el uso de anticoncepción de emergencia; 42% que los divorciados puedan comulgar; 41% que las mujeres puedan ejercer el sacerdocio, y 36% en favor de la eliminación del celibato sacerdotal.

El tema del aborto es quizás el más complejo y el más delicado que se trató en la encuesta sobre opinión católica en México. Sin embargo, pese a ser un asunto sumamente sensible, los resultados muestran que la enorme mayoría de católicos en 2003 estaba de acuerdo con la legislación vigente en el país en esa materia, sgún la cual el aborto era legal bajo ciertas circunstancias. En este punto es obvio que la opinión de la mayor parte de los fieles se distanciaba de la norma establecida por la jerarquía; 9% creía que una mujer debía tener derecho al aborto siempre que así lo decidiera y 60% consideraba que debía estar permitido en algunas circunstancias. En 2009 ese porcentaje combinado había subido a 81%. En 2003 los porcentajes aumentaban cuando se trataba de circunstancias específicas, pues 82% de los católicos estaba de acuerdo en que se practicara el aborto cuando la vida de la mujer estuviera en peligro (78% en 2009), 77% cuando la salud de la madre estuviera en riesgo (75% en 2009), 69% cuando la madre tuviera sida (74% en 2009), 66% cuando el feto presentara defectos congénitos graves, físicos o mentales (67% en 2009) y 65% cuando el embarazo fuera resultado de una violación (71% en 2009). Se debe señalar también que en 2003 el apoyo a un aborto caía drásticamente entre los católicos cuando la razón aludida era la voluntad de la mujer, la falta de recursos económicos, cuando fallase un método anticonceptivo o cuando la mujer no se sintiera capaz de cuidar a un hijo en ese momento. Sin embargo, en 2009 el porcentaje de católicos que apoyó la posibilidad del aborto si la mujer no se siente capaz de cuidar a su hijo en ese momento subió de 13 a 26%, así como el apoyo al aborto en caso de que falle el método anticonceptivo, que pasó de 14 a 23 por ciento.

La encuesta de opinión católica en 2003 mostraba ya que 76% de los católicos consideraba que los hospitales y las clínicas públicas debían ofrecer pastillas anticonceptivas de emergencia a las mujeres que han tenido

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

relaciones sexuales por su propia voluntad, sin protección anticonceptiva, pero que quieren asegurarse de no quedar embarazadas. El porcentaje era aún mucho mayor (88%) cuando se trataba de aceptar que esas pastillas fuesen ofrecidas a las mujeres que habían sido violadas. Las cifras de apoyo prácticamente no variaron seis años después.

En suma, si bien las encuestas no capturan más que momentos específicos de la opinión, se puede afirmar que la posición de los católicos es mucho más abierta que la de sus dirigentes religiosos. La respuesta a estas interrogantes muestra el creciente papel de la libre conciencia en un terreno en el que antes los fieles no se atrevían a disentir o a abiertamente poner en cuestión la norma doctrinal o el magisterio pontificio en la materia, en el contexto de una sociedad secularizada y un Estado laico. La identidad de la gran mayoría de los católicos mexicanos en el año del Bicentenario de la Independencia, en ese sentido, es la de firmes creyentes, pero seculares, en general liberales e incluso con ciertos rasgos de anticlericalismo. Hay un porcentaje menor de católicos, el cual varía entre 10 y 30%, según la temática, que manifiesta posiciones más conservadoras y más apegadas a la doctrina jerárquica.

PROTESTANTES, EVANGÉLICOS Y OTRAS MINORÍAS

Si la identidad católica ha sufrido una enorme transformación en las últimas décadas, lo mismo puede decirse de las identidades protestante, evangélica y de otras minorías. En términos estadísticos, los protestantes han perdido terreno frente a un creciente número de iglesias evangélicas de corte pentecostal, afectando al mismo tiempo algunas de sus posiciones doctrinales. Allí donde antes se podía establecer una relación de identidad entre el protestantismo y el liberalismo, la influencia conservadora de muchas iglesias evangélicas, sobre todo en temas de salud sexual y reproductiva, pero también de política, ha terminado por incidir en los posicionamientos públicos de muchas iglesias protestantes, sobre todo las evangélicas, al grado de que podría darse la paradoja de que en el siglo XXI los creyentes más liberales sean los católicos, mientras que los evangélicos parecen ser cada vez más conservadores. Para algunos especialistas las iglesias de corte pentecostal constituye hoy, fundamentalmente, una religión popular latinoamericana, con tradición oral más que escrita, con acento en una triple práctica de glosolalia, taumaturgia y exorcismo, fundada en una autoridad

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

carismática, con características muy flexibles, "lo que le ha permitido adaptarse a las tradiciones religiosas endógenas al mismo tiempo que las remodela" (Bastian, 2010).[11] Lo anterior significaría que el protestantismo está pasando por el mismo proceso de adaptación a la cultura local que tuvo el catolicismo, sólo que cinco siglos después. Al final, lo que prevalece es el peso de las culturas y creencias tradicionales, siempre dispuestas a establecer sincretismos, adaptaciones y reformulaciones, tanto en el terreno de las creencias como en el de las identidades. La caja de herramientas identitaria, a partir de un repertorio de historias, provenientes de tradiciones diversas, permite a estos grupos tomar decisiones para actuar en una situación dada. Esta caja está compuesta de elementos tanto tradicionales como modernos, liberales, conservadores, anticlericales, anticatólicos, emocionales, racionales y ciertamente populares.

En términos sociales y políticos, los protestantes y evangélicos, que se habían refugiado en el nacionalismo liberal o revolucionario, amparados en el respeto a la autoridad que dicta Romanos 13,[12] han comenzado a exigir más de sus autoridades, pasando de una actitud de obediencia a un reclamo por una verdadera igualdad de trato gubernamental de todos los creyentes.

Por lo demás, la pluralidad del mundo evangélico hace prácticamente imposible resumir los posicionamientos en materia política y social, que van desde los más liberales hasta los más conservadores. Sin embargo, más allá de estas divergencias, es claro que el mundo protestante y evangélico en México se presenta cada vez más como un actor de pleno derecho en el escenario político-religioso.

Otras minorías de todos colores forman parte de esta misma tendencia a la progresiva manifestación de una pluralidad religiosa y la necesidad de reconocer la diversidad de culturas en una misma nación. Creciente importancia numérica y, por lo tanto, social tienen los mormones y testigos de Jehová, pues se cuentan ya por cientos de miles. Sin duda, este acelerado ritmo de conversiones, aunado a su crecimiento natural, sobre todo en los estratos bajos y medios de la población, tendrá un impacto social y político notable en el mediano plazo. En el futuro habrá que observar cómo, de la

[11] Estas tesis fueron desarrolladas en Bastian, 1994.

[12] Romanos 13 se refiere a la "Carta a los romanos" de Pablo, en su versículo 13, la cual dice: "Sométase toda persona a las autoridades superiores, porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste, y los que resisten, acarrean condenación para sí mismos".

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

misma manera que con otras religiones, la cultura tradicional mexicana se adapta y a su vez transforma las religiones adoptadas.

En ese mismo sentido, la población judía mexicana, agrupada de hecho en diversas comunidades de acuerdo con su origen, es un caso paradigmático de los esfuerzos múltiples por integrarse a un país, al mismo tiempo que dichas colectividades intentan conservar su cultura, tradiciones específicas y formas de religiosidad propias. Aunque la presencia judía en México se registra desde finales del siglo XIX, la mayor parte de la migración judía a México llegó como producto de los *progroms* en Europa Central y del Este, así como del Mediterráneo Oriental y el Medio Oriente, hacia finales de la década de los años veinte e inicios de la de los treinta del siglo XX.[13] Las circunstancias internacionales posteriores, incluida la creación del Estado de Israel, modificaron las perspectivas y condiciones de los judíos mexicanos. La cuestión de la identidad, siempre presente en el mundo hebreo, habría de plantearse también en México, en el contexto de un extendido nacionalismo, parte de la ideología oficial, pero, por lo mismo, crecientemente cuestionado. De esa manera, la comunidad judía mexicana ha tratado por un lado de luchar en contra del antisemitismo larvado en la generación de estereotipos acerca de los judíos y, por el otro, ha emprendido un impresionante esfuerzo para construir un sistema educativo que permita la preservación de la cultura judía. Dichos esfuerzos han confluido de manera natural en el replanteamiento del nacionalismo mexicano y la creciente percepción social de que México es una nación multicultural y plurirreligiosa.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

México ha dejado de ser una nación católica, si es que alguna vez lo fue, y se dirige, como en muchos otros terrenos, hacia el camino del pluralismo, en este caso religioso. El guadalupanismo, símbolo de esa identidad, ya no es una referencia para todos, por lo menos en términos confesionales, aunque culturalmente la figura de la Virgen protectora continúe teniendo un peso simbólico importante, si bien con la competencia creciente de otros poderosos símbolos populares. Esa transformación, iniciada lentamente con las Leyes de Reforma y los gobiernos liberales, que en diciembre de

[13] Sobre este proceso véanse Bokser, 1994; Gordon, 1999, y Hamui, 2005.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

1860 instauraron la libertad de culto, no afectó la adscripción religiosa de los mexicanos, pero estableció un marco jurídico y político que hizo posible la aparición de una tímida pluralidad de convicciones, tanto religiosas como filosóficas.

No es, sin embargo, sino hasta el periodo posterior a la segunda guerra mundial y, sobre todo, después de 1970, cuando México comienza a experimentar un proceso acelerado de pluralización religiosa, debido más a un proceso de conversiones que de crecimiento natural de las otras iglesias. Las razones de esta pérdida de miembros son múltiples y van desde la incapacidad organizativa de una estructura eclesiástica demasiado anquilosada, con un sacerdocio históricamente escaso y concentrado por regiones, hasta limitaciones teológicas y doctrinales que dejaron en el olvido pastoral a amplias capas de la población. En cualquier caso, el hecho es que para el año del bicentenario de la independencia nacional, la tendencia marca una paulatina disminución de fieles y una pérdida de su posición hegemónica, por lo menos en términos religiosos.

La creciente pluralidad religiosa se da además en un contexto de modernidad y secularización, en donde el ámbito religioso se encuentra separado de las otras esferas de la vida, por lo que, además de los cambios de adscripción, se generan transformaciones en la manera de entender la religiosidad y en distintas formas de actuación social. La mayoría católica, disminuida en miembros, también vive su identidad religiosa en forma secularizada y cada vez más alejada de los principios doctrinales, tal como los entiende su jerarquía. Ser católico en el siglo XXI significa la mayor parte de las veces preferir un Estado laico y la separación entre el Estado y las iglesias, apoyar la libre conciencia y, en consecuencia, cada vez más los derechos sexuales y reproductivos, así como una sociedad más tolerante y abierta. También significa tener mayor conciencia de que se vive en un país pluralmente religioso y de la necesidad de establecer mecanismos que permitan una convivencia pacífica entre diversas convicciones, incluso no religiosas. Las minorías religiosas, por su parte, hasta hace poco tiempo acostumbradas a vivir bajo la protección de un Estado que les garantizaba su sobrevivencia, a medida que crecen y cambia su estatus jurídico y social se vuelven más seguras y exigentes de sus derechos, tanto individuales como colectivos. En ese contexto, la pluralidad religiosa se torna una realidad creciente aunque no totalmente reconocida, lo cual sin duda plantea nuevos retos y desafíos jurídicos, políticos y culturales para la sociedad mexicana en los albores de su tercer siglo de independencia.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

REFERENCIAS

Ammerman, N.T., 2003. Religious identity and religious institutions, en M. Dillon (ed.), *Handbook of the Sociology of Religion*. Cambridge, Cambridge University Press.

Bastian, J.P., 1994. *Protestantismos y modernidad latinoamericana. Historia de unas minorías religiosas activas en América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica.

Bastian, J.P., 2010. La dynamique politique de pluralisation religieuse de l'Amérique latine. París, Institut de Relations Internationales et Stratégiques, en <*www.iris-france.org/informez-vous/geopolitique-religieux-article.php?numeroGR=2*>.

Blancarte, R.J., 1992. *Historia de la Iglesia católica en México*. México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio Mexiquense.

Blancarte, R.J., 1995. Tercera Encuesta Nacional de Valores. El factor religioso, en Banamex-Accival, Alduncin y Asociados, *Los valores de los mexicanos. III Encuesta Nacional*. México.

Bokser de Liwerant, J. (coord.), 1994. *Imágenes de un encuentro; la presencia judía en México durante la primera mitad del siglo XX*. México, UNAM-Tribuna Israelita-Comité Central Israelita de México-Multibanco Mercantil Probursa.

Católicas por el Derecho a Decidir y Population Council, 2003. Encuesta de opinión católica en México. México, Estadística Aplicada, julio.

Ceballos Ramírez, M., 2000. El siglo XIX y la laicidad en México, en R. Blancarte (coord.), *Laicidad y valores en un Estado democrático*. México, El Colegio de México-Secretaría de Gobernación, pp. 89-115.

Goffman, E., 1959. *The Presentation of Self in Everyday Life*. Garden City, Doubleday.

Goffman, E., 1963. *Behavior in Public Places: Notes on Social Organizations of Gatherings*. Nueva York, Free Press.

González Martínez, J.L., 2002. *Fuerza y sentido; el catolicismo popular al comienzo del siglo XXI*. México, Dabar.

Gordon, J. (coord.), 1999. *Humanismo y cultura judía*. México, UNAM-Comité Unido Tribuna Israelita.

Greeley, A.M., 1972. *The Denominational Society*. Glenville, Aldin de Gruyter.

Greil, A.L., y L. Davidman, 2007. Religion and identity, en J.A. Beckford y N.J. Demerath III (eds.), *The Sage Handbook of the Sociology of Religion*. Londres, Sage Publications, pp. 549-565.

Hagopian, F. (ed.), 2009. *Religious Pluralism, Democracy, and the Catholic Church in Latin America*. Notre Dame, University of Notre Dame Press.

Hamui Halabe, L., 2005. *Transformaciones en la religiosidad de los judíos en México. Tradición, ortodoxia y fundamentalismo en la modernidad tardía*. México, Noriega.

Henestrosa, A., A. Lira *et al.*, 1998. *Juárez, memoria e imagen*. México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

Hernández, A., y C. Rivera (coords.), 2009. *Regiones y religiones en México; estudios de la transformación sociorreligiosa*. Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.

INEGI (Instituto Nacional de Geografía y Estadística), 2010. Censos y conteos de población y vivienda, en <*http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/Proyectos/ccpv/default.aspx*>.

La Jornada, 2 de diciembre de 1988.

Le Bras, G., 1955. *Études de sociologie religieuse*, 2 vols. París, Presses Universitaires de France (Bibliothèque de Sociologie Contemporaine).

McAdams, D.P., 1997. The case for unity in the (post) modern self: A modest proposal, en R.D. Ashmore y L. Jusim (eds.), *Self and Identity: Fundamental Issues*. Nueva York, Oxford University Press.

McGuire, M., 1992. *Religion: The Social Context*, 3ª ed. Belmont, Wadsworth.

Meyer, J., 1973-1978. *La Cristiada*, 3 vols. México, Siglo XXI.

Reyes Heroles, J., 1988. *El liberalismo mexicano*, 3ª ed. México, Fondo de Cultura Económica.

Secretaría de Gobernación-UNAM, 1994. *Estudios jurídicos en torno a la Ley de asociaciones religiosas y culto público*. México, UNAM.

Somers, M.R., 1994. The narrative constitution of identity. A relational and network approach, *Theory and Society* 23: 605-649.

Torre, R. de la, y C. Gutiérrez (coords.), 2007. *Atlas de la diversidad religiosa en México 1950-2000*. Zapopan, El Colegio de Jalisco.

Vázquez, J.Z. (coord.), 2010. *Juárez, historia y mito*. México, El Colegio de México.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

4
LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS DERECHOS HUMANOS. REFLEXIONES EN TORNO A LA SOCIEDAD CIVIL Y LOS ORGANISMOS PÚBLICOS DE DERECHOS HUMANOS

*Emilio Álvarez Icaza Longoria**

CONTENIDO

Introducción 116
Los movimientos sociales y la agenda de los derechos humanos en la segunda mitad del siglo XX 117
Los antecedentes, 118; El movimiento estudiantil de 1968, 120; Las organizaciones campesinas, 121; Las organizaciones urbanas y populares, 123; Los sindicatos y las organizaciones estudiantiles, 124; Las organizaciones contra la represión, 125; La diversificación de las identidades culturales, 127; Los movimientos sociales y políticos por la democracia, 131
La institucionalización de los derechos humanos. Los organismos públicos de derechos humanos 133
Los nuevos retos de los organismos públicos que defienden y promueven los derechos humanos 138
Conclusiones 141
Referencias 144

* Experto en derechos humanos: <*emilioalvarezicaza@gmail.com*>.

El autor agradece la colaboración de Carolina Espinosa Luna, Paola Contreras Peña, Julissa García Contreras e Imelda Noemí González Barreras en la realización de este capítulo.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

INTRODUCCIÓN

Una de las principales funciones de la sociedad civil es contribuir a impulsar las transformaciones institucionales que permitan la construcción y consolidación de un auténtico Estado de derecho en donde se realice, de manera efectiva, la defensa y promoción de los derechos humanos bajo principios democráticos.

Durante la segunda mitad del siglo XX, a lo largo de todo el país, la sociedad civil mexicana protagonizó diversas movilizaciones sociales mediante las cuales logró colocar en el espacio público el tema de los derechos civiles, políticos, económicos, sociales, culturales y ambientales, y de este modo impulsar su reconocimiento. En las últimas tres décadas, ello ha permitido una transformación radical del Estado mexicano, en donde los derechos humanos han adquirido un estatus de legitimidad que penetra las estructuras jurídicas, institucionales y culturales en nuestro país.

La institucionalización de los derechos humanos, entendida como el proceso de incorporación de una perspectiva de derechos humanos en el Estado mexicano, se debe no sólo a factores externos, como las presiones internacionales hacia el gobierno mexicano,[1] sino también a las exigencias legítimas de la sociedad mexicana por una auténtica democracia en donde se garanticen plenamente sus derechos.

La institucionalización de los derechos humanos se ha producido mediante tres diferentes procesos; en primer lugar, con la incorporación de tratados internacionales de derechos humanos como derecho interno con fundamento en el artículo 133 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos y la armonización de las normas nacionales en virtud de la celebración de estos tratados. En segundo lugar, la creación de los orga-

[1] La creación de la Comisión Nacional de Derechos Humanos y del resto de los organismos públicos de derechos humanos (OPDH) responde a diversas causas; entre ellas, un contexto nacional que comenzaba a abrirse a la pluralidad política, un entorno internacional en donde el tema de los derechos humanos adquiría cada vez mayor relevancia, una serie de presiones externas para que el gobierno mexicano diera visos de respetar los derechos humanos ante la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, así como los movimientos sociales en México que desde los años cincuenta comenzaron a manifestarse de manera independiente en favor del reconocimiento de sus derechos. Este capítulo se dedicará a describir esto último, es decir, a reflexionar sobre la manera en la que los movimientos sociales y las organizaciones de la sociedad civil en México han contribuido a la institucionalización de los derechos humanos en nuestro país.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

nismos públicos de derechos humanos (OPDH) y de otros organismos de Estado que abordan derechos humanos específicos, como el Instituto Federal Electoral, el Instituto Federal de Acceso a la Información, el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, la Comisión Nacional de Arbitraje Médico, la Comisión para la Defensa de los Usuarios de Servicios Financieros, la Procuraduría Federal del Consumidor y los Institutos de las Mujeres, entre otros. En tercer lugar, la institucionalización de los derechos humanos en nuestro país se ha establecido mediante la creación de una cultura de los derechos humanos en el Estado mexicano, según la cual dichos derechos son criterios de la legitimidad de la democracia en las sociedades contemporáneas.[2]

A estos procesos de transformación estructural jurídica, institucional y cultural nos referimos cuando hablamos de institucionalización de los derechos humanos en México.[3]

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y LA AGENDA DE LOS DERECHOS HUMANOS EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

Se ha escrito una gran diversidad de textos relativos al tema de los movimientos sociales en México, pero se han publicado muy pocos sobre este tema desde una perspectiva de los derechos humanos. Ello probablemente se debe a que las primeras organizaciones de la sociedad civil que comenzaron a incluir de manera explícita y directa los derechos humanos en sus planteamientos y demandas surgieron sólo hasta los años ochenta (véase Estévez, 2007; Zurita, 2003; Castillo, 2001). No obstante, desde las prime-

[2] Actualmente, los derechos humanos forman parte del discurso cotidiano de actores políticos y sociales. Los derechos humanos constituyen hoy día un marco de referencia fundamental de los valores sociales y políticos de las sociedades contemporáneas. La concepción de los derechos humanos como condiciones esenciales de las democracias se refleja en las percepciones ciudadanas sobre dichos derechos. Según la Encuesta Mundial de Valores 2005, casi 80% de la población en México considera que la democracia tiene varios defectos, pero es mejor que cualquier otra forma de gobierno.

[3] Es decir, si bien la institucionalización de los derechos humanos se ha dado en términos de una transformación estructural jurídica, institucional y cultural, en este trabajo nos centraremos en el proceso de institucionalización relativo a la creación de los organismos públicos de derechos humanos, pues ellos son un pilar fundamental de la democracia y enfrentan el reto de su fortalecimiento y consolidación con miras a una defensa efectiva de los derechos.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

ras movilizaciones independientes de la sociedad mexicana en los años cincuenta y sesenta es posible identificar de manera implícita las exigencias por el reconocimiento de los derechos humanos como una condición para el ejercicio libre y democrático de la política en el país.

Los antecedentes. Las primeras manifestaciones sociales y políticas independientes del gobierno

El sistema de instituciones y prácticas políticas de la década de los cincuenta, y hasta finales del siglo XX, se inscribía en un régimen autoritario que reducía las posibilidades de participar políticamente más allá de los canales controlados corporativamente. Debido a ello, la disponibilidad de espacios públicos auténticos en donde pudieran converger la ciudadanía y las autoridades públicas en la discusión de los problemas colectivos era sumamente limitada. No obstante este escenario, desde los años cincuenta comenzaron a manifestarse los primeros esfuerzos de la sociedad mexicana por crear espacios independientes del control corporativo gubernamental y en favor de los derechos y libertades fundamentales.

En el caso de los partidos políticos, incluyendo el Partido Comunista Mexicano, si bien jugaban un papel más bien marginal impulsaron desde la clandestinidad la articulación de los sectores populares. Asimismo, el Partido Acción Nacional (PAN) desempeñó un rol destacado debido a la conquista mediante el voto de los primeros gobiernos municipales desde 1946 en Jalisco, Michoacán, Oaxaca, Durango, Puebla y Yucatán. Además, cabe destacar la participación de Luis H. Álvarez como candidato a la Presidencia de la República por el PAN en 1957, cuya campaña electoral tenía un programa reformista que incluía derechos civiles, políticos y económicos en favor del combate a la pobreza y el desempleo, por la paz, la libertad, en favor de garantías por la propiedad agrícola y ganadera y, en materia laboral, por la participación en materia de utilidades y la democracia sindical (Loaeza, 1999: 266).

Paralelamente, las movilizaciones de la sociedad civil en la década de los cincuenta por las libertades políticas y los derechos sociales comenzaron a sentirse en las universidades. A este respecto, es necesario señalar el movimiento estudiantil del Instituto Politécnico Nacional de 1956, que demandaba el incremento de las becas y mejorar las condiciones de vida de los estudiantes. Asimismo, destacan el movimiento estudiantil de

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

la Universidad Nicolaíta de Morelia contra la represión y la liberación de los presos políticos en 1966; las huelgas estudiantiles de la Escuela de Agronomía Hermanos Escobar de Ciudad Juárez y de la Universidad Autónoma de Sonora, y las movilizaciones estudiantiles en Nuevo León en contra del aumento de cuotas a los estudiantes. Además, en 1958 y 1959 se desarrolló el movimiento de los trabajadores ferrocarrileros que luchaban por la democratización de su sindicato y, en la misma época, se generó la huelga de médicos en favor de mejores salarios y condiciones laborales.

Otra de las vertientes de las manifestaciones independientes de la sociedad civil surgió bajo la influencia de la Iglesia católica progresista. En los años sesenta nacieron diversas organizaciones cívicas y populares que orientaron su trabajo a atender diversos temas relacionados con los derechos sociales, con miras a generar participación y fortalecer el tejido social comunitario; entre ellas se encuentran el Frente Auténtico del Trabajo (1960), el Centro de Promoción y Desarrollo Popular (1966), el Instituto Mexicano para el Desarrollo Comunitario (1963), el Centro Operacional de Vivienda y Poblamiento (1965) y Desarrollo Social para Mexicanos Indígenas (1969) (Reygadas, 1998: 35). Estas organizaciones produjeron fuertes impulsos al desarrollo en el ámbito de la comunidad.

Ahora bien, de todas las organizaciones que nacieron en la década de los sesenta, cabe destacar el papel del Centro Nacional de Comunicación Social (Cencos), organización que nació en 1964 a raíz del Movimiento Familiar Cristiano y del Concilio Vaticano II (Reygadas, 1998: 36). El papel del Cencos fue decisivo para la publicidad y difusión de casos graves de violaciones a los derechos humanos, en un contexto en el que los principales medios de comunicación sólo difundían información oficial. Ello representó uno de los primeros esfuerzos de la sociedad civil en América Latina por abrir espacios de difusión alternos a la propaganda gubernamental y por hacer visible la realidad política del país.

Es decir, el escenario previo a 1968 es el de un sistema político en donde no están dadas las condiciones para el ejercicio integral de los derechos y libertades fundamentales y el de un país polarizado porque se carecía de espacios de interlocución democrática entre gobernantes y ciudadanos. Por un lado, se encuentra el Partido Revolucionario Institucional (pri), que controla la participación ciudadana mediante estructuras corporativas y, por el otro, tenemos los primeros esfuerzos de la sociedad mexicana que busca vías de transformación más allá de dichas estructuras.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

El movimiento estudiantil de 1968. Por el ejercicio de las libertades fundamentales

El impulso más determinante de la sociedad civil mexicana en favor del Estado de derecho, el reconocimiento de sus derechos fundamentales y el ejercicio pleno de la ciudadanía puede identificarse plenamente en las movilizaciones protagonizadas por los estudiantes en el año de 1968.

Desde una perspectiva de derechos humanos, dichas movilizaciones fueron el resultado de la negativa del gobierno a garantizar las condiciones mínimas para que los estudiantes ejercieran sus derechos civiles y políticos. En efecto, quienes participaron en las diversas movilizaciones cuestionaban la restricción de sus libertades políticas, el control corporativo de la participación ciudadana y el monopolio gubernamental del espacio público. En particular, como es sabido, sus peticiones eran la derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal, según el cual se sancionaban los delitos de disolución social; la destitución de las autoridades al mando de la policía en el Distrito Federal, la indemnización a los deudos de las víctimas de las agresiones del 26 de julio de 1968 y la disolución del cuerpo de granaderos. En otras palabras, sus exigencias planteaban el establecimiento de un escenario de libertades básicas para el ejercicio de sus derechos fundamentales.

El movimiento estudiantil de 1968 tuvo consecuencias, a corto y largo plazos, en el ejercicio de los derechos humanos en México. De manera inmediata, la represión ejercida contra los estudiantes implicó, durante la década de los setenta, que se viera negado el ejercicio de los derechos civiles y políticos más allá de los canales institucionales establecidos por el partido en el poder.

En consecuencia, las movilizaciones de la sociedad se vieron radicalizadas en diversos sentidos. En Sinaloa, Nuevo León, Puebla, Oaxaca y Guerrero surgieron conflictos encabezados por estudiantes universitarios. Además, se formaron diversos frentes nacionales, se generaron movimientos guerrilleros rurales y urbanos, se escindieron grandes sindicatos, se movilizaron diversos grupos ciudadanos como mujeres, académicos, clases medias y se formaron comités cívicos de la iniciativa privada. Durante los años setenta, el territorio nacional fue escenario de constantes conflictos, pues la sociedad civil mexicana demandaba, por distintos medios, una transformación profunda de las instituciones y de la vida política del país.[4]

[4] No es el objetivo de este capítulo hacer una descripción detallada de los movimien-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

El movimiento estudiantil de 1968 marcó una ruptura irreversible entre la sociedad y el régimen político. Las movilizaciones protagonizadas por los estudiantes fueron las manifestaciones de una sociedad civil que paulatinamente iría ganando mayores espacios de autonomía, de participación política, de incidencia en el espacio público y de control en el ejercicio de gobierno.

Por otro lado, y de manera inmediata, los estudiantes de 1968 definieron la agenda y las demandas de los movimientos sociales que, durante la década de los setenta, lucharían por conseguir mayores espacios de participación en donde fuera posible el pleno ejercicio de sus derechos. Es decir, si bien el movimiento estudiantil de 1968 no incluía el término de derechos humanos en sus planteamientos, sí incorporaba el sentido y contenido de dichos derechos en sus demandas.

Las organizaciones campesinas. Por el derecho a la libre determinación, al desarrollo económico y por los derechos indígenas

Durante los años setenta, la estrechez de los canales de participación institucional, la ausencia de condiciones mínimas para el ejercicio de los derechos humanos y la falta de espacios públicos en donde convergieran en condiciones democráticas los actores sociales y políticos detonaron una serie de protestas a lo largo de país en favor de los derechos fundamentales. Una de las expresiones de la sociedad más destacadas después de 1968 fueron los movimientos sociales acaecidos en el campo mexicano.

Como resultado de una política agraria que puso fin al reparto de tierras y concentró en los predios capitalistas los recursos para la producción, surgieron diversas organizaciones campesinas independientes conformadas por jornaleros agrícolas, ejidatarios, indígenas y comuneros que demandaban tierra, mejores condiciones para la producción y la participación democrática de los campesinos en las decisiones políticas que les afectaban directamente (Paré, Lúa y Sarmiento, 1988: 25-32).

De acuerdo con Luisa Paré, en la década de los setenta se registraron diversas movilizaciones protagonizadas por campesinos e indígenas. En los estados de Veracruz, Oaxaca y Puebla grupos campesinos tomaron las oficitos sociales desarrollados en aquellos años, puesto que eso se ha hecho ya en otros espacios (e.g., Tamayo, 2003; Becerra, Salazar y Woldenberg, 2000; Bolos, 1999; Reygadas, 1998). En todo caso, nos concentraremos en las consecuencias que dichos movimientos tuvieron para el ejercicio y la institucionalización de los derechos humanos en México.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

nas de la Secretaría de la Reforma Agraria como una protesta ante la lentitud de los trámites agrarios de dotación, ampliación y restitución de tierras. En Michoacán y Puebla se produjeron diversos movimientos campesinos por la democracia municipal. En Chiapas se registraron niveles elevados de participación de grupos indígenas por la defensa de los recursos naturales y en contra del latifundismo en el estado. Además, en los estados de Sinaloa, Puebla, Chihuahua, Colima, Sonora, Tamaulipas, Oaxaca, Veracruz, Morelos y México numerosos campesinos invadieron y tomaron un número considerable de tierras (Paré, Lúa y Sarmiento, 1988: 37).

Muchos de estos movimientos fueron reprimidos como una estrategia para contener la insurgencia campesina. Como resultado, algunos grupos campesinos optaron por la guerrilla como una alternativa para dar solución de sus demandas. Al respecto, sobresalen los movimientos guerrilleros encabezados por Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en el estado de Guerrero.

Otros grupos optaron por la creación de frentes regionales y locales para darle salida a sus planteamientos con una línea democrática. Algunas de las organizaciones que nacieron en el marco de esta vía fueron el Campamento Tierra y Libertad en los estados de San Luis Potosí, Tamaulipas, Veracruz y Zacatecas, en 1973; la Unión Campesina Independiente en la Sierra Norte de Puebla y el centro de Veracruz, en 1974; la Alianza Campesina 10 de Abril en Chiapas y la Coalición Campesina Estudiantil de Juchitán, que a partir de 1974 se denominó Coalición Obrera Campesina Estudiantil del Istmo y que logró, a principios de los ochenta, que por primera vez en México una agrupación de izquierda ganara las elecciones en un ayuntamiento: el de Juchitán en Oaxaca. Una de las características principales de estas organizaciones fue el peso otorgado a los procesos electorales, con especial atención a la formación política de sus integrantes y a la participación democrática de los mismos en los procesos internos de toma de decisiones (Paré, Lúa y Sarmiento, 1988: 39).

Ante la proliferación de diversos movimientos locales y regionales, desarticulados unos de otros y con distintos niveles de organización política, surgió la necesidad de coordinar de manera nacional todos los esfuerzos de lucha campesina. Con este objetivo nació, en 1979, la Coordinadora Nacional Plan de Ayala, integrada por grupos indígenas, campesinos pobres, solicitantes de tierras y grupos de productores y jornaleros que, sobre la base de la participación democrática de sus integrantes, demandaba el uso y disfrute de recursos naturales, la titulación y confirmación de bienes comunales, la tenencia de la tierra, mejoras en la producción y el rescate de la cultura (Paré, Lúa y Sarmiento, 1988: 77).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Desde una perspectiva amplia, los movimientos campesinos e indígenas de los años setenta contribuyeron a la institucionalización de los derechos humanos en México, porque colocaron en la agenda nacional el tema de su derecho a la libre determinación, al desarrollo económico, social y cultural, y al uso de las riquezas y recursos naturales.

Asimismo, los movimientos campesinos e indígenas promovieron una cultura de participación ciudadana independiente de las centrales campesinas oficiales controladas por algunas agencias del gobierno, lo cual resulta fundamental para la promoción de los derechos humanos, pues en la medida en que las personas titulares de los derechos están conscientes de los mismos se obtiene una perspectiva de derechos humanos que rebasa las prácticas paternalistas.

Las organizaciones urbanas y populares. Por el derecho a un nivel de vida adecuado

Además de los movimientos campesinos, otra de las grandes vertientes de movilizaciones de la sociedad civil que surgieron en la década de los setenta fue la de los movimientos urbanos y populares. Estos movimientos nacieron a partir de la confluencia de dos hechos: por un lado fueron el resultado de los procesos desiguales de urbanización e industrialización del país y, por otro, se articularon a partir de la influencia de diversos activistas estudiantiles que vieron en las colonias de barrios populares oportunidades para el desarrollo del trabajo político.

Así, después de 1968, el movimiento urbano popular comenzó a desarrollarse en distintas partes del país. A finales de los sesenta se formó el Comité de Defensa Popular de Chihuahua; a principios de la década de los setenta se articuló, en colonias populares del estado de Nuevo León, el Frente Popular Tierra y Libertad de Monterrey. De igual manera, en el estado de Durango, en los mismos años, comenzó a formarse el movimiento urbano que culminaría con la creación del Comité de Defensa Popular. Estos movimientos se caracterizaron por la diversidad ideológica de sus integrantes y por articular sus propuestas políticas y sus demandas ciudadanas a partir de las condiciones materiales de vida de los propios pobladores de las colonias populares.

A raíz de la confluencia de distintas movilizaciones protagonizadas por habitantes de estas colonias surgió la Coordinadora Nacional del Movi-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

miento Urbano Popular (Conamup), la cual se definió a sí misma como coordinadora democrática de organizaciones urbanas y populares independientes del gobierno (Ramírez, 1986).

La Conamup fue una de las fuerzas sociales más importantes del país; en 1981 estaba integrada por más de 60 organizaciones urbanas y, un año más tarde, la conformaban más de 100 organizaciones de diversas entidades, incluyendo Guerrero, Sinaloa, Estado de México y Baja California.

Caracterizada por una gran pluralidad política en su interior, la Conamup fue una fuerza social que impulsó el proceso de institucionalización de los derechos humanos, pues a partir de sus planteamientos se colocó el tema de los derechos económicos y sociales en la agenda pública; por ejemplo, temas relativos al agua, drenaje, alumbrado público, pavimentación, educación, salud, transporte, recreación y áreas verdes, entre otras demandas, ocupaban un lugar prioritario en sus planteamientos y exigencias (Ramírez, 1986).

De igual forma, y desde una mirada extensa, la Conamup contribuyó a la institucionalización de los derechos civiles y políticos, en la medida en que impulsó el respeto a las garantías individuales y a las libertades democráticas; el reconocimiento del derecho de participación de las organizaciones de colonos e inquilinos y la democratización de los municipios y del Distrito Federal. Además, se manifestó en contra de la represión, en favor de la presentación con vida de los desaparecidos políticos y por el fin del hostigamiento a las organizaciones que integraban la coordinadora (Ramírez, 1986).

Posteriormente, a partir de la experiencia de los sismos de 1985, hubo una transformación de la articulación de la ciudadanía en torno a los derechos sociales. La catástrofe que significó el sismo sirvió de catalizador para la creación de nuevas identidades urbanas como una expresión de la solidaridad entre la ciudadanía, que hizo manifiesta no sólo la necesidad de mayor infraestructura urbana, sino su inclusión en los proyectos para la ciudad (Tamayo, 2003).

Los sindicatos y las organizaciones estudiantiles. Por el reconocimiento de los derechos universitarios

La efervescencia y el dinamismo de la sociedad civil en México en la década de los setenta no sólo se reflejaban en los escenarios campesinos y urbanos; en las universidades existía un gran descontento entre estudiantes, perso-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

nal académico y personal administrativo por la represión imperante y, por ende, demandaban libertades democráticas en los recintos educativos.

De este modo, en 1979 se creó el Sindicato Único Nacional de Trabajadores Universitarios (SUNTU), conformado por los sindicatos de la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Autónoma de Guerrero, la Universidad Autónoma de Puebla, la Universidad Autónoma de Zacatecas y la Universidad Autónoma de Sinaloa. El SUNTU luchaba contra la represión y la persecución política en el país; sus principales demandas eran por el reconocimiento de los derechos más elementales de los trabajadores académicos y administrativos, por una educación científica, democrática y popular, y por la consecución de la democracia dentro de las universidades.

Esta unión de sindicatos estaba fuertemente apoyada por organizaciones estudiantiles, como la Organización Nacional Estudiantil de las casas de estudiantes de provincia del Instituto Politécnico Nacional y la Unión por la Organización del Movimiento Estudiantil. De hecho, durante los años setenta y ochenta las universidades e institutos de educación superior del país no dejaron de tener actividad política.

Al respecto, es necesario destacar los movimientos estudiantiles protagonizados en la década de los ochenta por los estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México y por el Instituto Politécnico Nacional. Las peticiones del Consejo Estudiantil Universitario en favor de la gratuidad de la educación y de la Coordinadora Estudiantil Politécnica en contra de la violencia encabezada por grupos de choque en las escuelas son relevantes en tanto abrieron espacios a la participación estudiantil, impulsaron el reconocimiento de nuevas identidades y colocaron el tema del derecho a la educación en la agenda nacional.

Las organizaciones contra la represión. Por las libertades fundamentales y el derecho a la vida, a la seguridad personal y a la información

Si bien las organizaciones y movimientos que hemos señalado hasta ahora tenían demandas específicas en torno a la tierra, los servicios urbanos y la educación, todas ellas confluían en la demanda de terminar con la represión política en el país. Los movimientos sociales y políticos nacidos durante la segunda mitad del siglo XX fueron provistos de una etiqueta subversi-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

va, debido a lo cual, fueron criminalizados, estigmatizados y perseguidos (Álvarez Icaza, 2006: 46).

En efecto, el contexto político del México de los años setenta era muy distinto al que tenemos hoy. Hace cuatro décadas las libertades políticas en nuestro país estaban sumamente limitadas, en particular durante los periodos de gobierno de Gustavo Díaz Ordaz y de Luis Echeverría. Por medio de la Dirección Federal de Seguridad se llevó a cabo una serie de medidas represivas militares y políticas contra cualquier manifestación considerada disidente o subversiva, incluyendo a las organizaciones de la sociedad civil, la oposición armada y los grupos guerrilleros entre quienes destacaba la Liga Comunista 23 de Septiembre. Eso orilló a las organizaciones civiles, campesinas, urbanas, estudiantiles, académicas, sindicales y partidos políticos a unir sus esfuerzos de coordinación en el Frente Nacional contra la Represión, constituido en 1979 y cuyo núcleo fundamental era el Comité Pro Defensa de Presos, Perseguidos, Desaparecidos y Exiliados Políticos, más conocido actualmente como el Comité ¡Eureka!, dirigido por Rosario Ibarra de Piedra.

El papel de este frente fue capital para la defensa de los derechos humanos, principalmente en contra de la tortura, las desapariciones forzadas y los asesinatos políticos, temas que serían abordados en la década de los ochenta por las organizaciones de la sociedad civil que hacían referencias explícitas y directas de los derechos contenidos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos (proclamada por la Asamblea de las Naciones Unidas en 1948), que contiene los principios universales que protegen la dignidad humana.

Algunas de estas organizaciones fueron la Sección Mexicana de Amnistía Internacional (1971), Equipo Pueblo (1977), el Centro de Estudios Sociales y Culturales Antonio Montesinos (1979), la Academia Mexicana de Derechos Humanos (1984), el Centro de Derechos Humanos Fray Francisco de Vitoria (1984), el Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro Juárez (1986), la Comisión Mexicana de Defensa y Promoción de Derechos Humanos (1989) y el Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas (1989).

Estas organizaciones lucharon por la protección del derecho a la vida y en contra de la tortura, las detenciones arbitrarias, los asesinatos políticos, las ejecuciones, desapariciones y demás violaciones a los derechos humanos en contra de la oposición armada y los grupos guerrilleros que las dictaduras militares ejercían en Centro y Sudamérica, particularmente en El Salvador, Nicaragua y Guatemala.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Resumiendo lo dicho hasta aquí, desde hace varias décadas las organizaciones de la sociedad civil han impulsado, por medio de la denuncia, la protesta y la promoción de la participación, el reconocimiento de los derechos humanos en nuestro país. La irrupción de las exigencias para hacer efectivos los derechos humanos tuvo su punto de partida en la evidencia de que el Estado mexicano presentaba un déficit respecto del ejercicio de la vida democrática y el cumplimiento de los derechos.

En la medida en que se avanzó en la transformación del sistema político durante los años ochenta y noventa, la agenda de los derechos humanos se diversificó hacia la democratización y la inclusión de diversas identidades culturales con miras a crear el escenario institucional en el que fuera posible el inicio de una vida democrática.

La diversificación de las identidades culturales. Por el derecho a la inclusión y la no discriminación

Ahora bien, si durante la década de los setenta se hacía una defensa explícita de los derechos civiles y políticos, durante los ochenta surgió una diversidad de organizaciones y movimientos a partir de los cuales comenzó a diversificarse la agenda de los derechos humanos. Durante esos años y con más fuerza hacia finales del siglo XX, surgieron nuevas identidades culturales que le imprimieron un sello pluralista e incluyente a la agenda pública de los derechos humanos; tal es el caso de las mujeres, las personas de la diversidad sexual, la infancia, las comunidades indígenas y las personas con discapacidad. Identidades que se sumaron a las organizaciones que se habían desarrollado desde los setenta y que permitieron la inclusión de nuevos temas, como la no discriminación, el desarrollo y la dignidad.

Las organizaciones de mujeres, por ejemplo, han llevado a cabo una defensa de sus derechos humanos mediante la reinterpretación de determinados valores sociales y del cuestionamiento del orden social y cultural. Un acontecimiento que sentó las bases para el desarrollo de las organizaciones de mujeres en México fue el hecho de que la primera conferencia mundial sobre la condición jurídica y social de la mujer, convocada por la Asamblea General de las Naciones Unidas, se realizó en nuestro país en 1975. Los ejes temáticos de dicha conferencia fueron la igualdad y la eliminación de la discriminación por motivos de género, la integración y plena participa-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

ción de la mujer en el desarrollo y la contribución de la mujer al fortalecimiento de la paz mundial (ONU, 2000).

Estos temas contribuyeron, en la década de los ochenta, a definir el trabajo de las organizaciones que trabajaban en favor de las mujeres en México, las cuales plantearon una transformación radical en cuanto a la manera de entender las relaciones de género en la sociedad.[5]

Algunas de las organizaciones de mujeres que surgieron en esos años son: el Centro de Apoyo a la Mujer Margarita Magón, que nació en 1985 con el objetivo de incorporar a las mujeres a la vida económica y productiva; Comunicación e Información de la Mujer, A.C., que surgió en 1988 con el objetivo de promover, en los medios masivos de comunicación, un enfoque sobre las mujeres con base en la equidad, la justicia social y la democracia; Católicas por el Derecho a Decidir, A.C. (1994), que ha promovido los derechos de las mujeres relativos a la sexualidad y a la reproducción humana; la Federación Mexicana de Universitarias, A.C., fundada en 1990; Salud Integral para la Mujer A.C., creada en 1987 para defender los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, y la Sociedad Mexicana Pro Derechos de la Mujer A.C., que nació en 1990 con el objetivo de constituir un fondo para financiar proyectos de mujeres organizadas en todo el país.

Gracias a las mujeres que se han movilizado a lo largo de más de 30 años, las relaciones de género dejaron de ser un tema propio de la esfera privada y se colocaron en una posición central en el espacio público bajo la forma de derechos humanos.

Paralelamente a los movimientos de mujeres, se articuló en aquellos años el movimiento en favor de la diversidad sexual y la identidad de género. Este movimiento tiene sus antecedentes en el Frente de Liberación Homosexual surgido a principios de los setenta, cuyas demandas eran el cese de toda discriminación ejercida en la legislación y en la sociedad en general; el reconocimiento de que la atracción hacia personas del mismo sexo es un sentimiento normal, natural, digno y justo; el cese de la persecución policiaca basada en la homosexualidad; que las empresas dejaran de considerar las preferencias sexuales como factor para la contratación y despido del personal; que los medios de comunicación dejaran de hacer referencias peyorativas hacia la homosexualidad y, en general, que se aceptara la homosexualidad como una manifestación válida de la sexualidad (Frente de Liberación Homosexual de México, 1971).

[5] Un excelente texto en donde se desarrolla este tema es el de Tarrés, 2001.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

En 1978 se manifestaron por primera vez en la ciudad de México diversos grupos de homosexuales y lesbianas para conmemorar la Revolución cubana y el movimiento estudiantil de 1968. Entre ellos se encontraban el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, el Grupo Lambda de Liberación Homosexual y el Grupo Autónoma de Lesbianas Oikabeth. Estas organizaciones conformarían el primer movimiento de lesbianas y homosexuales en México (Barreto, 2006). Sus denuncias eran acabar con las redadas policíacas en sus lugares de reunión; terminar con las detenciones arbitrarias de homosexuales, lesbianas y travestis; evitar el chantaje durante las detenciones y la exhibición de los detenidos ante los reporteros de la nota roja. Además, buscaban reivindicar la imagen pública de los homosexuales, lesbianas y travestis, y acabar con los estigmas que se tienen sobre ellos (Barreto, 2006). Desde entonces, el movimiento en favor de la diversidad sexual ha seguido luchando por el reconocimiento de sus derechos, desde los civiles y políticos hasta el derecho a la no discriminación, incluyendo la plena igualdad de derechos entre todas las personas, independientemente de su orientación o preferencia sexual y de su identidad o expresión de género.

En este marco de la diversificación y pluralización, las organizaciones de la sociedad civil también colocaron el tema de los derechos de la infancia en la agenda nacional. El 21 de septiembre de 1990, presionado por los reclamos de la sociedad civil mexicana, el gobierno mexicano firmó la Convención sobre los Derechos del Niño; un año después, diversas organizaciones sociales y civiles "que habían compartido las experiencias de Centros Populares de Desarrollo Infantil, de lucha por los derechos de los niños, de trabajo con niños de la calle […] se conformaron en el Colectivo Mexicano de Apoyo a la Niñez, A.C., al que rápidamente se fueron sumando grupos de varios estados, logrando acciones concertadas e informes con peso internacional" (Reygadas, 1998: 47). Gracias a este colectivo se logró promover una cultura en donde se reconoce a los niños y niñas como sujetos de derecho social.

Otro de los grandes temas que se incluyó en la nueva agenda de los derechos humanos fue el de los derechos ambientales. En 1992 se llevó a cabo la Conferencia sobre Medio Ambiente y Desarrollo de las Naciones Unidas, también conocida como Cumbre de la Tierra, en Río de Janeiro, Brasil. A partir de esta conferencia, diversas organizaciones, como el Centro Operacional de Vivienda y Doblamiento A.C., el Fondo Social de la Vivienda, A.C., el Centro de Vivienda, y Casa y Ciudad, A.C. conformaron la

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Sección Mexicana de la Coalición Internacional del Hábitat (Reygadas, 1998: 48). Actualmente, una de las organizaciones más destacadas en la defensa de los derechos ambientales es el Centro Mexicano de Derecho Ambiental,[6] el cual cuenta con un programa específico de derechos humanos y medio ambiente, que pretende incidir en el diseño de las políticas públicas ambientales desde la perspectiva del derecho a un medio ambiente sano y equilibrado (Centro Mexicano de Derecho Ambiental. 2009).

Finalmente, uno de los movimientos de mayor trascendencia surgido en México hacia finales del siglo XX fue el protagonizado por las comunidades indígenas de Chiapas. En 1959, Samuel Ruiz García fue nombrado obispo de la diócesis de San Cristóbal de las Casas, en Chiapas, las líneas diocesanas que más destacaran en su trabajo fueron la opción por los pobres y el compromiso con la historia y la cultura indígena (Estrada, 2007: 185).

Desde aquellos años, las comunidades indígenas chiapanecas han llevado a cabo, por vías de la movilización social y la participación política, una serie de luchas en favor del reconocimiento de su derecho a la tierra, de mejorar sus condiciones de vida por medio de apoyos para la producción agrícola y por el derecho a la libre determinación. Uno de los acontecimientos más importantes que influyó en la historia del reconocimiento de los derechos indígenas fue el Congreso Indígena de 1974 realizado en San Cristóbal de las Casas, en el estado de Chiapas. En este congreso participaron indígenas de los grupos tzeltal, tzotzil, tojolabal y chol, quienes discutieron problemas de su realidad local y regional relativos al comercio, la educación, la salud y la tierra. Este congreso sentó las bases para el desarrollo de las organizaciones indígenas y el reconocimiento de sus derechos en años posteriores.

Durante la década de los noventa, el movimiento indígena chiapaneco cobró su máxima expresión pública por medio del levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994. La relevancia

[6] Cabe señalar que en el marco de las negociaciones del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, diversas organizaciones ambientalistas tanto de México como de Estados Unidos y Canadá ejercieron presión para que los gobiernos de los tres países incluyeran temas ambientales en la agenda del tratado. Debido a las presiones de dichas organizaciones, el gobierno mexicano llevó a cabo varias acciones a fin de demostrar su compromiso con las políticas ambientales. Así, en 1991 ordenó la clausura de la Refinería Azcapotzalco, incrementó el presupuesto de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología y creó la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente y el Instituto Nacional de Ecología (véase De la Mora, 2002: 354).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

de este movimiento radica en que contribuyó de manera significativa a movilizaciones masivas en favor de una democracia incluyente y participativa, en donde tuvieran cabida los grupos sociales que habían sido excluidos históricamente por el sistema político.

En síntesis, las manifestaciones novedosas de la sociedad civil surgidas en los últimos años del siglo XX han propiciado la creación de una nueva agenda de los derechos humanos en donde el derecho a la no discriminación, a la autodeterminación, a la igualdad, a un medio ambiente sustentable, entre otros, se han abierto paso en las estructuras institucionales de este país.

Los movimientos sociales y políticos por la democracia. El derecho a participar en elecciones auténticas

Muchos de los movimientos que reflejaron la diversidad de las identidades culturales y que colocaron nuevos temas en la agenda de los derechos humanos confluyeron, durante los años noventa, en los grandes movimientos por la democracia en México.

Ya desde la década de los setenta diversos estudiantes que habían participado en las movilizaciones estudiantiles de 1968 iniciaron su participación política en favor de la democracia y de la pluralidad partidista; sus exigencias de participación institucional, la necesidad de legitimación después de las elecciones de 1976 y las reformas electorales de 1977 favorecieron el proceso de democratización y permitieron la participación electoral de partidos como el Comunista Mexicano, el Socialista de los Trabajadores, el Revolucionario de los Trabajadores, el Mexicano de los Trabajadores, el Socialdemócrata y el Demócrata Mexicano (Becerra, Salazar y Woldenberg. 2000) cuyos integrantes estuvieron durante muchos años en la clandestinidad debido a la ausencia de canales institucionales de participación. Posteriormente, la división interna del pri en 1987, causada por la salida de la Corriente Democrática encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas, contribuyó a dar un gran impulso a la competitividad partidiaria y canalizó las demandas democráticas de la sociedad mexicana.

En este contexto surgen las movilizaciones conducidas por organizaciones civiles contra el fraude electoral y en favor de la democracia. Tal es el caso de la Caravana por la Democracia y la huelga de hambre de 40 días, encabezadas por Luis H. Álvarez con el Partido Acción Nacional en 1985 y

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

1986, y del movimiento por la democracia y contra el fraude en San Luis Potosí en 1991, dirigido por el doctor Salvador Nava y la Coalición Democrática Potosina, que integraban el Partido Acción Nacional, el Partido Demócrata Mexicano y diversas organizaciones ciudadanas.

A partir de 1991, las organizaciones de la sociedad civil, agrupadas en la red de organizaciones llamada Convergencia de Organismos Civiles por la Democracia, se dedicaron a defender los derechos políticos mediante la observación electoral en diversos estados de la República y la denuncia de elecciones fraudulentas. Así, se realizó un trabajo de observación en las elecciones de Tabasco en 1991, en donde se organizó el Éxodo por la Democracia con el objetivo de defender el voto ciudadano.

Durante 1991 y 1992, las organizaciones de la Convergencia de Organismos Civiles por la Democracia convocaron a la ciudadanía a participar en la observación de los procesos electorales de Baja California, Aguascalientes, Tamaulipas, Chihuahua, Sinaloa, Michoacán, Estado de México y Guerrero (Reygadas, 1998: 314). De esta manera, se colocó el tema de los derechos políticos en el centro del espacio público y se impulsó su reconocimiento.

A partir de estas experiencias, durante 1993 y 1994 se gestó el proyecto de hacer un trabajo de observación y vigilancia electoral más elaborado. Así surgió Alianza Cívica, la cual se dedicaría a observar las elecciones políticas durante la década de los noventa y a señalar la inequidad de la competencia electoral, marcada por la compra y coacción del voto. A partir de ahí nacieron sus peticiones de establecer las condiciones necesarias para garantizar la equidad de las elecciones.

La experiencia de Alianza Cívica fue una contribución significativa al proceso de transición democrática y al fortalecimiento de las instituciones gubernamentales, de los partidos políticos y de la función pública. Alianza Cívica ofreció aportaciones innovadoras en México apegadas al derecho universal de participar en comicios electorales limpios, imparciales y equitativos que garantizaran la libre expresión de la voluntad ciudadana.

De igual forma, las movilizaciones de Alianza Cívica contribuyeron, en gran medida, a las modificaciones al Código Federal Electoral en 1996, las cuales incluían la mayoría de sus demandas; entre ellas, el nombramiento de consejeros electorales ciudadanos, el establecimiento de criterios más claros y equitativos para el financiamiento de los partidos, la creación de una instancia encargada de conocer la naturaleza de los delitos electorales y la facultad del Instituto Federal Electoral para monitorear los medios de

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

comunicación y determinados programas sociales que pudieran ser usados con fines clientelares (Olvera, 2002), condiciones esenciales para el ejercicio de los derechos políticos fundamentales.

Como hemos visto a lo largo de este breve recorrido, los movimientos sociales y las organizaciones de la sociedad civil mexicana han planteado en sus demandas, de manera implícita o explícita, establecer las condiciones institucionales que permitan el pleno ejercicio de sus derechos. Las exigencias en favor de la democracia, las denuncias en contra del autoritarismo y la represión, los procesos de articulación y organización ciudadanas, y las movilizaciones masivas de la sociedad civil han impulsado el proceso de democratización del país. En la medida en que ello ha ido ocurriendo, las peticiones de las organizaciones de la sociedad civil y de los movimientos sociales fueron diversificándose. En los últimos 30 años hemos asistido a diversos procesos de los que comenzaron a surgir sujetos sociales que han construido una nueva agenda de los derechos humanos, caracterizada por la incorporación de temas en favor de la democratización del país y la inclusión de nuevas identidades culturales.

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS DERECHOS HUMANOS. LOS ORGANISMOS PÚBLICOS DE DERECHOS HUMANOS

La institucionalización de los derechos humanos en México[7] se inscribe en el marco de una nueva agenda de derechos, nacida en el seno de los movimientos sociales y las organizaciones de la sociedad civil. Esta nueva agenda concentra las principales áreas problemáticas que obstaculizan el desa-

[7] El de "institucionalización" es un concepto ampliamente tratado por la sociología y la ciencia política. Walter Powell y Paul Dimaggio, en su libro *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional*, señalan que la institucionalización es un proceso por medio del cual las relaciones y las acciones sociales se dan por hecho (Powell y Dimaggio, 1999). Una definición similar, pero más extensa, es aquella que afirma que la institucionalización es "el proceso por medio del cual los actores individuales transmiten lo que socialmente se define como real y, al mismo tiempo, en cualquier punto del proceso el significado de un acto se puede definir, más o menos, como una parte dada por hecho de esta realidad social" (Zucker, 1999: 129). Estas definiciones parten de una definición amplia de institución, basada en la fenomenología y el cognoscitivismo, según la cual las instituciones son la "tipificación recíproca de acciones habitualizadas por tipos de actores" (Berger y Luckmann, 2001: 76). En otras palabras, las definiciones teóricas sobre institucionalización tienen una base que va más allá de las organizaciones formales.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

rrollo de una vida digna para la mayoría de las personas en este país; a saber, la falta de seguridad humana, las debilidades de la democracia y las carencias del sistema de justicia.

Estas áreas abarcan algunos derechos que no habían sido considerados en años anteriores, como el derecho a un medio ambiente sano, el derecho al agua, los derechos sexuales y reproductivos, el acceso a la información pública y el derecho a la no discriminación, entre otros. Asimismo, incluyen a una diversidad de sujetos sociales que unas décadas atrás no aparecían en los temas del espacio público con el empuje y los matices que ahora los caracteriza. Me refiero a la infancia, los jóvenes, los pueblos indígenas, las lesbianas, gays, bisexuales, transexuales, transgénero, travestis e intersex, las poblaciones callejeras, las personas adultas mayores, las personas con discapacidad, las personas migrantes y refugiadas, las personas privadas de la libertad en centros de reclusión, y las víctimas de trata y de explotación sexual comercial.[8]

En el marco de esta nueva agenda y como resultado de las movilizaciones de la sociedad civil en favor del reconocimiento de sus derechos, la creación de organismos públicos que defienden y promueven los derechos humanos se ha dado por tres vertientes: por un lado se encuentran los organismos especializados en diversos temas derechos humanos, como el Instituto Federal Electoral, que articula los derechos políticos; el Instituto Federal de Acceso a la Información, que defiende el derecho de acceso a la información pública; el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, que protege el derecho a la igualdad; la Comisión Nacional para la Defensa de los Usuarios de los Servicios Financieros; la Comisión Nacional de Arbitraje Médico, y la Procuraduría Federal del Consumidor. Una segunda vertiente se refiere a los organismos que abordan derechos humanos de poblaciones específicas, como el Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia, los institutos de las mujeres; los institutos de la juventud y la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas. Finalmente, se encuentran los organismos que conforman el sistema nacional no jurisdiccional de defensa de derechos humanos, como la Comisión Nacional de Dere-

[8] Lamentablemente, los OPDH en México no han recogido del todo en sus informes, políticas y programas los temas de la nueva agenda de derechos humanos. Al respecto destaca el trabajo de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, misma que ha incluido en sus informes los temas de seguridad humana, medio ambiente, la diversidad sexual, los centros de reclusión, las comunidades indígenas, la explotación sexual comercial infantil, entre otros (véase, cdhdf, 2009).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

chos Humanos, la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal y el resto de las comisiones y procuradurías estatales. Éstos son los OPDH que conforman el sistema nacional no jurisdiccional de los derechos humanos en nuestro país.[9]

En lo que resta del artículo haremos una breve reseña sobre el surgimiento de los OPDH en México, después trataremos de analizar algunas de sus fallas de origen que demeritan su función primaria y fundamental de defender los derechos humanos y, finalmente, haremos una exposición sobre el conjunto de principios rectores de los OPDH que los vinculan con los principios democráticos que han defendido las organizaciones de la sociedad civil y los movimientos sociales en los últimos años.

Uno de los principales antecedentes de los OPDH surgidos a partir de la década de los noventa en nuestro país es la Procuraduría de los Pobres en San Luis Potosí, impulsada por Ponciano Arriaga en 1847. La trascendencia de los planteamientos de este liberal decimonónico radica en que orientó sus discursos y acciones hacia una defensa de los pobres que iba más allá de la asistencia social; su propuesta de Procuraduría de los Pobres tenía una perspectiva de derechos humanos que cuestionaba duramente el trato asistencial hacia las personas de escasos recursos. El énfasis de Ponciano Arriaga estaba puesto sobre la pobreza como una condición de desprotección ante la arbitrariedad y la injusticia de muchas autoridades. Este punto es un aspecto toral que define en gran medida el perfil institucional de los OPDH en México.

Otros antecedentes más inmediatos del sistema no jurisdiccional de defensa y promoción de los derechos humanos en México son la creación de la Dirección para la Defensa de los Derechos Humanos de Nuevo León, creada en 1979; la Procuraduría de Vecinos de Colima, establecida en 1984; la Defensoría de los Derechos Universitarios de la Universidad Nacional Autónoma de México, cuyo estatuto fue aprobado en 1985 por el Consejo

[9] En la Constitución Política de nuestro país contamos con diversas garantías que protegen los derechos humanos; a saber, el juicio de amparo (artículos 103 y 107), la controversia constitucional (artículo 105-I), la acción de inconstitucionalidad (artículo 105-II); la facultad de investigación de la Suprema Corte de Justicia de la Nación (artículo 97, párrafos segundo y tercero), el juicio para la protección de los derechos político-electorales de los ciudadanos (artículo 99, fracción IV), el juicio de revisión constitucional electoral (artículo 99, fracción V) y el juicio político (artículo 110) y el procedimiento ante los organismos protectores de los derechos humanos (artículo 102-B) (Álvarez Icaza, 2008a). Esta última garantía es la que se refiere al sistema no jurisdiccional de protección de los derechos humanos. A él nos referiremos a continuación.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

de dicha Universidad, y la Procuraduría de Protección Ciudadana de Aguascalientes, fundada en 1988.

La Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH) se creó en 1990 por decreto presidencial, como un organismo desconcentrado de la Secretaría de Gobernación con el objetivo de fomentar la protección, observancia y promoción de los derechos y libertades fundamentales. La creación de la CNDH fue una reacción ante la agenda y preocupaciones de las organizaciones de la sociedad civil que, como hemos visto, habían hecho de los derechos humanos un eje central de sus planteamientos desde hacía varios años. Asimismo, surgió en un contexto en donde el gobierno federal se encontraba presionado internacionalmente por demostrar de algún modo que en México se respetaban los derechos humanos, principalmente en el marco de la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

El sistema no jurisdiccional de protección de los derechos humanos se creó en 1992, en medio de un contexto de movilizaciones sociales y reformas políticas en favor de la democracia; en ese año, el Congreso de la Unión adicionó el apartado B al artículo 102 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos y dispuso que las legislaturas de las entidades federativas establecieran organismos de protección de los derechos humanos, lo que transformó a la CNDH en un organismo descentralizado y condujo a la promulgación de su ley reglamentaria. De este modo, la creación de la CNDH y de los OPDH estatales ha sido un paso toral en el proceso de institucionalización de los derechos humanos en el país, pues por primera vez se cuenta en cada entidad con instancias que deben defender a las personas de los abusos y arbitrariedades del poder.

El paso más decisivo para el fortalecimiento institucional de la CNDH se dio en un contexto de constantes movilizaciones sociales en favor de los derechos indígenas y de todos los grupos de la población que demandaban ser incluidos en las transformaciones institucionales de este país. Nos referimos a las modificaciones al artículo 102 de la carta magna en 1999, mismas que dotaron de autonomía a dicho organismo. Posteriormente, en el año 2001, se modificó la ley de la CNDH con el objetivo de armonizar el texto legal a la reforma constitucional de 1999. Esta reforma ha sido un paso medular para garantizar que los OPDH se conviertan en un auténticos defensores de los derechos humanos de todas las personas que históricamente han sido vulneradas, victimizadas y excluidas.[10]

[10] Otro paso decisivo para la institucionalización de los derechos humanos en

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

En 1993, año en que nació la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, las demandas democráticas de la ciudadanía y de los partidos de oposición alentaron las primeras reformas políticas que concluyeron en 1997 con la elección directa del primer Jefe de Gobierno del Distrito Federal, de los titulares de las delegaciones políticas y de los diputados a la Asamblea Legislativa de esta ciudad. Este acontecimiento fue parte de un largo proceso de movilizaciones sociales en favor de la ampliación del ejercicio de los derechos humanos, en el que uno de los escenarios principales ha sido, precisamente, la ciudad de México.[11]

La creación de los OPDH es uno de los logros que la sociedad civil y política ha conquistado por medio de sus acciones y protestas en favor de sus derechos. Sin embargo, en la nueva agenda de los derechos humanos hay varios problemas pendientes que resultan ineludibles en diversas áreas.

En efecto, la sociedad civil mexicana ha logrado construir una nueva agenda de derechos humanos en la que tienen cabida temas relativos a la infancia, la juventud, los migrantes, las mujeres, las personas con discapacidad, los indígenas, las personas adultas mayores, la diversidad sexual y el medio ambiente, entre otros. Gracias a los esfuerzos de la sociedad civil se han creado leyes e instituciones que trabajan para el cumplimiento de estos derechos. No obstante, el desarrollo de los derechos humanos en México no ha sido lineal. Por ejemplo, hoy día, nueve de cada 10 mujeres, discapacitados, indígenas, homosexuales, adultos mayores y personas pertenecientes a minorías religiosas opinan que existe discriminación por su condición, y una de cada tres personas pertenecientes a estos grupos dice haber sufrido discriminación (Conapred-Sedesol, 2005).

En efecto, pese a las conquistas democráticas, en la agenda de los derechos humanos perviven temas que deberían estar superados. Después de nueve años de alternancia en el Poder Ejecutivo, en México persisten la impunidad, la tortura, las detenciones arbitrarias, los presos políticos, la injusticia, la desigualdad y las propuestas autoritarias ante los problemas de seguridad pública; si bien no como un acción sistemática impulsada por el Estado para acabar con el menor signo de protesta, sí como violaciones cometidas por funcionarios públicos en diversas partes del país. Estos te-

nuestro país fue el acuerdo que se suscribió, en julio de 2002, entre la Alta Comisionada de Naciones Unidas para los Derechos Humanos y el Estado mexicano para el establecimiento de una oficina en México.

[11] Para más información sobre el contexto político en el que se creó la CDHDF véase Monsiváis, 2007.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

mas representan un reto para los OPDH, pues deben responder, guiados por principios democráticos, a las constantes violaciones a los derechos humanos que se registran cotidianamente.

La sola creación del sistema no jurisdiccional de los derechos humanos es una expresión de la institucionalización de dichos derechos. No obstante, los OPDH presentan una serie de debilidades estructurales y fallas de origen que es necesario corregir con miras a una defensa efectiva de los derechos.

LOS NUEVOS RETOS DE LOS ORGANISMOS PÚBLICOS QUE DEFIENDEN Y PROMUEVEN LOS DERECHOS HUMANOS

El sentido y la razón de ser de los OPDH son la defensa efectiva de los derechos humanos. No obstante, tan sólo en términos de percepciones, únicamente 35% de la ciudadanía se encuentra algo o muy satisfecha con el respeto a los derechos de las personas en México, contra 58% que se encuentra poco o nada satisfecha (Segob, 2008). Al respecto, los OPDH tienen el reto de hacer suyas las demandas de la ciudadanía por una sociedad en donde se respeten sus derechos.

La institucionalización de los derechos humanos no llegará a consolidarse mientras los OPDH sigan alejados de las causas que han enarbolado los movimientos sociales y políticos y no combatan los resabios de la cultura política antidemocrática y patrimonialista de años anteriores (Álvarez Icaza, 2008a).

El sistema no jurisdiccional de defensa y promoción de los derechos humanos en México es un modelo inacabado que necesita ser más sensible a las transformaciones sociales ocurridas en los últimos años y a las demandas ciudadanas en favor del reconocimiento y respeto de sus derechos como fundamento de la democracia.

Los OPDH fueron construidos tomando como referente a la Comisión Nacional de Derechos Humanos, lo cual implicó que heredaran el esquema, las fortalezas y limitaciones de origen de la propia CNDH. De hecho, el primer reglamento interno de la CNDH, creado en 1990, restringió las facultades de este organismo para intervenir en ámbitos que han sido escenarios de constantes abusos y que han estado en la agenda de las organizaciones de la sociedad civil; me refiero a los ámbitos laborales, electorales y jurisdiccionales.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Asimismo, se presentaron otras deficiencias, como depositar la carga de la prueba en los peticionarios, dejándolos en una situación de desprotección y desventaja; instaurar la conciliación como un procedimiento formalizado, minando con ello la posibilidad de emitir propuestas que incidan en las políticas públicas, y dar un peso excesivo a las quejas en los informes anuales en detrimento de diagnósticos reales sobre la situación que guardan los derechos humanos. Todo ello no sólo le resta legitimidad a los OPDH frente a la ciudadanía y a las organizaciones de la sociedad civil, sino que descuida el papel central que deberían ocupar las víctimas.

Además de estas limitaciones de origen, los OPDH arrastran otra serie de debilidades que los alejan de sus compromisos con la sociedad, como el ejercicio de su autonomía y el reforzamiento de su identidad con la ciudadanía, pues de ese modo puede impedirse que los actores políticos obstaculicen el desarrollo de los organismos y se abre la posibilidad de emitir recomendaciones efectivas que impulsen al gobierno a reparar los daños causados y a trabajar en políticas públicas con una perspectiva de derechos humanos.

El compromiso de los OPDH con la ciudadanía también implica la utilización racional de los recursos públicos, pues de ese modo responderían a las demandas de transparencia y acceso a la información que la sociedad civil mexicana ha impulsado desde hace varios años. Sin embargo, el sistema no jurisdiccional de defensa y promoción de los derechos humanos en México es uno de los más caros del mundo y no precisamente uno de los más eficientes.

De acuerdo con el informe 2008 de Human Rights Watch sobre la Comisión Nacional de Derechos Humanos, el presupuesto de este organismo para el año 2007 es mayor al de las demás oficinas de defensa de los derechos humanos de América Latina. No obstante, según dicho informe, los esfuerzos del organismo nacional para impulsar a las instituciones del Estado a reparar los daños, promover reformas para prevenir abusos, impulsar los estándares internacionales de derechos humanos en la legislación mexicana y relacionarse con diversos actores para promover el progreso de los derechos humanos en México han sido insuficientes (Human Rights Watch, 2008).[12]

[12] En el año 2008, el presupuesto de la CNDH fue de aproximadamente 82 millones de dólares, el cual excede por mucho el presupuesto asignado en el mismo año asignado al Alto Comisionado para los Derechos Humanos. El presupuesto de la CNDH en 2008 fue de 866 000 503 pesos (CNDH, 2008), lo cual equivale aproximadamente a

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

El uso eficiente de los recursos, la transparencia y la rendición de cuentas forman parte de un conjunto de principios que comprometen a los OPDH con la ciudadanía y la defensa efectiva de sus derechos. Al respecto, es necesario que otros organismos independientes de rendición de cuentas, como el Congreso, los consejos consultivos y la Auditoría Superior de la Federación examinen adecuadamente el desempeño de los OPDH, pues la transparencia de estos organismos es fundamental para que cualquier persona u organización pueda conocer y evaluar su trabajo.

La transparencia y la rendición de cuentas son una condición esencial para el ejercicio cotidiano de la democracia en las sociedades contemporáneas. En la medida en que las decisiones y acciones políticas estén abiertas al escrutinio público, la ciudadanía tiene mayores posibilidades de contar con la información necesaria que le permita formarse una opinión sobre los problemas más apremiantes en una sociedad y asumir una posición al respecto.

La ciudadanización —además de la autonomía, la transparencia y la rendición de cuentas— es otro los principios democráticos que permitiría a los OPDH responder a las demandas de la sociedad civil por el reconocimiento de sus derechos. Al respecto, la Organización de las Naciones Unidas, en su documento titulado *Institucionales nacionales de derechos humanos*, señala que uno de los elementos para el funcionamiento eficaz de los OPDH es la cooperación con organizaciones de la sociedad civil, pues esto hace posible: *a*] mejorar la visibilidad de la institución al informar al público en general sobre su existencia; *b*] impulsar la creación o el fortalecimiento de las instituciones nacionales de derechos humanos; *c*] establecer vínculos entre las víctimas de las violaciones y las instituciones nacionales; *d*] fomentar el respeto de los derechos humanos y las libertades fundamentales en el plano nacional; *e*] proporcionar a la institución nacional información detallada sobre la situación nacional en derechos humanos y las insu-

81 869 160 dólares, considerando el tipo de cambio a 10.6 pesos (tipo de cambio al 8 de septiembre de 2008). Mientras que el presupuesto para el mismo año del Alto Comisionado para los Derechos Humanos fue de 59 millones de dólares para su funcionamiento en todo el mundo. De acuerdo con información proporcionada por Fundar, el presupuesto real para la CNDH en 2005 fue de 732 247 584 pesos, es decir, 21 veces más grande que el presupuesto asignado el mismo año a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, mismo que fue, aproximadamente, de tres millones de dólares (véase Rodríguez *et al.*, 2006: 26). Aquí se hizo la conversión a dólares considerando el tipo de cambio a 11.1 del 3 enero de 2005 de acuerdo con la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (véase SAT, 2005).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

ficiencias legislativas, y *f*] colaborar en la elaboración de estudios sobre temas concretos de derechos humanos (ONU, 1995: 42-43). Este trabajo es esencial para contribuir a la legitimidad de los OPDH frente a las organizaciones de la sociedad civil y el resto de la sociedad.

Otro de los aspectos fundamentales que enfrentan los OPDH para hacer una defensa efectiva de los derechos humanos que responda a las demandas de la sociedad civil se refiere a la incorporación de los estándares internacionales en cada una de sus acciones, lo cual significa, entre otras cosas, que debe considerarse el derecho internacional como un punto de referencia y evaluación de las acciones de los funcionarios públicos en este país.

En síntesis, la protección y promoción de los derechos humanos implica el establecimiento de instituciones democráticas que organicen y orienten su trabajo de acuerdo con determinados principios, por medio de los cuales sea posible recoger las demandas más sensibles de la sociedad civil en cuanto al goce y disfrute de sus derechos.

Considerando estos principios y partiendo de que la sociedad civil mexicana ha sido protagonista de las transformaciones democrática del país, entonces los organismos públicos de derechos humanos deben vincularse institucionalmente con las organizaciones de la sociedad civil a fin de: *a*] identificar las áreas prioritarias en la agenda de los derechos humanos y definir propuestas al respecto; *b*] establecer mecanismos de rendición de cuentas de cara a la ciudadanía y a las organizaciones de la sociedad civil; *c*] desarrollar líneas de trabajo hacia grupos específicos, como niños, niñas, mujeres, lesbianas, gays, bisexuales, transexuales y transgénero, entre otros; *d*] abrir espacios y foros de discusión sobre la situación que guardan los derechos humanos, y *e*] impulsar las transformaciones institucionales necesarias con miras a consolidar la institucionalización de los derechos humanos.

CONCLUSIONES

El papel de la sociedad civil, las transformaciones estatales e institucionales y la voluntad política de los actores nos ubican hoy en un escenario distinto al que prevalecía en el México de mediados del siglo XX, en el cual podemos distinguir grandes avances en materia de derechos humanos.

Como hemos visto a lo largo de este capítulo, el México de la segunda mitad del siglo pasado experimentó cambios trascendentales que fueron dando paso a la construcción de las condiciones indispensables para el

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

ejercicio de las libertades políticas más fundamentales. Así, a pesar de los déficit que todavía enfrentamos, hoy estamos lejos de aquella nación que veía en las protestas sociales amenazas para la estabilidad del régimen político en su conjunto y que respondía a las manifestaciones y a la disidencia con la represión política.

Mediante acciones diversas pero constantes, los movimientos sociales y políticos de las últimas décadas, protagonizados por la ciudadanía articulada en las organizaciones de la sociedad civil y en los partidos políticos de oposición, lograron una transformación profunda de la vida política nacional; particularmente de las instituciones políticas del Estado mexicano y de la sociedad toda. A más de cinco décadas de distancia, hemos pasado de un Estado hegemónico, impermeable al diálogo con los actores sociales y políticos, a uno con una estructura institucional compleja que permite la generación de pesos y contrapesos en el ejercicio del poder, donde las manifestaciones sociales se entienden como acciones legítimas de una sociedad que exige mayores espacios de participación. En términos de derechos humanos, ello significa que las violaciones a estos derechos no son más una acción sistemática del Estado mexicano para eliminar a la oposición política.

Así, los distintos sucesos acaecidos en el México de la segunda mitad del siglo XX significaron transformaciones y cambios profundos que instauraron en el discurso de los actores políticos y sociales y en la agenda pública nacional la importancia de la vigencia de los derechos humanos.

En este sentido, los derechos humanos forman parte del discurso cotidiano de actores políticos y sociales y constituyen un marco de referencia fundamental de los valores políticos y sociales de nuestra sociedad.

Esto se ha traducido también en transformaciones en materia institucional que permiten a la sociedad mexicana contar con mayores recursos para la defensa de sus derechos, entre los cuales podemos ubicar las instituciones del sistema no jurisdiccional de defensa y promoción de los derechos humanos, es decir, los organismos públicos de derechos humanos surgidos también a finales del siglo XX.

Tal como se señala a lo largo de este documento, hoy es imposible negar que la creación de instituciones especializadas en la defensa de los derechos humanos en México fue otro de los pasos fundamentales para la institucionalización de los mismos y la asimilación de la preeminencia de los derechos humanos en la vida política nacional y sus actores.

Sin embargo, los avances institucionales y sociales no se han logrado

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

traducir en un cese total de las vejaciones a los derechos humanos en México. A lo largo y ancho del país continúan ocurriendo violaciones a los derechos humanos derivadas de vacíos institucionales y del abuso del poder. En efecto, la violencia, la inseguridad, la impunidad y la corrupción, lejos de ser problemas superados, se han convertido en obstáculos cotidianos para el ejercicio de las libertades y prerrogativas fundamentales de las personas.

Igualmente, hoy enfrentamos grandes desafíos para consolidar los derechos económicos, sociales, culturales, ambientales, civiles y políticos en todas las esferas de la vida social.

La agenda pendiente en el caso mexicano requiere de la reflexión y análisis de todo el entramado jurídico construido en el ámbito internacional, así como la adecuación de la normatividad mexicana a los más altos estándares internacionales vigentes, esto último y el respeto son un aspecto fundamental para seguir impulsando la consolidación de nuestra democracia.

Especial relevancia merece la sociedad civil que, como sucedió a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, hoy vuelve a tener el papel fundamental de orientar y enmarcar los temas que debe contener la agenda nacional de derechos humanos, así como de impulsar los cambios institucionales necesarios para procurar su respeto y ejercicio plenos.

Aunado al compromiso social, la vigencia de los derechos humanos en nuestro país requiere de la transversalización de los derechos fundamentales en el ejercicio de la función pública y su asimilación por parte de las y los servidores públicos. Para ello es fundamental que se creen programas y políticas de Estado en la materia que incluyan todas las distintas instituciones estatales en todos los temas y niveles.

Especialmente y a 17 años de la creación del sistema no jurisdiccional de protección a los derechos humanos que daría pie al surgimiento de los OPDH, es imprescindible reflexionar sobre el papel que éstos han desempeñado en la defensa y promoción de los mismos. Los aspectos señalados en el último apartado de este capítulo, concernientes a la autonomía, ciudadanización, profesionalización e integralidad de los derechos humanos, a la utilización de los tratados internacionales, y a la transparencia y rendición de cuentas, son algunos de los grandes desafíos, pero sin duda, no son los únicos.

Por ello, en lo que respecta a los OPDH, es preciso que Estado, sociedad y todas aquellas personas que han dado vida a dichos organismos lleven a cabo una reflexión conjunta y profunda que parta del análisis del papel realizado hasta hoy en el marco de la institucionalidad democrática, así

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

como de los grandes pendientes que enfrentan estas instituciones para seguir enarbolando las demandas ciudadanas expresadas en los diversos movimientos sociales y por medio de las distintas expresiones de la sociedad civil. Todo ello a efecto de establecer los cambios necesarios para hacer de éstas auténticas defensorías del pueblo que ubiquen a las víctimas en el centro de su actuar cotidiano desde una perspectiva de los derechos que sea integral, interdependiente e indivisible.

Lo anterior requiere que los OPDH asuman como uno de sus legados históricos la defensa de uno de los mayores logros de la sociedad moderna; a saber, los derechos humanos universales, indivisibles e inalienables de toda persona. Esta perspectiva será adquirida en la medida en que dichos organismos superen la burocratización y tengan claro que el sistema no jurisdiccional de defensa y promoción de los derechos humanos no es un fin en sí mismo, sino un medio para crear un escenario en donde los derechos humanos hayan logrado plena estabilidad y vigencia; un escenario en el que se abatan las condiciones que impiden el respeto de la dignidad humana.

El establecimiento de los derechos humanos en el mundo es uno de los mayores frutos de la humanidad y la institucionalización de estos derechos en México, una de las más grandes conquistas democráticas de la sociedad mexicana. Desde esta perspectiva, las instituciones del sistema político mexicano tienen la misión histórica de hacer valer los derechos humanos con miras a su consolidación en la vida democrática de nuestro país y de adecuarse a las nuevas transformaciones y requerimientos que marque la agenda nacional de derechos humanos, acorde con los cambios continuos de nuestra sociedad.

En los albores de un nuevo siglo, la vigencia de los derechos humanos es una tarea inacabada cuya reflexión e impulso nos concierne a todos. En el marco de la celebración del bicentenario de la Independencia y del centenario de la Revolución, la viabilidad del México futuro es una tarea de largo alcance que encuentra en los derechos humanos su carta de navegación.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

REFERENCIAS

Álvarez Icaza, E., 2006. Derechos humanos en México. Análisis de situación y perspectiva, *Este País* (181): 45-49.

Álvarez Icaza, E., 2008. Prospectiva del procedimiento no jurisdiccional de protección de los derechos humanos, en E. Ferrer Mac-Gregor y A. Zaldívar Lelo de Larrea (coords.), *La ciencia del Derecho Procesal Constitucional. Estudios en homenaje a Héctor Fix-Zamudio en sus cincuenta años como investigador del Derecho*, t. VII, *Procesos constitucionales de libertad*. México, UNAM-Instituto Mexicano de Derecho Procesal Constitucional-Marcial Pons, pp. 899-913.

Barreto Estrada, C.A., 2006. *Ni enfermos ni criminales, simplemente homosexuales. La construcción del proyecto transformativo del movimiento de liberación homosexual en México (1978-1992)*. Tesis de maestría. México, Instituto Mora.

Becerra, R., P. Salazar y J. Woldenberg, 2000. *La mecánica del cambio político en México: elecciones, partidos y reformas*. México, Cal y Arena.

Berger, P., y T. Luckmann, 2001. *La construcción social de la realidad*. Argentina, Amorrortu.

Bolos, S., 1999. *La constitución de actores sociales y la política*. México, Plaza y Valdés-Universidad Iberoamericana.

Castillo Medina, J.A., 2001. *El papel de las ONG de derechos humanos en México. Alcances, significados y retos hacia el siglo XXI*. Tesis de maestría. México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

Centro Mexicano de Derecho Ambiental, 2009. Subprograma de Derechos Humanos. Derechos Humanos y Medio Ambiente, en <*www.cemda.org.mx/sub4.php*>.

CNDH (Comisión Nacional de Derechos Humanos), 2008. *Avance físico financiero por programa presupuestario, al primer trimestre de 2008*, en <*www.cndh.org.mx/normat/transp/presup/presup.htm*>.

CDHDF (Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal), 2009. *Informes especiales*, en <*www.cdhdf.org.mx/index.php?id=informes*>.

Conapred-Sedesol (Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación-Secretaría de Desarrollo Social), 2005. Primera Encuesta Nacional sobre Discriminación en México, en <*sedesol2006.sedesol.gob.mx/subsecretarias/prospectiva/subse_discriminacion.htm#*>.

Estévez López, A., 2007. Transición a la democracia y derechos humanos en México: la pérdida de integralidad en el discurso *Andamios* **3** (6): 7-32.

Estrada Saavedra, M., 2007. *La comunidad armada rebelde y el EZLN. Un estudio histórico y sociológico sobre las bases de apoyo zapatistas en las cañadas tojolabales de la Selva Lacandona (1930-2005)*. México, El Colegio de México.

Flores Lúa, G., L. Paré y S. Sarmiento, 1988. *Las voces del campo, movimiento campesino y política agraria, 1976-1984*. México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM-Siglo XXI.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Frente de Liberación Homosexual de México, 1971. Luchamos por México, septiembre (inédito).

Human Rights Watch, 2008. *La Comisión Nacional de los Derechos Humanos: una evaluación crítica*, en <*hrw.org/spanish/reports/2008/mexico0208/mexico0208spweb.pdf*>.

Loaeza, S., 1999. *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*. México, Fondo de Cultura Económica.

Monsiváis Carrillo, A., 2007. *El desempeño de los organismos públicos autónomos y la rendición de cuentas en México. Un análisis de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (1993-2006)*. México, Universidad Veracruzana-CIESAS (Cuadernos para la Democratización, 6).

Mora, L.M. de la, 2001. Ambientalistas, proteccionistas y liberales: la lucha por la agenda comercial, *Foro Internacional* **XLI** (2): 335-365.

Olvera Rivera, A., 2002. Representación, participación y sociedad civil en México: el caso de Alianza Cívica, en A. Hemond y D. Recondo (coords.), *Dilemas de la democracia en México. Los actores sociales ante la representación política*. México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos-Instituto Federal Electoral, pp. 95-121.

ONU (Organización de las Naciones Unidas), 1995. *Instituciones nacionales de derechos humanos. Manual sobre la creación y el fortalecimiento de instituciones nacionales para la promoción y protección de los derechos humanos*. Ginebra (Serie de Capacitación Profesional, 4).

ONU, 2000. *Periodo extraordinario de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas para examinar la Plataforma de Acción de Beijing. Nueva York, 5 a 9 de junio de 2000. Las cuatro conferencias mundiales sobre la mujer, 1975 a 1995: una perspectiva histórica*, en <*www.un.org/spanish/conferences/Beijing/Mujer2011.htm*>.

Powell, W., y P.J. Dimaggio (comps.), 1999. *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional*. México, Fondo de Cultura Económica.

Ramírez Saiz, J.M., 1986. La Conamup y la política, *El Cotidiano* **2** (11), en <*www.elcotidianoenlinea.com.mx/numeros.asp?edi=11*>.

Reygadas, R., 1998. *Abriendo veredas*. México, Convergencia de Organismos Civiles por la Democracia.

Rodríguez Manzo, G., L.M. Cano López, M. Pulido Jiménez y O. Tecalco Alquicira, 2006. *La CNDH frente al reto de la transición democrática*. México, Fundar, Centro de Análisis e Investigación A.C., en <*http://www.fundar.org.mx/pdfavancesyretrocesos/08.pdf*>.

SAT (Servicio de Administración Tributaria), 2005. Tipo de cambio 2005, en <*www.sat.gob.mx/sitio_internet/asistencia_contribuyente/informacion_frecuente/tipo_cambio/42_5112.html*>.

Segob (Secretaría de Gobernación), 2008. *Informe Encup 2008*, en <*www.encup.gob.mx/encup/cuartaENCUP/Informe_ENCUP_2008.pdf*>.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Tamayo, S., 2003. Espacios ciudadanos, en S. Bolos (coord.), *Participación y espacio público*. México, Universidad de la Ciudad de México, pp. 113-144.

Tarrés Barraza, M.L., 2001. Las organizaciones del movimiento de mujeres en la reforma política, en A. Olvera Rivera (coord.), *La sociedad civil, de la teoría a la realidad*. México, El Colegio de México, pp. 217-257.

Zucker, L.G., 1999. El papel del institucionalismo en la persistencia cultural, en W. Powell y P.J. Dimaggio (comps.), *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional*. México, Fondo de Cultura Económica, pp. 126-153.

Zurita Rivera, Ú.C., 2003. ONG y Estado. Las relaciones entre las ONG de derechos humanos y el Estado mexicano en el marco de la transformación democrática en los años 1990. Tesis de doctorado. México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

EL COLEGIO DE MÉXICO
70 AÑOS 1940-2010

5
EL RETO DE LA "CULTURA POLICIAL" EN LA DEMOCRATIZACIÓN DE LAS POLICÍAS MEXICANAS

*Carlos Silva Forné**

CONTENIDO

Introducción 150
Consolidación democrática e instituciones policiales, 150; Contexto histórico e institucional, 151; Las policías y los intentos de reforma, 154
Principales componentes de la "cultura policial" 157
Distancias y matices del concepto, 157; La cultura de la policía: ambientes y mecanismos de respuesta, 160
Organización y cultura policial 162
Investigaciones sobre "cultura policial", 163
Rasgos culturales de la policía municipal de Nezahualcóyotl 166
Conocimiento cultural de las policías, 166; Conocimiento cultural en la policía de Nezahualcóyotl, 167
Problemas de la cultura policial para la democratización de las policías 175
Referencias 182

* Investigador asociado del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México: <*carlos_silvaforne@yahoo.com.mx*>.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

INTRODUCCIÓN

Consolidación democrática e instituciones policiales

Desde hace más de dos décadas México vive diversos procesos que pueden englobarse en las conocidas etiquetas de la "transición" y la "consolidación" democrática. Entre sus principales "rutas" se han señalado la construcción de instituciones electorales confiables, el desarrollo de un sistema de partidos más plural y competitivo y la libertad de expresión en la conformación del debate público. Al aumentar la competencia política y la alternancia, en los diferentes niveles de gobierno, fueron cambiando las relaciones de poder y con ello propiciaron una mayor autonomía a los poderes Legislativo y Judicial en relación con el Ejecutivo. Sin embargo, el complejo aparato del Estado, compuesto de muchas y diversas instituciones, y del cual depende la vigencia de importantes derechos de la población,[1] ha tenido un desigual proceso de reforma y transformación en una dirección que refuerce los cambios de la dimensión político-electoral. Entre las instituciones públicas más relevantes para la consolidación democrática y, a la vez, más resistentes a cambios sustanciales en su lógica de funcionamiento se encuentran instituciones centrales para la construcción y mantenimiento de la "seguridad pública":[2] las policías.

La centralidad que para la consolidación democrática tienen las policías está asociada a sus funciones de brindar seguridad a la población y garantizar el mantenimiento del orden (Dammert, 2007) y a las capacidades de que dispone (detener, usar la fuerza pública, etc.), vertebrales para la defensa y vigencia de los derechos de la población, pero que también representan la posibilidad de su violación casual o sistemática. Como consecuencia, de la distribución social de dicha capacidad de coerción por

[1] El renovado goce efectivo de los derechos políticos dirigió paulatinamente la mirada hacia la vigencia de las otras dimensiones de la ciudadanía. La democracia empezó a ser evaluada desde el nivel de completitud del Estado democrático de derecho (O'Donnell, 1999).

[2] En México, lo mismo que en otros países, tradicionalmente se ha entendido que a las policías corresponde casi en exclusiva esta función y ellas han aceptado dicha delegación. Sin embargo, la decisión política de entender los problemas de seguridad como exclusivos de policía (o de las instituciones del sistema de justicia) es una decisión que obstaculiza un abordaje múltiple e interinstitucional más apropiado a la complejidad del fenómeno.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

parte de las policías en el ejercicio cotidiano de sus actividades y de las representaciones acerca de su funcionamiento que tienen los diferentes grupos de la población depende su legitimidad y con ella, en alguna medida, la del propio Estado y de la ley. Esta centralidad del actor policial no hace sino destacar más el abandono que sus instituciones han vivido tradicionalmente (a pesar del constante incremento del presupuesto desde hace más de una década) y, en particular, de las condiciones de vida y de trabajo de sus integrantes. El olvido ha sido también académico, con un escaso volumen de investigaciones que tengan como su objeto y preocupación lo que ocurre en el interior de las instituciones policiales,[3] los condicionantes del abuso o la reproducción de las organizaciones y sus prácticas.

Sin embargo, el contexto en el que se fue dando una mayor preocupación pública por las instituciones policiales en México estuvo menos caracterizado por el reconocimiento del lugar clave que tienen en la construcción de un Estado democrático de derecho y más por su ineficacia para dar respuesta al aumento de los índices delictivos.[4] A ello se suma la aceptación de que las instituciones policiales y de justicia encuentran importantes limitaciones para poder brindar seguridad ante el delito y, por tanto, que han dejado de ser los únicos actores involucrados en su producción.

Contexto histórico e institucional

El primer balance de la nueva mirada sobre las corporaciones policiales, instituciones que generalmente se desarrollaron con gran autonomía de cualquier forma de control social e incluso político (Martínez de Murguía,

[3] Señala Marcelo Saín para el caso de las instituciones policiales en Argentina: "El mundo académico ha estado signado por un sinnúmero de prejuicios y cegueras ante instituciones consideradas *per se* como grandes aparatos represivos y corruptos, como si las ciencias sociales sólo debieran dedicarse a analizar las condiciones de la bondad humana o los determinantes de la felicidad de los niños" (Saín, 2008: 15).

[4] Las encuestas de victimización señalan índices delictivos muy por encima de los oficiales. Estimaciones para la última década en materia de incidencia delictiva, (calculadas por el Instituto Ciudadano de Estudios de la Inseguridad (Icesi) a partir de la Encuesta Nacional de Inseguridad 2005 y de la proporción de delitos denunciados a las autoridades ministeriales, nos muestran que luego de los aumentos delictivos de los noventa, las cifras se mantienen elevadas más allá de una leve disminución (<*www.icesi.org.mx*>).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

1998), arroja grandes rezagos en su desarrollo profesional, malas condiciones de trabajo, alta participación en distintas formas de corrupción e ineficacia en los objetivos directamente vinculados con el combate al delito y la seguridad de la población. A su vez, el mayor escrutinio también se ancla en la preocupación por los abusos y violaciones a los derechos humanos que las policías realizaron y realizan como forma "normal" de hacer su trabajo o debido a objetivos totalmente ajenos a su función. Más de década y media del funcionamiento del sistema de comisiones de los derechos humanos evidenciaron las características y, con matices, las permanencias de distintas formas de abuso sistemático.[5]

La actual permanencia e institucionalización de muchos de estos rasgos deben entenderse en el contexto histórico de policías formadas siguiendo la idea general de logro y mantenimiento del "orden público", con una dotación de importantes capacidades, y sin que el control organizacional y legal sobre ellas fuera prioritario. Dicha matriz constitutiva propició su alta autonomía, rasgo central para el entendimiento de las redes y prácticas informales que se han desarrollado en su interior (Martínez de Murguía, 1998). También se ha entendido que durante la mayor parte de su historia la lealtad política —más que el control— era la moneda de cambio del otorgamiento de dicho espacio (López Portillo, 2003).[6]

A pesar de (o por) tales condicionantes históricas en su conformación, las policías en México fueron durante gran parte del siglo XX instituciones efectivas para el mantenimiento del control político. A su vez, ante una delincuencia con diferentes características de las actuales (menos compleja, organizada y violenta), las policías desarrollaron habilidades para su administración, habilidades ajenas al desarrollo de instituciones profesionales y transparentes, sino, todo lo contrario, caracterizadas por una sistemática

[5] Los problemas de las instituciones policiales, junto con los propios de las instituciones del sistema de justicia, indicaban e indican severas carencias del Estado, especialmente en su dimensión legal (la cual muchas veces no se considera constitutiva del Estado), que penetra y "conforma" la sociedad, estructurando expectativas que al estabilizarse moldean diversos ámbitos de la vida social.

[6] Las policías, en cualquier lugar y por sus propias funciones, manejan recursos, conocimientos y contactos privilegiados para la comisión de actos ilícitos; por eso el autocontrol y el control externo son esenciales. Aunados a su autonomía y disposición de recursos privilegiados, las policías mexicanas se han caracterizado por la conformación de redes informales y paralelas de corrupción. Es decir, el abanico de sus comportamientos ilegales no sólo consiste en la comisión de abusos en el cumplimiento de sus funciones, sino también de delitos más allá de las mismas.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

violación de los derechos de la población (a la vez que autoritarias en su interior y basadas en redes de lealtad personalizada). Sin embargo, no debe pensarse en un control jerárquico vertical y central sobre cuerpos policiales disciplinados, pues lo que prevalecía era una combinación de falta de profesionalismo, autonomía, redes de colaboración con grupos delictivos e impunidad, en las que los referentes legales no jugaron un papel relevante en su accionar cotidiano, al ser supeditadas a intereses individuales y de grupo o a su eventual uso político.

Las instituciones policiales se revelan, así, como una parte más (difícilmente podría ser de otra manera) de un Estado tradicionalmente patrimonialista, clientelar, atravesado por distintos vínculos personales y grupales. Como evidencia de la sedimentada vinculación entre la policía y distintas formas de delincuencia, en la que las prácticas de corrupción y actividades delictivas se entrelazan con los objetivos organizacionales, suele traerse a colación casos como los de la Dirección Federal de Seguridad a partir de la década de los cuarenta o, en el caso del Distrito Federal, de la División de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia, creada por Arturo Durazo (bajo su mando de 1976 a 1982), considerada como paradigma del vínculo existente entre autoridades policiales y grupos criminales.

Tomando como base dicha matriz histórica constitutiva de las policías en México (que coincide con la hegemonía, en diferentes niveles de gobierno, del Partido Revolucionario Institucional), se han establecido algunas hipótesis acerca del los cambios producidos por los reacomodos en la distribución del poder político durante las últimas dos décadas, sus consecuencias en las relaciones con las corporaciones policiales, así como su impacto en los fenómenos delictivos. Por ejemplo, Alvarado y Davis (2001) argumentan que el cambio político, propio de la mayor pluralidad en los gobiernos y su alternancia, ha erosionado los mecanismos de control político sobre las policías, generando problemas de inseguridad que no sólo reflejan el aumento de la delincuencia social en el país. Podríamos decir que, si bien las policías contaban con altos niveles de autonomía, ésta se incrementa aún más cuando los incentivos para alinearse con las autoridades políticas tienen menos fuerza, ya que el futuro de los mandos policiales —quienes realmente controlan la operatividad policial— depende menos de administraciones cambiantes.[7]

[7] También se ha señalado cómo la reconfiguración del poder político afectó su relación con actividades delictivas específicas, como el tráfico de drogas. Bajo el esquema

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Las policías y los intentos de reforma

La seguridad pública en México es legalmente una responsabilidad compartida de los tres niveles de gobierno.[8] Las instituciones policiales se organizan con criterios de función y de jurisdicción. Por función, la policía se divide en Preventiva y Judicial (de investigación). Por jurisdicción, a cada orden de gobierno (federal, estatal y municipal) le corresponden instituciones policiales propias. En el nivel municipal solamente actúan policías preventivas, mientras que en el nivel estatal, del Distrito Federal y federal, les corresponden instituciones de policía preventiva y judicial. Los policías del país que tienen más contacto cotidiano con la población son los preventivos municipales, estatales y del Distrito Federal:

Cuadro 5.1. Estado de la fuerza nacional policial

Corporación	*Número total de personal operativo*	*Porcentaje*
Preventivos estatales	173 067	39.4
Preventivos municipales	141 197	32.1
SSPDF	77 820	17.7
Judiciales o ministeriales estatales	25 767	5.9
Preventivos federales	15 464	3.5
AFI	5 933	1.4
Total	439 248	100.0

Fuente: Secretaría de Seguridad Pública, datos al 31 de diciembre de 2006.

En las distintas policías, al igual que en otras realidades institucionales, se reflejan las enormes disparidades del país entre municipios, estados y regiones (demográficas, sociales, económicas, políticas, culturales, etc.). Sin embargo, más allá de las grandes variaciones entre las más de 1 600 corpo-

dominante, durante el control priista, se contaba con policías cuyas capacidades extralegales de coerción mantenían el tráfico de drogas en gran medida supeditado al ámbito político. En el actual escenario democrático, la incapacidad de desarrollar cuerpos policiales profesionales enmarcados en la ley ha dado más autonomía relativa al ámbito del tráfico de drogas, abriendo la posibilidad a la modificación de las viejas reglas del juego (Astorga, 2006).

[8] El artículo 21 constitucional establece que la seguridad pública "es una función a cargo de la Federación, el Distrito Federal, los estados y los municipios, en las respectivas competencias que esta Constitución señala" (artículo 21 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

raciones policiales en México, el aumento de los índices delictivos en el curso de las últimas décadas las colocó en un lugar central de las preocupaciones de la población y de la opinión pública.

En general, la respuesta nacional buscó privilegiar la coordinación financiera y operativa entre los distintos niveles de gobierno, así como desarrollar nuevas instituciones y fuerzas, tal como lo revela la creación del Sistema Nacional de Seguridad Pública, en 1995, la formación de la Policía Federal Preventiva en 1999 y su puesta bajo la órbita de una nueva Secretaría de Seguridad Pública en el año 2000; la creación de la Agencia Federal de Investigación (AFI) en 2002, el actual intento de unificar las dos policías en el nivel federal y la refundación del Sistema Nacional de Seguridad Pública. Por otro lado, en México, las policías, tanto federal como estatal, tienen históricamente una estructura fuertemente centralizada y militar. Los militares han ido incrementando su participación en la política nacional de seguridad, a partir de su ya larga vinculación con las operaciones antidrogas, así como mediante la presencia de militares retirados o dados de baja en mandos y fuerzas policiales. Estos procesos han sostenido la militarización y los aspectos más punitivos del modelo de seguridad pública (Moloeznik, 2005).

Desde mediados de los noventa, con presupuestos siempre crecientes y en distintos ámbitos, se ha buscado implementar reformas y "nuevos modelos de policía". Pero, en general, con los avances y retrocesos propios de los cambios de gobierno, las propuestas sólo han alcanzado las reformas más "cercanas" de los marcos legales, modificaciones de organigramas o nuevos programas de "acercamiento a la comunidad", sin lograr cambios sustanciales en las prácticas operativas de las policías (en los casos en los que ése fue el objetivo real). Ante las dificultades, resistencias y tensiones entre el gobierno federal y los gobiernos estatales y municipales para avanzar hacia un modelo de profesionalización y estándares unificados para el desarrollo de la función policial, algunas de las principales policías del país, con diferencias en sus capacidades o voluntades, siguieron distintos caminos de transformación, obteniendo resultados diversos, en algunos casos con relativo éxito tanto en las policías estatales (Querétaro, por ejemplo) como municipales (Chihuahua). Sin embargo, el saldo general sigue siendo de inoperancia de las reformas, al menos en términos de su impacto sobre los índices delictivos (el problema es determinar en qué medida esto depende de tener una mejor policía), así como —y tal vez más importante— del uso ilegal de sus capacidades legales, de su (mala)

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

relación con la población y de la extensión y persistencia de distintas formas de corrupción y participación directa en actividades delictivas[9] (dimensiones que resulta indispensable controlar si se quiere hablar de un cambio exitoso).

Señalar las dificultades para transformar las prácticas policiales mexicanas llevó a apuntar las complejidades para modificar la "cultura policial": un muro de formas de operar y entendimientos sedimentados que traba o desvirtúa todo proceso de cambio. Sin embargo, salvo algunas pocas investigaciones, no se ha generado una masa suficiente de estudios empíricos que intenten describir con mayor profundidad la "cultura policial" y sus particularidades para distintas instituciones policiales en México (así como sus posibles palancas de cambio). El análisis de la "cultura policial" es un aspecto clave para entender la operatividad policial y las diferentes estrategias para modelar una reforma policial democrática con mayores posibilidades de éxito.

El presente trabajo presenta, en primer lugar, algunas de las formulaciones clásicas, junto con las más recientes acerca de la "cultura policial"; en segundo lugar, en conexión con la discusión anterior, se examina el relevante aporte de trabajos de investigación que, desde la antropología y la sociología, se han acercado a las lógicas, sentidos y experiencias de los policías en algunas de las más grandes corporaciones del país; en tercer lugar, se exponen resultados del análisis de la cultura policial en el caso particular de la Policía Municipal de Nezahualcóyotl. Finalizamos planteando algunos retos relacionados con la cultura policial que enfrentarán las iniciativas actuales para la transformación de las instituciones policiales municipales y estatales, aquellas que más tienen que ver con la seguridad de la población, y otros aspectos de la convivencia social, hoy.

[9] Las diferentes formas del crimen organizado suelen establecer conexiones y recibir protección de grupos policiales. Las "purgas" dentro de las policías suelen ser el mecanismo e instrumento político para intentar combatir la delincuencia de los mismos policías (Alvarado y Davis, 2001). A partir de algún escándalo o cuando la correlación de fuerzas internas lo permite, se recurre al recurso de que se va a eliminar a los "malos elementos", a los que no "honran la profesión", en lugar de ejercer un mejor control sobre aquellos incentivos institucionales que facilitan que las corporaciones policiales desarrollen redes de complicidad con grupos delictivos o prácticas corruptas en el cumplimiento de sus propias funciones.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

PRINCIPALES COMPONENTES DE LA "CULTURA POLICIAL"

Distancias y matices del concepto

En general, si hablamos de "cultura policial" se subraya una imagen ya establecida, en algún sentido estereotipada y homogénea: brutalidad, corrupción, secretismo, machismo y el valor de la acción por sobre la intelección de los problemas. Sin embargo, si se va más allá de una descripción ya cristalizada, es un concepto útil al relacionarlo con los ambientes "ocupacional" y "organizacional" de la vida policial cuyas características pueden propiciar prácticas y significados diversos, algunos de ellos con consecuencias y costos sociales impropios de una sociedad democrática.

La "cultura policial" no puede ser vista como un concepto valorativo de carga negativa. Es decir, no debe ser pensada como todas las características reprobables y todos los obstáculos que por inercia traen las corporaciones, formas históricas de "hacer las cosas", que no coinciden con lo establecido en leyes y marcos normativos racionales y transparentes. Tampoco sería adecuado definir la "cultura policial" a partir de la separación del mundo policial en dos universos con fronteras claras: el formal y el informal, y adjudicarle a la "cultura policial" la orientación de la acción solamente en el segundo de los casos. Las prácticas y los significados propios de la "cultura policial" se mantienen a un lado u otro de la división entre lo formal y lo informal. Pueden establecer muchas relaciones con la formalidad vigente: pueden reforzarla, ser indiferentes a ella, contradecirla, usarla para otros fines, parasitarla, etc. (Prenzler, 1997).[10]

Los significados, valores y normas que enmarcan las prácticas cotidianas del trabajo policial no se oponen necesariamente al "profesionalismo" —ni la profesionalización policial es un proceso transparente que pueda operar al margen de las mediaciones culturales. En su lugar, un profesionalismo que logre ser efectivo será aquel que pueda dotar de sentido a las experiencias de los policías en la calle, al conectarse con su realidad ocupacional y organizacional. En definitiva, no se trata de evitar el impacto de la

[10] Un asunto diferente, que debe dirimirse empíricamente, es si las prácticas "informales" cobran mayor predominancia en la estructuración de las acciones y significados compartidos (apoyándose para ello en los recursos y capacidades formalmente establecidas). La mayor o menor fortaleza institucional, su diseño, la capacidad de supervisión y el liderazgo para impulsar las normas formales son factores relevantes para que las reglas "informales" sean o no sean la columna vertebral de un orden policial "paralelo".

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

"cultura policial", sino de lograr que principios democráticos y sus mejores prácticas asociadas sean parte de la cultura operacional de la policía.

Por otro lado, la homogeneidad y, en cierta medida, el automatismo de la cultura policial han sido exagerados. Suelen señalarse como rasgo central de la cultura policial la "solidaridad interna", principal muro contra la posibilidad de sancionar malas prácticas y delitos cometidos por los policías. Sin embargo, la realidad es más compleja y a los motivos "solidarios" para explicar el llamado "código del silencio", se suman claras motivaciones de tipo instrumental, como es evitar las delaciones mutuas a partir de redes y prácticas de corrupción que hacen difícil (o muy costoso) tomar decisiones para no estar implicado.[11]

La homogeneidad de la cultura policial también se ha exagerado entre instituciones y en las distintas posiciones dentro de las organizaciones. Una de las divisiones estudiadas es la existente entre la cultura del policía operativo (la que en general se considera "la" cultura policial) y la cultura desarrollada por los administradores de las corporaciones policiales (Reuss-Ianni y Ianni, 1983).[12] En una investigación sobre la policía de Nueva York en la década de los setenta, los autores encuentran que son dos culturas que aumentan en competencia y conflicto y cuyas tensiones pueden servir para ilustrar algunos de los procesos de cambio más recientes en las policías mexicanas. La cultura del policía operativo, ante el embate de un nuevo ethos en la administración que busca mayor eficacia, de la creciente vigilancia sobre su accionar para evitar el costo de los casos graves de brutalidad y corrupción, así como la presencia en el entorno social de nuevos actores que "controlan" su trabajo, desarrolla una concepción nostálgica y mítica de los "buenos tiempos pasados", pero que se actualiza al definir parte de sus prácticas cotidianas.[13]

[11] En México, como en otros países latinoamericanos, los "silencios organizacionales" no sólo se refieren al caso del policía "duro", que se mueve más allá de los márgenes en el desempeños de sus obligaciones, sino que forma parte de una red de ilícitos en la que el mutuo conocimiento de dichas "faltas" provoca una red de complicidades, solidaridades y posibles traiciones (Chevigny, 1995).

[12] En su clásico texto, los autores constatan que el ambiente laboral más próximo y los grupos de pares (y no la organización más extensa) son los que más controlan y motivan el comportamiento individual. Sin embargo, en las policías se sigue otorgando una gran importancia a la toma de decisiones en los altos niveles. Luego, los administradores se preguntan cómo ocurre que sus directivas y autoridad se vayan perdiendo o reacomodando hacia otros fines, a medida que descienden en la cadena de mando.

[13] También pueden distinguirse distintas filosofías del trabajo policial, que deriva-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Estos puntos nos permiten distanciarnos de la idea de que sólo existe "una" cultura policial, más allá de rasgos compartidos propios de las posiciones estructurales que definen el espacio de la función policial. Es decir, una cultura policial determinada a partir de sus ambientes organizacional y legal, ocupacional, social y político, y en la que las decisiones de los actores policiales, individuales y de grupo tienen mucho que decir acerca de su reproducción o cambio.

Una perspectiva importante es la que resulta de la comparación entre la cultura policial y otras culturas ocupacionales, en particular, otras organizaciones del sector público. Como señalamos en la introducción, la lógica patrimonialista y de redes clientelares fue constitutiva en la formación del Estado mexicano, difuminando los límites de las instituciones en su vinculación con la sociedad y socializando a la población más en intercambios individualizados o de grupo que en el universalismo de la norma. Rasgos como el secreto, la resistencia al escrutinio y la discriminación de personas al brindar sus servicios no son ajenos a otras instituciones públicas y privadas. El impacto sobre la seguridad y la integridad física de las personas privilegia la mirada crítica a las malas prácticas policiales (al menos, más recientemente) sobre las correspondientes a otros sectores de gobierno.[14] Sin embargo, más allá de rasgos generales, algunos se destacan de manera más intensa o dominante en el caso de las organizaciones policiales. Por ejemplo, "el código del silencio" es un rasgo propio de todos los grupos humanos, pero se intensifica en el caso policial en virtud del carácter conflictivo de sus encuentros cotidianos con la población, de sus capacidades centrales para usar la fuerza y la posibilidad de sancionar y detener ciudadanos y, por tanto, de que se susciten situaciones propicias para el abuso, el soborno o la extorsión; es decir, de la estructura de sus ambientes de trabajo.

rían en diferencias "culturales" entre instituciones: una cultura más orientada a la gerencia moderna, la racionalidad científica y la rendición de cuentas, o la cultura del policía de la calle u operativa, que da mayor discrecionalidad al trabajo policial y es reacia a los controles externos. Clásicamente, se han analizado las variaciones entre las agencias de policía en función de sus modalidades de "acción policiaca" (*policing*): la tipología clásica es la de Wilson (1968) entre un estilo "vigilante", un estilo "servicial" y un estilo "legalista".

[14] Este sesgo de la visibilidad y la estigmatización de las malas prácticas policiales en relación con las de otros actores de la administración pública, puede interpretarse como una versión invertida del sesgo en las mismas dimensiones hacia los delitos callejeros en relación con los llamados delitos de "cuello blanco" (Prenzler, 1997).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

La cultura de la policía: ambientes y mecanismos de respuesta

Cuando se habla de cultura policial suele señalarse que el conjunto de conocimientos, actitudes, valores y normas que la conforman son una respuesta a las situaciones similares que crean sus entornos laborales: el ocupacional y el organizacional (Skolnick, 1994; Paoline III, 2003). ¿Cuáles son las principales características de estos entornos que delimitan los problemas a los que la cultura policial busca dar distintas respuestas y posibilidades de ajuste? En el entorno ocupacional, es decir, el espacio de relación con la comunidad, se mencionan tres rasgos: peligro, mantenimiento de su carácter de autoridad y la exigencia de obtener resultados. Según el trabajo de Skolnick, a estos elementos reaccionará la *working personality* del policía. En el entorno organizacional resalta la posibilidad de sanción por parte de los mandos, los controles burocráticos y de otras instituciones del sistema de justicia, así como las tensiones y ambigüedades derivadas de las distintas funciones asociadas al trabajo policial.

En el ámbito de las policías preventivas suelen señalarse tres principales funciones: "la aplicación de la ley" (disuadir o reprimir delitos y faltas), "el mantenimiento del orden" (la regulación de una serie de comportamientos o situaciones de convivencia que no están, al menos directamente, relacionados con conductas ilegales) y la prestación de una serie de "servicios a la población", como brindar información o atender a personas accidentadas. La segunda y la tercera pueden ocupar la mayor parte de la labor cotidiana de la policía, pero oficialmente (y también socialmente) suele reconocerse y destacarse la primera de ellas.[15] En el entorno organizacional también se destaca la influencia que los diferentes diseños, objetivos establecidos y formas de liderazgo ejercen en la cultura de sus miembros.

Los valores, normas y conocimientos que más suelen destacarse en las descripciones de la cultura policial (Reiner, 1998; Buckner, Christie y Fatth, 1983; Paoline III, 2003) suelen ser:

Desconfianza. Como respuesta a la ansiedad de un entorno social peligroso o la posibilidad de ser sancionado dentro de la organización, los policías crean tipificaciones para el establecimiento de relaciones externas e internas que, en general, se van incorporando a partir de los agentes con

[15] En este sentido, la cultura policial tradicional suele subrayar e incentivar, tanto formal como informalmente, el valor del trabajo policial "verdadero": "sacar a los delincuentes de las calles".

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

mayor antigüedad.[16] Esta norma de actuación permite anticipar escenarios mediante una rápida lectura de personas y situaciones: la posible conflictividad o peligrosidad de la persona con la que se interactúa —la identificación del "agresor simbólico" (Skolnick, 1994) o la evaluación de su capacidad de influencia (Birkbeck y Gabaldón, 2002). También se desarrolla una cultura de la sospecha como emergencia ante las presiones de conseguir resultados en la forma de detección de infractores.

Evitar problemas. Respecto al punto anterior, se relaciona con ocasiones en las cuales es preferible la omisión ante una situación potencialmente peligrosa o ante los riesgos de ser sancionado internamente o por otras instituciones. La discrecionalidad del trabajo en la calle es la variable que ambienta estas reglas para la toma de decisiones: actuar o no actuar, detener o no detener, reportar o no reportar ciertos incidentes. La discrecionalidad del actuar policial es inevitable y deseable para ciertas ocasiones; el problema está en las formas que ésta adopta en las prácticas cotidianas. También se refiere a las reglas para relacionarse con la burocracia y la administración policial y de justicia.[17]

Rechazo de procedimientos formales. El valor de la "experiencia" y la "calle" por sobre lo aprendido en un aula o lo establecido en un reglamento de procedimientos formalizado parece ser un principio axiomático de la cultura policial. Los obstáculos al ejercicio del "sentido común" que se imputa a los reglamentos que limitan el ejercicio de sus capacidades de acción es lo que favorece una idea muy difundida: aquella que señala que es necesario apartarse en alguna medida del marco legal si se quiere cumplir con los objetivos de la función policial (es decir, "capturar y poner presos a los delincuentes").

Machismo institucional. El centro de la función policial vinculado al uso potencial o actual de la fuerza hace de su organización un espacio propicio

[16] Muchas de estas clasificaciones reflejan categorías sociales preexistentes y compartidas, lo cual ayuda a que puedan ser más fácilmente incorporadas al entorno organizacional (Tilly, 1999).

[17] Al decir de Bayley (1994), la discrecionalidad junto a la evitación de problemas o la búsqueda de beneficios de grupo o personales lleva a la cohabitación de tres conjuntos de reglas en las instituciones policiales: reglas formales que pueden ejercer sanciones efectivas, aunque muchas veces no sean vistas como legítimas por gran parte de sus miembros; las reglas informales o de trabajo que surgen de la presión diaria de las tareas preventivas y de detención de infractores, y las llamadas "reglas de presentación", en las cuales se reconstruyen *post facto* las acciones cometidas, en términos aceptables legalmente con una alta capacidad para la reconstrucción de dichos eventos.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

para el desarrollo de formas de pensamiento y actuación propias de la dominación machista. El pensamiento axiomático que lleva de la fuerza física a la virilidad y a la idea de que ser policía es propio de hombres construye significados y distinciones de roles, en los que la situación de la mujer es minusvalorada, o la de los hombres puesta a prueba bajo esas mismas coordenadas (Huggins, Haritos-Fatouros y Zimbardo, 2002). Si esta estructura machista se adhiere a los elementos de una "guerra contra la delincuencia", en el modelo policial que se promueve tanto por la institución como por sus elementos, se establece una lógica de conflicto y agresividad entre policía y sociedad, y la violencia policial se vuelve mucho más probable.

ORGANIZACIÓN Y CULTURA POLICIAL

Como ya hemos señalado, dada la realidad fragmentada de las policías en México, es difícil hablar de características genéricas, tanto de los ambientes ocupacionales y organizacionales, como de los esquemas de interpretación y las prácticas que se desarrollan en tales condiciones. La caracterización que presentamos, por las investigaciones a las que hace referencia, recupera los rasgos de algunas de las más importantes corporaciones policiales preventivas de las zonas urbanas del país. Instituciones policiales que representan un porcentaje significativo de la fuerza policial del país y, por tanto, también de los contactos que cotidianamente sostienen con la población.

Ya hemos señalado características propias de las instituciones públicas en México, en las que deben contextualizarse la mirada hacia las policías. De la particular relación de las instituciones públicas con la población depende un tipo de socialización cuya principal resultante, en el caso mexicano, no ha sido la formación de "ciudadanos" (aunque con claros avances en distintos ámbitos en las últimas décadas). Las policías, por los rasgos estructurales de su función y la ausencia de cambios profundos en el conjunto de reglas e incentivos que la conforman, continúan mayormente ancladas en la autonomía y el patrimonialismo y, por consiguiente, aún con la fuerte presencia de redes de corrupción administrativa y operativa. Con distintas modalidades, no son prácticas ajenas al funcionamiento de otras instituciones públicas y de su relación con la población, lo cual moldea y refuerza dichos esquemas de acción, en particular si forman parte del entorno legal-ocupacional de las policías, como es el caso de las instituciones de procuración de justicia.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Investigaciones sobre "cultura policial"

Para realizar una descripción de las prácticas policiales, en conexión con las condiciones institucionales, sociales y materiales en las que desarrollan su trabajo, resumiremos, en primer lugar, los hallazgos de algunas de las principales investigaciones que se han ocupado del universo de sentido y la praxis de los integrantes de importantes corporaciones policiales en México. Tal es el caso de los trabajos de las antropólogas Elena Azaola (2006 y 2009, con Miquel Ruiz) y María Eugenia Suárez de Garay (2006).

Azaola (2006) analiza a la policía preventiva de la ciudad de México durante el periodo de 2001 a 2005. La información sustantiva se generó a partir de entrevistas a 170 policías, realizadas en grupos integrados por oficiales del mismo rango y pertenecientes al mismo sector o agrupamiento. A lo anterior se suman 110 autobiografías presentadas para un concurso de la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal. Entre los principales tópicos abordados en las entrevistas se encuentran: el significado de ser policía y cómo llegaron a serlo; cómo definen a un "buen" y a un "mal" policía; el funcionamiento de la institución en materia de ascensos y regímenes disciplinarios; la relación con los jefes (o subordinados); su autoimagen como policías y la que reciben de la ciudadanía; su percepción de la ciudadanía y su relación con sus familias, amigos y entorno social más cercano.

Los resultados de la investigación destacan la preocupación central de los policías, de distintos rangos y agrupamientos, acerca de su inseguridad y de los riesgos a los que se enfrentan cotidianamente. El marco en el que más frecuentemente colocan este tópico es el de la "falta de garantías" para realizar su trabajo, es decir, diferenciándose de un pasado con mayores posibilidades de actuación y respaldo institucional. Se trata de una versión reforzada, con rasgos propios, de un "problema" que parece ser característico de la función y las organizaciones policiales. En una investigación ya citada sobre la policía de Nueva York en la década de los setenta (Reuss-Ianni y Ianni, 1983) (pocos años después del reporte de la Comisión Knapp[18] sobre corrupción policial), se señala que la cultura del policía operativo sufría el embate de un nuevo ethos en la administración (mayor eficacia, sospechas sobre su accionar), por lo que se desarrolla una concepción nostálgica de los "buenos tiempos pasados". A su vez, la "sensación de inse-

[18] Comisión creada en 1970 para investigar la corrupción en el interior del Departamento de Policía de Nueva York, que hizo público su reporte a fines de 1972.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

guridad" por los riesgos propios del trabajo policial y el reclamo de mayores atribuciones son comunes y recurrentes en las corporaciones policiales.

Por su parte, en la investigación de la policía preventiva de la ciudad de México la diferencia parece estribar en que la mayor fuente de "incertidumbre" para el policía no llega de la institucionalización de una marco normativo que impone un mayor escrutinio y debilita las viejas "protecciones", sino de la continuada ausencia de parámetros de actuación o de su falta de vigencia, lo que lleva a que "la relación contractual no puede sino desarrollarse bajo el signo de la arbitrariedad, la discrecionalidad y la falta de equidad" (Azaola, 2006: 137). Es decir, la permanencia de un sistema que somete al policía a los intereses de los mandos, por lo que depende de lealtades personalizadas y equilibrios inestables, los cuales posiblemente sean más inestables hoy y, por lo tanto, no constituyen solamente una percepción nostálgica del pasado. La llegada de nuevas administraciones que intentan obtener más control refuerza las luchas de poder y las divisiones internas, a lo que se suma la mayor presión externa por la presencia de las comisiones de derechos humanos y otras organizaciones de la sociedad civil, aunque dispongan de escasa capacidad real de incidencia sobre su funcionamiento.

La "falta de garantías" tiene a "los derechos humanos" ocupando un lugar central entre las referencias que realizan los policías. Suelen utilizar un término general y vago, sin distinguir entre la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, las organizaciones de la sociedad civil o particulares —quienes al parecer apelan a su pertenencia o refieren a "los derechos humanos" para evitar una conducta policial que consideran perjudicial o impropia. Desde los sentidos predominantes que muestra la investigación, los "derechos humanos" aparecen solamente como un enemigo más, otro peligro incorporado del que derivarán saberes o normas de situaciones que conviene evitar.

Otros resultados de la investigación muestran las carencias y malas condiciones de trabajo referidas a salarios, equipo y uniformes, jornadas laborales, servicios de salud, jubilación y ascensos. Resulta interesante que el "malestar" declarado no sólo proviene de la poca calidad de estos recursos o servicios, sino también de las formas de "corrupción administrativa" que dirimen parte de su distribución y que juega un lugar importante en el aprendizaje y socialización del policía en la vida de la corporación.[19]

[19] En una investigación más reciente de Elena Azaola (Azaola y Ruiz, 2009) sobre

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Por su parte, María Eugenia Suárez de Garay (2006) entrevistó entre diciembre de 1999 y julio de 2000 a 25 policías preventivos del municipio de Guadalajara, Jalisco. El estudio se adentra en los procesos de significación y acción, donde se cruzan las biografías de los policías con la institución a la pertenecen y la estructura social en la que se enmarca. La "perspectiva del actor" adoptada busca hacer posible "vincular los microprocesos (las experiencias de los policías) a los macroprocesos (la organización social y policial) y comprender la posible existencia de una cultura policial" (Suárez, 2006: 98). El universo de policías entrevistados abarcó a hombre y mujeres, de distintas edades y niveles de escolaridad. Los contactos se fueron estableciendo por "bola de nieve": unos policías fueron presentando a los siguientes. Las entrevistas abordaron tres dimensiones que conforman el ámbito sociocultural de los policías: el proceso de inserción al mundo policial, el mundo dentro de la institución y las relaciones "externas" (ciudadanos, delincuentes, familia, etc.).

Entre los principales resultados se señala cómo las carencias de la institucionalidad formal hacen que las redes informales funcionen casi como un "principio de realidad", es decir, una adaptación obligatoria por la que deben pasar los policías para poder responder a la organización y al entorno social. No existen las condiciones materiales ni simbólicas que permitan llevar a cabo las exigencias normativas y discursivas formales. En lugar de parámetros que modelen un tipo de policía deseado se encuentra la resolución cotidiana de los "problemas que se van presentando", que lleva a tomar decisiones difíciles y caminos poco deseados (en particular para los subordinados): "permanecer, corromperse o aislarse", señala la investigadora; ser policía como ejercicio de supervivencia, por caminos al margen de los ciudadanos y de la ley. También señala el aprendizaje de los códigos establecidos con relación a la autoridad, donde el silencio y el sometimiento son los que pueden definir su futuro, no su competencia. El empleo de la violencia

la Policía Judicial de la ciudad de México vuelve a señalarse la relevancia de la "corrupción administrativa" para entender la "corrupción operativa" (que es la que más suele ser objeto de atención), y el vínculo que se establece entre ambas y que es señalado por los propios policías. Si al policía preventivo su mando le pide dinero por adjudicarle una patrulla, o un comandante al policía judicial por brindarle información para que avance en su caso, estas solicitudes se extienden al exterior, a los ciudadanos o denunciantes. Como es necesario pagar para acceder al recurso (una patrulla, información), luego se le debe sacar "provecho" (o porque se puede sacar "provecho" del recurso se pide dinero para acceder a él).

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

y de prácticas represivas en su trabajo aparece como consecuencia de la legitimidad cultural y de la ineptitud de la institución para aportar los recursos que permitan construir otro modelo. Como consecuencia, el policía "no logra asimilar la validez del Estado de derecho para sí mismo y para la importante función que cumple" (Suárez de Garay, 2006: 456).

RASGOS CULTURALES DE LA POLICÍA MUNICIPAL DE NEZAHUALCÓYOTL

Conocimiento cultural de las policías

Janet Chan (1996, 1997, 2003) recurre a los conceptos de campo y habitus (Bourdieu, 1980; Bourdieu y Wacquant, 1995)[20] para solucionar parte de las críticas realizadas a un concepto de cultura policial homogéneo y visto al margen de las relaciones con los contextos sociales y políticos de la ocupación. En su propuesta, el "campo", en estrecha cercanía con las referencias que hemos realizado en los apartados anteriores a los entornos ocupacional y organizacional de la policía, establece las condiciones estructurales del trabajo policial: las relaciones históricas de poder y recursos, tanto en el espacio interno de la organización como en el espacio externo de su relación con la sociedad. Con referencia al habitus como sistema de disposiciones cognitivas, valorativas, emocionales y físico-corporales que integran la experiencia pasada y habilita a los individuos a lidiar con la diversidad de situaciones que deben enfrentar, Chan privilegia para el caso de la cultura policial sus componentes cognitivos distinguiendo entre cuatro categorías (Chan, 1997):

- *Conocimiento axiomático* (mandato policial): presuposiciones básicas acerca de "por qué las cosas se hacen de la manera en que se hacen"; suposiciones con respecto a su función. A partir de éstas se establecen distinciones ulteriores, como las que definen el "verdadero trabajo policial".
- *Conocimiento de diccionario* (categorías policiales): etiquetas con las que "categorizan situaciones y personas" en su relación con la comunidad y dentro de la organización; determinación de su normalidad o anormalidad.

[20] "Un *campo* está integrado por un conjunto de relaciones históricas objetivas entre posiciones ancladas en ciertas formas de poder (o de capital), mientras que el *habitus* alude a un conjunto de relaciones históricas 'depositadas' en los cuerpos individuales bajo la forma de esquemas mentales y corporales de percepción, apreciación, y acción" (Bourdieu y Wacquant, 1995: 23).

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

• *Conocimiento de directorio* (métodos policiales): una vez definidas situaciones y personas, informa sobre "cómo la operatividad cotidiana debe ser llevada a cabo".

• *Conocimiento de instrucciones* (valores y normas policiales): "qué debe y qué no debe hacerse en las distintas situaciones"; qué sí y qué no con las situaciones y personas, así como con los compañeros y mandos.

Es importante resaltar que no se trata de un determinismo del conocimiento cultural para el pensamiento y la acción a partir de las condiciones estructurales. Eso anularía el carácter de agencia y de creación de los individuos. Por ello, es relevante el papel de los "actores policiales": los policías de todos los rangos tienen un rol activo en el desarrollo, reforzamiento, resistencia y transformación del conocimiento cultural. Es decir, los policías y las organizaciones policiales toman decisiones dentro de los marcos que aprendieron y de las posibilidades que se hacen presentes, reforzando o transformando las maneras en que se da sentido a las situaciones y exigencias que se enfrentan. Las organizaciones policiales, en particular sus líderes, son importantes actores para la definición de sus entornos y de las prácticas institucionales que provocan. De allí que no puede achacarse la presencia y extensión de prácticas corruptas a la "fatalidad" de las condiciones propias de la función policial y su cultura.

Conocimiento cultural en la policía de Nezahualcóyotl

Veamos algunos resultados de un reciente estudio realizado en el municipio de Nezahualcóyotl, Estado de México, utilizando para ello dimensiones de la cultura policial que acabamos de presentar. En primer lugar, es necesario describir rasgos básicos del municipio y de la Dirección de Seguridad Pública Municipal que nos permiten enmarcar dichos resultados.

Nezahualcóyotl es una de las zonas más pobladas del país. De acuerdo con el Conteo de Población y Vivienda de 2005 (INEGI, 2005), en ese año vivían ahí 1 234 870 personas. Junto con el municipio de Ecatepec, ocupan el primero y segundo lugar de población del Estado de México. Al agregar las delegaciones Iztapalapa y Gustavo A. Madero, que representan las número uno y dos en población del Distrito Federal, estas cuatro localidades presentan la mayor movilidad poblacional en la Zona Metropolita-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

na de la Ciudad de México (ZMCM). El municipio presenta una alta tasa de delitos, más elevada que los promedios nacionales y de la ZMCM, aunque inferior a algunas delegaciones del Distrito Federal. En 2005 presentaba una tasa de 1 936 delitos por cada 100 000 habitantes (INEGI, 2006). Se destaca un número importante de encuentros entre la policía y la población vinculados con problemas de convivencia y "orden público".[21]

A octubre de 2008 la Dirección de Seguridad Pública Municipal contaba con 1 102 policías en servicio, 92 mandos medios, 52 mandos superiores y 43 empleados administrativos.[22] La tasa de policías por habitantes es baja, en particular al compararse con el Distrito Federal. El servicio de seguridad pública se organizó en el municipio desde 2003 en tres zonas, 10 sectores y 51 cuadrantes. Desde 2005 y hasta una nueva reorganización en 2008, se desarrolló un primer programa de policía vecinal, con una patrulla de dedicación exclusiva por cada cuadrante y que, en un primer momento, tenía entre sus prioridades establecer un contacto directo con vecinos y establecimientos comerciales. La policía "tradicional" es la "sectorial", encargada de operar desde módulos de seguridad ubicados dentro de cada sector, patrullando constantemente las vialidades primarias, establecimientos públicos, mercados, escuelas, etcétera.

Como parte del proyecto de evaluación del programa de policía vecinal de la Dirección de Seguridad Pública del Municipio de Nezahualcóyotl, la asociación civil Democracia, Derechos Humanos y Seguridad,[23] realizó cuatro dinámicas de grupo, dos con policías vecinales (agentes y mandos medios) y dos con sectoriales (agentes y mandos medios).[24] Las dinámicas consistieron en tres ejercicios que buscaban recabar información relevante del ambiente ocupacional y organizacional de los policías, así como de sus principales mecanismos de respuesta.[25]

[21] El Programa Integral de Seguridad Pública Municipal (2003-2006) señala: "la falta de seguimiento de las remisiones y los problemas de control sobre los policías remitentes, generan situaciones irregulares no exentas de abusos y de compras de impunidad" (Ayuntamiento de Nezahualcóyotl, 2003: 4 y 5).

[22] Dirección de Seguridad Pública del Municipio de Nezahualcóyotl.

[23] Proyecto dirigido por el doctor Arturo Alvarado de El Colegio de México. Se agradece al director de Seguridad Pública del Municipio de Nezahualcóyotl, Jorge Amador, por permitirnos utilizar datos de la evaluación para la realización de este apartado.

[24] Las dinámicas grupales fueron elaboradas y dirigidas por la maestra en antropología social, Sofie Geisler, contando con la colaboración de quien esto escribe.

[25] El primer ejercicio planteaba situaciones y personas que frecuentemente forman parte de su trabajo: individuo ebrio en la vía pública, pelea en un antro, riña entre

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

El primer resultado general de las dinámicas fue el lugar, casi excluyente, que la lógica de la "evitación de problemas" tuvo en los sentidos que enmarcan el trabajo policial cotidiano. Si bien se mantiene como "conocimiento presupuesto" tradicional de la función policial la referencia a "detener delincuentes" y "mantener la autoridad" (aunque con una mayor orientación de "servicio a la población" en los policías vecinales), el trasfondo de las definiciones de personajes y situaciones y de las formas de "hacer las cosas" responde en primer lugar a cómo evitar una agresión o una denuncia, en un entorno de alta conflictividad social. En este sentido, cada escenario y personaje que se plantea es desmenuzado desde sus posibles amenazas al policía, no en términos de posible violencia asociada al combate delictivo, sino de las denuncias que pueden realizar en su contra. Lo anterior en el marco de una percepción de falta de respaldo institucional, en particular por aquellos que ven los controles desde la dirección como un nuevo peligro propio de la actual administración. Algunos ejemplos:

> Policía vecinal, agente (hombre): "Nosotros como policías hasta la pensamos para agarrar a un borracho" […] "O se te echa la gente encima o simplemente tendremos un problema de que lo robamos, lo golpeamos. Lo que hacemos es mejor evitar esa situación".

> Policía vecinal, agente (mujer): "Yo me lo llevo y hasta la misma gente apunta el número de patrulla; nos lo llevamos porque estaba ebrio o estaba haciendo desbarajustes […] Al otro día: '¿Por qué te lo llevaste si estaba afuera de su casa? No estaba haciendo nada' […] Levántales acta y diles que te robaron, diles que te golpearon: 'Sí, sí me robaron, sí, sí me golpearon'. Lo de siempre […], 'acababa de recibir una tanda', 'tres mil cuatro mil pesos' es lo de siem-

familiares, jóvenes escuchando música en una esquina, el robo de un coche, etc. Un ejercicio que nos aproxima a su conocimiento de diccionario (tipificación de situaciones y personajes), de directorio (cómo debe hacerse el trabajo policial), así como de instrucciones o recetas (qué hacer y qué no hacer). El segundo ejercicio trató sobre los primeros consejos que darían a policías llegados de otro país y que acababan de ingresar a la corporación; acerca de lo que deben saber de la institución policial y la sociedad antes de salir a patrullar. Busca conocer las principales características de la organización que afectan su trabajo cotidiano. El tercer ejercicio implicó la lectura de dos historias y la elaboración de un posible final: una sobre una queja presentada por un ciudadano ante una revisión en la vía pública, y otra referida a un posible problema con un mando.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

pre […] A quien agarre, conoce al director, al subdirector, al síndico, están apadrinados".

Policía sectorial, agente (hombre): "Hay mucha gente de civil que trae la tarjeta de alguno de ellos [del director o del subdirector] y nos amenazan; si hablan por teléfono les dicen que les levanten el acta y, entonces, ¿de qué lado están los jefes?".

El "conocimiento de directorio", sobre cómo llevar a cabo el trabajo cotidiano, de los policías de Nezahualcóyotl mostró el compartido y tradicional rechazo a enfrentar escenarios con base en procedimientos estandarizados, señalando la dependencia de las características contextuales de cada caso, resultado común en investigaciones acerca del trabajo policial en otros países. La ausencia o irrelevancia de procedimientos de actuación se manifiesta en el hecho de que su lugar es ocupado completamente por una amplia discrecionalidad[26] operativa, resumida en la popular fórmula lingüística de que el trabajo siempre se realiza "usando el criterio". Con respecto a este punto, tanto policías vecinales como sectoriales mostraron respuestas similares, lo cual indica que más allá de pretender establecer a los vecinales como un grupo de policías con otras características, en realidad conservaron un similar *habitus* de trabajo.[27]

Policía vecinal, agente (mujer): "Son lo mismo [ambos tipos de policía]. Yo fui primero policía sectorial, después fui vecinal y ahora vuelvo a ser sectorial; o sea, si un policía vecinal necesita apoyo, no se lo vamos a negar […] y al revés, si es sectorial, pues se le apoya porque el compañero tiene criterio y se lo va a

[26] La discrecionalidad es un componente operativo inevitable y deseable en ciertas circunstancias, siempre y cuando la misma sea moldeada por un conjunto de estándares de actuación y se enmarque en las coordenadas del Estado de derecho.

[27] La intención de que los policías vecinales dedicaran tiempo significativo a estar en contacto con la ciudadanía para ganar su confianza e intercambiar información útil para la prevención en seguridad era un objetivo de la dirección en el impulso original del programa. Sin embargo, no recibieron una formación especial, no se establecieron patrullajes a pie y la cadena de mando era la misma que la de su sector, por lo cual los mandos sectoriales podían ordenar su movilización cuando así se requiriera por "necesidades operativas". De esta forma, la construcción de un nuevo vínculo con la ciudadana quedó truncada. Sin embargo, los policías vecinales en su gran mayoría señalaron que la idea original impulsada por la dirección era muy buena, que era necesario retomarla y profundizarla.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

> apoyar aunque se salga de su zona y lo regañen, porque no es lo mismo estar en un escritorio dando órdenes, a andar en la calle batallando con la gente, entonces es el criterio de nosotros".

Policía vecinal, agente (hombre): "La única diferencia entre la sectorial y la vecinal era el horario […] Aunque tenga dos o tres años en el mismo sector, se va conociendo a la gente […] pero es distinta […] nunca va a ser igual, tenemos que utilizar el criterio".

La pretensión de tener un mayor acercamiento a la comunidad, muy bien ponderado en términos abstractos, encuentra en unas relaciones históricas policía-población marcadas por la desconfianza y la falta de apego a la legalidad, por ambas partes, un obstáculo que se ha sedimentado en la mirada de los policías. Estas condiciones de su entorno ocupacional, donde el policía tiene una baja legitimidad, favorecen su inacción al no poder contar con el apoyo de la población:

> Policía vecinal, agente (mujer): "[…] que ya nos conocen, que es la policía vecinal, que 'ay, buenos días poli', pero métase con ellos [ríe] y bueno, olvídese, ya cuando son sus intereses, olvídense".

Ante un escenario de riña, afuera de una cantina, los policías señalan la importancia de disuadir y un policía sectorial (mando medio) señala:

> "Hay de dos […] o se van o se voltean en contra de nosotros, y hemos tenido diferentes sectores donde han llegado las unidades con cristales rotos, elementos lesionados, y lamentablemente no podemos hacer nada porque para demandar a alguien que hizo algo en contra de nosotros tenemos que llevar testigos. Y eso es muy difícil porque la gente que es testigo no va a ir a defendernos porque están con los otros".

En cuanto al "conocimiento de diccionario" acerca de los personajes prototípicos de su trabajo, destacan diferentes versiones del "influyente" (por ejemplo, el "apadrinado", en particular bajo la nueva modalidad de decir conocer a las actuales autoridades,[28] variante que mencionan en ma-

[28] La Dirección de Seguridad Pública Municipal entrega tarjetas informativas con el teléfono directo del director o del subdirector. Esa política es vista como problemática

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

yor medida los agentes de la policía sectorial). Pero hay que destacar la nueva etiqueta de "persona influyente" de los últimos años, que mencionan todos los policías: "los de derechos humanos".

> Policía vecinal, agente (hombre): "Entonces se aparecen unas personas que dicen: 'Somos de Derechos Humano'. Si te lo llevas, empiezan: 'Que yo conozco al síndico y que soy de Derechos Humanos'. Derechos Humanos es una bronca".
>
> Policía vecinal, agente (hombre): "Aquí cualquiera trae su calcomanía de Derechos Humanos".
>
> Policía sectorial, agente (hombre): "Para muchos los Derechos Humanos son una salida [ante un problema con la policía], que hasta las carretas con sus burros que recogen fierro viejo, traen estampado, Comisión de Derechos Humanos, y que por lo general son personas que están fumando mariguana […] pero traen su credencial".
>
> Policía sectorial, agente (hombre): "Aquí toda la gente se ampara con Derechos Humanos, se ampara con un ministerio público, pero, ¿por qué? Porque eso viene de parte de las mismas autoridades, que le han quitado al policía la verdadera autoridad que debe de tener. Por eso la policía está como está, no por la policía, sino porque la gente de arriba lo ha permitido".
>
> Policía sectorial, agente (hombre): "Aquí en Neza veo que las cosas están de cabeza […] Yo le pongo como ejemplo, en la policía preventiva del DF: usted llega a una emergencia, lo balacean y se meten al interior del domicilio. Usted no va a pedir permiso para ver si me dejan entrar. Allá lo que se hace es tirar la puerta y asegurar, aquí no lo puede uno hacer porque dicen que ya es allanamiento".

En algunos casos, la "resistencia" de los policías obedece a que la nueva mirada sobre el trabajo policial (por parte de la dirección y de los organismos de derechos humanos) sí ha logrado establecer, al menos en su percepción, un mayor control sobre una discrecionalidad policial acostumbrada a no tener como orientación el respeto a la legalidad. Pero también resulta

---

por muchos policías. Indirectamente, es otra marca del fin de los buenos tiempos, donde el policía era "respetado". Junto con los derechos humanos, señales de un nuevo tiempo donde no se entiende de qué lado está la institución.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

claro que el discurso de los derechos humanos no logra interpelar a los policías como un posible aliado, aunque vive cotidianamente en su ambiente laboral diversas carencias al respecto. Los avances en la formalización y defensa de sus derechos dentro de las corporaciones policiales son al parecer todavía insuficientes para colocar a los "derechos humanos" en un lugar que refleje tanto el control sobre su comportamiento en el trato con la población, como el mejor respaldo y defensa de una buena actuación policial.[29] Ya ha sido muchas veces repetido, pero sin reconocimiento de derechos a los policías dentro de sus instituciones , reflejados en procesos internos y sistemas de incentivos (servicio de carrera realmente operante, condiciones laborales justas, disciplina basada en criterios claros y universales, recompensas alineadas con el respeto a los derechos, recursos efectivos para poder apelar sanciones y evaluaciones, etc.) las posibilidades de dar a los "derechos humanos" un sentido diverso al de ser un recurso más de la población para buscar privilegios (lo cual debe suceder en más de una ocasión), una amenaza o un recorte a sus posibilidades de actuación, será muy dificultoso.

Los avances realizados durante las dos últimas administraciones en varias áreas de la policía municipal de Nezahualcóyotl (formación, capacitación, tecnología para el manejo de la información, programas novedosos de dignificación policial, equipamiento, etc.) no lograron incidir de la manera deseada en el objetivo final de todo proceso de reforma policial (su mayor reto y debilidad), a saber, en las prácticas operativas de los policías en la calle. Éstos tienen la percepción de que existen mayores controles sobre su trabajo, pero los mecanismos de rendición de cuentas, que en general responden de forma reactiva a las quejas presentadas, suelen ser neutralizados por arreglos ya establecidos informalmente. Una de las dinámicas realizada con los distintos grupos consistía en plantear un posible final a una situación en la que alguien había interpuesto una queja en contra de un policía luego de que éste hiciera una revisión en la vía pública a una personas que se sospechaba portaba mariguana. La respuesta en todos los grupos fue calmada: habían hecho su trabajo y no querían tener problemas, o bien afirmaban que más adelante verían qué pasaba, si acaso los llamaban de la Mesa de Responsabilidades. En este punto surgieron las tensiones y los arreglos que se establecen con los ministerios públicos:

[29] Los diversos organismos de derechos humanos, gubernamentales y no gubernamentales, también deben sentirse interpelados por el exclusivo papel de amenaza con que son percibidos por parte de los funcionarios policiales, y procurar modalidades de actuación y defensa que busquen un mayor acercamiento.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

> Equipo de tres policías vecinales, agentes: "Este tipo de problemas no pueden quitar el sueño, porque todo mundo nos amenaza [...] Nosotros nos enteramos como a los quince días y vamos a ver qué pasa con esa situación y vemos con nuestro jurídico si sirve de algo".

> Policía vecinal, agente (mujer): "Es el problema de la corrupción, si yo me llevo bien con la licenciada de la MR [...] en este caso no nos puede decir nada, nosotros estamos cumpliendo con nuestro trabajo, lo estamos revisando nada más, ni lo golpeamos, ni le quitamos nada, es parte de nuestro trabajo".

Todos los grupos señalaron que ese problema al final se soluciona, que es lo normal en la vida de un policía. Para los casos no tan favorables la clave de la solución es el dinero, señalando la existencia de cuotas según los problemas que puedan enfrentarse.

En todas las dinámicas realizadas con agentes y con mandos medios, hubo un consenso respecto de las difíciles condiciones de trabajo: falta de buenos uniformes, caducidad de los chalecos, armas, estado de las patrullas, etc., a lo que se agregan los horarios muy prolongados, las dificultades para pagar por roturas o pérdidas de material, la arbitrariedad de los mandos y el rechazo y la agresión de la población. Sin embargo, también sienten orgullo por ser "policías de Neza"; no es necesariamente un orgullo institucional (aunque suelen señalar los programas que han sido más conocidos dentro y fuera del municipio, como el programa de lecturas para policías, Literatura Siempre Alerta), pero sí el orgullo de ser un tipo de policía forjado en circunstancias difíciles, que igualmente cumple con su función. Expresa un "conocimiento de reglas", normativo, acerca de qué se debe hacer ante ciertas situaciones. A primera vista, su autodescripción como un policía que "hace su trabajo de un modo u otro" parece contradecir los recaudos y la imposibilidad de actuación señalada anteriormente y la ansiedad ante sus consecuencias negativas. Sin embargo, esto sólo es su contraparte; cuando los problemas no pueden evitarse y llega el momento de actuar, ante tanta adversidad, no queda más que imponerse:

> Policía sectorial, mando medio (hombre): "La policía de Neza está reconocida como la más canija, la más buena, nosotros somos los primeros en llegar al auxilio, cualquiera que esté".

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

> Policía sectorial (mando medio, hombre): "Hasta con lo que se te ponga enfrente, con los obstáculos que haya se saca el trabajo, sí usamos el "criterio" […], pero cuando se trata de cumplir con los objetivos, vamos con todo, aquí sí es ya y se hace porque se hace".

No parecen existir las condiciones institucionales para poder dar otro tipo de respuesta, una más profesionalizada, distinta de la respuesta agresiva como forma sedimentada de relación con la población. El propio ambiente ocupacional, con sus dificultades y sus peligros, aparece como el principal socializador y el "maestro" del trabajo policial, consolidando a la estrategia de un posible uso excesivo de la fuerza como la simple aceptación de la "realidad" cotidiana:

> Policía sectorial, mando medio (mujer): "Lo que pasa es que el mismo medio hace que nosotros seamos así; a donde lleguen se burlan de usted, entonces tiene uno que llegar en un plan, si no grosero, pues más rudo, firme y con carácter, porque si no, les damos risa".

PROBLEMAS DE LA CULTURA POLICIAL PARA LA DEMOCRATIZACIÓN DE LAS POLICÍAS

Vinculando los elementos del concepto de cultura policial y algunos de los principales hallazgos de las investigaciones acerca de las policías mexicanas que hemos reseñado en los aparatados anteriores, presentamos, sin pretensión de exhaustividad, seis problemas asociados directa o indirectamente a la cultura policial que representan retos para su transformación y para la democratización de las principales corporaciones de policía preventiva en México.

La ausencia de un modelo policial. Si, como nos muestran las investigaciones que hemos citado, el principal referente para la acción policial cotidiana es un ejercicio de "supervivencia" o la incertidumbre propia de la "falta de garantías", en gran parte generada por la propia institución, el primer "modelo de policía" a seguir, realmente operante, será el del policía "experimentado" que sabe cómo sortear estos obstáculos. Cualquier modelo de policía orientado a objetivos organizacionales vinculados a las supuestas funciones formales quedará en segundo plano. La conformación de un "modelo de buen policía" tiene entre sus espacios privilegiados de socia-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

lización tanto las etapas de formación como el ingreso a la experiencia policial operativa. Dicho modelo deberá institucionalizar sus valores y normas en los incentivos formales de ambas etapas y, en lo posible, también tendrá que reflejarse y alinearse con los incentivos informales que se desarrollen entre los distintos niveles jerárquicos y en su interior. En la mayoría de las policías preventivas mexicanas, por las carencias de formación y las debilidades o distorsiones de los incentivos establecidos desde la supervisión y la evaluación (desde otro punto de vista, de sus procedimientos para la rendición de cuentas), dicho modelo queda supeditado a las lógicas y reglas, mayormente informales, de los mandos operativos. A ello se agrega que las instituciones policiales en México suelen promover formalmente un modelo de "buen policía", orientado al combate de la delincuencia, por sobre modelos en los que la prevención, el análisis creativo de los problemas y la relación con la comunidad sean sus características centrales. Una policía orientada a la defensa de los derechos de la población es el largo resultado de la compleja construcción de una estructura de incentivos (materiales, morales, identitarios) que reflexiona sobre sí misma e intenta reaccionar ante sus consecuencias no esperadas y fracasos, y no el resultado de cursos de capacitación sobre la relevancia de los derechos humanos insertos en un tejido de prácticas que los desmiente día a día, tanto para la población como para el policía dentro de su corporación.

El reforzamiento de la lógica de la desconfianza interna y externa. La ausencia de certidumbres institucionales para el trabajo policial y sus consecuencias incrementa la desconfianza dentro de la propia organización, la ansiedad —aunada a condiciones estresantes de trabajo— y, con ello, la lógica de "sospecha" frente a la población. La tipificación de situaciones y personas que necesita desarrollar un oficial no suele ser un ámbito de capacitación formalizado en las policías mexicanas, que aporten recursos interpretativos y estrategias para su abordaje. Las categorizaciones a las que recurre el policía parecen responder más inductivamente a la experiencia operativa y a prejuicios sociales establecidos. Como es sabido, la desconfianza entre policía y población no es unidireccional, pero tampoco se brinda una preparación especial para lidiar con entornos y poblaciones con altos niveles de desconfianza hacia el actor policial, tal cual es la realidad en la gran mayoría de los municipios del país.[30] En las policías mexicanas, la

[30] En general, los currículos de formación y las instancias de capacitación siguen dando un lugar central a una perspectiva de combate delictivo, orientado al manejo de

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

falta de respeto —por cierto frecuente de la población hacia el policía— aparece como un activador de respuestas de impacto en el uso de la fuerza, incluso de graves abusos (Silva, 2007). La expectativa básica es encontrar una alta conflictividad policía-ciudadano. Algunos estudios que recurren a la técnica de encuesta dibujan los trazos generales de esta conflictividad en los abusos de poder y maltratos en el Distrito Federal (Naval y Salgado, 2006) o en el uso de la fuerza policial en Nezahuacóyotl (Silva, 2008). La desconfianza es también una reacción ante ambientes que se perciben como más o menos peligrosos, por lo que la actual violencia asociada a las redes de tráfico, distribución y venta de drogas ilegales debe haber impactado en la percepciones y actitudes de los policías ante los peligros sociales a los que se enfrenta y, con ello, en una mayor posibilidad de conflictos y abusos en su relación con la población.[31] Si el escenario de violencia permanece y no se modifican las principales reglas formales e informales que realmente definen y orientan el trabajo policial, la pretensión de dar un lugar constitutivo en la función policial al respeto de los "derechos humanos" —aunque se declare así en las principales normativas que buscan regular el funcionamiento de las instituciones de seguridad pública— tendrá escasas oportunidades reales de plasmarse en sus prácticas cotidianas.[32]

La falta de liderazgo y conducción política sobre la policía y la seguridad pública. La cultura policial en México no puede dejar de considerar el contexto político en el que se desarrolló y las responsabilidades que ha implicado la "falta de liderazgo" político en el tipo de instituciones predominantes. Las prácticas que actualmente producen y reproducen a las instituciones

armas y la preparación física, y a lo sumo a conocimientos legales vinculados con su función.

[31] A ello habría que agregar el incipiente tratamiento de los problemas de estrés causado por tener que enfrentar situaciones peligrosas, que puede derivar en mayores problemas psicológicos, de salud y de adicciones.

[32] La desconfianza y la sospecha hacia la población es un rasgo cultural que se verá reforzado también por la prioridad casi exclusiva que se sigue dando a la función de combate del delito, por sobre la de mejorar la calidad cívica de la relación entre los habitantes o el mantenimiento de la convivencia. Esta función central que se otorga al "combate contra la delincuencia" es reforzada también por las exigencias de las autoridades políticas y la opinión pública, principalmente en los medios de comunicación. Ante la exigencia de que haya arrestos, como indicadores del desempeño, se espera que las detenciones basadas en la lógica de la "sospecha" sean un parte importante de la relación conflictiva con la sociedad y, en particular, orientada a grupos sociales subordinados o de mayor presencia en los espacios públicos, como son los jóvenes.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

policiales se han sedimentado, históricamente y en buena medida, a partir de un gran nivel de autonomía y desinterés, social y político. Las doctrinas y estructuras organizativas de las instituciones policiales que enmarcan y condicionan los conocimientos y prácticas propios de su cultura policial se han desarrollado a partir de la delegación exclusiva en las policías de los problemas de seguridad y orden público, un "desgobierno de la seguridad pública",[33] que prefiere mantener las instituciones policiales como espacio de lealtades, cediendo autonomías supuestamente técnicas, que en realidad encubren ausencia de supervisión real y rendición de cuentas, repartiendo recursos públicos que sirven, en alguna medida, para construir oportunidades de beneficios ilegales individuales y de grupo.[34] Por ello, el reto de las actuales y futuras reformas en diferentes cuerpos policiales, si lo que buscan es afectar el nivel de las prácticas, deberá tener como objetivo más amplio la construcción de una gestión gubernamental del ámbito de la seguridad pública "a los efectos de construir gobernabilidad política sobre problemáticas complejas que han sido históricamente dejadas en manos de las policías" (Saín, 2008: 20).

Condiciones laborales y falta de reconocimiento. Las condiciones laborales, de derechos y de reconocimiento institucional del policía en México son deficitarias. Reconocimiento que se deriva de los incentivos (sanciones y recompensas) que buscan moldear la acción policial desde dimensiones que incluyen las materiales, pero también morales e identitarias, las cuales consideran aspectos que no suelen ser tomados en cuenta, como por ejemplo, el discurso institucional. Además de falta de capacitación y equipo adecuado, son comunes los horarios laborales extensos y los bajos salarios,

[33] El concepto es de Marcelo Saín para el caso de las policías argentinas, pero en buena manera puede trasladarse a la mexicanas: "Durante las últimas décadas, el signo característico de la situación institucional al respecto ha sido el recurrente desgobierno político sobre los asuntos de seguridad pública, en cuyo contexto la dirigencia política local y, en particular, las sucesivas y diferentes autoridades gubernamentales delegaron a las agencias policiales el monopolio de la dirección y de la administración de la seguridad pública. Es decir, ésta configuró una esfera institucional exclusivamente controlada y gestionada por la policía sobre la base de criterios, orientaciones e instrucciones autónomas y corporativamente definidos, y aplicados sin intervención determinante de otras agencias estatales no policiales." (Saín, 2008: 124)

[34] De esta forma, puede analizarse a las instituciones policiales como una organización dual que busca maximizar el presupuesto público y la renta ilegal, la cual puede obtener de los ciudadanos a partir de las distintas actividades que debe cumplir. Véase Alvarado, 2008.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

pero a estas condiciones de trabajo hay que añadir un ambiente disciplinario, generalmente marcado por la discrecionalidad y el autoritarismo, en el que no existen condiciones reales para poder apelar las decisiones. A su vez, otra causa de insatisfacción laboral frecuente se refiere a mecanismos de ascensos y premiaciones regidos por criterios particularistas Es decir, un conjunto de sanciones y recompensas dirigidas a contener el desvío pero que benefician más a quienes tienen el poder de sancionar y persuadir que a los objetivos institucionales. Incentivos con estas características reflejan una moralidad institucional que repercute en el policía, su identidad y su autoestima. Se debe dar más importancia a un diseño institucional que sea más sensible a la complejidad motivacional de los agentes (Goodin, 2003), reforzando la disposición a cumplir, al construir espacios de reconocimiento a la dedicación y profesionalidad del policía. Es decir, se resiente en las policías mexicanas la necesidad de nuevas políticas de la subjetividad, de manera que los incentivos formales puedan dar realmente el reconocimiento que el policía debe encontrar ante un medio tan hostil, favoreciendo su alejamiento de otras formas de aceptación e inclusión de grupo mediante prácticas corruptas.[35] Esto no significa descuidar la construcción de controles instrumentales, por el contrario, el reconocimiento a la actuación policial no será posible sin un sistema equilibrado y eficiente de controles internos y externos.

Machismo institucional. Ante un modelo de lucha contra el delito, de disciplina militarizada y sin un tratamiento de las ansiedades por acercamientos psicológicos profesionales, la regla cultural de las organizaciones será evaluar la capacidad para poder "cumplir" con la función policial por medio de distintos criterios de virilidad y machismo, con los que se crea un espacio muy difícil de habitar para las mujeres (Suárez de Garay, 2006). La institución policial en sí misma, por las características propias de su función, favorece que se refuercen lógicas "machistas institucionales" de pensamiento y acción.[36] En el caso de México, a las características organizacio-

[35] El policía, ante el rechazo de una sociedad que desconfía en gran medida de sus motivaciones de actuación, por un lado, y la ausencia de incentivos y políticas del reconocimiento alineadas institucionalmente con un modelo policial democrático, por el otro, puede obtener su valor y reconocimiento como policía por el hecho de "saber sacar provecho" de su trabajo. Un valor que no está necesariamente alejado de la forma de trabajo de sus mandos (sino que puede ser impulsado por éstos) y que tampoco es ajeno a otros espacios de la vida social en el país.

[36] Existen filtros que favorecen la participación en organizaciones policiales de perso-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

nales indicadas se suma el contexto de una sociedad donde, más allá de tensiones y cambios, las lógicas de dominación de género se mantienen en múltiples espacios y grupos con fuerte arraigo.[37] Las organizaciones policiales deben tomar en cuenta su proclividad a reforzar estos patrones culturales y buscar incentivos y modelos de valentía alternativos, necesarios para la función policial (Uriarte y Silva, 2006).

La permanencia de las redes de corrupción. El alto grado de autonomía y la falta de controles han permitido que se desarrollen grupos y redes dedicadas a prácticas corruptas y delictivas en el interior de las instituciones policiales de México. Los nuevos reclutas, en su ingreso, deben pasar un duro aprendizaje acerca de estas prácticas y las decisiones a tomar. Estas decisiones podrán ser más o menos "sorprendentes" en función de la socialización anticipada (Merton, 1964) que tenga cada miembro con relación al mundo policial. En un mundo endogámico como el policial y ante pautas sedimentadas desde hace mucho tiempo, es posible que las posibilidades

---

nas con un perfil machista Por un lado, la propia selectividad de aquellos que eligen trabajar como policías, actividad cuyos riesgos y situaciones potencialmente conflictivas alejan a personas que la consideran una profesión en extremo dura o peligrosa. En segundo lugar, la selectividad que se va desarrollando en la institución en función de las respuestas actitudinales de los candidatos. Los mandos de las instituciones pueden considerar que una persona no tiene "carácter" para ser policía si éste se desmorona o reacciona de una forma emocional fuera de lo común ante una primera situación de violencia o alta tensión. Esa propia selectividad favorece la continuidad de elementos que mantienen los rasgos más aceptados del "duro".

[37] El caso de San Salvador Atenco es un lamentable ejemplo que expresa el reforzamiento institucional de una pauta machista y violenta de actuación. Entre el 3 y el 4 de mayo de 2006, cientos de policías pertenecientes a la Agencia Estatal de Seguridad del Estado de México y de la Policía Federal Preventiva llevaron a cabo un operativo policial en el pueblo de San Salvador Atenco, Estado de México, durante el cual se cometieron violaciones a los derechos humanos contra un número importante de ciudadanos. De las 211 personas detenidas a consecuencia de los operativos policiales, 47 eran mujeres, y de éstas 45 han denunciado ante algún organismo público u organización no gubernamental haber sido objeto de violencia sexual, física o verbal por parte de sus aprehensores durante el traslado de su lugar de detención al penal del municipio de Almoloya, Estado de México. Previamente, el día 3 hubo un enfrentamiento en la carretera Texcoco-Lechería donde los policías fueron superados y algunos de ellos golpeados por el grupo de manifestantes (en los canales de televisión se transmitió una filmación donde un policía en el piso y ya inconsciente recibía una brutal patada en los genitales). Fue una afrenta a la "hombría" policial que se satisfacía subiendo la apuesta en relación con la demostración de poder, dominación y humillación sobre los hombres y también sobre las mujeres, particularmente en el plano sexual (Uriarte y Silva, 2006).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

de corrupción formen parte de expectativas previas en no pocos casos. Sin embargo, es claro que durante el tiempo de la socialización en el trabajo en la calle es cuando se evidencia la existencia de esa otra "carrera policial", que puede alcanzar una mejor estructuración que las debilidades y faltas de recursos institucionales para el impulso a un servicio de carrera policial claro y con incentivos adecuados.[38]

En el caso de las policías preventivas, el sistema de corrupción más común es el pago de cuotas de los cargos inferiores a sus jefes para poder disponer de los recursos o puestos en particular, cuotas que sólo logran conseguir mediante el recurso de "pedir" mordida a los ciudadanos (Martínez, 1998, Suárez de Garay, 2006). Todo este sistema públicamente conocido genera una red de lazos personalizados, encubrimientos y solidaridades difusas y específicas de las que puede participar gran parte de los miembros de la organización. Es evidente que todo un sistema de extracción de ganancias ilegales favorecerá que también se recurra de forma arbitraria y abusiva de sus capacidades para poder cumplir con dichos objetivos delictivos, entre ellos el uso de la fuerza pública. Por lo tanto, es de esperar que se encuentren pautas de abuso policial vinculadas a estos otros objetivos ilegales que se establecen en las instituciones policiales. La propia socialización de la población en este tipo de lazos e intercambios, que tienden a ser de pequeña escala, individualizados y materiales (Grindle, 1979) y que van mucho más allá del espacio policial dificulta la construcción de identidades que legitimen una idea de legalidad abstracta, universal e impersonal, tal como se supone en la construcción de ciudadanía bajo un régimen de Estado democrático de derecho.

Los procesos de reforma orientados hacia una policía profesional y respetuosa de los derechos humanos, que no es al fin y al cabo otra cosa que una policía respetuosa de la propia legalidad, son procesos de mutuo beneficio para una policía que necesita legitimarse y, por supuesto, para la sociedad. La policía necesita recuperar el reconocimiento social cuya pérdida es uno de los elementos que favorece el entorno social de rechazo y agresión

[38] El dinero que se obtiene por dichos mecanismos también puede cobrar relevancia como símbolo de confirmación de una identidad exitosa, a diferencia de un bajo prestigio que se traduce en salarios también bajos. Es decir, a los elementos de tipo instrumental que existen en el establecimiento de prácticas corruptas dentro de una organización policial, hay que sumar aspectos de confirmación identitaria. Algo similar puede pensarse a partir de las necesidades de inclusión social, de pertenencia a un grupo y del desarrollo de relaciones de confianza.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

cotidiana hacia la policía, elemento que, sumado a otras condiciones deficientes del trabajo y los derechos del policía, favorece el círculo perverso de una relación violenta. Dicho reconocimiento debe construirse de diversas maneras, muchas de las cuales dependen del entorno que vive el policía dentro de su organización y otras del trabajo que desempeña cada día en su contacto con la población. Si la policía comienza a actuar de manera respetuosa de los derechos de la población y es firme en la aplicación de la ley, se irá creando ese reconocimiento social tan necesario, ya que se verá que la policía tendrá que usar la fuerza en ciertas ocasiones, pero que ésta es una decisión legítima (Ker Muir, 1977). Para producir este proceso es necesario que exista apertura y autocrítica por parte de las autoridades y una visión de política pública de mayor profundidad e interés por el bien público que la que muchas veces predomina. La apertura a un proceso de reforma profundo mostrará inevitables deficiencias y no favorecerá los intereses de grupos de poder, en ocasiones asociados a prácticas corruptas, pero sí favorecerá, sin dudarlo, a las instituciones policiales en sí mismas y al cumplimiento más eficaz de todos sus objetivos.

REFERENCIAS

Alvarado, A., y Davis, D., 2001. Cambio político, inseguridad pública y deterioro del Estado de derecho en México: algunas hipótesis en torno del proceso actual, en A. Alvarado y S. Arzt (eds.), *El desafío democrático de México: seguridad y Estado de derecho*. México, El Colegio de México, pp. 115-143.

Alvarado, A., 2008. The industrial organization of police work. Trabajo presentado en el Encuentro Anual de la American Sociological Association.

Astorga, L., 2006. México: tráfico de drogas, seguridad y terrorismo, en R. Jiménez (coord.), *Violencia y seguridad pública. Una propuesta institucional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Ayuntamiento de Nezahualcóyotl, 2003. *Programa Integral de Seguridad Pública Municipal (2003-2006)*. México, en <*www.cdneza.gob.mx/pdf/transp/progr_ integral_ seg_pub.pdf*>.

Azaola, E., 2006. *Imagen y autoimagen de la policía de la Ciudad de México*. México, Ediciones Coyoacán.

Azaola, E., y M. Ruiz, 2009. *Investigadores de papel. Poder y derechos humanos entre la Policía Judicial de la Ciudad de México*. México, Fontamara.

Bayley, D., 1994. *Police for the Future*. Oxford, Oxford University Press.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Birkbeck, C., y L.G. Gabaldón, 2002. La disposición de agentes policiales a usar la fuerza contra el ciudadano, en R. Briceño-León (comp.), *Violencia, sociedad y justicia en América Latina*. Buenos Aires, Clacso, pp. 229-244.

Bourdieu, P., 2007 . *El sentido práctico*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Bourdieu, P., y L.J.D. Wacquant, 1995. *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. México, Grijalbo.

Buckner, T., N. Christie y E. Fattah, 1983. Policía y cultura, en J.M. Rico (comp.), *Policía y sociedad democrática*. Madrid, Alianza.

Chan, J., 1996. Changing police culture, en T. Newburn (ed.), *Policing Key Readings*. Portland, Willan Publishing.

Chan, J., 1997. *Changing Police Culture. Policing in a Multicultural Society*. Cambridge, Cambridge University Press.

Chan, J., 2003. *Fair Cop: Learning the Art of Policing*. Toronto, University of Toronto Press.

Chevigny, P., 1995. *Edge of the Knife. Police Violence in the Americas*. Nueva York, The New York Press.

Dammert, L. (coord.), 2007. *Reporte del Sector Seguridad de América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Goodin, R., 2003. *Teoría del diseño institucional*. Barcelona, Gedisa.

Grindle, M., 1979. *Bureaucrats, Politicians, and Peasants in Mexico*. Berkeley, University of California Press.

Huggins, M.K., M. Haritos-Fatouros y P.G Zimbardo, 2002. *Violence Workers. Police Torturers and Murderers Reconstruct Brazilian Atrocities*. Londres, University of California Press.

INEGI, 2005. Conteo de Población y Vivienda, 2005, en <*www.inegi.gob.mx*>.

INEGI, 2006. *Anuario Estadístico México*. México, INEGI-Gobierno del Estado de México

Ker Muir Jr., W., 1977. The paradox of dispossession: Skid row at night, en T. Newburn (ed.), *Policing Key Readings*. Portland, Willan Publishing.

López Portillo, E., 2003. La policía en México: función política y reforma, en J. Bailey y J. Chabat (comps.), *Crimen transnacional y seguridad pública. Desafíos para México y Estados Unidos*. México, Plaza y Janés, pp. 149-179.

Martínez de Murguía, B., 1998. *La policía en México*. México, Planeta.

Merton, R., 1964. *Teoría y estructura sociales*. México, Fondo de Cultura Económica.

Moloeznik, M.P., 2005. Seguridad pública y reforma policial en México: ¿cambio o continuidad?, en L. Dammert y J. Bailey (coords.), *Seguridad y reforma policial en las Américas. Experiencias y desafíos*. México, Siglo XXI.

Naval, C., y J. Salgado, 2006. *Irregularidades, abusos de poder y maltratos en el Distrito Federal*. México, Fundar, Centro de Investigación y Análisis.

O'Donnell, G., 1999. Polyarchies and the (un)rule of law in Latin America: A partial conclusion, en Méndez, O'Donnell y Pinheiro (eds.), *The (Un)Rule of Law and the Underprivileged in Latin America*, Notre Dame, University of Notre Dame Press.

Paoline III, E.A., 2003. Taking stock: Toward a richer understanding of police culture, *Journal of Criminal Justice* (31): 199-214.

Prenzler, T., 1997. Is there a police culture?, *Australian Journal of Public Administration* **56** (4): 47-56.

Reiner, R., 1998. Policing the police, en *The Oxford Handbook of Criminology*. Oxford, Oxford University Press.

Reuss-Ianni, E., y F.A.J. Ianni, 1983. Street cops and management cops: The two cultures of policing, en T. Newburn (ed.), *Policing Key Readings*. Portland, Willan Publishing, pp. 297-314.

Saín, M., 2008. *El Leviatán azul. Policía y política en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Silva, C., 2007. Police abuse in Mexico City, en W.A. Cornelius y D. Shirk (eds.), *Reforming the Administration of Justice in Mexico*. Notre Dame, University of Notre Dame Press, pp. 175-194.

Silva, C., 2008. Uso y abuso de la fuerza policial en México, en A. Alvarado (comp.), *La reforma de la justicia en México*. México, El Colegio de México.

Skolnick, J., 1994. A sketch of the policeman's "working personality", en T. Newburn (ed.), *Policing Key Readings*. Portland, Willan Publishing.

Suárez de Garay, M.E., 2006. *Los policías: una averiguación antropológica*. Guadalajara, ITESO.

Tilly, C., 1999. *Durable Inequality*. Berkeley, University of California Press.

Uriarte, I., y C. Silva, 2006. *De Atenco a la reforma policial democrática*. México, Instituto para la Seguridad y la Democracia, A.C.-Centro de Derechos Humanos "Miguel Agustín Pro Juárez", A.C.

Wilson, J.Q., 1968. *Varieties of Police Behavior*. Cambridge, Harvard University Press.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

6
CULTURAS E IDENTIDADES EN EL MÉXICO ACTUAL. EL EJÉRCITO, AGLUTINANTE Y SOPORTE DE UNA NACIÓN EN CONSTANTE CRISIS

*Javier Ibarrola**

CONTENIDO

Introducción 186
"Militarismo" sin militares 187
Sólo los marinos toparon con la Iglesia, 189; Juntos, pero…, 192
Ejército "popular" 193
Usos y costumbres 194
De cara a la nación 196
Política militar 198
Sana distancia 199
Al Ejército lo que es del Ejército 201
También se cansan 204
Realidad social 206
Referencias 207

* Columnista del periódico *Milenio* y su cadena. Colaborador de la cadena *Por Esto*. Comentarista de la cadena de Multimedios Radio. Milenio: <*fuerzasarmadas@prodigy.net.mx*>.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

INTRODUCCIÓN

La historia de México, como la de toda nación que busca afianzar su propia identidad, registra una larga lucha en la que el factor bélico ha sido determinante. La guerra de independencia y el movimiento revolucionario de 1910 son las expresiones más acabadas del uso de las armas para obtener resultados de una estrategia determinada y que habría de llegar a su fin en 1940, cuando Manuel Ávila Camacho, el último general en ocupar la Presidencia de la República, retiró al sector militar del entonces Partido Nacional Revolucionario.

Sin embargo, los militares han tenido desde entonces un papel preponderante en la vida política nacional, a pesar de que en algún momento los intereses de civiles y miliares dejaron de ser comunes. Actualmente, el Ejército se considera a sí mismo un instrumento que robustece el Congreso y los tres poderes de la Unión. No sólo se ha convertido en una de las instituciones de mayor aceptación social, sino también en un factor real de poder dentro del sistema político mexicano.

Desde su niñez, cada mexicano ha entonado y escuchado la sentencia conminatoria de su Himno Nacional, cuando advierte que "mas si osare un extraño enemigo/ profanar con su planta tu suelo/ piensa, ¡oh! Patria querida que el cielo/ un soldado en cada hijo te dio". Así, la figura emblemática del soldado se convierte en un icono la mayor de las veces, ensalzado por su entrega y vocación de servicio, aunque defenestrado en otras por la recurrente calificación de instrumento represor del gobierno en turno.

Desde los antecedentes clásicos de las sociedades precolombinas, principalmente la estructura del imperio azteca y la existencia de civilizaciones en progreso, las fuerzas armadas ocuparon la cúspide del entramado social y político, junto con los sacerdotes. A éstas llegaban por igual nobles y plebeyos, aunque sólo los primeros podían aspirar a ser jefes superiores educados en el calmécac, mientras que los segundo acudían a la escuela popular llamada telpochcalli.

Sin embargo, el origen del Ejército mexicano actual se registra en la época colonial, aunque con antecedentes de marcado precarismo económico por parte de la Corona española, que no pudo mantener por sí sola la capacidad de una fuerza armada en sus nuevas tierras. El elitismo militar que llegó a dominar en un principio los afanes del colonizador fue tornándose poco a poco en un conglomerado disímbolo, el cual finalmente habría de dar paso a facciones bien identificadas ante el movimiento independentista, como lo fueron los liberales y los conservadores.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

El largo camino hacia la independencia y después hacia la consecución de un esquema que liberó al país de 40 años de dictadura, encabezada por quien había ocupado uno de los papeles más importantes dentro del ejército y sus grandes acciones de armas, ratifica la condición "militarista" de México.

El general Porfirio Díaz, precisamente por su vocación militar y patriotismo, conocía a fondo la estructura del Ejército, dando "inicio a la tradición mexicana de otorgar cargos político-administrativos a cambio de guardar lealtad al presidente. Díaz mantuvo un sistema de rotación elevado de los oficiales de más alta graduación, a quienes ofrecía gubernaturas y contratos (por ejemplo, fracciones de las líneas férreas), a fin de que no tuvieran oportunidad de generar influencia o ascendencia en el ejército" (Paz del Campo, 2008: 99).

Como era natural, al triunfo del movimiento revolucionario de 1910 fueron los generales victoriosos los que tomaron el liderazgo de los puestos políticos y, por ende, la conducción del destino de la nación, a pesar de que dejaron algunas puertas abiertas a una incipiente clase política civil que habría de hacerse cargo de otras tareas dentro del naciente sistema político nacional.

"MILITARISMO" SIN MILITARES

Sería otro militar en el poder, el general Ávila Camacho, quien frenara a sus compañeros de armas en sus ambiciones políticas, al retirar al Ejército como cuarto sector del entonces Partido de la Revolución Mexicana.

Al rendir protesta como Presidente de la República el 1 de diciembre de 1940, dijo que

> […] la experiencia adquirida en nuestra campaña cívica confirma la conveniencia de incorporar a la organizaciones de nuestro partido la convicción […] de que los miembros de la institución armada no deben intervenir ni directa ni indirectamente en la política electoral mientras se encuentren en servicio activo, ya que todo intento de hacer penetrar la política en el recinto de los cuarteles es restar una garantía a la vida cívica y provocar una división en los elementos armados. Necesitamos engrandecer nuestras fuerzas armadas como un baluarte inmaculado de las instituciones (*Diario de Debates*, 1940).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Más que un afán por democratizar al país, Ávila Camacho maniató a los generales después de haber sobrevivido a su contienda política en la que todos sus adversarios políticos eran precisamente militares. De manera paradójica, estos candidatos eran apoyados por el Ejército mientras que Ávila Camacho lo fue por los otros tres sectores del partido, no militares.

No obstante, el también general Lázaro Cárdenas se pronunciaría porque en los procesos políticos pudiera y debiera intervenir el Ejército, "no como masa deliberante [sino] como corporación clasista que recordara a una disciplina colectiva y alto pensamiento de patriotismo y dignidad, que es la norma del ejército, siga respaldando las opiniones mayoritarias y velando por el mantenimiento e integridad de la Constitución y la ley, ya que es necesario que toda función democrática se guíe y se derive de los principios escritos y votados libremente por los organismos representativos del pueblo" (Cárdenas, 1937).

Además, "al consolidar la refuncionalización del aparato militar, Ávila Camacho no enfrenta problemas serios con jefes miliares que gobiernos anteriores al suyo confrontaron. Tampoco se siente la amenaza de levantamientos militares como había ocurrido en el pasado, dado que las medidas aplicadas bajo el cardenismo y en etapas anteriores, como la coyuntura de la guerra, intervinieron para producir esta situación" (Boils, 1980).

Ya designado Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas, para diversos sectores militares nada de esto fue suficiente para garantizar, por una parte, que el Presidente de la República no abusara de la fuerza del Ejército con la intención de perpetuarse en el poder y, por otra, que no se violara la Constitución. Sin embargo, tras una larga cadena de asonadas, levantamientos y asesinatos, el Ejército comprendió que el orden constitucional seguía siendo un hilo demasiado delgado que, de romperse, lo comprometería de manera directa y pondría en una encrucijada su situación legal.

Pero si la política quedó fuera de los cuarteles, como un eco de la tradición que ponía a militares y sacerdotes en el mismo nivel social, la fe buscó los caminos para penetrar los recintos militares.

El cardenal Norberto Rivera Carrera, durante el gobierno de Vicente Fox, convenció al alto mando militar de que en las escuelas militares "la semilla debe producir frutos de respeto a los derechos humanos, amor al prójimo, deseo de libertad y de paz, aceptación de las diferencias y otros semejantes" (Rivera, 2006).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Sólo los marinos toparon con la Iglesia

A pesar de los esfuerzos "evangelizadores" de la jerarquía eclesiástica sobre la jerarquía militar, el clero mexicano sólo tuvo éxito entre los marinos, cuando el propio Rivera Carrera se presentó al Centro de Estudios Superiores Navales[1] para dictar una conferencia que desplegó en seis capítulos (Rivera, 2006): *i*] recuperación de la propia "identidad" mediante el recurso de la "memoria" histórica; *ii*] presencia histórica de la religión católica en la nación mexicana; *iii*] el patronazgo de la Santísima Virgen de Guadalupe y nuestra identidad como nación mexicana; *iv*] el magisterio de la Iglesia y la pastoral castrense; *v*] presencia de la pastoral castrense en la Arquidiócesis de México, y *vi*] la familia: factor de seguridad nacional.

El éxito no fue menor. Técnicamente, el poder naval como componente del poder marítimo nacional es la herramienta mediante la cual el Estado mexicano vela por la consecución de los objetivos marítimos nacionales, al garantizar el ejercicio de nuestra soberanía en el mar territorial y los derechos soberanos que se tienen sobre los recursos que se encuentran en la zona económica exclusiva, así como al proporcionar seguridad para el desarrollo de todas las actividades productivas en la mar mediante el mantenimiento del Estado de derecho en aguas y costas nacionales.

En aquella ocasión, Rivera Carrera describió la situación del sector militar del país como un conjunto de carencias, virtudes, ventajas, debilidades y retos dentro y fuera de los cuarteles.

Todo esto tuvo lugar debido a que a mediados de los años noventa y dado el auge del narcotráfico en el norte del país debido a la presencia y supremacía del cártel de Juárez, una carta pastoral emitida en Chihuahua criticaba acremente por igual a los cuerpos policiacos y a las autoridades estatales y federales, poniendo énfasis en actos de corrupción cometidos presuntamente por ciertos integrantes de las fuerzas armadas, a los que nunca identificó.

La carta provocó una reacción airada por parte del gobierno federal y, por supuesto, del alto mando militar. Se le exigió a la diócesis de Chihuahua una aclaración y corrección de tales afirmaciones. La aclaración llegó, pero la relación entre la Iglesia y el Ejército quedó marcada para los años por venir. Por eso costó tanto a la jerarquía católica impulsar la inclusión

[1] Este plantel establece la doctrina naval, la investigación y el análisis permanente en relación con la seguridad nacional.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

de una pastoral militar en la estructura de las fuerzas armadas… hasta que cayó el PRI y Acción Nacional se hizo del poder.

El plan de la Iglesia incluía a las fuerzas armadas, aunque con un bajo y discreto perfil en el caso del Ejército, aunque más abierto y dinámico en cuanto a la Marina Armada de México. Mientras el Ejército —y la Fuerza Aérea, supeditada a éste— se mantiene casi inmutable a los cambios externos, la Marina Armada de México ostenta una faceta de "apertura" inherente a la condición de su arma y tradición, que la hace proclive a establecer relaciones más estrechas con otras armadas del mundo.

Rivera Carrera, hablando ante altos jefes navales, dijo que "después de la Independencia y hasta 1860, las fuerzas armadas reconocen y reclaman la necesidad de los capellanes militares, desde sus mismas escuelas de formación", aunque señaló que "el predominio de ciertos procesos fue llevando a la configuración y organización de un Estado laico, cuyo eje central pareciera ser el de la separación y supremacía respecto a la Iglesia, entonces ampliamente presente en la organización y gestión de las realidades temporales" (Rivera, 2006).

El triunfo de los liberales en el orden político y la conformación del Estado como laico, "ajeno a cualquier sentido religioso, fue suprimiendo la asistencia religiosa a las fuerzas armadas", aunque esto no signifique que los miembros de las fuerzas armadas "dejen de ser hombres de fe".

Por ello recomendó a los marinos que asistieron a su conferencia una larga lista de tareas que, hasta la fecha, han dormido el sueño de los justos. Rivera pedía:

• Evangelizar e iluminar este ambiente para que las distintas fuerzas armadas de nuestras naciones estén al servicio de nuestras democracias.

• Buscamos llevar la buena nueva a los ámbitos castrenses para que con su energía vivificadora, transforme desde adentro estos ambientes.

• Las escuelas de formación y escuelas militares merecen especial cuidado pastoral, ya que sus alumnos son jóvenes en proceso de formación en los cuales la semilla del evangelio debe producir frutos de respeto a los derechos humanos, amor al prójimo, deseos de libertad y de paz, aceptación de las diferencias y otros semejantes.

• Ya que la familia es la Iglesia doméstica y la base de la sociedad, en el campo castrense se ve atacada a menudo por la separación física provocada por el servicio, la infidelidad, el estrés y otras muchas tensiones, nosotros como Iglesia debemos recordarles su vocación a la indisolubilidad, a la fi-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

delidad y a la defensa de la vida, catequizando padres e hijos para que vivan como comunidad de fe, de culto y de amor.

• La comunidad militar que forma una especial porción del pueblo de Dios es parte de la Iglesia.

• Como rebaño de Cristo necesita de un Pastor que la guíe en una permanente acción de caridad, en el ejercicio de comunión, en una promoción de vida espiritual y fraternal y en una formación permanente.

• Es conveniente que demos un paso hacia delante en una mejor comprensión de nuestra historia, de modo que no seamos prisioneros del pasado sino que, emprendiendo el camino del perdón y de la purificación de la memoria, los males de antaño no nutran el odio ni sigan lastimando y, sobre todo, no se vuelvan a repetir.

Pero el cardenal Rivera fue más allá cuando se metió de lleno al tema de la seguridad nacional, al señalar que el ámbito natural donde la persona recibe la impronta de su identidad, es decir, de sus raíces culturales, espirituales y religiosas, es en la familia. No sin razón es definida como la célula básica de la sociedad o, en el lenguaje católico, como la "Iglesia doméstica". De la estabilidad de la familia depende la estabilidad de la sociedad y de la Iglesia.

> ¿Qué tiene que ver el tema de la familia con la identidad de cada uno de sus miembros y con la identidad de la Nación? ¿Puede considerarse la familia como un factor de seguridad nacional? Basta con caer en la cuenta de lo que vivimos en nuestro entorno: uniones libres, divorcios, infidelidad al matrimonio, hogares con violencia, madres solteras, niños de la calle, suicidios en todos los niveles de edad, estudios y posición social. Todo esto que sin duda es el mejor campo de cultivo de los delincuentes en todas sus variantes, como ladrones, criminales, prostitución, etc., y que en algunos casos representan amenazas a la seguridad nacional y a la estabilidad del Estado de derecho, tales como las organizaciones criminales dedicadas a la droga, tráfico de armas, tráfico de seres humanos y de órganos, a las redes de prostitución, etcétera.
>
> Esto también afecta, a su manera, a las familias de los militares. Las condiciones que impone el propio cumplimiento del deber dificultan los lazos que hacen fuerte a la familia. En la pastoral militar constatamos la necesidad de reforzar los lazos que hagan de las familias de los militares el ambiente en el que se vivan los valores humanos y espirituales que les permita cumplir con

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

> su doble misión: la propia de la milicia y la específica de una familia que comparte la vocación militar con todo lo que ello implica (Rivera, 2006).

Rivera Carrera cerró con broche de oro su conferencia al decir a los asistentes que:

> […] no podemos considerar intrascendente la ausencia de los lazos humanos espirituales que deben cultivarse en las familias militares. La fidelidad a la patria pasa por la fidelidad a la propia familia. Nadie da lo que no tiene y el que es fiel en lo pequeño es fiel en lo grande. La fuerza moral del alma del militar para que cumpla su deber con la patria depende de la fuerza moral que reciba en su hogar, del estímulo que reciba de su esposa y de sus hijos. Solamente esto justifica el sacrificio que puede ser reclamado en situaciones graves en las que el deber lleva al extremo de ofrendar la propia vida. La familia, insisto, es un asunto de seguridad nacional y es la garantía de que nuestra nación conserve con orgullo su propia identidad (Rivera, 2006).

Juntos, pero…

De cualquier manera, militares y civiles continuarían caminando juntos en aparente armonía. Los gobiernos que siguieron al de Ávila Camacho retomaron el régimen de privilegios para los altos jefes del Ejército, con el claro objetivo de que no interfirieran en sus planes.

Constitucionalmente obligado a defender la integridad, la independencia y la soberanía de la nación, así como a garantizar la seguridad interior, y aunque fuera ya de sus misiones establecidas por la Ley Orgánica del Ejército y Fuerza Aérea, a mantener el imperio de la Constitución con la única meta de impedir que se rompa precisamente el orden constitucional, el Ejército mexicano llegó pronto a la convicción de que los gobiernos civiles no podían prescindir de los militares y, por lo tanto, ya no tenían por qué aceptar dádivas que buscaban tenerlos distraídos y fuera de las grandes decisiones políticas del país.

A partir de entonces, los intereses de militares y civiles dejaron de ser comunes y surgió entre ellos un sentimiento de recelo y hasta de temor al contagio. Los militares no quisieron tener ya más una relación de convivencia con los civiles y éstos simplemente marcaron una sana distancia.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

De la etapa revolucionaria al civilismo político, iniciado con la llegada de Miguel Alemán a la Presidencia de la República, la sociedad mexicana comenzó a poner en la balanza el papel que representaban las fuerzas armadas dentro del sistema político nacional y que iba más allá de los vistosos desfiles septembrinos.

El Ejército ha sido una fuerza actuante que ha influido notablemente en el desarrollo del país, así como un actor influyente localizado siempre detrás del poder, hasta convertirse hoy día en un aglutinante emergente y apoyo indispensable en las recurrentes etapas de crisis nacionales, contando siempre con la aceptación popular mayoritaria.

La nueva mentalidad militar ante la línea que dividía sus intereses de los de los líderes civiles, las nuevas generaciones se apegaron a la concepción de que:

> […] el ejército es instrumento que el Estado ha de aplicar a los fines últimos de su supervivencia, por ser el elemento coactivo estatal por excelencia y cuya actuación es decisiva, y sólo debe de usarse del mismo cuando la razón de su intervención corresponde a la altura de la propia institución. Es el recurso extremo que si se emplea con desproporción a su esencial finalidad, sólo se logra su desprestigio e ineficiencia, y cuando realmente sea necesario, se encontrará agotado e inservible. Las dictaduras que para hacer sentir su autoridad se sirven del ejército, cuando llegan al momento de su crisis ven con asombro que el ejército no existe, que lo han mal empleado en objetivos impropios, que lo han degenerado en instrumento inútil para vencer el peligro que, por naturaleza, estaba llamado a dominar (Gómez, 1999).

EJÉRCITO "POPULAR"

Contrario a sus pasadas etapas elitistas, las fuerzas armadas se han venido integrando con gente del pueblo, en su mayoría jóvenes que ven en el Sistema Educativo Militar una oportunidad única para asegurarse una profesión que no siempre es, en su estricto sentido, la de las armas.

"Los niveles académicos superiores se actualizan en los campos del conocimiento económico, político, social y militar, para disponer de militares profesionales preparados, con la capacidad necesaria para investigar, planear, asesorar y ejercer el mando de grandes unidades y de toma de decisiones de alto nivel político-militar" (*Revista del Ejército*, 1999).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

De esta manera las aulas militares se fueron llenando de jóvenes, amén de su marcada raigambre popular, motivados por sus maestros para conocer y estar informados de la situación nacional, para cumplir compromisos con las instituciones de la República y con la sociedad en su devenir histórico.

De todos sus planteles egresan jóvenes soldados convencidos de que el país necesita de todo su potencial, su iniciativa y su entusiasmo. Esta divisa está siempre a flor de labios en una insistente invitación para que los demás sectores de la sociedad actúen de la misma manera.

Durante una de las tradicionales ceremonias militares, el entonces secretario de la Defensa Nacional, general Gerardo Ricardo Clemente Vega García (2000-2006), dijo que en ningún plantel militar se enseña la corrupción, el disimulo ni la práctica de la deslealtad, añadiendo que en las aulas castrenses siempre se insiste y se educa en el honor, el respeto y la lealtad como fuentes fundamentales de los hombres y mujeres que han de ejercer el mando.

Vega García fue el primer general en ocupar la Secretaría de la Defensa Nacional de un gobierno no priista. Sus primeros años al frente del Ejército se caracterizaron por su prudencia en el decir, pero igualmente por el extremo al que llevó la situación de los soldados, cuando trató de convencerlos de que no debía regatearle nada al gobierno para mejorar sus condiciones.

Incluso durante la primera comparecencia que tuvo ante la Comisión de Defensa de la Cámara de Diputados, Vega García dijo que los soldados "trabajarían con lo que la nación nos da". Eso sería suficiente para desatar una marcada inconformidad hacia dentro de las fuerzas armadas, para la que no se ha logrado aún encontrar una solución adecuada.

USOS Y COSTUMBRES

Poseedores de los instrumentos de gobierno más eficaces, los civiles sometieron a las fuerzas armadas, aunque de una manera sutil, a los "usos y costumbres" de los gobiernos en turno.

El tema de la seguridad nacional, por ejemplo, se ha politizado o bien ha sido trastocado por cada gobierno de acuerdo con su visión de Estado y los requerimientos que juzgan indispensables para el establecimiento de una política respectiva.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Cada gobierno, esgrimiendo la "razón de Estado", replantea el tema de la seguridad en relación directa con el sistema democrático que pretende impulsar. Generalmente se aducen el fortalecimiento de la democracia, el federalismo y las relaciones internacionales.

Así, la seguridad nacional está sujeta a la interpretación política y hasta policiaca de cada Estado, de cada sociedad ante situaciones particulares. Por ello la seguridad nacional puede significar cosas distintas para individuos y momentos diferentes, dependiendo de lo que se crea debe protegerse y del tipo de amenaza específica que se tema.

Precisamente ante una de las más graves amenazas, el narcotráfico, considerado desde hace mucho tiempo un asunto de seguridad nacional, el Estado mexicano ordenó reforzar militarmente su combate, dejando en segundo término el seguimiento puntual de la presencia y acciones de grupos subversivos que actúan en buena parte del territorio nacional.

Tras archivar el conflicto surgido en Chiapas el 1 de enero de 1994, con el levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, reconocido torpemente como tal por el presidente Ernesto Zedillo Ponce de León, lo que irritó sobremanera al alto mando militar, la virulenta reaparición del autodenominado Ejército Popular Revolucionario puso de manifiesto la existencia de graves fallas en los servicios de inteligencia del actual gobierno.

Los "usos y costumbres" del gobierno de Felipe Calderón llevaron al Ejército a diversificar sus fuerzas para acatar la cruzada contra el narcotráfico, ordenada por el Presidente desde el primer día de su mandato.

En tanto la seguridad en general, así como el uso indiscriminado de las fuerzas armadas siga siendo objeto de un "estilo personal de gobernar", la "razón de Estado" puede convertirse más en un obstáculo cuando no en un perjuicio para la sociedad, y más aún, en una amenaza al Estado de derecho.

El soldado tiene muy claras las misiones que la Constitución le marca y aun cuando en ocasiones desde la tribunas políticas se intenta defenestrar su trayectoria, prefiere el silencio a la estridencia. De esta manera, la sociedad no sólo ha colocado al Ejército como una de las instituciones de mayor aceptación, sino de necesidad imperiosa, sobre todo cuando se habla de inseguridad pública o de violencia generada por el narcotráfico.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

DE CARA A LA NACIÓN

Quizá como ningún otro sector, el militar se ha caracterizado por hablar "de cara a la nación toda y con la frente en alto" (Galván, 2007). Para algunos sectores políticos, aunque más partidistas que políticos, el discurso militar representa una amenaza, más que un posicionamiento nacionalista. Incluso se le llega a calificar de "autoritario", como ocurrió con las primeras acciones de gobierno adoptadas por el presidente Calderón, al apoyarse cien por ciento en las fuerzas armadas.

Más aún, cuando el general Galván Galván presidió la ceremonia de la Marcha de la Lealtad, el 9 de febrero de 2008, sostuvo que "las fuerzas armadas robustecen al Congreso de la Unión, a la Suprema Corte de Justicia de la Nación y al Poder Judicial en su conjunto, hacen sólida a la sociedad y a sus esmeros y fortalecen al Poder Ejecutivo", desde diversos frentes políticos le recomendaron mayor "sensatez" y "prudencia" en su decir.

Acostumbrados a ver al Ejército como un artículo de uso a conveniencia y a los soldados como elementos "desechables", los líderes civiles, sobre todo dentro del Poder Legislativo, se sintieron llamados a poner doble cerrojo a la puerta por donde, según ellos, los militares pensaban colarse a la política, especulando sobre arribazones anticonstitucionales. Ya en el anterior proceso electoral, ningún partido político dio cabida en sus filas a un militar, aunque lo harían posteriormente para la conformación del Congreso, durante el gobierno de Felipe Calderón.

Sin embargo, los militares tienen sus propios candados, pues por ley sólo pueden participar en la vida política aquellos que ya pasaron a retiro. El Ejército mexicano no es una institución política ni la única que conforma el basamento de un país en busca de su recuperación, pero es pieza fundamental e insustituible. Tan es así que el alto mando militar ha sostenido, en su más puro estilo castrense, que no busca hacer la guardia que no le toca, pero de ninguna manera quiere dejar de hacer la que le corresponda, la que el país le exija, la que las leyes le manden y la que el comandante supremo instruya.

Además, al sentir la necesidad de refrendar su posición, ha dicho que el Ejército no es quien avala la razón de la voluntad popular, "somos una más de las instituciones que operan para que los derechos de todos los mexicanos sean una realidad creativa y permanente" (Galván, 2008).

Pero al Partido Revolucionario Institucional (PRI), por ejemplo, se le olvidó todo lo que le debía al Ejército en sus pasados 70 años de hegemo-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

nía. En cambio, el Partido Acción Nacional, que lo consideraba el "brazo armado" del PRI, ahora sugiere abrir la puerta para que los militares participen más activamente en política, mientras que el Partido de la Revolución Democrática sigue la línea de su nuevo "líder moral", quien siempre lo calificó de represor, para lanzar ahora su esperanza de que las fuerzas armadas puedan "distinguir el momento tan grave que está atravesando el país".

Pero siempre un paso adelante, el Ejército sostiene que en una sociedad democrática abierta y plural, está sometido al escrutinio permanente de los ciudadanos más sencillos o de las inteligencias más agudas. El Ejército está abierto para todos quienes quieran conocer su realidad.

Conforme avanza su preparación profesional y amplían su dominio sobre el territorio nacional, por lo menos en cuanto a seguridad pública y vigilancia de instalaciones vitales, los militares sostienen que no son algo aparte del Presidente: "Él es parte de nuestras fuerzas armadas, en su condición de comandante supremo, y nosotros somos parte del poder que encarna y representa". Así lo establece la carta magna en su artículo 89.

Por ello, tampoco escatiman oportunidad para advertir que no es difícil suponer la gravedad del riesgo en el que el país caería si las fuerzas armadas no ponen todo de sí para respaldar al jefe del Ejecutivo federal, apoyo que es también indispensable de las demás trabes fundamentales de la vida institucional.

Las fuerzas armadas no otorgan avales autoritarios ni buscan arribismos anticonstitucionales ni jamás han constituido una amenaza para la sociedad a la cual sirven. El poder del Ejército no está en sus armas, está en su indeclinable condición de lealtad y legalidad, está en el conocimiento preciso de los grandes problemas y carencias del país, así como en la plena identificación de quienes atentan de mil maneras en su contra.

Reconocen igualmente que la democracia es un bien deseable, pero la alimentación, la vivienda, la educación, la salud y, hoy más que nunca, la seguridad, la paz y el bienestar social son indispensables para la supervivencia de la nación.

Su línea de comportamiento se basa en la lealtad, porque la lealtad es sinónimo de legalidad y si demuestran total dependencia del poder civil, lo hacen siempre advirtiendo a su comandante que puede contar con ellos, "con la ley en la mano".

La simple alusión civil sobre posibles ambiciones de poder que pudieran privar dentro de las fuerzas armadas ha provocado diversas respuestas, desde la coloquial "si ya hubo un Huerta no puede haber un Pinochet",

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

dicha por el general Enrique Cervantes Aguirre, hasta la que aclara firmemente que los militares no conforman una élite dispuesta a arrogarse posiciones de poder dentro del sistema político mexicano. "Nuestra línea de comportamiento como institución armada, no puede ser otra que el estricto, permanente e insoslayable acatamiento de las leyes, las normas y la jurisprudencia que nos fijan rumbos y rutas. Lo comprende así la sociedad, lo exigen así las circunstancias, lo recomiendan así las experiencias históricas de la nación" (ESG, 1980).

POLÍTICA MILITAR

Esas experiencias históricas también los llevan a adentrarse en la ciencia política, sobre la que tienen sus propias concepciones. Para efectos del curso de estrategia que se imparte en la Escuela Superior de Guerra, la política general se divide en tres grandes campos:

Política interior
Constituida por el conjunto de actividades tendentes a realizar la lucha por el poder, el sostenimiento en éste cuando se ha logrado, el mantenimiento del pueblo y del gobierno y la realización de los ideales y objetivos nacionales, todo ello dentro del pueblo y territorio del Estado. La política interior debe impulsar los deseos populares de libertad individual, prosperidad y estabilidad económica, organización gubernamental eficiente, impuestos justos y bienestar social en forma armónica, conciliando las tendencias de las fuerzas económicas, sociales e ideológicas del país.

Política exterior
En países desarrollados, que han alcanzado un alto grado de madurez política, los gobiernos le conceden a la política exterior la máxima importancia sin descuidar, desde luego, el cumplimiento de sus obligaciones en cuanto a sus objetivos a lograr en el interior. Contrasta esto con lo que la lucha interna por sostenerse en el poder constituye la máxima preocupación; en tal caso los gobiernos dirigen su política exterior a obtener créditos, apoyos políticos, ayudas diversas y protección.

Política militar
Ésta es la parte de la política general que se encarga de crear y preparar las

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

> fuerzas armadas que la política general necesita, para garantizar la seguridad nacional y para apoyar su acción en el exterior. En otros términos, la política militar tiene por objeto poner en forma militarmente al Estado; crear el útil armado que éste necesita para realizar su tarea, a pesar de las oposiciones internas o externas que requieran la aplicación de la fuerza.
>
> En las grandes tareas nacionales, a las fuerzas armadas mexicanas les corresponden funciones estrechamente ligadas al desarrollo del país, las cuales tienen frecuentemente gran impacto social. La presencia del Ejército en la dinámica de la vida cívica y democrática de la nación, es garantía de tranquilidad y paz pública, lejos de ser presencia intimidatoria o autoritaria (ESG, 1980).

Muchas son las tareas que tiene por delante y que no le corresponden al Ejército. Pero muchas son también las que sí le corresponden y por ello reclaman su participación. El Estado necesita del útil armado para realizar sus tareas, a pesar de las oposiciones internas o externas que requieran de la aplicación de la fuerza.

Una vez, el Ejército pidió conciliar so pena de perder la nación y nadie lo escuchó. Hoy está dispuesto a fortalecer y proteger las instituciones: "lo comprende así la sociedad, lo exigen así las circunstancias, lo recomiendan así las experiencias históricas de la nación".

SANA DISTANCIA

Los altos mandos de las tres armas, Ejército, Marina y Fuerza Aérea, se mantienen absolutamente ajenos a los vaivenes de la precaria y errática política nacional, porque cualquier paso en falso simplemente colocaría a las fuerzas armadas en el mismo nivel de vulgaridad en unos casos y de perversidad en otros.

A pesar de su prudencia, el alto mando militar no deja de observar con extrañeza, aunque con precaución, por qué algunos sectores se empeñan en manosear la carrera de las armas, sobre todo en sus diversos aspectos promocionales o de cambio.

La carrera de las armas, como cualquier otra, infiere niveles de ambición por parte de sus miembros, pues legítimo es aspirar a mejores posiciones, siempre y cuando éstas se ganen a pulso y a lo largo de toda la vida.

Sin embargo, ninguna como la que abrazan los soldados y marinos exige más dedicación, esfuerzo y sacrificio. Por ejemplo, para aspirar al

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

máximo grado —general de división en el Ejército, general de ala en la Fuerza Aérea y almirante en la Marina— un hombre debe dedicar 45 años de su vida.

Es por ello que los militares no sólo aspiran a puestos de importancia, sino que al cumplir cabalmente con lo que marca el Sistema Educativo Militar, adquieren el derecho a alcanzarlos. Pero lo importante no es tener un puesto de subsecretario u oficial mayor, sino que todo lo adquirido les permite más que a ningún otro comprender en su totalidad lo que significa la unidad nacional, entender los intereses nacionales y participar desde su trinchera en la gran idea que permita a un gobierno constitucionalmente electo, llevar al país a mejores estados de desarrollo.

Y es el concepto de unidad nacional lo que hay que tener presente pues, como lo dicen los militares, "vivimos en un mundo globalizado, cuyos antagonismos mantienen en muchas regiones la inestabilidad como divisa emblemática por excelencia. El narcotráfico y el crimen organizado (a lo que habría de sumarse el insultante enriquecimiento de las grandes familias políticas) representan un peligro real para la salud y seguridad de todos, así como para la estabilidad de las instituciones nacionales" (ESG, 1980).

Las fuerzas armadas dejaron hace tiempo de ser una comparsa dentro del sistema político nacional, para convertirse en un factor no sólo de poder, sino ejemplo de planeación de largo plazo que permite disponer a la nación de tropas mejor adiestradas, moralmente fortalecidas y con un alto sentido del nacionalismo.

Bajo la premisa de que una buena planeación da certidumbre al rumbo que debe seguir el país, el Ejército ha preparado la estructura necesaria para sustentar las acciones concretas y viables en el largo plazo.

Este andamiaje constituye un sólido apoyo a la política de Estado, por medio de actividades relacionadas con el mantenimiento del orden interno, el combate al narcotráfico y a la delincuencia organizada, seguridad pública, auxilio a la población civil, y otras que contribuyan al progreso del país. Estos lineamientos quedaron plasmados en el Programa Sectorial de Defensa Nacional que, igualmente ha dejado de ser un requisito burocrático más de cada sexenio, para convertirse en una línea de conducta firme que sirva para crear las condiciones de seguridad necesarias para el desarrollo y bienestar de la sociedad mexicana.

No fue ocioso en su momento que el alto mando militar dijera sin empacho que las fuerzas armadas robustecen al Congreso de la Unión, al Po-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

der Judicial y en sí a todo el aparato del Estado. Esto es parte de las estrategias establecidas para fomentar una mayor apertura con la sociedad,

Ante el azoro de los líderes políticos civiles, el Ejército les aclaró que para cumplir eficazmente este objetivo, "las fuerzas armadas asumen el compromiso de optimizar las relaciones entre militares y civiles, con la firme voluntad de que la sociedad y los poderes de la Unión conozcan las fortalezas y las necesidades del Ejército y Fuerza Aérea, con miras a converger los esfuerzos en beneficio del desarrollo nacional, en un marco de transparencia y de rendición de cuentas" (Sedena, 2007).

AL EJÉRCITO LO QUE ES DEL EJÉRCITO

Tras la caída política del PRI y la llegada al poder del panista Vicente Fox, el Ejército reclamó para sí su lugar, no sólo dentro del sistema político nacional, sino, de alguna manera, en el concierto mundial.

En la mayoría de las reuniones internacionales de corte militar, como la Conferencia de Ministros de Defensa de las Américas, México estuvo siempre representado por funcionarios civiles, generalmente el embajador ante el país donde se realizaba la reunión. Sin embargo, en 2002, para la celebración en Santiago de Chile de la V Conferencia, el secretario de la Defensa Nacional, general Gerardo Clemente Ricardo Vega García, reclamó que los asuntos militares debían ser tratados por militares, pues los ejércitos se estaban quedando marginados, por lo que los militares debían estar enterados de todo lo que pasa en el mundo.

Ante la oportunidad que ofrecía el foro de la Conferencia, el Ejército mexicano habría de expresar su motivación para "participar de manera proactiva en los esfuerzos regionales que se realizan para buscar, puntual y directamente, la fórmula que nos permita eliminar o reducir antagonismos comunes a nuestras naciones" (Sedena, 2007).

La posición geoestratégica de México, sus intereses, tradición diplomática y necesidades de desarrollo obligan al Ejército a desempeñar un papel activo en la conformación de la nueva arquitectura internacional.

Poniendo por delante los intereses nacionales, las fuerzas armadas se abocan a garantizar la seguridad nacional e integridad territorial, para que no se vean afectadas o amenazadas como resultado de cambios o acontecimientos que se producen en el exterior y, de la misma forma, asegurar que la naturaleza soberana de las decisiones que adopta el Estado mexicano en

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

su régimen interno y en sus relaciones con los demás actores internacionales no se vea constreñida por intereses o posiciones de terceros países.

De ahí su naciente interés en participar activamente en la conformación de un sistema internacional que promueva la estabilidad y la cooperación.

Alejados de los vaivenes sexenales y de las modas que suele imponer la política y, sobre todo, de la improvisación que en otras áreas gubernamentales, incluso en las de mayor nivel, permiten la existencia de "todólogos", los soldados empeñan su vida en prepararse en la excelencia y el rigor de los planteles educativos, así como en el constante adiestramiento y así servir mejor a la patria. Todo ello, desde luego, dentro de la más estricta disciplina, espina dorsal de todo ejército.

Estos empeños se traducen en una larga y ardua ruta profesional que debe seguir el soldado que pretenda escalar los peldaños del mando. Todos tienen la misma oportunidad y, como en cualquier actividad humana, sólo los mejores alcanzan los niveles más altos.

Igualmente, suele haber ambiciosos y traidores que se pasan a las filas del enemigo que representa el delito y el crimen. Los soldados, como cualquier otro ciudadano, deben someterse a las leyes civiles, pero tienen el imperativo adicional de acatar la legislación militar específica del fuero de guerra que tipifica perfectamente y marca castigo a quienes la violan. Este doble imperativo hace precisamente que los militares se conduzcan con honor dentro y fuera de la institución. Y muchas veces, a pesar de que así lo hacen, las fuerzas armadas se ven sujetas a una crítica acuciosa y no pocas veces interesada.

Hacia dentro del Ejército no caben las revanchas ni las purgas que imaginan algunos o que dejan filtrar otros que se sienten desdeñados o menospreciados por sus superiores. La vida profesional del soldado no depende del capricho o del favoritismo, sino del desempeño que cada uno tenga en las diversas comisiones que se le asignan. Y, aunque las leyes militares son muy claras en cuanto a ascensos y recompensas, la experiencia de los más ameritados jamás ha sido desdeñada por el alto mando.

Cada año, los cuerpos de mando en todo nivel se someten a exámenes rigurosos para alcanzar el grado inmediato superior. No es fácil. Los ascensos en el Ejército se confieren atendiendo a diversas circunstancias: antigüedad en el grado (cuatro años), aptitud profesional, buena conducta militar y civil, buena salud y capacidad física, tiempo de servicio, y aprobación en los cursos de formación, capacitación, de perfeccionamiento o superiores y demás que establezca el Plan General de Educación Militar para el grado inmediato superior.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Sólo aquellos que se olvidan de su deber y pisotean el honor del Ejército quedan fuera antes de tiempo. Y sólo aquellos que se mantienen dignos y nacionalistas, condición tan olvidada hoy por quienes deberían tenerla como divisa, pueden dejar la vida militar con la frente en alto y con el deber cumplido.

Por ello, sólo con un ejército fuerte puede un gobierno ser fuerte, no por lo que representa la fuerza de las armas, sino por su condición patriótica, leal y honorable. Estas cualidades son las que le dan al mexicano su condición de Ejército confiable, fuerte y profesional.

Los militares merecen ser ejemplo, avanzar junto con la nación y mantener la confianza de la seguridad. La confianza es una actitud que se fortalece con los años. No se conquista de un momento a otro. Es una tarea cotidiana. Los soldados comprenden que uno de los principales valores de las naciones civilizadas es la confiabilidad de sus instituciones y tienen presente que la principal fortaleza de la institución armada reside en sus valores, más que en las armas.

La subordinación incondicional al poder civil es real. Las nuevas generaciones de líderes militares no tienen en su agenda el menor viso de autoritarismo o imposición anticonstitucional y están convencidos de que su papel no es ser el brazo represor del gobierno. No están dispuestos —y así lo dicen— a pagar nuevamente facturas que no les corresponden.

Sin embargo, el Ejército ha dejado en claro que siempre ha cumplido con lo que se le ordenó "como razón de Estado", que registra cómo cada gobierno hubo de encarar sus propias encrucijadas y ahí estuvo para asumirlas como propias.

Pero esta congruente disciplina institucional deja abierta la puerta a varias interrogantes: ¿Cómo actuarían las fuerzas armadas ante nuevas y más complejas encrucijadas? ¿Hasta qué punto los militares están dispuestos a mantener la disciplina, la lealtad y el respeto a las instituciones y al pueblo que siempre han pregonado, a pesar de la mala actuación de los civiles? ¿El silencio del Ejército significa acaso una forma de no verse involucrado en los errores de aquéllos?

Estas nuevas encrucijadas podrían quedar enmarcadas por los conflictos derivados de una transición incompleta a la democracia, la crisis estructural de las instituciones tradicionales, el surgimiento o resurgimiento de movimientos políticos y sociales radicales, como las incipientes organizaciones guerrilleras, la delincuencia internacional organizada (básicamente, el narcotráfico) y la creciente inseguridad pública.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Otra encrucijada —aún más crítica— la representaría el hecho de que en el caso de que el país cayera en el caos, las fuerzas armadas tomarían como deber salvar a la nación, o bien, que ante la reconocida debilidad de un gobierno pudieran entrar al poder por la puerta de atrás. Quizá por ello algunos actores sociales de la nueva realidad nacional insisten en que la creciente influencia del Ejército en la arena política podría acotarse con el nombramiento de un civil al frente de la Secretaría de la Defensa Nacional.

Civiles y militares le temen mutuamente al contagio y se comportan como las clásicas paralelas que corren juntas, pero que jamás se tocan. Los civiles temen a los militares porque no los conocen y los militares no quieren que los conozcan. A pesar de ello, los civiles saben que el Ejército es garantía para el fortalecimiento de la vida democrática. Ese temor al contagio sólo podrá ser superado por medio de un diálogo más directo entre ambos, del cual se desprenda un control racional del poder civil sobre el poder militar, siempre y cuando los gobiernos civiles sean producto de elecciones efectivamente democráticas.

TAMBIÉN SE CANSAN

A pesar de su apoliticismo y apartidismo, los militares también se cansan y llega un momento en el que reclaman que sus esfuerzos no han sido valorados y, a veces, ni siquiera tomados en cuenta.

Ya retirado del servicio activo de las armas, aunque como todos los secretarios de la Defensa Nacional al dejar su puesto pasan a ser asesores del entrante, el general Antonio Riviello Bazán (1988-1994) consideró en una plática con el autor que "se sigue destruyendo al país en aras de los beneficios personales de los políticos que ponen a sus amigos y a sus hijos; ya se acabó la época de luchar por el país".

Los mexicanos confían en sus soldados, pero los políticos ni siquiera los conocen y en muchas ocasiones ha quedado demostrada su falta de interés por conocerlos. Mientras la sociedad los ve como el apoyo más efectivo para sus penurias, llámense desastres naturales o violencia delincuencial, aquéllos los consideran como mexicanos de segunda, artículos "desechables" y gente a la que hay que tener metida en sus cuarteles.

Por ello, los militares con larga experiencia en el mando insisten en la ya impostergable tarea de impulsar la actualización y modernización de las fuerzas armadas. Esta actualización deberá tener cabida en la proyectada

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

reforma del Estado y ser impulsada por los nuevos mandos militares que cada año arriban a los puestos clave del instituto armado.

Si bien el Ejército no aspira al poder, el hecho es que convive y tendrá que convivir en el futuro con los políticos, quienes a su vez tendrán que reconocer, sin que ello signifique una amenaza, que no podrá gobernar sin el apoyo de las fuerzas armadas. Los dos primeros años del gobierno de Felipe Calderón son prueba suficiente de lo dicho.

Y es que el compromiso de los soldados con la sociedad va más allá de sus actividades militares, porque es claro que la consolidación de la democracia no sería posible sin la participación activa de las fuerzas armadas. Cuando lo han considerado necesario, los militares alzan la voz para decir que tienen la fuerza de las armas para la defensa del país, pero nunca para la defensa del poder político.

Sin embargo, para los militares el sentido común y la misma Constitución marcan el desempeño de misiones complicadas en beneficio del país y, por ello, siempre se han negado a usar el disimulo o a participar en un esquema de lejanía. Si rechaza participar en un esquema de lejanía, si rechaza el disimulo y advierte la necesidad de conciliar para no perder la nación es precisamente porque avizora escenarios complejos.

Aunque nadie les ha preguntado a los militares si buscan el poder político como para que tengan que negarlo una y otra vez, difícilmente se les puede seguir considerando apolíticos, por más que sostengan también reiteradamente que no pueden ser factor de desasosiego sino de certidumbre.

Al final de cuentas, son los civiles, más que los militares, los que deben decidir cuándo y cómo utilizar las fuerzas armadas y esto sólo se logrará cuando se tiendan puentes confiables que reconozcan y logren por igual la responsabilidad política de los civiles y la experiencia técnica de los militares.

Las tendencias del Ejército mexicano en el siglo XXI señalan que lo alcanzado hasta ahora, "sólo es parte visible de un proyecto de larga duración que pretende establecer raíces fuertes y escuela en las nuevas generaciones que, llegado el momento, tomarán la responsabilidad de conducir los destinos de este Instituto y también, sumarse a las tareas aún pendientes para coadyuvar con el desarrollo y bienestar de los mexicanos" (Sedena, 1999).

Pero, conforme crece su influencia y compromiso con la sociedad, los militares ya no escatiman formas para alertar sobre la realidad nacional. En el último año de gobierno del presidente Fox, la Secretaría de la Defensa Nacional elaboró una especie de "libro blanco" titulado *Misiones y resultados*, en el que de entrada advertía que:

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

> México se encuentra inmerso en un proceso de cambios trascendentales; las instituciones nacionales buscan rediseñar sus modelos de gestión pública y eficientar la planeación para el desarrollo futuro. Las expresiones subversivas han transformado sus esquemas disruptivos, insertándose con mayor ímpetu en la estructura social. Aunque han suspendido agresiones desde septiembre de 2001, actualmente fortalecen su trabajo político a través de sus organizaciones de fachada. Promueven conflictos sociales o toman parte en los ya existentes y generan condiciones para contar con el respaldo de intereses externos (Sedena, 2006).

Por ello, en su análisis registrado en *Misiones y resultados*, el Ejército se fija cinco puntos esenciales: *i*] estudiar el nivel de gobernabilidad en el país; *ii*] evaluar el nivel del daño que los medios de comunicación causan a la gestión gubernamental; *iii*] evaluar el nivel en que la Iglesia católica y otras religiones desfavorecen el desarrollo del Estado mexicano; *iv*] identificar los principales antagonismos que dañan la gestión gubernamental, y *v*] establecer diagnósticos político-electorales.

REALIDAD SOCIAL

Las fuerzas armadas constituyen una realidad social indispensable en el ámbito de las instituciones básicas del Estado moderno; nadie cuestiona su existencia legal y presencia en el territorio nacional, son sujetos de derecho y, consecuentemente, se rigen por sus estrictas leyes militares, concebidas para reglamentar su gestación, organización y servicio, lo cual está plasmado en la Constitución política.

El sector militar está conformado por solamente 0.22% de la población total del país, es decir, menos de 1% de los ciudadanos mexicanos. Con esta cantidad realiza sus labores en tierra, mar y aire y establece su presencia a todas horas del día y por todo el año en los sucesos infortunados o no, de todas las regiones del país, sin importar las condiciones climáticas imperantes.

Es una institución vital para garantizar la seguridad nacional, para lo cual necesita la correcta operación de sus medios materiales y conservarlos en excelentes condiciones mediante el mantenimiento preventivo y correctivo apropiado, así como la reposición oportuna de los que son obsoletos y siniestrados, todo lo cual requiere de un presupuesto ajustado a sus necesidades apremiantes.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Igualmente importante en este apartado es la atención que se le debe dar al soldado en sus percepciones económicas y sociales, a fin de evitar que los jóvenes lleguen al Ejército dada la escasa posibilidad de empleo en otros ámbitos, así como de detener el flujo incesante de deserciones.

El Ejército conforma una institución que da confianza y responde con hechos tangibles y mesurables, por lo que la sociedad mexicana lo valora y lleva no sólo en la memoria, sino también en la conciencia, que ante cualquier tipo de crisis que recurrentemente enfrenta la nación, ahí estará el Ejército para aglutinar fuerzas y apoyar a quien lo necesita.

REFERENCIAS

Boils, G., 1980. *Los militares y la política en México, 1915-1974*. México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

Cárdenas, L., 1937. *Manifiesto* [del general Lázaro Cárdenas, Secretario de la Defensa Nacional]. México, 18 de diciembre.

Diario de Debates de la H. Cámara de Diputados, 1940. México, 1 de diciembre.

ESG (Escuela Superior de Guerra), 1980. *Nociones de estrategia*. México, Secretaría de la Defensa Nacional-Biblioteca del Oficial Mexicano.

Galván Galván, G., 2007. [Discurso del general Guillermo Galván Galván, secretario de la Defensa Nacional] pronunciado durante la ceremonia de la "Marcha de la Lealtad". México, 9 de febrero.

Galván Galván, G., 2008. Discurso pronunciado durante la ceremonia de la "Marcha de la Lealtad". México, 9 de febrero.

Gómez García, E.E., 1999. Derecho y contenido del Derecho castrense. Ponencia dictada durante el congreso nacional El Fuero de Guerra. Su Constitucionalidad, México, julio.

Paz del Campo, R., 2008. La seguridad nacional de México en el siglo XXI. Debilidades y oportunidades. Tesis de doctorado. México, Universidad Anáhuac.

Revista del Ejército y Fuerza Aérea Mexicanos, 1999. México, enero.

Rivera Carrera, N., 2006. La Iglesia católica mexicana y su importancia en las relaciones e integración social. Conferencia magistral, México, Centro de Estudios Superiores Navales, 16 de junio.

Sedena (Secretaría de la Defensa Nacional), 1999. *El Ejército mexicano en el siglo XXI*. México.

Sedena, 2006. *Misiones y resultados*. México.

Sedena, 2007. *Programa Sectorial de Defensa Nacional. Secretaría de la Defensa Nacional 2007-2010*. México.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

EL COLEGIO DE MÉXICO
70 AÑOS 1940-2010

7
CULTURA, IDENTIDAD Y TRABAJO. RECUENTOS, DESENCUENTROS Y NUEVA SÍNTESIS

*Rocío Guadarrama Olivera**

CONTENIDO

Introducción 210
Cultura obrera y nuevos paradigmas productivos en los años ochenta 211
La cultura laboral de la globalización en los años noventa y principios del siglo XXI 214
Culturas e identidades laborales en la primera década del siglo XXI 218
La dimensión simbólica del trabajo, 219; Identidad: actualidad sociológica de un viejo concepto, 221; Identidades laborales, 226; Identidad profesional y género, 229
Conclusión 233
Referencias 234

* Profesora-investigadora del Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa: <*rgo@xanum.uam.mx*>.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este capítulo es hacer un recuento de los contenidos atribuidos al concepto de cultura cuando se refiere al trabajo, en un contexto caracterizado por cambios profundos del mundo laboral que repercuten en aspectos relacionados con la conciencia, las representaciones simbólicas, la subjetividad y los procesos de identificación social de los actores laborales. Teniendo como fondo una discusión que se remonta a la primera mitad de los años ochenta, en México observamos la transición entre un concepto de cultura conformado con sedimentos de estructuras y de clase a otro que se refiere a procesos de identificación de sujetos y a sus mundos de vida. A partir de este trasfondo, observamos que actualmente se vive un momento de síntesis entre las primeras visiones que en México se inclinaban a considerar a la cultura del trabajo como un rasgo determinado por las condiciones materiales de las clases dominadas, en particular de la clase obrera industrial, y las que hoy reconocen en la cultura un proceso simbólico de constitución de sujetos laborales. Este proceso varía según sean las condiciones sociohistóricas y de poder en el que se encuentran inmersos estos actores. En este sentido, la cultura deja de ser vista como un elemento externo de un grupo social para adoptar el carácter de un proceso, que además de incluir los estereotipos, normas, símbolos y representaciones presentes, pasadas y futuras, que moldean al sujeto en un contexto ampliado de trabajo, no restringido al mundo industrial, comprende el proceso mismo de su constitución individual y colectiva y sus potencialidades para la acción.

Para hacer este recuento, distinguimos dos momentos clave en la discusión sobre cultura y trabajo que corresponden a los cambios en los paradigmas productivos que ocurren en las dos últimas décadas del siglo XX y la primera del presente siglo. Entre los primeros nos referimos a la reestructuración productiva, la flexibilización del trabajo y la globalización, y entre los segundos a aquellos que apuntan a la heterogeneidad laboral y la precarización del trabajo. Estos paradigmas, como veremos a continuación, aparecen asociados a los términos de "cultura obrera", referida fundamentalmente al obrero industrial; "cultura del trabajo", entendida como proceso de creación de significados, e "identidad laboral", que alude a procesos subjetivos de conformación de actores.

Para abordar esta discusión, dividimos este artículo en tres apartados. En el primero, recordamos los grandes ejes conceptuales de la noción de cultura obrera, que tienen su fundamento en la historiografía y en la antropología

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

mexicana, así como en los ecos de los debates internacionales recogidos por los autores de estas disciplinas en un contexto en el que se inician cambios profundos en los modelos laborales y productivos en los años ochenta del siglo XX. El segundo apartado muestra la ampliación disciplinaria de este campo de estudio y la apertura del concepto de cultura obrera al de cultura laboral, que va de la mano de las mezclas y síntesis culturales producidas por la globalización, la flexibilización y la feminización de los procesos productivos a finales del siglo pasado. El tercer apartado es el más amplio de los tres, ya que en él buscamos fundamentar lo que a nuestro parecer constituye una línea novedosa de investigación dentro de los estudios de cultura y trabajo en México, que retoma elementos de los conceptos anteriores y los funde en la idea de identidad laboral. Esta línea de investigación se desarrolla en un contexto de crisis profunda de los paradigmas productivos signados por la terciarización de las economías, las contradicciones entre la precarización laboral y las exigencias de calificación del trabajo y las dificultades de conciliación entre empleo y vida familiar, vida profesional y vida privada.

CULTURA OBRERA Y NUEVOS PARADIGMAS PRODUCTIVOS EN LOS AÑOS OCHENTA

Las referencias a la cultura en el análisis del trabajo en México surgen a mediados de los ochenta, en medio de la crisis del modelo económico proteccionista que planteó nuevos desafíos teóricos para explicar los procesos de apertura de los mercados, las reestructuraciones productivas y las relaciones laborales, así como la transformación de los sujetos obreros. En el terreno académico, los primeros que se plantearon preguntas pertinentes sobre los efectos culturales de estos cambios y los documentaron empíricamente fueron los antropólogos. Los trabajos de Victoria Novelo (Novelo, 1984; Novelo *et al.*, 1986), de ella misma y Augusto Urteaga (1979), y de Juan Luis Sariego (1997) así lo atestiguan. En estos trabajos pioneros se nota, sin embargo, una cierta debilidad teórica para explicar las contradicciones sociales que estaban surgiendo en el mundo laboral, debilidad suscitada en parte por la ausencia por lustros del concepto de cultura en la antropología mexicana, como lo señaló oportunamente Esteban Krotz (1993). Esta ausencia aparece en el eclecticismo de este concepto, que resurgió en la antropología mexicana en medio de la crisis del marxismo estructuralista de los años setenta y de las tensiones que provocaba el recono-

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

cimiento empírico del mosaico de subculturas emergentes (obrera, urbana, etc.), que se dibujaban en el panorama cultural mexicano.[1]

Sobre el término "cultura obrera" ya se han hecho los balances necesarios acerca de sus posibilidades y limitaciones en el contexto social y académico que lo vio nacer (De la O, De la Garza y Melgoza, 1997; Guadarrama, 1998). Novelo hizo incluso su propia recapitulación sobre los orígenes de este debate en su magnífica antología sobre historia y cultura obrera (1999). En la introducción a esta obra recuerda los vínculos en primer grado entre historia y antropología, y de manera cercana las relaciones de estas dos disciplinas hermanas con la sociología y la ciencia política. Igualmente, menciona los diferentes afluentes internacionales que confluyeron en la producción intelectual mexicana, proveniente principalmente de los estudios históricos y la militancia inglesa y estadounidense, y apunta los ecos en la antropología mexicana de los sociólogos, politólogos y sindicalistas franceses, italianos y brasileños (Novelo, 1999). Entre todos ellos, el pensamiento marxista clásico, en sus distintas vertientes y épocas, fue una referencia fundamental. A partir de esta herencia intelectual, el grupo de Novelo se lanzó a revelar la parte oculta de la vida cotidiana de los trabajadores, la que tenía que ver con el ambiente de la fábrica y los procesos de trabajo y su entorno social. Tal como señalamos hace más de 10 años:

> Esta visión "desde adentro" de los procesos de trabajo se enriqueció con las investigaciones antropológicas sobre los impactos sociales de la industrialización en zonas agrícolas tradicionales y enclaves mineros. Los estudios de caso de empresas, sindicatos y complejos o regiones industriales, que fueron motivo de estas investigaciones, se diferenciaban de los fríos análisis desarrollistas anteriores por su capacidad para sumergirse en la vida íntima de los trabajadores y sus familias, su experiencia cotidiana de trabajo, los procesos de aprendizaje del oficio y las tradiciones y costumbres de su entrono social; en suma, en la parte "desconocida, reprimida y oculta" del mundo laboral (Guadarrama, 1998: 25-26).

Estos trabajos pioneros, aunque privilegiaron como objeto de análisis la esfera de la producción, no se circunscribieron al estudio de sus unidades concretas. En todos ellos hay un esfuerzo por vincular la vida en la fá-

[1] Un ejemplo de ello es la controversia sobre el término "cultura obrera" resumido por Novelo *et al.*, en 1986.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

brica con la comunidad, al estilo de los historiadores marxistas ingleses, principalmente de Edward P. Thompson y Gareth Stedman Jones, y del marxismo italiano de influencia gramsciana difundido por autores como Alberto M. Cirese (1993) y Luigi M. Satriani (1978). Desde esta perspectiva, la cultura obrera es pensada como parte del proceso histórico de formación de la clase y de su conciencia.

Resulta curioso, sin embargo, descubrir a la distancia que, detrás de este concepto marxista de la cultura, equivalente al de conciencia, se esconde casi imperceptible una visión descriptiva de la cultura. Los ecos funcionalistas saltan a la vista, cuando la propia Novelo señala que la cultura es un concepto que "involucra conjuntos de valores (explícitos o no) incorporados a modelos de comportamiento" (Novelo, 1984: 48). Con todo, lo que prevalece por encima de este desliz conceptual es el principio marxista que plantea la determinación de la conciencia por las condiciones materiales de existencia de las clases sociales. En el caso de los obreros, se afirma que su conciencia depende de ciertas mediaciones que corresponden a sus formas de existencia en las sociedades concretas. En este sentido, la cultura, equiparada con la conciencia, es el resultado de estas determinaciones expresadas en el conjunto de las concepciones que la conforman.

A partir de esta idea, Juan Luis Sariego (1997) propone hablar en plural de "culturas obreras", tomando como criterio de clasificación la base sociotécnica del trabajo. De acuerdo con este autor, a cada tipo de proceso de trabajo o en cada sistema de organización del trabajo se crea una cultura obrera particular. En este sentido, el autor concluye que es mejor hablar de "culturas del trabajo".

Hacia finales de los ochenta el debate sobre cultura obrera o cultura del trabajo no tiene mayor desarrollo. De este debate queda, sin embargo, un legado que con el tiempo ocuparía un lugar central en la discusión sobre la relación entre cultura y trabajo en México, que resumimos en cuatro aspectos:

• La afirmación de que las ideas, inclinaciones estéticas o costumbres no flotan separadas de las estructuras de la sociedad.

• El reconocimiento no explícito, pero ya presente en las investigaciones de estos años, de la importancia de combinar el análisis históricosocial y el análisis biográfico para establecer mediaciones entre las estructuras, prácticas y concepciones de lo social.

• Se reconocen también los vínculos entre el proceso macro de formación de clases y grupos sociales y el proceso micro mediante el cual los in-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

dividuos crecen y se convierten en fuerza de trabajo, dentro de ciertos contextos delimitados por instituciones transmisoras de cultura, como la fábrica, el sindicato, la familia, la iglesia, la escuela y las organizaciones políticas.

• La consideración de que el mundo de vida de los obreros incluye, además de sus condiciones de trabajo, el conjunto de su vida reproductiva.

• Y finalmente, la idea de cultura como conciencia contenida potencialmente en las prácticas cotidianas y en la acción colectiva.

Hacia finales de los ochenta, la apertura del mercado y los procesos de reestructuración de las relaciones laborales y productivas comenzaban a tener un efecto ya visible en los procesos de constitución de los sujetos obreros y en los paradigmas sobre la cultura obrera sostenidos sobre las tesis de la formación de una conciencia de clase. Las grandes preguntas apuntaban a la desaparición de la clase obrera industrial en su sentido clásico y a la emergencia de nuevos sectores de trabajadores situados en los espacios creados por el capital internacional. En este sentido, el concepto de cultura obrera se vio desbordado por una realidad que planteaba una pluralidad de actores y espacios laborales, por nuevas formas de relaciones sociales en los que la empresa y su cultura tenían una presencia destacada en el discurso gerencial y por la feminización de la fuerza de trabajo que obligaba a repensar la relación entre producción y reproducción.

LA CULTURA LABORAL DE LA GLOBALIZACIÓN EN LOS AÑOS NOVENTA Y PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI

Una segunda oleada de la discusión sobre el tema de cultura y trabajo sobrevino hacia finales de los noventa. Para entonces la realidad nacional e internacional parecía sobrepasar las representaciones teóricas que se habían tenido en los ochenta sobre los actores laborales y su entorno productivo y reproductivo. Las opiniones de los especialistas coincidían en señalar que el esfuerzo intelectual debería ser multidisciplinario, dada la complejidad del mundo laboral mexicano, caracterizado por la apertura del mercado nacional, la reestructuración de las relaciones laborales y productivas y sus efectos en las relaciones laborales, la negociación contractual, las estructuras organizativas de los trabajadores, y la cultura empresarial (García, 1998). El actor laboral mismo estaba sufriendo cambios significativos, equivalentes a los que

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

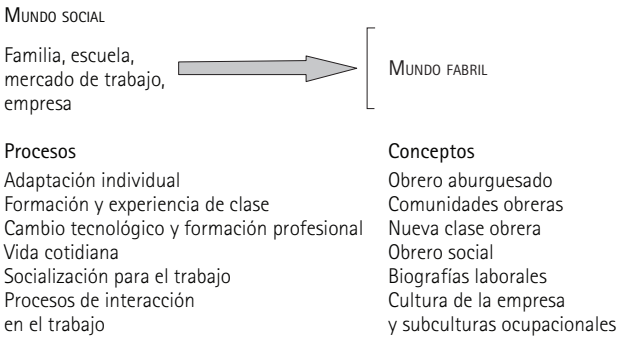


Figura 7.1. Significados del concepto de cultura obrera en la literatura europea y estadounidense entre la posguerra y los años ochenta.

se observaban en la estructura organizativa de las empresas, profundamente alterada por la globalización. La apertura de los mercados, exigía una mirada más fina sobre las distintas categorías del obrero fabril, pero también sobre el llamado "trabajador de cuello blanco" y los mandos medios y altos de la gerencia, en un ambiente en el que prevalecía el discurso de la cooperación y el consenso sobre la lucha de clases. Al mismo tiempo, se observaba la incursión masiva de las mujeres en el mercado de trabajo y la modificación de la arena laboral que con las crisis hizo evidente el menor peso socioeconómico del sector industrial y el crecimiento del terciario. En este contexto, el término cultura obrera resultaba limitado en su poder explicativo y se empezó a hablar de actores y culturas laborales (Guadarrama, 1998).

Esta nueva entrada conceptual al tema coincidió con una reestructuración del campo de estudios sobre el trabajo, que en México había estado dominado desde los años setenta por la historia obrera, la antropología industrial y la sociología del trabajo. Cuando el siglo XX estaba por terminar, los abordajes sobre trabajo y cultura tenían ya una perspectiva claramente multidisciplinaria. Aunque las bases conceptuales de este esfuerzo provenían principalmente de la sociología del trabajo e industrial, ya se notaba la influencia de corrientes renovadas derivadas de otras disciplinas y de esfuerzos interdisciplinarios presentes en la literatura internacional.

En la figura 7.1 resumimos los principales procesos y conceptos desarrollados en el plano internacional a partir de la posguerra y hasta los años ochenta del siglo XX.[2]

[2] Un análisis de estos conceptos y procesos pueden verse en Guadarrama, 2000.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

A partir de los noventa se observan nuevos temas en la literatura internacional. En el terreno de la historia social obrera se reafirma la importancia del concepto de clase para explicar las ideologías, disposiciones y acciones de los trabajadores y también su traducción en legados institucionales y resultados políticos en contextos diversos y comparables (Katznelson y Zolberg, 1986). Los estudios de la empresa y la ingeniería industrial vincularon los cambios en el mundo del trabajo, el mercado y la tecnología con las orientaciones de los individuos hacia el trabajo y las relaciones entre el trabajo y el no trabajo. Así surgió el interés por temas entrecruzados, como los referidos a movilidad, clase e imaginarios; personalidad, hogar y familia; género y familia; tiempo libre y desempleo, entre otros (Watson, 1987). Los estudios organizacionales mostraron interés por las culturas y subculturas ocupacionales (Trice, 1993). Otro enfoque interdisciplinario interesante es el que vincula procesos de comunicación, relaciones de poder y prácticas discursivas en la empresa corporativa (Deetz, 1992). Desde la ciencia política y la sociología se abordó por primera vez el impacto de la crisis del Estado de bienestar sobre los mercados de trabajo urbanos y la emergencia de nuevas culturas del desempleo de larga duración y de la nueva pobreza urbana (Engbersen *et al.*, 1993).

En México, esta forma de pensamiento abigarrado que abrevaba de las herramientas conceptuales de distintas disciplinas se hizo notoria en los abordajes sobre la cultura laboral que se discutieron en un seminario auspiciado por la Universidad Autónoma Metropolitana y la Fundación Friedrich Ebert, entre 1996 y 1997 (véase Guadarrama, 1998). De cara al discurso oficial, que hablaba de una "nueva cultura laboral", entendida como "un cambio de actitudes hacia el trabajo", y de las "nuevas" reglas y acuerdos que regían el mundo laboral flexibilizado, surgieron propuestas para caracterizar la cultura del trabajo desde perspectivas que establecían relaciones inéditas entre lo local y lo global. El resultado de este seminario fue el libro denominado *Cultura y trabajo en México. Estereotipos, prácticas y representaciones*. Los artículos compilados en ese libro[3] hablan muy bien del estado de la cuestión que nos atañe, en el que sobresalen tesis novedosas

[3] En el que participaron Carlos García Villanueva, Mario Trujillo Bolio, Nicolás Cárdenas García, Luis Reygadas Robles Gil, Mandred Wannöffel, Marco A. Leyva Piña, Moisés Mecalco López, Alejandro Covarruvias, Sergio A. Sandoval Godoy, María Eugenia de la O, Alfredo Hualde Alfaro, Patricia Ravelo Blancas, Javier Melgoza Valdivia, Sergio G. Sánchez Díaz, Saúl Horacio Moreno Andrade, Rafael Montesinos, Griselda Martínez, Mónica Casalet, Paola Martínez, Rodrigo Salazar y esta autora como coordinadora.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

sobre distintos temas, como la asimilación cultural de los modelos productivos a través de las llamadas "empresas globales". Otros trabajos analizaban la cultura laboral en interacción con los sistemas culturales más amplios de la sociedad y señalaban la fractura de los estereotipos nacionales sobre el trabajo. Otro eje de análisis fundamental fue el relativo a los acuerdos que regían el cambio industrial. Desde esta perspectiva, la cultura se analizaba como un fenómeno construido en la interacción de actores con intereses distintos, que podían llegar a resultados inesperados a lo largo de los procesos de privatización de las empresas. El análisis de estos procesos desde el punto de vista de los actores resultaba muy sugerente para entender los cambios productivos y las formas distintas de participación de los trabajadores frente al cambio tecnológico, de acuerdo con las características de las empresas y el entorno local, regional, nacional e internacional. Los estudios de caso, como el de la empresa Ford en Hermosillo, Sonora, fueron muy importantes para profundizar en los aspectos cognitivos, valorativos y normativos relacionados con la "adaptación" de los modelos japoneses de competencia continua a contextos de agricultura moderna en países en desarrollo. Otros estudios mostraron los contrastes entre "la nueva cultura de la participación" y las situaciones de trabajo precarias, como las que se experimentaban en las industrias maquiladoras del norte del país.

Un asunto novedoso en la discusión intelectual del momento fue el abordaje de las identidades ocupacionales y de género. Esta línea de investigación, con influencia de la sociología francesa del trabajo, propuso analizar las nuevas profesiones, como la ingeniería, en industrias exportadoras del norte del país, consideradas hasta entonces descalificadas. Otro elemento que sobresale en esta línea es la posibilidad de vincular los aspectos objetivos de las trayectorias laborales y el mundo de representaciones construidas por los trabajadores calificados sobre su propio desempeño, su situación actual y sus expectativas de futuro. Estas representaciones sobre el trabajo podían diferir de acuerdo con el género, como lo demostraron estudios sobre empresas con personal mayoritariamente femenino, como el de las fábricas de confección de ropa en la ciudad de México.

El ámbito sindical fue otro espacio privilegiado para el análisis de la cultura laboral, entendida como un proceso interactivo de creación de sentido que se expresaba en las prácticas sociales e institucionales de los sujetos. Para abordar este proceso se mezclaron propuestas traídas desde el interaccionismo simbólico y de tradiciones psicosociales sobre las reacciones de los subalternos ante el ejercicio y la movilización de recursos de los

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

de arriba, en contextos en los que aparecían mezclados procesos de modernización democrática y resabios autoritarios del sindicalismo mexicano.

Por último, el mundo de la empresa emergió como un escenario indispensable para explicar los cambios culturales producidos por las contradicciones entre los principios de eficacia y eficiencia de la cultura empresarial global y los valores proteccionistas de los empresarios mexicanos.

Este conjunto de investigaciones, a pesar de que apuntaban hacia aspectos muy disímbolos de la llamada cultura laboral, coincidían en subrayar tres rasgos fundamentales:

• La interconexión global de los procesos productivos y la flexibilización de la mano de obra.

• La existencia de tantas culturas como formas de adecuación de los modelos productivos dominantes a las realidades socioculturales concretas.

• La diversidad de prácticas de los actores laborales y de sus espacios de significación, situados entre la producción y el consumo, el momento del trabajo y el tiempo de ocio, la organización de la producción y la organización del mundo doméstico de la reproducción.

Estas coincidencias, sin embargo, no fueron suficientes para amortiguar el carácter polifónico, ambiguo y descriptivo del lenguaje con el que se analizaban los distintos planos del poliedro llamado cultura laboral. Esto explica también que varios de ellos se transfirieran a la agenda de investigación del nuevo siglo, en la que se insistiría en la necesidad de profundizar en el estudio de las consecuencias de la interconexión del mundo laboral globalizado, como las relativas a la flexibilización de los marcos normativos del trabajo, la heterogeneidad ocupacional, la incompatibilidad visible entre mercado de trabajo, familia y mundo reproductivo, la transmutación genérica, etaria y étnica de los actores laborales, el carácter simbólico de los procesos creativos, y la individualización creciente de los procesos de subjetivación y acción colectiva.

CULTURAS E IDENTIDADES LABORALES EN LA PRIMERA DÉCADA DEL SIGLO XXI

Como respuesta a las demandas heredadas, el comienzo del nuevo siglo se caracterizó por los esfuerzos conceptuales en el campo de la cultura y el trabajo en México. Sobresalen, particularmente, dos campos que desde mi

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

punto de vista tuvieron mayor relevancia teórica. Uno de ellos, con raíces en los viejos debates sobre la cultura obrera y del trabajo, propuso nuevas herramientas para interpretar los significados de la cultura en las circunstancias abiertas por la globalización. El otro se apoyó en las teorías sociológicas sobre sujeto, subjetividad, identidad y género para abordar los procesos sociales de constitución de los actores laborales y las contradicciones entre el mundo del trabajo y los espacios reproductivos. Veamos a continuación cada uno de estos campos conceptuales y sus distintos hilos de análisis.

La dimensión simbólica del trabajo

Desde finales del siglo XX, el antropólogo Luis Reygadas resaltó la importancia de un giro en el pensamiento social mexicano hacia aspectos simbólicos y subjetivos de los fenómenos sociales, que en el terreno de lo laboral coincidía con la interacción de diversas culturas del trabajo, provocada por la externalización y subcontratación de los procesos productivos industriales. En este contexto, la dimensión simbólica del trabajo adquirió mayor visibilidad y "extensión". Era cada vez más evidente que la producción de significados no se limitaba al entorno laboral, o dicho de otra manera, que este entorno ampliaba sus fronteras en la medida en que los trabajadores importaban a los procesos de trabajo ampliados un capital simbólico construido "en diferentes momentos de sus trayectorias laborales, en las comunidades en donde han vivido, en sus grupos domésticos, en las tradiciones populares y en el conjunto del universo simbólico de la sociedad" (Reygadas, 1997: 135).

Esta concepción fluida de la cultura del trabajo, definida como "un proceso de generación, actualización y transformación de formas simbólicas en la actividad laboral" (Reygadas, 2002a: 106), se proponía captar la intersección entre lo simbólico y lo productivo por medio de un doble juego de vectores: uno que iba de la esfera productiva hacia la cultura, y otro que se desplegaba en sentido inverso, de la cultura hacia el trabajo. Con el primero se explicaba "la eficacia simbólica del trabajo" y, con el segundo, "la eficacia laboral de la cultura" (Reygadas, 2002a, 2002b).

El modelo vectorial de Reygadas, con claras resonancias geertzianas y aún más del modelo de análisis cultural del sociólogo inglés John B. Thompson (1993), buscaba traspasar las falsas dicotomías que habían dominado

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

la interpretación de las culturas, entre aspectos duros (materiales) y blandos (simbólicos) de los fenómenos sociales,[4] y subrayar la idea de que el mundo laboral productivo es también un espacio sustancial de creación simbólica que permanentemente afecta a otras instancias de la sociedad. Al mismo tiempo, daba cuenta de los movimientos moleculares provenientes de la sociedad mediante los cuales las costumbres, valores y representaciones, es decir, "los discursos amplios sobre el trabajo", hacían sentir su efecto paulatino sobre la realidad laboral. Este modelo de flujos tenía como sustento principal un tercer elemento bisagra, por el cual los procesos culturales de producción y apropiación simbólica adquirían un carácter social y humano en la medida en que para reproducirse dependían de la interacción de los sujetos en el espacio laboral, ámbito en el que las culturas del trabajo se enfrentan y se integran.

En México, esta armazón conceptual representó sin duda una herramienta muy importante para estudiar a profundidad los cambios que se estaban gestando en las fábricas de las cadenas globales, que para principios del siglo XXI ya cubrían la frontera norte y se habían desplazado hacia nuevas regiones exportadoras en el centro y sureste del país. También permitía comprender mejor la complejidad que se derivaba de la interacción de diversos sistemas de trabajo y culturas nacionales y locales, y de los conflictos entre personas de diferentes orígenes étnicos y nacionales en el espacio fabril y el más amplio de la sociedad civil. Un ejemplo de ello son los estudios de caso y comparativos de fábricas globales en Guatemala y Ciudad Juárez (Reygadas, 2002b), Yucatán (Castilla Ramos, 2004) y Tijuana, Ciudad Juárez y Matamoros en la frontera norte (De la O y Quintero, 2001; Quintero y Dragustinovis, 2006; Salzinger, 2003; Solís, 2009).

Vistos en conjunto, la principal aportación de estos estudios fue el redescubrimiento de la dimensión simbólica en el espacio fabril globalizado, con todas sus complejidades y contradicciones. Al mismo tiempo, la recuperación de sujetos laborales sexuados y moldeados por la superposición de sistemas productivos y las ideologías corporativas del consenso. Visibilizar el vínculo entre fábrica, familia, comunidad y sociedad civil constituyó también una virtud de estos estudios.

Hacia mediados de la primera década del siglo, este modelo de análisis no fue ya suficiente para explicar las contradicciones entre trabajo descali-

[4] Una discusión sobre estas falsas dicotomías puede encontrarse en Alexander, 1994.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

ficado y precario y trabajo profesional y supercalificado, en procesos que a lo largo de las cadenas de subcontratación se caracterizaban por ser simultáneamente intensivos en mano de obra y basados en nuevas tecnologías de la información. Paralelamente, se observaba el corrimiento de lo laboral del mundo típico industrial fabril hacia espacios que en América Latina y en México no habían sido tan atípicos, como son aquellos relacionados con el trabajo informal, el subempleo y el desempleo, la desregulación y desprotección creciente de la situación de trabajo y la migración. En medio de este contexto, de profundos cambios del trabajo y sus significados, se plantea la preocupación por conocer los procesos de constitución de sujetos, sus identificaciones con su trabajo y sus posibilidades de acción colectiva.

Con este propósito, los especialistas en el tema han buscado respuestas en conceptos fincados en el estudio de la vida concreta de hombres y mujeres, de sus historias de vida en contextos específicos, pero históricamente situados. Nos referimos a conceptos como el de identidad social, que añadidos al de cultura permiten entender mejor la reconstitución de los lazos sociales más significativos y la importancia que el trabajo sigue teniendo, en medio de la vulnerabilidad que lo caracteriza, como espacio de construcción social de hombres y mujeres.

Para abordar esta discusión, me permito hacer un recuento de los principales hilos que convergen en la discusión actual que sirve de punto de partida al análisis de las identidades laborales. Empecemos por justificar la pertinencia teórica del concepto.

Identidad: actualidad sociológica de un viejo concepto

Para la sociología clásica de finales del siglo XIX y principios del XX la identidad social fue un tema marginal en relación con sus grandes preocupaciones tocantes a los procesos de integración, socialización y cohesión social. Avanzada la segunda mitad del siglo XX, a la luz de la crisis de los grandes paradigmas materialista y funcionalista que dominaron el pensamiento sociológico de entonces, surgieron nuevas explicaciones sobre los lazos sociales que pusieron en el centro el tema de las interacciones sociales, los procesos de construcción del sujeto y su capacidad de agencia. Ya para terminar el siglo XX, la identidad social fue incorporada al *corpus* sociológico como un concepto que aludía a la experiencia del sujeto frente al fin de la moder-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

nidad. Autores como Anthony Giddens (1991), Ulrich Beck (1998) y Zygmunt Bauman (2005) plantearon explicaciones sobre el tránsito entre la sociedad moderna, cuyas instituciones se fundaron sobre el canon racionalista de la Ilustración, y una nueva sociedad que no alcanzaba a tener un nombre propio, ya que algunos la concebían como la última fase de la modernidad (modernidad tardía) y otros hablaban de ella como un nuevo modelo posterior a la modernidad (la llamada posmodernidad). Como quiera que sea, no pretendemos abundar aquí en esta discusión semántica, que por otra parte nos parece un tanto inútil en la medida en que no permite ir más allá de ciertos modelos abstractos inspirados en las sociedades más desarrolladas y nos dice muy poco sobre la complejidad del resto de las formaciones sociales del mundo contemporáneo.

Para fines del tema que nos ocupa sólo retomaremos el hilo de la discusión que versa sobre ciertos rasgos de la posmodernidad relacionados con la identidad social.

Los autores mencionados afirman que uno de los aspectos más sobresalientes de esta forma de sociedad es el estado de riesgo, inseguridad e incertidumbre que caracteriza la vida diaria de las personas. Esta forma de estar en un mundo aparentemente sin ataduras, es el resultado de lo que Giddens llama el "desenclave" de los individuos del antiguo orden social, que la sociología clásica francesa había definido como el mundo de las instituciones (el Estado, la familia, la escuela, el mercado de trabajo), dentro del cual los individuos reproducen las funciones sociales asignados por éstas, asegurando con ello la reproducción del orden social en su conjunto. En los estudios laborales, este desenclave se traduce en la situación de precariedad que priva en el mercado de trabajo y que, de acuerdo con los trabajos clásicos de Rodgers (1989), se caracteriza por su alejamiento cada más extendido de lo que el mundo laboral fordista definió como empleo estándar. Al respecto, este modelo idealizado del trabajo normal sirve poco para comprender la realidad de los países pobres que han vivido al margen de las condiciones laborales consideradas "normales" por el mundo industrial occidental. En todo caso, habría que investigar las formas que adoptan actualmente las situaciones de riesgo, inseguridad e incertidumbre laboral en países en los que la desigualdad económica se manifiesta en un heterogéneo mosaico ocupacional que incluye desde las funciones y jerarquías laborales más sofisticadas y calificadas, como los diseñadores de *software* y los creadores de arte, hasta los empleos más rutinarios y descalificados realizados en los viejos y nuevos centros globa-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

lizados de producción, como es el caso de las maquilas de la costura y los *call centers*, respectivamente.

En general, habría que profundizar en el conocimiento de los cambios que atraviesan todos estos ámbitos, campos y *habitus* de la vida sociolaboral, en los que se han desarticulado los principios básicos de la interacción y, con ello, los procesos mismos de constitución del ser social. Con este propósito, consideramos útil incorporar el concepto de "identidad social" en el campo de los estudios laborales.

Una manera de referirse a estos cambios es la que alude a la crisis de las identidades. Al respecto, el autor de origen polaco, avecindado en Inglaterra, Zygmunt Bauman, ha desarrollado esta idea desde una perspectiva sociológica que él mismo denomina "sociología de la posmodernidad" y que constituye la versión más radical de esta corriente de pensamiento. Según este autor, mientras las relaciones humanas estuvieron sostenidas en la cohabitación, en el conocimiento mutuo, la identidad no fue una preocupación: "Hubo que esperar a la lenta desintegración y a la merma del poder de control de las vecindades, para que naciera la identidad como un problema y, ante todo, como una tarea" (Bauman, 2005: 46). Es entonces cuando el problema de la identidad se formuló como una crisis de pertenencia a lo que habían sido las instituciones características de la sociedad moderna, entre ellas, de manera preponderante, el trabajo.

No me interesa polemizar en este espacio sobre las tesis de Bauman y su pertinencia para analizar los temas del trabajo en los países en desarrollo. Me limito a señalar que sus "tipos ideales" para definir lo moderno y lo posmoderno, desde mi punto de vista, no constituyen la mejor estratagema teórica para comprender la situación de los países que históricamente han estado situados al margen de lo que se ha concebido como el centro moderno del mundo industrial. En particular, pensar en una modernidad ligera, líquida, que acaba con los anclajes sociales de la familia, la nación, etc., e incluso con las formas de agrupamiento social que estaban en la base de las identidades de clase y de género, y reducirla a una identidad autorreferenciada, situada en ningún lugar, es en sí misma una simplificación de las formas sociales "realmente existentes en el diverso y cambiante mundo actual".

En este sentido, me inclino por buscar explicaciones que vayan al fondo de las distintas formas de la experiencia humana y que den cuenta de sus cambios, antes que declararlas inexistentes o darlas por muertas. De ahí la importancia de formular un concepto de identidad laboral que tenga

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

como referencia las experiencias concretas del trabajo que, como podemos ver en el caso mexicano, suponen cambios profundos en las formas de organizar la producción en espacios reconstituidos y ampliados, que vinculan simultáneamente producción y consumo, distinguen entre prácticas simples y rutinarias y prácticas sofisticadas relacionadas con la creación intelectual y que suponen también cambios en las posibilidades de construcción de lazos sociales que desafían la flexibilidad laboral, la inestabilidad y la desregulación profunda de las relaciones laborales.

Para explorar este proceso de cambio en las relaciones y formas sociales resulta indispensable, como lo han hecho los estudiosos sobre la cultura de las fábricas globales mencionados en el apartado anterior, considerar las experiencias de vivir en contextos marcados por la mundialización de la vida económica, productiva, social, cultural que se resumen en el concepto de globalización. A partir de este concepto, es posible descubrir aquello que subyace a la sensación de vivir en un mundo único, sin fronteras, que todos los días nos devuelven los medios de comunicación y que se reproduce en la comunicación a distancia, en la internet, etc., en suma, en la imagen de un "nosotros" donde no existen los "otros". Esta sensación tiene su contraparte en la fragmentación y relocalización de los procesos productivos del centro a la periferia, en las guerras regionales exportadas desde el centro mundial del terror y en los conflictos interétnicos y religiosos producidos por las migraciones que son resultado de aquellas guerras y de la desigualdad social fomentada por los instrumentos de la economía global en crisis, por poner sólo algunos ejemplos de la contradicción entre unidad-fragmentación que revela de manera más puntual el concepto de globalización.

Para los estudios laborales contemporáneos es imperativo averiguar qué pasa en este contexto globalizado con el nuevo sentido del yo, aparentemente desencajado de lo social.

Desde la antropología, Jonathan Friedman (2001) ha insistido en la necesidad de analizar lo que pasa con la desintegración del "centro" que daba coherencia a las sociedades modernas. La crisis de hegemonía de la sociedad industrial es una expresión de este proceso de desintegración que viene desde el centro del sistema global.

En este sentido, la crisis de las identidades podría ser vista como la crisis de la cultura hegemónica, del centro hegemónico, que conlleva simultáneamente la reafirmación de nuevos centros ascendentes y la visibilización de las identidades locales. Desde esta perspectiva "ascendente"

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

deben estudiarse los centros productivos exportadores, aun los que aparecen como redes de producción y comercialización independientes, como sucede con las pequeñas y medianas empresas de confección de ropa, que son a su vez comercializadoras y que interrelacionan localidades medias y pequeñas y consumidores de los sectores populares de distintas regiones del país. Estas redes que están ancladas en tradiciones laborales autóctonas no escapan de la influencia de las cadenas globales y de los ritmos del mercado internacional que ponen límites a sus capacidades productivas e influyen en los cambios socioculturales de la vida local en su conjunto.

Esta perspectiva ascendente de la globalización permite, además, observar este proceso desde la situación existencial del sujeto, variable a lo largo de la historia, y desde la particularidad de su experiencia que echa por tierra las concepciones pretendidamente universales de la globalización.

Para entender mejor este doble proceso de construcción de identidades, que desde el punto de vista de Friedman da lugar a las identidades asignadas y a las identidades significantes, conviene rescatar la distinción entre "cultura genérica" y "cultura diferencial".

La primera se refiere a las propiedades comportamentales y representacionales "atribuidas" a una población dada. En palabras de Bourdieu (1988), sería el intento de comprender la unidad de las prácticas sociales por medio de un concepto como el de habitus. En este sentido, podríamos hablar de ciertas propiedades y representaciones atribuidas socialmente a las ocupaciones y profesiones que las distinguen a lo largo de grandes periodos históricos. Por su parte, la "cultura diferencial" constituiría la realización de la anterior en la especificidad histórica, espacial y subjetiva de las profesiones/ocupaciones y aludiría a la multiplicidad de interpretaciones sobre "la naturaleza de las cosas" producidas por los sujetos, a su diversa y variable experiencia subjetiva, pero también a la "coherencia" que colectivamente construyen.

Así entendida, la cultura laboral deviene un fenómeno hermenéutico, una "interacción de interpretaciones", construida en el intento de comprender el significado de las prácticas, los deseos y motivaciones de los individuos, pero también los procesos jerárquicos de socialización en los que están inmersos.

La consideración de este carácter dual y construido de la cultura laboral constituye la diferencia principal entre el enfoque culturalista y el posmodernista.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Identidades laborales

La pertinencia del concepto de identidad fue actualizado en México a la luz de las contradicciones del mundo laboral, caracterizado por la convivencia entre el trabajo descalificado y el trabajo profesional y supercalificado que exigen las nuevas tecnologías de la información (Hualde, 1998). Los cambios producidos en el mercado de trabajo por la presencia masiva de las mujeres fue también un factor que inspiró el desarrollo de estudios sobre los cambios genéricos de las ocupaciones y profesiones y la segregación laboral (Oliveira y Ariza, 1997).

Las primeras consideraciones que sobre el tema se desarrollaron en México (Hualde, 2000), encontraron una fuente de inspiración en el enfoque sobre las identidades socioprofesionales representado por Claude Dubar (2000), sociólogo francés que basa su pensamiento en una profunda revisión de los fundadores de la sociología de su país. Un ejemplo de ello es su concepto sobre "las formas identitarias" inspirado en Durkheim y Mauss.

Como puede verse en uno de sus textos, escrito al alimón con Didier Demazière (1997), este autor y su colega se inclinan por un concepto de identidad asentado en la experiencia narrada por el sujeto, a la que denominan "definiciones de situación". A partir de estas "definiciones", exploran el camino interpretativo de reconstrucción para establecer el vínculo complejo entre la experiencia individual y los marcos sociales. Igual que otros autores interesados en recuperar los aspectos relativos al conocimiento subjetivo, atribuyen al lenguaje un papel central para dar cuenta de las representaciones simbólicas del mundo elaboradas por los individuos. Según ellos, a partir del lenguaje es posible saber cómo "se reconocen, argumentan y explican" las personas. Aunque sabemos que el proceso de constitución identitaria va más allá de la pura enunciación lingüística de los deseos y emociones del individuo, ya que supone una transacción relacional entre el "sí mismo" y los "otros", representados por las instituciones que lo encuadran y anclan socialmente.

Esta dualidad del proceso identitario (Dubar, 2000) recupera el sentido social, sociológico e histórico del concepto de identidad que se había perdido con el posmodernismo. Al dar a la identidad "para sí" una dimensión temporal, es posible comprender el tránsito entre la experiencia biográfica y los procesos sociohistóricos que la influyen y que, a su vez, sólo existen mediante la experiencia narrada.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Un ejemplo de esta dualidad queda ilustrado en la investigación de Dubar y Demazière (1997) sobre la inserción laboral de los jóvenes franceses. En esta investigación, las "formas identitarias" aparecen como los conceptos por medio de los cuales estos jóvenes se refieren al trabajo, en el contexto del desempleo de los años ochenta y noventa en Francia, que afectó las maneras mismas de categorizar el trabajo. Lo mismo sucedió con las categorías oficiales para definir los distintos mundos socioprofesionales, que a su vez tienen su propio sistema de preferencias y valorizaciones. En México, los trabajos sobre los ingenieros e ingenieras (Hualde, 2007), las profesoras (Torres, 2005; Ramírez, 2007) y las enfermeras (Tolentino, 2007) son un buen ejemplo de las formas profesionales identitarias.

El enfoque de las identidades socioprofesionales y laborales en general se ha convertido en un campo bien asentado en los estudios laborales, en íntima relación con otros campos, como los relativos a la formación profesional, que toca aspectos de las teorías del conocimiento y el aprendizaje, y los métodos biográficos como instrumentos para analizar los aspectos subjetivos del trabajo.[5]

Estos estudios demuestran la pertinencia de seguir estudiando en su sentido más amplio las profesiones —el trabajo— en la "modernidad tardía", ya que en esencia expresan las contradicciones del mundo laboral observadas en la tendencia a seguir calificando como "profesional" cierto tipo de trabajo, al mismo tiempo que algunos dominios de las profesiones clásicas están cambiando (Salling, 2008). A la luz de esta tensión entre lo que permanece y lo que cambia, surge el interés por preguntarse si las identidades profesionales y vocacionales podrán "regenerarse" cuando los cambios sociales amenazan con socavarlas.

Desde el punto de vista del desarrollo de la llamada "sociedad del conocimiento", el estudio de las profesiones también es "políticamente importante", si las vemos como monopolios de conocimiento y competencia. En esta línea de reflexión, convendría ahondar en los procesos de conocimiento como vías de constitución de los sujetos. Pensemos, por ejemplo, en las prácticas profesionales más o menos estereotipadas en términos de género que vemos en carreras masculinizadas, como la ingeniería (Hualde, 2007; Beraud, 2007), o feminizadas, como la enfermería (Tolentino, 2007).

[5] Una ilustración de esta perspectiva en México puede verse en los trabajos de De la O (2001) y Solís y Billari (2003).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Otro ejemplo de este abordaje de las profesiones es el proyecto de historia de vida de la Universidad de Roskilde, en Dinamarca, que propone analizar los aspectos subjetivos relacionados con el aprendizaje durante la formación profesional diferenciados por género. Especialmente sugerente es su modelo de análisis para estudiar la profesionalización, que se diferencia del enfoque normativo de la identificación profesional desarrollado por autores como Andrew Abbot y Michael Davis. Los seguidores del modelo de Salling (2008) prefieren hablar de identidad profesional para referirse "a un esfuerzo subjetivo de aprendizaje y de identificación de toda la vida", por medio del cual los individuos con sus historias de vida, su género, etc., adquieren el conocimiento ya existente y al mismo tiempo desarrollan de forma colectiva e individual su propia práctica e identidad. Es decir, la identidad profesional se ve como un proceso en permanente construcción, que comprende el cambio de rutinas, identificaciones, experiencias, aprendizajes y prácticas, que supone la intermediación concreta entre tres dinámicas relativamente independientes: el contexto societal de trabajo (tareas, clientes, consumidores, organización y división social del trabajo), la base de conocimiento de la profesión (métodos, conceptos, cuerpo de conocimientos, disciplinas, instituciones científicas) y las subjetividades individuales y colectivas de los individuos (historia de vida).

Conviene subrayar el carácter subjetivo y procesual que tiene el concepto de aprendizaje desde esta perspectiva, que lo concibe como un esfuerzo que se despliega "a lo largo de una historia de vida" dentro de un contexto más comprensivo de experiencia colectiva. En este sentido el aprendizaje es "subjetivamente específico e históricamente situado", lo que quiere decir que está imbuido en las situaciones prácticas experimentadas por el individuo y que incluye, además de los aspectos del conocimiento y la conciencia, las emociones y las percepciones de sí mismo y de la situación vivida. Estos aspectos que se manifiestan en la práctica diaria (rutina) constituyen a su vez un mecanismo de defensa del propio individuo frente a las exigencias de su práctica profesional (condiciones muchas veces contradictorias y amenazantes).

Estas transacciones entre los aspectos biográficos y el contexto social y profesional constituye la piedra de toque de los análisis de este campo de estudio, que ven en los "juegos de lenguaje", parafraseando a Wittgenstein, la posibilidad heurística de reconocer los aspectos emocionales, cognitivos y sociales de la experiencia profesional. De ahí la importancia que atribuyen a ciertos procedimientos hermenéuticos en profundidad, como la en-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

trevista biográfica, aunada al análisis secuencial del discurso, ya que es allí donde el procesamiento de los significados subjetivos tiene lugar y es articulado. Un ejemplo de este enfoque extendido al terreno de las ocupaciones no profesionales puede verse en Guadarrama (2009).

Identidad profesional y género

Tal y como apuntamos antes, la construcción de la identidad profesional es un proceso que no se limita solamente a la formación y transmisión de saberes. Las diferencias de género, de calificación, clase, etnia y muchas otras que recorren la formación profesional de las personas a lo largo de su vida, su ingreso al mercado de trabajo y las características de su mundo familiar, son factores que actúan de manera muy importante en la estructuración de sus identidades.

La identidad profesional está lejos de constituir un conglomerado inmutable de valores, normas y prácticas compartidos igualmente por hombres y mujeres. Su carácter histórico está relacionado con el espacio y el tiempo de vida de las personas. Actualmente, los cambios en la organización del trabajo, la introducción de nuevas tecnologías, la disminución del trabajo industrial y la expansión de los servicios, la llamada "revolución del conocimiento", las nuevas formas de competencia, la mayor presencia económica de las mujeres, la fragilidad de los lazos laborales y la creciente flexibilización del trabajo que se expresa en la intermitencia y movilidad laboral intensa, o la exclusión definitiva de las personas en o del trabajo son todas ellas condiciones que tienen una repercusión en las identidades profesional y laboral y en las posibilidades de acción colectiva de los individuos, hombres y mujeres.

Igualmente importantes son los cambios observados en los modelos familiares y en los estereotipos de género que orientan la formación profesional y la inserción laboral de las mujeres.

De este entrelazamiento entre el mundo reproductivo y productivo resultan identidades genérico-profesionales sostenidas en dos ejes contradictorios: la maternidad y la profesión, a partir de los cuales las mujeres construyen sus identidades. En este sentido, podríamos pensar en un esquema en el que una mayoría de mujeres construye su identidad laboral buscando de distintas maneras conciliar estas dos esferas que constituyen parte central de su mundo de vida, y otras pocas que por distintas razones eligen

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

sólo una de estas esferas para realizarse como madres-esposas o bien como profesionistas.

La realidad nos muestra, sin embargo, un panorama más complejo. Entre las profesionistas que siguen la estrategia conciliatoria encontramos, por ejemplo, mujeres que en el fondo dan mayor preferencia a la maternidad como eje de realización en su vida y otras que destacan su realización profesional, aunque sin renunciar al otro campo. Entre las que se enfrentan a situaciones más polarizadas, en complejos procesos familiares y personales, están las mujeres exclusivas del hogar y las profesionistas que renuncian de plano a la maternidad.

En el fondo de estas identidades laborales femeninas corren procesos contradictorios más generales de resignificación de las categorías genéricas socialmente configuradas y transmitidas, y las propias experiencias biográficas relacionales de las mujeres a partir de las cuales reconfiguran de modo genérico los saberes aprendidos. En el caso de las profesionistas, la familia y la escuela son los dos espacios sociales que más influyen en su orientación profesional y donde tienen lugar las batallas reales y simbólicas decisivas en el futuro de la vida de las mujeres. En ellos construyen y reconstruyen sus gustos y preferencias profesionales, readecuando los modelos que definen la masculinidad y la feminidad de las profesiones desde una cultura masculina no siempre explícita (Loudermilk, 2004). En este sentido, el "descubrimiento" profesional, lo que algunos llaman la "vocación", debe entenderse como un proceso pedagógico que se conforma a lo largo de la vida de las personas y que si bien está informado por los estereotipos de género preexistentes, cada vez debe ser reconstruido, puesto al día, de acuerdo con sus condiciones sociales y biográficas. Por esta razón, la elección de carreras "femeninas" o "masculinas" tiene un enorme significado, no sólo desde el punto de vista profesional sino también de la identidad genérica de las mujeres. Igualmente, las decisiones relativas a su vida familiar están vinculadas a su condición laboral. Es por ello que afirmamos que los perfiles profesionales de las mujeres, su profesionalismo entendido como su desarrollo profesional, su estado de competencia, su empleabilidad, dependen de los arreglos familiares y de sus disposiciones, que oscilan entre la domesticidad y la realización individual, desarrolladas a lo largo de su vida activa.

No debemos olvidar que esta conexión, este "entrelazamiento"[6] de la subjetividad individual y la formación profesional, la transformación del

[6] Referido como *entwining* por Billett y Somerville, 2004.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

self y los procesos de socialización profesional, están mediados por el aprendizaje en la familia, la escuela y el lugar de trabajo y en última instancia por la capacidad de agencia de las personas. Esto quiere decir que los individuos toman decisiones de acuerdo con los recursos económicos y culturales (*habitus*) de que disponen. De ahí que las identidades profesionales se estén acomodando de manera permanente a los cambios en los procesos de transmisión del conocimiento y de aprendizaje en la escuela y en el trabajo, y paralelamente a las modificaciones de los modelos familiares (Pacheco y Blanco, 2007). Estos cambios se expresan también en las metáforas que conforman las ideologías profesionales y en los saberes y habilidades orientados genéricamente; por ejemplo, en las definiciones de las profesiones de cuidado, como la enfermería y el trabajo social, que tienen un alto contenido emocional y afectivo. Lo mismo pasa con el magisterio, sobre todo en los primeros años de la primaria, en los que prevalece la figura maternalizada de las maestras (Torres, 2005; Guadarrama y Torres, 2006). De allí resultan profesiones que en apariencia son más compatibles con las necesidades de las mujeres que privilegian la maternidad como eje de constitución identitaria. En cambio, otras profesiones construidas desde figuras y metáforas masculinas, como el saber racional y el don de mando, exigen la trasgresión de estas construcciones en el proceso de "pensar, actuar y aprender" de las mujeres. Esta trasgresión conduce a identidades que buscan conciliar maternidad y profesión sobre el eje de la realización profesional o que de plano consideran a la maternidad en las circunstancias actuales como irreconciliable con esta realización.

En el caso de las profesiones feminizadas, una aportación novedosa a esta discusión la hace Tolentino (2007) a partir de un estudio de caso sobre enfermeras de un prestigioso hospital-escuela de la ciudad de México. Su investigación nos permite observar los cambios en este mercado profesional y laboral, en el que se observan ganancias para las mujeres que han logrado el reconocimiento de su trabajo profesional más allá de los estereotipos vocacionales predominantes en esta profesión, pero también la continuación y extensión de situaciones de exclusión por razones de género y clase.

Desde esta perspectiva, el espacio institucional es visto como un espacio relacional privilegiado para la construcción de las identidades profesionales. En este espacio los individuos se constituyen como sujetos para sí y para los otros mediante procesos de internalización de las categorías laborales establecidas, de los espacios-tiempo del trabajo y de las reglas

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

que rigen las relaciones entre los actores, que son al mismo tiempo resignificadas de acuerdo con sus propias biografías, sexo y especializaciones profesionales.

En las profesiones masculinizadas, como la ingeniería, es común que las mujeres se adhieran al mismo tipo de valores, compartan las mismas expectativas y adquieran en principio la misma identidad profesional que los hombres (Beraud, 2007). No obstante, esta identidad profesional adquirida a lo largo de su formación acaba chocando con la realidad de la vida laboral de las empresas, regidas por el ejercicio de la autoridad, el compromiso con la empresa, la competencia y el desequilibrio entre la vida profesional y personal. Si bien las aspiraciones de ingenieras e ingenieros son en apariencia iguales, sus carreras profesionales son distintas debido a los valores masculinos sobre la profesión aún predominantes.[7]

Sobre esta contraposición entre identidades aprendidas y práctica profesional abunda Alfredo Hualde (2007) en su estudio sobre mujeres ingenieras y técnicas del mercado de trabajo maquilador en la frontera norte de México. El punto central de su investigación son las dificultades que enfrentan estas mujeres para construir identidades ligadas al trabajo, que no corresponden a su identificación con la carrera. Si bien esta última emerge fortalecida por el reto que supuso para las jóvenes profesionistas su travesía anterior por un espacio escolar masculino, en el momento de insertarse en el mercado de trabajo y asumir responsabilidades familiares afloran las contradicciones entre éstas y sus aspiraciones profesionales. Esta ambigüedad se manifiesta en estrategias que oscilan entre tratar de imitar los estereotipos masculinos sinónimos de éxito y la reproducción de los estereotipos tradicionales femeninos en relación con la maternidad, ambos encubiertos por los mercados de trabajo que se rigen por valores aparentemente neutros en género. En el fondo, estas mujeres se enfrentan al dilema histórico entre ser buenas profesionistas o ser buenas madres-esposas, en situaciones donde no coinciden las demandas del mercado con las del mundo familiar.

[7] Battistini (2004: 36) señala que estas contradicciones entre los saberes aprendidos y el mercado de trabajo se han agudizado con la generación de nuevas formas de organización del trabajo, la introducción de nuevas tecnologías y la multiplicación de quienes buscan empleo: "el proyecto que se había pensado en el colegio se trunca en la concreción del empleo".

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

CONCLUSIÓN

Al final de esta revisión de las diversas encrucijadas entre trabajo y cultura en México, a lo largo de tres décadas, partidas por la transición entre el siglo XX y el XXI, llegamos a la conclusión de que cuando hablamos de cultura nos referimos principalmente a un ángulo teórico y metodológico desde el cual miramos, examinamos, escrutamos el mundo del trabajo. Este ángulo, aun desde sus orígenes marxistas en los ochenta, se propuso descubrir los aspectos relativos a la conciencia y las prácticas de los sujetos sociales. La historia de esta mirada es la historia de la insubordinación del trabajo de sus ataduras materiales productivas. Insubordinación que permitió el reconocimiento de la existencia de un mundo simbólico asentado en lo laboral e históricamente vinculado al conjunto de lo social. Esta insubordinación fue también la de un sujeto laboral complejo y cambiante, adecuado a las veloces y profundas transformaciones de los sistemas productivos del fin del milenio pasado y transmutado hasta el punto de casi perder su identidad por la profundidad de la crisis del mundo del trabajo capitalista de este principio del siglo XXI. En esta coyuntura las antiguas culturas obreras se han visto sobrepasadas, desafiadas por algo que difícilmente puede identificarse con los estereotipos que permitían el reconocimiento de los conglomerados ocupacionales, profesionales y de clase. La flexibilización y precarización del trabajo, el subempleo y el desempleo, la informalidad, todas las formas de trabajo no típicos del mundo industrial del siglo XX, que son cada vez más normales en este nuevo siglo globalizado, están obligando a ir al fondo de estos fenómenos para entender los procesos de identificación posibles y plantearse preguntas sobre la construcción de los sujetos y sus posibilidades de acción. En este sentido, la cultura en el terreno del trabajo ha dejado de ser el atributo de una clase social realmente existente, la expresión de su conciencia. Tampoco se circunscribe a los aspectos simbólicos situados en los procesos industriales y las corporaciones globales. La cultura se convierte más en una postura, una mirada escrutadora de un mundo por descubrir y de sus sujetos en potencia. Al respecto, el reto más importante, más que de explicaciones, es de comprensión de sentido al estilo de Max Weber.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

REFERENCIAS

Alexander, J.C., 1994. Analytic debates: Understanding the relative autonomy of culture, en J.C. Alexander y S. Seidman (eds.), *Culture and Society. Contemporary Debates*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-27.

Battistini, O.R., 2004. Las interacciones complejas entre el trabajo, la identidad y la acción colectiva, en O.R. Battistini (comp.), *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*. Buenos Aires, Prometeo.

Bauman, Z., 2005. *Identidad*. Buenos Aires, Losada.

Beck, U., 1998. *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona, Paidós.

Beraud, A., 2007. La llegada de las mujeres a las actividades tradicionalmente masculinas. ¿Transformación de las identidades profesionales?, en R. Guadarrama y J.L. Torres (coords.), *Los significados del trabajo femenino en el mundo global. Estereotipos, transacciones y rupturas*. Madrid, UAM-Anthropos, pp. 143-158.

Billett, S., y M. Somerville, 2004. Transformations at work: Identity and learning, *Studies in Continuing Education* (2): 309-326.

Bourdieu, P., 1988. *Cosas dichas*. Barcelona, Gedisa.

Castilla Ramos, B., 2004. *Mujeres mayas en la robótica y líderes de la comunidad. Tejiendo la modernidad*. Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán-Ayuntamiento de Mérida-Instituto de Cultura de Yucatán.

Cirese, A.M., 1993. Cultura popular, cultura obrera y "lo elementalmente humano", *Comunicación y Cultura* (10): 31-58.

De la O, M.E., 2001. Trayectorias laborales en obreros de la industria maquiladora en la frontera norte de México. Un recuento para los años noventa, *Revista Mexicana de Sociología* (2): 27-62.

De la O, M.E., E. de la Garza y J. Melgoza (coords.), 1997. *Los estudios sobre la cultura obrera en México*. México, Conaculta-UAM.

De la O, M.E., y C. Quintero (coords.), 2001. *Globalización, trabajo y maquilas. Las nuevas y viejas fronteras en México*. México, Plaza y Valdés-CIESAS-Fundación Friedrich Ebert-Centro Americano para la Solidaridad Sindical Internacional, AFL-CIO.

Deetz, S.A., 1992. *Democracy in an Age of Corporate Colonization. Developments in Communication and the Politics of Everyday Life*. Nueva York, State University of New York Press.

Dubar, C., 2000. *La crise des identités. L'interprétation d'une mutation*. París, Presses Universitaires de France.

Dubar, C., y D. Demazière, 1997. *Analyser les entretiens biographiques. L'exemple des récits d'insertion*. París, Nathan.

Engbersen, G., K. Schuyt, J. Timmer y F. van Waarden, 1993. *Cultures of Unemploy-*

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

ment. A Comparative Look at Long-Term Unemployment and Urban Poverty. Boulder, Westview Press.

Friedman, J., 2001. *Identidad cultural y proceso global*. Buenos Aires, Amorrortu.

García, C., 1998. Presentación, en R. Guadarrama Olivera (coord.), *Cultura y trabajo en México. Estereotipos, prácticas y representaciones*. México-UAM-Juan Pablos-Fundación Friedrich Ebert, pp. 11-14.

Giddens, A., 1991. *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona, Península.

Guadarrama Olivera, R., 1998. El debate sobre las culturas laborales: viejos dilemas y nuevos desafíos, en R. Guadarrama Olivera (coord.), *Cultura y trabajo en México. Estereotipos, prácticas y representaciones*. México, UAM-Juan Pablos-Fundación Friedrich Ebert, pp. 15-49.

Guadarrama Olivera, R., 2000. La cultura laboral, en E. de la Garza (coord.), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*. México, Fondo de Cultura Económica, pp. 213-242.

Guadarrama Olivera, R., 2009. Trayectorias, identidades laborales y sujetos femeninos en la maquila de confección. Costa Rica, 1980-2002, *Revista Trace* (55): 90-111.

Guadarrama Olivera, R., y J.L. Torres, 2006. Identidades laborales en transición. Costureras en Costa Rica y maestras de primaria México, *Revista Centroamericana de Ciencias Sociales* (2): 103-138.

Hualde Alfaro, A., 1998. Aprendizaje e identidad profesional entre los ingenieros de la frontera. ¿Hacia una profesionalización de la maquiladora?, en R. Guadarrama Olivera (coord.), *Cultura y trabajo en México. Estereotipos, prácticas y representaciones*. México, UAM-Juan Pablos-Fundación Friedrich Ebert, pp. 309-332.

Hualde Alfaro, A., 2000. La sociología de las profesiones. Asignatura pendiente en América Latina, en E. de la Garza (coord.), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*. México, Fondo de Cultura Económica, pp. 664-679.

Hualde Alfaro, A., 2007. Mujeres y trabajo técnico en la industria maquiladora. Identidades y trayectorias profesionales, en R. Guadarrama y J.L. Torres (coords.), *Los significados del trabajo femenino en el mundo global. Estereotipos, transacciones y rupturas*. Madrid, UAM-Anthropos, pp. 159-174.

Katznelson, I., y A.R. Zolberg (eds.), 1986. *Working-Class Formation. Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States*. Princeton, Princeton University Press.

Krotz, E., 1993. El concepto "cultura" y la antropología mexicana: ¿una tensión permanente?, en E. Krotz (comp.), *La cultura adjetivada*. México, UAM, pp. 13-31.

Loudermilk, A., 2004. Taking her name: On queer male "woman-identification" and feminist theory, *Journal of International Women's Studies* (5): 105-122.

Novelo, V., 1984. La cultura obrera. Una contrapropuesta cultural, *Revista Nueva Antropología* **VI** (023): 45-56.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Novelo, V. (comp.), 1999. *Historia y cultura obrera*. México, Instituto Mora-CIESAS.

Novelo, V., M.A. Gómez, J. Aceves, A.H. Castro y A. García, 1986. Propuestas para el estudio de la cultura obrera, *Revista Nueva Antropología* **VIII** (029): 65-83.

Novelo, V., y A. Urteaga, 1979. *La industria de los magueyales*. México, Nueva Imagen-INAH-CIS.

Oliveira, O. de, y M. Ariza, 1997. División sexual del trabajo y exclusión social, *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo* **3** (5): 183-202.

Pacheco, E., y M. Blanco, 2007. Inserción laboral y cambios en los modelos familiares en México. Ponencia presentada en el congreso internacional de la Latin American Studies Association (LASA) 2007. Montreal, 5 a 8 de septiembre.

Quintero, C., y J. Dragustinovis, 2006. *Soy más que mis manos; los diferentes mundos de la mujer en la maquila*. México, Fundación Friedrich Ebert.

Ramírez, V., 2008. La construcción de la identidad profesional de las normalistas tlaxcaltecas. Un estudio sobre los imaginarios y los procesos sociodiscursivos que definen el ser maestra en dos contextos culturalmente diferenciados: la Normal Urbana Lic. Emilio Sánchez Piedras y la Normal Rural Lic. Benito Juárez. Tesis de doctorado en Estudios Laborales. México, UAM.

Reygadas, L., 1997. La dimensión desconocida: el mundo simbólico del trabajo, en M.E. de la O, E. de la Garza y J. Melgoza (coords.), *Los estudios sobre la cultura obrera en México*. México, Conaculta-UAM, pp. 127-139.

Reygadas, L., 2002a. Producción simbólica y producción material: metáforas y conceptos en torno a la cultura del trabajo, *Revista Nueva Antropología* **XVIII** (60): 101-119.

Reygadas, L., 2002b. *Ensamblando culturas. Diversidad y conflicto en la globalización de la industria*. Barcelona, Gedisa.

Rodgers, G., 1989. Precarious work in Western Europe: The state of the debate, en G. Rodgers y J. Rodgers (eds.), *Precarious Jobs in Labour Market Regulation. The Growth of Atypical Employment in Western Europe*. Ginebra, International Institute for Labour Studies-Free University of Brussels-ILO, pp. 1-16.

Salling Olesen, H., 2008. Professions and vocations. Collective work identities in late modernity. Ponencia presentada en el First ISA Forum of Sociology, Sociological Research and Public Debate, Barcelona.

Salzinger, L., 2003. *Genders in Production. Making Workers in Mexico´s Global Factories*. Berkeley, University of California Press.

Sariego, J.L., 1997. Cultura obrera y procesos de trabajo: debates y propuestas, en M.E. de la O, E. de la Garza y J. Melgoza (coords.), *Los estudios sobre la cultura obrera en México*. México, Conaculta-UAM, pp. 89-103.

Satriani, L.M., 1978. *Apropiación y destrucción de la cultura de las clases subalternas*. México, Nueva Imagen.

Solís, M., 2009. *Trabajar y vivir en la frontera. Las identidades laborales en las maquilas de Tijuana*. México, Miguel Ángel Porrúa-El Colegio de la Frontera Norte.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Solís, P., y F.C. Billari, 2003. Vidas laborales entre la continuidad y el cambio social: trayectorias ocupacionales masculinas en Monterrey, México (Parte A), *Estudios Demográficos y Urbanos* (54): 559-595.

Thompson, J.B., 1993. *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. México, UAM/Xochimilco.

Tolentino, H., 2007. Orientaciones y significados del trabajo en un grupo de enfermeras de élite en la ciudad de México, en R. Guadarrama y J.L. Torres (coords.), *Los significados del trabajo femenino en el mundo global. Estereotipos, transacciones y rupturas*. Madrid, UAM-Anthropos, pp. 103-122.

Torres Franco, J.L., 2005. *Identidad profesional de las profesoras de educación primaria en México*. Tesis de doctorado en Estudios Laborales. México, UAM.

Trice, H.M., 1993. *Occupational Subcultures in the Workplace*. Nueva York, ILR Press.

Watson, T.J., 1987. *Sociology, Work & Industry*, 2ª ed. Londres y Nueva York, Routledge.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

EL COLEGIO DE MÉXICO
70 AÑOS 1940-2010

8
EMPRESARIOS REGIONALES: IDENTIDAD Y CULTURA

*Luis Alfonso Ramírez Carrillo**

CONTENIDO

Identidad empresarial y globalización 240
¿Quién es el empresario mexicano? En busca del sujeto en sus regiones, 242; Culturas empresariales contrastantes, 245; Empresarios de la frontera norte, 248
Empresarios del sur-sureste 252
Los pasos del tiempo: la historia regional, 257; Familia y parentesco, 259; Cultura empresarial, política y corrupción, 261; Competitividad organizacional, 262
Para concluir 264
Referencias 267

* Investigador del Centro de Investigaciones Regionales Dr. Hideyo Noguchi, Unidad de Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Yucatán: <*rcarrill@uady.mx*>.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

IDENTIDAD EMPRESARIAL Y GLOBALIZACIÓN

En una conversación, Anthony Giddens y Will Hutton planteaban la pregunta sobre qué es lo que está cambiando en el capitalismo contemporáneo que lo hace distinto del anterior (Giddens y Hutton, 2001). Si centramos la pregunta en el mundo de la empresa, los principales ejes del cambio pueden sintetizarse en cuatro: la red global de comunicaciones, una economía del conocimiento que sustituye a una economía industrial, los mercados financieros mundiales y la aceptación de modelos múltiples de vida cotidiana que transforman las expectativas de los actores sociales, tanto empresarios como trabajadores. Pero esto no es nuevo y todas las revoluciones capitalistas de los últimos siglos, desde la Ilustración, han presentado transformaciones en las áreas de la comunicación, el conocimiento, la tecnología y las finanzas, que fueron en su momento tan dramáticas como las que hoy vivimos. Pese a ello, en esta discusión resalta lo significativamente nuevo: la sensación de que el cambio es global e inevitable y que su fuerza es superior incluso a la del Estado, por primera vez en la historia; que se vienen abajo las fronteras y que hay una nueva concepción del tiempo, del riesgo y de las ventajas, en especial para los principales actores que encarnan el capital privado: los empresarios, los cuales enfrentan el reto de construirse de manera acelerada una nueva identidad socioprofesional.

Al respecto, Giménez (2002) se pregunta qué se obtiene cuando se intenta pensar en los procesos de globalización desde el punto de vista de las identidades sociales. El rescate de la identidad para él es una forma de rescatar también el concepto de cultura, altamente criticado por el deconstructivismo y la antropología posmoderna (Reynoso, 2000), con lo cual se vuelve a pensar en el actor y en la acción social, otorgando a los sujetos un papel activo. Así, Giménez entiende por identidad: "El conjunto de repertorios culturales interiorizados (representaciones, valores, símbolos…) a través de los cuales los actores sociales (individuales o colectivos) demarcan simbólicamente sus fronteras y se distinguen de los demás actores en una situación determinada, todo ello en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados" (Giménez, 2002: 38). Si extendemos esta pregunta a la identidad empresarial y tomamos en cuenta que hablamos de una identidad socioprofesional, podemos preguntarnos si existe una identidad empresarial global y si los mexicanos participan —o en qué medida— de ella. Esto implicaría, por supuesto, que aceptáramos la existencia de una comunidad empresarial global, o al menos un sentido de pertenen-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

cia a una comunidad globalizada, real o creada en el nivel mediático. Pero, si bien los medios de comunicación envían mensajes con contenidos similares a todo el mundo, creando la sensación de una comunidad única con su identidad y su cultura, los medios funcionan de manera monológica y la comunicación es dialógica, implica reciprocidad. Si los medios crearan sujetos que interpretaran el mundo de manera similar, podría hablarse de identidades globalizadas, en especial en el mundo de la empresa. Pero, aunque los procesos de producción y circulación de mensajes sean globales, su interpretación es local e históricamente contextual.

Hablar de una cultura global unificada y de identidades globales, en el caso de los empresarios, como en el de cualquier otro actor social, enfrenta el problema de que los referentes empíricos de interpretación son locales. El nivel superior de las identidades suele referirse a culturas nacionales, que comparten una sociedad política, una sociedad civil, una lengua y una tradición cultural. Cuando se supera el nivel nacional tenemos entonces una inmensa pluralidad de culturas locales conectadas entre sí, jerarquizadas por estructuras de poder, con flujos culturales en los que se da un "intercambio de bienes, informaciones, imágenes y conocimientos, sustentadas por redes globales de comunicación y dotadas de cierta autonomía a nivel mundial" (Giménez, 2002: 47). Éste sería el caso de las identidades y culturas empresariales que podemos observar en México, en donde la apropiación se hace, además, en función de la tradición y los contextos locales y mucha veces es una identidad que se queda en el nivel valorativo y discursivo, es decir, ubicada en el mundo ideal de las empresas y rara vez observada en el mundo real de los negocios, que se siguen efectuando de acuerdo con la cultura política y las reglas de operación económica locales, más allá de la imágenes que tengan los empresarios en la cabeza. Se parecen, en ese sentido, a las "culturas desterritorializadas" o "terceras culturas" (Featherstone, 1992), que además suelen ser retransmitidas de manera colectiva por instituciones educativas y cámaras empresariales, las cuales dan por sentado que ser empresario es lo mismo que ser un profesionista, como un médico o un abogado, y confunden además las reglas de operación de una empresa moderna en los mercados globales y su administración profesional, con el proceso de crear una cultura para formar empresarios y hombres de negocios, cultura que sólo puede ser local y desarrollarse con base en la situación política y económica de cada país y de la manera en que en cada uno de ellos se ha dado el proceso de apertura económica. En otras palabras, México puede tener empresas globales, pero sus empresarios si-

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

guen siendo mexicanos. A su vez, el hecho de que los empresarios mexicanos, como sujetos sociales, adopten una "tercera cultura" o una cultura socioprofesional "desterritorializada" y profesional para el manejo de sus empresas no les asegura el éxito en los negocios, como la mayoría no lo ha tenido —salvo por los millonarios mexicanos que figuran en la lista de *Forbes*— en la competencia con los grandes corporativos mundiales y, mucho menos, con los grandes monopolios nacionales que, inmersos en su propia cultura de redes clientelares y favoritismos políticos, los han desplazado masivamente de los mercados nacionales y regionales, en especial desde la gran crisis de diciembre de 1994, cuando los grandes corporativos y monopolios, nuevos y viejos, avanzaron sobre los mercados regionales en todo México, dificultando la recuperación e incluso la supervivencia de los empresarios pequeños y medianos (Alba, 1991), que constituyen 85% del empresariado nacional.

¿Quién es el empresario mexicano? En busca del sujeto en sus regiones

El empresario mexicano, como tal, existe en un abigarrado conjunto de productores privados de distinta naturaleza, que transitan desde el eufemismo del "microempresario", que en realidad es un autoempleado en paro intermitente (por ejemplo, un carpintero dado de alta en Hacienda), hasta las grandes corporaciones de origen mexicano que operan en el nivel internacional, como Telmex, Cemex o Bimbo. A esta diversidad de actores se suman las diversidades culturales de un país multiétnico y con profundas diferencias y desigualdades regionales. En el caso de los empresarios, la pobreza y exclusión histórica de los grupos indígenas del país encubre y dificulta considerar la importancia de la variable étnica indígena en la diversidad cultural de la identidad empresarial.[1] Sin embargo, la importancia de los empresarios de origen extranjero vuelve a hacer presente el asunto de la etnicidad o la extranjería en las consideraciones sobre la identidad del empresario mexicano en el siglo XXI, estableciendo además notables diferencias en el empresariado si sus orígenes son libaneses, judíos, chinos,

[1] El papel del proceso inmigratorio en la formación de empresarios y de una cultura empresarial sostenida a lo largo de varias generaciones está ampliamente documentado en Portes, 2005, y Bonfil, 1993. Véase también, Malgesini, 1998.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

alemanes o estadounidenses y si son migrantes recientes o extranjeros integrados.[2]

A la variable sobre el tamaño y la composición socioeconómica del sujeto empresario (o, en corto, a quién llamamos empresario y a quién no) y a la variable sobre el origen étnico añadimos una tercera variable: el origen regional del empresario. Sociológica y antropológicamente, México está en sus regiones. Esta variable se tiene que considerar cuando hablamos de las identidades empresariales y, más aún, de los cambios que nos muestran los últimos años. Las regiones y las identidades regionales de México son muy variadas, pese a que la historia ha tendido a reducirlas en número y ampliarlas cada vez a mayores espacios. De las más de 60 regiones culturales correspondientes a las distintas lenguas y grupos indígenas de la Conquista quedaron no más de ocho o nueve, producto del mestizaje cultural y los accidentes políticos del siglo XIX, que disminuyeron a lo largo del siglo XX hasta llegar, en la actualidad, a tres grandes macrorregiones que, pese a sus grandes diferencias y matices internos, presentan muchas similitudes.

Esta definición de tres macrorregiones es estrictamente operativa y se ciñe a los criterios histórico-geográficos establecidos por Claude Bataillon (1988), presentes hasta el momento de la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y de la multiplicación de la inversión extranjera en 1993.

> México, país en tres estratos, recupera la percepción del escalonamiento climático montañoso en zona tropical, con la clásica visión originada desde la época colonial, de las tierras frías, templadas y cálidas […] soluciones ternarias […] nortes, un centro, trópicos húmedos […] atribuimos un destino particular al centro de un Estado políticamente muy centralizado, de gran importancia económica y demográfica […] estos bloques no son de la misma naturaleza, porque unos perduran por largos periodos, estratificando economías y equipamientos sucesivos, en tanto otros enfrentan ciclos separados, raras veces acumulativos (Bataillon, 1997: 81).

Pero, a partir de la apertura de los años noventa, Bataillon admite que puede pensarse en otra regionalización, sin olvidar que ésta es una metodología operativa y un recorte analítico discrecional. Así, identifica cinco

[2] Para una revisión sobre las divergencias y semejanzas de los empresarios extranjeros en México véase Ramírez, 1994a.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

macrorregiones: el occidente mexicano, el norte y sus fronteras, el trópico, la ciudad y el valle de México y la región central (Bataillon, 1997: 11-19). Es preferible no hacer una delimitación por entidad federativa, pues se trata de recortes políticos, y un mapa de la República Mexicana ubicaría a distintos espacios estatales en una macrorregión. Sin embargo, consideramos que estas cinco macrorregiones propuestas están aún en construcción y son resultado de la transición y la apertura.[3] A efecto de ubicar a los empresarios mexicanos, la mayor parte de los cuales está anclado a la historia previa al TLCAN y lidiando con él, y dado que en este trabajo la región sólo nos sirve como escenario y no es el tema de análisis, mantenemos vigente la clásica división ternaria del norte, un centro y trópicos (o sur-sureste).

La macrorregión sur-sureste de México se define en especial por su mayor rezago social, pobreza, economía y mercados poco dinámicos, valiosos recursos naturales y un mayor peso social y cultural de la población indígena. En esta macrorregión el empresariado tiene menos fortaleza económica,[4] las empresas son más tradicionales y familiares, la infraestructura es menor, el rezago tecnológico, tanto de tecnologías duras como blandas, es más visible y la tendencia a tomar riesgos financieros, créditos y endeudamiento es la más baja del país.[5]

La macrorregión centro-occidente es la que presenta más concentración de capital en las empresas, un componente tecnológico más moderno y una actitud financiera más dinámica. Es decir, se toman mayores riesgos con respecto al crédito. Hay también una tasa de incorporación más alta de tecnologías blandas y duras a la empresa. Asimismo, se revela un mayor

[3] Sobre estas nuevas fronteras movedizas de las regiones mexicanas modernas, Bataillon añade: "El México del último cuarto del siglo XX es un espacio que ya no tiene vacíos y en el que se dispone en todas partes de comunicaciones y de mano de obra. La dinámica exportadora atañe a zonas cada vez más periféricas: la zona petrolera emigró hacia el este, los cultivos de exportación se desplazaron hacia el noroeste, los cultivos clandestinos de droga prosperaron en el sureste. Las industrias exportadoras progresan desde la frontera norte hacia el interior del país y el turismo internacional se desarrolla en las costas del pacífico o del Caribe. Los flujos de divisas hacia el interior se dirigen sobre todo hacia el centro-oeste y secundariamente hacia Oaxaca, regiones de intensa emigración internacional" (Bataillon, 1997: 15).

[4] Véanse los resultados de las encuestas sobre competitividad, fortalezas y debilidades de los empresarios del sureste en Abud, 2007a.

[5] Consúltese el capítulo sobre "Mejorar la competitividad y la cohesión social", en OCDE, 2006. Véanse, de la misma serie, los análisis sobre la competitividad empresarial comparada del sureste en OCDE, 2007.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

asociacionismo con corporativos transnacionales y, en especial, con capital estadounidense. Por sector económico se observa más presencia de inversión extranjera directa y más diversificada, así como la instalación y operación de una gran cantidad de oficinas corporativas. El eje Distrito Federal-Estado de México es el que presenta una actividad empresarial más moderna y rica, y una mayor presencia de corporativos, tanto nacionales como extranjeros. Los análisis y estudios recientes sobre competitividad[6] muestran, en sus escalas de actividades y valores, que el empresario de centro-occidente y en especial del centro (Distrito Federal, Valle de México) es el que ha incorporado con más rapidez los ideales asociados a la empresa moderna y otorga mayor valor al corporativo privado, tratando de acomodarse a sus principios organizativos en el mundo de los negocios.

El empresario de la frontera norte es muy diversificado. Las escalas y estudios sobre valores empresariales y sobre composiciones modernas o tradicionales de las empresas muestran una identidad con componentes contradictorios. Por un lado, tiene en alta estima todo el proceso de modernización tecnológica y organizativa del corporativismo moderno y, en cuanto a lo que podemos llamar su "identidad profesional", busca identificarse con los componentes del mundo de los negocios estadounidense. Pero, por otro lado, muestra ser un empresario muy nacionalista y apegado a principios éticos y, al menos en el nivel del discurso, a los valores de la empresa familiar y de las viejas élites empresariales del norte. La situación de frontera introduce una nueva dimensión en la identidad empresarial, que es el nacionalismo, o al menos una actitud y una objetivación, y una toma de posición respecto de lo nacional, de lo "mexicano", que no se encuentra, al menos no con esa fuerza, en el empresariado de las otras dos regiones.[7]

Culturas empresariales contrastantes

Compararemos brevemente las culturas empresariales de dos regiones muy contrastantes de México: la frontera norte y el sur-sureste. El centro de México, en especial el Distrito Federal y el Estado de México, presenta to-

[6] Véanse las tablas comparativas que se encuentran en Banco Mundial y Corporación Financiera Internacional, 2008.

[7] Sobre las culturas regionales y su inclusión en una gran cultura regional, es necesario revisar los planteamientos de Raúl Béjar Navarro, en especial Béjar, 2003; Béjar y Capello, 1990; Béjar y Rosales, 1999.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

das las gamas de cultura empresarial, además de concentrar más de 29% del PIB del país y la mayor densidad de redes políticas y financieras. Eso dificulta tomarlo como punto de comparación para otras partes del país. Sus polos, en cambio, nos presentan dos culturas con grandes diferencias y empresariados muy contrastantes.

En la frontera norte, las características de una cultura empresarial diferenciada y competitiva no comienzan con la firma del TLCAN. Tienen una larga historia y un momento cumbre de definición política frente al Estado. Para ser breves, la historia moderna del empresariado del norte puede situarse a partir de la transformación de los grandes latifundios y el desarrollo de la industria pesada en Nuevo León,[8] en el siglo XX. Está marcada por el sentimiento común y compartido de ser colonos, de estar solos frente al espacio regional y de tener poco apoyo y control del Estado mexicano. Se tenía la sensación de aislamiento con respecto al Estado, pero ésta fue relativa, pues los grandes capitales se formaron en íntima asociación con la inversión, los créditos y las políticas públicas de industrialización en Nuevo León, con el desarrollo de la industria petrolera en Tamaulipas, con la creación de los grandes distritos de riego en Sonora y Sinaloa y, finalmente, con la apertura legal para la instalación de maquiladoras en territorio mexicano, en Chihuahua y Baja California, así como, posteriormente, con el contubernio y protección de las autoridades políticas y judiciales para el desarrollo de una criminalidad dedicada al tráfico de drogas hacia Estados Unidos, que también ayudó a la formación de poderosos capitales.

La fuerte sensación de autonomía, individualismo y orientación al logro personal que surge en el discurso de los empresarios del norte parece provenir de esta historia de lejanía con el poder del Estado, pero en realidad tiene un componente mucho más objetivo: la colindancia con el mercado más poderoso y dinámico de la tierra. Es en la frontera con Estados Unidos donde han surgido innumerables oportunidades de hacer negocios, de corto, mediano y largo plazos, lícitos e ilícitos, en la industria, en el comercio o en cualquier otro sector. El desarrollo del empresariado mexicano fronterizo ha ido de la mano de la expansión y crecimiento económico del sur de Estados Unidos, desde la incipiente explotación petrolera en Texas, hasta el Silicon Valley de California. La economía estadounidense ha ido integrando la frontera norte a sus circuitos y los empresarios mexicanos

[8] El caso de Monterrey ha sido ampliamente documentado por el historiador Mario Cerrutti. Al respecto, véase Cerrutti, 2000.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

han tenido que competir, desarrollar, innovar y crecer en una cultura empresarial basada en empresas privadas, al mismo tiempo que han mantenido los viejos mecanismos de negociación corporativa y corrupta con las agencias económicas del Estado mexicano.[9] De esta manera, el empresario fronterizo tiene una doble estructura de oportunidades: las que surgen de la intensidad del mercado estadounidense y las que provienen de negociar con el Estado para obtener créditos preferenciales, concesiones, permisos, información privilegiada y políticas industriales a la medida.

La cultura empresarial fronteriza, en ese sentido, proviene de aprovechar una fuerte y permanente densidad de oportunidades para hacer negocios y vincularse a los grandes flujos de capital que circulan en la frontera de México con Estados Unidos, lo que fomenta la aparición de un empresario individualista, arriesgado y competitivo, orientado a la innovación para obtener ventajas. Pero, de manera irónica, los empresarios que de verdad son exitosos en la frontera norte saben que la competitividad no proviene sólo de una mayor eficiencia de la empresa, sino también de la eficacia en el manejo de redes ligadas al Estado, de la asociación con políticos para hacer negocios y de un manejo no muchas veces sutil de la corrupción y el cohecho. La combinación de estas dos caras de la cultura empresarial, donde una es el soporte de la otra, es la que ha hecho empresarios exitosos en México y, dada la intensidad de los movimientos de capital y de la rapidez de la aparición anual de miles de puntos de negocios, que viven con dos caras, una dirigida al mercado y otra al Estado, dando a la cultura empresarial fronteriza del norte mayor intensidad, rapidez y riqueza.

Esto no significa necesariamente mayor capacidad de innovación tecnológica ni administrativa. Tampoco ha significado mayor lealtad al Estado, sino al contrario, que se erija con autoridad y poder frente a él, lo que además puede hacer con más facilidad, porque del otro lado están los negocios con el mercado de Estados Unidos. Este ver al Estado como a un contrincante, aunque en realidad siempre se ha vivido con él, se generaliza en el empresariado fronterizo a partir de las expropiaciones de tierras del sexenio de Luis Echeverría y, en especial, tras la expropiación de los bancos hecha por López Portillo. En efecto, tanto en Monterrey como en Chihuahua y Baja California, fueron los grandes grupos empresariales y las cámaras patronales las que lideraron a grandes sectores de la sociedad para

[9] Sobre los apoyos que nunca dejó de tener el empresariado norteño por parte del Estado mexicano véase Ortega, 2000.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

iniciar una lucha política contra el Estado y crearon una ideología que permeó al resto de los empresarios pequeños y medianos, que fue campo fértil para el ascenso del PAN a presidencias municipales y gubernaturas después de 1982.

La cultura política es uno de los componentes más importantes en las identidades socioprofesionales. La cultura política ligada a la cultura empresarial no es la excepción y remite a varias dimensiones interconectadas. En este trabajo no nos ocupamos de la discusión teórica más amplia, que considera si la cultura política es un problema de normas y valores que guían la acción y debe ser analizada como un campo de la moral, como señala Habermas (1987), o es la racionalización de intereses particulares, como señala el marxismo. La tomamos como indica Almond, un autor clásico al respecto, que la ve como "las orientaciones cognitivas, afectivas y evaluativas hacia los fenómenos políticos" (Almond, 1998). Nos interesa, más bien, comprender la cultura política de los empresarios en el México posterior a la firma del TLCAN.

En esa misma dirección se orientó una encuesta aplicada a los empresarios de Chihuahua en el verano de 1993 por Alba y Aziz, que buscaba rescatar varias dimensiones de la cultura política empresarial: "La subjetiva de los gustos, afectos, filias y fobias; la […] ideológica, como la ubicación del eje liberales-conservadores y del eje estratégico de ubicarse a favor de cambios políticos o en su centro" (Alba y Aziz, 2000: 98).

Empresarios de la frontera norte

El estudio que nos ocupa aporta importantes elementos para comprender la cultura política empresarial del norte de México, que influye y se equipara de manera importante con los valores con que considera el mundo de los negocios, en especial en México, donde la actividad económica de la empresa no puede separarse de la política. Las tendencias generales de la encuesta muestran[10] que para ellos la alternancia política es deseable, como

[10] Esta encuesta se aplicó en 1993 a 123 industriales de todos los estratos y ramas de actividad ubicados en Ciudad Juárez y Chihuahua. Los autores aclaran, con corrección, que sus conclusiones corresponden a un momento determinado y no pueden generalizarse. Esto es de la mayor importancia si consideramos que el "error" de diciembre de 1994 y la crisis posterior pudieron haber modificado mucho la visión de estos empresarios sobre el liberalismo. Pero es más importante aún para evitar la generalización

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

es deseable la competencia para la economía y, en especial a partir de la firma del TLCAN, consideran que es imperativa su participación en política, pero para preservar la libertad económica y evitar el regreso al intervencionismo del Estado. Es decir, uno de los elementos ideológicos y culturales más fuertes que están detrás de las respuestas de esta encuesta es un irrestricto convencimiento de que el liberalismo es el camino adecuado para la empresa; de hecho, la frase acuñada por todos los empresarios de México es la de "libre" empresa. La cultura política es el traslado de gran parte de este liberalismo económico a la vida política. En el caso de los empresarios del norte esta visión es mucho más radical. Según los autores citados, ésta tiene "dos fuentes adicionales de apoyo que el resto del país. Su ubicación fronteriza que les brinda el contacto y la comparación cotidianos con el exterior, y la presencia dominante del modelo laboral de extrema flexibilidad introducido por las maquiladoras […] mientras más al norte se sitúen y mas experiencias exteriores tengan, mayor será su aspiración a transformar, disminuir o eliminar el sindicato […] y la actual ley federal del trabajo" (Alba y Aziz, 2000: 118).

No importa el tamaño de los empresarios ni la heterogeneidad de sus recursos, ramas económicas o ubicación geográfica. Hay un alto grado de consenso respecto de la política. Yo iría más lejos y señalaría que el estudio muestra que las ideas que unen y dan forma a la cultura empresarial mexicana son el común acuerdo de dejar que el mercado ponga las cosas en su lugar, que el modelo adecuado es la alternancia entre el PRI y el PAN, y que la empresa debe tener una creciente independencia del Estado; aunque con respecto a la participación del empresariado en la vida política las opiniones parecen estar crecientemente diferenciadas. Los autores señalan otras interesantes tendencias; una visión muy homogénea de la política y también de la economía y la despolitización de los gremios empresariales y la politización de las personas. Resalta también que el empresario no es un actor social en tránsito, que ha dejado de actuar a contragolpe del Estado y ha pasado a verse como un actor permanente y protagónico de la política regional y nacional.

En términos de cultura e identidad, la edad es un factor crucial. En otro estudio Alba y Rivière d'Arc (2000: 33-34), con base en una encuesta aplicada entre 1993 y 1994, encontraron que en esos años más de la mitad de

de estas conclusiones, ya que la visión sobre el Estado y el mercado liberal fue muy distinta en estudios de empresarios de otras regiones.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

las empresas apenas alcanzaba los 10 años de existencia y sus directores frisaban los 40 años. Si tomamos en cuenta que ese dinamismo empresarial se dio en una década de crisis, lo que se percibía entonces era también el proceso de quiebra de un viejo empresariado y su sustitución por uno nuevo. Es importante señalar que este nuevo empresariado estaba a cargo de las empresas, tanto en la ciudad fronteriza de Ciudad Juárez como en la capital del estado, Chihuahua. Pese a su juventud, los orígenes los distinguían. Los jóvenes empresarios de Chihuahua eran más tradicionales, provenientes de familias locales y unidas. Los de Juárez, en cambio, tenían un origen más heterogéneo y ajeno a la ciudad, más desapegados y con un discurso tecnológicamente más innovador. Sin embargo, estas diferencias se opacaban ante la presencia de un discurso regionalista (Alba y Rivière d'Arc, 2000: 33) que compartía los mitos de la frontera: el empresario individualista, que se sigue haciendo solo frente a la adversidad del medio, como un pionero que se enfrenta al Estado y apoya el liberalismo económico y político (Alba, 1995). Es muy interesante señalar un elemento que asomó en el discurso de estos empresarios: opinar sobre la adhesión o la oposición al TLCAN a ellos no les pareció prioritario, era casi una pregunta inútil. Esto se debe a que para los hombres de negocios de la frontera norte la presencia del mercado internacional y del capital norteamericano (¿estadounidense?) no es una opción, es una condición. Han crecido con ellos. Este elemento es básico para entender las diferencias en las culturas empresariales de las regiones de México. En efecto, en el centro y el occidente de México fue la política de industrialización por sustitución de importaciones, que se dio entre 1945 y 1970, junto con el crecimiento de un Estado corporativo basado en el partido único, el clientelismo y la asociación entre políticos y empresarios, lo que definió las formas de organización empresarial exitosas. La mayor parte de estas empresas y estos empresarios están ubicados en el Distrito Federal y el Valle de México. Es un empresariado que ha surgido de la mano del Estado y como parte de complejas y múltiples redes clientelares y sutiles formas de corrupción con el poder político.

El empresariado del norte, en cambio, surgió por la expansión del mercado y el crecimiento de las economías de los estados sureños de Estados Unidos (Mizrahi, 1994). Esta expansión crea la frontera norte como un espacio económico y cultural. Este dinamismo económico ha sido tal que el empresario norteño acuña una ideología en la que se ve ajeno al Estado mexicano (Pozas, 1999). En realidad esto no ha sido así; las mismas prácticas corruptas que podemos encontrar entre políticos y empresarios del

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

resto del país están presentes en el norte, pero allí también hay un mercado muy rico que multiplica y ofrece oportunidades de hacer negocios exitosos por otras vías. Por su parte, los empresarios del sur y sureste de México recurren a la cultura corporativa y a redes clientelares, pero con la diferencia de que la política de industrialización nunca se aplicó con fuerza allí ni el Estado la apoyó como lo hizo en el Valle de México. La intervención del Estado no ayudó a esta gran región a salir de una situación de estancamiento ni a crecer al mismo ritmo del país, al centrar sus políticas de inversión y fomento en la extracción de recursos naturales. El petróleo, las agriculturas de plantación, como el café, el henequén, el plátano y el tabaco, crearon una estructura de oportunidades muy limitadas para hacer negocios y, sobre todo, controladas, mediadas o monopolizadas por el Estado mexicano. Esto no sólo produjo un empresariado regional económicamente débil, tan débil como sus mercados internos, sino también una cultura empresarial políticamente dependiente de la intermediación del Estado. Esta situación no mejoró con la firma del TLCAN. De hecho, la falta de dinamismo empresarial en la región se ha agravado, pues la debilidad de los mercados ha continuado después de 15 años, sólo que ahora, además, hay que competir con firmas transnacionales y no se cuenta con las oportunidades de negocios ni la inversión pública con la que el Estado mantuvo antes la región. Sólo la Riviera Maya, en Quintana Roo, escapa a esta situación.

En este sentido, la importancia de las redes sociales y clientelares en la cultura empresarial varía en las distintas regiones de México. La presencia del mercado estadounidense no las hace menos presentes en el norte;[11] al igual que la corrupción, las hace diferentes. Estudios dedicados a su vida tanto empresarial como política, muestran que las redes sociales no se excluyen, sino se superponen, y que con "la pertenencia a redes tradicionales locales como instrumentos de captación de recursos, fundadas sobre la jerarquía y la fidelidad, y[a] redes internacionales que presentan todas las características de una modernidad, la difusión de la información y del conocimiento […] se combinan […] desbordando sobre su vida política" (Alba y Rivière d'Arc, 2000).[12] A este respecto, la cuestión generacional vuelve a adquirir importancia porque no se trata de nuevas o viejas culturas empresariales en el vacío, sino de nuevos sujetos, con nuevas estrategias y

[11] La modernización no rompe, sino que redefine redes. Véase, por ejemplo, Pozas, 2000.

[12] Véase, también, Rivière d'Arc, 1992.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

redes. El nuevo y joven empresario del norte, sin renunciar a sus redes familiares, ha sumado a la familia y la red política las redes tecnológicas con las empresas (Unger y Saldaña, 1999) con las que ha trabajado en Estados Unidos y el resultado de su educación en las escuelas de negocios, cuyas redes son básicas en el mundo empresarial. Un ejemplo paradigmático de ello es la función del Tecnológico de Monterrey, como organismo creador de redes, orientadas a la innovación tecnológica y a la creación de un discurso y una ideología liberal y moderna. Se trata de una creación nacional, pues, contra lo que pudiera pensarse, la formación profesional de los empresarios del norte es sobre todo mexicana, se da en Monterrey y en la ciudad de México, cuyas escuelas son las grandes formadoras de una cultura empresarial moderna, que incluye no sólo los contenidos ideológicos, sino también los contactos personales y la red socioprofesional del nuevo empresario mexicano. Así, la adquisición de una cultura empresarial en el norte de México hoy ya no se basa en la herencia de sucesión, sino "en la formación, en las redes de los institutos tecnológicos y en los talleres de aprendizaje que han contribuido a la formación de un mundo de empresarios que vive en las grandes ciudades del norte del país y que tiene la mira puesta en Estados Unidos" (Rivière d'Arc, 2000: 75).

EMPRESARIOS DEL SUR-SURESTE

Las redes empresariales en otras regiones de México, aunque tienen similitudes, difieren de este panorama. En el sur y en el sureste, por ejemplo, las culturas empresariales muestran dos patrones diferenciados de organización para alcanzar competitividad y éxito empresarial. Por un lado está el empresariado de origen mexicano, que al igual que el de otras partes de la nación creció mediante una combinación de nuclearización familiar, recorte de las lealtades de parentesco para incluir sólo a miembros funcionales de las familias, olvidando a los demás, y creación de redes, asociaciones y "grupos de acción"[13] vinculados a políticos y funcionarios del Estado y del

[13] El estudio de las coaliciones políticas en el nivel personal, que entrañan intereses económicos, ha sido más socorrido por la antropología política que estudia fenómenos de caciquismo y sociedades rurales y por la sociología de la delincuencia. Sus aportes ayudan a clarificar las características de las coaliciones empresariales. Sobre el concepto de grupos de acción véanse los trabajos de Jeremy Boissevain (1974: 171-191) y de Adrian Mayer (1980). Véase, también, la obra clásica de Anton Blok (1974) sobre el

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

PRI. A diferencia del centro de México y de algunas familias del norte, como los Terrazas, los Escandón, los Iturbe y los Creel,[14] por ejemplo, en el sur no fue común el caso de sobrevivencia de viejas familias de la élite porfiriana que transitaran con el modelo de empresa familiar patriarcal trigeneracional, que tan bien describen Lomnitz y Pérez Lizaur (1987), aunque hay algunos ejemplos paradigmáticos de tránsito empresarial exitoso del porfiriato a la globalización, como los Ponce, los Peón y los Montes Molina en Yucatán, los Pratz y Ripoll en Tabasco, los Niévez en Isla del Carmen, los Espínola y Ramírez en Campeche, etc. Pero, en general, éstos fueron casos excepcionales.

El modelo que se superpuso a las viejas familias de élite fue muy similar al de familia patriarcal, extensa y trigeneracional, trasladado con éxito al mundo de la empresa, pero fue un modelo socorrido por inmigrantes pobres, fundamentalmente libaneses y sirios que prosperaron en el sur y sureste de México a lo largo del siglo XX, hasta alcanzar importantes posiciones de élite en cada uno de sus estados. Su patrón de organización empresarial estuvo anclado durante tres generaciones en las lealtades familiares, el ahorro, la endogamia, la creación de un endogrupo de referencia, fuertes lazos con la comunidad siriolibanesa internacional[15] y asociaciones muy específicas y discretas con las clases políticas de cada entidad, sin desdeñar en lo absoluto el recurso a la corrupción, al desarrollo de actividades ilícitas (Ramírez, 1994b) y al agio para capitalizarse. Este modelo de los empresarios inmigrantes, junto con el de los clasemedieros que ascendieron por sus vínculos abiertos con la estructura política y el PRI, se repiten en todo el sur y sureste como formas de organización empresarial exitosas (Baklanoff, 2001; Ramírez, 2001), al menos hasta la firma del TLCAN en 1993 y la transición política que llevó al bipartidismo en el año 2000. A partir de entonces el mensaje es que los mecanismos tradicionales de hacer negocios deben

funcionamiento de la mafia, que se extiende a la cultura de la alianza y la coalición entre el empresariado siciliano. Este concepto es muy distinto a la manera en que las ciencias de la administración actuales ubican a las alianzas modernas, como relaciones formales entre empresas. Al respecto, puede consultarse el estudio de Michael Yoshino y U. Srinivasa Rangan (1996).

[14] Véase el antiguo trabajo de Mark Wasserman (1987) y el de Luis Alfonso Ramírez Carrillo (2008).

[15] Ejemplos de estos empresarios libaneses exitosos se encuentran en todo el sur, como los Chedraui de Veracruz, los Kuri de Puebla, los Joaquín de Quintana Roo, los Abraham de Yucatán, los Rafull de Isla del Carmen, los Selem de Campeche y los Mansur de Tabasco, entre muchos otros.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

redefinirse, las empresas modernizarse y buscar competitividad, y los empresarios rehacer sus alianzas políticas. Esto es algo difícil para los más viejos, por lo que este papel tendría que corresponderle a las nuevas generaciones, que aún tienen que convencerse de que el mensaje es real.

Encuestas recientes realizadas en Campeche, Tabasco y Yucatán nos muestran un empresariado cuyo discurso ideológico y valores son muy similares a los del resto de México y provienen de las mismas fuentes, es decir, de las escuelas de negocios de México y Monterrey, de las revistas de difusión empresarial y de los medios de comunicación. Pero, a diferencia del empresariado del norte, presentan una cultura organizacional y un manejo de sus empresas muy diferente. La práctica no corresponde al discurso. En 2005 y 2006, en el marco de una investigación sobre los impactos de la explotación petrolera,[16] se aplicó una encuesta a 250 empresarios y representantes de diversos sectores de la actividad económica privada de los estados de Yucatán, Campeche y Tabasco. Esta encuesta se adicionó con 80 entrevistas y estudios de caso en los tres estados. La encuesta se centró en los empresarios y la cultura empresarial, más que en el funcionamiento de la empresa en sí, a la que dimos por caracterizada con base en la información oficial registrada en las diversas cámaras empresariales.

Los resultados expresan un conjunto de elementos que nos permiten perfilar la cultura empresarial[17] en la región. Son las creencias y valores, pero también las prácticas que los propietarios y gerentes generales de las empresas tienen en su vida diaria. No expresan sólo lo que creen, sino la forma en que manejan sus negocios de cara al México globalizado del siglo XXI. Los resultados se agruparon en cuatro temas, que corresponden al de un análisis de debilidades, amenazas, fortalezas y oportunidades (DAFO). Los empresarios se dividieron en grandes, medianos y pequeños, por grandes sectores económicos en los tres estados. Es necesario mencionar que, si bien la ponderación de los valores de las respuestas indica diversas tendencias, en términos generales resaltó una gran coincidencia y homogeneidad en la valoración más gruesa de sus fortalezas, oportunidades y debilidades. Es decir, aunque la situación económica y política es muy variada en cada

[16] La investigación analiza de una manera amplia los efectos sociales, económicos y políticos que la explotación petrolera ha tenido en Tabasco y Campeche y plantea escenarios prospectivos para Yucatán. La organización y cultura empresarial fue uno de los siete indicadores claves considerados para los tres estados. Los resultados están comprendidos en Ramírez, 2007a.

[17] Véase con mayor detalle la metodología en Abud, 2007a: 457-520.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

estado, la percepción y consecuente estrategia empresarial —que es, a fin de cuentas, la expresión de la cultura empresarial— es bastante similar, señal de que la región sur-sureste tiene una homogeneidad en cuanto al ambiente empresarial y las condiciones económicas, como en otros términos muy diferentes también la tiene la frontera norte.

Se consideraron los cuatro principales recursos que manejan las empresas, a saber, sus estrategias financieras, tecnológicas, de recursos humanos y de mercado. En cuanto al aspecto financiero, destaca la baja inversión y la práctica de evitar en lo posible riesgos financieros, aunque ello signifique condenar a la empresa al estancamiento o a un lento crecimiento. En ese sentido, las finanzas son vistas como el principal problema del empresario. El crédito es tratado como un riesgo y no como una oportunidad. De hecho, la mayor parte de los empresarios entrevistados (60%) disminuyeron la inversión de capital fresco en sus negocios después de 1995, manteniendo a sus empresas sobre pisos firmes, aunque se eleven poco.[18] Financieramente impera una cultura empresarial de bajo riesgo. Aunque la mayor parte de los empresarios tienen carteras solventes (70%) y acceso abierto a créditos bancarios y estatales (90%), se arriesgan muy poco al respecto. Más aún, lo que se ha reforzado como una estrategia común es diversificar la inversión y pulverizarla en pequeños negocios, en bienes inmuebles y en tierras, manteniendo un frente de ahorro en Estados Unidos. Es decir, en todos los niveles aparece un empresario que asegura primero su patrimonio, aunque reduzca el tamaño de su empresa.

El aspecto tecnológico es aún más interesante. Todos los empresarios (¡100%!) están sensibilizados, demuestran interés y se sienten capaces de introducir innovaciones tecnológicas a sus empresas y saben que deberían buscar valor agregado. Sin embargo, muy pocos (22%) invierten en ello o tienen un área de modernización tecnológica y la mayor parte, incluso los más grandes, no saben cómo obtenerla. Sólo las empresas vinculadas al petróleo muestran en conjunto un mayor avance en cuanto a tecnología informática y administrativa, mas no en las áreas productivas, sino en las de servicios y administrativas. Esto se debe a que Pemex rara vez enlaza sus procesos productivos a las empresas locales o regionales, mientas que sí lo hace con las compañías transnacionales que tienen contratos con la paraestatal, como son Halliburton y Schlumberger, que son las que presentan una

[18] Para ahondar en este aspecto, en relación con el empresario manufacturero yucateco, véase Dzul, 2005.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

tecnología más avanzada. En cuanto a tecnología, la mayor parte (85%) coincidió en esperar acciones o políticas del Estado y muy pocos (15%) planteó alguna iniciativa para conseguirla.

El manejo de los recursos humanos nos muestra también una faceta importante de la cultura empresarial. El tránsito de la valoración de empleado a capital humano y de éste a recurso humano refleja la importancia que se da al nuevo conocimiento y a la capacitación permanente como condiciones para crear empresas competitivas. Los empresarios calificaron de manera muy homogénea en este renglón. Aprecian la calificación de sus gerentes, pero otorgan muy poca importancia a la de sus empleados. Es más, la mayor parte de ellos no tiene rutas ni mecanismos de capacitación y ven el aumento de la educación y capacidades de sus empleados como un peligro, un riesgo de aumentar algo que los lesiona y perciben como un problema permanente: la rotación de personal (Abud, 2007b).

Por último, en lo que respecta al mercado, tienen muy claro que ni ellos ni sus clientes y proveedores están articulados a cadenas productivas. Son conscientes del bajo valor agregado de sus productos y servicios, pero, excepto los empresarios más grandes (7%), que han encontrado nichos exportadores o se han asociado o vinculado a los nuevos monopolios nacionales en papel subordinado, la mayoría no encuentra cómo incrementar este valor agregado o bien cómo incursionar en nuevos mercados. Curiosamente, muchos (60%) vieron más factible expandir sus mercados en el extranjero que en México, aunque sólo 12% expresó alguna idea o iniciativa concreta de negocios. Todos (100%) manifestaron que la pobreza del mercado interno (no sólo de sus estados, sino de toda la región sur-sureste) hacía muy difícil y complicado pensar en organizar procesos de expansión empresarial sin asociarse, no únicamente los empresarios pequeños o medianos, sino incluso los más grandes de la región.

En resumen, después de la crisis de 1995, los empresarios regionales se refugian en redes de empresas diversificadas que les dan seguridad, corren pocos riesgos financieros y adoptan una actitud pasiva y reactiva ante la modernización tecnológica. Sus mercados son pobres, pero se han acomodado a ellos, aunque son conscientes de que estos mercados locales, que les siguen ofreciendo grandes ganancias (Quintal, 2001), pueden ser engullidos por los grandes monopolios nacionales e internacionales que aparecieron en todo el país después de la firma del TLCAN y de la crisis de 1995, como es visible con el crecimiento de las cadenas como Oxxo, Extra, Wal Mart, Costco, Sam's Club, Bimbo y Sears, por ejemplo.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

No podemos generalizar ni decir que estamos comparando de manera estricta los datos que tenemos de los empresarios de la frontera norte con los del sur-sureste de México. Los universos muestreados no son comparables. Los instrumentos, encuestas y entrevistas fueron diseñados para distintos fines. El primero caracterizó al empresario en el marco de la cultura política; el segundo se preguntaba sobre la competitividad de la cultura empresarial en los nuevos escenarios de la transición mexicana hacia una economía abierta y en un marco de expansión de la explotación petrolera en el sur-sureste. Tampoco podemos plantearnos que sean representativos de las dos regiones. El primero abarca las dos principales ciudades de Chihuahua; el segundo, aunque tiene más representatividad, pues abarca con un mismo instrumento tres estados, no puede hablar por los demás, en especial de los de Quintana Roo, que tienen un perfil distinto y más dinámico que el resto de la región. Además, una década los separa. Los empresarios de Chihuahua fueron encuestados antes de recibir el impacto de la crisis de 1995; los del sur-sureste, después de vivirla durante una década.[19]

Pero lo que sí podemos comparar son los resultados, observando las similitudes y diferencias de un mismo sujeto social en dos escenarios regionales contrastantes. Estas similitudes y diferencias se construyen sobre cuatro campos: el del tiempo histórico regional, el de las formas de organización de la familia y el parentesco, el político, de las relaciones con el Estado, y el administrativo-organizacional, de la competitividad de las empresas en el mercado.

Los pasos del tiempo: la historia regional

El campo histórico no constituye sólo un referente o antecedente de los procesos de formación de capital, aparición de empresas o especialización productiva de la región. No se limita a la historia económica de la región, sino que se refiere en especial a la construcción de espacios de interacción social, como respuesta a decisiones políticas que fueron determinantes y a una densidad de intercambio económico que hace surgir a la región con un perfil particular, no sólo económico, físico y natural, sino, en especial,

[19] Sobre Tabasco, véanse Pratz (1993) y Priego (2005). Sobre Campeche, véase Vadillo, 2000. En el caso de Campeche, en especial de Isla del Carmen, es muy interesante leer el trabajo de Carmen Nazira Barrosa Sánchez (2000), como si fuera el estudio de caso de una empresa.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

como un espacio simbólico construido de manera colectiva e instalado en los imaginarios y prácticas culturales de sus habitantes. El campo histórico establece las condiciones y los límites en que operan las empresas regionales. La historia de la región establece la posición de los actores, las rutas sociales sobre las que pueden transitar y redes duraderas que acaban constituyéndose, en conjunto, en un capital cultural colectivo.

En la frontera norte, al mito del pionero independiente frente al poder centralista del Estado y la lejanía simbólica y real respecto del resto de México se sumó una red de comunicaciones específicas que comenzó con la arriería, se definió con el ferrocarril y quedó definitivamente establecida con la ubicación actual de carreteras y aeropuertos. La contigüidad urbana con las ciudades estadounidenses y la construcción misma de la frontera norte como un mercado particular, producto de la expansión económica del sur de Estados Unidos, en especial después de la segunda guerra mundial, crearon las condiciones que explican los contenidos y prácticas culturales y las identidades de los empresarios de los estados del norte que tienen frontera con Estados Unidos. La región sur-sureste, en cambio, estableció un lejano punto de gravedad histórico con el Valle y la ciudad de México. El aislamiento del centro nacional del poder y la falta de comunicaciones con la ciudad de México, hasta bien entrado el siglo XX, de buena parte de la región, si exceptuamos a los estados de Veracruz y Puebla, desarrollaron culturas regionales con un fuerte contenido autóctono y autónomo, en el que las élites locales, los políticos y los empresarios establecieron redes de intereses y lealtades que fueron de la amistad al parentesco y que acercaron a la empresa y al Estado durante varias generaciones. Estos intereses no se rompieron de la noche a la mañana y continúan hasta hoy, aun en un esquema desregulacionista (Ramírez, 2007b). El desarrollo de economías de enclave reguladas por el Estado, con plantaciones de diversos productos, como cacao, tabaco, café, plátano, henequén, o francamente monopolizadas por él, como el petróleo, la petroquímica y el control del agua, hicieron derivar a los empresarios de toda la región hacia negocios que giraban en torno a las grandes inversiones del Estado y sus políticas económicas. La mayor parte de los estados del sur y el sureste —excepto un anillo de municipios muy cercanos al Valle de México— quedaron excluidos de las políticas de industrialización, el apoyo financiero y la creación de infraestructura con los que México creció después de la segunda guerra mundial y hasta 1970. Los grupos empresariales autónomos, que habían demostrado ser competitivos en los mercados nacionales y de ex-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

portación durante el porfiriato y hasta antes de la segunda guerra mundial, fueron desmantelados poco a poco después de la Revolución y posteriormente subordinados a la política económica de un Estado regulacionista y corporativo, hasta 1982, que definió al sur-sureste de México como un área de explotación de recursos naturales y no de industrialización. Los empresarios se vieron limitados a operar sobre un mercado interno regional que, pese a su densidad demográfica, con una población indígena en gran pobreza y con miles de comunidades dedicadas a la autosubsistencia, era un mercado poco dinámico. Estas condiciones marcaron el tipo de empresas y de cultura empresarial con la que la mayor parte de los empresarios llegaron al siglo XXI.

Familia y parentesco

A primera vista, parecería haber pocas diferencias regionales en el segundo campo social, el de las formas de organización de la familia y el parentesco del empresario mexicano. Sin embargo, no sólo a lo largo de la historia reciente de México, sino de manera visible en las últimas tres generaciones de empresarios, podemos observar cómo las formas de organización familiar, la estructura jerárquica y de género y el distinto valor atribuido a la parentela extensa marcan las estrategias y decisiones empresariales y permiten o impiden el desarrollo de empresarios exitosos, como lo he señalado en otros trabajos (Ramírez, 1994a; 1996; 2000). Si consideramos que al inicio del siglo XXI 95% de las empresas mexicanas es familiar (INEGI, 2004), nos damos cuenta de la enorme importancia que tiene la familia en la cultura e identidad empresarial. La suposición equivocada de que el empresario moderno se ubica en un patrón de familia nuclear, urbana y que sólo mantiene lazos emocionales con el resto de su parentela suele llevar a dos falsas apreciaciones. La primera es que en un esquema liberal el empresario mexicano se enfrenta solo al mercado y se inicia por sí mismo en el mundo de los negocios. La segunda es que su éxito o fracaso es resultado de su competitividad frente a un mercado neutral y de la organización profesional de su empresa. Si bien esto último es condición necesaria, no es suficiente y, ciertamente, la razón de su entrada en los negocios es una acumulación de redes familiares. En 2004, más de 50% de los empresarios, desde las empresas micro hasta las más grandes, se había iniciado en los negocios por haber recibido el entrenamiento o la herencia de un familiar en un momento

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

clave de su vida empresarial y dos terceras partes habían trabajado en empresas privadas (INEGI, 2004).

Si la familia tiene que ver en la definición de la identidad socioprofesional de un empresario, las formas de organización del parentesco influyen en su éxito. Aquí, más que diferencias por región, las encontramos por tipos de sujetos. Las minorías étnicas provenientes de procesos migratorios compulsivos y de cadena, como los libaneses, los judíos, los chinos o los refugiados españoles de la República, solían y suelen recurrir a la construcción o reconstrucción, real o ficticia, de familias extensas trigeneracionales y patriarcales, unidas en torno a un endogrupo, con patrones de herencia centralizadores que suelen eliminar a las mujeres de los negocios para evitar pérdida de recursos. Con el matrimonio, las viejas familias de élite de origen mexicano que llegaron a posiciones de riqueza tres generaciones atrás suelen recrear una familia patriarcal y trigeneracional, pero eliminando a la parentela extensa. Los empresarios en ascenso experimentan un proceso de nuclearización familiar, recortando al máximo redes y parientes innecesarios, en especial los que quedaron rezagados económicamente, aunque involucran a un porcentaje de parentela útil a sus empresas. Tenemos también a los empresarios que migran y prosperan en los nuevos puntos de desarrollo económico del país. La mezcla de orígenes y la falta de lazos familiares cercanos hacen que estos últimos desarrollen en torno a sus negocios alianzas, redes de amistad, coaliciones y compadrazgos antes que parentescos.

Podemos encontrar ejemplos de esta diversidad de tipos empresariales en todo México, por supuesto, pero en las regiones hay diferencias no sólo en cuanto al número de empresarios de cada tipo, sino también al éxito de sus estrategias. Por ejemplo, el empresario que es un migrante reciente, soltero o casado, sin redes de parentesco fuertes, es exitoso y común en nuevos espacios de actividad económica como las fronteras, en ciudades como Juárez, Tijuana o Cancún, y en economías de enclave como las que ha provocado el petróleo en Isla del Carmen, donde es común encontrarlo sin familia. Los empresarios en ascenso que se nuclearizan pero mantienen una parentela extensa preferencial son comunes en ciudades medias o en empresas que transitan del campo a la ciudad dentro de la misma región. La familia patriarcal bigeneracional es visible en las élites de grandes empresarios de las capitales de estado, como Mérida y Campeche en el sureste o Chihuahua y Monterrey en el norte. Es una élite empresarial presente en las ciudades más viejas de México. Tenemos también a migrantes extranje-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

ros enriquecidos que vinculan a sus familias con sus propios endogrupos étnicos, tendiendo a formar familias empresariales patriarcales y trigeneracionales que mantienen bajo control familiar incluso a grandes corporativos, como es el caso de los empresarios de origen libanés y judío.

Cultura empresarial, política y corrupción

Un tercer campo donde se definen las culturas empresariales es el del poder político. Los puntos de contacto entre el poder económico y la política formal e informal definen los estilos de negociación entre empresarios y políticos. La moneda de intercambio suele ser la corrupción, en todas sus formas; sobornos o cohechos, dependiendo de cuál de los dos actores, el empresario o el político, comience el intercambio. Los patrones de interacción básicos son tres: del empresario al político es el apoyo económico y de gestión entre el gremio empresarial para el apadrinamiento de la carrera de un político en ascenso que comienza a ocupar posiciones clave; el apoyo económico para campañas y elecciones y la asociación o el préstamo de la empresa para que el político efectúe negocios, y del político al empresario es el otorgamiento de concesiones económicas que son prerrogativas del Estado, desde las grandes franquicias de televisión, radio y telecomunicaciones, hasta las de transportes colectivos y taxis y las pequeñas franquicias, como los derechos de piso del ambulantaje, los puestos de los mercados públicos, etc. A esto hay que agregar la información confidencial que permite hacer negocios, como el aviso anticipado que se dio a algunos empresarios de las devaluaciones de 1987 y 1994 y de la construcción de carreteras, avenidas y aeropuertos para la compra de tierras a bajo costo; las licitaciones amañadas para la compra de bienes y servicios de Pemex en la ciudad de México, Villahermosa e Isla del Carmen; las bases para concursar en obra pública diseñadas por las propias empresas; sin olvidar el favoritismo y la corrupción que acompañó todo el proceso de privatización, desde Salinas hasta Fox, y que otorgó la concesión inicial de la banca mexicana a media docena de compañías especuladoras en bolsa o la telefonía a Carlos Slim, el canal 13 a Salinas Pliego, etc. La corrupción se adecua al tamaño del empresario y del político, pero es una condición permanente del mundo de los negocios, un elemento de mercado sujeto también a la oferta y la demanda y que practican desde el vendedor de manzanas y el inspector municipal del mercado, hasta el dueño de Telmex y el Presidente de la República.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

La corrupción, como parte de la cultura empresarial, no responde tanto a diferencias regionales, sino que tiene dos condiciones. Por un lado, es una actitud y un valor que desde el punto de vista ético puede considerarse negativo, pero, desde el punto de vista de los actores es un valor positivo, un bien, un instrumento de competitividad empresarial. Un empresario exitoso es el que está dispuesto a usarlo con eficacia en cualquier momento. Pero la corrupción es también una consecuencia de una ubicación social y profesional en el mundo de los negocios, sin distinción del tamaño y envergadura del empresario y de la disponibilidad de sus redes sociales. En este último aspecto es donde encontramos diferencias que otorgan ventajas competitivas. Cuando el acceso a redes de poder depende de la confianza y la lealtad y no sólo del dinero, la ventaja competitiva de la corrupción es mayor para aquellos empresarios que tienen antigüedad, amistades y parentescos en distintos nichos. Ser un empresario de "familia conocida" en una ciudad en particular permite hacer negocios en ella y en su región. Tener empresas establecidas en Ciudad Juárez o Monterrey, en Cancún o en Mérida; ubicarse en una rama o sector económico, como la construcción de carreteras, por ejemplo, mover a la empresa dentro de una especialidad tecnológica —la industria farmacéutica–, o de servicios —el mantenimiento de ductos de Pemex— crean campos de interacción particulares y lazos que se construyen con los años y que facilitan recurrir a la corrupción, la cual se dificulta cuando el empresario se aleja de ellos. Independientemente de la mayor o menor constancia para ponerla en práctica, la corrupción, como valor que incrementa la competitividad, es parte intrínseca de las culturas empresariales mexicanas.

Competitividad organizacional

El cuarto campo es el administrativo-organizacional, el que se ocupa de la competitividad formal de las empresas ante el mercado y que suele ser el único que muchos autores (Steers, 1999) consideran como "cultura empresarial". Corresponde fundamentalmente a todo el complejo de modernización tecnológica y administrativa de la empresa capitalista que se desató en los últimos 20 años, con el predominio de la sociedad y la economía del conocimiento, la sociedad-red, la globalización y la internet. Aunque lo considera, este campo no se centra en el individuo, sino en la empresa y en las unidades de negocios. Su cultura empresarial se subdivide en áreas: la

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

que atiende a la cultura organizacional, a los recursos humanos y a la capacitación; a la flexibilidad del trabajo y el empleo, a un manejo financiero dinámico, a diversificar los productos. Pero, sobre todo, esta cultura empresarial se centra en tres elementos: la capacidad de la empresa para desarrollar o vincularse a cadenas productivas, para renovar e incorporar en un proceso permanente e interminable nuevas tecnologías, en especial informáticas,[20] y su capacidad para desarrollar nuevas formas de asociación corporativa que aumente su fortaleza ante horizontes de mercado monopólicos y competidos.

Se considera "moderno" y "competitivo" a un empresario mexicano que es capaz de transformar su empresa, pequeña, mediana o grande, en esa dirección. Se considera "tradicional", "atrasado" y "poco competitivo" a quien no puede hacerlo.[21] Ésta es la base sobre la cual la alta administración de empresas, las licenciaturas y los posgrados vinculados al mundo de los negocios florecen y desarrollan innumerables cursos, especialidades y teorías.[22] Ciertamente, este campo es de la mayor importancia para la empresa moderna y el desarrollo futuro de la empresa mexicana. No se le puede subestimar ni ignorar y será una condición necesaria para aumentar la competitividad de esta última en las próximas décadas. Pero no puede dejar de observarse que todos estos planteamientos vinculados a la modernización de la empresa parecen ser exitosos sólo en parte y que su función es triple: *i*] dotar y, en efecto, cumplir lo que ofrecen de crear conocimientos en gerentes, ejecutivos y empresarios, saberes que permitan modernizar y hacer más competitivas las empresas mexicanas; *ii*] elaborar un discurso y convencer de una serie de valores comunes a un sujeto social en construcción, que podría denominarse "nuevo empresario mexicano", y *iii*] desarrollar una ideología sobre la finalidad de la empresa en un mundo global que se aleja de las responsabilidades y contextos locales y también de las identificaciones regionales y nacionales, para participar en un mundo único de liberalismo mundial.[23] Son estos tres elementos los que se integran al

[20] La bibliografía al respecto es enorme, en especial desde el arribo de la informática y la economía del conocimiento al mundo de los negocios mundial. Véanse, en especial, Aldrich y Martínez (2003) y Thornton y Flynn (2003).

[21] Una visión crítica al respecto se encuentra en Puga, 1992; 2004.

[22] Sobre la cultura de los negocios y su repercusión en la cultura del empresario véase el libro clásico de Mario Casson (2003).

[23] Hay múltiples tratados, entre los que destacan el de George Pigueron (1994) y el de David Noel Ramírez Padilla (1997).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

concepto más común y organizacional de cultura empresarial. El contenido eminentemente ideológico y político de este concepto es claro si consideramos el poco éxito de la empresa mexicana ante la globalización después de dos décadas de apertura a los mercados mundiales y 15 años después de la firma del TLCAN. Junto con la construcción de redes, la construcción política de un nuevo discurso empresarial explica también la fuerza y el poder que han llegado a tener, tanto en el mundo de las organizaciones empresariales como en la administración gubernamental, las instituciones educativas transmisoras del mensaje, como el Instituto Panamericano de Alta Dirección de Empresa (IPADE), el Tecnológico de Monterrey, el Instituto de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y las escuelas de administración y negocios de algunas universidades privadas.

PARA CONCLUIR

Lo que expresan las diferencias regionales de la cultura empresarial mexicana, cuando privilegiamos su dimensión socioprofesional, son las posibles causas de su distinta competitividad. A su vez, la preocupación por la competitividad, que inunda no sólo el discurso empresarial sino también el de la política pública, proviene de constatar que el sujeto central para impulsar el desarrollo del país y crear riqueza y empleos en una sociedad globalizada, el empresario, no está teniendo éxito, aunque en el norte presente un mejor desempeño que en el sur. De alguna forma se "culpa" de esta falta de éxito a la identidad, como una manifestación estructurada de la cultura y se supone que ejerciendo algún tipo de manipulación, en especial de carácter educativo y formativo sobre ella, se lograrán modificaciones que deriven en una mayor competitividad. Este enfoque de la identidad empresarial la limita a una dimensión utilitaria e instrumental y esconde los aspectos relacionados con la cultura y la reproducción social concebida en términos amplios, más allá de la racionalidad económica. Deja de ver el aspecto sistémico de los ambientes empresariales y de la crisis en el actual modelo de desarrollo del país. No toma en cuenta que las distintas historias regionales de México han producido no sólo ambientes culturales e identidades idiosincráticas, sino también una acumulación objetiva de infraestructura, capital local, manejos financieros, redes de negocios, capital social y cercanía a mercados que crean estructuras de oportunidades para hacer negocios muy diferentes y desiguales entre las regiones. La identidad y los

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

aspectos de la cultura relacionados con la empresa son indisolubles de las condiciones históricas creadas por el Estado y el mercado y no pueden desligarse de ellas, condiciones que son también subjetivas y que están sujetas a un proceso de interpretación y reinterpretación por parte del empresario en tanto sujeto de una acción empresarial.[24] Sin embargo, así como la elección racional no es suficiente para explicar la conducta y la toma de decisiones de un empresario, la subjetividad y el proceso interpretativo tampoco lo son, se encuentran limitadas por las condiciones objetivas para poder realizar un negocio específico, establecidas históricamente por el Estado y el mercado.

Más allá de posiciones estructuralistas o voluntaristas, es el empresario como actor social el que, poniendo en acción su identidad y cultura, toma decisiones en su empresa hasta donde las condiciones y oportunidades de cada región se lo permiten. Pero el empresario se mueve dentro de un espacio acotado no sólo por su subjetividad, sino también por las limitaciones de las políticas económicas, las crisis del modelo nacional de desarrollo, la especificidad histórica de su espacio regional y su biografía.

Cada uno de estos elementos a su vez influye en la competitividad del conjunto de empresas mexicanas y en el éxito y capacidad de crecimiento de cada una. En el mediano y largo plazos, repercuten también las culturas e identidades de los empresarios mexicanos contemporáneos con más fuerza que la formación escolar o la aceptación de valores vinculados a la modernización administrativa de las organizaciones. Por decirlo de una manera coloquial y considerando a manera de ejemplo sólo el campo de lo político, el empresario mexicano sabe que aun en el México globalizado de hoy, para hacer negocios un compadre vale más que un curso en el IPADE. Hay, por supuesto, un nuevo conocimiento y una nueva ideología empresarial. Cualquier empresario joven y capacitado acepta el liberalismo de mercado y lo apoya políticamente. Pero, si es exitoso, sabe convivir con un doble código de conducta empresarial. Por decirlo de nuevo coloquialmente, sabe que el mundo empresarial moderno, en especial en México, es

[24] Hernández (2004), adhiriéndose al paradigma configuracionista de De la Garza (2001), analiza la cultura empresarial como un conjunto de variables estructurales y relacionales vinculadas por la subjetividad del empresario. Desde su punto de vista, la empresa sería la parte determinante de la acción y el empresario su parte constitutiva. En sus trabajos se encuentra la más reciente evaluación de las distintas corrientes e interpretaciones teóricas sobre el empresario mexicano. Véanse Hernández, 2004; Basave y Hernández, 2007; De la Garza, 2001.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

como una lucha alfabética donde tres C se enfrentan a otras tres: corrupción, compadrazgo y clientelismo entran en contradicción con competencia, calidad y convergencia. También sabe que en México las tres primeras acompañan a los mejores negocios.

El ambiente empresarial mexicano es heterogéneo y también lo son las culturas que en él encontramos. En esta heterogeneidad tenemos más similitudes que diferencias en distintos tipos de sujetos. Por ejemplo, al empresario lo une más la edad y la educación. En lo que se refiere a valores ideales sobre la empresa, la cultura política y las relaciones entre el mercado y el Estado, hay más similitudes que diferencias entre empresarios menores de 40 años, egresados de carreras administrativas del Tecnológico de Monterrey, el IPADE, la Universidad Iberoamericana, la Universidad Anáhuac o del extranjero, independientemente de si tienen sus empresas en Ciudad Juárez, Chihuahua, en Mérida o en Cancún. Sus valores empresariales en abstracto son más parecidos entre sí que los que puedan tener con la generación que les antecede, sus padres o sus abuelos. Sin embargo, sus prácticas empresariales se acomodan a la realidad sociopolítica de sus regiones y a las condiciones de operación y características de sus empresas familiares.

El empresario mexicano nunca debe observarse alejado de su contexto real de operación, que es la ciudad, la región o el estado en el que se ubican sus empresas. Independientemente de los valores y las firmes creencias que tengan sobre la competitividad de la organización profesional de la empresa ante el mercado, sabe que enfrenta políticas financieras adversas, competencia monopólica, corrupción endémica del ambiente institucional, tanto de otras empresas como del gobierno, incertidumbre ante políticas económicas y fiscales cambiantes y gobiernos populistas del PRI, del PAN y del PRD. Lograr una empresa con éxito ante estos obstáculos requiere de un hábil manejo y la capacidad de fundir en un solo caldero los conocimientos orientados a la modernidad e innovación de sus empresas, con los que le permiten el manejo tradicional de sus redes y viejas prácticas clientelares. Esta combinación, este doble código entre valores y prácticas contradictorias, es con lo que se construyen las actuales culturas empresariales mexicanas. Su capacidad de innovación, de éxito o de simple retención y supervivencia del negocio depende de la cultura comprendida como una batería de creencias y prácticas muy amplias, que le otorgan capacidad para adaptarse a los variados medios y ambientes en que se desarrolla la empresa en las distintas regiones y sectores productivos de México.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

REFERENCIAS

Abud Pavía, G., 2007a. Las empresas metropolitanas de Mérida en un escenario de petróleo y globalización, en L.A. Ramírez Carrillo (coord.), *En la ruta del petróleo. Impactos de una eventual explotación petrolera en Yucatán*, t. I. Mérida, Fundación Plan Estratégico de Mérida, pp. 457-534.

Abud Pavía, G., 2007b. Petróleo y empresariado en Campeche, Tabasco y Yucatán, en L.A. Ramírez Carrillo (coord.), *En la ruta del petróleo. Impactos de una eventual explotación petrolera en Yucatán*, t. I. Mérida, Fundación Plan Estratégico de Mérida, pp. 21-81.

Alba, F., 1991. La cuestión regional y la integración internacional de México: una introducción, *Estudios Sociológicos* **XVII** (51): 611-630.

Alba Vega, C. (comp.), 1995. Tres regiones de México: los casos de Chihuahua, Nuevo León y Jalisco. Ponencia presentada en el Coloquio Competitividad Territorial y Recomposiciones Sociales, El Colegio de México, abril.

Alba Vega, C., y A. Aziz Nassif (coords.), 2000. *Desarrollo y política en la frontera norte*. México, CIESAS-IRD-UACJ.

Alba Vega, C., y H. Rivière d'Arc, 2000. Empresarios locales: ¿actores del cambio político?, en C. Alba Vega y A. Aziz Nassif (coords.), *Desarrollo y política en la frontera norte*. México, CIESAS-IRD-UACJ, pp. 21-37.

Aldrich, H.G., y M. Martínez, 2003. Entrepreneurship as social construction. Multi-level evolutionary approach, en Z.J. Acs y D.B. Audretsch (eds.), *Handbook of Entrepreneurship Research and Interdisciplinary Survey and Introduction*. Boston, Dordrecht y Londres, Kluwer Academic Publihsers, pp. 359-399.

Almond, G.A., 1998. La historia intelectual del concepto de cultura cívica, en *La democracia en sus textos*. Madrid, Alianza, p. 364 (citado en C. Alba Vega y A. Aziz Nassif. 2000. Cultura política: una mirada a los empresarios, en C. Alba Vega y A. Aziz Nassif (coords.), *Desarrollo y política en la frontera norte*. México, CIESAS-IRD-UACJ, p. 97).

Banco Mundial y Corporación Financiera Internacional, 2008. *Doing Business in Mexico. 2008*. México, BIRD.

Bataillon, C., 1988. *Regiones geográficas en México*, 9ª ed., revisada y aumentada. México, Siglo XXI.

Bataillon, C., 1997. *Espacios mexicanos contemporáneos*. México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México.

Béjar Navarro, R., 2003. México: los desafíos sociales, en E. González Pedrero (coord.), *México: transiciones múltiples, gobernabilidad y estado nacional*. México, INAP-Fondo de Cultura Económica, pp. 21-38.

Béjar Navarro, R., y H. Capello, 1990. *Bases teóricas y metodológicas en el estudio de la identidad y el carácter nacionales*. México, UNAM-CRIM.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Béjar Navarro, R., y H. Rosales, 1999. *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural*. México, UNAM-CEIICH-Siglo XXI.

Baklanoff, E.N., 2001. Contra viento y marea: los empresarios libaneses y el desarrollo del Yucatán moderno, *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán* (216): 49-63.

Barrosa Sánchez, C.N., 2000. Análisis del proceso de contratación de una licitación de obra pública en Pemex Exploración y Producción. Tesis de licenciatura. Villahermosa, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.

Basave, J., y M. Hernández (coords.), 2007. *Los estudios de empresarios y empresas*. México, Plaza y Valdés.

Blok, A., 1974. *The Mafia in a Sicilian Village, 1860-1960*. Oxford, Basil Blackwell.

Boissevain, J., 1974. *Friends of Friends: Networks, Manipulators, and Coalitions*. Londres, Basil Blackwell.

Bonfil Batalla, G. (comp.), 1993. *Simbiosis de culturas. Los inmigrantes y su cultura en México*. México, Fondo de Cultura Económica.

Casson, M., 2003. *The Entrepreneur*. Londres, Edward Elgar.

Cerrutti, M., 2000. *Propietarios, empresarios y empresa en el norte de México. Monterrey de 1848 a la globalización*. México, Siglo XXI.

Dzul, M.A., 2005. La corporación empresarial como alternativa de desarrollo en la pequeña y mediana empresa manufacturera yucateca. Tesis de licenciatura. Mérida, Facultad de Economía, Universidad Autónoma de Yucatán.

Featherstone, M. (ed.), 1992. *Global Culture*. Londres, Sage Publications.

Garza, E. de la, 2001. La epistemología crítica y el concepto de configuración, *Revista Mexicana de Sociología* **LXIII** (1): 109-127.

Giddens, A., y W. Hutton, 2001. Comunicación entre Anthony Giddens y Will Hutton, en A. Giddens y W. Hutton (eds.), *En el límite. La vida en el capitalismo contemporáneo*. Barcelona, Tusquets, pp. 13-15.

Giménez, G., 2002. Identidades en globalización, en R. Pozas Horcasitas (coord.), *La modernidad atrapada en su horizonte*. México, Porrúa-Academia Mexicana de Ciencias, pp. 37-56.

Habermas, J., 1987. *Teoría de la acción comunicativa*, t. I. Madrid, Taurus.

Hernández, M., 2004. *La cultura empresarial en México*. México, Porrúa-Universidad Autónoma de Guadalajara.

INEGI, 2004. *Censos económicos*. México.

Lomnitz, L., y M. Pérez Lizaur, 1987. *A Mexican Elite Family 1920-1980: Kinship, Class, and Culture*. Princeton, Princeton University Press.

Malgesini, G. (comp.), 1998. *Cruzando fronteras: migraciones en el sistema mundial*. Barcelona, Icaria.

Mayer, A., 1980. El estudio de los cuasi grupos en las sociedades complejas, en E. Wolf *et al.*, *Antropología social de las sociedades complejas*. Madrid, Alianza, pp. 108-133.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Mizrahi, Y., 1994. A new conservative opposition in Mexico: The politics of entrepreneurs in Chihuahua (1983-1992). Tesis de doctorado. Berkeley, University of California.

OCDE, 2006. *OECD Territorial Reviews. The Mesoamerican region. Southeastern Mexico and Central America*. París.

OCDE, 2007. *OECD Territorial Reviews: Yucatán, Mexico*. París.

Ortega Ridaura, I., 2000. Política fiscal e industria en Monterrey (1940-1960). Tesis de maestría. México, Universidad Autónoma de Nuevo León.

Pigueron, G., 1994. *La empresa de clase mundial. Guía práctica para la participación en la nueva economía sin fronteras*. México, Iberoamericana.

Portes, A. (ed.), 2005. *The Economic Sociology of Immigration. Essays on Networks, Ethnicity, and Entrepreneurship*. Nueva York, Russel Sage Foundation.

Pozas, M. de los Á., 1999. Mexican firms in the global economy. Tesis de doctorado. The John Hopkins University.

Pratz Pérez, C., 1993. Breve análisis histórico sobre el desarrollo económico, en Gobierno del Estado de Tabasco, *Tabasco: realidad y perspectiva*, II. *Economía y desarrollo*. México, Porrúa.

Priego Hernández, O., 2005. *Petróleo y finanzas públicas. Su impacto en el estado de Tabasco*. Villahermosa, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.

Puga, C., 1992. *Empresarios medianos, pequeños y micro. Problemas de organización, y representación. Proyecto organizaciones empresariales en México*. México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM (Cuadernos del Proyecto Organizaciones Empresariales en México, 3).

Puga, C., 2004. *Los empresarios organizados y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte*. México, UNAM-Porrúa.

Quintal Palomo, A., 2001. Adaptación y cambio estratégico en la pequeña empresa manufacturera yucateca en un contexto de apertura económica. Tesis de doctorado. La Habana, Facultad de Economía, Universidad de La Habana.

Ramírez Carrillo, L.A., 1994a. *Secretos de familia. Libaneses y élites empresariales en Yucatán*. México, Conaculta-SEP.

Ramírez Carrillo, L.A., 1994b. De buhoneros a empresarios: la migración libanesa en el sureste de México, *Historia Mexicana* **43** (3): 451-486.

Ramírez Carrillo, L.A., 1996. Corporativismo y reciprocidad. Cultura empresarial en el sureste de México, *Estudios Sociológicos* **XII** (35): 381-397.

Ramírez Carrillo, L.A., 2000. Corrupción, empresariado y desarrollo regional en México, en C. Lomnitz (coord.), *Vicios públicos, virtudes privadas. La corrupción en México*. México, CIESAS-Miguel Ángel Porrúa, pp. 145-166.

Ramírez Carrillo, L.A., 2001. Empresarios y poder: la metamorfosis de las élites (1937-2000), en M. Pérez de Sarmiento y F. Savarino *El cultivo de las élites: grupos económicos y políticos en Yucatán en los siglos XIX y XX*. México, Conaculta-SEP, pp. 231-252.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Ramírez Carrillo, L.A. (coord.), 2007a. *En la ruta del petróleo. Impactos de una eventual explotación petrolera en Yucatán* (cuatro tomos). Mérida, Fundación Plan Estratégico de Mérida, A.C.

Ramírez Carrillo, L.A., 2007b. El sureste de México, entre la pobreza, la competitividad y el petróleo, en L.A. Ramírez Carrillo (coord.), *En la ruta del petróleo. Impactos de una eventual explotación petrolera en Yucatán*, t. I. Mérida, Fundación Plan Estratégico de Mérida, A.C., pp. 11-129.

Ramírez Carrillo, L.A., 2008. A wheel of fortune: Yucatán's entrepreneurial elite from the revolution to a globalization, en E.N. Baklanoff y E.H. Mosley (eds.), *Yucatán in an Era of Globalization*. University of Alabama Press, pp. 69-91.

Ramírez Padilla, D.N., 1997. *Empresas competitivas: una estrategia de cambio para el éxito*. México, Mc Graw Hill.

Reynoso, C., 2000. *Apogeo y decadencia de los estudios culturales*. Madrid, Gedisa.

Rivière d'Arc, H., 1992. Le nord-Mexique, est-il atypique? Le cas du Chihuahua, *Problémes d'Amerique Latine. Spécial Mexique*. La documentation française, abril-junio: 45-54.

Rivière d'Arc, H., 2000. Empresarios y globalización en la frontera norte, en C. Alba y A. Aziz Nassif (coords.), *Desarrollo y política en la frontera norte*. México, CIESAS-IRD-UACJ, pp. 39-91.

Steers, R.M., 1999. *Organizational Effectiveness. A Behavioral View*. Santamaria, Goodyear Publishing Company.

Thornton, P.H., y K.H. Flynn, 2003. Entrepreneurship, networks, and geographies, en Z.J. Acs y D.B. Audretsch (eds.), *Handbook of Entrepreneurship Research and Interdisciplinary Survey and Introduction*. Boston, Dordrecht y Londres, Kluwer Academic Publihsers, pp. 401-433.

Unger, K., y L.C. Saldaña, 1999. Industrialización y progreso tecnológico: una comparación entre las regiones de México, *Estudios Sociológicos* **XVII** (51): 633-682.

Vadillo López, C., 2000. *Campeche, sociedad, economía, política y cultura*. México, UNAM.

Wasserman, M., 1987. *Capitalistas, caciques y revolución: la familia Terrazas de Chihuahua, 1854-1911*. México, Enlace-Grijalbo.

Yoshino, M., y U. Srinivasa Rangan, 1996. *Las alianzas estratégicas, un enfoque empresarial a la globalización*. Barcelona, Ariel.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

9
LA FRONTERA NORTE: ESTEREOTIPOS Y REPRESENTACIONES

*José Manuel Valenzuela Arce**

CONTENIDO

Introducción 272
Del centro a la frontera: las narrativas legitimadas 273
La frontera nos cruzó a nosotros 285
Intersticios, transnacionalismo y transculturación 287
Salida: procesos sociales y fronteras 291
Referencias 292

* Profesor-investigador del Departamento de Estudios Culturales de El Colegio de la Frontera Norte: <*jmvalen@colef.mx*>.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

INTRODUCCIÓN

La frontera ha sido interpretada desde múltiples perspectivas, con frecuencia definidas por el prejuicio y el estereotipo. Lo mismo ha ocurrido con la población mexicana que quedó al sur del río Bravo y con los chicano-mexicanos "del otro lado". Los estereotipos decimonónicos que asociaban la frontera con amenaza, riesgo y desnacionalización encontraron nuevas vertientes en el siglo XX en perspectivas que enfatizaban el "apochamiento" y las "leyendas negras", interpretaciones que tuvieron como eje de continuidad la sospecha sobre las lealtades nacionales y la identidad nacional de los fronterizos. Actualmente, los estereotipos de la frontera han encontrado nuevos asideros en lo que considero tres heridas abiertas de la frontera: más de 400 feminicidios de odio en Ciudad Juárez y otras ciudades del país, más de 4 500 migrantes muertos en el intento de cruzar a Estados Unidos y miles de ejecutados, levantados y secuestrados por el narcotráfico.

Interpretar la frontera implica reconocer su paradójica centralidad dentro de los procesos globales que definen el mundo contemporáneo. El 11 de septiembre de 2001 dejó secuelas objetivadas en un atrincheramiento inútil que registra áreas fronterizas con hasta tres muros construidos para contener o desviar el paso de los migrantes. Al mismo tiempo, los procesos transfronterizos y transnacionales obligan a repensar dinámicas socioculturales que vinculan a la población mexicana y de origen mexicano en México y Estados Unidos. De acuerdo con proyecciones de la oficina del censo estadunidense, de 2008 a 2050 la población latina crecerá de 47 a 133 millones de personas, lo cual significa un incremento de 15 a 30% de la población estadunidense total (America.gov, 2008). Junto a la población de origen mexicano que radica en Estados Unidos viven 11.8 millones de mexicanos. Más allá de la relevancia sociodemográfica, estas cifras aluden a redes de relaciones humanas que vinculan realidades desiguales entre Estados Unidos y América Latina y, en especial, México. Las redes sociales formadas por los mexicanos de ambos lados de la frontera siguen caminos diferentes a las condiciones definidas por las divisiones políticas y migratorias. Esto se expresa de manera contundente en el envío de remesas por 23 979 millones de dólares en 2007, cifra que, según estimaciones del Banco de México de noviembre de 2008, tendrá una disminución en este año de 2%, debido a la recesión económica mundial. Más allá del fetichismo de las remesas, consideradas como dinero que cruza la frontera, éstas aluden a un entramado de redes de relaciones humanas, vínculos afectivos, nexos familiares y comunitarios, necesidades y sueños compartidos.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Una parte importante de la relación entre nuestro país y "el México de afuera" se ha definido mediante redes sociales conformadas por los procesos migratorios. Cada año emigran a Estados Unidos 580 000 mexicanos, quienes mantienen un papel relevante tanto en el incremento de la población mexicana en Estados Unidos, como en la definición de diversos procesos socioculturales de ambos lados de la frontera. Sin embargo, a pesar de la densidad de estas relaciones, prevalecen diversos ámbitos de desencuentro, entre los cuales destaca la condición amenazante de los grupos supremacistas al estilo de Ranch Rescue, American Border Patrol o los Minute Man, que se suman a la infame actividad de White Power, Wake Up Washington, Light Up The Border y el Ku Klux Klan.

Sin correspondencia con el incremento de los procesos transfronterizos y transnacionales, las representaciones sobre la frontera conservan fuertes cargas inerciales que obstaculizan su comprensión. Consideramos las representaciones sociales como construcciones colectivas que participan en la definición de los significados de la vida cotidiana; por lo tanto, definen marcos intersubjetivos de inteligibilidad que participan en la comprensión, la producción y la interpretación del sentido cotidiano. En la frontera México-Estados Unidos, la disputa por las representaciones colectivas ha tenido una fuerte presencia en la definición de perspectivas prejuiciadas, estereotipadas, racistas o estigmatizantes. A menudo, la discusión sobre la frontera, lo fronterizo y lo chicano ha estado demarcada por perspectivas estereotípicas, asociadas con la desnacionalización y el entreguismo nacional, al mismo tiempo que se le considera propiciadora de corrupción cultural.

Resulta necesario explorar algunos espacios discursivos que han sido relevantes en la (re)producción de las representaciones de la población fronteriza y chicana, destacando las articulaciones entre identidades sociales, discursos sobre la frontera y los contextos sociales de (re)producción de estos posicionamientos. Por ello, en este trabajo presentamos algunas de las perspectivas que han tenido peculiar relevancia en la definición de las representaciones y las identificaciones fronterizas.

DEL CENTRO A LA FRONTERA: LAS NARRATIVAS LEGITIMADAS

El desarrollo económico y social de Estados Unidos produjo un fuerte impacto en nuestros pensadores decimonónicos (liberales y conservadores), que observaban fascinados el incontenible crecimiento estadounidense. Sin embargo,

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

esta perspectiva se vio ensombrecida a partir de la invasión de Estados Unidos a nuestro país en 1847 y la guerra desigual que se escenificó en territorio nacional en las mediaciones del siglo XIX. Desde entonces se crearon aprensiones que otorgaban ribetes de credibilidad al apotegma doliente atribuido a Porfirio Díaz: "Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos". La presencia estadounidense devino figura fantasmagórica, amenazante y seductora. A esta situación se vinculaban caricaturizaciones centralistas que consideraban inviable el desarrollo de expresiones culturales en el norte, espacio que abría la puerta a la barbarie. En ese clima propicio para la descalificación, cobraban credibilidad afirmaciones como la de José Vasconcelos, quien, en su recuento bibliográfico, *La tormenta*, asentaba: "Tolimán, bello nombre y panorama riente; allí nos hospedó la maestra; mató pollos y los sirvió guisados en buena salsa. Nos sentimos en tierra civilizada. Donde termina el guisado y empieza a comerse la carne asada, comienza la barbarie" (Vasconcelos, 1982: 683). De esta manera, la barbarie atribuida a los norteños facilitaba la descalificación de sus lealtades nacionales y de sus compromisos con los intereses del país.

En 1916, Manuel Gamio (1992), uno de los padres de la antropología moderna mexicana, llamaba la atención sobre el "ayankado", espacio fronterizo. Influido por el naturalismo social, Gamio consideraba al mexicano mucho más materializado y metalizado que el estadounidense, señalando que, a pesar de que la civilización europea arraigó y floreció en México 200 años antes que en Estados Unidos, ellos tenían niveles culturales avanzados, mientras que nosotros nos encontrábamos entre la adolescencia y la niñez o, posiblemente, en la lactancia, pues nuestra elaboración cultural era insignificante. Gamio consideraba que en el fronterizo del norte se había infiltrado el idioma, la industria, las aptitudes comerciales y otras características del pueblo estadounidense. De manera específica, señalaba:

> Los habitantes de Baja California, particularmente de la parte norte, ¿pueden tener el mismo concepto patriótico que los que vivimos en el resto del país? ¿No es desolador el aislamiento en que vegetan? ¿No se ven obligados a cruzar tierra extranjera antes de pisar la región continental de su propia patria? ¿Qué sello presentan allí el comercio, la intelectualidad, la indumentaria, las actividades todas de vivir? Absolutamente exótico, ayankado, hay que confesarlo (Gamio, 1992: 11).

Algunas de las voces que participaron en la visión declarada sobre la frontera en el siglo XX no escaparon a posiciones estereotipadas que abreva-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

ban en la definición de lo mexicano desde perspectivas influidas por los grandes debates sobre la relación entre lo nacional y lo universal, y que destacaron los conflictos de inferioridad que, decían, afectaban a los mexicanos, a quienes consideraban como incurables menores de edad. Estas posiciones adquirieron centralidad con la publicación de *El perfil del hombre y la cultura en México*, de Samuel Ramos, en 1934. Entonces era lo europeo y no lo estadounidense lo que constituía la alteridad del mexicano. Para Ramos el nacionalismo mexicano expresaba el rechazo a lo europeo que somos nosotros mismos, pues nuestra raza es ramificación de la raza europea, condición que se encubre en un disfraz para ocultar la desvalorización que lo atormenta.

Durante las primeras décadas del siglo XX, la vida de la frontera se definía en la intensa interrelación de México y Estados Unidos. La Revolución mexicana y sus secuelas generaron fuertes procesos de desarraigo rural, desplazamiento a los centros urbanos y al "norte": referencia cardinal que adquirió nuevo sentido en los imaginarios de las comunidades mexicanas de alta migración. El recorrido hacia el norte incluía a los que cruzaban a Estados Unidos, pero también a quienes, por decisión propia u obligados por las circunstancias, se iban quedando en las ciudades fronterizas. El proceso migratorio también respondía a la demanda de fuerza de trabajo creada en Estados Unidos para apoyar el crecimiento económico del sector rural, el ferrocarril y los servicios y para cubrir las vacantes dejadas por los soldados que participaban en la primera guerra mundial.

La frontera mantenía condiciones de vida heterogéneas, cruzadas por procesos de convivencia de familias transfronterizas. El norte, sin embargo, encierra importantes diferencias no sólo por la intensidad de las redes sociales transfronterizas, sino también por las formas de vida que conlleva, como las que se presentan en las rancherías, la cultura vaquera de los pueblos serranos, las condiciones de vida de los pueblos indios (algunos con una condición de comunidad transfronteriza iniciada con la firma de los Tratados de Guadalupe Hidalgo, el 2 de febrero de 1848). Varias ciudades fronterizas surgieron tras la instalación de la nueva frontera. Algunas de ellas, como Tijuana, tuvieron especial visibilidad en los escenarios nacionales e internacionales como crisol de los miedos a las incursiones de los filibusteros y como epítome de la supuesta desnacionalización de los fronterizos.[1] En el último cuarto del siglo XIX, los perímetros libres facilitaban el

[1] La ocupación magonista de Baja California, en 1911, con la perspectiva de construir

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

comercio transfronterizo, condición congruente con una realidad en la que el comercio y el contrabando hormiga eran elementos conspicuos de la vida cotidiana de la frontera, especialmente en lugares como Baja California, donde las vías de comunicación terrestre —ferrocarriles y caminos de tierra— se construyeron en las primeras décadas del siglo XX.

La ley Voalstead o "ley seca" (1919 a 1933) dio impresionante visibilidad a las ciudades fronterizas, especialmente a Tijuana y Ciudad Juárez. Diseñada con un fuerte sentido moralista que prohibía la producción y consumo de licor, la ley seca propició un fuerte desplazamiento de los centros de producción, distribución y disfrute etílico al sur de la frontera. Con ella proliferaron los casinos, casas de juego, burdeles y centros de baile. También se produjo un interesante desplazamiento de las industrias del entretenimiento, especialmente de la empresa hollywoodense. Con la ley seca y sus efectos en las ciudades fronterizas mexicanas creció el anecdotario vinculado a la presencia de artistas del celuloide, entre quienes destacaban Gloria Swanson, Paulette Goddard, Charles Chaplin, Orson Welles, Rita Hayworth, Lana Turner, Mickey Rooney, Clark Gable y Johnny Weissmüller. Junto a los astros y divas del cine, figuraban personajes del hampa al estilo de Al Capone, quienes buscaban el disfrute hedonista y la ganancia comercial que fallidamente se trataba de bloquear en Estados Unidos. Con la ley seca proliferaron espacios glamorosos, lúdicos, pero también actividades sórdidas y delictivas. Así creció la leyenda negra de las ciudades fronterizas, leyenda alimentada o recreada desde muchos frentes, especialmente desde el cine y la prensa. Con la ley seca, la tradicional sospecha de la deslealtad nacional de los fronterizos se vinculó con un nuevo elemento estereotípico de orden moralista que los asociaba al vicio, la inmoralidad y el pecado.

Si en las postrimerías decimonónicas cerca de medio millón de mexicanos vivían al norte de México, los procesos migratorios de las primeras décadas del siglo XX y la demanda de trabajadores desde Estados Unidos acentuó este proceso, con lo cual se incrementó el cruce transfronterizo. Esta situación cobró visibilidad en los ámbitos cinematográficos, periodísticos y literarios, como ocurrió con la novela de Daniel Venegas, *Las aventuras de Don Chipote, o cuando los pericos mamen* (Venegas, 1984), publicada

una alternativa ácrata, se vio empañada por errores estratégicos y la participación de algunos personajes movidos por intereses ajenos a los ideales y objetivos magonistas, como Dick Ferris.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

por entregas en un periódico de Los Ángeles en 1924 y en la cual el autor recrea las vicisitudes de la migración y el racismo contra los migrantes mediante las correrías de Don Chipote, un mexicano que viajó a Estados Unidos buscando mejores condiciones de vida.

La importancia social y cultural de los procesos transfronterizos y el incremento de los mexicanos que vivían al norte del río Bravo permitió que creciera el interés por entender los procesos vinculados a la migración y se realizaron algunas investigaciones pioneras sobre el tema, destacando la del antropólogo mexicano Manuel Gamio en la segunda mitad de los años veinte (Weber *et al*., 2002). La relación transfronteriza fue influida por los procesos migratorios intensificados con el crecimiento económico estadounidense en áreas como la agricultura, la minería, la industria y los ferrocarriles. Sin embargo, la crisis económica iniciada en 1929 cambió las condiciones imperantes en Estados Unidos y la demanda de trabajadores mexicanos que creaba, iniciando un intenso proceso de deportación que llevó a la expulsión de cerca de medio millón de mexicanos, incluidas personas de origen mexicano nacidas en Estados Unidos y con residencia legal en ese país. Muchos de estos deportados se quedaron a vivir en las ciudades fronterizas y, en algunos casos, se vincularon a las luchas urbanas que empezaban a producirse en la frontera. También se presentaron movimientos laborales con un alto contenido nacionalista, que demandaban mejores empleos para los trabajadores mexicanos en sitios como los casinos, donde ocupaban los peores puestos.

Los años treinta se caracterizaron por el crecimiento de posiciones nacionalistas, apoyadas por la perspectiva cardenista y la intensificación de la reforma agraria, el reparto de tierras a campesinos y ejidatarios, la nacionalización del petróleo, la decisión de cerrar los casinos y casas de juego que operaban en la frontera para convertir sus instalaciones en escuelas, y la fuerza del movimiento artístico y cultural de orden nacionalista que tuvo fuerte presencia en la pintura, la música, la danza, el cine y el teatro. También, en los años treinta aparecieron las "zonas libres" en la frontera, como mecanismo de exención de impuestos mediante el cual se fortalecieron tendencias económicas regionales que posibilitaron el crecimiento de sectores empresariales y comerciales.

La reactivación de la economía estadounidense con la segunda guerra mundial y los cambios iniciados por el cardenismo, inspirados por la idea de que el poblamiento de la frontera era su mejor defensa, apoyaron los procesos de migración hacia el norte, donde, en 1940, vivían 2 617 723

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

personas. La migración fue el principal motivo del crecimiento poblacional de la frontera durante este periodo, pues el crecimiento social fluctuaba entre 10 y 13%. La falta de apoyo para los campesinos y ejidatarios, el latifundismo y la expulsión de campesinos de sus tierras acentuaban la migración a Estados Unidos y a la frontera, y la firma del Programa Braceros en 1942 generó un marco legal para ese proceso.

La consolidación de los ámbitos urbanos fronterizos durante la década de los cuarenta se encuentra asociada con la aparición de nuevos actores y protagonistas de la vida cotidiana. Mientras que la mayoría de las familias fronterizas construía el sentido de lo cotidiano desde actividades tradicionales (familia, escuela, trabajo, asociaciones mutualistas, sindicatos, clubes sociales, espacios públicos y recreativos, cine, etc.), algunos espacios públicos y periodísticos enfatizaban la dimensión sórdida y estereotipada de la frontera.

En los cuarenta emergieron las primeras expresiones sociales juveniles transfronterizas, las cuales tuvieron su presencia más visible en la figura del "pachuco" cuyas secuelas marcaron los elementos que posteriormente han identificado a "cholos" y "mareros", especialmente el lenguaje, la expresión gestual, el tatuaje y el control territorial. Desde hacía varias décadas, las ciudades fronterizas vivían la asidua visita de jóvenes, estudiantes y *saylors* de la marina estadounidense, quienes cruzaban la frontera para divertirse y encontrar en el sur los satisfactores lúdicos y sexuales que no tenía en el norte. Al mismo tiempo, cruzar la frontera suponía una condición de relajamiento, de trasgresión, de permisividad, situación que no pocas veces incluía pleitos, extorsiones y arrestos. Muchas personas cruzaban la frontera buscando aspectos complementarios para su vida, los cuales podían ser desde visitar a la novia, amigos y familiares o hacer turismo fronterizo (corto y barato), hasta abortar, contraer matrimonio o divorciarse.

En la segunda mitad del siglo XX, la frontera tenía muchos rostros, actores y procesos. Sin embargo, la leyenda negra seguía teniendo relevancia en la representación de la vida fronteriza. La frontera incluía a muchos pobladores nativos, que no se reconocían en el estereotipo del migrante como emblema del residente de la frontera que llegaba buscando mejores oportunidades de vida para él y su familia, gente trabajadora que encontró en estos territorios el lugar para reiniciar su proyecto de vida, pero también contenía múltiples situaciones y actores que daban actualidad a los estereotipos.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

La frontera era un lugar adecuado para quienes huían de un pasado y para desertores de la vida o de la guerra, como Jack Mendoza,[2] a quien José Revueltas conoció en Tijuana en los años cincuenta: "Tenía el mismo aire de haberlo perdido todo y de estar al otro lado de cualquier límite, con un terror lleno de sobresaltos ante la idea de que alguien lo descubriera bajo su disfraz de ser humano" (Revueltas, 1984: 9).

Aunque la observación literaria de Revueltas se centra en la Calle Mayor, sin ver el conjunto de la vida tijuanense, destaca su descripción en la que Tijuana aparece como refugio de caínes que llevan la sangre del hermano, errantes, extranjeros en su propia tierra, escondidos, desertores, desplazados, migrantes: "Había en las gentes un aire sospechoso, una actitud furtiva y escurridiza, como si trataran de darle a todo un doble sentido, una intención oculta" (Revueltas, 1984: 15). Revueltas describe los escenarios: "detenerse, caminar, vuelta a detenerse y otra vez a caminar, en la obscena, la impúdica Calle Mayor de Tijuana, rodeado por la multitud de gringos, de prostitutas, de ebrios" (Revueltas, 1984: 34).

Los personajes de la frontera recreados por Revueltas deambulaban por espacios carentes de sentido, como los escenarios que Jack observaba en Tijuana: "Tiendas, farmacias, cantinas, al estilo del Far West, que daban la impresión de no tener nada por detrás, en efecto como los escenarios de una película del oeste" (Revueltas, 1984: 14). Por ello, hasta la niña que se cruza en su camino aparece como "un maravilloso, espléndido portento de maldad".

Desde esta recreación, Tijuana es el espacio sórdido, proscrito, el sitio profano donde Dios se esconde y pasa inadvertido. "Pero los verdugos no llegarán hasta este lugar. Porque aquí está Dios, oculto en este rincón oscuro" (Revueltas, 1984: 41). Espacio de caínes que matan a sus hermanos en la guerra. Personajes que traspusieron los límites y viven "al otro lado de los hombres".

Con un posicionamiento diferente al de Revueltas y una perspectiva conservadora, en *Al filo del agua*, Agustín Yáñez (1996) recreó la condición caricaturizada del norteño cuyos rasgos demonizados se acentúan frente a la condición del Bajío. Los norteños son libertinos y zafios. Son figuras amenazantes para los sitios anclados en la tradición: pueblos conventuales, pueblos de mujeres enlutadas, pueblos de ánimas, pueblos secos, pueblos monasterio, pueblos camposanto. Hasta los muchachos jaliscienses, em-

[2] Personaje de *Los motivos de Caín*, de José Revueltas.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

prendedores y sin vicios, caen en la tentación de conocer el norte. Ni las bendiciones son suficientes para protegerlos de las "mujeres malasentraña" que los seducen, los atrapan, los tornan "malquerientes". Más allá de su "parado de garza", los norteños ostentan falta de recato y humildad; el norte es el sitio maldito de donde muchos no vuelven y, quienes lo hacen, pierden sus vínculos fundamentales. El padre Reyes afirma contundente: "Algunos acaban de corromperse mediante largos viajes y pierden la poca religión que les quedaba" (Yáñez, 1996: 88). Don Timoteo, otro personaje de Yáñez, apunta en el mismo sentido al referirse a Damián: "tenía que ser norteño, sin temor de Dios". Siguiendo la conseja de que "el que de santo resbala hasta demonio no para", desde algunas perspectivas, el norte ha sido el sitio donde habitan quienes resbalaron, aquellos que cayeron alejándose de sus familias, su religión, sus costumbres y sus valores. En el apartado "Los norteños", Yáñez describe con crudeza esta condición:

> Vientos que traen cizaña, cizaña ellos mismos, más perniciosa que la de los arrieros. (Ya no digamos la sangría en las familias, en los campos. No se sabe qué sea peor: la ausencia o el regreso). "Peor es que vuelvan" —dice la mayoría de las gentes. —"Ni les luce lo que ganaron". —"Y aunque les luzca, ya no se hallan a gusto en su tierra". —"Muchos ya no quieren trabajar, todo se les va en presumir, en alegar, en criticar". —"En dar mal ejemplo, burlándose de la religión, de la patria, de las costumbres". —"En sembrar la duda, en hacer que se pierda el amor a la tierra, en alborotar a otros para que dejen la patria miserable y cochina". —"Entonces son los que han traído las ideas de masonería, de socialismo, de espiritismo". —"Y la falta de respeto a la mujer". (Yáñez, 1996: 151).

Las posibilidades límite de los norteños se expresan en la posesión de los elementos que minan los valores más apreciados, su dimensión amenazante, la descomposición social que producen, su conducta que avergüenza y contamina hasta a los ámbitos sagrados:

> —"Son desobligados". —"Viciosos". —"Pendencieros". —"Eso, eso principalmente, pendencieros". —"Falsos de temor de Dios, ¿para qué decir más?" —"Y mientras más son, más se crecen, a nadie ya dejan vivir en paz: a los ricos por ricos, a los pobres por pobres; no quieren que nadie se les ponga por delante". —"Pobre pueblo, pobre país". —"Los más sabios son ellos, los más valientes, por unas palabras raras que revuelven con lengua de cristianos, aunque no se-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

pan leer, como cuando se fueron". —"Y porque traen dientes de oro, que andan pelando a toda hora". —"Porque vienen de zapatos trompudos, con sombreros de fieltro, con pantalones de globito y camisas de puño, con mancuernillas relumbrantes". —"Se hacen el pelo, como catrines, rasurados de atrás, melenudos". —"Ni el bigote les gusta". —"Son unos facetos". —"Sí, facetos, ¡con que al entenado de don Pedro Rubio, el pobre, se le había olvidado el nombre del atole!" —"Pero no el meneadito". —"¡Facetos!" —"A mí lo que más me repatea es el modito con que se ríen y escupen por el colmillo". —"¿Y dónde dejas el modo de hablar, que parece que se les olvidó el idioma que sus padres les enseñaron?" —"Para que acabemos pronto, son unos traidores, que yo no sé si de adrede o por tarugos, el caso es que les sirven a los gringos como avanzadas para robarse lo que nos queda de tierra, lo que no se pudieron robar la otra vez". —"Lo que no me explico es cómo las mujeres se vuelan con ellos". (Yáñez, 1996: 151).

El norteño es el ángel caído, pecador, y faceto que no puede reintegrarse a las redes íntimas. Aunque nació en el terruño, la "resbalada" lo ha transformado, no puede ser el mismo. Su figura provoca sospechas, historias y rumores que atormentan a Bartolo, uno de los personajes de Yáñez: "¿Quién pudo ser, sino un repatriado, el que mató de diecisiete puñaladas a la infeliz que hallaron hecha picadillo en el arroyo del Cahuixtre? Tenía metida en la boca una mascada de las que traen aquéllos y también la daga era gringa. ¿Y quiénes habían sido más que norteños los que habían robado muchachas a últimas fechas? (Bartolo temblaba con la ocurrencia de poder ser el primero a quien le quitaran la mujer)". (Yáñez, 1996: 152).

Frente a la miseria y la falta de expectativas, el norte también es esperanza, posibilidad, fatalidad, condición que no escapó a la mirada de Juan Rulfo, quien en "Paso del Norte"(Rulfo, 1994) presenta los conflictos humanos que entraña la decisión de emigrar:

—Me voy lejos, padre; por eso vengo a darle el aviso.
—¿Y pa ónde te vas, si se puede saber?
—Me voy pal' Norte.
—¿Y allá pos pa qué? ¿No tienes aquí tu negocio? ¿No estás metido en la merca de puercos?
—Estaba. Ora ya no. No deja. La semana pasada no conseguimos pa comer y en la antepasada comimos puros quélites. Hay hambre, padre, usté ni se las huele porque vive bien.
—¿Qué estás diciendo?

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

—Pos que hay hambre. Usté no lo siente. Usté vende sus cuetes y sus saltapericos y la pólvora y con eso la va pasando. Mientras haiga funciones, le lloverá el dinero; pero uno no, padre. Ya naide cría puercos en este tiempo. Y si los cría pos se los come. Y si los vende, los vende caros. Y no hay dinero para mercarlos, demás de esto. Se acabó el negocio, padre.
—Y ¿qué diablos vas a hacer al Norte?
—Pos a ganar dinero. Ya ve usté, el Carmelo volvió rico, trajo hasta gramófono y cobra la música a cinco centavos. De a parejo, desde un danzón hasta la Anderson esa que canta canciones tristes; de a todo, por igual, y gana su buen dinerito y hasta hacen cola para oír. Así que usté ve; no hay más que ir y volver. Por eso me voy.
—¿Y onde vas a guardar a tu mujer con los muchachos?
—Pos por eso vengo a darle el aviso, pa que usté se encargue de ellos (Rulfo, 1994: 131).

Como en el texto de Yáñez, la fatalidad es compañera de viaje que persigue a quienes emprenden la ruta "del norte", mientras que el regreso es un campo de desencuentros o tragedias:

—Padre, nos mataron.
—¿A quiénes?
—A nosotros. Al pasar el río. Nos zumbaron las balas hasta que nos mataron a todos.
—¿En dónde?
—Allá en el Paso del Norte, mientras nos encandilaban las linternas, cuando íbamos cruzando el río.
—¿Y por qué?
—Pos no lo supe, padre, ¿Se acuerda de Estanislado? Él fue el que me encampanó pa irnos pa allá. Me dijo cómo estaba el teje y maneje del asunto y nos fuimos primero a México y de allí al Paso. Y estábamos pasando el río cuando nos fusilaron con los máuseres. Me devolví porque él me dijo: "Sácame de aquí, paisano, no me dejes". Y entonces estaba ya panza arriba, con el cuerpo todo agujerado, sin músculos. Lo arrastré como pude, a tirones, haciéndomele a un lado a las linternas que nos alumbraban buscándonos. Le dije: "Estás vivo", y él me contestó: "Sácame de aquí, paisano". Y luego me dijo: "Me dieron". Yo tenía un brazo quebrado por un golpe de bala y el güeso se había ido de allí de donde se salta del codo. Por eso lo agarré con la mano buena y le dije: "Agárrate fuerte de aquí". Y se me murió en la orilla, frente a las luces de

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

un lugar que le dicen la Ojinaga, ya de este lado, entre los tules que siguieron peinando el río como si nada hubiera pasado (Rulfo, 1994: 135-137).

Lo estadounidense, como alteridad de lo mexicano, cobró fuerza con su mayor presencia en la vida nacional a partir de la intensa vida fronteriza, donde la colindancia define ámbitos peculiares de interacción, además del crecimiento de la migración internacional asociado al proceso revolucionario de 1910-1917, que produjo amplios desplazamientos de la población campesina, el Programa Braceros y la demanda de trabajadores propiciada por las situaciones de guerra, la presencia de nuevas formas de expresión cultural de los jóvenes chicanos y mexicanos de las áreas urbanas del sur estadounidense y el norte mexicano. Esta nueva condición fue recreada literariamente por Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*, libro que inspiró e influyó en una gran cantidad de trabajos sobre la cultura del mexicano, pero también participó en la propalación de una perspectiva distante y sesgada sobre la población mexicana en Estados Unidos y, de manera especial, sobre los pachucos.[3]

El psicólogo Santiago Ramírez (1977) explica una actitud nacional de las clases altas y de algunos ambientes culturales proclives a lo estadounidense y repelentes a lo mexicano. Señala que, en la medida en que las clases sociales descienden, se dificulta la identificación con el estilo y modos de vida estadounidenses, las actitudes se matizan e incluyen desde la hostilidad o la agresión, hasta la burla o la negación de la influencia extranjera. Ramírez habla del temor del mexicano a perder su identidad, por lo que se adhiere a la figura paterna "inexistente y cruel", buscando una figura paterna "fuerte y vigorosa", creando al caudillo y al héroe. Por otro lado, Rogelio Díaz Guerrero explica esta relación cultural del "efecto frontera", con lo que alude a una semiaculturación asimilativa de los mexiconorteamericanos al patrón estadounidense, al mismo tiempo que destaca evidencias que sugieren "un cierto grado de aculturación de los anglonorteamericanos de la frontera a los valores mexicanos" (Díaz, 1982: 119-120). De esta manera, existiría una influencia cultural que cruza la frontera en ambas direcciones, por lo cual Díaz Guerrero señala "un *efecto de frontera* en el que la gente de uno o de ambos lados de la misma resultaron ser más diferentes que cualquiera de los patrones medulares, que éstos lo fueron entre sí" (Díaz, 1982: 120).

[3] En otros trabajos he presentado esta crítica de manera puntual. Véase Valenzuela, 1997; 1998.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

En *La frontera de cristal*, Carlos Fuentes (1995) también explora posibilidades de la vida en la frontera. Los personajes conforman los tejidos y eventos definitorios. Saben que no deben confiar en las apariencias tras el cristal, al mismo tiempo que aprenden a convivir, a odiar, a enamorarse "de la luz de los cristales", luz compartida más allá de las fronteras de cristal, del idioma o de la migra.

La frontera es sitio de ruptura, pero también espacio de reencuentro, como le ocurre a Emiliano Barroso, el personaje de "La raya del olvido" quien, tullido, hemipléjico, extraviado de sí mismo, no puede hablar ni moverse, pero puede oír; no sabe quién es y carece de memoria, ha perdido sus anclajes identitarios, se encuentra en el abismo, frente a la raya artificial, la raya que cruzan los migrantes, la raya de abismo que nos incapacita para hablar y reconocernos frente a la cultura y el lenguaje dominantes. Los tercos migrantes que permanecen ausentes, "pasmados", frente a la línea, esperando el momento adecuado para cruzarla. Frente a la raya se agudizan los asaltos del recuerdo y cobran fuerza las marcas de identidad que obligan a escombrar nuestros referentes de identidad y anclajes memorísticos. La duda habita las fronteras, muchas cosas del cruce son confusas, por ello la raya es campo de incertidumbre. No se sabe qué espera del otro lado, pero los caminos andados aparecen contundentes, así como el olor del terruño y el valor de los afectos íntimos. Sin embargo, en "la línea" el extravío también produce reencuentros, sobre todo cuando las mallas, el racismo o la intolerancia trizan las fronteras. Por ello, en la frontera, Emiliano Barroso recupera la memoria, se reencuentra consigo mismo, reubica sus ámbitos de adscripción desde el reconocimiento de los otros que también nos miran, nos inventan, nos construyen, nos representan, imágenes que atropellan a Barroso justo en la línea internacional:

> Amanece. Amanece con siluetas que yo miro desde mi silla. Postes y cables. Alambradas. Pavimentos. Muladares. Techos de lámina. Casas de cartón prendidas en los cerros. Antenas de televisión arañando las barrancas. Basureros. Infinitos basureros. Latifundios de la basura. Perros. Que no se acerquen Y rumor de pies. Veloces. Cruzando la frontera. Abandonando la tierra. Buscando el mundo. Tierra y mundo, siempre. No tenemos otro hogar. Y yo sentado inmóvil, abandonado en la raya del olvido. ¿A qué país pertenezco? ¿A qué memoria? ¿A qué sangre? Oigo los pasos que me rodean. Me imagino al cabo que ellos me miran y al mirarme me inventan (Fuentes, 1995: 101-127).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Para las perspectivas dominantes anglosajonas la frontera ha significado colindancia con la barbarie. La frontera ha representado el atraso, el otro lado del espejo, donde lo mexicano alude a la opacidad, al fracaso visible; referencia que amplifica las virtudes propias. La frontera es el ámbito atrincherado donde se establece la lucha contra la contaminación, la inmigración amenazante, la degradación racial, económica y moral. Pero también ha sido el botín, el tesoro codiciado, disponible y evasivo de los sueños filibusteros, o el traspatio sobre el que se debe mantener orden y vigilancia. La frontera se percibe como fuente de problemas, considerándola el sitio por donde fluyen enfermedades, donde cruzan los "braceros" que minan la oferta de trabajo, o las drogas que dañan a los jóvenes. Por ahí transitan rencores y frustraciones que incrementan la violencia: candidatos para las cárceles o prospectos para las listas de futuros ejecutados mediante inyección letal. También proliferan posiciones paternalistas sobre la frontera, en las cuales el sur es una suerte de hermano menor a quien debe tratarse con paciencia y mostrarle el camino. Junto a estas perspectivas autoritarias, existen muchos hombres y mujeres anglosajones con posiciones respetuosas, multiculturalistas o poscolonialistas, que apuestan por un mundo donde las fronteras sean intersticios que apuntalen inicios y no límites amenazantes que demarcan rupturas.

La presencia de la frontera, como tema literario y espacio vital, ha sido objeto de discusión, principalmente a partir de los años ochenta. Nosotros preferimos trabajar con las representaciones de la frontera, no como región geográfica, sino como intersticio o ámbito de relaciones humanas intensas que participa en la definición de identificaciones, diferencias y alteridades.

LA FRONTERA NOS CRUZÓ A NOSOTROS

Con los Tratados de Guadalupe Hidalgo, firmados en 1848, tras la invasión estadounidense, muchos mexicanos fueron atravesados por la frontera. Otros cruzaron en migraciones y desplazamientos que por 160 años se han realizado hacia el norte. Para muchos de ellos la experiencia del cruce quedó impregnada en la piel y en la conciencia. Por ello, Gloria Anzaldúa dice que "cuando vives en la frontera la gente camina a través de ti" (Anzaldúa, 1987: 194). Traspasar la frontera implica insertarse en condiciones desventajosas dentro de una nueva sociedad, una nueva cultura, otro lenguaje, donde todos los días existe un motivo para preguntarse por el

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

sentido práctico y simbólico de las diferencias. Entender la frontera es para los chicanos una necesidad existencial, porque la viven como estigma indeleble de donde surgen las dudas que Miguel Méndez (1974) retrata con claridad:

> —Apá, ¿Qué somos nosotros?
> —Mexicanos, hijo.
> —Mexicanos y no vivimos en México. ¿Entonces no somos americanos?
> —Sí, hijito, también somos americanos.
> —¿Por qué entonces, papá, en México nos llaman pochos y aquí *Mexican greasers*? (Méndez, 1974: 180)

La concepción del escritor tijuanense Federico Campbell, quien considera a la frontera "como metáfora espacial, punto de fuga o fuerza centrífuga narrativa, la frontera suele evocar un mundo intermedio, un área en la que triunfa el claroscuro, un lugar de encuentro y de rechazo, una línea divisoria entre el sueño y la vigilia, entre la verdad y la mentira, entre la realidad y el deseo" (Campbell, 1987). Desde la frontera, los rasgos de la región son entrañables. Se perciben con claridad sus múltiples afectos, desencuentros y conflictos. Desde la perspectiva de José Antonio Burciaga (1992), la frontera no es una línea de paso, sino un espacio de identidad. Burciaga representa a la frontera desde adentro, donde entenderla es una necesidad existencial. Pues las fronteras participan en la delimitación de los significados sociales:

> Vivir en una frontera es vivir en el centro de dos mundos, dos conocimientos, dos culturas, dos idiomas, no para asimilarse, entrar de una a la otra sino para transcruzarse con el poder y conocimiento del vecino. Es decir, ser fronterizo es hacerse un ser de dos fronteras, poder vivir dentro de dos, o vivir dentro de una o también poder vivir fuera de las dos, entender, apreciar y poder celebrar la salvación y la maldición de cada una. Pero es interesante que del lado anglo-americano la palabra *frontier* jamás se ha utilizado. El término popular siempre ha sido *border*, que tiene una connotación totalmente diferente a la frontera. En español, las fronteras son para cruzar o vivir dentro de las dos. Una frontera es un principio, no un fin. La palabra frontera tiene un significado más amplio. En español se puede conocer a una persona como fronteriza, pero en inglés a una persona que vive entre Estados Unidos y México no se le puede decir *frontiersman*. El sinónimo de *border* es la palabra confín, un límite. El

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Border Patrol no viene siendo lo mismo que una patrulla fronteriza. La palabra border se aproxima más a barrera que a frontera (Burciaga, 1992: 17).

INTERSTICIOS, TRANSNACIONALISMO Y TRANSCULTURACIÓN

Las representaciones sobre la frontera han estado fuertemente definidas por perspectivas prejuiciadas y estereotipadas, lo cual ha definido diversos ámbitos de desencuentro social y cultural a partir de los cuales se reproducen los elementos que otorgan visos de credibilidad a los prejuicios. La frontera se inscribe en diversos campos de disputa entre autopercepciones y heterorepresentaciones, donde se confrontan discursos que legitiman o cuestionan los estereotipos. Más allá de las inercias discursivas que siguen reproduciendo imágenes estereotipadas de los procesos socioculturales que ocurren en la frontera México-Estados Unidos, las relaciones transfronterizas han incrementado su densidad, especialmente por el papel de los medios masivos de comunicación y de transporte, así como por el papel de los procesos diaspóricos, la conformación de comunidades transnacionales y nuevos campos interculturales.

Uno de los grandes campos de interés de las ciencias sociales corresponde a la discusión de las características que definen las fronteras y articulaciones de los procesos de globalización con los ámbitos locales y nacionales. Esta discusión resulta pertinente para el análisis de la forma como se reorganizan los diversos ámbitos de convivencia humana, así como para interpretar las relaciones interculturales y la significación de las fronteras sociales. Junto a la expansión de los ámbitos globalizados, se presentan posicionamientos de identificaciones colectivas y se conforman resistencias frente a los discursos homogeneizantes. Y de forma paralela a estos procesos se ha fortalecido el debate en torno a las fronteras culturales como parte de las luchas contra el neocolonialismo y la exclusión, pero también como prácticas sociales que buscan nuevas formas de relación intercultural.

Entiendo las identidades sociales como umbrales socialmente significados que definen similitudes y diferencias, pertenencias y exclusiones, adscripciones y proscripciones. Como ha destacado Benedict Anderson (1983), la conformación de la nación se basa en la adscripción a una comunidad política imaginada de camaradería horizontal. Este campo de identificación se sobrepone a otras formas de identidad social, tales como género, generación o etnia. Además de las formas específicas de identificación coti-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

diana, debemos entender la conformación de identidades imaginadas en el sentido propuesto por Anderson (1983) o de referencia (Giménez, 2000: 45), las cuales, a diferencia de las cotidianas, no se delimitan en ámbitos de interacción intensa y cotidiana, sino que se conforman en espacios que pueden ser de orden transfronterizo, transterritorial o transnacionales, como ocurre con algunas identidades imaginadas (particularmente las religiosas y las nacionales). Los 3 100 kilómetros de frontera común entre México y Estados Unidos no impiden la existencia de formas adscripción a la nación mexicana de muchas y muchos mexicanos que viven al norte del río Bravo y conforman el México "de afuera".

Las identidades sociales son sistemas de clasificación social (Giménez: 1992) que se definen con recuperaciones selectivas y olvidos, conformando emblemas, símbolos, rituales, mitos y elementos que refrendan la permanencia colectiva en el tiempo. Las identidades culturales se inscriben y definen relaciones sociales y de poder, espacio en el cual se establece la tensión entre autopercepciones y heteropercepciones, alterofobias y heterofilias. Esta situación ha sido particularmente visible en la frontera norte de México, donde ha habido un histórico desfase entre las perspectivas conformadas desde el centro del país y las posiciones legitimadas angloestadounidenses, frente a las autopercepciones de los residentes fronterizos.

Además de los movimientos transfronterizos de carácter financiero, industrial o informativo, las tendencias diaspóricas son uno de los ejes definitorios de las relaciones sociales, culturales e identitarias. Sin embargo, a menudo se disocia la interpretación de estas experiencias de los procesos más amplios de estructuración social e institucionalización. Esta condición posee especial relevancia incluso en países como el estadounidense, donde la división sociocultural de oportunidades ha tenido un papel preponderante en la conformación de los repertorios de acción de los grupos étnicos.

La migración redefine redes sociales y rutinas cotidianas. También transforma el campo de relaciones sociales, los mapas cognitivos y las conformaciones geoantrópicas. Se requiere avanzar en la comprensión del papel de la migración en la redefinición de relaciones sociales transfronterizas, considerándola como uno de los factores de cambio y persistencia sociocultural. Al mismo tiempo, es necesario conocer su función en la conformación de nuevas identidades imaginadas y de representaciones colectivas.

La migración también participa en la construcción de importantes procesos sociales de dispersión, fragmentación, transterritorialización y transnacionalización. Moisés Cruz Sánchez (1999) señala que la migración impli-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

ca redefinir los ámbitos de vida "del otro lado". Las comunidades indígenas oaxaqueñas que viven en Estados Unidos ilustran estos procesos, pues han formado comités y organizaciones que defienden los intereses de estas comunidades transterritoriales, creando nuevos ámbitos de encuentro sociocultural, como si se conformara una especie de "guelaguetza política", de acuerdo con el concepto de Cruz Sánchez. Esta condición conlleva expectativas individuales y colectivas, así como procesos internos de recreación y de translación cultural, como se ilustra en los testimonios de las siguientes personas zapotecas radicadas en Los Ángeles:

> Mi padre es de la sierra Juárez, San Miguel Capomos; mi madre también es de allá; somos once hermanos, yo soy el mayor, tal cual, como en toda familia grande, el mayor es el que batalla siempre, entonces de muy pequeño yo salí del pueblo a tratar de ayudar a buscar sustento para ayudar a mis gentes. Salí de mi pueblo sin saber hablar el español. Yo hablo zapoteco, es mi lengua, y a esa edad de doce años puro zapoteco hablaba yo. Entonces llegué a una casa en la ciudad de Oaxaca, y gracias a esa familia Martínez Domínguez, pues me cultivaron, me hicieron hablar bien, no perfecto, el castellano, pero trato de hablarlo bien, entonces estuve cuatro años trabajando ahí en esa casa, era criadito. Cuando regresé a mi pueblo ya no había muchachos de catorce, quince años. Traté de trabajar como hombre de campo, pero ya me había acostumbrado a la ciudad y salí de mi pueblo de vuelta. En el año setenta y siete, viendo la situación como estaba en el estado de Oaxaca, me vi obligado a venir para acá. Llegué a Los Ángeles y empecé trabajando en la costura (Ventura Martínez, Organización Regional de Oaxaca, oro, en Valenzuela, 1998: 160).

Como podemos observar en este relato, los procesos migratorios aluden a diversos ámbitos relacionales, tanto de carácter íntimo y familiar, como colectivos, en los que inciden intereses derivados de compromisos comunitarios, pero también recreaciones y desencuentros culturales que nos obligan a construir miradas más complejas sobre los ámbitos incorporados en el proceso migratorio.

Las recreaciones culturales se expresan en procesos de reterritorialización, así como la conformación de nuevas redes de relaciones sociales y diversos ámbitos de relación intercultural. En estos procesos también se producen nuevas formas de articulación con la comunidad de origen, que incluyen redes sociales transnacionales, pero también la translación y recreación de prácticas culturales en los sitios de destino.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

> Yo salí muy chica de mi pueblo, de catorce años. Me gustaba ver a la gente que llegaba, tenía ropa bonita, suéter, zapatos y yo nada y me dije: yo también voy a tener todo eso y salí muy chica. Yo no hablaba español, puro dialecto hablaba yo. Mis papás llegaron a Tijuana a trabajar y pues allí se ganaba bien poquito: ocho dólares a la semana. Después me pasé para acá y seguí ganando otro poco más, pero yo prefiero estar acá, no sé, me acostumbré tanto. Creo que la vida de nosotros aquí no es distinta a la de allá porque tenemos las mismas costumbres, comemos la misma comida de allá, hacemos tamales, hacemos […] toda la cocina es igual. Aquí la gente cada año, tiene su fiesta cada año. En mi pueblo, Xochistepec, acostumbran dar comida a la gente que va a la casa. Bueno, regalar la comida a toda la gente que vaya y la misma tradición sigue acá (Valenzuela, 1998: 161-162).

Es importante destacar la existencia de repertorios identitarios múltiples, como atributo de las identidades sociales (Valenzuela, 2001). Esta condición se define desde la dimensión situacional y relacional de las identidades, conceptos que se ponen de manifiesto a partir del contexto, la situación y los actores que participan en la relación. A partir de esta perspectiva no esencialista ni reduccionista de la identidad, actuar desde diversos ámbitos identitarios no excluyentes no implica contradicciones, como se ilustra en el testimonio de Benito Castro: se puede ser maquitianguense, zapoteco, oaxaqueño o mexicano sin que esto conlleve "problemas de identidad":

> Yo, enfrente de los paisanos, cuando estoy con ellos, me siento unido como maquitianguense. Pero depende con quién está uno. Si está uno con un grupo de americanos entonces me siento mexicano, al mismo tiempo no me quiero bajar delante de ellos, trato de dominar la lengua, el idioma inglés con ellos. Pero cuando estoy con la raza mexicana me siento muy mexicano, tanto como ellos están aquí. Cuando me encuentro con el pueblo maquitianguense pues me siento de Maquitianguis (entrevista a Benito Castro en Valenzuela, 1998: 163).

No obstante, todas las identidades son cambiantes y con ellas se modifican los referentes desde los cuales se redefinen los umbrales semantizados de adscripción-exclusión, identificación y diferenciación. Algunos de estos elementos que representan el cambio cultural se expresan de manera conspicua en la forma como las nuevas generaciones construyen esos umbrales

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

de adscripción. Sin embargo, aunque cambien estos referentes, el acceso a nuevos discursos y nuevas tecnologías, no necesariamente implican rupturas identitarias, sino que, en ocasiones, estos elementos pueden ser incorporados como recursos de reafirmación cultural.

SALIDA: PROCESOS SOCIALES Y FRONTERAS

La frontera es un campo de relaciones sociales sujetas a cambios dinámicos que requieren de nuevos acercamientos. Las construcciones dicotómicas resultan insuficientes para entender los procesos culturales de frontera; no basta con destacar sus dimensiones de cambio, ruptura o desencuentro ni apostar a los elementos de continuidad o contigüidad. Debemos avanzar hacia la recreación compleja de los procesos culturales definitorios de la vida y las relaciones socioculturales e interculturales de frontera, así como sus dilemas y representaciones.

La realidad fronteriza se caracteriza por la densidad de sus relaciones sociales, que incluyen transacciones económicas, comerciales y turísticas, pero también procesos culturales transfronterizos que comprenden a los campos artísticos (García Canclini y Valenzuela, 2000), movimientos juveniles (como el pachuquismo y el cholismo), procesos sociolingüísticos, pero también desencuentros, disputas y resistencias culturales. En la frontera también se conforman relaciones sociales de carácter familiar, filial, comercial, laboral, lúdico, afectivo y cultural, entramados que sostienen los más de 310 millones de cruces fronterizos anuales.

La frontera no empieza ni termina en los 3 100 kilómetros compartidos con Estados Unidos y las relaciones transfronterizas de la población mexicana y de origen mexicano nos obligan a preguntarnos: ¿dónde se encuentra la frontera?, condición que cobra actualidad cuando observamos que, más allá de la nación como entidad políticoadministrativa, se intensifican los rasgos transfronterizos y transnacionales de la nación social, conformada por comunidades transnacionales, procesos político electorales que cruzan la frontera en busca de votos y prosélitos, vínculos socioafectivos que sostienen a las remesas como la segunda fuente de divisas del país, recreaciones y reterritorializaciones culturales que adaptan eventos y festividades donde se recrean las identidades comunitarias, como ocurre con la guelaguetza entre la población oaxaqueña y de origen oaxaqueño, que la realiza desde hace casi dos décadas en varios sitios de California. Por otro

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

lado, junto a la nación social se fortalecen diversos imaginarios que dan sentido a la nación cultural o a la nación imaginada, creada y recreada por los mexicanos que, viviendo en el extranjero, actualizan sus adscripciones de referencia y participan en una comunidad nacional imaginada, ubicada al sur del río Bravo. Estas lealtades culturales asustan a algunos sectores estadounidenses conservadores, entre quienes se encuentra el profesor de Harvard, Samuel Huntington, quien considera que la principal amenaza para la seguridad de Estados Unidos es la presencia latina, especialmente la mexicana, tanto por la conservación lingüística del español, como por la persistencia cultural de elementos provenientes de su matriz cultural originaria (Huntington, 2004).

Los procesos transnacionales producen intensas formas de convivencia social, en las cuales se redefinen las relaciones de la población mexicana y de origen mexicano en ambos lados de la frontera. Al mismo tiempo, se conforman nuevos referentes de identificación imaginada, en los que la nación simbolizada adquiere otras formas de expresión. También se desarrollan los campos socioculturales transfronterizos. Los procesos político-electorales rebasan las fronteras nacionales y se construyen imaginarios colectivos con referentes comunes en ambos lados de la frontera. También crecen intensos procesos de circulación cultural que, como en un juego amplificado de espejos, presentan múltiples formas y niveles de interculturalidad conformados por *imagos* que, al reflejarnos, nos obligan a vernos con y desde los otros y las otras que somos.

REFERENCIAS

America.gov., 2008. Oficina del Censo dice que minorías de EE.UU. serán la mayoría en 2042. Departamento de Estado de Estados Unidos, 18 de agosto, en *<www.america.gov/st/diversity-spanish/2008/August/20080818131831tl0.2995264.html>*.

Anderson, B., 1983. *Imagined Communities*. Londres, Verso Editions-NLB.

Anzaldúa, G., 1987. *Borderlands. La frontera. The new mestiza*. San Francisco, Spinters-Aunt Lute.

Burciaga, J.A., 1992. *Undocumented Love/Amor indocumentado. A Personal Anthology of Poetry*. San José, Chusma House Publications.

Campbell, F., 1987. La frontera como espacio literario, *La Comunidad*, suplemento dominical del periódico *La Opinión* (347): 15 de enero [citado por D. Gutié-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

rrez Castillo, La imagen de la mujer en la novela fronteriza, en A. López *et al*. (coords.), *Mujer y literatura mexicana y chicana. Culturas en contacto*. México, El Colegio de México-El Colegio de la Frontera Norte.]

Cruz Sánchez, M., 1999. El otro lado, en G. Mummert (ed.), *Fronteras fragmentadas*. Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 265-270.

Díaz Guerrero, R., 1982. *Psicología del mexicano*, 4ª ed. México, Trillas.

Fuentes, C., 1995. *La frontera de cristal: una novela en nueve cuentos*. México, Alfaguara.

Gamio, M., 1992. *Forjando patria*. México, Porrúa.

García Canclini, N., y J.M. Valenzuela, 2000. *Intromisiones compartidas. Arte y sociedad en la frontera México-Estados Unidos*. Tijuana y San Diego, Conaculta-inSITE97.

Giménez, G., 2000. Materiales para una teoría de las identidades sociales, en J.M. Valenzuela (coord.), *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*. México, El Colegio de la Frontera Norte-Plaza y Valdés, pp. 45-78.

Huntington, S., 2004. *¿Quién somos?* Barcelona, Paidós.

Méndez, M., 1974. *Peregrinos de Aztlán*. México, Ediciones Era.

Ramírez, S., 1977. *El mexicano, psicología de sus motivaciones*, 8ª ed. México, Grijalbo.

Revueltas, J., 1984. *Los motivos de Caín*. México, Ediciones Era.

Rulfo, J., 1994. *El llano en llamas*. México, Fondo de Cultura Económica.

Valenzuela Arce, J.M., 1997. *A la brava ése. Movimientos juveniles en México, cholos, punks, chavos banda*. México, El Colegio de la Frontera Norte.

Valenzuela Arce, J.M., 1998. *El color de las sombras. Chicanos, identidad y racismo*. México, El Colegio de la Frontera Norte-Universidad Iberoamericana-Plaza y Valdés.

Valenzuela Arce, J.M. (coord.), 2001. *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*, 2ª ed. México, El Colegio de la Frontera Norte-Plaza y Valdés (México Norte).

Vasconcelos, J., 1982. *La tormenta*. México, Fondo de Cultura Económica.

Venegas, D., 1984. *Las aventuras de Don Chipote, o cuando los pericos mamen*. Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte-Secretaría de Educación Pública.

Weber, D., R. Melville y J.V. Palerm (comps.), 2002. *El inmigrante mexicano: La historia de su vida, entrevistas completas 1926-1927 / Manuel Gamio*. México, Secretaría de Gobernación-University of California-CIESAS-Miguel Ángel Porrúa.

Yáñez, A., 1996. *Al filo del agua*. México, Porrúa.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

EL COLEGIO DE MÉXICO
70 AÑOS 1940-2010

10
AUGE Y FORJA DE IDENTIDADES SOCIALES EN EL SUR DE MÉXICO

*Rodolfo Casillas R.**

CONTENIDO

Introducción 296
Procesos de constitución y reconstitución 298
La hermana república de Yucatán y el Soconusco independiente (o guatemalteco), 305; Identidades sobrepuestas y riesgos profundos, 308
Referencias 316

* Profesor-investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede México: <*casillas@flacso.edu.mx*> y <*casillassan@gmail.com*>.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

INTRODUCCIÓN

Identidad y cultura son productos históricos relacionales. Las identidades y culturas "de" y "en" la frontera sur tienen una especificidad por sus componentes étnicoculturales, que adquieren otra dimensión al relacionarlas con el poder estatal. En este caso, las identidades y culturas de ese sur mexicano tienen relaciones de subordinación regional a propósitos nacionales de larga data y circunstanciales con el aderezo de la coyuntura (Toussaint, 2007). Entre esos propósitos se encuentran la independencia y soberanía nacionales, la seguridad nacional (Tirado, 2007), la ciudadanía nacional con sus elementos homogeneizantes, y la "asimilación" de las etnias locales y poblaciones extranjeras avecindadas en el país. En pocas palabras, la construcción de una identidad propia que distinga al nacional del otro; en este caso el otro es el nacional de Guatemala y de Belice, pero también lo ha sido la población indígena que, con formas renovadas, sigue siendo objeto de discriminación social.

"Permanencia" y "cambio" son dos constantes en la construcción social de las identidades y culturas en la frontera sur de México. Desde la formación del Estado nacional, los gobernantes mexicanos le dieron un significado específico a esa región, que incidió en las comunidades indígenas y mestizas de este lado en aras de establecer quién era el nacional, quién era el otro y cómo éste podía residir en el país: la ficción jurídica y simbólica se concretó con el establecimiento de límites fronterizos con Guatemala en 1882 y con Belice en 1893 (Cosío Villegas, 1960, y Armijo, 2008).

La frontera sur de México es un espacio social en el que se conjugan poblaciones prehispánicas con otras de data colonial y, más recientemente en el tiempo largo, de desplazamientos humanos continuos, que también franquea el paso a culturas e identidades nacionales de Centroamérica y de otras de latitudes lejanas (De Vos, 1997). Las de mayor peso numérico son las culturas e identidades centroamericanas y algunas otras de menor número, provenientes de latitudes transcontinentales. Esa impronta se observa en actividades diversas: el tamal de chipilín se come tanto en algunas localidades de Chiapas como en Guatemala; la comida china (cantonesa para ser más precisos) es alimento típico de Tapachula, Chiapas; la comunidad japonesa de mayor antigüedad en el país está en el Soconusco y los inmigrantes alemanes fueron los principales promotores del cultivo del café, grano que fuera introducido a la región por italianos (Tovar, 2006). Todo ello a la par de otras expresiones culturales, como la sofisti-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

cada comida yucateca, su música, bailes, vestimentas, lengua, artesanías, edificaciones y cosmovisiones de raíz prehispánica, que aún florecen y pendulan entre tradición y mutación, con más vista al Caribe que al sur continental.

El cultivo del café es de capital importancia para la economía chiapaneca, como también lo fue el henequén para la yucateca. Los cultivos requieren, en momentos determinados, de la participación masiva de trabajadores, como ocurre con la cosecha del café, y ello es vehículo ordinario para las expresiones cotidianas de identidad y cultura de las poblaciones involucradas, sean locales o avecindadas por corta estadía. Esa frontera, así, ha estado despoblada en distintos momentos y áreas, con otras densamente pobladas por la conjugación de población autóctona y migraciones internas e internacionales. Hay un largo proceso de transacciones culturales y políticas, con momentos y circunstancias de todo o nada, con otros más generales en tiempo y espacio de "asimilación" y "tensión", que han dado cierta estabilidad política a la frontera, con brotes atomizados de inconformidad, pero también generando espacios para que la diferencia social construya sus lugares de reproducción social, a lo que sólo en lo local tiene cabida y aceptación. Es esa continuidad lo que establece la nota distintiva en la vinculación de las poblaciones fronterizas del sur de México con poblaciones centroamericanas, la cual estará presente en los distintos intercambios que ellas establezcan entre sí, ocurra o no la participación de las instituciones estatales.

Grandes regiones del sur mexicano son asiento de pueblos indígenas prehispánicos. Las viejas identidades indígenas no han tenido ni tienen una trayectoria estática ni lineal. Por el contrario, en tanto relacionadas de distinta forma con el poder estatal y los efectos de las políticas demográficas, económicas, culturales y de creación de una ciudadanía de cierta uniformidad, se transforman, mutan para ser parte nacional y para seguir siendo identidad local con sus propios distingos. Identidades complejas con elementos contradictorios producto de la mezcla de elementos propios con los propuestos por los modelos nacionales de lo que se desea ser, frente a aquellos que son. Esa pluralidad de goznes duros y dúctiles permite observar procesos paralelos con vasos comunicantes en los que las equivalencias posibles hacen plausible la tensión social que construye de manera infinita, sin negar los momentos de ruptura, como el zapatismo de 1994 (Legorreta, 1998), que no es el único, aunque sí el que más visibilidad ha logrado.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

PROCESOS DE CONSTITUCIÓN Y RECONSTITUCIÓN

Los límites geográficos fronterizos del sur permanecen inamovibles desde finales del siglo XIX, pero hay diversos hitos posteriores que reafirmarán los propósitos del Estado e incidirán en la fisonomía social y las expresiones culturales de los distintos núcleos poblacionales de la región, incluyendo la de diversos asentamientos de extranjeros ahí avecindados. Se trata de fronteras nacionales estables con sociedades intrafronterizas dinámicas (Rivas, 2008). Con la Ley General de Población de 1936 (INM, 1996) se estableció como propósitos la "fusión étnica de los grupos nacionales" y el "acrecentamiento del mestizaje nacional mediante la *asimilación* de los elementos extranjeros", que en ese espacio multiétnico y multinacional tendrán repercusiones específicas de logro, tensión y conflictos atenuados, atomizados. Con la Ley de Población de 1996 se creó la categoría migratoria del "inmigrante asimilado", la cual "toma en cuenta actividades no consideradas en las otras características migratorias que señala la ley, a fin de incorporar el proceso de reconocimiento de asimilación demográfica al país", un enunciado administrativo críptico de difícil traducción en la vida cotidiana de la frontera. Como secuela de esas disposiciones legales tendientes a la creación de un solo tipo de ciudadanía, preferentemente monolingüe, ha habido una significativa reducción en el número de lenguas vivas reconocidas por el Estado en la segunda mitad del siglo XX. Por otro lado, México, en su historia de país independiente, nunca ha contado con una gran presencia de extranjeros: en 1950 la población extranjera residente en el país significaba 0.71% de la población total y el porcentaje más alto de 1930 a 2000, y en este último año el total de extranjeros representaba 0.51% o 492 617 personas (INEGI, 2000). De ellos, 70% son nacionales de Estados Unidos, 4.8% de Guatemala, 1.1% de El Salvador; el mayor número de estos guatemaltecos y salvadoreños está vinculado con la región limítrofe de México con Centroamérica, ese espacio social transnacional, multinacional, con particular alcance centroamericano.

Por razones de seguridad nacional, durante la segunda guerra mundial, a los guatemaltecos residentes en la zona limítrofe se les otorgó la ciudadanía mexicana y se les dotó de tierras, mientras que a los alemanes, japoneses e italianos se les dio a elegir entre nacionalizarse, irse del país o concentrarse en los sitios y con las condiciones impuestas a los ciudadanos de las potencias del Eje; sólo uno que otro alemán se nacionalizó y los demás partieron, dejando al frente de sus fincas a los hijos que habían procreado con mujeres

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

lugareñas, fuera de matrimonio. Hoy, luego de generaciones, hay varios Hans Müller tapachultecos al frente de importantes fincas cafeticultoras (Casillas y Castillo, 1994). Para los guatemaltecos no transcurrió mucho tiempo, quizá una distancia de abuelos a nietos, para que nuevamente fortalecieran sus vínculos sociales y hasta consanguíneos, que por lo demás no se habían roto dada la constante comunicación que había entre unos y otros situados a ambos lados de la frontera; algunos de ellos fueron quienes difundieron distintas versiones del cristianismo y crearon los primeros centros de culto correspondiente, que con el tiempo devendría el evangelismo del sureste, distinto al del centro y norte del país, al menos por la cantidad de festejos cívico-religiosos, la manera de realizarlos y las formas de adscripción religiosa en las comunidades indígenas a partir de la conversión de los principales de los pueblos, en los años sesenta y setenta, principalmente (Casillas, 1989). Por otro lado, desde mediados del siglo XX, los guatemaltecos se convirtieron en la fuerza laboral mayoritaria en la cosecha del café en Chiapas, que en momentos llega a representar la llegada temporal de 100 000 trabajadores por año, más una cantidad imprecisa de otros migrantes que se insertan en el trabajo informal urbano (Mosquera, 1990).

Estos migrantes temporales y regionales constituyen una especie de presencias toleradas en la región limítrofe en tanto fuerza de trabajo y a la vez consumidora de bienes; unos durante su estadía y otros que luego son llevados al país de origen. Para verles en las labores agrícolas hay que ingresar a las fincas para encontrar a las mujeres, adolescentes, niñas y niños trabajando a la par del hombre en la colecta familiar del grano, que significa el ingreso familiar en lo inmediato y la reproducción social de la fuerza de trabajo en lo mediato. No de otra forma se explica que, al paso del tiempo, los finqueros cuenten de manera regular con mano de obra calificada para el corte y con el adiestramiento sociocultural necesario para la aceptación silenciosa de las no siempre legales condiciones de vida y trabajo en las plantaciones del entorno chiapaneco. Otras labores, como el cultivo del plátano o la zafra de azúcar, también cuentan con mano de obra guatemalteca, en menor número, pero con similares condiciones de explotación y participación de mano de obra complementaria. En estas labores agrícolas, mujeres, adolescentes, niñas y niños difícilmente existen en términos de salario, atención y prestaciones de ley, aunque su presencia física y trabajo ocurra a plena luz del día. En este intercambio, los migrantes temporales y residentes tolerados, la mayoría indígenas y campesinos, viajan y viven con su cultura, su lengua, sus tradiciones, encontrando en los lugares de destino

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

fronterizo un referente social y cultural familiar establecido por quienes se les adelantaron en el camino o bien son descendientes de otrora migrantes guatemaltecos, hondureños o salvadoreños. Quienes regresan a sus pueblos de residencia habitual van cargados de enseres y bienes adquiridos en México, recurren al *bus* y escuchan el pregón de los anunciadores de las empresa que ofertan aire acondicionado en los transportes y música de Juan Gabriel, Vicente Fernández y demás cantantes mexicanos de moda. Los centroamericanos, en su calidad de migrantes temporales y regionales, traen a México algo más que su fuerza de trabajo y de México llevan algo más que unos pesos y mercancías: son entes sociales que dinamizan una región transnacional, un mercado y una sociedad múltiple en las nacionalidades, lenguas, credos, actividades, culturas y economías que en ella se reúnen. Y no todas las actividades, que no siempre ocurren al unísono, con la participación de las instituciones del Estado, que a la distancia y con tiempos diversos mantienen una intermitente actitud vigilante hacia ellas y sus actores sociales.

La presencia laboral de adolescentes, niñas y niños migrantes es notoria en el comercio informal, comercio que cada vez se diversifica más y produce especializaciones (Casillas, 2006). Por ejemplo, casi todos los lustradores de calzado informales y la mayoría de los "canguritos"[1] son adolescentes guatemaltecos; la mayoría de las adolescentes insertas en el comercio sexual en Tapachula (prostitución y trata)[2] proviene de Honduras, aunque en otros municipios colindantes se encuentran en comercio similar guatemaltecas y salvadoreñas, además de las hondureñas, y de muy distintas edades en otras ciudades y centros turísticos internacionales del sur, de impronta maya; casi todas las empleadas domésticas en Tapachula son originarias de Guatemala; la plaza principal de esta ciudad, a partir de los noventa, se convirtió en el lugar de reunión dominical de éstas, tanto que las mestizas tapachultecas, desde entonces, se niegan a concurrir a ese que

[1] Así llamados por llevar, colgada al pecho por una o dos correas que penden del cuello, una caja con dulces, cigarrillos y comida "chatarra".

[2] De acuerdo con la Convención y Protocolo de Palermo, por trata de personas se entiende "la captación, el transporte, el traslado, la acogida o la recepción de personas, recurriendo a la amenaza o al uso de la fuerza y otras formas de coacción, al rapto, el fraude, al engaño, al abuso de poder o de una situación de vulnerabilidad o a la concesión o recepción de pagos o beneficios para obtener el consentimiento de una persona que tenga autoridad sobre otra, con fines de explotación. Esa explotación incluirá, como mínimo, la explotación de la prostitución ajena u otras formas de explotación sexual, los trabajos o servicios forzados, la esclavitud o las prácticas análogas a la esclavitud, la servidumbre o la extracción de órganos" (Casillas, 2006: 55).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

era su espacio por el temor de ser confundidas con "las chachas guatemaltecas". En el recientemente edificado Parque Bicentenario, las autoridades municipales han tomado medidas a efecto de que esos migrantes centroamericanos no concurran a promover sus ventas o bien a solazarse, pues "afean" los espacios de atracción turística internacional.

En los años setenta y ochenta del siglo XX, hubo dos hitos trascendentales: la llegada masiva de refugiados guatemaltecos (Rodríguez de Ita, 2003) y los temores de la pluralidad cristiana que, se decía, vulneraban de distinta manera la identidad y la cultura nacionales. Los conflictos político militares en Centroamérica motivaron la llegada de miles de refugiados guatemaltecos, primero y principalmente a Chiapas (Aguayo *et al.*, 1989); previamente, no muchos decenios antes, poblaciones mayas habían sido empujadas de la Península hacia tierras de Quintana Roo, en una migración interna inducida como una manera de acallar la disidencia social en las viejas tierras mayas. Con la llegada obligada de guatemaltecos, el gobierno federal se preocupó porque se pudieran hacer realidad los señalamientos de la teoría del dominó: cayó Cuba, cayó Nicaragua, cayó El Salvador, está por caer Guatemala y sigue el sur de México (Aguilar Zínser, 1982). De ahí que por razones de seguridad nacional cientos de refugiados guatemaltecos fueran reubicados en terrenos alejados de la frontera, tanto en la propia Chiapas como en nuevos asentamientos poblacionales en los estados de Campeche y Quintana Roo. Con el tiempo, a muchos de esos guatemaltecos les fue otorgada la nacionalidad mexicana. La combinación del proyecto cultural del Estado mexicano moderno se vio afectada por la debilidad de su vecino guatemalteco, en donde la riqueza étnica, lingüística y cultural prehispánica no se vio igualmente reducida. Así, el que los refugiados guatemaltecos siguieran hablando su lengua nativa, el mam, significó un refuerzo lingüístico y cultural a los pueblos mames mexicanos que habían sufrido pérdidas ante el embate liberal que les negaba su lengua, su vestido, sus tradiciones y cultura. Las culturas nativas mames y otras mayas fueron, en consecuencia, reforzadas por los refugiados indígenas guatemaltecos de raíces culturales afines en Chiapas, Campeche y Quintana Roo.

Por esos años ochenta en que ocurría la llegada de los refugiados, se descubrió el auge de la diversidad cristiana en el país que, se decía, prosperaba principalmente entre indígenas, áreas rurales y míseras, como el sur-sureste de México (Ruiz, 2003). En el país se tomaron varias medidas; entre ellas, una encuesta nacional en la mayoría de los estados en que trabajaba el Consejo Nacional de Fomento Educativo (Conafe) para conocer los efec-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

tos de la deserción y ausentismo escolares por razones religiosas. Los resultados no se difundieron porque, aparte de ser un estudio para efectos internos de la institución patrocinadora, lo que se encontró fue diferente a lo esperado: no se rendían honores a la bandera porque el profesorado no lo organizaba o no había bandera, tampoco se cantaba el himno nacional por la falta de iniciativa de los profesores. Se instruyó a que se realizaran los festejos cívicos y se dotó a las escuelas de banderas y discos con el himno; después se descubrió que no había en las escuelas electricidad ni aparatos de música (Casillas, 1989). Con el Programa Cultural de las Fronteras y una nueva inducción de migración interna para poblar, con mexicanos del sur-sureste y otros lugares de país, terrenos vírgenes o escasamente poblados de Campeche y Quintana Roo, se intentó fortalecer la presencia física de mexicanos en localidades fronterizas del sur. Resultaba de alto riesgo que sólo guatemaltecos llegaran en los ochenta como nuevos residentes a territorios que, recién en los setenta habían sido reclasificados como entidades federativas, es decir, que podían elegir a sus gobernantes. Identidad nacional, seguridad nacional, geopolítica, población mexicana o mexicanizada fueron, nuevamente, las constantes en esa relación dinámica poblacional fronteriza y enunciados identitarios nacionales.

Durante el último decenio del siglo XX y en el inicio del XXI, el auge del tráfico de personas, de drogas y de armas mostró aspectos graves del lado oscuro de la región fronteriza: la existencia de actividades delictivas que, por los recursos con que contaban, amenazaban con pervertir la tradicional movilidad humana positiva y sus intercambios, labor facilitada por la normatividad migratoria selectiva que, a su vez, alentaba el tráfico ilegal de migrantes; la cadena de usos y abusos sobre la población itinerante fue pronto visualizada por otras redes delictivas mayores para sus fines de trasiego de mercancías prohibidas. Ante una nueva presión estadounidense, las autoridades mexicanas volvieron a acrecentar su atención en el acontecer del sur: al cierre de siglo había 25 centros de reclusión para transmigrantes indocumentados centroamericanos, principalmente, la mitad de ellos en Chiapas. En 2007, ya había 48 de esos centros, denominados oficialmente "estancias migratorias", 24 de ellas ubicadas en el cinturón fronterizo del sur y se proyecta que en 2012 habrá 60 de esos establecimientos.[3]

[3] De ellas, tres corresponden a Campeche; 11 a Chiapas; una a Quintana Roo; dos a Tabasco; tres a Oaxaca; tres a Veracruz y una a Yucatán. Para visualizar su ubicación véase Casillas, 2007a.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Producto de estas acciones, de 1990 a 2000 las autoridades migratorias de México realizaron 1 327 599 eventos de devolución y rechazo de extranjeros indocumentados, casi todos ellos centroamericanos; esa cifra cobra mayor dimensión si se observa que en el decenio precedente el total de eventos similares no llegó a 20 000 (Casillas, 2007a; 2007b). De 2001 a 2005 la cifra correspondiente fue de 934 051 extranjeros indocumentados; de esos totales poco más de 90% eran oriundos de Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua y el resto de otras partes del mundo.[4] Cabe precisar que el concepto "evento" tiene una precisión estadística que es de suma importancia en el análisis social: se refiere a que un mismo extranjero puede ser objeto de detención una, dos o más veces en un mismo ciclo administrativo, de ahí que la reiteración de varias detenciones se denomine evento y no necesariamente sea el número de personas detenidas. En lo social, eso significa que cada persona reiteradamente detenida y devuelta tiene la posibilidad de realizar nuevas búsquedas de tránsito con diferentes apoyos sociales, con nuevos mecanismos de gestión, nuevas vías y tiempos, todo lo cual significa la ampliación de ámbitos y actores sociales en la región fronteriza de manera preferente. De ahí, entonces, que ese ir y venir cotidiano de migrantes indocumentados sea una oxigenación diaria a las relaciones sociales y a los intercambios de todo tipo que ellas conllevan. A ello hay que agregar dos precisiones: *i*] la mayoría de las aprehensiones ocurrieron en Chiapas, Tabasco, Veracruz y Oaxaca y, *ii*] los números son mayores en la detención de transmigrantes indocumentados, pero bajos, muy bajos en cuanto a migrantes indocumentados con destino en tierras limítrofes del sur, detenidos y procesados por tráfico y trata de personas; se detuvieron a más "mulas" (transportadores de droga a baja escala), pero menos a quienes las obligaban o contrataban para tal traslado. Triunfos migratorios que sirven al poder estatal en su relación con el norte, pero que no pretende detener la gran dinámica migratoria fronteriza regional en el sur.

En localidades fronterizas del sur de México ocurre lo que en otras fronteras nacionales: los extranjeros tienen hijos, con documentación migratoria vigente o sin ella (Casillas, 2009). La Constitución mexicana no hace distingos: esos niños y niñas, por el simple hecho de haber nacido en territorio nacional, son mexicanos por nacimiento. Los extranjeros no siempre lo saben y el temor a ser detenidos por las autoridades migratorias

[4] Se estima que del total de migrantes indocumentados en Estados Unidos, 57% son de México y 23% del resto de América Latina, fundamentalmente de Centroamérica.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

les impide hacer el registro correspondiente. También ocurre que funcionarios del registro civil local se nieguen a realizar el registro por la circunstancia indocumentada de los padres, lo cual es un hecho ilegal que vulnera a los recién nacidos. Son tres las opciones que tienen esos padres extranjeros indocumentados: *i*] no registrar a los recién nacidos. La consecuencia inmediata es que al no ser registrados los infantes carecen de identidad nacional oficial y, por tanto, no tienen acceso a la salud, educación y protección establecidas en la legislación mexicana. Dado que la migración indocumentada a y por la región fronteriza es de vieja data y constante, hay niños, niñas, adolescentes y adultos mexicanos sin el acta de nacimiento correspondiente; no existen de manera oficial: son indocumentados mexicanos en México susceptibles de deportación, pero ¿a dónde?; *ii*] no registrarlos en México, sino en el lugar de origen de los padres (si es que éstos nacieron en Centroamérica, pero si son naturales mexicanos sin papeles la situación se complica más). Eso ocurre con cierta frecuencia con hijos e hijas de guatemaltecas y hondureñas indocumentadas en el país. También es frecuente que esos mexicanos por nacimiento de acá, se queden allá (en algún lugar de Centroamérica) luego del registro bajo el cuidado de sus abuelos o algún otro familiar. Tiempo después regresan a y por México como migrantes centroamericanos. ¿Cuántos son, qué es de ellos? No se sabe. Pero de seguro, si son transmigrantes indocumentados, son susceptibles de expulsión, y *iii*] algún mexicano o mexicana registra al recién nacido con su nombre para cumplir con las formalidades legales así interpretadas y aplicadas. Hay la modalidad de un cobro por el servicio del prestanombre, pero también hay el riesgo de perder al recién nacido. Esos pequeños tienen, así, padres biológicos y padres sociales, pero es muy complicado pronunciarse con certeza sobre su identidad sociofamiliar, su desarrollo cultural, su adscripción nacional, materias todas de la opacidad social en que estos sectores viven y se reproducen cotidianamente.

En 2004, el registro oficial del municipio de Tapachula establece la existencia de 1 552 expendios de bebidas alcohólicas (Casillas, 2006). Inspectores de establecimientos de manera extraoficial reconocen un importante subregistro en la materia, así como la labor fuera del alcance del registro oficial de un sinnúmero de negocios que venden dicho producto. En contrapartida, los registros oficiales señalan, en el mismo 2004, la existencia de 348 escuelas de educación básica (267 de primaria y 81 de secundaria) en el municipio, y aquí no hay subregistro. Dicho de otra forma, se estima que hay de ocho a 10 negocios de alcohol por cada escuela que

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

instruye y forma a menores de edad en Tapachula, con el agravante de que los primeros laboran de lunes a sábado todo el año y las segundas de lunes a viernes, sólo durante los ciclos escolares. En Tapachula se ha desarrollado más capacidad para construir cantinas que escuelas (pero no es la única ciudad en la que eso ocurre, en la entidad y en las entidades fronterizas del sur de México). De mantenerse esta situación, no sorprenda que a la vuelta de unos cuantos años diversas capas de jóvenes fronterizos estén más familiarizadas con lo que aprenden en las cantinas que en los centros de instrucción escolar. Serán los "maras" del futuro, esos marginados del mundo oficial que como chivos expiatorios son responsabilizados de ser presencias indeseadas en el sistema (Lara, 2006; Perea, 2007; Valenzuela, Nateras y Reguilo, 2007). Es decir, generaciones de jóvenes que ya no tienen identidad social asociada a la tierra, pero tampoco cabida en la sociedad del conocimiento. No es de extrañar, en consecuencia, que sus elementos identitarios y culturales sean nutridos con concepciones y prácticas de vida personal, de pareja, de ciudadanía y de trato a la mujer mediados por la amplia gama de violencia social en la que nacen, se desarrollan y muchos mueren. Si eso es en Tapachula, piénsese por un momento lo que ocurre en los enclaves ya existentes para el turismo internacional en Cancún y Chetumal, para las migraciones beliceñas; para las mujeres adolescentes indígenas de la región de Las Cañadas chiapanecas que son llevadas o enviadas al comercio sexual que atiende a los trabajadores que construyen los nuevos centros turísticos en la Riviera Maya, entre otras. ¿Qué tipo de tejido social se teje?, ¿qué valores sociales alientan la vida social en esa frontera?, ¿qué identidades y prácticas culturales se alientan, por acción y por omisión de las instituciones?, ¿cuál es el proyecto, si es que lo hay, de construcción identitaria en la frontera sur? Preguntas aún sin respuesta organizada, aunque haya respuestas atomizadas.

La hermana república de Yucatán y el Soconusco independiente (o guatemalteco)

Las medias bromas suelen tener elementos de verdad social, asideros que alimentan percepciones, tradiciones, intereses específicos. Ésos y no otros son lo que motivan los señalamientos a los espacios sociogeográficos yucateco y soconusquense, en clara referencia a su legado histórico y su posición de poder frente al poder central. Por lo demás, los pueblos yucateco y soco-

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

nusquense, como los pueblos de Los Altos chiapanecos, tienen varios elementos en común: raíces prehispánicas, desarrollo propio de su economía regional que les dio amplia presencia y reconocimiento en tiempo y espacio, desarrollo de su gastronomía, cultura, variantes lingüísticas, aunque en éstas, como en arquitectura, ciencia, cosmogonía, la civilización maya tiene un desarrollo de honda impronta. Todo ello, y mucho más, nutrió sus respectivas identidades regionales, mismas que entraron en conflicto frente a los designios centralistas, y otras con los mestizos, como ocurre entre los coletos de San Cristóbal. Siendo diferentes, no eran necesariamente opuestas, ni entre sí ni con la propuesta de identidad nacional; de lo que se careció fue de la creatividad para crear espacios novedosos de convivencia y articulación. Afortunadamente, aquí como en tantos otros espacios sociales más, los antagonismos no llegaron al extremo de la aniquilación, aunque se pretendiera con éxitos parciales cambiarles su identidad y cultura, y se fueron desarrollando por la vía de los hechos y por acción directa de los actores locales involucrados formas de coexistencia de suerte tal que, en los albores del siglo XXI, es evidente que unas y otras perviven, así sean separados.

El intercambio transfronterizo de las identidades indígenas subordinadas ha permitido que ellas, al paso del tiempo, puedan recuperar elementos identitarios de vieja raíz, que pervivían como recuerdo en el imaginario social, pero cuya práctica o explicación habían sido negadas por las políticas de ciudadanización nacional; la tradición oral y el acceso a la radio comunitaria han reforzado identidades de vieja cepa, las renuevan con el uso de los medios radiofónico, electrónico y virtual y las (re)insertan en el mundo globalizado. Continúan los tránsitos del mundo pluriétnico a la propuesta del México mestizo y el aterrizaje en el suelo multicultural, ese que ya estaba y ahí sigue. En los espacios propios, o apropiados, de los grupos subalternos las propuestas hegemónicas de identidad y cultura fueron y son replicadas, no abiertamente, no siempre de manera confrontativa, sino "adecuativa", es decir ajustándolas a la realidad inmediata; hay la práctica de los consejos y formas colectivas de representación temática, étnica, regional, de género, etc., propiciadas por el Estado, pero también con ellas y, a la par de ellas, la expresión de sus propios intereses. Convivencia en construcción, pero también en tensión. En ocasiones, las formas más visibles de ello se encuentran en las danzas y festividades cívicas (sea porque integran nuevos elementos o incorporan narraciones en que se mofan de hechos, políticas o actuaciones de funcionarios del momento) y religiosas locales, en la diversidad de formas de consulta general en eso genéricamente deno-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

minado "usos y costumbres" y el valor incanjeable, para algunos, de la tierra como elemento identitario social y cultural (Hernández, 2001). Tierra-trabajo-organización social y política-cultura forman, así, un entramado único que vincula lo local en las regiones fronterizas en donde esos ingredientes son posibles, con otras realidades limítrofes en las que los procesos de poblamiento reciente o de urbanización acelerada, con pueblos mestizos de otras latitudes del sur-sureste, principalmente, recurren a otros modelos de identificación en localidades cercanas a Guatemala y Belice.

El cotejo que hacen algunos pueblos viejos no es sólo con lo actual, sino también con la representación histórica de lo indígena, formulada o vista desde la historia oficial; es la reinterpretación del pasado por quienes encarnan el modelo oficial sin identificarse con él, como una afirmación actual y de valoración de la identidad y cultura, vía las danzas, ejemplo por excelencia, en que se transmite la cultura a las nuevas generaciones. El cotejo, por lo demás, no sólo lo hacen los adultos; también entre las nuevas generaciones ocurre: jóvenes roqueros hacen nueva música, hacen arreglos a la vieja música autóctona, en alguna variante mayense, ante el asombro de jóvenes mestizos que sólo hablan español y de los viejos que, entendiendo la lengua, cobran distancia del sintetizador electrónico y extrañan la marimba.

En esa frontera sur se conjugan, en tensión constante, los elementos históricos de las identidades locales con los procesos de innovación y cambio, como lo es la emergencia pública de las mujeres, subsumidas ambas tensiones en una mayor: la construcción diaria en los tiempos ulteriores de esa identidad nacional en la frontera sur, la que sea la resultante. La construcción del pluralismo cultural e identitario en la frontera sur es y sigue siendo un proceso relacionado con el pluralismo nacional mexicano.

El Soconusco es la perla en disputa, en medio de otras tierras ignoradas, pero no menores en riquezas. El Soconusco está en Chiapas y aunque es la puerta más frecuentada para entrar y salir del país, no es toda la frontera nacional. Yucatán, por su parte, es peninsular, casi insular, pero no aislada, aunque sí alejada de una relación sólida con el sur continental. Dada su profunda y sofisticada civilización prehispánica, ha sido y es otro polo identitario y cultural tensionado por las tentativas federales de imponer un modelo de ciudadanía único que, en su versión más agreste, pretendió reunir un solo pueblo que subsumiera, asimilara a todos en uno solo, en el mestizo, el mexicano, la asimilación exitosa de lo que se expresó en las leyes de migración antes referidas. Dicha versión ha fracasado ante el

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

vigor y persistencia de la multiplicidad de pueblos, culturas e identidades regionales vigentes en el sur de México. Pero hay otro México posible, el que es una variedad de identidades y culturas múltiples.

Identidades sobrepuestas y riesgos profundos

Como capas de una cebolla, así se encuentran en la frontera sur de México identidades y expresiones culturales locales, regionales y nacionales. Cada cual construida en tiempo y circunstancia diferente, a veces compartidos, en términos relacionales unas frente a otras, con vasos comunicantes que las mantienen a todas vivas. Por separado, cada una dice algo; en conjunto, dicen distintas cosas a la vez, la cebolla completa, la síntesis de la mexicanidad resultante, no la imaginada. El resultado fue al revés; no todas las identidades regionales para una sola nacional, sino que en una están todas para que ella sea. La asimilación de diversas identidades en una sola no cuajó, pero en cambio se crearon, voluntaria e involuntariamente, espacios sociales e institucionales para que coexista el cúmulo de identidades viejas y nuevas. Los procesos de Independencia nacional y de Revolución fueron, en su momento y a diferencia de otras regiones, momentos de definición de las fuerzas sociales regionales en la frontera sur del país. En el primero, para decidir a qué Estado naciente adscribirse, "cola de león o cabeza de ratón", como diría más de uno. En el segundo, en una polémica de poder público ajena o que se interpretaba como tal; lo ilustraba el escritor chiapaneco, Eraclio Zepeda, de manera jocosa: cuando llegó la Revolución, llegó del cielo, la gente interpretó a un avión que volaba como la Santa Cruz volando y se arrodilló a rezar. Es decir, un hecho lejano que, además, fue confundido. En la construcción de una ciudadanía nacional no se logró establecer una forma única de mexicanidad en el país, menos en el espacio social fronterizo del sur, pero se han establecido formas de convivencia en las que los distintos modelos de identidad nacional y regionales, con sus correspondientes desarrollos culturales, tienen cabida social. Los logros habidos, en ese sentido, están en las formas de convivencia de una pluralidad enriquecida, pero que también enfrenta riesgos mayores.

Con sus altibajos, la identidad latinoamericana ha sido un recurso utilizado por instituciones y sociedad en los últimos decenios del siglo XX en México. El otorgamiento de asilo a los coñosureños afectados por las dictaduras militares de los setenta y ochenta formó parte de la generosa trayec-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

toria humanística mexicana, previamente expresada con los españoles afectados por el franquismo; lo mismo se dijo en su momento con la recepción de los refugiados centroamericanos. Todo ello motivo de satisfacción y orgullo a primera vista. Hay, empero, dos vertientes que deben considerarse. Una, la económica, no se fortaleció o no formó parte de esa identidad latinoamericana o de esa hermandad con los centroamericanos, vinculados a México o no. Al menos en los últimos 20 años del siglo XX la relación mexicana no pasó necesariamente por ahí (Casillas, 2008). Del total del comercio internacional de México, en ese lapso, sólo 2% fue con Centroamérica, con tendencia decreciente, y los estados fronterizos del sur jugaron más un papel de espacios de tránsito de bienes y servicios que de productores; su papel ha sido el de comercializadores de mercancías procedentes de otros lugares del país o "*made in China*", abrumadoramente en los últimos años. La identidad latinoamericana, la hermandad con Centroamérica, no pasa ni incluye necesariamente a la economía. De ahí la mayor importancia de los nexos socioculturales que son, en esa trayectoria histórica, los que dan vida a esa vinculación continental hacia el sur.

Además, México tiene en los estados fronterizos del sur problemáticas específicas que inciden en los procesos sociales identitarios y culturales de distinta manera. Entre ellas: *i*] un importante atraso económico y social; *ii*] fuerte desigualdad social y elevados índices de marginación; *iii*] infraestructura insuficiente y anacrónica; *iv*] abundante mano de obra de baja capacitación, escasa o nula instrucción escolar, habituada a formas de participación social con ausencia del régimen institucional; *v*] debilidad pronunciada y fuerte dependencia tecnológica; *vi*] redes de carreteras y ferroviarias insuficientes y en malas condiciones que demandan fuerte inversión para un funcionamiento aceptable; *vii*] mínima infraestructura portuaria comercial de gran calado, y *viii*] problemas emergentes en infraestructura, producción y comercialización debido a distintos desastres climáticos ocurridos en los albores del siglo XXI. Perviven en un mismo estadio de desarrollo formas tradicionales de producción y relación social, más cercanas a las sociedades rurales, junto con otras próximas o inmersas en la vida moderna. Estas problemáticas tienen diferentes implicaciones sobre el conjunto nacional y los países vecinos del sur. Sobre el conjunto nacional, profundiza la brecha centro-norte y sur-sureste, mientras que para la parte colindante con Centroamérica, que tiene características semejantes en desarrollo, infraestructura, población, condiciones y calidad de vida, vincula mayormente a poblaciones transfronterizas, en una especie de Mesoamérica acotada, más en sus

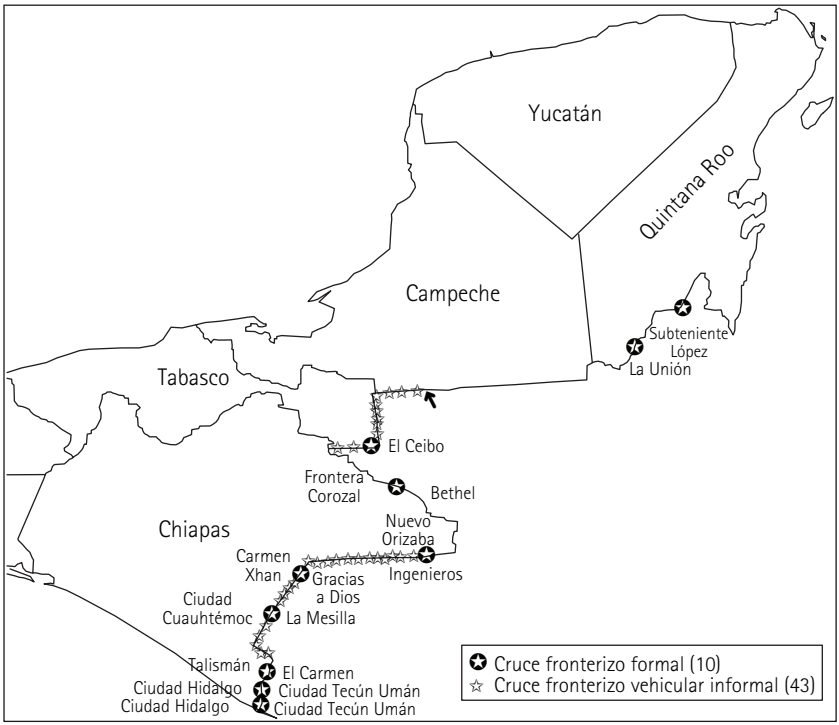
EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

males que en sus beneficios, más en sus vínculos socioculturales regionales que en los proyectos nacionales, más en sus realidades inmediatas que en los proyectos de desarrollo macroestructural a mediano y largo plazos.

La otra vertiente que debemos considerar la constituyen los efectos. Uno de ellos, secundario, es que se fortalecieron los vínculos sociales en la región transfronteriza, en los que la comercialización de artículos perecederos e insumos para el trabajo agrícola forman parte de las viejas relaciones cotidianas de la comunidad transfronteriza, lo que fortalece la permeabilidad social regional. Otro efecto igualmente secundario es que buena parte de esos intercambios comerciales internacionales ocurren fuera de los marcos legales, lo cual favorece la creación, ensanchamiento y operación de redes delictivas, que evidentemente fortalece la vida social al margen y, a veces, en contra de la vida institucional y legal. Dicho de otra manera, ambas prácticas remiten a la importancia de la trama social. ¿Qué hacer para fortalecer ese tejido social que involucra a 65 millones de habitantes en la región; 28 millones en el sur-sureste mexicano y 37 millones en Centroamérica y se calcula que la población en esa región llegará a 92 millones de habitantes en 2025 (34 millones de habitantes en el sur-sureste mexicano y 58 millones de habitantes en Centroamérica)? (Casillas, 2008). Ese desbalance entre lo institucional y lo social puede observarse en los siguientes datos: frente a 10 puertos oficiales de entrada y salida por la frontera sur de México, por donde transitan los bienes, servicios y una proporción menor de migrantes del mundo legal, se estima que existen 350 accesos peatonales y 40 vehiculares fuera de registro oficial, por donde pasan bienes, se realizan servicios y transita el volumen mayor de migrantes internacionales; mucha vida social y poca presencia gubernamental (mapa 10.1).

Justamente, ese desbalance ha dado lugar a dos reacciones diferentes: *i*] intentos de mayor control fronterizo ante lo que se ve como riesgo de seguridad nacional, y *ii*] mayor actividad de redes delictivas. Ambas, desde distintas perspectivas, medios y fines, encuentran en la población migrante un referente obligado de su actuación. Además, en la propia sociedad fronteriza cobran nuevos bríos las prácticas de exclusión y abuso de la otredad (la que viene de Centroamérica, en particular), sea en las condiciones de contratación laboral, de salarios, de servicios, de actividades indebidas, de acceso a la justicia, de impartición de la misma, de la aceptación social de las resoluciones judiciales, de generación de culpables sociales a males macroestructurales (falta de empleo, delincuencia, inseguridad, etc.). Eso, aparte de que vulnera a la población migrante, incide negativamente en la

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010



Mapa 10.1. Lugares de cruce peatonal y vehicular en la frontera sur de México.

construcción del tejido social fronterizo, el cual ha sido históricamente alimentado por las migraciones regionales intrafronterizas. Ésos son nuevos riesgos que las identidades y culturas regionales enfrentan en los albores del siglo XXI. La mexicanidad en esa frontera se ha nutrido de identidades y culturas transfronterizas y hoy se corre el riesgo, un nuevo riesgo, de que uno de sus componentes esenciales sea mayormente agredido por esa suma de acciones en contrario de actores diferentes.

Los problemas del medio ambiente fronterizo afectan la porosidad social positiva y facilitan la negativa, es decir, en los procesos socioculturales. En particular, el deterioro ambiental incluye: *i*] los recursos hídricos; *ii*] el uso del suelo; *iii*] los recursos forestales, y *iv*] poblaciones e infraestructura dañadas por desastres naturales (huracanes, lluvias y crecidas de ríos, principalmente), alentando migraciones de distinto tipo, su duración e implicaciones en la constitución o reconstitución de las tramas sociales regionales.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Dada la escasa reflexión sobre la relación medio ambiente, identidades y culturas, cabe hacer una argumentación mayor, dentro de los límites del presente texto.

La región fronteriza del sur es rica, principalmente, en el recurso hídrico, el cual se encuentra distribuido en forma bastante diferenciada. La aparente abundancia de agua está vinculada a la existencia de los ríos Usumacinta y Grijalva, que se desplazan por los estados de Tabasco y Chiapas, respectivamente (porción sur-occidental). La situación de los otros estados fronterizos es diferente, ya que disponen de pocas corrientes superficiales, dependiendo en su mayoría de extracciones subterráneas. Las causas y orígenes de esta problemática, en general, se pueden encontrar en el crecimiento desordenado de los centros poblados sin planificación ni ordenamiento territorial, la falta de servicios básicos, de plantas de tratamiento de desechos, etc., lo cual ha favorecido la contaminación del suelo, las aguas y la pérdida de la biodiversidad. El mundo cambia y los referentes de las poblaciones lugareñas mudan, algunos de sus nutrientes se pierden y otros afloran, con al menos un desfase en el tiempo: la pérdida de los recursos naturales ocurre con mayor rapidez y su valor simbólico se vuelve más simbólico, más imaginario, en tanto que su sustitución y enriquecimiento con nuevos referentes en el imaginario colectivo demanda tiempos largos para ser tales.

Los problemas de contaminación de los cursos y cuerpos de agua, por desechos domésticos (en general, los botaderos de basura municipales se encuentran a las afueras de la ciudad y a cielo abierto) o actividades agrícolas, hasta la fecha siguen detonando y provocando graves problemas a la salud en la población de los municipios fronterizos, tanto mexicanos como guatemaltecos. La morbilidad y la mortalidad, más frecuentes y más extendidas, tienen necesariamente una incidencia social inmediata, pues son hechos de vida diaria que deben ser interpretados en el imaginario compartido. La población menor de cinco años de Chiapas presenta mayor incidencia de muerte por enfermedades diarreicas en el país. En la problemática del agua en la frontera sur destacan las inundaciones, limitado aprovechamiento de aguas superficiales y subsuperficiales, nulo tratamiento de aguas residuales y baja cobertura en servicio de agua potable y alcantarillado. Los ciudadanos que viven en estas condiciones diarias no tienen nada que ver, en términos de relación cotidiana con los recursos y reproducción de la vida social, con quienes en otros escenarios del país cuentan con servicios públicos medianamente suficientes y eficientes, o cuentan con fundadas esperan-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

zas de dotación y mejora de la red de infraestructura pública. Su vida diaria es otra, lo mismo que su imaginario y referentes objetivos que nutren su identidad y cultura inmediatas.

El suelo sufre deterioro principalmente por tres vías diferentes: *i*] la erosión (deforestación, la utilización de laderas con pendientes pronunciadas, la no aplicación de técnicas de conservación del suelo, etc.); *ii*] la compactación (crianza de ganado en zonas ecológicamente muy frágiles, pastoreo no regulado), y *iii*] la contaminación (introducción de la agricultura convencional y el incremento de la frontera agrícola en suelos de vocación no agrícola), como también ocurre en otras partes de México, pero hay que ver las particularidades. Hay cuatro razones en la acelerada afectación de los recursos forestales: *i*] el desmonte para instalaciones del turismo internacional, como ocurre más ampliamente en la Riviera Maya; *ii*] el acelerado crecimiento de poblaciones, menores en su origen, por la migración interna e internacional de trabajadores para la construcción y funcionamiento de la industria hotelera; *iii*] la desigualdad e inseguridad en la tenencia de la tierra, y *iv*] la conversión de cultivos tradicionales en sembradíos de mariguana. Estas cuatro razones conjugadas y simultáneas no son igualmente válidas para todo el país, menos si se toman los otros elementos antes mencionados. Para una posible reversión de pérdida de recursos naturales y daños sociales asociados con el medio ambiente, las cuencas con mayores necesidades de recuperación forestal son: Alto Grijalva, Usumacinta, Costa Chiapas y Río Candelaria. Y los municipios que requieren de mayor atención: Palenque, Ocosingo, Chilón, La Concordia, Pijijiapan, Tonalá, Tila y Cintalapa, en Chiapas. En Tabasco, Huimanguillo, Balacán y Cárdenas. Pero las otras actividades lesivas requieren de otro tipo de respuesta, incluso del orden penal, pero no sólo de ésta, como a veces se sugiere.

El poblamiento sin planificación institucional en las costas y en las riberas de los ríos ha hecho inevitable que aumenten los riesgos y la vulnerabilidad relativa de los ahí asentados frente a los fenómenos naturales, en particular en estados y municipios fronterizos del sur; esas personas desarrollan nuevas estrategias para vivir en nuevas situaciones de riesgo, es decir, su espectro cultural diario se ve modificado, puesto a prueba periódicamente, en particular con el temporal de lluvias anual y los desastres pluviales que pueden ocurrir de manera imprevista. De igual manera, han sido afectados los medios de comunicación, los transportes y, principalmente, la producción agrícola. Tal es el caso de la región del Soconusco, importante para la producción de café y otros productos agrícolas de ex-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

portación. Tapachula, desde finales de 2005, quedó sin instalaciones ni servicio de la red ferroviaria de carga, por la combinación de huracanes, lluvias abundantes y desbordamientos de ríos; entre otros efectos, se trastocó la permeabilidad positiva y se diversificó la actuación de la negativa. Por ejemplo, los flujos migratorios se vieron alterados, las redes de traficantes de personas rápidamente se adecuaron a las nuevas circunstancias y las instancias gubernamentales dieron respuesta de menor alcance temporal y espacial para pronto volver a los esquemas rígidos de actuación. Los movimientos sociales se expandieron y adecuaron, mientras que las políticas públicas se reconstituyeron en sus espacios convencionales.

En particular, las inundaciones ponen de manifiesto una vez más que la deforestación y la degradación de los manglares aumentan la vulnerabilidad social e institucional frente a huracanes, inundaciones y otros fenómenos climáticos. Ante los lúgubres pronósticos del cambio climático mundial, el Estado mexicano debiera tener presente lo que ocurre en la frontera sur mexicana y sus poblaciones lugareñas, por su importancia que trasciende lo estrictamente cultural e identitario, materia de este escrito, pero que sin estos componentes de quiénes están ahí, qué hacen, cómo y con quién actúan, la capacidad de respuesta oportuna (que ya está pasando el tiempo) tendrá costos e implicaciones de alcance mayor. Chiapas, el caso más dramático, tiene degradada en más de 70% la cobertura forestal y la tendencia no se revierte aún. La combinación negativa de estos procesos y elementos afectan de manera directa la permeabilidad positiva y abre nuevos espacios sociales para la acción de las negativas, sociales y naturales; la ausencia de una eficaz rectoría estatal en el desarrollo y el descontrol ante los desastres varios facilitan la acción delictiva en lo inmediato, aunque sus efectos socioculturales se mostrarán en el mediato. No es descabellado hipotetizar que, ante esta situación de pérdidas, ajustes, adecuaciones, etc., la emergente práctica de secuestros masivos de migrantes sea un tipo de respuesta social local. En efecto, que en un semestre se haya documentado el secuestro de cerca de 10 000 migrantes y que casi 70% de ellos haya ocurrido en lugares del sur-sureste mexicano no son datos menores (CNDH, 2009); la delincuencia organizada, para una labor de esa magnitud, requiere de la participación activa y del silencio cómplice, forzado o no, de comunidades vecinas en donde secuestran, transitan o mantienen en cautiverio a los secuestrados. ¿Cómo se está afectando el tejido social en esa parte sur del país? ¿Con qué referentes éticos, cívicos, de relación con la otredad se están formando las nuevas generaciones de mexicanos de esas localidades

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

fronterizas y cómo se espera que procedan cuando lleguen a la adolescencia y a la vida adulta? No hay respuestas aún, aunque la imaginación puede sugerir escenarios poco gratos y nada tranquilizadores.

La exposición de distintas problemáticas y sus concatenaciones recientes muestran una grave debilidad del federalismo para el cabal logro de algunos de sus propósitos nacionales, como los vinculados a la identidad y la cultura nacionales. Algunos de los principales problemas ya fueron argumentados en el texto y a ellos hay que agregar la arraigada práctica de corrupción que afecta indiscriminadamente los distintos niveles de gobierno, e incluso a instancias del Estado en la región fronteriza del sur de México; una "práctica cultural" altamente lesiva.[5]

No siempre hay la coordinación deseable entre las dependencias federales, como tampoco la debida coordinación entre ellas y las locales, que combinada con la práctica peculiar de soberanía estatal y municipal frente al pacto federal y la dificultad para actuar en correspondencia con instancias gubernamentales de distinto signo partidario, redunda en un debilitamiento en general del Estado de derecho. Hay confrontación de proyectos de nación conjugados con proyectos de intereses menores, algunos de ellos carentes de andamiaje legal. El gobierno estatal de Chiapas, en particular, se caracteriza en los últimos tiempos por ser un gran concertador de convenios con gobiernos nacionales de Centroamérica y de distintas partes del mundo, pero no está muy claro que su proceder se apegue al pacto federal. En correspondencia, sería deseable que éste estuviera a la altura de las expectativas y dinamismo de las entidades federativas. ¿Cómo alimenta ese proceder las tensiones regionales con el poder estatal? No hay riesgo de balcanización, pero sin duda el fortalecimiento de la pluralidad de intereses regionales no necesariamente se traduce en mayor fortaleza del conjunto nacional.

Hay graves rezagos jurídicos, presupuestales, de actuación institucional, de selección de personal idóneo, de programas pertinentes, y de coordinación y claridad de competencias entre distintos niveles de gobierno, como ocurre en otros lugares de México. También hay omisiones en el cumplimiento de responsabilidades, en materias vinculadas a mercados de trabajo, salud, educación, desarrollo social, economía y seguridad pública, que favo-

[5] Recuérdese, por ejemplo, lo antes dicho sobre una de las modalidades de dotar de nacionalidad mexicana a niños de padres centroamericanos. En esa misma línea, la venta de documentación apócrifa es un recurso frecuente en localidades fronterizas.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

recen a la permeabilidad negativa y a las prácticas delictivas que bajo ella ocurren, igual que como ocurre en otros espacios nacionales. Desde esta perspectiva, hay elementos en común también en lo negativo. Ante este escenario cabe preguntarse, ¿qué identidades y culturas nos vinculan como conjunto nacional y si esa vinculación es frágil, como se ha mostrado en algunos tramos y prácticas en el sur fronterizo, seguimos juntos por inercia?

Una mirada a la historia centenaria, bicentenaria, arroja saldos ambivalentes, de construcciones sociales, culturales e identitarias polisémicas. Quizá la enseñanza histórica esté en la pervivencia y vitalidad mostradas por las identidades y culturas regionales. Quizá también el Estado mexicano haya encontrado, sin así proponérselo, una fortaleza en esa pluralidad que en un tiempo ido pretendió combatir, afortunadamente sin éxito. O, si se prefiere, en su derrota está su victoria, aunque ésta no sea total y lejos está de ser permanente.

REFERENCIAS

Aguayo, S., H. Chistiansen, L. O'Dogherty y S. Varese, 1989. *Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo. Condiciones sociales y culturales*, México, Instituto de Investigaciones de la ONU para el Desarrollo Social-El Colegio de México.

Aguilar Zínser, A., 1982. Frontera sur: en torno a la seguridad nacional en el desafío mexicano, en H. Aguilar Camín (ed.), *El desafío mexicano*. México, Océano, pp. 137-155.

Armijo Canto, N., 2008. Dinámica fronteriza México-Belice. Tema pendiente en la agenda de investigación sobre la frontera sur, en D. Villafuerte y M.C. García (coords.), *Migraciones en el sur de México y Centroamérica*. México, Porrúa-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, pp. 221-246.

Casillas, R., 1989. Emergencia protestante y disidencia religiosa en Chiapas, *Estudios Fronterizos* (17): 105-130.

Casillas, R., 2006. *La trata de mujeres, adolescentes, niñas y niños en México. Un estudio exploratorio en Tapachula, Chiapas. México*. México, Comisión Interamericana de Mujeres-Organización de los Estados Americanos-Organización Internacional para las Migraciones-Instituto Nacional de las Mujeres-Instituto Nacional de Migración.

Casillas, R., 2007a. *Una vida discreta, fugaz y anónima: los centroamericanos transmigrantes en México*. México, Comisión Nacional de Derechos Humanos-Organización Internacional para las Migraciones.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Casillas, R., 2007b. Efectos múltiples de las remesas centroamericanas a México, *Revista Mexicana de Política Exterior* (81): 33-56.

Casillas, R., 2008. Mesoamérica. El sur mexicano y Centroamérica, Fortalezas y debilidades, *Cuadernos del Consejo Mexicano de Asuntos Internacionales* (4): 3-33.

Casillas, R., 2009. Presencias toleradas: niños y niñas en la frontera sur de México, en CNDH (ed.), *Niñez migrante, trata y explotación infantil en México. Temas emergentes en la agenda nacional*. México, Comisión Nacional de los Derechos Humanos-UNICEF, pp. 87-105.

Casillas, R., y M.Á. Castillo, 1994. *Los flujos migratorios internacionales en la frontera sur de México*. México, Secretaría del Trabajo y Previsión Social-Consejo Nacional de Población.

CNDH (Comisión Nacional de los Derechos Humanos), 2009. Informe especial de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos sobre el caso de secuestro en contra de migrantes. México, 15 de junio (inédito).

Cosío Villegas, D., 1960. *Historia moderna de México*, vol. V, 4ª ed. México, Hermes.

De Vos, J., 1997. Chiapas, frontera de Centroamérica en México, en S.N. Gutiérrez Cruz (coord.), *Encrucijada y destino de la Provincia de las Chiapas*. México, Biblioteca Básica del Sureste-Conaculta-Gobierno del Estado de Chiapas, pp. 263-273.

Hernández Castillo, R.A., 2001. *La otra frontera. Identidades múltiples en el Chiapas poscolonial*. México, CIESAS-Miguel Ángel Porrúa.

INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática), 2000. *XII Censo de Población y Vivienda de los Estados Unidos Mexicanos (Absolutos)*. México.

INM (Instituto Nacional de Migración), 1996. *Compilación histórica de la legislación migratoria en México 1909-1996*. México, Talleres Gráficos de México.

Lara Klahr, M., 2006. *Hoy te toca la muerte. El imperio de las maras visto desde dentro*. México, Planeta.

Legorreta Díaz, M.C., 1998. *Religión, política y guerrilla en Las Cañadas de la Selva Lacandona*. México, Cal y Arena.

Mosquera Aguilar, A., 1990. *Los trabajadores guatemaltecos en México*. Guatemala, Tiempos Modernos.

Perea Restrepo, C.M., 2007. *Con el diablo adentro. Pandillas, tiempo paralelo y poder*. México, Siglo XXI.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2003), *Informe sobre Desarrollo Humano, México 2002*. México, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Rivas Castillo, J., 2008. Migrantes centroamericanos y organizaciones civiles de apoyo en Tapachula, Chiapas. Tesis de maestría. México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Unidad Occidente-Sureste, abril.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Rodríguez de Ita, G., 2003. Una mirada urgente al sur: los refugiados guatemaltecos en Chiapas, en D. Guillén (coord.), *Chiapas: rupturas y continuidades de una sociedad fragmentada*. México, Instituto Mora, pp. 223-270.

Ruiz Guerra, R., 2003. Identidades sociales y cambio religioso en Chiapas (los vínculos de la identidad protestante), en D. Guillén (coord.), *Chiapas: rupturas y continuidades de una sociedad fragmentada*. México, Instituto Mora, pp. 129-176.

Tirado, E., 2007. Frontera sur y seguridad nacional. El olvido intermitente (inédito).

Toussaint, M., 2007. La frontera sur de México en la historia: de la independencia a la crisis regional. Ponencia presentada en el Congreso del Latin American Studies Association. Montreal, 5 a 7 de septiembre.

Tovar González, M.E., 2006. *Los finqueros extranjeros en el Soconusco durante el Porfiriato*. Tuxtla Gutiérrez, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas-Consejo de Ciencia y Tecnología del Estado de Chiapas.

Valenzuela Arce, J.M., A. Nateras Domínguez y R. Reguilo Cruz (coords.), 2007. *Las maras. Identidades juveniles al límite*. México, UAM-El Colegio de la Frontera Norte-Juan Pablos.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

11
BOSQUEJO PARA ENTENDER LAS IDENTIDADES REGIONALES

*Carlos Martínez Assad**

CONTENIDO

Lo mexicano	320
La pérdida de valores	323
Las identidades regionales	326
Cambio de paradigma	330
Sentido de pertenencia	333
El cambio cultural regional	336
La doble perspectiva de una conclusión	344
Referencias	347

* Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México: <*assad@servidor.unam.mx*>.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

LO MEXICANO

Cada vez hay más acuerdo: para conocer la complejidad de México deben conocerse sus regiones y los sentimientos de quienes han construido su historicidad y las viven. Desde la segunda mitad del siglo XX se inició la búsqueda de la diversidad que cuestionaba las interpretaciones homogéneas. No se ha insistido, sin embargo, en dilucidar las identidades regionales recubiertas por la avasalladora idea de una identidad nacional. En este trabajo buscaré demostrar la diversidad de las expresiones culturales según las regiones del país, que grosso modo pueden dividirse en tres grandes conglomerados territoriales: el norte, el centro y el sur, con todas las regiones que albergan a su vez.[1] Habría que incluir, además, sus particularidades, como los rasgos de su pasado que les dan identidad, sus características económicas y políticas, sus propios valores, incluidos los religiosos, los familiares, etcétera.

Por fortuna, la nueva investigación ha dado cuenta de la diversidad de México, insistiendo desde hace algún tiempo en la riqueza cultural que representa. Solamente la antropología y la etnología, por dedicarse al estudio del pasado y del hombre, habían frecuentado ese México diverso y pluricultural como lo expresaba la existencia de más de 60 pueblos hablantes de otras tantas lenguas indígenas, por lo cual la etnicidad es un factor de enorme peso. Pero la diferencia entre las disciplinas que vislumbraban la diversidad de México era abismal, porque mientras la etnología estudiaba y seguía procesos naturales de desarrollo de los pueblos, la historia quería incidir en los procesos de corta o de larga duración que habían transformado o estaban transformando los perfiles de nuestra compleja sociedad y del sistema político.

En un texto como éste sólo se aspira a demostrar las tendencias en los cambios ocurridos en los últimos años y su incidencia en el proceso de democratización de la sociedad, definida por los valores cívicos como la tolerancia, la justicia y la pluralidad. En ese México es pertinente la pregunta: ¿quiénes se definen mexicanos si nos referimos a regiones claramente diferenciadas?

Desde el pasado, un amplio espectro de pensadores se propuso aproximarse a la explicación del ser mexicano en diferentes momentos de la historia,

[1] Fue el profesor Friedrich Katz quien mencionó la necesidad de pensar sobre la heterogeneidad del país cuando menos con esos tres conglomerados territoriales, algo que en otro contexto y con diferente perspectiva abordó Alejandro Rossi cuando afirmó que "la verdadera patria son las regiones, no esas fronteras de tinta china creadas por la diplomacia", aunque en México habría que decir por la política (Rossi, 1997: 16).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

desde Servando Teresa de Mier y Francisco Xavier Clavijero, hasta Octavio Paz y el grupo Hiperión formado, entre otros, por Luis Villoro, Emilio Uranga, Jorge Portilla y Leopoldo Zea, entre 1948 y 1952. Si Mariano Otero consideró a la nación como "Una gran familia", muchos años después Villoro la concibió como "una unidad de hombres que *formarían* un conjunto de fronteras imprecisas, que comparten una manera de sentir y ver el mundo, esto es, una cultura", pero según Carlos Echánove "ni somos un pueblo ni una cultura homogéneas".[2] Asimismo el grupo Hiperión no sólo quería entender la profundidad del ser mexicano, sino "cambiarlo, sacudirlo, liberarlo" (Hurtado, 2006: XI).

Diferentes y respetables posturas teóricas insistieron en la existencia de lo mexicano y de la necesidad de que la filosofía se empeñara en su análisis. Así, fue menos una ocurrencia que el rescate de una tradición humanista interesada en ubicar al mexicano como un hombre universal.

Ahora el debate no se constriñe a las fronteras nacionales, como el mismo Paz lo mencionó al pensar *El laberinto de la soledad* (1950) desde Estados Unidos, donde se encontraba en una residencia. De manera espontánea, ese libro axial para entender la cultura mexicana se vinculaba en su nacimiento con la idea de la "otredad" como elemento esencial para entender la identidad.[3] A su identidad como mexicano se le agregaba la de residente en un país diferente al propio, doble plano en el cual intervienen otros elementos que le dan un contenido multicultural, porque en una extrapolación a la época actual no puede hablarse más de una identidad única y estacionaria, sino de algo que se construye y cambia a lo largo de la existencia del ser humano (Maalouf, 1998: 35).

Algo superado, pero con fuerte incidencia en su momento, fue el origen de la búsqueda de esa identidad bajo la idea del concepto de raza. La habían difundido los liberales cuando, desde el siglo XIX, buscaban la identidad en la fusión del indio con el español, como lo demuestran las acciones emprendidas para encontrar el mestizaje que daba sentido a la cultura mexicana.[4] Silvio Zavala, por ejemplo decía: "A principios del siglo XIX ha-

[2] Véase Sefchovich, 2008, en particular el apartado "La nación y la identidad: ¿existen?" (pp. 239-248), donde hace un seguimiento del discurso sobre la identidad nacional.

[3] Bokser y Velasco (2008) reúnen varios trabajos que resaltan este aspecto tan importante en la globalización.

[4] Quizás el más conspicuo forjador de esa representación fue Vicente Riva Palacio, como se sintetiza en su obra *México a través de los siglos* (1884-1889). A él se debe también mucho del relato contenido en el Paseo de la Reforma.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

bía en Nueva España una población de cerca de seis millones de habitantes, de los cuales eran de raza blanca 1 200 000, incluyendo 70 000 europeos. Los indios se estimaban en 2 500 000. Los mestizos en 2 400 000. Los esclavos africanos en 9 o 10 000." (Zavala, 1946: 15). La composición cambió notablemente cuando en 1930 la tendencia se invirtió y "de una población de 16 552 722 habitantes, se clasificaron como indios 4 620 886, o sea un 27.91%; como mestizos 9 040 590, o 54.61%. La población blanca se calculó en 2 444 466, sin incluir 159 876 extranjeros" (Zavala, 1946: 43). Aunque el triunfo del mestizaje resultaba evidente, la clasificación racial fue dejada de lado a partir del censo de 1940, cuando el país entraba en un nuevo proceso de modernización. Lo incluyente se consideró necesario para la integración, no solamente de los indios de México, sino también de otros grupos nacionales que llegaron como inmigrantes en oleadas migratorias que la próxima guerra mundial incrementó, a la vez que diversificó. Los ejemplos conocidos son los del exilio español, a partir de 1937, y el de los judíos perseguidos por el nazismo en Europa.

Sobre la recuperación del indio y la preocupación del mestizo por "captar la mexicanidad" se expresó Luis Villoro al ver en este concepto la realidad escindida del mexicano que busca escapar al "desgarramiento e inestabilidad que siente en su ser personal" (Villoro, 2006: 143).

Se impuso ir en búsqueda de la identidad y Samuel Ramos se cuestionó sobre el "alma mexicana" (Ramos, 1987: 49). De "europeísmo artificial" calificaba a un núcleo reducido de personas influido por una cultura impregnada de aires parisinos, pero en realidad pensaba que "la clase media ha sido el eje de la cultura nacional y sigue siendo la sustancia del país", conservando los conceptos de familia, religión, moral de cuño europeo (Ramos, 1987: 63). Para Emilio Uranga se trataba de la desvalorización injusta la diferencia entre el mexicano y el europeo, lo cual es más producto de un accidente histórico que se traduce en la "desconfianza" en sus comportamientos (Uranga, 2006: 79-80).

Por supuesto, ni remotamente se concebía el uso del plural en la búsqueda de esa identidad de por sí compleja, aunque se extendían los gentilicios: el duranguense, el guanajuatense, el nayarita. Al habitante de la ciudad de México se le caracterizó como "el pelado" o "el relajiento", quien concita al agrupamiento para darse valor (Portilla, 1984). Mientras tanto, los provincianos sólo son la referencia de lo opuesto a los valores universales (Zea, 2006: 189). En fin, no hubo un interés por encontrar las características que daban identidad a los mexicanos según las regiones que, por lo

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

demás, ya se expresaban. Habría que esperar para que fueran consideradas por el pensamiento académico.

LA PÉRDIDA DE VALORES

El nacionalismo como recurso de la ideología oficial hizo más difícil el acercamiento conceptual a la identidad nacional porque, al igual que los intelectuales preocupados por el tema, se pensaba que se asumían riesgos patrioteros en detrimento de la universalidad que el mexicano debía alcanzar. En los años noventa del siglo XX el cuestionamiento sobre la mexicanidad y los valores de los mexicanos fue tan fuerte que el escritor Carlos Monsiváis en el extremo ironizó: "¿Por qué somos mexicanos?", se preguntó para responderse: "por decreto" (Monsiváis, 1992).[5] El estado de ánimo expresaba los cambios que acontecieron cuando se erosionaban los valores que habían permitido el tránsito a la nueva modernidad fechada en la secuela de los años sesenta. El modelo que hacía crisis en la sociedad se manifestaba en los valores que echaban por tierra tres de los pilares fundamentales de nuestro sistema de valores: 1] la educación; 2] la religión, y 3] la política.

1] Antes y después de la Revolución mexicana se consideró que la educación era la vía para el cambio social, para que el país y los mexicanos salieran de la pobreza. El asunto fue sustancial al discurso político de los liberales; el presidente Benito Juárez, en la Ley Orgánica de 1877, declaró gratuita y obligatoria la educación elemental (Larroyo, 1946: 605). Ello no impidió el altísimo porcentaje de analfabetas durante el régimen de Porfirio Díaz, quien, por lo demás, siguió insistiendo en la divisa de la educación como pivote para el desarrollo. Lo mismo para los regímenes revolucionarios en cuyo discurso la educación era la punta de lanza del desarrollo. Si México fue definido como país mestizo era para contrastar que el pobre, además de ignorante, era indio. Los mexicanos debían vencer la imagen de sí mismos impuesta por la situación de colonización.[6]

Con el tiempo, la idea era la de ser americanos con lazos comunes con otros países, si bien las diferencias resultaban notables, como por ejemplo,

[5] El pensador, en el límite, afirmó que sabía que no sabía lo que era un mexicano, pero sí que era diferente a un paraguayo.

[6] Ecos del complejo de inferioridad, "defecto" que, por lo demás, no era atribuible solamente a los mexicanos por Samuel Ramos (Ramos, 1987: 103), formulación cuestionada ya por el grupo Hiperión.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

entre Argentina, con escasa población original cuyo territorio fue poblado por los inmigrantes europeos, y Perú, un pueblo con gran densidad histórica con un amplio porcentaje de indios. Entonces, ¿cómo conciliar la esencia nacional y el vínculo con otros países? Para José Vasconcelos la síntesis se daba en *La raza cósmica* (1948), el despertar latinoamericano y el encuentro con el espíritu de Occidente.

Los programas educativos se orientaron, así, a difundir la idea de un país con la característica de que entre sus fronteras todo era igual, apenas con algunas diferencias geográficas. La identidad se confundía con la idea de patria y se articulaba en torno al nacionalismo forjado en las gestas heroicas del siglo XIX: la Independencia de España y la Reforma, con el trasfondo de dos intervenciones, la de Estados Unidos, en 1846-1848, y la de Francia con su corolario en un imperio, 1862-1867. Aunque no siempre con atención al hecho histórico, el nacionalismo fue el eje articulador de ese México.

Sólo muy recientemente, después de la reforma a los libros de texto en 1992 (Álvarez, 1992), se pensó en introducir en ellos la diversidad regional en diferentes libros que abordaran la singularidad de cada una de las 32 entidades federativas en cuanto a su historia, su geografía y acontecimientos en su devenir como entidad federativa. La recuperación de las expresiones étnico-culturales se manifestaría en forma notable cuando, el 1 de enero de 1994, el movimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, surgido en Chiapas, recordó a los mexicanos que los indios existían.

La civilización negada volvía a aparecer, como ya lo anunciaba Guillermo Bonfil (1989), y se evidenciaba que entre el México moderno del desarrollo y el de las tradiciones y la pobreza existían varios países en un mismo territorio, contradiciendo esa visión idílica de la educación que venía desde el porfiriato, concebida como instrumento de la superación de la sociedad. Aumentaron los índices de escolaridad de forma notable, pero ello no impidió el incremento de la pobreza.

2] También el reconocimiento de nuevas religiosidades en el país enunció un país diferente al que se venía pensando, en el cual la intolerancia permaneció, pero la ley y los derechos se afianzaron como para permitir que fuesen apreciadas otras religiosidades que habían permanecido ocultas. El censo de 1980 reveló que más de dos y medio millones de mexicanos manifestaban pertenecer a una religión diferente de la católica. Los casos más destacados fueron los estados del sureste: Tabasco, Chiapas, Quintana Roo y Campeche, agrupando a 10% de la población en ese am-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

plio espectro de denominaciones que incluyen a las llamadas "iglesias históricas" y a las evangélicas.

Las nuevas sociedades religiosas agruparon en esos años a 23% de la población en Chiapas, a 11% en Quintana Roo, a 8% en Campeche, a 7% en Yucatán y a 12% en Tabasco, aunque para el final del siglo esas proporciones aumentaron. Resultaba un mapa diferente que exhibía una diversidad religiosa concentrada en el sureste del país.

3] En relación con lo político, 1988 fue un parteaguas entre el México de la dominación del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y un país diverso en términos partidistas. En las elecciones de ese año, el amplio abanico de tendencias de izquierda que dio origen al Frente Democrático Nacional puso en fuerte entredicho al PRI, el partido oficial que había garantizado la existencia de una identidad política durante varias décadas, que coincidieron con el periodo llamado del "desarrollo estabilizador". Las tensiones habían surgido tiempo en atrás y habían estado, paradójicamente, más vinculadas al México conservador por las inquietudes políticas que se pusieron de manifiesto en las estados del centro y se vincularon con la reivindicación del municipio.

De hecho, la primera gubernatura que se sustrajo a la órbita del PRI fue la de Baja California, en ese mismo año, la cual pasó a ser del Partido Acción Nacional (PAN). De hecho, ese partido había venido mermando las bases del PRI en los años previos, al hacerse de las ciudades más importantes del país, en ocasiones las capitales de los estados, y abrirse camino pese a la cerrazón del sistema político y conseguir finalmente la Presidencia de la República en el año 2000.

En pocos años, México pasó de estar identificado por medio de la educación nacionalista, de la religión católica y del sistema priista, por un amplio espectro de posibilidades en lo educativo, en lo religioso y en lo político. Si la identidad nacional pudo estar vinculada pragmáticamente con estos tres ejes, se desvaneció cuando el espectro definitorio se amplió.

La idea de una identidad nacional, algo así como el "sentimiento de pertenencia nacional", es decir, "la representación socialmente compartida —y exteriormente reconocida— del legado cultural específico que supuestamente define y distingue una nación en relación con otras" (Héau y Giménez, 2000: 83), resultaba incompleta. El desarrollo de la sociedad y de las ciencias sociales requería de una explicación más acabada. Se imponía la idea de pensar el país desde una perspectiva plural. Martín Reyes Vayssade, como subsecretario de Cultura de la Secretaría de Educación Pública,

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

decía: "Nuestra identidad es algo que sentimos todos muy claramente, que tenemos bien arraigada, y que nos da seguridad y confianza en el futuro, por arduas que sean las circunstancias del presente". Sin embargo, reconocía: "Somos una y muchas culturas a la vez, que coexisten y se complementan en un abigarrado mosaico de expresiones regionales" (Programa Cultural de las Fronteras, 1987: 14).

En el comienzo, la idea de repensarnos desde esa perspectiva provocaba que el escritor Ignacio Solares recordara: "como decía Unamuno, que nada es tan difícil como encontrar en el mapa el sitio en el que uno habita. Quizá porque, de veras, ese sitio es de alguna manera todos los sitios posibles" (Programa Cultural de las Fronteras, 1987: 126). Y en el mismo sentido se expresaría Gabriel Zaid:

> El nacionalismo de las naciones, de las regiones, de las comunidades locales, no es el nacionalismo del Estado. La cultura oficial no es la cultura universal de los grandes creadores ni la cultura popular de las tradiciones locales. Por el contrario, a lo largo del siglo XX, la nefasta combinación de nacionalismo de Estado y cultural oficial ha servido para sofocar el genio y la autonomía de las patrias chicas, de la cultura popular, de los grandes creadores, a favor del poder central (Zaid, 1990).

La pérdida de centralidad política como se había conducido el país desde los primeros gobiernos posrevolucionarios había llegado a su fin, si no en la economía, debido a las desigualdades económicas, sí en cuanto a las expresiones de un amplio mosaico cultural, con instituciones diferenciadas y tradiciones que daban un peculiar sentido de pertenencia y de nuevos vínculos entre los ciudadanos de cada espacio del territorio. Aún más, con la globalización hubo un resurgimiento de lo local como medio de articulación y autorreconocimiento.

LAS IDENTIDADES REGIONALES

Diferentes expresiones de algo diversificado respecto del "alma nacional" pueden rastrearse cuando se reconoce que "la región constituye una unidad social compleja, correspondiendo a un medio físico determinado por circunstancias geográficas y culturales" (Diegues, 1953: 20). Hasta Alfonso Reyes debió reconocer esa diversidad ancestral cuando alude a que la poe-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

sía indígena de "la zona mexicana [...] tiene un género épico y un género lírico" (Reyes, 1997: 292), lo cual supone su diferenciación respecto de otras partes del antiguo territorio.[7]

Difícil reconocer si la consigna fue desde el gobierno o si fue la emergencia de un sentimiento popular, pero estaba latente una visión multirregional, como se expresó por medio de la radio, usando como vehículo la canción vernácula. Había que reforzar el sentimiento nacional, pero vinculándolo al terruño, a lo local. Por ejemplo, el cantante y compositor Pepe Guízar, nacido en Guadalajara, Jalisco, se comprometió con la estación de radio XEW para estrenar cada semana una canción dedicada a un lugar del país. Así surgió lo que prácticamente es el himno de "Guadalajara en un llano, México en una laguna". También dio a conocer aquello de "Yo soy de San Luis Potosí/ y es mi barrio San Miguelito./ Del centro de México soy, soy, por Dios, corazón todito" (Granados, 2000: 201).

En el contexto nacional de los años cuarenta, de cercanía con la segunda guerra mundial, la radio mantuvo un relevante papel en la comunicación e integración nacional para la defensa del país, un eje articulador que reforzó la canción mexicana con cantos alusivos y con el compromiso de todo lo que es México frente a la amenaza externa. Y desde el programa Así es mi tierra, se difundió la idea de que aun cuando se estuviese en un lugar apartado, era parte del país cantando a las Huastecas, a Jalisco, Michoacán, Tehuantepec, Culiacán, Oaxaca. El epígono fue el charro cantor, Jorge Negrete, quien enaltecía el espíritu nacionalista en todo lo que interpretaba; aun cuando se tratara de alguna de las regiones de México (*¡Ay, Jalisco no te rajes!*). Más adelante, José Alfredo Jiménez arremete con *Camino de Guanajuato*, que junto con la *Canción mixteca* ("Qué lejos estoy del suelo donde he nacido"), tendrán un éxito inusitado y se contarán entre las señas de identidad de los mexicanos emigrados en Estados Unidos, entonces más conocidos como "braceros".

En la canción mexicana se reitera lo que puede llamarse un "espíritu regional": "Nací norteño hasta el tope", y se canta despechado: "Que todos los mariachis de Jalisco me vengan a cantar nuestra canción".[8] El te-

[7] En México hay que construir el concepto, a diferencia de los países con identidades regionales bien definidas por su fuerte historicidad y capacidad organizativa, como las de España (Cataluña, País Vasco, Andalucía, etc.) e Italia (Piamonte, el Mezzogiorno, etc.).

[8] La referencia reiterada a Jalisco en los tiempos que corren se ha desplazado al norte, con el "narcocorrido", desde la emblemática "Camelia la texana", en 1972, que entronizó a Los Tigres del Norte como referente obligado de la identidad norteña.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

rruño se invoca, como con *El sinaloense* o *El hidalguense*, y la identidad se alcanza cantando. Lo que podría considerarse un tanto reduccionista[9] puede ser efectivo cuando, además, se contó con un sinnúmero de filmes que reforzaron la idea del terruño, con un éxito arrollador: *Allá en el Rancho Grande*, *Bajo el cielo de Sonora*, *Allá en la frontera*, *La guerra de los Altos* (de Jalisco).[10] Con la idea del relajo que Emilio Uranga considera fundamental, pero superficial, se encara con valor la situación a la que está expuesto (Uranga, 2006: 47).

Con el establecimiento y difusión de la televisión, el éxito del programa radiofónico Así es mi tierra se repetiría a principios de la década de los sesenta, con la misma fórmula identitaria pero con los nuevos exponentes de la canción vernácula; el referente obligado fue el mismo cantautor, Pepe Guízar, compositor de la muy difundida canción que dio nombre al programa y de nuevo se realizó una profusa divulgación de los símbolos nacionales y regionales, con los trajes de charro y de china poblana, junto a los de la tehuana o tuxtleca, jalisciense o durangueña. Como ya hay que diversificar, le preguntan a Pedro Infante (a quien se le nombra "El ídolo de Guamúchil", aunque pertenece a todo México): "¿Le gustan más las tapatías, las jarochas, las tehuanas o las norteñas?", a lo cual respondió: "Me da lo mismo; todas son mujeres y todas son mexicanas" (citado en Monsiváis, 2008: 147).

Era sintomático que terminara imponiéndose el traje de charro, en beneficio del folclore, como el que representaba al varón mexicano, siempre acompañado por el mariachi, lo que, a fuerza de la costumbre, convirtió el conjunto en el símbolo nacional por excelencia,[11] aunque eventualmente el varón pudiera vestir de tamaulipeco o veracruzano. Para Ricardo Pérez Montfort (1998: 293), un observador de todas las representaciones de lo local mediante las manifestaciones artísticas populares, el arreglo resulta claro:

[9] Roger Bartra (1996: 19) ve como reducción de "una infinidad de obras artísticas, literarias, musicales y cinematográficas" los estudios sobre el carácter nacional. Sin embargo, la historicidad de esas expresiones populares es evidente.

[10] Un ensayo interesante aunque sólo en la búsqueda de la identidad fronteriza es el de Iglesias, 1982.

[11] El mariachi fue considerado "una institución principalmente rural (de regiones apartadas, poblados pequeños y rancherías), incursionaba en ciudades importantes (Tepic, Guadalajara, Colima…)", que transitó de lo local a lo nacional, ampliamente documentado por Jesús Jáuregui (2007: 57).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

> En muchas ocasiones la identificación de "lo típico" pretendió diferenciar una región de otra, buscando lo propio de cada entidad en sus tradiciones y costumbres festivas. Sin embargo, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX algunas de estas manifestaciones festivas lograron imponerse como "típicas" no solamente de una región sino del país entero. Fue "el indio", "el pelado", "el charro" y "la china poblana". También surgieron en esta época los estereotipos regionales, como "el huasteco", "el jarocho", "el boschito", "la tehuana", "el jalisquillo".

Y el autor opone el fandango jarocho, por ejemplo, como el caso "típico" regional al "típico" nacional en el ya clásico cuadro de la china poblana y el charro, sumando lo regional con lo nacional, en el cuadro de *El jarabe tapatío* (alusión al gentilicio de jalisciense), otros jarabes, como el mixteco.

La rivalidad entre la capital y la provincia fue eje de interpretaciones de todo tipo, que en el fondo trataban del sometimiento por el centralismo que se impuso desde el porfiriato y se reforzó después de la Revolución mexicana. Las finanzas del Estado y el sistema de distribución dieron la estructura que reforzó una ideología que confrontó esos dos grandes espacios de la sociedad. El cine trató de negar el triunfo del capitalino, sin demasiado éxito, en películas memorables, como la emblemática *Del rancho a la capital* (1941), de Raúl de Anda, con una argumentación que dejó secuela.[12] Sin embargo:

> Por más de un siglo se vició la creencia que aún no se disipa: en México sólo hay dos regiones. La capital y la provincia. La capital concentra los poderes, las zonas de expresión libre (relativamente), los estímulos, las interpretaciones "planetarias"; a la provincia le toca el otro catálogo: la significación que se le quiere conocer a la insignificancia, las revueltas, la indefensión ante los desastres naturales, la represión moral, las migraciones de la gente valiosa, los éxitos mínimos y el catálogo de la violencia […] Según la visión arrogante del centralismo, a la provincia, término forzosamente peyorativo, la han distinguido la historia lineal, la historia que lleva el nombre y el apellido de los hombres fuertes, la historia de las manías circulares del tedio. Y el regionalismo (cualquier regionalismo) ha sido por antonomasia lo insuficiente, lo mezquino, lo payo. Regionalismo y localismo son las categorías opuestas por principio a lo nacional (Monsiváis, 2009).

[12] Un estudio de lo que fue el cine de ciudad puede verse en Martínez Assad, 2008.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

En esta disertación de Carlos Monsiváis se expresa una visión sociológica, un resumen capaz de interpretar lo que han arrojado las numerosas historias regionales y los estudios delimitados a los asuntos de todo tipo que utilizaron el espacio de las regiones y se reprodujeron en las instituciones de educación superior en México (incluso en las extrajeras) a partir de la crisis de los modelos teóricos en boga durante la década de los sesenta y cuyo final fue sepultado con el muro de Berlín, en 1989.

CAMBIO DE PARADIGMA

De allí la coincidencia con la necesidad de rescatar lo que la historia nacional había negado, poniendo de relieve la centralidad de la ciudad de México en detrimento de las historias regionales. La nueva historiografía, sin embargo, encontró en la diversidad de México otras explicaciones a los procesos. Fue la crisis de la interpretación de la historia que comenzó a construirse a partir de la crisis del concepto de Revolución, cuando en los años sesenta del siglo XX se cuestionaron los componentes que se empeñó en resaltar la historia oficial.[13] Fue difícil mantener la idea del país unánime de vencedores y la investigación acogió a los vencidos; así, se buscó dar cabida a los idearios conservadores al lado de los revolucionarios y nada resultaba ajeno a los procesos que dibujaron el amplio lienzo que es la Revolución mexicana.

Se encontraron tiempos diferenciados, de tal forma que pudo hablarse de regiones más o menos revolucionadas. El fuerte impulso del norte correspondía a las condiciones específicas del surgimiento y crisis de las haciendas, la presencia de los rancheros y de pueblos libres que nacieron en medio de la lucha para frenar las incursiones de indios apaches o comanches o los asentamientos surgidos en las regiones mineras. A la situación de frontera con Estados Unidos se añadió la gran propiedad de Chihuahua, lo cual contrastaba con el sur de las tierras indias, divididas donde se mantenían los vínculos de comunidad.

Las grandes praderas del norte, apenas habitadas, dieron lugar a la crianza de ganado vacuno y el paisaje semidesértico fue propicio para el

[13] El concepto no se restringe a la visión que se impone desde el Estado, porque alcanza también a los grupos culturales influyentes, capaces de difundir y terminar por cristalizar las ideas propuestas. No se trata de calificar, sino de entender y para ejemplo baste con mencionar a los intelectuales del liberalismo, que dieron coherencia a la propuesta de un país integrado después de los drásticos eventos del siglo XIX.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

desarrollo industrial, como sucedió en Nuevo León. Completamente diferente resultaba el sur selvático de aguas abundantes, con mayor concentración demográfica, con una cultura de plantación para cultivos apreciados en el extranjero, como el palo de tinte, el chicle, el cacao y el plátano, y en poco tiempo la atracción del petróleo. Todo ello incidió en los diferentes los movimientos sociales y políticos que las regiones albergaron. También en esa diferenciación debe encontrarse la raíz del centralismo impulsado por los norteños, así como los separatismos de los sureños. Y dividido el país en esos dos grandes conglomerados, un tercero puede encontrarse en el centro, con su Bajío productor de granos.

La Revolución mexicana es imposible de entender sin el panorama norteño, pero no puede descuidarse lo que sucedió en el sur a partir de 1910. Frente a los proyectos económicos y políticos surgen las otras propuestas que, además, dieron un gran peso a lo cultural. Si en el norte tuvieron lugar las grandes batallas entre los ejércitos, en el sur se impulsaban nuevas propuestas educativas y se organizaban las mujeres. La modernización tocaba por igual las diferentes regiones, pero con modalidades diferentes.

Los levantamientos tuvieron causas agrarias en el norte y aun en Morelos; en el sur fueron otros los móviles, de tal forma que incluso llegó a pensarse en "la Revolución desde fuera", cuando los jefes revolucionarios pensaban que el sur se desfasaba de lo que acontecía en el resto del país (Joseph, 1988). La historiografía que puso énfasis en los procesos regionales ha demostrado que la revolución fue "llevada" también a Tabasco (Martínez Assad, 1979) y a Veracruz (Falcón, 1977; Falcón y García, 1986), así como que nunca logró implantarse en Chiapas, donde —se dijo— señoreó la contrarrevolución. Aunque existe la tendencia a demostrar que los acontecimientos asumieron formas y tiempos diferentes, pero con desórdenes con raíces propias. Por ejemplo, la Revolución en las Huastecas no tuvo las mismas pinceladas que en otras regiones. Allí no se dio la "rebelión incontenible de los elementos más desheredados de la sociedad [ni una] lucha de los obreros, campesinos e indígenas incapaces de seguir soportando las terribles condiciones de miseria, en las que efectivamente vivían. No fue una guerra únicamente enfocada en contra de los hacendados opulentos, de funcionarios arbitrarios e inamovibles, de ricos, de la propiedad privada y de los acaparadores de tierras" (Falcón y García, 1986: 48). Se trató de algo semejante a lo que aconteció en Guerrero, donde destacó el papel de "los sectores medios, y en particular de un grupo tristemente desdeñado de

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

la historiografía mexicana: el ranchero o pequeño propietario" (Jacobs, 1990: 80-86) . Fueron ellos quienes enarbolaron la bandera contra la dictadura de Porfirio Díaz.

Además, los intereses entre los revolucionarios no coincidían tanto como para desligarlos de lo que acontecía en las regiones. Incluso la cúspide encabezada por Francisco I. Madero, con una concepción capitalista, no necesariamente era centralista y muchos rasgos provincianos le caracterizaron.[14] La propuesta del Plan de San Luis, hecha para hacer coincidir a los agraristas, no alcanzó su propósito porque los problemas resultaban demasiado particulares, según cada región del país.

Debe aceptarse que ningún proceso es puro, por lo que en todos los casos pueden encontrarse influencias que auspiciaron diferentes idearios y acciones. Eso ayuda a explicar por qué algunas regiones fueron más revolucionarias al comienzo, mientras que otras se aletargaron o se radicalizaron. En San Luis Potosí se dio ese aletargamiento en el periodo posrevolucionario, cuando en estados como Veracruz y Tabasco surgieron fuertes movilizaciones sociales, organizativas y culturales. En el primero, el pensamiento conservador local vivió la tensión con los planteamientos de revolucionarios progresistas. En Veracruz surgieron propuestas de organizaciones obreras y campesinas con un fuerte registro revolucionario, que llegaron a repercutir en el conjunto nacional (las centrales campesinas y obreras). Tabasco, heredero de la tradición educativa de Yucatán, implantó la Escuela Moderna, del racionalismo catalán que coincidió con el laicismo gubernamental de los primeros años de la Revolución, pero rayó en lo irreligioso, en acciones semejantes a las empleadas por los jacobinos radicales durante la Revolución francesa (Martínez Assad, 1979).

Así, aunque fueron regiones etiquetadas sin agitación revolucionaria espontánea, debido al "predominio de la élite de propietarios de plantaciones y/o a la pasividad de los trabajadores rurales, controlados bajo alguna forma de trabajo forzoso", Alan Knight desafió en particular esa idea al afirmar que en Veracruz hubo "sublevación popular y espontánea" entre 1910 y 1920, "sin ser generada por fuerzas externas exógenas" (Fowler, 1993: 99).

Otras regiones, como Oaxaca y Chiapas, también con manifestaciones de descontento, tuvieron movimientos de corte conservador, en contraste con los estados que asumieron posturas más "radicales." La oposición al

[14] Para una argumentación en ese sentido puede verse Mason, 1990.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

constitucionalismo fue causal de esa caracterización *a posteriori*, aunque cuando se trata de Francisco Villa o de Emiliano Zapata, opuestos a ese movimiento, la historia los valora de forma diferente. Por eso, puede verse en los oaxaqueños un sentido revolucionario, porque "si bien tuvieron comportamientos contradictorios en su actuación política, su afinidad ideológica los acercaba a los 'principios revolucionarios'" (Martínez Vásquez, 1985: 10).

Así, contra la Revolución que homogeniza y que el discurso oficial reitera como única con los mismos héroes y casi con el único propósito agrarista, se puede introducir la idea de que la Revolución mexicana fue un conjunto de revoluciones, según las contrastantes regiones del país. En un dibujo superpuesto puede encontrarse igualmente en el movimiento cristero de 1926-1929 —y sólo por recurrir a un ejemplo— que el Bajío, con sus extensiones hacia Michoacán, Zacatecas y Colima, le dio coherencia a una región caracterizada por su conservadurismo vinculado a un arraigado catolicismo (Meyer, 1973).

SENTIDO DE PERTENENCIA

Por ese discurso oficial, ahora contrarrestado por la investigación regional, es posible afirmar como lo hace Carlos Monsiváis a la luz de la nueva historiografía, que: "En las batallas políticas entre el centro y los grupos regionales, invariablemente gana el centro, aun si a la depresión económica le siguen de tarde en tarde las concesiones políticas. En 1929, la conformación del Partido Nacional Revolucionario con la unificación de facciones, es un homenaje a la gloria del centralismo y a la pequeñez comparativa de las regiones" (Monsiváis, 2009) Vale la pena continuar con la argumentación de Monsiváis por la inteligente síntesis que propone.

El periodo de la primera domesticación institucional del país (1940-1970), con los gobernadores como "embajadores ocasionales del centro". "En este panorama el regionalismo deviene estrategia de las compensaciones: las identidades locales son guías candorosas en el laberinto de la postergación […] El camino a la integración nacional ha pasado por el desprecio a regiones y pueblos, y por una certidumbre sardónica: el atraso es la realidad cultural y sicológica que le va a lo alejado del centro. Se santificó el juego de los opuestos: civilización y barbarie, capital y provincia, cultura y aislamiento" (Monsiváis, 2009).

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Los grupos culturales son arrasados por los de la capital. "Ya en 1960 la capital lo tiene todo, y en 1983, por dar un ejemplo básico, sólo en 12 de las capitales de los estados hay bibliotecas públicas", lo cual independientemente de su veracidad, está casi siempre asociada con la fuente.

> Es muy diversificada la operación que despoja a la provincia de las posibilidades de crecimiento proporcional y de trato justo. El centralismo despolitiza a fondo, expulsa a los ciudadanos de la esfera pública, desinforma para secuestrar las interpretaciones críticas. Para esto se sirve del control rígido en radio y televisión, y de ese periodismo al servicio del ocultamiento y la perversión de la noticias, aún hoy es activismo (Monsiváis, 2009).

También se presentan diferencias en cuanto a su sentido de pertenencia y de participación hacia las instituciones en las regiones de occidente y del Bajío. A partir de 1950, la decisión de parte del gobierno de construir un país fundamentalmente industrial produjo efectos importantes en las ciudades, según lo pudo investigar Héctor M. Capella G., quien siempre mostró una preocupación legítima por el tema de la identidad, buscando enriquecerlo:

> [...] las ciudades se sobreespecializan en función de producción agrícola o de productos primarios, en ciudades administrativas y de servicios y en ciudades industriales. Guadalajara y León emergen como entidades con potencia industrial, mientras que Morelia, Tepic, Guanajuato e Irapuato son centros administrativos o productores agrícolas. Esta diferenciación crea una nueva realidad, la extraordinaria concentración del ingreso en una nueva élite, que al tiempo habrían de convertirse, como en el resto de la República, en los nuevos patricios de la sociedad mexicana.
>
> Guadalajara, siendo la ciudad de mayor desarrollo industrial y de mayor población, liderea los principales procesos económicos de ambas regiones y, al igual que en el norte, la ciudad de Monterrey observa su influencia en el corredor del Pacífico central y noroeste. Su relativo éxito económico ha producido una reafirmación del "criollismo de sus "élites" y una actitud de competencia y antagonismo conflictivo hacia la ciudad de México (Capella, 1993: 22).

La actividad cultural se concentra notablemente en las áreas metropolitanas, las que concentran mayores ingresos y, por lo general, son las más

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

pobladas del país. En 2004, el Distrito Federal tuvo una asistencia de 8 290 771 personas a espectáculos teatrales, de danza, de música, de deporte y otros. Le siguieron Nuevo León, con 1 801 592 asistentes, y Jalisco, con 963 369. En 2005, asistieron 8 575 648 personas en el Distrito Federal, lo que significó una ligera disminución proporcional; Nuevo León tuvo 2 002 696 asistentes y Jalisco, 1 264 319, dando un fuerte salto, quizás explicable por su Feria Internacional del Libro. En 2006, el Distrito Federal registró una asistencia de 9 447 569; Nuevo León, 1 860 295 y Jalisco, 2 371 683 (INEGI, 2004, 2005, 2006a).

Curioso resulta que, con respecto a las estaciones radiodifusoras, de 1 423 en el país, el Distrito Federal en 2004 sumaba 61, aunque con cuatro de onda corta, mientras que Sonora tenía el récord con 110, seguido por Veracruz, con 101, Tamaulipas, con 88, Chihuahua, con 83, Jalisco, con 81 y Nuevo León, con 69. Pareciera que los estados norteños concentran más que el resto, quizá debido a su extensión territorial, pero no respecto de su población, pues el Estado de México apenas reúne 23 estaciones. Igual tendencia se manifestó en 2005 y 2006, cuando apenas aumentó el número total en 10 estaciones. Por otra parte, sería importante saber cuáles son las más escuchadas en el país.

Respecto a la información sobre bibliotecas públicas, según datos del INEGI las de Guanajuato son las que tienen más asiduos, con 39 993 asistentes por biblioteca en el año 2003, cifra que disminuyó en 2007 a 34 012; le siguen Baja California, con 31 993 y 33 059 en el último año; Tamaulipas, con 28 662 y 30 339 en ambos años; el Distrito Federal, con 22 254 y 21 141 en el mismo lapso. La caída en este caso puede deberse al uso creciente de medios informáticos (INEGI, 2004, 2005, 2006b), aun cuando todavía es baja la cantidad de 12 millones de personas que usan internet en el país, en comparación con la cifra de 1 000 millones de usuarios en el mundo, registrada en fecha reciente. Por supuesto, el número de bibliotecas y su tamaño es determinante, porque a mayor número de ellas necesariamente disminuye la población que asiste a cada una, al distribuirse porcentualmente, como sucede en el Distrito Federal, que tiene 417 bibliotecas, si bien en 2007 ocupaba el sexto lugar de las entidades con más bibliotecas, después del Estado de México (con 662), Puebla (615), Tabasco (567), Veracruz (511) y Oaxaca (468).

Luego entonces, no hay sorpresa en el hecho de que las ciudades concentran la mayoría de los servicios culturales y la ciudad de México continúa a la cabeza debido a su centralidad, por no decir acaparación, en esa diná-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

mica que tantos desequilibrios ha causado al país, al reproducirse el sistema centralista en todos los planos de la organización política y económica.

EL CAMBIO CULTURAL REGIONAL

Existen otros elementos fundamentales en la constitución de las identidades regionales, como el de la religión, que ya mencionamos, porque se ha convertido en factor sustancial en la definición de los pueblos e incluso en los estados, algo que pareciera una hipótesis que alude a las sociedades tradicionales, pero involucra también a las sociedades en nuestros días.

En México, la población que se ostenta como católica disminuyó en 50 años, al pasar de 98.2% en 1950 a 88% en el año 2000. Sin embargo, su distribución es muy variada, según la región del país. El centro es el más católico y la población de Guanajuato tiene el porcentaje más alto de católicos (96.4%); le siguen Aguascalientes (95.6%), Jalisco (95.4%), Querétaro (95.3%) y Zacatecas (95.1%). En cambio, las entidades menos católicas se encuentran en los extremos del país, destacando el sureste, donde el primer lugar lo ocupa Chiapas (63.8%), al que le siguen Tabasco (70.4%), Campeche (71.3%), Quintana Roo (73.2%). En el norte del país destaca Baja California (81.4%) (*Anuario Pontificio*, 2004).[15]

Se vislumbran allí varias regiones, según su componente católico, pero cuando se llega a una región más específica el asunto se complica, porque coexisten en espacios reducidos varias religiosidades, muchas de ellas en conflicto, como sucede en Chiapas, donde la diversidad étnica se superpone con la religiosa.

Hay una novedad religiosa en México, que Jean Pierre Bastian llamó "diversidad competitiva" (Bastian, 1997). Quizás el asunto aflora con mayor claridad en el sureste mexicano, en particular en Tabasco y en Chiapas; no en balde en el primer estado hasta el máximo héroe de la Reforma era protestante y Chiapas tiene el honroso primer sitio como estado con menos proporción de católicos en México.

En los estados con mayor diversidad la explicación debe remontarse a las formas que asumió allí tanto la evangelización de los españoles como la

[15] Un texto sobresaliente es el coordinado por De la Torre y Gutiérrez (2007), en el cual se presenta la tan difícil como compleja situación de las instituciones religiosas y de las religiosidades en el país.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

intolerancia de la Iglesia católica; pero lo más importante es cómo ese factor religioso contribuye a interpretar la problemática social de ahora. El mismo autor ha llamado la "geografía de la descatolización" al proceso coincidente con "las periferias étnicas, con las regiones donde la violencia agraria es la más fuerte y donde se ha implantado la guerrilla zapatista" (Bastian, 1997: 23). En varios de los municipios rebeldes, los católicos representan menos de 50%. En otra región, la de Chamula, se comenzó a expulsar a los no católicos desde los años setenta del siglo XX, pero la paradoja es que quienes se ostentan como católicos lo son de forma heterodoxa (tradicionalistas pre-Concilio Vaticano II) y ponen en ejercicio su propio ministerio, sin vínculo con la mitra de San Cristóbal. El hecho es que ahora los expulsados lo son por diferentes causas religiosas y la mayoría se ha ubicado en la periferia de San Cristóbal de las Casas, conformando un nuevo grupo social sin pertenencia territorial y con su referente nativo-nacional desfigurado. Otros han emigrado hacia territorio zapatista donde han constituido espacios "protestantes". Allí tendría que analizarse la posible coincidencia con los indios mames, procedentes de Guatemala, como otro pueblo sin nación.

El campo religioso ahora en Chiapas alberga, junto a la Iglesia católica romana y su derivado heterodoxo, cuando menos dos tipos de protestantismo: el de las iglesias llamadas "históricas" (presbiterianas) y el de las denominaciones escatológicas (la adventista y el de los grupos pentecostales). La diversidad regional interna prevalece cuando logra diferenciarse lo urbano y lo rural, siendo aquí donde la población mayoritariamente india es protestante. Sólo los municipios de Ocosingo, Chilón, Palenque y Salto de Agua concentran 22% de protestantes en el estado (INEGI, 2000).[16]

De 2 982 929 personas que se declaran sin religión en el país en el año 2000, los mayores porcentajes se presentan en Chiapas, con 13.1%, es decir, 429 803 personas, y Tabasco, con 10.0%, equivalente a 166 993 habitantes. Para conformar esa región del territorio que coincide con el Golfo de México, en el sureste, le siguen Campeche, con 9.9% o 59 973 personas, y Quintana Roo, con 9.6% o 72 588 personas.

En 2005, el porcentaje de Chiapas, Tabasco y Campeche respecto de la población protestante y evangélica era de alrededor de 13%, aumentando

[16] Gilberto Giménez (1996: 19) aprecia un panorama complejo a partir de los autores que congrega, porque observan cambios vinculados a la obsesión de cambiar y la entrada paradójica a la modernidad que involucra la pluralización y la individualización de lo religioso.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

el primero a 457 738, a 226 683 el segundo y a 79 994 personas el último. Yucatán registró 8.4%, con 123 162 personas, y Veracruz 6.9%, con 422 973 habitantes. Para el centro-norte de México, caracterizado históricamente como una región conservadora, los porcentajes son sin duda los más bajos: 1.3 en Guanajuato, 1.8 en Michoacán, 1.9 en Aguascalientes y Zacatecas, y 2% en Jalisco (INEGI, 2000-2005a).

Lo religioso se ha transformado en un factor de definición de los pueblos indios de Chiapas, que ha venido ganando importancia para explicar lo que allí ocurre, pero a regañadientes, porque durante muchos años ni el Estado mexicano ni la Iglesia católica —con una influencia de calidad en la región— quisieron aceptar lo que allí ocurría: un cambio social y cultural que afectaba toda la estructura del poder caciquil y de influencia del centro político del país en la región, logrando territorios autónomos como los reclamados por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

Un libro singular aporta a la definición de las regiones, porque se inserta ya en el pensamiento de la pluralidad que se acepta ya sin problema. Ayuda que es parte de una nueva región que se ha construido en México. En los tiempos recientes, los mexicanos vimos surgir en Chiapas los elementos que aportan en la generación una particular identidad; se podría definir como una región en rebeldía que reúne todos los componentes para ser considerada una región apenas construida. Se trata del libro escrito por el Subcomandante Insurgente Marcos, con el título de *México 2003. Otro calendario, el de la resistencia* (Marcos, 2003),[17] el cual fue pensado y escrito desde la región sureste del país. Concebido como la sumatoria de un recorrido por las regiones de México, con la clara intención de presentar una sociología regional de México, un enfoque que asume la pluralidad con la inspiración poco frecuente de visualizar el país desde sus particularidades regionales y aun con el sesgo previsible de su visión política; resulta un planteamiento relacionado con quienes se han interrogado sobre las identidades regionales.

Sin una definición previa o conceptual, buscó destacar cómo se vive socialmente todos los días. Entre la literatura, la denuncia y la descripción, Marcos realizó una suerte de calendario a la usanza de la cosmogonía antigua de los pueblos originarios para situar, entre las muertes y los nacimien-

[17] Se usa exclusivamente con el objetivo de este escrito y lejos se está de pretender una caracterización más de un asunto que cuenta con una extensa bibliografía, documentación y con inteligentes interpretaciones.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

tos, el calendario de la resistencia. De allí que los capítulos fuesen llamados "estelas".

Coincide con la idea de Alfonso Reyes, sobre el "enigma de la muerte y eso que tan justamente se llama el vacío del corazón; la duda, la congoja; la amargura ante la ruina de las pasadas grandezas" (Reyes, 1997), lo cual le hace adoptar el tono lírico que le aleja del académico al hablar de los problemas de México. Incluso Carlos Fuentes expresó respecto de la forma de expresarse de Marcos: "ya no es el lenguaje petrificado, dogmático, pesado, sino un lenguaje más fresco, nuevo" (citado por De la Grange y Rico, 1998: 32).

Escribió sobre Oaxaca, destacando sobre sus 570 municipios (más que los de cualquiera de las entidades que conforman la República) los 418 llamados "municipios indígenas", que se rigen por sus propias formas de gobierno, lo que algunos llaman "usos y costumbres" (Marcos, 2003: 10).

¿Por qué inició su interpretación desde ese estado? Sin duda debido a la fuerte presencia indígena, sólo semejante a la del vecino estado de Chiapas, con lo cual recuperaba la perspectiva desde donde había iniciado su lucha y su visión del país, y porque revaloraba la idea de la etnicidad para recuperar el propio Yo del mexicano, según Luis Villoro (2006: 139). De ahí su interés de insistir en la proporción de población indígena en cada estado o región del país.

En Puebla, desde la altura de Cholula, Marcos reflexiona sobre el poder de la Iglesia católica, de la que "heredó la soberbia, la estupidez y crueldad del conquistar hispano. El alto clero que elige estar del lado del poderoso y encima de los que abajo son el color de la tierra […] La Iglesia de la opresión y de la soberbia. La que, hereje, adora a los dioses del poder y del dinero" (Marcos, 2003: 27). Aunque también acepta a la otra Iglesia, "la que heredó la humildad, la honestidad y la nobleza. El bajo clero que está en la opción por los pobres"

Desde Veracruz ve cómo los gobiernos desplazaron la exportación de productos, como el café y el ganado, por el de la personas, y en Tlaxcala piensa que su suelo es de maquilas y sus luchas son de resistencia contra planes estatales y municipales. Encuentra lo más destacado en la lucha de quienes han formado la Unión de Braceros Tlaxcaltecas, con 220 delegados de comunidades en la entidad. Se trata de los antiguos braceros que después de la segunda guerra mundial eran solicitados para trabajar en Estados Unidos. En 1942 se realizó el convenio entre el presidente de México, Manuel Ávila Camacho, y el de aquel país, Harry Truman. El convenio les retuvo a los emigrantes un porcentaje que debía resguardar el banco West

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Fargo, que luego envió al Banco de Crédito Agrícola, mismo que cambió su nombre al de Banco de Crédito Rural. El hecho es que nunca les llegó su dinero a los afectados, por lo que ahora piden se les dé el fondo de ahorro de 10% que se les ahorró desde 1942 hasta 1964 y ninguno se dio por enterado cuando supuestamente se les llamó para entregarle lo que les correspondía (Marcos, 2003: 43).

Encuentra en Hidalgo uno de los estados con menos esperanza de vida, con mayor mortalidad general, con menos producto interno bruto per cápita, con mayor desigualdad laboral, con peores salarios, con más analfabetismo, con mayor inasistencia a la escuela, con más casas sin drenaje, sin agua potable, sin energía eléctrica, con piso de tierra.

En Querétaro, se enfrenta a "la imagen patética del PAN hecho gobierno. Es también, y sobre todo, la imagen esperanzadora de una resistencia que toma muchos nombres" (Marcos, 2003: 58), porque contra las acciones del gobierno, han aumentado las organizaciones sociales.

En Guanajuato, uno de los estados que producen mayor riqueza, más de la mitad de la población vive debajo de los estándares de pobreza moderada y casi 22.79% en pobreza absoluta. Cerca de 50% de los trabajadores vive con menos de dos salarios mínimos. "En la punta de la pirámide, 3.53% de la población vive con más de 10 salarios mínimos. El promedio de estudios es de 6.6% por abajo del ya bajo nacional de 7.7%". Y sólo 3.72% de los hombres y 3.31% de las mujeres acceden a estudios superiores, también por debajo de los nacionales. Un dato fuerte es que 82.59% de la población no cuenta con servicios médicos (Marcos, 2003: 69). Algo semejante sucede en los municipios marginales de las ciudades importantes, como en alrededor de 200 colonias en León, e incluso en otras ciudades medias, como Celaya e Irapuato.

Una diatriba fuerte contra la derecha en el gobierno se va desmenuzando a lo largo del libro, aunque no es casual que su idea surja por medio de su disertación sobre Guanajuato, el estado del entonces presidente Vicente Fox (2000-2006) y clave en los triunfos del PAN. La derechización que ha tenido lugar en ese estado desde que Fox fue candidato panista para la gubernatura del estado hizo decir a Jorge Castañeda: "Pequeño destino para México que el laboratorio político guanajuatense resulta la fórmula que puede aplicarse al conjunto de la Nación en su tránsito a la democracia",[18] cuando aún no se preveía si-

[18] Fue la elección que perdió en 1991, pero que le permitió el triunfo cuatro años

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

quiera lo que vendría. En todo caso, puede decirse que, haciendo el parangón en un sentido laico completamente diferente al de la frase de Francisco J. Múgica, pronunciada en 1934: "Hay que tabasqueñizar México", en los últimos años la derecha mexicana dice convencida: "Hay que guanajuatizar México".

Aprovecha Marcos la lectura del gabinete de Fox, realizado entonces por Soledad Loaeza, para afirmar:

> […] la mayoría de los funcionarios del gabinete fueron elegidos por sus relaciones con las organizaciones religiosas que forman parte de la élite del presidente Fox. […] Tengo la impresión que los Legionarios de Cristo y el Opus Dei son órdenes religiosas que en este momento son muy influyentes en el gabinete. Son redes muy poderosas dentro del gobierno y que están fuera del control del partido. Y eso irrita a los panistas. Son grupos de presión que han podido imponerse en el gobierno de manera muy eficaz (Marcos, 2003: 71).

Para Marcos el asunto se traduce en la participación de "La derecha católica. Desarrollo Humano Integral y de Acción Ciudadana (dhiac), uno de los tentáculos del Opus Dei" (Marcos, 2003: 72). De allí su preocupación por la pérdida del laicismo, ejemplificada en la inauguración por el gobernador neoleonés de la escultura del arcángel San Miguel en Bustamante, Nuevo León, en la plaza principal, en lugar de una de Benito Juárez.[19]

Aparte del contraste social en el interior de Guanajuato, encuentra también problemas serios de contaminación y no puede olvidarse la presencia de una de las plantas procesadoras de Pemex más importantes del país, donde "toda el agua está contaminada con arsénico, hidrocarburos, benceno, azufre, mercurio, toxafeno, ddt, malatión, paratión, etc." (Marcos, 2003: 76). Por eso, no es de extrañar que una habitante de Salamanca contara que la ciudad ostenta el primer lugar de mujeres muertas por cáncer de hígado y de pulmón, así como de sangre, de pecho y de piel.

después como gobernador en ese estado y le abrió el camino a la presidencia. Castañeda aún no se perfilaba como el cercano colaborador que sería del presidente Fox (Martínez Assad, 1992: 33).

[19] La preocupación legítima de Marcos es hasta cierto punto avalada por el señalamiento de que laicismo y democracia se encuentran estrechamente ligadas en un horizonte ampliado, como lo explica bien Roberto Blancarte (2008: 34).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Después, el autor se adentra en la región Norte-Pacífico, que liga a Chihuahua, Durango y Coahuila con Sonora, Zacatecas y San Luis Potosí. Emplazamiento para el mercado negro de dólares, proliferan las maquiladoras y se establece la ruta de la emigración hacia Estados Unidos, por lo que el autor se lamenta de no ver otro camino para las mujeres "indígenas y no indígenas" que la prostitución (Marcos, 2003: 86).

En el Estado de México encuentra la entidad más poblada y la oportunidad para referirse a la delincuencia, el asesinato, el despojo, el abuso de autoridad, difamación, nepotismo, peculado, robo, desvío de recursos, fraude, irregularidades administrativas como desviaciones de los políticos. Enfático: "la destrucción de nuestros territorios implica la destrucción de nuestra cultura" (Marcos, 2003: 105). Y en contraste está el desarrollo de Santa Fe, la modernidad avasalladora de la megalópolis, para insistir en los contrastes y en la imposible identidad en el mismo territorio, integrado por razones políticas y económicas más que culturales.

En Guerrero ve la misma tendencia hacia la destrucción del campo según los dictados de las políticas neoliberales. De la mano de obra barata y de la tierra, han hecho un botín los empresarios y gobernantes, pero al igual que en otra parte, el principal producto de la región son los emigrantes. Tierra militarizada según constante preocupación de los organismos de derechos humanos.

Las riquezas de la región contrastan con la miseria de la montaña. No obstante los campesinos se expresan y la lucha de los pueblos indios y de las comunidades devela la dignidad de quienes han mantenido la defensa de la ecología y el medio ambiente, vinculándose con organismos internacionales. Pero, en el análisis del subcomandante Marcos está ausente la problemática del narcotráfico que ha tomado tantas posiciones en ese estado y, algo aún más significativo, es su olvido completo de la guerrilla que encontró en Guerrero su lugar más propicio. La coincidencia en la lucha armada supondría alguna reflexión al respecto.

En Morelos, paradójicamente bajo la sombra del gran Zapata, los campesinos sufren fuertes presiones para ceder sus tierras, porque la lógica del gran capital no es la producción de alimentos, sino lo que requiere el mercado, como la fructosa de maíz en la industria refresquera, eliminando la caña de azúcar, o las flores de ornato para exportación a Estados Unidos y Canadá.

Y para mostrar la influencia del Tratado de Libre Comercio con América del Norte descubre sólo en la colonia Iztaccíhuatl, de Cuautla, el funcionamiento de unas 16 maquiladoras, con los más bajos salarios y cuyos

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

empleados, para variar, no están inscritos en el Seguro Social. Así se vive en el moderno estado donde, en otra parte, Tepoztlán, el pueblo consideró que no le convenía el establecimiento de un club de golf y su lucha resultó exitosa al impedir ese proyecto. En un territorio con una fuerte tradición de lucha abundan los organismos surgidos desde las bases, a tal punto que, aunque la mayoría son campesinos, no faltan las expresiones urbanas de actualidad, como el ejemplo del Colectivo Anarco Punk "Libertario Anti Todo" (Marcos, 2003: 125).

Al Distrito Federal se acerca por Milpa Alta, una de las delegaciones más campesinas de la capital de la República, quizá porque sus pobladores han formado el Frente Contra la Imposición y el Despojo de Tierras, lo que une a esa demarcación con buena parte de la periferia de la ciudad de México. El primer golpe a la autoridad lo da cuando critica que "el gobierno [del PRD] de la ciudad insiste en superponer sus consejos vecinales (de lógica urbana) a las estructuras comunales (de lógica campesina indígena)" (Marcos, 2003: 127).[20]

Ve con sarcasmo que en el poniente de la ciudad, en Santa Fe, pueda verse el sueño cumplido para algunos de vivir en una ciudad estadounidense, donde todo vale en dólares, lo cual le permite avanzar: "La estrategia de despojo envuelve al Distrito Federal. Es la lógica del dinero la que está destruyendo y reconstruyendo el entorno, como en una guerra" (Marcos, 2003: 128).

> Esta ciudad ofrece un espejismo. Parece habitada sólo por automóviles fastidiados; centros comerciales asépticos; noticieros que se debaten entre la mentira y el escándalo fácil […] programas de televisión que apremian el ridículo del horario triple A; raudos convoyes repletos de guardaespaldas trasladando funcionarios o magnates que no van a ninguna parte, pero se mueven porque consideran necesario recordarle a la ciudad que existen. La ciudad de México. Una multitud de ciudades en tránsito a otras ciudades (a ratos propias y siempre ajenas). Una ciudad que ha perdido su capacidad de asombro ante el cinismo y la corrupción […] Una ciudad a la que todos han querido domar, domesticar, matar. Y que, sin embargo, continúa rebelde, indómita, impredecible (Marcos, 2003: 131-132).

[20] Dicha visión puede cuestionarse a la luz de los argumentos de los mismos campesinos, que vieron entonces la posibilidad de una participación política directa. Véase Robinson, 1999.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Manifiesta su simpatía por los jóvenes, a quienes considera en rebeldía, y allí están la UNAM, la UAM, la ENAH, el Poli y la UPN, instituciones que considera parecen heridas, pero no están derrotadas. Termina exclamando: "¡Cuántas ciudades esconde esta ciudad! ¡Cuántas de ellas tiene la dignidad que al poderoso le falta!" (Marcos, 2003: 134).[21]

¿Y qué pasa con Chiapas? Aunque las alusiones son constantes a lo largo del texto, deja para el final su caracterización más precisa, pero con un lirismo mayor que cuando habla de otras regiones; así que su sociología emerge apenas para explicar los cambios no del territorio sino de su organización. Identificándose en el hecho de estar en "ese rincón olvidado por el país y por el mundo", en una tierra con "connotaciones culturales, religiosas e históricas".[22] En varios de sus escritos ha aludido a las razones por las que la rebeldía se alojó en ese estado y es difícil la comparación de los municipios autónomos, con sus juntas de buen gobierno, con el resto de los municipios del país que se encuentran en las estadísticas nacionales.

Alejándose en definitiva del concepto de raza, en un reposicionamiento de la identidad étnica, como lo hicieron los filósofos del mexicano, encuentra el amplio espectro de los indios: nahuas, huastecos, tepehuas, otomíes-hñañus, totonacos, mixtecos, zapotecos, amuzgos, popolocas, pames, mazahuas, purépechas, chinantecos, mazatecos, tlapanecos, mayazoques, yoremes, mayos, wixaritaris, tzeltales, tzotziles, choles, tojolabales, como muestrario de un pensamiento que abarca a todos los llamados pueblos originarios. Y, tiene razón, en el sentido de que debe admirarse que los indios hayan resistido tantos años de cambios políticos y de orientación de los regímenes que se propusieron integrarlos, obligándolos a hablar español, cuando se trataba más bien de desaparecerlos, en un proceso de asimilación no de forma natural, sino precipitado desde el poder.

LA DOBLE PERSPECTIVA DE UNA CONCLUSIÓN

A partir de los años formativos, las identidades en México se han multiplicado Ya no es sólo la identidad nacional definida como cuando los liberales pensaron en darle coherencia a un país único y homogéneo, coincidente con la nación que se establecía con la independencia de España; ni siquiera

[21] *Ibid.*, p. 134.
[22] "Chiapas: La treceava estela", en Marcos, 2003: 11.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

es la identidad del mexicano con las variables de los cursos del grupo Hiperión en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ahora, con todos los cambios ocurridos y con la globalización, es pertinente volver sobre la cuestión de la identidad nacional, entendida en su profundidad cultural.[23] Esto es importante cuando se da "un mayor apego a las identidades locales o regionales que a las identidades históricas".[24] Asimismo debe señalarse el distanciamiento entre las identidades y los aparatos estatales en el contexto de las múltiples definiciones y redefiniciones, según los conflictos económicos y simbólicos contemporáneos (Béjar y Rosales, 2005: 29). Las nuevas identidades regionales no resultan tan alejadas de algunas delimitaciones estatales, salvo ejemplos como la Huasteca o el Soconusco, y por supuesto, la región zapatista de Chiapas.

Dicho de otro modo: "La identificación de tres elementos: lo popular, lo mexicano y lo nacional, quedó plasmada en gran medida en manos de una élite centralista y con bastantes vínculos con el poder económico y político del país, pero justo es decir, que también se fueron alejando cada vez más de los ámbitos populares" (Pérez Montfort, 2005: 73). Con el tiempo se dio una disociación entre los componentes de la identidad nacional y los valores dominantes en la sociedad, como fueron encauzándose en las últimas décadas del siglo XX, con una constelación de intereses y prácticas. Lo popular se ha ido imponiendo y puede afirmarse que está prevaleciendo sobre la concepción elitista en la apropiación y reinterpretación de los usos y de las costumbres, aun cuando lo popular, sobre todo urbano, pueda asociarse con la violencia o algunas prácticas extremas marcadas por sus requerimientos sociales.

Así, frente a la identidad nacional, surge no solamente una identidad más compleja, sino una diversidad de identidades superpuestas, entre las cuales las que se identifican con las regiones se afirman, aunque todos llevamos encima identidades cambiantes porque se construyen día con día. Esto no quiere decir que todas se disuelvan o difuminen, sino que puede concebirse una "identidad integrada por múltiples pertenencias, unas ligadas a una historia étnica y otras no, unas ligadas a una tradición religiosa y otras no" (Maalouf, 1998: 44).

Difícil, sin embargo, resulta todavía la elaboración de un mapa de identidades. Es cierto que se perfila bien la región más católica en el centro

[23] Es la propuesta de Raúl Béjar y Héctor Rosales (2005).

[24] Según Manuel Castells, citado por Béjar y Rosales, 2005: 24.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

del país en Guanajuato (con 96.4%), Aguascalientes (95.6%), Jalisco (95.4%), y la menos católica en el sureste del país, en Chiapas (con 63.8%), Tabasco (70.4%), Campeche (71.31%) y Quintana Roo (73.2%).

Igualmente, pueden perfilarse las regiones étnicas con los grupos indígenas mayoritarios: nahuas en Hidalgo y Veracruz; mixtecos y zapotecos en Puebla y Oaxaca; tzeltales y tzolziles en Chiapas; rarámuris en Chihuahua; otomíes y hñañus en el Estado de México, etcétera.

Salvo el Distrito Federal, que tiene la escolaridad más alta, con 10 puntos, la región del norte del país puede perfilarse como la de mayor escolaridad, incluyendo a Nuevo León (con 9.5), Coahuila (9), Sonora (8.9), Baja California y Baja California Sur (8.9, respectivamente). Por el contrario, es en el sur donde podría dibujarse la región de menor escolaridad, que comprende Chiapas (5.6), Oaxaca (6) y Guerrero (6.5) (INEGI, 2000-2005b). En consecuencia, algo semejante sucede con la tasa de alfabetización más alta para el norte que para el sur.

Las identidades políticas también pueden establecerse y es un hecho que el PRD encuentra, por ahora, mejor acomodo en la ciudad de México, cuando en sus inicios se instaló en una franja de la costa del Pacífico, mientras que el norte ha sido más afín al PAN y ahora lo es el centro del país. Por lo que respecta al PRI, ha mantenido una relación constante con Hidalgo y Veracruz.

Como la identidad nacional se construye y se destruye para volverse a construir, las entidades regionales pasan por un proceso semejante si se observa el comportamiento de las tres variables principales manejadas: religión, educación y política, con los elementos varios que albergan. Esto no significa caer en lo circunstancial,[25] sino pensar, como lo hicieron los filósofos de lo mexicano, en lo universal, más cuando las identidades locales afloran con la globalización. Aún es necesario avanzar en la caracterización cultural de esa doble identidad y sus efectos; mientras tanto, hay que aceptar las diferentes aportaciones, los mestizajes, las influencias que permiten la definición del grupo y establecer relaciones de respeto con los otros.

[25] Abelardo Villegas (1988) argumenta sobre la necesidad de superar lo circunstancial en beneficio del hombre universal.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

REFERENCIAS

Álvarez de Testa, L., 1992. *Mexicanidad y libro de texto gratuito*. México, UNAM.

Anuario Pontificio, 2004.

Bartra, B., 1996. *La jaula de la melancolía*. México, Grijalbo.

Bastian, J.P., 1997. Los efectos sociales y políticos de la desregulación religiosa en México, *Eslabones* (14): 16-17.

Béjar, R., y H. Rosales, 2005. Las identidades nacionales hoy. Desafíos teóricos y políticos, en R. Béjar y H. Rosales (coords.), *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural. Nuevas miradas*. México, UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

Blancarte, R. (coord.), 2008. *Los retos de la laicidad y la secularización en el mundo contemporáneo*. México, El Colegio de México.

Bokser Liwerant, J., y S. Velasco Cruz (coords.), 2008. *Identidad, sociedad y política*. México, UNAM.

Bonfil, G., 1989. *México profundo. Una civilización negada*. México, Grijalbo-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Capella G., H.M., 1993. Identidad y carácter nacionales. Estudio comparativo entre regiones del occidente y del Bajío, *Sociotam. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* **II** (2): 7-37.

De la Grange, B., y M. Rico, 1998. *Marcos, la genial impostura*. México, Nuevo Siglo Aguilar.

De la Torre, R., y C. Gutiérrez Zúñiga, 2007. *Atlas de la diversidad religiosa en México 1950-2000*. México, CIESAS-Colef-Segob-Colmich.

Diegues Junior, M., 1953. *Introducción a la sociología regional*. México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM (Biblioteca de Ensayos Sociológicos).

Falcón, R., 1977. *El agrarismo en Veracruz. La etapa radical (1928-1935)*. México, El Colegio de México.

Falcón, R., y S. García, 1986. *La semilla en el surco. Adalberto Tejeda y el radicalismo en Veracruz 1883-1960*. México, El Colegio de México.

Fowler Salamini, H., 1993. Revuelta popular y regionalismo en Veracruz, 1906-1913, *Eslabones. Revista Semestral de Estudios Regionales* (5): 99-117.

Giménez, G. (coord.), 1996. *Identidades religiosas y sociales en México*. México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

Granados, P., 2000. *XEW, 70 años en el aire* [iconografía de Mónica Barrón]. México, Clío Libros y Videos.

Héau, C., y G. Giménez, 2000. Versiones populares de la identidad nacional en México durante el siglo XX, en R. Béjar y H. Rosales (coords.), *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural. Nuevas miradas*, México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, pp. 81-110.

Hurtado, G., 2006. *El Hiperión*. México, UNAM.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Iglesias, N., 1982. La producción del cine fronterizo. Una industria de sueño, *Estudios sobre las culturas contemporáneas* **IV** (11): 97-130.

INEGI, 2000. *Volumen y porcentaje de la población de 5 y más años protestantes y evangélicos por entidad federativa*. México.

INEGI, 2000-2005a. *Volumen y porcentaje de la población de 5 y más años sin religión por entidad federativa*. México.

INEGI, 2000-2005b. *Promedio de escolaridad de la población de 15 y más años por entidad federativa*. México.

INEGI, 2004, 2005, 2006a. *Distribución porcentual de asistencia a espectáculos para cada entidad federativa*. México.

INEGI, 2004, 2005, 2006b. *Estaciones radiodifusoras según tipo de banda de transmisión, por entidad federativa*. México.

Jacobs, I., 1990. *La Revolución mexicana en Guerrero. Una revuelta de rancheros*. México, Ediciones Era.

Jáuregui, J., 2007. *El mariachi. Símbolo musical de México*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Taurus.

Joseph, G.M., 1988. *Revolution from Without. Yucatán, Mexico, and the United States, 1880-1924*. Nueva York, Cambridge University Press.

Larroyo, F., 1946. La educación, en *México y la Cultura*. México, Secretaría de Educación Pública, pp. 583-625.

Maalouf, A., 1998. *Identidades asesinas*. Madrid, Alianza Editorial.

Marcos, Subcomandante, 2003. *México, 2003. Otro calendario, el de la resistencia*. México, Frente Zapatista de Liberación Nacional-Colectivo Callejero.

Martínez Assad, C., 1979. *El laboratorio de la Revolución. El Tabasco garridista*. México, Siglo XXI.

Martínez Assad, C., 1992. Caminos de Guanajuato, ¿hacia un nuevo modelo político, *Eslabones, Revista Semestral de Estudios Regionales* (3): 20-33.

Martínez Assad, C., 2008. *La ciudad de México que el cine nos dejó*. México, Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal.

Martínez Vásquez, V.R. (coord.), 1985. *La revolución en Oaxaca 1900-1930*. México, Instituto de Administración Pública de Oaxaca.

Mason Hart, J., 1990. *El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución mexicana*. México, Alianza.

Meyer, J., 1973. *La Cristiada*, 3 vols. México, Siglo XXI.

Monsiváis, C., 1992. Volverás a la región, *Babel* (5).

Monsiváis, C., 2008. *Pedro Infante. Las leyes del querer*, México, Aguilar,

Monsiváis, C., 2009. ¿Qué se fizo de la provincia?, *El Universal*, 26 de abril.

Paz, O., 1950. FALTA.

Pérez Montfort, R., 1998. Nacionalismo y regionalismo en la fiesta popular mexicana 1850-1950, en H. Pérez Martínez (ed.), *México en fiesta*. México, El Colegio de Michoacán-Secretaría de Turismo, pp. 391-418.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Pérez Montfort, R., 2005. El pueblo y la cultura del Porfiriato a la Revolución, en R. Béjar y H. Rosales (coords.), *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural. Nuevas miradas*. México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM.

Portilla, J., 1984. *La fenomenología del relajo*. México, Fondo de Cultura Económica.

Programa Cultural de las Fronteras, 1987. Primer foro de cultura contemporánea de la frontera norte de México. México, Secretaría de Educación Pública.

Ramos, S., 1987. *El perfil del hombre y de la cultura en México (1934)*. México, UNAM-SEP (Segunda Serie de Lecturas Mexicanas, 92).

Reyes, A., 1997. *Obras completas XII*. México, Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas).

Riva Palacio, V., 1884-1889. *México a través de los siglos*, 5 vols. México, Ballescá y Cía.

Robinson, S.S. (coord.), 1999. *Tradición y oportunismo. Las elecciones de consejeros ciudadanos en los pueblos del Distrito Federal*. México, Sociedad de Estudios Regionales-Unidad Obrera y Socialista.

Rossi, A., 1997. *La fábula de las regiones*. Barcelona, Anagrama.

Sefchovich, S., 2008. *País de mentiras. La distancia entre el discurso y la realidad en la cultura mexicana*. México, Océano.

Uranga, E., 2006. El accidente y el mexicano, en *El Hiperión*. México, UNAM, pp. 69-92.

Vasconcelos, J., 1948. *La raza cósmica*. Buenos Aires, Espasa Calpe.

Villegas, A., 1988. *La filosofía de lo mexicano*. México, UNAM.

Villoro, L., 2006. Lo indígena como principio oculto de mi yo que recupero en la pasión, en *El Hiperión*. México, UNAM, pp. 139-154.

Zaid, G., 1990. Comentario a Rudolf Rocker, en R. Rocker, *Nacionalismo y cultura* [trad. de D.A. Santillán del texto alemán de 1949]. México, Alebrije, p. 7.

Zavala, S., 1946. Síntesis de la historia del pueblo mexicano, en *México y la cultura*. México, Secretaría de Educación Pública, pp. 1-48.

Zea, L., 2006. El mexicano como posibilidad, en *El Hiperión*. México, UNAM, pp. 187-209.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

EL COLEGIO DE MÉXICO
70 AÑOS 1940-2010

12
TRANSFORMACIONES Y CONTINUIDADES EN LAS ELABORACIONES IDENTITARIAS A PARTIR DE LA MÚSICA Y EL BAILE. LOS FENÓMENOS DE LOS SONIDEROS Y LOS "SALUDOS" TRAS 200 AÑOS DE FIESTA POPULAR

*Darío Blanco Arboleda**

CONTENIDO

Introducción 352
El chuchumé, el fandango y los jarabes como expresión rebelde de los mestizos de Nueva España 354
El corrido como solaz y medio de comunicación revolucionario 358
Los bailes de músicas caribeñas como baluarte identitario de los grupos populares 359
Los sonidos: el regreso a la calle como principal lugar de la festividad y ritualidad populares 364
Los sonidos mexicanos en Estados Unidos. Un desplazamiento simbólico de la frontera 368
Conclusiones: de los bailes coloniales mestizos del chuchumbé a los sonideros postmexicas. ¡Cumbia y patria! 372
Referencias 376

* Profesor-investigador del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia, Colombia: <*darioblanco1@gmail.com*>.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

INTRODUCCIÓN

Este artículo tiene como objetivo mostrar, de manera sucinta, el proceso histórico de elaboración de las identidades nacionales a partir de la música y el baile, para posteriormente poder reflexionar, en debida perspectiva, sobre algunas prácticas culturales actuales en México a 200 años de su Independencia y 100 de la Revolución. Haremos un rápido recorrido histórico por estas manifestaciones, iniciando en los albores de la Independencia, con las músicas y bailes coloniales, pasando después por el periodo de la Revolución, al surgir los llamados música y baile nacionales, para concluir en la actualidad con los bailes de sonidos entre los grupos populares.

Con este muy breve recuento quiero simplemente poner en perspectiva algunas de las manifestaciones musicales y dancísticas contemporáneas dentro de las músicas y bailes populares. Busco evidenciar que, si bien con cada época las formas específicas de manifestación se transforman, la estructura de fondo y la finalidad de éstas no han cambiado tanto como podríamos especular. Puede rastrearse un hilo común en el trascurso de estos más de 200 años de prácticas culturales de los mexicanos; además, las transformaciones en estas prácticas son paralelas a las trasformaciones y revoluciones sociales. Una revisión de las prácticas musicales y los bailes del pueblo mexicano y la manera como elaboran su identidad a partir de los mismos es también un recuento de la complejidad de su sociedad y las transformaciones sufridas durante este periodo.

México, como nación, tuvo sus primeras manifestaciones de identidad propia, por intermedio de la música y el baile, en los inicios del proceso de Independencia. Hacia el final de la Colonia, en la Nueva España, éstas fueron canal de expresión de la rebeldía y la inconformidad con el gobierno peninsular, que no dudó en prohibirlas so pena de prisión, ya que fueron percibidas como deshonestas y rebeldes. Durante el siglo XIX y principios del XX se construye el Estado nación y, por consiguiente, debe establecerse una identidad nacional en los términos románticos, de acuerdo con los cuales a un país le correspondía una lengua, un territorio, una religión, una comida, una música y un baile nacionales, entre otras características. En general, el folclore y sus especialistas se encargan de esta labor de construcción, rescate y manutención del "alma" nacional, del establecimiento de una "tradición" que funciona con imaginarios colectivos de nación, buscando aglutinar a los millones de mexicanos, sus múltiples prácticas y muy diversas regiones.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

El establecimiento de fronteras (físicas y simbólicas) nacionales, regionales y sus consecuentes identidades son fundamentales para el proyecto moderno. Sin embargo, con los años llegan cambios en los espacios político, económico y religioso. En el campo cultural es fundamental la revolución tecnológica y el surgimiento de los medios masivos de comunicación, como la radio, el cine y la televisión. Con la entrada y el establecimiento de la cultura del consumo, las directrices sobre cómo debe de presentarse una persona, es decir, sobre cómo construir su identidad, se desplazan. Las principales influencias se movilizan de los estereotipos nacionales y regionales a los medios de comunicación masiva y a la cultura de consumo. Así, los mexicanos actuales se encuentran frente a miríadas de formas e influencias planetarias en las maneras de presentarse y de pensarse, por lo que deben entonces discriminar para construir sus identidades.

Con el propósito de ejemplificar las influencias identitarias contemporáneas, este capítulo se centrará en la formación y desarrollo del gusto y la identidad populares a partir de la escucha y el baile de la música caribeña, primero, con hegemonía de las sonoridades provenientes de Cuba y Puerto Rico y, más recientemente, con la del genérico "cumbia",[1] de origen colombiano.

Busco mostrar cómo la música caribeña se ha convertido con los años en una de las músicas más interpeladas[2] por los grupos populares mexicanos y cómo su baile y manejos corporales se han convertido en baluarte identitario popular. Lugar para realizar afirmaciones, de comunión con los pares y de distinción de los otros sociales, a tal punto que los bailes populares de "sonidos" (en una importante proporción callejeros) se han convertido en fundamentales a las identidades populares mexicanas, incluso, hoy día, del otro lado de la frontera, entre los migrantes en Estados Unidos.

Una de las ideas de fondo es que los *sensoriums*[3] se transforman a la par de los grupos humanos que los viven. Esto nos lleva a pensar que los des-

[1] La designación de "cumbia", utilizada en todo el continente, es un nombre genérico que se le da a múltiples sonoridades caribes colombianas, como el porro, el vallenato y la propia cumbia, entre otras. Actualmente, designa asimismo a muy diversas versiones de cumbias nacionales y regionales a lo largo de América.

[2] Con el concepto de interpelación pretendo distanciarme de la percepción clásica de "consumo" o "gusto", en relación con la música, que trae inherentemente una concepción estática y unidireccional en la relación entre la música y las personas que la viven y disfrutan. En realidad, el interpelador establece una relación de diálogo con la misma y con los múltiples niveles de comunicación de una canción. Para profundizar más en este tema véase Frith, 1998.

[3] Walter Benjamin acuña este concepto para mostrar cómo, a la par de las transfor-

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

plazamientos en las sensibilidades musicales de los grupos populares mexicanos traen aparejados cambios en su estructura social. Al mismo tiempo, la vivencia de una música rítmica, bailable y su interpelación en las fiestas y desvelos nocturnos, a través de la historia, nos hablan de una posición eminentemente política por parte de sus bailadores.

Dentro de estos bailes "sonideros" se ha desarrollado en fechas recientes un fenómeno que es mi interés evidenciar: la preeminencia de los "saludos" dentro de los mismos. Estos bailes y saludos se enmarcan en una lógica premoderna, en la que prima lo comunitario sobre lo individual, algunas de las explicaciones a esto pueden hallarse en la búsqueda del prestigio y el reconocimiento de los pares. Con el análisis de estos bailes sonideros callejeros y los saludos (ambos con sustrato premoderno) quiero mostrar cómo en las más actuales de las prácticas festivas de los jóvenes populares mexicanos, tanto dentro del territorio como fuera (en Estados Unidos), está forjándose una de las más fuertes identidades mexicanas actuales. El proceso de modernización, central a la formación y consolidación del Estado nación, es decir, la búsqueda de la implementación del modelo de desarrollo económico europeo capitalista, con sus reordenamientos sociales en pos de la producción y el capital, ha sido resistido de diversas maneras por los grupos a los que se les ha impuesto. En el caso de los grupos populares mexicanos a lo largo de los 200 años de historia de la nación, el mantenimiento de las fiestas patronales religiosas, con un gran sustrato prehispánico, y el baile callejero son algunas de las expresiones culturales de continuidad histórica desde la Colonia y de resistencia al poder hasta el presente.

EL CHUCHUMÉ, EL FANDANGO Y LOS JARABES COMO EXPRESIÓN REBELDE DE LOS MESTIZOS DE NUEVA ESPAÑA

El ser humano se ha expresado históricamente por medio del baile y cuando éste es suprimido, por razones de diversa índole, resurge con mayor fuerza para mostrar nuestra humanidad. El baile es comportamiento cultural; los valores de las personas, actitudes y creencias lo determinan parcialmente, así como a su puesta en escena, estilo, despliegue físico, contenido

maciones que sufren los grupos humanos, existen transformaciones en el modo y la manera de sus percepciones. Así, insta a la investigación de los cambios sociales que encontraron manifestación en los cambios de sensibilidad.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

y estructura. El baile posee fuertes componentes psicológicos, ya que interpela al cuerpo en movimiento en sus experiencias emocionales y cognitivas. Por esto ha servido para conocer y lidiar con las tensiones personales y sociales, con la agresividad reprimida. Las personas se mueven y pertenecen a comunidades de movimientos, de la misma manera en que hablan y pertenecen a comunidades lingüísticas; De esta manera, el baile establece un tipo de comunicación que complementa el habla, pero al mismo tiempo tiene la capacidad de otorgar significado por sí solo. Así, como los humanos nos expresamos por intermedio del arte, de igual forma podemos ser leídos a partir de nuestras maneras de bailar (Hanna, 1980).

Durante el proceso de colonización y evangelización de los indios en Nueva España, se ejerce una marcada represión sobre los bailes prehispánicos, ya que éstos eran relacionados con ritualidades religiosas autóctonas. Al buscar su evangelización en la religión católica, los conquistadores bloquearon las expresiones dancísticas prehispánicas, pero permitieron, bajo control, las danzas seculares a los grupos de españoles, criollos y mestizos que buscaran "aclimatar" los ritmos europeos. Los españoles pusieron especial empeño en erradicar la música y bailes indígenas por su interrelación con las religiones nativas. La estrecha comunión de la música y la danza con el cuerpo hicieron de ellas un blanco fácil, además de obvio, para las prohibiciones de la Iglesia. Fueron enmarcadas como prácticas pecaminosas, peligrosas y en contravía con la moral, esto sumado al desprecio y falta de interés por entender las manifestaciones culturales prehispánicas (Dallal, 2000: 94). Ahí encontramos el inicio en México de una larga tradición de desprecio, ignorancia, ridiculización y prohibiciones de las manifestaciones culturales populares, ya que el desconocimiento y lejanía de los códigos genera recelo y miedo.

> Factor importantísimo para la evangelización de los indios fue la danza, porque ésta había sido su principal oración. Su religiosidad se volcó apasionadamente en las nuevas enseñanzas. Pero ignoramos cuánto tiempo tomó realmente este proceso, y jamás sabremos si bailan fervorosamente para el nuevo dios, o si, entre paso y paso, guiñaban el ojo a las estatuas de sus antiguos dioses, que ellos mismos, subrepticiamente, habían enterrado bajo muchos de los altares la nueva religión (Ramos, 1979, citado en Dallal, 2000: 94).

> Las danzas que tienen comúnmente en sus fiestas trabajosas son iguales a sus ignorancias, porque al triste son de un tronco hueco que tocaban con palillos

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

> o con alguna quijada de caballo, canta algún viejo con voz baja y desapacible, ya las hazañas de sus antepasados, ya la destreza de sus flechas y arcos, ya la caza que acostumbran, y otras cosas semejantes, mientras los otros convidados trabados de las manos en circuito, están dando sin cesar descompasados saltos, y tan porfiados en este ridículo entretenimiento, que suele durar veinticuatro horas el baile, terminándose la fiesta con embriagueces sin medida (Benítez, 1980, citado en Dallal, 2000: 96).

Durante la época de la Colonia, con el mestizaje y las subsecuentes imposiciones, con los diálogos y mutuas influencias entre los españoles, indios y negros en Nueva España, surgieron características culturales propias entre los grupos producto de esta mezcla: los denominados "mestizos", equivalentes coloniales a los que actualmente llamamos "grupos populares". Aparecen ritmos asociados a estos grupos, como el chuchumbé, sacamandú, maturranga, cosecha, pan de jarabe, pan de manteca, jarabe gatuno, meloricos, fandango, mambrú, entre muchos otros (Sánchez, 1998: 17).

Informes inquisitoriales sobre el chuchumbé, que pretendían su prohibición y la excomunión a los practicantes, alertaban en 1766 del grave daño que causa, particularmente entre las "mozas doncellas", un canto que se ha extendido en las calles y que es "sumamente deshonesto" en sus palabras y modo en que lo bailan:

> Varias coplas que se cantaban mientras otros bailaban, o ya sea entre hombres y mujeres, o sea bailando cuatro mujeres con cuatro hombres, y que el baile es con ademanes, meneos, sarandeos, contrarios todos a la honestidad y mal ejemplo de los que lo ven como asistentes, por mezclarse el manoseos de tramo, abrazos y dar barriga con barriga. También me informan que éste se baila en casas ordinarias de mulatas y gente de color quebrado, no en gente seria ni entre personas circunspectas y sí soldados y marineros y broza (Patronato Eclesiástico, 1766, citado en Sánchez, 1998: 20).

De igual manera, se quejaban de las vestimentas de quienes los practicaban, ya que las denominaban "a la moda diablesca" donde se daba una "mala combinación de colores negro, colorado y amarillo" que evidencian el "mal gusto" de quienes los usan (Patronato Eclesiástico, 1766, citado en Sánchez, 1998: 22). Se hace claro el afán de prohibición, primero, del chuchumbé y luego de otros ritmos, como el fandango, si leemos que en sus estrofas y bailes los mestizos encontraron un poderoso canal de comunica-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

ción para la denuncia, burla y azote de los poderes coloniales. Entre las estrofas de las canciones desfilaron desde las prácticas sexuales de los representantes de la Iglesia, hasta la ineptitud de los virreyes, como Marquina, quien construyó una fuente que nunca suministró agua:

> En la esquina está parado / un fraile de La Merced, / con los hábitos alzados / enseñando el chuchumbé.
> Esta vieja santularia / que va y viene a San Francisco: / toma el padre, daca el padre / y es el padre de sus hijos.
> ¿Qué te puede dar un fraile, / por mucho amor que tenga?: / un polvito de tabaco / y un responso cuando mueras! (Patronato Eclesiástico,1766, citado en Sánchez, 1998: 18, 19).

> Para perpetua memoria / nos dejó el Virrey Marquina / una pila en que se orina / y aquí se acaba la historia (Campos, 1929, citado en Pérez, 1994: 21).

Las autoridades comenzaron a prohibir un sinnúmero de géneros y piezas entre 1802 y 1813, pero el descontento hacia el régimen ya conducía a un punto de quiebre y una manera de afirmación de lo mestizo y lo criollo, así como una forma de rebelión era hacer caso omiso de las prohibiciones. Así, el fandango y particularmente el jarabe se convirtieron en bailes de protesta y rebelión, a la vez que se establecieron como símbolos de la identidad mestiza. Los jarabes se hacen fundamentales en los bailes de los grupos insurgentes, durante la guerra y en los inicios de la revolución de Independencia. Toman las credenciales de representantes de la mexicanidad, convirtiéndose en himnos y símbolos de los insurgentes (junto a la virgen de Guadalupe), tocados y bailados en los festejos de triunfo de las avanzadas independentistas:

> Arriba Miguel Hidalgo / que ha llegado a nuestra tierra / que ha matado gachupines / y que les hace la guerra (Mendoza, 1956, citado en Pérez, 1994: 22).

Con la Independencia toda esta multitud de sones, jarabes y fandangos propios de los mestizos, que se hicieron cantos rebeldes y fueron prohibidos durante la Colonia, se convirtieron en imprescindibles a la representación identitaria nacional y regional. Con sus ideas aparejadas de fiesta y alegría, se configuran los múltiples bailes regionales. Al paso de los años, el jarabe y su baile por parte del chinaco y la china, se convierten en estereotipo de la

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

identidad mexicana. Hacia 1920, con el llamado "nacionalismo cultural", encabezado por José Vasconcelos, estos imaginarios de nación se cimentarían para la celebración del centenario de la consumación de la Independencia y así quedaría enmarcado el cuadro bucólico de la identidad nacional que se mantiene a la fecha: el baile del jarabe, la china y el chinaco reemplazado por el charro (que es una versión estilizada del uniforme rural porfiriano) y la música del mariachi. Esta última terminó imponiéndose como la "música nacional", gracias al impulso que le dieron por estos años sectores conservadores (terratenientes y ganaderos) a los que les interesaba ampliamente que un imaginario idealizado de sus haciendas, tan cuestionadas por la Revolución, se inmortalizara como símbolo nacional (Pérez, 1994: 23, 119).

EL CORRIDO COMO SOLAZ Y MEDIO DE COMUNICACIÓN REVOLUCIONARIO

El corrido, así como los sones, tuvieron un amplio desarrollo como música popular durante el siglo XIX. Sin embargo, una vez establecida la dictadura de Porfirio Díaz, creció la distancia entre las fiestas populares y las de la "gente de bien", que utilizaban para este fin los ritmos europeos. Unos versos de crónica sobre la fiesta de la virgen tlacotalpeña de La Candelaria nos cuentan la situación hacia 1889:

> Fuera del templo y llenando / de rumor la alegre plaza, / el pueblo formando coro / se entrega libre a la danza. / ¿Quién a los bailes de sones / no va a dar una mirada, / donde las lascivas notas / puebla el aire la guitarra? / Allí no penetra nunca / la tierna exquisita dama / que en los tranquilos hogares / es reina en virtud y gracia (Aguirre, 1976, citado en Pérez, 1994: 95).

El corrido es la versión mexicana de los romances españoles que se mestizaron en toda América Latina, creando nuevos géneros, pero en todos perduró la función de la juglaría, el ser los noticieros, los medios de comunicación del pueblo, antes de la aparición y masificación de la prensa o la radio. Aun cuando el corrido ya contaba con popularidad desde la época porfiriana, su definitivo encumbramiento, como género popular, se da durante la Revolución. Mientras que los aires populares se acentuaron durante este periodo, la música académica y de las élites sufrió justo lo contrario (Pérez, 1994: 98). La época de generalización de la lucha armada coincide

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

con el auge y amplia difusión del corrido. La simpleza y versatilidad de su instrumentación (que no requería más que de algún tipo guitarra o un arpa y una voz), sumado a su función narrativa, lo convirtieron en el género por excelencia de la Revolución.

Uno y otro bando encontraron en él, además de esparcimiento y alimento para el alma, un medio de comunicación sumamente poderoso, en el que podían verter sus historias, ideologías y puntos de vista y narrar las batallas al pueblo, que aún era en su mayoría analfabeta y, por tanto, con predominio de la oralidad. Al igual que los juglares y sus cantares de gesta, en los corridos se construyen los héroes de la contienda y son sus protagonistas tanto Villa o Zapata como Victoriano Huerta o Carranza (Moreno, 1989: 30). De igual manera, a este género debemos la difusión y preservación de historias sobre las batallas, los caballos, las armas, las soldaderas, los héroes y los traidores, todos temas clásicos de la Revolución.

> Con mi treinta-treinta me voy a embarcar / dentro de las filas de la rebelión / si mi sangre piden mi sangre les doy / por los habitantes de nuestra nación (Barreto, 1983, citado en Pérez, 1994: 104).

LOS BAILES DE MÚSICAS CARIBEÑAS COMO BALUARTE IDENTITARIO DE LOS GRUPOS POPULARES

En la década de 1920, en consonancia con los marcados cismas sociales mundiales que marcaban el fin de una época y la llegada de nuevos órdenes (primera guerra mundial, la Revolución rusa, la Revolución mexicana), en México aparecen los salones de baile y se inaugura el Salón México. En Estados Unidos, como consecuencia de la primera guerra mundial, se da un empoderamiento de las mujeres por intermedio del trabajo, ya que ellas debieron suplir los espacios dejados por los hombres en las líneas de trabajo fabriles, lo que llevó a los revolucionarios años veinte en ese país. Surgen nuevos y rápidos ritmos de influencia afro y se crean coreografías con las mismas características para bailarlas, donde prima una gran libertad corporal.

Estas influencias no tardaron en ser adoptadas en México. Se da una liberación de los cuerpos oprimidos durante los pasados siglos, principalmente por la Iglesia y la familia. La Iglesia pierde hegemonía y control sobre los feligreses y sus prácticas corporales. Se consolidan las fiestas populares como los principales rituales laicos que retoman, de las fiestas patronales y

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

la matriz prehispánica, el gusto por el movimiento de los cuerpos, los desvelos y las drogas, pero ahora en un ambiente no religioso.

Desde la década de 1920 se inicia el proceso de creación de la denominada "cultura popular", con la llegada masiva de gente proveniente de las provincias a la capital, que busca vivir toda la modernidad de la capital, con su arquitectura monumental, su vida nocturna, sus bares, cabarets y salones de baile.

> A lo que conocemos como música tropical, desde su origen en Cuba o Colombia o Puerto Rico y su asimilación y éxito sostenido en los demás países latinoamericanos, la élite la califica de inmediato: "corriente eminentemente popular" y localiza los sentimientos que suscita en la zona (difusa y en penumbra) de los "instintos". Te ubiqué para expulsarte: nadie puede entregarse a la vitalidad del instinto sin descender a "lo popular" ("el pueblo carece de educación y control"). Las energías eróticas que desata el baile, las conjura de inmediato la censura. La noción de decencia es el árbol totémico alrededor del cual se mueven las decisiones de reprimir cualquier manifestación espontánea. Se estimulan Zonas de Tolerancia rituales: el salón de baile (bajo control) y el carnaval (cada año). Fuera de ellos, el "abandonarse" a la música tropical es prueba durante muchos años de incontinencia social, de lo que hoy sería la "lumpenización". El ritual sin prestigio y con exigencias. El de las clases populares va a un salón de baile. […] Saber bailar, conocer los nuevos pasos, ser original en el manejo del cuerpo. En esas reglas de juego está contenido, en lo esencial, todo el espacio social de las clases dominantes (Monsiváis, 1978: 104).

En los años veinte, aparejada al fin de la Revolución, se dio una fiebre de baile y con ello se debió crear un nuevo tipo de lugares para bailar. En este momento se inicia un proceso que vemos arribar hasta la actualidad y que cada vez es más dinámico. La aparición cíclica de una interminable producción de géneros musicales y coreográficos, difundidos por los medios masivos de una industria cultural crecientemente poderosa, hasta desgastarlos e iniciar de nuevo el proceso con una nueva sonoridad. "Fueron el fonógrafo y el cinematógrafo los medios que permitieron, como nunca antes se había observado, la rápida exportación de modas musicales y dancísticas a nivel internacional. Después vendría la radio, la sinfonola, la grabadora, la televisión, el video y los actuales medios audiovisuales" (Sevilla, 2000: 96).

Existían múltiples lugares en donde las personas podían bailar, como las "academias y estudios de baile, cantinas, casinos, carpas, cabarets, cen-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

tros sociales, clubs privados, balnearios, frontones, cines, circos, parques, pulquerías, teatros, salones de baile y salones para fiestas". Los lugares se diferenciaban por grupos sociales. Además de estos locales, también se podía bailar al aire libre en las "kermeses, jamaicas, tardeadas, canoas fandangueras, que recorrían el Canal de la Viga". En los salones de baile de la ciudad de México, a mediados de los cincuenta, las corrientes musicales principales eran la afrocaribeña y la afroestadounidense (Sevilla, 2000: 98).

Entre las décadas de 1930 y 1940 emergen de los salones de baile las rumberas y se desplazan a las películas, con manejos y presentaciones corporales inéditas,[4] trajes pegados al cuerpo, amplios escotes y lascivos movimientos de cadera, al son de los ritmos caribes, dentro de un ambiente de recreación del trópico. Este modelo se interioriza en los mexicanos, principalmente de la clase media y popular, que del cine tomaban sus modelos de representación e identidad.[5] Así, el baile caribe, con impúdicos movimientos de cadera, toma la vida cotidiana de las clases populares.

Una vez más, los sectores conservadores reaccionan de la manera previsible y con los mismos argumentos usados siglos antes: "convulsiones lúbricas que envenenan trágicamente las buenas costumbres de aquellas jovencitas que serán posteriormente madres de familia" (*El Universal Ilustrado*, 1926, citado en Sevilla; 2000: 96).

En las vecindades, con la ayuda de todos, se organizaban las fiestas y se recreaban los ambientes de las películas, se buscaban discos de los nuevos ritmos y los jóvenes con guitarras y maracas los interpretaban. La aparición de nuevas tecnologías, como la rocola, la radio, el disco, la vitrola, sólo catalizaron este proceso. De esta manera, el baile se incorpora definitivamente en las celebraciones de los mexicanos, convirtiéndose en piedra angular de la identidad popular. Como parte del proceso de ciudadanización de los habitantes aparece la capacidad de consumir y bailar los nuevos ritmos que la ciudad proveía. Los grupos populares siempre han podido

[4] Se acuña el término "ombligista"; Tongolele es la primera vedette en mostrar el ombligo y es vetada en la televisión.

[5] "…en su conjunto el cine mexicano de un periodo, la Época de Oro del cine mexicano, es cultura popular, porque unifica en sus espectadores la idea básica que tienen de sí mismos y de sus comunidades, y consolida actitudes, géneros de la canción, estilos de habla, lugares comunes del lirismo o la cursilería, las tradiciones a las que la tecnología alza en vilo, 'a todo lo que permite la pantalla'; en suma, todo lo que en un amplio número de casos termina por institucionalizarse en la vida cotidiana" (Monsiváis, 2003: 261).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

tomar los ritmos aristócratas y adaptarlos, eliminándoles los elementos ajenos y así poder expresar en ellos su identidad. Bailar fue una de las principales maneras de liberación para las mujeres urbanas, junto con fumar, uno de los primeros actos liberadores (Dallal, 2000: 206).

La cultura del baile popular permite a las personas pasar del concepto de consumo (pasivo) al de protagonistas. Les permite socializar, moverse, poner en escena lo aprendido en el cine (hoy en la televisión), actuar la ropa, las maneras corporales, las sensualidades y sexualidades. Desplaza del espectáculo al ritual, de espectador a protagonista, es el escenario donde pueden actuar los grupos populares sus identidades, las maneras de ser, de distinguirse, de recrearse.

El baile es el rito laico, la fiesta secular de la familia popular, con todos los elementos de transmisión cultural, de socialización y de aprendizaje. En estos bailes se cultiva y ejercita el arte del "ligue", de la bebida, del movimiento y presentación corporal: baile, ropas, accesorios, peinados, ademanes, gestos. Es un espacio donde el organizador pone en juego su prestigio, que se mide en la capacidad de gasto y en el derroche logrado (en el caso de las fiestas importantes, como los 15 años o las bodas). Se evidencia la fastuosidad popular en el vestir, las mujeres con voluminosos vestidos de coctel de colores fuertes, de telas sintéticas (con algún tipo de piel sobre los hombros, incluso al calor del día). Aparece la matriz gregaria prehispánica, se busca estar en familia y en comunidad, es el espacio para establecer alianzas, reforzar las existentes e incluso solucionar conflictos (entre más gente asista, mejor la fiesta y mayor el prestigio del organizador). Los adultos pueden tomarse unos tragos, bailar un poco, hablar con los familiares y amigos, mientras se acompañan y vigilan las primeras incursiones de las hijas e hijos en los códigos de la fiesta nocturna: las coreografías de baile de conjunto cimientan esta idea comunitaria, en la que todos deben moverse al mismo tiempo y de manera precisa, so pena de romper con la misma.[6]

A finales de los cincuenta, una vez más, los tiempos cambian y con ellos la sociedad y las prácticas culturales. Dos elementos dan la estocada de muerte a los salones de baile. Aparece el rock, el primer género global y que se asocia a un grupo de edad, cambiando completamente el pano-

[6] En las fiestas actuales de sonideros, de 15 años y bodas son infaltables un par de piezas de este estilo. El mejor ejemplo son los bailes de "rodeo", canciones como "Caballo dorado" o "Payaso de rodeo", cuya coreografía exige que el grupo esté absolutamente sincronizado para su feliz desarrollo.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

rama de la vida nocturna de las ciudades. Así, grandes grupos de jóvenes lo adoptan como su música y se retiran de los salones de baile, que les parecen anticuados, propios de sus padres. Con el rock y el establecimiento de su espacio exclusivo y excluyente —la discoteca—, se rompe con la práctica familiar del baile. El rock y su lógica etaria juvenil divide y crea una nueva dinámica de fiestas, en la que los grandes espacios abiertos a todos, con música en vivo, iluminados, que buscan la congregación, que permiten el diálogo y el reconocimiento del otro, son reemplazados por las discotecas, que tienen lógicas contrarias. Los grandes espacios donde encontrarse, donde ser vistos, que se reconocen desde el exterior, se transforman en espacios que buscan separar tajantemente el adentro y el afuera, siendo lo joven la categoría excluyente. La entrada libre a todos se transforma por la figura todopoderosa "del puerta", que decide quiénes pueden entrar y quiénes no, mientras los juzgados se someten a una larga fila para ser evaluados y recibir la autorización del ingreso o la humillación de ser rechazados.

Además, la sociedad vive un momento de conservadurismo. Se busca eliminar de la ciudad las huellas de lo premoderno; los grupos populares que bailan en grandes salones hasta altas horas de la madrugada, en zonas céntricas y visibles, ya no son acordes con los nuevos ideales de modernización, que exigen que los grupos populares sean por lo menos ocultados. Estos paradigmas se materializan en el famoso "regente de hierro". Su política fue ir cerrando, uno a uno, todos los sitios de encuentro y baile popular, mientras que, por otra parte, dio todas las garantías y espacios a los extranjeros y sus novedosos sitios "disco" para las clases media y alta. En los años cincuenta había alrededor de 26 salones de baile; en 1963 quedaban sólo cuatro (Sevilla, 2000: 100).

De repente, los grupos populares se encontraron sin sitios de esparcimiento. Les quitan uno de los pocos espacios de práctica cultural que tenían, esto sumado a que el hacinamiento en colonias y casas, la falta de zonas verdes y espacios deportivos los deja sin ofertas culturales ni lugares de esparcimiento. El único reemplazo y opción que se les brinda es el de ser pasivos televidentes en sus casas. Con la aparición de la televisión se transforman las maneras de diversión de las personas; comienzan a pasar más tiempo en las casas, desestimando la grupalidad callejera. La televisión reemplazó con el tiempo al cine como el principal proveedor para las personas de imaginarios, estereotipos, modelos de identidad. Le brinda a la nueva generación televidente las cosmovisiones y también ayuda a di-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

fundir las músicas y bailes de moda y los manejos corporales "eficaces". De igual manera, comienza a crear nuevos modelos de identidad nacional ("para ser un buen mexicano debes ver el canal 2"). Ante la reducción de espacios y las muy escasas alternativas de recreación cultural para los grupos populares, surgen y se consolidan los muy actuales bailes callejeros con sonidos.

LOS SONIDOS: EL REGRESO A LA CALLE COMO PRINCIPAL LUGAR DE LA FESTIVIDAD Y RITUALIDAD POPULARES

> Esta noche toca el sonido Siboney en el Cerro de la Estrella, en Iztapalapa […] Perla fue quien lo introdujo al mundo de las fiestas sonideras meses atrás, a las noches de humo artificial y coloridas luces que rebotan de un lado a otro, al ritmo de la salsa, son, cumbia, reguetón o guaracha sabrosona […] La pista va de esquina a esquina. El gentío ha ayudado a que los charcos se sequen o se evaporen. La calle retumba con las bocinas. La gente, los mirones, forman círculos en torno a los que saben. Y Perla se las sabe de todas todas. Acá no hay género o preferencia sexual. A nadie le importa, mientras haya acuerdo con los roles de baile: ¿guías o te dejas guiar?, ¿de macho o de vieja? [....] Cuando la música suena los cuerpos se juntan, sudan, se lucen. La cercanía prende las ansias, es promesa de deseos compartidos. En los bailes sonideros las fronteras sociales se borran y las identidades no importan. Tan sólo una habilidad pesa: saber mover los pies. […] Para las dos de la mañana la banda del Cerro de la Estrella ya está excitada: música, baile, cuerpos sudados, alcohol y algo de droga sube los ánimos. El diyéi lo sabe, por eso guarda las rolas más cachondas para esta hora […] En la oscuridad ni se nota quién está con quién […] A las fiestas callejeras asisten, como desde hace años, adolescentes y jóvenes que no tienen acceso a las discotecas, ya sea por sus bajos ingresos o por la política restrictiva que aún priva en esos espacios —el clásico "nos reservamos el derecho de admisión" como manera institucional de discriminar. Las empresas de sonidos les dan a esos sectores, con pocas expectativas de desarrollo económico, social y cultural, una opción de entretenimiento. Ámbito que también sirve para reforzar las relaciones sociales entre los y las adolescentes, expresadas a través del baile y del flirteo. Es en esos espacios al aire libre donde aprenden sobre tolerancia y diluyen momentáneamente las diferencias (Medina, 2006).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

> Recuerda que: Los sonideros son parte de nuestra cultura y forma de vida, desde sus humildes inicios en fiestas particulares, hasta ser reconocidos como embajadores de la música en el extranjero, los sonideros no han modificado en nada su trato con el público, trato que los llevó a ser parte fundamental de una sociedad en donde la música, el baile y la fiesta es parte fundamental de la vida de los mexicanos. Sobreviviendo a las nuevas tecnologías, el sonidero es un elemento sociocultural que se niega a desaparecer (Introducción del sitio <*www.sonideros.com.mx*>).

Los sonideros aparecen hacia finales de la década de 1950 y se toman las calles de las colonias populares de México. Antes de ellos las fiestas eran amenizadas por conjuntos en vivo. Con las nuevas tecnologías, los discos con sonidos de progresiva fidelidad y las bocinas cada vez más potentes, estos personajes terminan convirtiéndose en centrales a la fiesta popular. Ellos se posicionan como radios comunitarias, con programaciones de música caribeña (principalmente cumbia y salsa) que sonaban poco o no tenían cabida en los medios masivos (radio y televisión). Con los años se convirtieron en un lugar de difusión y creación musical *underground*. Las largas canciones de cumbia sonidera no son programables en la radio, muchas canciones y géneros sólo podían ser escuchadas en los sonidos. Además, los sonideros se convierten en personajes al permitir la reunión de los vecinos, al animar la fiesta con su voz y comentarios, al crear un espacio ritual para la expresión comunitaria que los grupos populares habían perdido. El fenómeno de los sonideros en la ciudad de México es de tal magnitud que son unos de los grandes consumidores de discos de orquestas mexicanas. Se dan datos de que en la difusión de un disco en la zona metropolitana las emisoras ayudan con 75%, mientras los sonideros se encargan del resto (Pantoja, 1998: 92).

En los ochenta, junto a la crisis económica y social que afectó sobre todo a los jóvenes, los sonidos dan su gran salto, de las pequeñas fiestas barriales a las grandes instituciones actuales, con marcas masivamente reconocidas y toneladas de equipo. Los sonidos en esta época se convierten en un espacio de identidad para una nueva generación de jóvenes criados en la pobreza, sin servicios públicos, en las periferias de las ciudades y bajo duras condiciones de vida. Así, México, sus ciudades y sus jóvenes se unieron a una realidad mundial: movimientos juveniles similares que despertaron en todas las grandes urbes del mundo como consecuencia de explosiones demográficas que sobrepasaron la capacidad de los

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

estados y evidenciaron la incapacidad de solucionar las mínimas demandas en materia laboral, económica, educativa y de espacios para las nuevas generaciones.

Aparecen con fuerza en la ciudad de México los movimientos *punk* y roquero, de la mano de los sonidos. Estos sonideros se desplazaban por las diversas colonias, haciendo bailar entre mil y tres mil personas. Por esta época la realidad de los jóvenes tiene muy similares elementos en las grandes ciudades del país: grupos deprimidos, música, sonideros, *graffiti*, alcohol, drogas y violencia. Los bailes de sonidos poseen características únicas. Se dan en todas las colonias populares, en donde se cierran las calles con vehículos, cuerdas, piedras, láminas, etc., para celebrar desde fiestas familiares hasta religiosas o bailes de paga. En estos bailes hay posibilidad de entrar con bebidas, de consumir drogas, se establecen libertades que en locales establecidos de baile no se encontrarían. En los bailes se venden boletos con derecho a uno o más saludos del sonidero, lo cual, como otras características de los bailes sonideros actuales, no se encontraban desde el principio, sino que se desarrollaron con los años, en una interacción y creación estética entre los sonideros y su público.

Los bailes sonideros también son espacios de respeto y tolerancia social hacia grupos minoritarios, como los gay, donde el valor primordial de la persona no es su orientación sexual, sino su capacidad dancística; también se han ganado el respeto por vestir bien y lucir un cuerpo sensual. Por ejemplo, el Sonido Dengue de Ecatepec, Estado de México, se introduce así: "aquí llegó el rey del bajo y amante de los jotitos", los gay bailan en el centro de la pista, frente al equipo de sonido, después de un rato un grupo de "machines" les hace un círculo y comienza a sacarlos a bailar, para lucir los mejores pasos y "manosearlos" entre pieza y pieza. Artemio, asiduo del Sonido Dengue, dice: "Los *gays* bailan mejor que las mujeres y los muchachos que se avientan a danzar con nosotros son los mejores bailarines" (Pantoja, 1998: 91).

Los sonideros mexicanos crecieron con los años y lograron superar las fronteras nacionales. Hoy día los sonideros no son esos pequeños personajes del barrio de hace 40 años. Ahora son grandes instituciones, poseen toneladas de equipo que deben transportarse en más de un camión. En muchos casos, sus seguidores suman miles, sus tocadas son éxitos asegurados y casi todos tienen sitios oficiales en internet. Existen ligas para agrupar las diferentes páginas WEB de los sonideros, cuentan con sitios de *chat* espe-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

cializados y funcionan como juglares entre los mexicanos de los dos lados de la frontera. Hoy representan un bastión de la identidad mexicana y latina en territorio estadounidense.

La "cumbia sonidera" es un estilo de cumbia muy popular en el centro de México y entre los mexicanos y latinos en Estados Unidos. La crean los sonideros mezclando música tropical afrocaribeña y cualquier ritmo de moda sobre una cumbia. Su popularidad se debe a lo democrático del sonido, s su movilidad y capacidad de armar una fiesta en cualquier lugar, a bajo precio, así como a la disposición de los sonideros de mandar saludos a las bandas, barrios o individuos que asisten al baile. Las cumbias son usadas como la base musical; son manipuladas acelerándolas o rebajándolas. Encima de las cumbias sueltan las presentaciones grabadas del sonido, los "intros" y los "outros", y montan asimismo pedazos de otras canciones de moda, creando así los "mega cumbia mixes". La otra característica de las cumbias sonideras y que puede sorprender y molestar al público neófito es que la música casi nunca se escucha sola, encima de la canción, cuando no están los pregrabados del sonido, el sonidero está hablando constantemente, animando al público, contando chistes, burlándose de políticos y enviando saludos o mensajes. Los saludos son incluso a veces más importantes que la música para los asistentes.

Esto es tan evidente que los sonidos generalizaron tener un quemador de discos compactos (CD) para que la gente, a la salida del baile, los compre y así conserve el saludo que le envió el sonidero durante el evento. En general, el énfasis de los sonidos está en la cumbia y la salsa, pero incluyen en sus tocadas casi todos los géneros de música de moda, como grupero, reggaeton, rock, etc. Un fenómeno muy reciente, que tiene menos de un lustro, es la entrada de músicos y artistas de clases media y alta a la experimentación con las sonoridades populares, principalmente con la cumbia, la cual mezclan con géneros electrónicos de moda, le introducen conceptos del diseño y del *performance*. Es un ejercicio de exploración de la cultura popular, de las músicas y estéticas consideradas *Kitsch* (para estos grupos "lo naco es chido") para ser mestizadas y reformuladas con sonidos y conceptos más cercanos a ellos, como lo tecno, el *performance* y el arte conceptual. Esto es lo que declara la introducción del Colectivo Súper Cumbia Futurista en internet:

> La Súper Cumbia Futurista es un colectivo de la ciudad de México, que reúne a varios proyectos electro cumbiancheros conformado por: Afrodita, Sonido

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

> Changorama, Amantes del Futuro, Sonido Trucha, Kongatrón y las Rockolas Caníbales, Los Wendys, Sonido Desconocido II, Agrupación Cariño, Esclavos del Hi-Fi, Sonido Laguna Verde y Grupo Chambelán. En realidad, cada uno de los distintos proyectos explora un sonido totalmente personal y desconocido en el terreno de la cumbia y los ritmos tropicales, pero juntos avanzamos hacia el futuro con la búsqueda de nuevos horizontes sonoros y artísticos. El colectivo, además de comprender varios compositores, músicos y productores, es también conformado por diseñadores gráficos, videastas y artistas. El conjunto de todo esto crea así un nexo entre la estética del pasado y una nueva estética que aventamos hacia el futuro, lo que nosotros llamamos la Súper Cumbia Futurista, un espacio Lúdico Mágico Musical Digital que constantemente nos invita a dar rienda suelta a nuestra creatividad (<*www.supercumbiafuturista.com*>).

Un ejemplo de estos proyectos es el Sonido Changorama, formado en 2003 por David Somellera y Zaratustra Vázquez (poetas y videoastas). "Es un grupo sonidero postmexica de cumbia experimental músico-literario, que desde el cinismo reduce la actualidad y la historia de México y el mundo, a un ritmo acompañado de versos profanos, ritmos rituales y eléctricos; entre lo absurdo y el juego. ¡Cumbia y patria!, grita Sonido Changorama" (<*www.supercumbiafuturista.com*>). Al igual que los sonideros, estos jóvenes, quienes tienen un programa radial (Tripulación Kamikaze) que se transmite por Radio UNAM y en la radio de la Universidad Iberoamericana, utilizan la cumbia como una base sobre la que pueden hacer arte, poesía, crítica política y social, dándole un nuevo giro a un género que era rechazado por los grupos de clase media y alta. Se han presentado en múltiples países, tanto en galerías, bienales, como en tocadas.

LOS SONIDOS MEXICANOS EN ESTADOS UNIDOS. UN DESPLAZAMIENTO SIMBÓLICO DE LA FRONTERA

El *New York Times* publica, en el artículo "Bajo el hechizo musical del sonidero", un relato sobre cómo ha crecido este fenómeno en su ciudad. Es interesante ver cómo el fenómeno es muy similar al de las ciudades de México, encontrándose los mismos elementos, pero ahora potenciados por el hecho de ser una minoría al otro lado de la frontera. El más reconocido

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

sonido neuyorkino se llama Potencia Latina, de Fausto Salazar quien antes era cocinero. La población mexicana en Nueva York ha crecido exponencialmente en los últimos años, por lo que los bailes sonideros han encontrado cada vez mayor público. Para estas personas, que en su mayoría pasan su vida de manera oculta en la parte trasera de negocios varios y restaurantes, el espectáculo de luces, música y saludos de los sonideros es muy significativo, ya que en él encuentran un espacio donde ver y ser vistos, donde expresar sus identidades y ser reconocidos por las mismas. Es la contracara de su vida diurna cotidiana, en la que deben pasar inadvertidos, borrar su identidad lo más posible, algunos hasta ser casi invisibles, para poder encajar y así no ser sujetos a deportación, agresión, racismo, etcétera.

La escena musical sonidera es fundamental para los mexicanos en Nueva York, que quieren encontrarse, ver y ser vistos, dentro de un espacio de categoría. Es un momento especial en el que pueden construir y afirmar sus identidades y su poder. En la medida en que los espacios sociales mexicanos aún están creándose, los jóvenes sienten esta carencia y encuentran en los bailes sonideros una de las pocas opciones de reconocimiento y socialización. La muy reciente migración mexicana a la ciudad está entre los grupos más pobres, se incorporan a arduos trabajos con las más bajas pagas, que pueden llegar a ser de hasta dos dólares por hora, de acuerdo con la Asociación de Asistencia y Pro Derechos de los Mexicanos Tepeyac (Ángeles, 2007).

En las noches de fin de semana los jóvenes pagan 20 dólares para entrar en clubes como el Club Karate Center, en Harlem, u otros más establecidos en Queens, como el Club Melao en Astoria o el Club Casino en Woodside. Los sonidos favoritos son Potencia Latina, Caluda, Kumbala y Cóndor. Los saludos se escriben en un papel o se le dicen al oído al sonidero; posteriormente se venden los CD del evento y los videos se hacen más populares cada día, los cuales después son enviados a las familias en México o a otros estados de Estados Unidos. Cathy Ragland, etnomusicóloga estudiosa del fenómeno, dice que "es como hacer una llamada a casa". Para los jóvenes la casa está más cerca que nunca cuando tocan los mejores sonideros mexicanos, como La Changa, junto a los sonidos locales. Rudy Vidals, un jóven sonidero de Nueva York dice que para ellos "cuando se menciona a La Changa es como hablar de Michael Jordan" (Lahiri, 2003).

Alejandro Avilés, sonidero de Kumbala que vive en Queens y llegó a los 15 años procedente de la ciudad de México, plantea que la voz es la clave del éxito del sonidero; se busca que sea profunda, ronca, fuerte

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

y enfática. Él, quien bailó con sonideros en la ciudad de México, se alegra poder darle esta experiencia a la gente en Nueva York, que busca no perder sus tradiciones y que de esta manera se acuerda de casa (Ángeles, 2007).

Estos sonideros méxico-estadounidenses actúan como juglares; ellos consideran que ayudan a las personas a comunicar sus verdaderos sentimientos, sea entre grupos de amigos en la tocada, con familiares en Chicago o una novia en Ciudad Neza, y que por intermedio del poder de sus sonidos los mensajes y sentimientos cruzan el espacio hasta llegar a México. Uno de los gajes más complejos del oficio es manejar los mensajes que se envían las pandillas rivales entre ellas. Robert Smith, autor de *Mexican New York: Transnacional worlds of new immigrants*, plantea cómo muchos sonidos son seguidos por jóvenes inmigrantes, quienes crean a partir de éstos una parte muy importante de su identidad. Las pandillas siguen determinados sonidos y por medio de éstos envían saludos y mensajes a otras pandillas. Por ello, muchos sonideros tienen miedo de tocar en Brooklyn o Queens, pues podrían quedar en medio de una refriega entre pandillas rivales (citado en Lahiri, 2003).

Una vez más, vemos que una de las cosas más apreciadas por los jóvenes son los saludos, ya que por intermedio de éstos los grupos y las personas se sienten reconocidos, siguiendo las lógicas de las sociedades de prestigio antropológicas, según las cuales ser un miembro destacado (un *big man*) es el valor fundamental y último para los jóvenes. Para ellos el saludo muchas veces es más importante que el mismo baile, que la misma música, aun cuando en realidad forma parte de la *Gestalt* de un espacio complejo, denso, de identidad, música, fiesta y baile.

Cathy Ragland (2003) dice que históricamente la religión, en especial la Iglesia católica, ha otorgado el espacio para la reunión y el mantenimiento de prácticas sociales y costumbres a los inmigrantes latinoamericanos en Estados Unidos. Pero en la medida en que las comunidades de inmigrantes han crecido, aparecen redes sociales alternativas en las comunidades locales, para poder adaptarse mejor a la vida fuera de México. El espacio de los bailes es una manera importante de observar cómo las comunidades de inmigrantes pueden transformar el paisaje cultural en Estados Unidos. En el caso de Nueva York y Nueva Jersey, los bailes de sonideros tienen lugar principalmente donde abunda la población de origen mexicano. Los bailes en Nueva York se realizan en clubes pequeños; en Queens y Brooklyn en espacios más amplios.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Los sonideros no son sólo las personas que colocan la música, sino también las que se encargan de muchos otros aspectos del evento. Algunas veces son organizadoras y promotoras del baile, encargándose además del complejo sistema de luces y de las máquinas de humo y efectos especiales. El sonidero basa gran parte de su orgullo, hasta llegar al fetichismo, en su tecnología y en su habilidad de transportar sónicamente a su audiencia, con el fin de hacer escuchar la voz del sonidero más potente, fuerte, sobrehumana (al estilo del Mago de Oz). En este fetichismo tecnológico y en la capacidad de transformación de los sonidos y la voz, en los desplazamientos a estos mundos virtuales creados con la música y los efectos, es donde descansa todo el arte y el prestigio de un sonidero.

Como es lógico, tener la música adecuada es fundamental para estos sonideros y el género favorito es la cumbia, por lo que deben ofrecer los últimos éxitos cumbieros de grupos como Los Ángeles de Charley, Los Ángeles Azules y Los Socios del Ritmo. Es interesante señalar que la música de estas agrupaciones no es transmitida por la radio de México o Estados Unidos, se consigue predominantemente en los tianguis y en el mercado alternativo. Las cumbias sonideras presentan muchas variaciones electrónicas; las canciones tienen un amplio uso del sintetizador, con distorsiones electrónicas en las letras y acentuando el pegajoso ritmo. De igual manera, la duración de las canciones, que llegan a durar más de seis minutos, nos señala que son destinadas para los bailes y no para la radio. Aun cuando las letras de las canciones y las portadas hacen referencia al origen afrocolombiano, los grupos son mexicanos (Ragland, 2003).

Dentro del baile, el sonidero crea un ambiente socioespacial y actúa como la voz de una comunidad desplazada, que traslada sus emociones y atenciones constantemente en una realidad fragmentada del aquí y allá, en este caso Estados Unidos, México y la comunidad latina de Nueva York. El sonidero es la voz autorizada, el piloto de este viaje, de este desplazamiento sonoro; él crea una esfera pública diaspórica. En una presentación en esta ciudad, el sonidero inicia con varios géneros latinos, como salsa, bachata, merengue, para luego pasar a un "intro" que dice: "Bienvenidos a México, bienvenidos a Nueva York". Es entonces cuando el sonidero toca su primera cumbia y el baile realmente comienza (Ragland, 2003). Este ejercicio de construcción simbólica, de acceso a un espacio liminar (donde está bien marcada la entrada y la salida, donde el tiempo y el espacio se flexibilizan y relativizan), que la música logra tan bien, hace que la gente se sienta más cerca de su país. Es un intersticio de aliento dentro de los arduos mundos de vida de los migrantes.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

CONCLUSIONES: DE LOS BAILES COLONIALES MESTIZOS DEL CHUCHUMBÉ A LOS SONIDEROS POSTMEXICAS. ¡CUMBIA Y PATRIA!

En un análisis de la Encuesta Nacional de la Juventud del año 2000, Antonio Guerrero encuentra que los dos grandes bloques de jóvenes divididos por su principal elección musical son los roqueros y los gruperos.[7] Aparecen cada uno con similares números de seguidores (6.6 millones) y, aun cuando ellos se presentan como las antípodas, la realidad es que ambos consumen, en algunos momentos, la música de los otros y pueden adoptar la identidad contrapuesta. Los gruperos dan mayor importancia al baile, lo que los conecta con sus pares y con la localidad, pasan más tiempo en los parques y plazas públicas, mientras que los roqueros dan énfasis a lo audiovisual, estableciendo una mayor relación con lo virtual y lo global. Sin embargo, aun cuando en la discursividad identitaria unos y otros se piensan muy diferentes, la encuesta muestra que tienen mucho más en común de lo que ellos creen (Guerrero, 2004: 78 y 85).

La identidad contemporánea se muestra como un proyecto —como un espacio de trabajo. Más que lo que se es, se resalta lo que se desea —lo que se aspira a— ser: es una elaboración del individuo sobre sí mismo. De esta manera, la responsabilidad en cuanto a la elaboración de la identidad se desplaza del ámbito social al individual, con el inconveniente de que dentro de un nuevo espacio, donde las directrices sociales se difuminan, "el individuo debe enfrentarse a multiplicidad de opciones en una sensación de avalancha, de supermercado identitario, donde es fácil verse abrumado y confundido" (Gleizer: 1997: 18). Nos encontramos, de esta manera, que la identidad se convierte en un dispositivo móvil, formado y transformado continuamente, en relación con las maneras como nosotros nos representamos o nos adscribimos dentro de los sistemas culturales que nos rodean. Es por esto que hablar de un concepto de identidad es cada vez más difícil y un estudio sobre la misma estará determinado por un sinnúmero de variables cruzadas, provenientes de los más diversos sitios del planeta, además de las locales y regionales, conformando una muy compleja ecuación que no puede ser resuelta con facilidad.

[7] Dentro de la categoría eminente comercial y reduccionista de lo "grupero" estarían enmarcadas las prácticas de baile popular afrocaribeño, entre las cuales la cumbia ocupa un lugar privilegiado.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Debemos entender la música como una construcción social, en la que se da una "articulación" entre la vivencia de las personas y la música. Siguiendo esta idea articulatoria, la música es un lugar ideal para el establecimiento de las identidades, ya que en su relación con el cuerpo, con las múltiples vivencias relacionadas con ella, en su elaboración y "performatividad", condensa una multiplicidad de mensajes susceptibles de ser reelaborados y utilizados diferencialmente en la construcción identitaria. La música en sus múltiples mensajes provoca diversas interpelaciones que mueven y conmueven a los individuos y que les permite crear geografías morales. Tiene diferentes maneras de aproximación a cada individuo, por lo que la música siempre ha estado estrechamente vinculada a las identidades. Las letras de las canciones emiten un mensaje, mientras que la rítmica se integra a los movimientos corporales. La multiplicidad de vías mediante las cuales interactúan las personas y la música permite que ésta sea un elemento central en la construcción identitaria. La letra de la canción emite un mensaje, otro lo lleva el ritmo y la melodía, a lo que se suma el sentimiento con el que el grupo o cantante lo interpreta y la forma en que lo expresa a su público.

Este rápido recorrido histórico de la relación de la música y el baile con las identidades mexicanas, contrastado con las prácticas contemporáneas, es una invitación a superar y ver más allá de la superficialidad de los purismos, los arquetipos y los cuadros nacionalistas bucólicos, establecidos definitivamente para el primer centenario de la Independencia. Si desde este momento nos desplazamos un siglo hacia atrás, hasta los inicios de la nación independiente, y otro hacia adelante, hasta la época actual, veremos que si bien los ritmos y las maneras de presentar y mover el cuerpo han cambiando, junto con los valores y las libertades ganadas, en el fondo los procesos en su estructura son muy similares. Desde los tiempos de la Independencia, la nación mexicana ha tenido influencias musicales permeadas por lo afrocaribeño, como es el caso del chuchumbé, los jarabes y los sones del país. De hecho, todos los géneros musicales y bailes que posteriormente se convertirán en los fortines del nacionalismo y regionalismo en América Latina, tienen orígenes comunes e influencias cruzadas: el mestizaje de las culturas americanas prehispánicas, con las europeas y africanas.

Mestizaje e influencias que no se han detenido nunca y se evidencian en fenómenos actuales, como el hecho de que uno de los modelos más importantes en las identidades populares mexicanas tenga en su base las músicas afrocaribeñas, tanto en el territorio nacional como para los mexi-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

canos en Estados Unidos. Al mismo tiempo, la música nacional y los estereotipos de mexicanidad transportados por las películas de la Época de Oro tienen influencia, hoy en día, en los diversos modelos de identidad nacional latinoamericana. Son oleadas de influencias cruzadas y múltiples que van y vienen incesantemente, ayudando a construir los imaginarios identitarios. Encontramos que aun cuando buscamos presentarnos como diferentes, especiales y únicos en el fondo poseemos influencias cruzadas con los otros y estamos unidos por la historia común, como el mestizaje y la colonización.

La música popular es uno de los espacios privilegiados para construir y marcar derroteros de la cultura; aun cuando ha sido profusamente usada por los nacionalismos, está por encima de las concepciones de lo propio y lo ajeno, de los purismos, del folclore, siendo anterior y posterior a las conceptualizaciones de fronteras y de Estado-nación. La música muestra la posibilidad de mantener la idea de unidad local, de grupo específico, permite la expresión de la mexicanidad, pero al mismo tiempo sintiéndose parte de colectivos más amplios, como Latinoamérica. La música, al igual que el cine, el arte, la literatura, es un medio de expresión inherente a los grupos humanos. Por medio de la música los grupos construyen sus identidades, revalúan sus pertenencias "desafiando los conceptos estáticos de cultura, nación y territorio" (López, 2003: 191).

Siguiendo la herencia más étnica, de cultos comunitarios, de preeminencia del colectivo sobre el individuo y de "sociedades de prestigio", de la propia cultura popular, algunos músicos y los sonideros envían los muy valorados "saludos", durante los bailes para vender los discos con éstos incluidos, al final de la presentación. Este disco tiene mucha demanda y suele ser enviado a familiares o amigos, por su poder simbólico. En estos bailes sonideros logran expresarse, reunirse y resemantizar sus mundos de vida, así sea por un breve espacio ritual. Son los nuevos rituales de revitalización de los lazos sociales y reforzamiento de la comunidad, con una lógica festiva.

Frente a un proceso progresivamente excluyente, la manera de dar respuesta a este desafío, por parte de los grupos populares y los jóvenes, es por medio de la relación que se establece entre la música y el cuerpo. Esto se evidencia en los movimientos corporales, en las maneras de bailar y en la presentación general del cuerpo, en el estilo y colores de la vestimenta, en los atavíos y los peinados. El baile es un espacio donde se pueden retar y romper las restricciones del poder, sea éste encarnado por

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

funcionarios virreinales, la Iglesia, las dictaduras, la familia, el Estado o el patriarcado.

Desde la interpelación de la música caribeña se rompen y se retan las normativas sociales, estéticas y kinésicas, se trastorna la regulación temporal que busca optimizar el trabajo y la producción, se logra una liberación corporal y sexual. Los grupos populares crearon, por intermedio de las fiestas, espacios de comunicación. En estos bailes se establecen y expresan maneras de ver el mundo, produciendo una respuesta corporal, hedonista. Además, las letras de las canciones, las intervenciones y comentarios de los sonideros, y los saludos representan un medio de comunicación muy poderoso para los grupos populares, que tienen espacios muy restringidos.

Los grupos populares siempre han bailado y lo han hecho en la calle; no deben olvidarse las posadas, los carnavales y las fiestas religiosas patronales de cada pueblo o barrio. Los sonideros simplemente suman un eslabón más a la muy mexicana tradición del baile popular callejero, a esta cultura del uso colectivo de los espacios públicos. Las inercias generadas por los medios masivos de comunicación y la cultura del consumo conducen a la fragmentación y el individualismo; se han erosionado algunos de los tradicionales espacios de socialización. Por ejemplo, se realizó un desplazamiento de la comunidad, de la sala de cine a la película vista en casa y a la televisión. Más aún, se cambia la televisión familiar, en la sala del hogar, por la personal en cada cuarto; así cada miembro ve lo que desea. La internet propicia el manejo de las relaciones sociales de manera virtual: tienes cientos de amigos en los chats y en plataformas como *MySpace* o *Facebook*, pero ello a expensas de la interacción física con los mismos, ya que frente a la computadora estás solo.

La música y el baile popular rompen —y están a contracorriente— con esta inercia individualizante contemporánea. Sus lógicas profundas no se han erosionado con las modernas tecnologías e ideologías; la ritualidad del encuentro comunitario se mantiene a lo largo de los siglos. Escuchar conjuntamente la música y bailarla construye y mantiene las identidades colectivas y las comunidades mismas.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

REFERENCIAS

Aguirre, H. (comp.), 1976. *Lírica festiva de Tlacotalpan*. Tlacotalpan, Museo "Salvador Fernando".

Ángeles, M.A., 2007. A Mexican *sonidero* shouts out. A young DJ delivers a homegrown tradition to New York Mexicans, one of the city's hardest-pressed immigrant groups, en <*http://www.hispanicmpr.com/resources/articles/a-mexican-sonidero-shouts-out/*>.

Barreto, C., 1983. *Los corridos de Marciano Silva*. Cuernavaca, INAH-Gobierno del Estado de Morelos.

Benítez, F., 1980. El western de la Colonia, *Revista Universidad de México*.

Campos, R., 1929. *El floklore literario de México*. México, Secretaría de Educación Pública.

Dallal, A., 2000. *El "dancing" mexicano*. México, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM.

El Universal Ilustrado, 1926 (465): 8 de abril.

Frith, S., 1998. *Performing Rites. On the Value of Popular Music*. Cambridge, Harvard University Press.

Gleizer, M., 1997. *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*. México, Flacso.

Guerrero, A., 2004. Rockeros y gruperos, presentación a partir de la Encuesta Nacional de Juventud 2000, en: *Jóvenes. Revista de Estudios Sobre la Juventud* **8** (21): 76- 87.

Hanna, J., 1980. *To Dance is Human. A Theory of Nonverbal Communication*. Austin y Londres, University of Texas Press.

Lahiri, T., 2003. Under the musical spell of the *sonidero*, *New York Times*, 22 de noviembre, en <*www.nytimes.com*>.

López, L., 2003. *Encuentros sincopados. El Caribe contemporáneo a través de sus prácticas musicales*. México, Siglo XXI.

Medina, A., 2006. Luz y sonido, crónica de un cuerpo sexuado, *Letras*, suplemento mensual de *La Jornada* (121): 6-7, 3 de agosto.

Mendoza, V., 1956. *Panorama de la música tradicional de México*. México, UNAM.

Monsiváis, C., 1978. Notas sobre cultura popular en México, *Latin American Perspectives* **5** (1): 98-118.

Monsiváis, C., 2003. Función corrida. (El cine mexicano y la cultura popular urbana) en J.M. Valenzuela (coord.), *Los estudios culturales en México*. México, CNCA-Fondo de Cultura Económica, pp. 261- 295.

Moreno Rivas, Y., 1989 [1979]. *Historia de la música popular mexicana*. México, Alianza Editores-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Pantoja, J., 1998. La música siempre mueve multitudes. En busca de pistas para la historia de la música popular. *Jóvenes: Revista de Estudios sobre Juventud* **2** (6): 84-93.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Patronato Eclesiástico, 1766. *Protesta de la Iglesia por el Chuchumbé*. Veracruz, 26 de agosto de 1766. AGN, Serie Inquisición, f. 298.

Pérez, R., 1994. *Estampas del nacionalismo popular mexicano. Ensayos sobre cultura popular y nacionalismo*. México, CIESAS.

Ragland, C., 2003. Mexican deejays and the transnational space of youth dances in New York and New Jersey, *Journal of the Society for Ethnomusicology* **47** (3): 338-354.

Ramos, M., 1979. *La danza en México durante la época colonial*. La Habana, Casa de las Américas.

Sánchez, J., 1998. *Bailes y sones deshonestos en la Nueva España*. Veracruz, Instituto Veracruzano de Cultura (Cuadernos de Cultura Popular).

Sevilla, A., 2000. El baile y la cultura global, *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales* (57): 89-107.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

EL COLEGIO DE MÉXICO
70 AÑOS 1940-2010

13
LA INVENCIÓN DEL INTELECTUAL EN MÉXICO*

*Guillermo Zermeño***

CONTENIDO

Introducción 380
Preliminares metodológicos e hipótesis 382
El intelectual y su historiografía 384
La invención del intelectual en México: génesis y evolución 387
Génesis, 387; Mito y diferenciación, 391
Una mirada al pasado reciente 396
Referencias 400

* La primera versión de este ensayo se publicó como "El concepto intelectual en Hispanoamérica: génesis y evolución" (Zermeño, 2003).

** Profesor-investigador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México: <*gmoz@colmex.mx*>.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

INTRODUCCIÓN

Diversas teorías y aproximaciones sociológicas al tema del intelectual dejan ver que, *strictu senso*, se trata de un fenómeno sociocultural propio del siglo XX. Asimismo, el interés en la historia intelectual o de las ideas en el siglo XX acompaña la aparición y evolución de la figura del intelectual.[1] De ello dan testimonio las obras de Gramsci, Mannheim, Bourdieu, Bobbio, Coser, entre otros. En buena parte, estos autores han ofrecido los marcos conceptuales para intentar definir el fenómeno e incluso han servido de apoyo para su aplicación a otros periodos recientes o remotos, como la Edad Media (Le Goff, 1986). Parece entonces incuestionable que, si hacemos caso al uso del vocablo "intelectual", su historia pertenece específicamente al siglo XX.

La transformación del intelectual en un concepto abstracto y en un lugar común cobra evidencia, además, cuando concita a la sociología crítica para llegar a una definición acerca de quién y qué es un intelectual (Coser, 1968; Marsal, 1970; Careaga, 1982). El intento sociológico de este empeño fue realizado para México por Roderic A. Camp (1988). Desde entonces, sin llegar a un acuerdo convincente acerca de lo que se esconde detrás del concepto "intelectual", el vocablo sigue siendo utilizado indistintamente para toda clase de retrospectivas o aplicaciones y sigue designando a un pequeño grupo que funciona como un grupo de presión en el ámbito de la opinión pública. Incluso habría quienes, no sin razón, describen el accionar de esta comunidad intelectual como un monopolio —al lado de otros muchos, incluido el de los *mass media*—, debido a la "inexistencia de una meritocracia" en su interior (Castañeda y Rodríguez, 2008).[2]

Una manera de clarificar su estatuto y evolución consiste en someter el vocablo "intelectual" al análisis histórico. Esta tarea ha sido realizada parcialmente por quienes se han ocupado de la historia de las ideas, la vida intelectual o cultural. Bajo estas denominaciones se oculta un territorio accidentado y equívoco, que conduce hasta el uso indiscriminado del término "historia de las mentalidades", que no se sustrae a la tentación de incluir en su elenco hasta la historia del cuerpo o de la vida cotidiana. Esta

[1] Por ejemplo, Robert A. Potash (1961: 386, n. 3) destaca el desarrollo de la nueva historia intelectual, "la más joven de los "vástagos de Clío" que se suma a los logros de la historia económica, social, cultural, regional y diplomática.

[2] En esta dirección se puede consultar el estudio de Martha Zapata Galindo (2006), hecho a partir de las coordenadas teóricas de la sociología de Pierre Bourdieu, el cual parte de una muestra representativa de "500 intelectuales".

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

confusión semántica solamente confirma la necesidad de hacer ingresar el análisis histórico al análisis de esta clase de fenómenos.

Dentro de esta problemática nos interesa destacar la contribución de la *Begriffsgeschichte*[3] para iluminar la relación que puede haber entre los usos del lenguaje y el mundo histórico, en nuestro caso el uso del vocablo "intelectual" y las condiciones sociohistóricas que hicieron posible su emergencia y convalidación. En este enfoque, dicho sea de paso, el significado de cualquier término es siempre relativo a los espacios de comunicación en los que es utilizado. Así, un término como "intelectual", plenamente identificado y diseminado a fines del siglo XX, deja ver su multiplicidad de sentidos al ser observado con esta metodología. Funciona, además, como un dispositivo que permite, dentro de lo posible, asumir un mayor control sobre el uso de las palabras en la investigación histórica y evitar anacronismos frecuentes tanto en los trabajos del sociólogo como del historiador.

Es común en la historiografía utilizar nociones propias de nuestro presente para describir y explicar situaciones ajenas. En estos casos la tendencia general consiste en dar por sentado lo que debe ser explicado y que constituye propiamente el arranque de cualquier investigación histórica. Salvo contadas excepciones, este problema se vislumbra fácilmente cuando se trata del "intelectual hispanoamericano" (por ejemplo, Cockcroft, 1971; Camp, 1988). En ese sentido, el enfoque de la *Begriffsgeschichte* permite identificar las variaciones que ocurren en la evolución de un mismo término, sin descuidar el contexto sociológico de su aparición. De esa manera se evita caer en el "nominalismo", por un lado y, por el otro, se escapa a la tentación de ver y utilizar las palabras como si fueran esencias.

Antes de proseguir, quisiera señalar algunas de las limitaciones en las que se inscribe este ensayo. Resulta una ambición desmedida intentar hacer la historia del concepto en el ámbito latinoamericano, al revelarnos un área de estudio de gran complejidad y diversidad cultural como, por ejemplo, la región del Caribe y el subcontinente brasileño. Incluso al referirnos a Hispanoamérica como una unidad cultural, deberíamos reparar con mayor atención en los rasgos distintivos de cada una de sus partes para no caer en generalizaciones fáciles. "Hispanoamérica" es un concepto que requeriría a su vez escribir su propia historia. Así, con base en cierta bibliografía reciente aspiraría a trazar algunos lineamientos para observar la formación

[3] Para profundizar en este enfoque véase la magnífica introducción de José Luis Villacañas y Faustino Oncina (1997). Véase también Bödecker, 2002.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

del campo intelectual en el México del siglo XX y, dentro de lo posible, ofrecer una explicación de su perdurabilidad, no obstante la crisis actual del régimen político conocido como la "Revolución mexicana", a la que aquél se debe en primer lugar en muchos aspectos, aunque no exclusivamente.[4]

PRELIMINARES METODOLÓGICOS E HIPÓTESIS

Actualmente, el vocablo "intelectual" puede utilizarse como predicado, así como para tipificar a un grupo o clase. Este uso indiferenciado se presenta tanto en los ámbitos cultos o letrados como en los académicos. En cambio el concepto "intelectual" contiene un mayor grado de abstracción al referirse a procesos sociales en los que una determinada constelación del saber colectivo fue transformada.[5] Así, se trataría de observar los desplazamientos semánticos del vocablo hasta su convalidación como un concepto generalizado socialmente.

A grandes rasgos, puede afirmarse que el término "intelectual" forma parte del léxico hispanoamericano ya hacia finales del siglo XIX. Sin embargo, su incorporación como un concepto generalizado sólo cobra evidencia hasta la década de 1920. Algunas polémicas llevadas a cabo entre los mismos "intelectuales" jugarán un papel central en el proceso de confirmación y estabilización conceptual del término "intelectual".

Es verdad que en la historia del vocablo pueden advertirse algunos rasgos subyacentes del antiguo *philosophe* de la Ilustración. No obstante, la aparición y evolución del "intelectual" obedece más bien a un periodo en el que la sociedad industrial europea experimentó una expansión considerable tanto en el continente como en ultramar. También es cierto, como lo

[4] No "exclusivamente", porque la aparición de esta figura se debe principalmente al funcionamiento de los medios de masas de un país. En la medida en que este funcionamiento esté condicionado también por la política, en ese grado lo será también el funcionamiento y grado de autonomía de los llamados "intelectuales". *Grosso modo*, pueden distinguirse tres tipos de sistemas políticos: "totalitarios", "autoritarios" y "liberal-democráticos". El funcionamiento del "intelectual mexicano" cabría dentro de la segunda tipología. Un estudio general muy provechoso sobre el funcionamiento de los *mass media* en México es el de Bohmann (1944), mientras que Mendiola y Zermeño (1995) presentan un ensayo exploratorio sobre las relaciones entre sistema político y sistema de información relacionado con el discurso histórico.

5 Aquí sigo las pistas abiertas de manera brillante por el estudio de Gumbrecht, 2002.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

indica Gumbrecht, que el fenómeno de la Ilustración y su significado histórico se iluminan si se realiza el estudio histórico de términos como *philosophe* y *philosophie* (Gumbrecht, 2002; Zermeño, 2002). De manera análoga, podemos decir que al emerger el término "intelectual" a fines del siglo XIX, los términos *philosophe* y *philosophie* propios de la Ilustración ya se habían vaciado de su contenido original. De hecho, nuevas configuraciones sociopolíticas habían dado lugar a que, dentro de la filosofía positivista, se esbozara la figura de los *savants* (Comte), la cual designaba una figura que se movía como una especie de intermediación o enlace cultural entre la industria y la ciencia, por un lado, y entre la ciencia y la política, por el otro. Igualmente, poco después de la emergencia del término "intelectual" a fines del siglo antepasado se muestra la disolución del "sabio" positivista en una multiplicidad de sentidos: creadores, inventores, artistas y científicos.

Por lo tanto, nuestra hipótesis es que el "antiguo régimen" preindustrial hispanoamericano (con o sin revolución social) generó las condiciones necesarias para la aparición y desarrollo de un nuevo tipo de "sabio", enmarcado por la creación de un espacio comunicativo propio. El ocaso relativo de la filosofía positivista coincidió con la declinación de las "funciones públicas" de grupos establecidos en el gobierno y la emergencia de una nueva esfera de opinión pública, enfocada en convertirse en la conciencia moral de la sociedad. Así como en el periodo preindustrial se asignó a los "filósofos" el papel de cuestionar el viejo inventario de saber colectivo y de constituir uno nuevo, del mismo modo en el siglo XX se asignó al "intelectual" el papel de conformar un nuevo saber "crítico".

En la formación del concepto "intelectual" en México jugaron un papel de gran importancia los pronunciamientos y reflexiones de los mismos "intelectuales", como Pedro Henríquez Ureña (1962), Alfonso Reyes (1962), Manuel Gómez Morín (1927), José Vasconcelos (1962b) y Octavio Paz (1972). Algunos de sus textos, como veremos, dieron inicio a un tipo de comunicación centrada en ellos mismos, originando propiamente la formación de la nueva configuración sociocultural del "intelectual".

Este proceso podría describirse de la siguiente manera. En un primer momento, la identidad del intelectual se realiza a partir de la diferenciación con la generación anterior. Señala un acto de separación entre un "nosotros" y aquellos "que nos antecedieron". Su relato sigue un curso progresivo longitudinal. Sin embargo, dentro de esta construcción narrativa pueden advertirse cortes transversales que irán conformando un tipo de estructura comunicativa recursiva y que darán pie propiamente a la formación del

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

campo intelectual, constituido a partir de la confrontación entre diversos bandos o fuerzas intelectuales. El resultado de este proceso se expresó en una creciente diferenciación sociopolítica, por ejemplo, entre derechas e izquierdas, simetría que a partir de 1980 tenderá a debilitarse, aunque, como bien se sabe, será revitalizada durante el lapso de la reciente "transición a la democracia" o fin del sistema de partido de Estado (véase, por ejemplo, Bartra, 1986). Mientras el corte longitudinal se estructura a partir de la diferencia entre el pasado y el presente, el transversal o sincrónico se realiza de manera proyectiva en dirección del futuro. Así, en la formación del campo intelectual la dimensión histórica está casi siempre presente.

EL INTELECTUAL Y SU HISTORIOGRAFÍA

La bibliografía sociológica e histórica sobre los intelectuales comienza a desarrollarse hacia la década de 1960. El texto de Octavio Paz (*El laberinto de la soledad*, 1950) señala probablemente el término de una primera fase que da pie a la producción académica sobre los intelectuales. A diferencia del periodo que culmina en el Paz de 1950 (alimentado a partir de sus propios textos y en términos generacionales), el periodo posterior convierte al intelectual en un objeto de análisis histórico y sociológico. Los intelectuales, como fenómeno sociocultural, se ofrecen a la mirada del investigador como un nuevo tipo o espécimen.

De manera incipiente, pero cada vez con mayor insistencia, los sociólogos e historiadores reforzaron (y en muchos casos su estudio significó la vía de acceso para ser considerados también como "intelectuales") la formación del campo intelectual, a la vez que se vieron afectados por éste. Algunos ejemplos son: Mendoza Díez (1962), Marsal (1970), Careaga (1982), Krauze (1976), Monsiváis (2002), Brunner y Flisfish (1983), Camp (1988; con Hale y Vázquez, 1991), Lempériere (1992), Miller (1999), Zapata (2006). A partir de enfoques sociológicos, ideográficos o histórico-biográficos y por diversos motivos, el intelectual hispanoamericano ha sido desde entonces un tema de estudio creciente. Los aspectos que han dominado la atención son: *i*] la cuestión acerca del impacto y papel social del intelectual, y *ii*] su grado de autonomía política con respecto al Estado y la Iglesia. En torno a estos temas han coincidido básicamente dos enfoques: el "liberal", que enfatiza los rasgos y la capacidad individuales para crear ideas e influir socialmente (caudillos o empresarios culturales) y el "socia-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

lista" o sistémico, de corte gramsciano (Gramsci, 1986) o vinculado a Bourdieu, que desplaza el punto de observación de los intelectuales a las relaciones de poder instauradas en una sociedad.[6]

En relación con el enfoque histórico conceptual, entre los estudios históricos sobre intelectuales en México y en Hispanoamérica sobresalen el de Enrique Krauze (1976: 147-148) y el más reciente de Nicola Miller (1999). Krauze observa el fenómeno a partir de la distinción "pensador/actor", propia del siglo XIX, y la emergencia de un nuevo tipo personificado por Henríquez Ureña, entre otros. El trabajo de Miller, en cambio, hace un mayor hincapié en la necesidad de atender al uso de las palabras. Así, señala que el vocablo "intelectual" es tratado como una palabra que tiene su propia historia, en lugar de hacerlo como un término genérico. De tal modo que el uso de la palabra sólo es la ocasión para determinar la circunstancia en la cual la idea del intelectual cobra vigencia en México. Coincidimos, como aparece en casi todos los estudios, en que su primera aparición tuvo lugar poco después del caso Dreyfus (Manifiesto de 1898), que popularizó el término en Francia. También estamos de acuerdo en la necesidad de distinguir en algunos rubros las particularidades de su uso en Francia y en Hispanoamérica.

En efecto, bajo la impronta de la filosofía positivista la aparición del término "intelectual" obedeció a la necesidad de neutralizar la tendencia a la especialización en el campo de la ciencia. El intelectual emergente reclamará para sí mismo, entonces, el desarrollo de un nuevo tipo de crítica y de autoridad moral. Desde la perspectiva del especialista, este intento será tachado de diletantismo o de humanismo vacuo. Sin embargo, existe un aspecto nodal que parece separar a Francia de Hispanoamérica: la relación que han establecido con su propia tradición intelectual. Mientras que el intelectual francés se remonta de manera natural al periodo de la *philosophie* de la Ilustración para identificarlo como el precedente de un saber crítico, cosmopolita y universal, el intelectual hispanoamericano, en cambio, parece no encontrar dentro de su tradición un precedente similar.[7] En conse-

[6] Basados en el llamado método de las generaciones (Krauze, Camp) o en la distinción entre cultura de élites y cultura de masas o popular (Monsiváis, 2002; Cockcroft, 1971; Córdova, 1973).

[7] Al respecto véase Paz, 1987a. Esto no obsta para que, en el marco del desarrollo de la historia de las ideas, a partir de 1940, prospere en México la construcción del "eslabón" perdido de una Ilustración vinculada al periodo novohispano en el campo de la ciencia y de la filosofía.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

cuencia, se piensa en la necesidad de inventarse una "tradición". Así, por ejemplo Octavio Paz se identificará en pleno siglo XX con el romanticismo y con la tradición crítica de la Ilustración francesa (Paz, 1987b).

La fabricación de esta tradición toma cuerpo al discutir los intelectuales hispanoamericanos su relación con el pasado cultural representado por España. La palabra "España" adquiere una connotación profundamente ambigua. "España" es considerada como una forma en la cual la tradición de philosophie es inexistente o es insuficiente como para legitimar su presencia como una genuina "república de las letras". Es probable que la percepción de esa "ausencia" explique la insistencia de la generación de Paz en la idea de ruptura con la generación anterior como para poder legitimar su nueva presencia. Al no encontrar a sus "precursores" en la philosophie, sus protagonistas se convertirán automáticamente en principio y fundamento de la nueva tradición "ilustrada" y en la explicación de ellos mismos. Se concebirán a sí mismos como la generación de la ruptura o representación inaugural de la tradición ilustrada ausente en la historia hispanoamericana. Quizá por esa razón su emergencia se asocie con un gesto profundamente modernista en el sentido de que con ellos estaba llegando al fin la modernidad intelectual a Hispanoamérica.

Así, se puede estar de acuerdo en que la adopción de la palabra "intelectual" en las primeras décadas del siglo XX en Hispanoamérica es el síntoma de una carencia de *philosophie*. Pero, al mismo tiempo, no pueden soslayarse las presiones sociales surgidas desde el ámbito de las revoluciones técnicas e industriales de la época. En ese sentido, la resonancia en Hispanoamérica de una idea surgida en Francia es dependiente, no tanto de una "naciente y refulgente modernidad", sino más bien de la modernización de los medios de impresión y difusión de las ideas.

Como ya se sugirió antes, la palabra "intelectual" sustituye a la del "pensador", fraguada durante el siglo XIX. El pensador latinoamericano, englobado en la figura de Simón Bolívar, es simultáneamente un hombre de acción y de pensamiento. Son individuos que se conciben a sí mismos como constructores de la nación en proceso. En cambio, el intelectual se define en principio como un hombre de letras y de cultura que remeda a la época del humanismo y, sólo posteriormente y según las circunstancias políticas, se podrá concebir como un hombre que puede tener influencia social y política. Alrededor de la bipolaridad entre contemplación y activismo, se tejerá la trama de la historia de los intelectuales en el siglo XX. Alejado o en una relación ambivalente respecto de las

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

viejas glorias de la Ilustración francesa, deberá entonces construir su propio mito, su propia tradición. Sin poder encontrar del todo en la cultura hispánica del siglo XVIII el eslabón que lo vincule con un tipo de saber universalista no fragmentado, el intelectual del siglo XX (una figura sin historia) tendrá que construirse su propia historia. El uso del término no encuentra asidero en el pasado, de tal modo que se despliega como un nuevo rol que no existió antes. La pregunta entonces es: ¿cómo inventó su propio "mito"?

La respuesta provisional es que lo hizo a partir de tres desplazamientos interrelacionados: *a*] en relación con la tradición inmediata anterior (crítica de los "científicos"); *b*] a partir de las distinciones ocurridas en el mismo campo, y *c*] en relación con los usos de la historia.[8]

LA INVENCIÓN DEL INTELECTUAL EN MÉXICO: GÉNESIS Y EVOLUCIÓN

Génesis

No existe necesariamente una relación directa entre la aparición del intelectual en Francia (caso Dreyfus) y su desarrollo en América Latina. El caso Dreyfus refiere a una situación específica francesa (Charle, 1990; 2000). Sus raíces en nuestro medio podrían remitirnos más bien a un hecho filosófico de mayor amplitud. Quizá el peruano Francisco García Calderón nos ayude a comprender su aparición, si lo relacionamos con lo que denomina "La crisis moderna de la moral", en cuyo texto de 1907 aparece la evocación de una "*élite* intelectual" francesa "preocupada por el problema moral y educativo" reunida en "libre colegio, especie de academia platónica, para

[8] En un primer momento no aparecen los *philosophes* franceses; su lugar estará ocupado primeramente por la Ilustración romántica, personificada por Kant, Goethe, Humboldt, hasta que se conviertan en la base para la construcción de una Ilustración que se remonta a las reformas borbónicas y a la aparición de los ilustrados hispanoamericanos. En Potash (1961: 391-392) se menciona que el periodo colonial, en especial el siglo XVIII, fue el que ocupó el mayor interés de la "nueva historia intelectual", quizá, dice, por el anhelo de descubrir "el *ethos* nacional de la cultura mexicana". De los autores, añade, han llamado más la atención "los hombres que unían la acción al pensamiento, pero no el "pensador aislado, si tal tipo existió". Sobre la recepción de Goethe en México véase Reyes: "¿Cómo poner sitio al grande abuelo? Por todas partes a un tiempo nos asalta y nos sobresalta", remata Reyes su homenaje y admiración por Goethe (Reyes, 1954: 171).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

discutir y afirmar nuevas direcciones éticas y pedagógicas" (García Calderón, 1907a: 179).[9] En consonancia con la generación de Vasconcelos y la formación del Ateneo de la Juventud en México (1909), García Calderón habla en 1905 de "La nueva generación intelectual del Perú" ante un público chileno. Durante la primera década del siglo XX el término "intelectual" no ocupa todavía un lugar sustantivo. Se predica su uso en relación con las generaciones y con la necesidad de establecer vínculos latinoamericanos por medio de "la inteligencia". Son dos aspectos que serán también muy relevantes en la obra de los ateneístas mexicanos que difundirán por todo el continente bajo la aureola de la "Revolución mexicana".

Hay que precaverse de querer establecer nexos causales directos entre la aparición de esta nueva figura heroica —el intelectual hispanoamericano— y los procesos revolucionarios en el continente. Es verdad que las revoluciones intentarán integrar al "intelectual" como un elemento constitutivo del mismo proceso revolucionario. Pero, a diferencia de Cockcroft, pensamos más bien que no hay una relación inmediata entre la Revolución y el surgimiento del intelectual hispanoamericano.

Es verdad que en el horizonte se dibujan dos figuras identificadas como precursoras de este movimiento intelectual ligado fundamentalmente a la "palabra escrita". De un lado, el uruguayo José Antonio Rodó y, del otro, el nicaragüense Rubén Darío. Estas dos personalidades hacen del retiro del mundo y del cultivo de la forma y del estilo un fin en sí mismo; ponen en juego, en ese sentido, el fondo de la forma del intelectual de nuevo cuño. Realizado este doble movimiento de aislamiento y cultivo de la forma, protegidos por la sombra de los ateneos y parnasos, se procederá luego a cumplir la función de iluminación y servir de guías espirituales para hacer que prevalezcan en la sociedad, antes que nada, la inteligencia, "la idea pura". Se trata de dos motivos románticos que recuerdan a Herder, pero que cobran nueva vida sobre todo bajo la figura de Goethe, quien ha hecho arder, en palabras de Reyes (1954), el fuego "en toda la línea". El recurso a estos pensadores alemanes alienta la necesidad de desarrollar un lenguaje propio, no subordinado al determinismo racial fomentado en la vertiente extranjera anglosajona. Crea las condiciones para la búsqueda de las esencias hispanoamericanas inscritas en el cuidado del lenguaje, en la pureza de lo propio.

[9] Una manifestación de este espíritu moralizador del Ateneo mexicano en los comienzos de la década de los veinte se encuentra en Reyes, 1994.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

La emergencia de esta figura en el *Ariel* de Rodó, celebrada por ejemplo en la prosa de Pedro Henríquez Ureña en 1910, se desenvuelve paralelamente a los acontecimientos políticos y científicos (Henríquez, 1925; 1962). No es casual que se apele al regreso del "humanismo", en contra del predominio del cientificismo positivista. Las vías política e intelectual se entrecruzan en México solamente hasta poco después del derrumbe del régimen porfirista, en junio de 1911. Sólo hasta después de esa instancia se trazará la lucha en torno a quiénes son los verdaderos precursores intelectuales de la Revolución mexicana. Se trata de un periodo relativamente corto, que culmina hacia 1915, cuando la facción triunfante constitucionalista encabezada por Venustiano Carranza adivina su triunfo militar y legitimación política, contando sobre todo con el favor del gobierno de Estados Unidos. En ese sentido, los años que van de 1913 a 1916 son cruciales para entender la fusión del intelectual hispanoamericano con los procesos revolucionarios.

En México puede advertirse que sólo unos cuantos meses separan la participación de los jóvenes miembros del Ateneo de México en la celebración del centenario de la Independencia[10] y el discurso de uno de sus integrantes, José Vasconcelos, en el banquete en homenaje a los "ateneístas revolucionarios". Entre los meses de agosto-septiembre de 1910 y junio de 1911, los ateneístas "porfiristas" se transformaron en intelectuales "revolucionarios". Este desplazamiento no responde a un mero acto de oportunismo político ni tampoco a un quiebre radical entre el "antiguo régimen" y el nuevo (Guerra, 1988). En esa ocasión Vasconcelos disertó sobre "La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país". Lo significativo radica en que el homenaje esté dedicado al mismo Vasconcelos considerando su talento, pero sobre todo su valiosa colaboración "a la causa del pueblo" (Vasconcelos, 1911).[11] Por esas mismas fechas, el 20 de junio, otro "intelectual" ligado al medio político, Luis Cabrera, disertó sobre "La Revolución es (la) Revolución" (Urrea, 1921). Se podría hablar de dos discursos casi paralelos en el tiempo, pero con alcances y proyecciones di-

[10] Por invitación de Justo Sierra y Ezequiel Chávez, funcionarios culturales del régimen porfirista y futuros "próceres" de la nueva intelectualidad mexicana.

[11] Carlos Monsiváis interpreta la intervención de Vasconcelos desde una perspectiva clasista. Contrapone el estilo neoclásico de los ateneístas con el "realismo puro" de los intelectuales populares representados por los hermanos Flores Magón. El ascenso de los intelectuales antirreeleccionistas, como Vasconcelos, es leído como un mero relevo político generacional (Monsiváis, 1985).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

ferentes. Se trata de dos momentos inaugurales que definirán los espacios de futuras polémicas en torno al intelectual y su función social en México. Es notable, por ejemplo, la conciencia del grupo emergente y sus dilemas en 1914: "La élite juvenil ha criticado, para singularizarse, la rigidez del positivismo. Para algunos de ellos la política es el mal. Para otros es el impulso lírico, la grandilocuencia cuyo centro es la palabra 'Espíritu'. Y el proceso no se interrumpe con la revolución" (Octavio Barreda, citado en Monsiváis, 1985: 174).

Por esa razón, conviene aclarar que el término "revolución" no tiene el mismo significado para Vasconcelos que para Cabrera. Su semántica define en buena medida los márgenes en los que puede concebirse la acción de los intelectuales. Si Vasconcelos entiende la Revolución en relación con la caída política del régimen porfirista, originada en la sublevación maderista, Luis Cabrera en cambio inscribe el término "revolución" dentro de una teoría sociológica que hace de la violencia un hecho irreversible de la transformación social. Esta teoría funcionará en Cabrera hasta su expulsión del régimen revolucionario, en la década cardenista,[12] a diferencia de Vasconcelos que sufrirá las consecuencias del rigor "revolucionario" una década antes (1929), al ser desplazado del Parnaso revolucionario.

No obstante, la perspectiva revolucionaria de Vasconcelos será suficiente para elaborar y desarrollar la conciencia del "intelectual" como una clase inexistente en México hasta entonces. El año de 1911 señala el inicio de la construcción del mito de los ateneístas como visionarios y apóstoles de la Revolución. La creación de una conciencia de sí mismos como los "clérigos"[13] o guías espirituales de la sociedad tendrá efectos en muchos campos del saber y de la cultura durante el régimen de la Revolución mexicana, por lo menos hasta su escisión interna, cuando se enfrenten de nuevo en 1929 la vía armada y la civilista para dirimir el poder político. Incrustado Luis Cabrera en la vertiente constitucionalista triunfante, su trayectoria será un poco más larga hasta no sufrir los embates de la aparición de una nueva figura hegemónica: la del intelectual comprometido que domina durante el periodo cardenista.

[12] El ajuste de cuentas con la Revolución por Luis Cabrera está documentado en Urrea, 1937.

[13] Según el término acuñado por Lempériere, 1992.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Mito y diferenciación

La ambigüedad del término "intelectual" desarrollado en México durante la década de 1910 se evidencia cuando Luis Cabrera es enviado dos veces por la facción carrancista como "intelectual" oficial para explicar la situación mexicana ante la comunidad intelectual y científica de Estados Unidos. La primera vez fue en 1913, en la Universidad de Cornell, donde disertó acerca de "La situación mexicana desde un punto de vista mexicano" (Cabrera, 1992). La segunda ocasión fue en 1916, cuando como "intelectual" disertó sobre "México y los mexicanos" ante la Academia Americana de Ciencias Políticas y Sociales en Filadelfia (Cabrera, 1916). Después del discurso de Vasconcelos de junio de 1911, en el que hace mención explícita a la necesidad de fomentar "la clase de los intelectuales y el poder público se acostumbre a respetarlos" (citado por Monsiváis, 1985: 173), ésta es la segunda vez en la que se observa el uso del término "intelectual" como sustantivo. Es notorio que la publicación en la que se recoge la contribución de Luis Cabrera mencione a "tres intelectuales" que hablan sobre México.[14] Ese año de 1916 aparece también en una publicación de San Antonio, Texas, el uso plural y sustantivado del término "intelectual" (Anaya, 1916). Vasconcelos, por su parte, en 1916 visitó Perú e impartió una conferencia en la Universidad de San Marcos de Lima sobre "El movimiento intelectual contemporáneo de México" (Vasconcelos, 1962b).

En el término "intelectual" que se dibuja en la década de 1910 se advierte una hendidura o camino cruzado entre la figura del intelectual "humanista", representante de una cruzada moral similar a la de los antiguos frailes, y la del intelectual "pragmático" que sabe de las leyes inexorables de la historia. Mientras en el segundo caso puede desarrollarse una especie de conciencia trágica o cínica ante la inevitabilidad de los acontecimientos históricos, en el primero puede prevalecer una mirada irónica y hasta melancólica.

A partir de 1920 la identificación del intelectual con la revolución triunfante rinde sus frutos. Se trata de un periodo denominado de "reconstrucción nacional", acorde con las pautas sociológicas establecidas por Luis Cabrera algunos años atrás. Mientras algunos intelectuales ocupan la tribuna pública, otros lo hacen al frente de las nuevas instituciones de cultura.

[14] Los otros dos participantes son Alberto J. Pani, funcionario carrancista, y Lincoln Steffens, un crítico social estadounidense.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Antonio Caso y Vasconcelos[15] (pero también otros, como Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas) representan y se encargan de llevar adelante el proyecto de regeneración social vislumbrado.

Uno de los síntomas más elocuentes del autoelogio de una generación que llega a hacerse cargo de las responsabilidades culturales y morales de la nación es el escrito 1915, de Manuel Gómez Morín (1927). El tema de las generaciones ligado a la aparición de la figura del intelectual encuentra su síntesis en este texto. Se llega a ser parte de un grupo social cuyos miembros son menores de 40 años, poseedores del genio y con características propias de la heroicidad clásica evocadas en el *Ulises* de la Iliada (véase Vasconcelos, 2000). Esta figura con la que Vasconcelos crea su propia identidad fue anunciada por él mismo en su conferencia del mes de julio de 1916, frente a los estudiantes y académicos de la Universidad de San Marcos en Lima, Perú. Pero, su conferencia intitulada "El movimiento intelectual contemporáneo de México" recuerda los contenidos de los textos del peruano Francisco García Calderón, de la primera década del siglo (García Calderón, 1907a; 1907b).[16]

En abril de 1921 Antonio Caso visitó Perú. Óscar Miró Quesada escribió en julio de 1921: "Caso fue en México el feliz iniciador de la reacción idealista que hoy se nota en el movimiento intelectual de ese país, después de pasar por un largo periodo de positivismo fanático y de materialismo intransigente".[17]

La Revolución rusa de 1917 sienta también un precedente en la formación del concepto de intelectual. En *El Heraldo* de Cuba de principios de la década de 1920 se encuentra el eco del grupo *Clarté*, constituido en París por literatos y filósofos (Romain Rolland, Madame Severine, Bataille, Anatole France, Henri Barbusse) con el fin de aclarar su papel en la transformación social en un siglo en el que domina una "sociología libre de prejuicios". El autor se pregunta qué harán los "señores intelectuales" para resolver la "cuestión social". Considerando que su función es la comunicación de la verdad y la de servir de guías al pueblo en su camino hacia la justicia, se vuelve hacia los intelectuales para interrogarlos acerca de qué harán para acortar las distancias entre el pensamiento y la cultura, por un

[15] Algunos textos de Vasconcelos son elocuentes al respecto; véanse Vasconcelos, 1921, 1922, 1924.

[16] Llama la atención el prólogo del libro por el filósofo francés Emile Boutroux, de 1907.

[17] *El Comercio*, Lima, 27 de julio de 1921, citado en Yankelevich, 1999: 42.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

lado, y las necesidades del pueblo, por el otro. Subyace a estas interrogantes una crítica a la formación de grupos del tipo Ateneo de la Juventud: "¿qué utilidad ha reportado todo ese bizantinismo retórico de Academias, Ateneos y Parlamentos? Ni tan siquiera han logrado salvar uno solo de los tan cacareados principios sociales" (Merino, s.f.).[18]

Después de la Revolución francesa, la Revolución rusa conmueve los cimientos de la vieja Europa, con lo que se avizora el fin inminente de una civilización. La transformación social se mira como inevitable. Frente a este hecho, la función del intelectual consiste en descubrir su orden oculto y guiarla hacia su meta con el menor daño y costo posibles, sin poner en peligro "el tesoro cultural, moral y material" legado por el progreso. Con este objeto se estima necesaria la participación del intelectual para convertirse en la vanguardia del proletariado como consejero y guía. La revolución social es inminente, pero requiere de la luz del intelectual "para que el pueblo no llegue a exasperarse y no caiga en el caos y en la violencia". Toca salir a los intelectuales de sus laboratorios, de sus "ridículas torres de marfil" y, en caso de no hacerlo, "el pueblo alocado hará unos funerales dramáticos de la civilización heredada" (Merino, s.f.).

A fines de 1922, ya como secretario de Estado, Vasconcelos retoma un proyecto esbozado dos años antes en la Universidad: "invita a los intelectuales y a los maestros, a los más cultos intelectuales y a los más sabios maestros, para que realicen esta cruzada santa contra la ignorancia, inscribiéndose como misioneros de la civilización y del bien" (Merino, s.f.). Es la oportunidad de que el "ciudadano urbano" muestre que también puede ser virtuoso y abnegado ante las necesidades del mundo rural. "Es menester que el intelectual se redima de su pecado de orgullo, aprendiendo la vida simple y dura del hombre del pueblo, pero no para rebajar su propia mente sino para levantarla junto con la del humilde" (Merino, s.f.).

La noción del intelectual invocado por Vasconcelos designa diferentes oficios: maestros, escritores, poetas y artistas. La invitación se dirige especialmente a la generación de jóvenes menores de 30 años, habituados al suelo oscuro de la ciudad, repartidos "entre una oficina donde se simula el trabajo". El campo les ofrece la posibilidad de redención. "Se trata de ir a salvar hombres: no de apagar la vida sino de hacerla más luminosa". Los

[18] La formación del grupo *Clarté* presupone la distinción establecida entre trabajadores manuales y trabajadores intelectuales. Hacia 1919 en Francia se conformó la Confederación de Trabajadores Intelectuales, que en 1921 tenía 120 000 miembros. Véase Mendoza Díez, 1962: 37.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

jóvenes tienen la ocasión de "imitar a Las Casas, el creador, al revés de tantas generaciones nuestras que no han hecho otra cosa más que imitar a Cortés el destructor" (Vasconcelos, 1922). Estos discursos conforman un imaginario que será amplificado en los relatos fílmicos de la década de los cuarenta. Un caso emblemático es la película *Río Escondido*, de 1947.[19] En esta situación la invitación a ilustrar a las masas proviene de la iniciativa del Estado y ha dejado de ser la expresión de un grupo o asociación organizada de manera autónoma.

Uno de los críticos tempranos de la fabricación de la nueva intelectualidad y su mito es Nemesio García Naranjo. El homenaje y celebración del pensador argentino, José Ingenieros, rendido a Vasconcelos en Buenos Aires a principios de 1923 es la ocasión para contrastar la "altura" de los "pensadores" que rodeaban a don Porfirio con el nivel de los "pensadores" que rodearon el maderismo en 1909, entre los cuales se encuentra Vasconcelos. En opinión de García Naranjo, la política revolucionaria es la que ha convertido en "egregios" a estos pensadores. Para entender qué ha sido la Revolución hay que estudiarla y analizarla y no, como hace Ingenieros, propagar acríticamente la información recibida por el bando carrancista triunfante (García Naranjo, 1925a). La discusión entre la "intelectualidad porfiriana" y la "intelectualidad revolucionaria" que se desarrolla en la década de los veinte es otro de los pasos que conduce a la consolidación del campo intelectual o de aquellos que por derecho propio se reconocen como tales.

Nemesio García Naranjo, crítico de Vasconcelos, describe así la nueva situación del "intelectual". Vino la Revolución, los cenáculos porfiristas se desintegraron, "y fue una cosa terrible para los intelectuales adaptarse a la nueva situación". Acostumbrados a vender "su mercancía mental al Estado, se encontró con que éste ya no la quería comprar". Desde entonces algunos han comprendido "que ya no deben depender del Gobierno, y por consiguiente se han transformado para procurar depender del pueblo". Los que se han dado cuenta de ello, "serán los precursores de la nueva literatura, que será menos exquisita que la porfiriana, pero más de acuerdo con el alma nacional". Sin embargo, "la nueva Corte de la inteligencia" aún no encuentra al sustituto de Justo Sierra (antiguo Ministro de Educación de don Por-

[19] Al inicio de la película aparece el mismo presidente de la República, Miguel Alemán, enviando a la actriz María Félix, quien personifica a la joven maestra Rosaura Salazar, a un pueblo del México profundo, Río Escondido, para alfabetizar a una comunidad rural. No es fácil distinguir en estos productos la intención de entretener con los de propagar una idea. Véase Fein, 1995: 138.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

firio), si bien los nuevos ministros, rectores, directores de Bellas Artes "ya tienden a formar su propia corte" sin alcanzar todavía el antiguo brillo ni la experiencia de "las camarillas porfiristas". La razón: "detrás de los cenáculos literarios estaba el estado con su fuerza" (García Naranjo, 1925b).[20]

Tres tipos de intelectuales coexistirán durante los años veinte: el "intelectual comprometido" con las causas populares, surgido de las luchas revolucionarias; el "intelectual tradicional", que adquiere un nuevo estatuto, pero no goza del presupuesto estatal, y las nuevas camarillas que "revolotean en derredor del Estado" (García Naranjo, 1925b). Es la generación de 1915, descrita por Gómez Morín (1927). Desintegradas prácticamente las antiguas camarillas, en el exilio o sin función social, la disputa por el campo se dirime entonces en el nuevo grupo.

Esta disputa se manifiesta en México de muchas maneras: en el seno de los artistas, escritores, filósofos, historiadores, etc. El caso más sonado fue la controversia librada en el seno de la Universidad Nacional entre Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano en 1933.[21] Esta confrontación se presenta cuando aún no están claramente dibujados los efectos de una posible contraposición entre la revolución "a la mexicana" y la "bolchevique". Sobre este telón de fondo ocurre la escisión entre los intelectuales de corte "liberal" (Vasconcelos, Caso y Cabrera) y los de corte "socialista" o populares (Lombardo y otros), que dará pie a la formación de la simetría izquierda-derecha que regirá la evolución del campo por lo menos hasta la década de 1970.[22]

Las denominaciones estructurantes del campo intelectual derecha-izquierda serán desafiadas, sin embargo, con la emergencia de un nuevo tipo de intelectual a partir de la década de 1940: el académico y científico universitario. Esta figura está delineada por Antonio Caso desde 1925, cuando defiende la libertad de cátedra y las profesiones liberales en el seno de la universidad pública.[23] No obstante, la evolución del intelectual en el siglo XX

[20] Véase la réplica en Islas Bravo, 1925a; 1925b.

[21] Las participaciones han sido recogidas por Hernández Luna, 1973. Para una relación de los hechos véase Contreras Pérez, 2002: 49-57.

[22] Sobre la desaparición de esta "simetría", véase Bartra, 1986: 51-69.

[23] Antonio Caso entiende el trabajo intelectual como una actividad ni puramente intelectual ni puramente manual. Su posición tiene lugar en el marco de la reglamentación constitucional de las profesiones libres. En defensa de la autonomía universitaria denuncia que: "El descrédito de las profesiones liberales procede, en buena parte, de la torpeza y deficiencias de nuestras instituciones universitarias, que no son sino dependencias exclusivas de las mercedes ministeriales". Sostiene que "México, como todo país

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

no estará definida preponderantemente por el medio universitario, sino por su relación con los medios masivos de comunicación. Esta relación es lo que convierte propiamente al "intelectual" del siglo XX en una figura pública y no tanto su pertenencia a un centro académico. Es la expansión de los medios de comunicación la que transformará al "intelectual clásico" en un comunicador que vive de y para los medios masivos.[24] La contraposición entre "el intelectual clásico", comprometido y no comprometido, puede observarse todavía en las luchas sociales libradas en la década de 1950 y 1960. Pero, conforme el atractivo de la radio y la televisión sean percibidos por los "intelectuales clásicos", como Paz o Cosío Villegas, la figura del intelectual se irá transformando.

UNA MIRADA AL PASADO RECIENTE

A partir de la relación del intelectual con los medios de divulgación es posible trazar una historia más detallada sobre la manera como ha evolucionado. No es nuestra intención hacerlo ahora, pues conlleva toda una investigación. Basten por eso algunas anotaciones provisionales.

Enrique Krauze, director de *Letras Libres*, acuñó el término "caudillo cultural" para caracterizar el papel del intelectual en el siglo XX. Como bien lo señala Miller en su estudio de 1999, la idea de "caudillo" comprende una relación estrecha entre saber y poder y alude a la persistencia de un alto grado de autoritarismo y personalismo en las relaciones sociales y políticas. Sobre todo, evoca al elemento del carisma asociado con el valor casi mítico de la representación del intelectual más o menos generalizada en países con atrasos en los servicios públicos de salud, educación, vivienda, regiones, en los que el acceso a tales servicios ha sido más un privilegio que un derecho. Dentro de esta perspectiva, el intelectual es un ser carismático que anuncia una sociedad de ciudadanos (bajo la impronta del liberalismo y romanticis-

nuevo en vías de desarrollo constante, reclama la unión estrecha de la mano y la cabeza, de la inteligencia y la acción" (Caso, 1943).

[24] Pierre Bourdieu reflexionó en diferentes ocasiones sobre la desaparición del "intelectual crítico". En su defensa, incluso, se atrevió a establecer un nuevo manifiesto (Bourdieu, 1995). Algunas otras intervenciones se encuentran también en Bourdieu, 1990. En México, Roger Bartra ha hecho la reflexión crítica sobre la crisis de la "intelectualidad" en diferentes ocasiones. Véase por ejemplo, Bartra, 1993. En su análisis incluye tanto al intelectual público como al académico.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

mo), a la vez que puede ser igualmente síntoma de debilidad de la sociedad civil (Miller, 1999: 4-5).

De acuerdo con este enfoque, el intelectual adquiere el carácter de un no especialista o "todólogo", pero que tiene a su favor el dominio de la escritura (cuando se trata de escribir) y de la elocuencia del comunicador (cuando se trata de hablar frente a un micrófono). Por esa razón, el intelectual no se corresponde completamente con la figura del escritor, el académico o el científico. Es verdad que hasta mediados del siglo XX el campo intelectual está dominado por escritores y sólo después irá creciendo paulatinamente el número de científicos, economistas, sociólogos e historiadores que se integrarán al campo. En este proceso colaborará en gran medida la expansión de los medios editoriales y audiovisuales de comunicación. Es posible advertir, a partir de la década de 1960, por ejemplo, la formación de nuevos publicistas "universitarios" en los espacios de revistas y suplementos culturales dirigidos por personalidades como Gastón García Cantú (1917-2004), Fernando Benítez (1912-2000) y Octavio Paz (1914-1998), por mencionar algunos nombres. En estas escuelas de periodismo se formarán nuevas generaciones que darán lugar al nacimiento de nuevas revistas, como *Nexos* y *Plural* (después *Vuelta*), que serán indicios clave para tomarle la temperatura al clima intelectual a partir de mediados de los setenta.

A finales de 1970 comenzará a darse una mayor presencia de los "intelectuales" publicistas en la radio y televisión, pública y privada. Son famosos los encuentros por la democracia de *Vuelta* y la apertura de foros televisivos de los miembros de la revista *Nexos*. La participación de ambos grupos en la esfera de la prensa escrita y de los medios audiovisuales ayudará a conformar una nueva simetría ideológico-política, cifrada alrededor (ya no de la derecha/izquierda tradicionales), de la confrontación, por un lado, de un publicista de talante liberal en lucha por la democratización del país y crítico de los sistemas autoritarios y totalitarios y, por el otro, de un "intelectual comprometido" al que subyace todavía la simpatía por la intervención pública en la formación y educación de la ciudadanía.[25] Las revistas literarias de alto tiraje y los suplementos culturales de los periódicos —y más tarde las revistas culturales televisivas— fabricarán, consagrarán o condenarán a los potenciales nuevos participantes en el juego de la intelectualidad.

[25] Una breve mención a esta variante se encuentra en González Torres, 2002: 124-129.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Al ser el intelectual una nueva especialidad funcional de las sociedades complejas del siglo XX, la cuestión más complicada para elucidar es la relacionada con la supuesta independencia del intelectual respecto de los poderes establecidos. La concepción "liberal" que acompaña al surgimiento del término, en la década de 1920, implica la posibilidad de representar la figura del crítico social independiente. Sin embargo, puede afirmarse que durante la primera fase de la construcción histórico-conceptual el intelectual contó con el apoyo preponderante de la expansión de la burocracia estatal, gran promotor de la cultura, en particular aquella relacionada con los medios impresos. En cambio, en la segunda mitad del siglo pasado esta evolución dependerá crecientemente de la expansión de los medios masivos de comunicación, vistos como los reguladores de la aparición/desaparición de los "intelectuales".

Frente a los dilemas que enfrenta el "intelectual", actualmente Miller (1999) nos proporciona algunos criterios útiles para la comprensión del funcionamiento del campo intelectual en países como el mexicano. El intelectual suele ser un individuo que tiene un radio de acción nacional, predominantemente en zonas urbanas. Su prestigio ha sido el resultado del reconocimiento por sus pares a partir de los criterios elaborados en su propio campo, es decir, en principio no vinculados de manera inmediata con los condicionantes de la clase política. Su influencia es observable en los debates públicos en que ha tomado parte y en sus iniciativas y riesgos que ha asumido para apuntar cuestiones relevantes para la sociedad en general. En consecuencia, los intelectuales para su existencia dependen en gran medida de los medios masivos de comunicación. En ese sentido, no son "intelectuales", estrictamente hablando, los historiadores, los académicos, los doctores, poetas o novelistas cuya imagen y presencia tiende a echarse de menos en los grandes medios de difusión, pero cuya función se desarrolla en otros espacios circunscritos por las reglas de su propia profesión. A este conjunto mayor pertenecerían más bien los miembros de otra denominación: la *intelligentsia* o masa crítica.

La dificultad para proclamarse completamente independiente al momento de exponer puntos de vista u opiniones a través del circuito de la opinión pública, sea en la prensa o en las comunicaciones audiovisuales, es casi una cuestión evidente. Están las razones propias del funcionamiento del mercado de trabajo que los atañe y también otras relacionadas con la capacidad de un gobierno para censurar o inducir a la autocensura. Estos tiempos parecen haber quedado atrás, en la medida en que ha sido anulada

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

la identificación del ejercicio de gobierno con un solo partido político. En ese sentido, en el marco de una "democracia liberal" los medios tienden a pluralizarse. Pero esto tampoco ha significado que las tendencias monopólicas en las diferentes esferas del país hayan desaparecido y que, por lo tanto, no afecten el mismo funcionamiento del campo intelectual.

De todos modos, dada la manera como el intelectual se ha configurado (como "conciencia moral" de la sociedad), en ciertas coyunturas podría haber un sector de los intelectuales que proteste a favor de su "independencia" al considerarse como una amenaza para el *statu quo*. Esta posibilidad es más viable que se presente en sistemas políticos todavía funcionando como "dicta-duras" o como "dictablandas". Pero, no debe olvidarse tampoco que en sus orígenes dicha "independencia" se debió en buena parte a la ampliación de la burocracia estatal. El gobierno, en países como México, se convirtió en el principal empleador de los intelectuales, pero también en el facilitador de espacios propicios para que éstos pudieran llevar adelante sus proyectos. Así, la tradición del intelectual como "redentor social" pudo sostenerse a partir de la creencia y eficacia de una política desarrollista o modernizadora (décadas de los veinte y setenta) y pudo perdurar mientras hubo recursos públicos suficientes asociados al pulso y afanes de los mismos medios editoriales. Esto comenzó a cambiar conforme el proceso de expansión de la burocracia de casi medio siglo se colapsó por el autoritarismo y las crisis económicas.

Es evidente que después de 1980 —englobada por la crisis política y económica— hubo manera de continuar y de ampliar dichos espacios con la publicación de semanarios o revistas mensuales y la profundización de las relaciones con la radio y la televisión. Esto sólo señala un proceso de mayor apertura de los medios, debido a su propio desarrollo, y mayor complejidad, debida a la ampliación de la red de comunicación. Pero esto no significa la desaparición automática de la figura clásica del intelectual, si bien su lenta transformación es inexorable, y más todavía cuando se piensa en los jóvenes, cada vez más distantes de los medios tradicionales de comunicación y más habituados a la velocidad y códigos de la cultura del ciberespacio.[26]

[26] La conciencia de esta "crisis" está presente en Carlos Monsiváis, uno de los intelectuales más representativos del periodo mencionado. Sirva sólo de ejemplo su comentario sobre la manera como las nuevas generaciones se acercan a mirar los murales de Bellas Artes pintados por Diego Rivera: "Las cosas que decía Diego Rivera de estos murales son en la actualidad incomprensibles, porque les atribuía una suerte de potencia

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

REFERENCIAS

Anaya, A., 1916. Nuestros intelectuales: el Dr. don Aureliano Urrutia, *Revista Mexicana* (S): 9 de enero.

Bartra, R., 1986. *La democracia ausente*. México, Grijalbo.

Bartra, R., 1993. La república de las letras muertas y la muerte de las letras públicas, en R. Bartra, *Oficio mexicano*. México, Grijalbo, pp. 45-51.

Bödecker, H.E., 2002. Reflexionen über Begriffsgeschichte als Methode, en H.E. Bödecker, *Begriffsgeschichte, Diskursgeschichte, Metapherngeschichte*. Gotinga, Wastein Verlag, pp. 73-121.

Bohmann, K., 1944. *Medios de comunicación y sistemas informativos en México*, 2ª ed. México, Alianza.

Bourdieu, P., 1990. *Sociología y cultura*. México, Grijalbo.

Bourdieu, P., 1995. Por un corporativismo de lo universal, en P. Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, Anagrama, pp. 487-501.

Brunner, J.J., y A. Flisfish, 1983. *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*. México, UAM/Azcapotzalco-ANUIES.

Cabrera, L., 1916. México y los mexicanos, en L. Cabrera, *Tres intelectuales hablan sobre México*. México.

Cabrera, L., 1992. La situación mexicana desde un punto de vista mexicano. Discurso en la Universidad de Cornell, 1913, en E. Meyer (ed.), *Obra política de Luis Cabrera*. México, UNAM, pp. 465-477.

Camp, R.A., 1988. *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*. México, Fondo de Cultura Económica.

Camp, R.A., C. Hale y J.Z. Vázquez (eds.), 1991. *Los intelectuales y el poder en México*. México, El Colegio de México-UCLA.

Careaga, G. (comp.), 1982 [1972]. *Intelectuales, poder y revolución*. México, Océano.

Caso, A., 1943. Apuntamientos de cultura patria. México, UNAM.

Castañeda, J., y M. Rodríguez W., 2008. La meritocracia y la comentocracia, en J. Castañeda y M. Rodríguez W., *¿Y México, por qué no?* México, Fondo de Cultura Económica (Cenzontle), pp. 71-77.

---

política que no existe hoy en día. […] Es hora de reconocer que la lectura simbólica pertenece a otro tiempo y que sólo sigue siendo válida si se complementa con esa mirada capaz de apreciar, en primer lugar, los valores estéticos". Esos objetos ya no se leen igual ahora que cuando fueron realizados. Son cosa del pasado. Las imágenes de Lenin, Marx, las masas son las de un mundo "concluido". Carecen de fuerza para una sociedad globalizada y un mundo sobrepoblado. En la lectura actual ya no está en el centro el símbolo. "No desideologizo los murales, sólo creo que ahora es mucho más importante el golpe de vista que puedan causar" (Monsiváis, 2004).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Charle, C., 1990. *Naissance des "intellectuels", 1880-1900*. París, Minuit.

Charle, C., 2000. *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*. Madrid, Siglo XXI España.

Cockcroft, J.D., 1971. *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana (1900-1913)*. México, Siglo XXI.

Contreras Pérez, G., 2002. *Los grupos católicos en la Universidad Autónoma de México*. México, UAM/Xochimilco.

Córdova, A., 1973. *La ideología de la Revolución mexicana. La formación del nuevo régimen*. México, Ediciones Era.

Coser, L.A., 1968. *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. México, Fondo de Cultura Económica.

Fein, S., 1995. La diplomacia del celuloide. Hollywood y la edad de oro del cine mexicano, *Historia y Grafía* (4): 137-176.

García Calderón, F., 1907a. La nueva generación intelectual del Perú, en *Hombres e ideas de nuestro tiempo*. Valencia, Sempere, pp. 179-188.

García Calderón, F., 1907b. La crisis moderna de la moral, en *Hombres e ideas de nuestro tiempo*. Valencia, Sempere, pp. 201-212.

García Naranjo, N., 1925a. Los pensadores de 1910, *Omega*, 18 de enero.

García Naranjo, N., 1925b. Literatura de corte, *El Porvenir* (Monterrey), 11 de marzo.

Gómez Morín, M., 1927. *1915*. México, Cultura.

González Torres, A., 2002. *Las guerras culturales de Octavio Paz*. Puebla, Colibrí-Secretaría de Cultura de Puebla.

Gramsci, A., 1986 [1975]. Apuntes y notas para un grupo de ensayos sobre la historia de los intelectuales, en *Cuadernos de la cárcel* [ed. crítica de Valentino Gerratana], t. 4. México, Ediciones Era, pp. 353-382.

Guerra, F.-X., 1988. *México: del antiguo régimen a la Revolución*. México, Fondo de Cultura Económica.

Gumbrecht, H.U., 2002. ¿Quiénes fueron los *philosophes*?, en V. Torres Septién (coord.), *Producciones de sentido. El uso de las fuentes en la historia cultural*. México, Universidad Iberoamericana, pp. 229-351.

Henríquez Ureña, P., 1962. La obra de José Enrique Rodó [1910], en J. Hernández Luna (comp.), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. México, UNAM-CEF, pp. 57-68.

Henríquez Ureña, P., 1925. La revolución y la cultura en México, *Revista de Filosofía* (Culturas-Ciencias-Educación) [dirigida por José Ingenieros y Aníbal Ponce] **XI** (1): 125-132. [En J. Hernández Luna (comp.), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. México, UNAM-CEF, 1962, pp. 149-156.]

Hernández Luna, J. (comp.), 1973. *Testimonio de la polémica Antonio Caso/Lombardo Toledano*. México, Complejo Editorial Mexicano.

Islas Bravo, A., 1925a. Las letras bajo la dictadura, *El Globo*, 15 de febrero.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Islas Bravo, A., 1925b. El fracaso intelectual de la dictadura, *El Globo*, 17 de marzo.
Krauze, E., 1976. *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*. México, Siglo XXI.
Le Goff, J., 1986. *Los intelectuales en la Edad Media*. Barcelona, Gedisa.
Lempériere, A., 1992. *Intellectuels, etats et societé au Mexique. Les clercs de la nation (1910-1968)*. París, L'Harmattan.
Marsal, J.F., 1970. *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*. Buenos Aires, Editorial del Instituto.
Mendiola, A., y G. Zermeño, 1995. El impacto de los medios de comunicación en el discurso de la historia, *Historia y Grafía* (5): 195-223. [Una versión abreviada se publicó con el título El vuelo del águila, *L'Ordinaire latinoamericaine* (159): 69-74].
Mendoza Díez, A., 1962. *La revolución de los profesionales e intelectuales en Latinoamérica*. México, Instituto de Investigaciones Sociológicas, UNAM.
Merino, B., s.f. Responsabilidad de los intelectuales en la Revolución social. Conferencia en la inauguración de los trabajos de propaganda social iniciados en La Habana por el "Grupo Clarte", *El Heraldo*.
Miller, N., 1999. *In the Shadow of the State. Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth Century Spanish America*. Londres, Verso.
Monsiváis, C., 1985. La aparición del subsuelo. Sobre la cultura de la Revolución mexicana, *Historias* (8-9): 159-177.
Monsiváis, C., 2002 [1976)] Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX, en *Historia general de México*. México, El Colegio de México, pp. 957- 1076.
Monsiváis, C., 2004. A propósito de la presentación del Catálogo *Quimera de los murales del Palacio de Bellas Artes. Reforma,* Cultura 3C, 10 de julio.
Paz, O., 1972 [1950]. La 'inteligencia' mexicana, en O. Paz, *El laberinto de la soledad*. México, Fondo de Cultura Económica (Popular), pp. 134-155.
Paz, O., 1987a. Vuelta a *El laberinto de la soledad* (conversación con Claude Fell) y América Latina y la democracia, en *México en la obra de Octavio Paz*, t. I. México, Fondo de Cultura Económica, pp. 248 y 465.
Paz, O., 1987b. Inventar la democracia: América Central (entrevista con Gilles Bataillon), en *México en la obra de Octavio Paz*, t. I. México, Fondo de Cultura Económica, p. 509.
Potash, R.A., 1961. Historiografía del México independiente, *Historia Mexicana* **X** (3): 361-412.
Reyes, A., 1954. *Trayectoria de Goethe*. México, Fondo de Cultura Económica.
Reyes, A., 1962. Pasado inmediato [1914], en J. Hernández Luna (comp.), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. México, UNAM-CEF.
Reyes, A., 1994. *Cartilla moral*. México, CNCA-Alianza.
Urrea, Lic. Blas (Luis Cabrera), 1921. La Revolución es (la) Revolución, en *Obras políticas del Lic. Blas Urrea*. México, Imprenta Nacional, pp. 227-242.
Urrea, Lic. Blas (Luis Cabrera), 1937. *La Revolución de entonces y la de ahora*. México, Lección "Verdades".

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Vasconcelos, J., 1911. La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país, *Revista de Revistas*, 25 de junio. [Reeditada en J. Hernández Luna (comp.), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. México, UNAM-CEF, 1962, pp. 135-138].

Vasconcelos, J., 1962b. El movimiento intelectual contemporáneo de México [1935], en J. Hernández Luna (comp.), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. México, UNAM-CEF, pp. 117-134.

Vasconcelos, J., 1921. Creadores de cosas nuevas y factores del porvenir, eso somos nosotros, *Repertorio Americano* (2): 253.

Vasconcelos, J., 1922. Invitación a los intelectuales y maestros para que se inscriban como Misioneros, *El Heraldo*, 20 de diciembre.

Vasconcelos, J., 1924. El poder de la palabra, *El Universal*, 24 de noviembre, p. 3.

Vasconcelos, J., 2000 [1935]. El intelectual, en *Ulises criollo*. México, Fondo de Cultura Económica, pp. 310-320.

Villacañas, J.L., y F. Oncina, 1997. Introducción, en R. Koselleck y H.G. Gadamer, *Historia y hermenéutica*. Barcelona, Paidós-UAB, pp. 9-53.

Yankelevich, P., 1999. Cuando Antonio Caso conoció Sudamérica, *Universidad de México* (581): 41-44.

Zapata Galindo, M., 2006. *Der Preis der Macht. Intelektuelle und Demokratisierungsprozesse in Mexico 1968*-2000. Berlin, Verlag Walter Frey.

Zermeño, G., 2002. Gumbrecht, los *philosophes* y la *philosophie* de la Ilustración: en torno a la prehistoria de los intelectuales modernos, en V. Torres Septién (coord.), *Producciones de sentido. El uso de las fuentes en la historia cultural*. México, Universidad Iberoamericana, pp. 207-227.

Zermeño, G., 2003. El concepto intelectual en Hispanoamérica: génesis y evolución, *Historia Contemporánea* **II** (27): 777-798.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

EL COLEGIO DE MÉXICO
70 AÑOS 1940-2010

14
EL CINE MEXICANO EN LA ENCRUCIJADA DE LAS NUEVAS IDENTIDADES

*Eduardo de la Vega Alfaro**

CONTENIDO

I	406
II	409
III	412
IV	413
V	417
VI	420
VII	422
VIII	424
A modo de conclusión	429
Referencias	429

* Profesor-investigador del Departamento de Sociología de la Universidad de Guadalajara: <*evegalfaro@hotmauil.com*>.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

I

Épocas hubo en las que el cine mexicano, apoyado en las diversas corrientes y formas del nacionalismo, asumió como su tarea principal la de ser el medio idóneo para representar y difundir los elementos que conformaban la identidad nacional. Carlos Monsiváis hacía alusión a ello cuando apuntaba que:

> [...] de 1930 a 1954 crecen, alcanzan su apoteosis y se extinguen o languidecen y deterioran mitos y géneros del cine nacional. A semejanza de lo que sucede con el cine de Hollywood, durante ese tiempo, casi todas las películas mexicanas le resultan a su audiencia vastamente [*sic*] significativas: un público se sorprende, al compartir entusiasmos y catarsis, integrado a una nación. El modelo de realidad social y psicológico propuesto por el cine se va trasmutando y, de pronto y a su manera, es ya la realidad misma: los ídolos se tornan arquetipos que una avidez masiva absorberá y reproducirá: se inventan y petrifican lenguajes y "reacciones instintivas". Clásicamente, el cine mexicano —que durante esa etapa sojuzga y devasta los mercados nacionales y de habla hispana— se manifiesta como *way of life*, puerta de acceso no al arte o al entretenimiento, sino a los moldes vitales, a la posible variedad o uniformidad de los comportamientos (Monsiváis, 1976: 1506-1507).

En efecto, la gran mayoría de las películas nacionales realizadas a lo largo y ancho de la etapa de consolidación del Estado surgido de la Revolución mexicana fueron, ante todo, fuentes narrativas y formas visuales que contribuyeron poderosamente al proceso de identidad de un país que no muchos años antes parecía haberse resquebrajado plenamente como consecuencia de la feroz lucha de facciones que se desencadenó tras la caída de la larga dictadura encabezada por Porfirio Díaz. De esta forma, luego de un periodo de tanteos y frustraciones, mismo que puede enmarcarse entre los años 1916 y 1929, la cinematografía hecha en México empezaría a modificarse gracias al uso de una serie de inventos que posibilitaron la integración del sonido a las imágenes fílmicas. A imitación de Hollywood, pero con objetivos claramente nacionalistas y por lo tanto opuestos a la imagen negativa que, racismo de por medio la llamada "Meca del cine" había venido propagando sobre México y lo mexicano,[1] a partir de 1929 una nueva ge-

[1] Un análisis más profundo de esa visión racista difundida por la cinematografía estadounidense de esa época puede encontrarse en García Riera, 1987.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

neración de cineastas mexicanos, no pocos de ellos con experiencia previa como actores y técnicos en el seno mismo de la Meca del cine (a donde había ido a parar con el fin de prestar sus servicios en la realización de cintas de producción estadounidense pero habladas en castellano y destinadas para los mercados de España y América Latina), vislumbró la posibilidad de triunfar ahí donde sus predecesores había fracasado. A ellos se agregarían algunos de los mismos pioneros y varios extranjeros también fogueados en el sur de California; entre todos se dieron a la tarea de sentar las nuevas y más sólidas bases de la industria cinematográfica, sector que seguía siendo demandado como factor clave en la consolidación del proceso de identidad nacional. Una identidad que, desde otros flancos de la producción artística, ya había sido enriquecida gracias a las respectivas aportaciones de novelistas como Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán pero, sobre todo, por las grandes obras pictóricas y fotográficas de José Clemente Orozco, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Roberto Montenegro, Fermín Revueltas, Jean Charlot, Fernando Leal, Manuel Álvarez Bravo, Agustín Jiménez, Emilio Amero y Aurora Eugenia Latapí. Y sin duda que la presencia del gran cineasta soviético Sergei M. Eisenstein, quien por esos años llegó al país con el propósito de filmar su finalmente frustrada *¡Que viva México!* (1930-1931), contribuiría a definir la estética que serviría de sustento en la fragua de un cine que finalmente pudiera servir de reflejo a las aspiraciones del país en general y del Estado liberal y procapitalista emanado de la Revolución.

Luego de varios intentos fallidos aunque muy significativos como los que en su momento representaron películas con sonido al estilo de *Dios y ley* (1929), del infatigable Guillermo Calles; *El águila y el nopal* (1929), de Miguel Contreras Torres; *Abismos o Náufragos de la vida* (1930), de Salvador Pruneda; *Más fuerte que el deber* (1931), de Raphael J. Sevilla, y *Contrabando* (1931), de Alberto Méndez Bernal, el éxito de una segunda versión cinematográfica de *Santa* (Antonio Moreno, 1931) instaura la posibilidad real de que en México surja una vigorosa industria fílmica no sólo capaz de competir en el nivel internacional sino, ante todo, de difundir la imagen de un país necesitado de referentes y formas de identidad que, entre otras cosas, también le permitan afrontar los problemas derivados de la irreversible modernidad. No es por azar que desde 1932 los volúmenes de producción fílmica comiencen a incrementarse y que, a la vuelta de algunos años, el cine mexicano sea conocido y aclamado en la mayoría de los países de América Latina. Si algo nos pueden decir las estadísticas al respecto, he

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

aquí algunas cifras reveladoras. Entre 1932 y 1939 se realizan un total de 236 películas mexicanas de largometraje; en contraste, durante ese mismo periodo Argentina produce 166, España alrededor de 139 y Brasil 96. Por otro lado, de 1930 a 1939 se estrenan en la ciudad de México un total de 3 141 películas de largometraje, de las cuales 79% son estadounidenses, 14.5% proviene de otras naciones (principalmente de Francia, Inglaterra y Alemania) y el restante 6.5% había sido hecha en territorio nacional. (Amador y Ayala, 1980: 276 y 277).[2] Sin embargo, llama la atención que esa producción local ya se había ubicado, con 199 películas, en segundo lugar de la tabla de estrenos. De igual forma, en contraste con un país como Perú, que en la misma década sólo había podido producir 29 películas, el cine mexicano logró estrenar en la ciudad de Lima-Callao un total de 147 largometrajes, colocándose como la tercera cinematografía en cuanto a preferencia, por debajo de la estadounidense y la francesa pero por encima de la alemana, la argentina, la inglesa, la española y la peruana misma (Núñez, 1998: 375).

Creemos que esa ya considerable producción de películas con sonido filmadas en México a partir de la década de los treinta sí permitió transformar al cine nacional en un sólido referente de la identidad nacional, cualquiera que ésta haya podido ser. Y también pensamos que tal proceso fue favorecido por el hecho de que, al comenzar a repercutir en el extranjero, la cinematografía mexicana incrementó su aceptación incluso en el mismo mercado local.

Ya en otro espacio hemos apuntado que a lo largo de las décadas treinta y cuarenta esa identidad nacional por medio del cine se desplegó sobre todo en temas, corrientes y géneros como el cine histórico-biográfico, el cine indigenista, la comedia ranchera, las cintas épicas ubicadas en el contexto de la segunda guerra mundial, los filmes urbanos y religiosos, y en la obra nacionalista cultivada por Emilio Fernández y su camarógrafo Gabriel Figueroa (véase De la Vega, 2007: 17-39). El potencial masivo del cine nacional jugó pues un papel muy importante en aquellos años en que aún no se desarrollaba la industria cultural televisiva local, pero, a partir de 1950, fecha en que la industria fílmica mexicana produce 123 largometrajes, también se llevan a cabo las primeras transmisiones formales del enton-

[2] Cabe aquí aclarar que ese predominio del cine estadounidense en las pantallas mexicanas se logró con poco más de la mitad del total de la producción fílmica hecha en Hollywood. Según datos publicados por Walter Dadek (1962: 94), entre 1932 y 1939 en la "Meca del cine" se realizaron un total de 3 599 largometrajes.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

ces incipiente y novedoso medio electrónico, con lo que comenzaría a cerrase la etapa en la que los filmes fueron capaces de ser la forma audiovisual más eficaz de contener y difundir la identidad que el país requirió para consolidarse como tal dentro del complejo e intrincado proceso del capitalismo en el mundo. Cabe aquí acotar que durante el momento de mayor efervescencia de la industria fílmica mexicana, se creó el Banco Nacional Cinematográfico, de capital mixto, con el propósito de apuntalar el proceso de expansión ocurrido en dicho sector de la economía.

II

No obstante haber comenzado a vivir una época de crisis estructural en alguna medida provocada por la cada vez más intensa competencia de la televisión, durante las décadas cincuenta y sesenta la cinematografía mexicana todavía mantuvo su carácter de medio de representación y difusión de la identidad nacional, mediante la prolongación de sus géneros más redituables pero incluso también gracias a la irrupción de nuevas series como las películas de atmósfera citadina y los dramas de clase media. Según cifras oficiales, en 1950 el país contaba con una población de 25 775 123 habitantes, de los cuales alrededor de 73% vivía en zonas rurales mientras que el restante 27% lo hacía en áreas urbanas. A su vez, la capital del país había aumentado de 1 757 000 habitantes en 1940 a 3 050 000 una década después. En ese mismo 1950, la televisión mexicana inició de manera formal sus actividades contando para ello con tan sólo 1 300 aparatos receptores, mientras que en Estados Unidos ya había casi cuatro millones de televisores en operación.

Pese a ser minoritaria en el contexto nacional, esa población urbana ya tenía un peso muy fuerte en el conjunto de problemas que el gobierno debía afrontar de manera apremiante. Ahí radica el valor de películas como las que integraban los dípticos *Nosotros lo pobres* y *Ustedes los ricos* (Ismael Rodríguez, 1947-1948), y *¡Esquina…bajan!* y *Hay lugar para… dos* (Alejandro Galindo, 1948), cuyo intento por captar de manera más o menos "realista" la vida y avatares de la urbe los convertiría en primeros ejemplos de la nueva identidad nacional que ya se arraigaba en los barrios capitalinos, de donde se extraía un habla y un folclore citadinos que de inmediato se consideraron como elementos que también nos diferenciaban del resto de las culturas. No es por azar que *Los olvidados* (1950), cinta en la que Luis

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Buñuel denunció de manera abierta los lastres de la miseria citadina en una historia de delincuencia juvenil, haya sido tomada como una obra que atentaba contra "los grandes valores nacionales". Y de hecho, fue gracias al éxito de las películas de tema urbano que la industria fílmica mexicana pudo entrar en una fase caracterizada por un marcado crecimiento de los volúmenes de producción hasta alcanzar un promedio de 100 películas por año, aprovechando para ello la por entonces muy lenta expansión de consumo y uso de aparatos de televisión como lo muestra el siguiente dato estadístico: en 1955 en México ya había 116 000 televisores y 1 436 salas de cine, mientras que en Estados Unidos se contaban 32 500 000 aparatos de televisión y 16 991 salas de cine.

Con antecedentes muy notables en los melodramas urbano-familiares de clase media tipo *El cuarto mandamiento*, *La familia Pérez*, *Cuando los padres se quedan solos*, *El dolor de los hijos* y *Una familia de tantas* (la indiscutible obra maestra del género), hacia mediados de la década de los cincuenta brotarán películas como *Juventud desenfrenada*, *La rebelión de los adolescentes*, *Los chiflados del rock'n roll*, *La locura del rock'n roll*, *Al compás del rock'n roll*, *La edad de la tentación*, etc., en las que las modas y ritmos provenientes de Estados Unidos parecen querer asimilarse otorgándoles un carácter nacional y hasta regional, mediante la presencia en ellos de toda suerte de personajes que encarnan valores propios de la religión católica. Paralelamente, en esos mismos años surgirán las primeras manifestaciones sólidas de lo que se conocerá como "cine independiente" con películas como *Raíces* (Benito Alazraki, 1955), *Torero* (Carlos Velo, 1956), *El brazo fuerte* (Giovanni Korporaal, 1958) y *El despojo* (Antonio Reynoso, 1960), esta última realizada a partir de un guión improvisado escrito por Juan Rulfo. Dicha tendencia se habrá de caracterizar por su intento de cuestionar, desde fuera de la anquilosada industria, diversos aspectos de la realidad del país que el cine comercial o bien había mistificado o, de plano, se mostraba incapaz de abordar.

Durante el sexenio encabezado por Adolfo López Mateos, la cinematografía mexicana comienza, ahora sí, a perder su posición de privilegio como la industria cultural más poderosa del mundo de habla hispana y su lugar empezará a ser ocupado por la televisión. En algún sentido, dicho fenómeno puede cifrarse de la siguiente forma: en 1965 ya había en México alrededor de 1 800 000 aparatos de televisión mientras que los volúmenes de producción fílmica anual y el número de salas cinematográficas comenzaron a disminuir con respecto a las cifras alcanzadas en la década anterior.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Por si fuera poco, en 1960 Julio Bracho había logrado llevar a cabo su viejo anhelo de adaptar a la pantalla *La sombra del caudillo*, la magistral novela homónima de Martín Luis Guzmán. Por diversas razones, entre las que cabe contar el manifiesto rechazo por parte de las altas jerarquías militares, la cinta se mantendría prohibida durante 30 años, hecho inusitado en la historia del cine mundial.

En un intento por contrarrestar los evidentes efectos de la crisis surgida en la cinematografía nacional, en 1965 se lleva a cabo el I Concurso de Cine Experimental con el propósito de detectar posibles talentos capaces de renovar una industria anquilosada en todos sus aspectos. No dejó de ser sintomático que el certamen fuera ganado por el mediometraje *La fórmula secreta* (previamente titulado *Coca Cola en la sangre*), realizado por Rubén Gámez, obra de radical aliento poético que sobre todo se planteaba como una profunda reflexión acerca de la enajenación y la marcada pérdida de identidad nacional en un contexto en el que, como le revelaran los estudios del economista Miguel Wionzeck (1986), México estaba a punto de convertirse en el país latinoamericano con mayor número de sucursales de compañías transnacionales, ello luego de que, entre 1960 y 1965, "la inversión extranjera directa pasó de 1 080 a 1 745 millones de dólares, de los cuales 1 465 provenían de compañías estadounidenses" (Brachet-Márquez, 1996: 155).[3]

Aunado a un nuevo periodo de contracción de la economía capitalista, en las postrimerías del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz estalla el Movimiento Estudiantil Popular de 1968, fenómeno que sin duda marca el punto de ruptura de las hasta entonces nociones hegemónicas y oficiales sobre la identidad nacional y que en buena medida fue la respuesta inmediata a la crisis económica y cultural desatada algunos años atrás. Un hecho de tal naturaleza no podía pasar inadvertido para el cine y la película *El grito*, realizada por profesores y alumnos del Centro Universitario de Estudios Cinematográficos de la UNAM (fundado en 1963 por iniciativa de Manuel González Casanova) se erigió como un fiel registro de los principales acontecimientos que dieron sentido a tal proceso, mismo que cimbró al sistema político mexicano como ningún otro movimiento lo había logrado desde las ya lejanas épocas de la "cruzada vasconcelista". Cada día queda más

[3] Cabe aclarar que esta autora basa tales afirmaciones en los resultados del ensayo "Industrialización, capital extranjero y transferencia de tecnología: la experiencia mexicana, 1930-1985" (Wionczek, 1986: 550-556).

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

claro que detrás de las demandas enarboladas por los jóvenes del 68 (ciertamente muy diferentes a los personajes despolitizados que venía mostrando el cine mexicano en las películas antes mencionadas) había un afán por democratizar la cultura nacional, a fin de ponerla al día con la realidad de un país que ya para entonces podía considerarse plenamente integrado a las transformaciones sufridas en el mundo occidental. La brutal represión contra el Movimiento Estudiantil Popular reveló el lado profundamente paternalista y autoritario del Estado mexicano, que de esta forma quedó muy desacreditado en el plano internacional.

III

Correspondió al gobierno de Luis Echeverría Álvarez intentar restituir la deteriorada imagen de ese Estado por lo que no se puede dejar de reconocerse que la respuesta por parte de los altos mandos del país fue inmediata. Y pese a su carácter reformista y demagógico, la llamada "apertura democrática" promovida durante el sexenio echeverrista implicó una mayor intervención estatal en varios aspectos de la economía, entre ellos en el sector de la producción fílmica, primero mediante una política de privilegio de créditos establecida por el Banco Nacional Cinematográfico en beneficio de aquellos empresarios que se aventuraran a financiar las películas filmadas por integrantes de una nueva generación de cineastas, y después gracias a la creación de varias empresas de capital mayoritariamente estatal.[4] De esta forma, tomando como modelo el caso de la cinematografía francesa, en el que, gracias al estímulo de la política cultural establecida por el escritor André Malraux, entre 1959 y 1962 habían logrado debutar alrededor de 160 nuevos directores,[5] la industria cinematográfica mexicana se nutrió y abrió de manera definitiva a un considerable número de realizadores provenientes del cine independiente cultivado durante los años cincuenta y sesenta (incluidos los concursos de cine experimental y los concursos de cine en súper 8); del Centro Universitario de Estudios Cinematográficos (CUEC) y escuelas de cine del extranjero; de otros sectores como el teatro de vanguardia y el periodismo y la radio culturales, y de algunos jóvenes que

[4] Paran un estudio pormenorizado de ese proceso de virtual estatización de la industria fílmica nacional puede consultarse en Costa, 1988.

[5] Esta cifra ha sido consignada por Monterde, 2004: 18.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

habían logrado debutar en la industria de manera excepcional y que se sentían impelidos a hacer nuevas propuestas temáticas y estéticas. Fueron ellos quienes habrían de intentar plasmar en las pantallas las nuevas formas de cultura e identidad vividas y demandadas por una sociedad cada vez más compleja y por lo tanto requerida de un medio fílmico que estuviera a la altura de la situación no sólo nacional sino internacional. Y aunque en un principio buena parte de ese "nuevo cine mexicano" estuvo mediado por su fuerte dependencia del patrocinio estatal, que de esta manera autojustificó en las pantallas los relativos logros de la "apertura democrática" echeverrista, tales objetivos fueron alcanzados cuando menos por algunas de las obras realizadas con base en esa fórmula, pero también por algunas otras filmadas al margen del sistema industrial.

En términos cinematográficos, esas nuevas identidades se desplegaron por medio de la conformación de novedosos enfoques sobre los más diversos procesos y aspectos del México de la era post68. Imposibilitados para abarcar todos esos aspectos en un trabajo de este tipo, nos concentraremos en los que pueden considerarse más significativos y representativos.

IV

Si tomamos en cuenta la anemia que en materia de temas políticos caracterizó al cine mexicano del largo periodo que va de 1930 a 1967, no dejaría de sorprender el *boom* que de ese tipo de manifestación fílmica surgiría en los últimos dos años del sexenio de Gustavo Díaz Ordaz y, sobre todo, en la década de los setenta. En parte esa anemia se explica por el peso de la censura, misma que se había dejado sentir con todo rigor en los casos de cintas como *Espaldas mojadas* (Alejandro Galindo, 1953), la ya mencionada *El brazo fuerte*, *La rosa blanca* (Roberto Gavaldón, 1961) y, sobre todo, *La sombra del caudillo*, obras que abordaron temas punzantes que, de alguna u otra manera, terminaron por cuestionar la estructura política y social imperante.

Tras la realización y difusión de *El grito* (1968-1970), cuyo crédito de dirección finalmente se atribuyó a Leobardo López Aretche, sobrevino un inusitado número de filmes políticos y de "toma de conciencia" política que, primero desde fuera de la industria y luego ya dentro de ella, registraron y plantearon diversos aspectos de las relaciones de poder a lo largo y ancho del país, siempre en la busca de desarrollar una nueva cultura cinematográfica que ahora sí contribuyera a los cambios que en ese entonces se

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

antojaban inminentes. Uno de los puntos de partida de ese nuevo cine político mexicano fue el documental *Aquí México* (1970), de Óscar Menéndez, que, filmado de forma clandestina, denunciaba la oprobiosa situación padecida por los presos políticos del 68 en el siniestro penal de Lecumberri. También en 1970, un grupo encabezado por Víctor Fosado, Leopoldo Ayala Blanco y el mismo Óscar Menéndez marcó la pauta para la organización de una serie de concursos de cine independiente en formato súper 8, en los que destacaron películas referidas a la violenta represión en contra de los militantes del Movimiento Estudiantil Popular, en su mayoría jóvenes de la clase media que había sido la principal beneficiaria del modelo político posrevolucionario. En el primero de aquellos concursos pudo verse un filme como *Mi casa de altos techos*, de David Celestinos, corto de 23 minutos de duración en el que se exponían las preocupaciones de un par de estudiantes de la Escuela de Artes Plástica de San Carlos ante la situación política derivada del las movilizaciones del 68 y la afanosa búsqueda de ambos por contribuir a engendrar una nueva cultura pictórica, completamente ajena a las directrices de la cultura oficial.

Entre 1971 y 1974 se celebran nuevos concursos así como diversas muestras, festivales y talleres en dicho formato, lo que a su vez dio pie a la organización de algunos colectivos; el más fecundo e importante de ellos se autodenominó Cooperativa de Cine Marginal, fundada por un grupo de realizadores disidentes y radicales encabezado por Enrique Escalona, Gabriel Retes, Paco Ignacio Taibo hijo, Víctor Sanen y Jesús Dávila, quienes de inmediato se dispusieron a filmar una serie englobada bajo el título de *Comunicados de insurgencia obrera*, que a la postre resultaría el primer caso de cine hecho en México con claros propósitos de militancia política al concebir la praxis fílmica como un medio para contribuir a la lucha revolucionaria del proletariado nacional. Pero a diferencia de lo ocurrido en otros países de América Latina y en vista de las circunstancias políticas de aquel momento, esa militancia estuvo comprometida no tanto con las líneas de algún partido de izquierda en lo particular, sino sobre todo con las más diversas causas del movimiento obrero a lo largo y ancho del país.[6] Así, las

[6] El breve pero importante movimiento de cine en súper 8 ocurrido en el México de principios de los setenta ha sido objeto de atención e indagación histórica por parte de investigadores como María Guadalupe Ochoa (2007), en un libro que reúne diversos artículos acerca del tema y Álvaro Vázquez Mantecón (2008), cuyo volumen antológico de cintas en dicho formato incluye el interesante artículo "Contracultura e ideología en los inicios del cine mexicano en súper 8".

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

poco más de 20 cintas de cortometraje realizadas por la Cooperativa de Cine Marginal entre 1971 y 1972 se propusieron llevar a cabo un registro puntual de la lucha y organización obreras que por entonces pretendían romper de una vez por todas con el corrupto y manipulador sindicalismo oficial encarnado por la adusta figura de Fidel Velázquez Sánchez, el sempiterno líder de la Confederación de Trabajadores Mexicanos.

De forma paralela a las experiencias de la Cooperativa de Cine Marginal brotaron otras cintas que, realizadas tanto dentro como al margen de la industria en formatos profesionales y semiprofesionales, también registraron algunos avances en el proceso de las nuevas demandas y formas de lucha por parte de los sectores sociales largamente sojuzgados hacia el interior de la estructura sociopolítica que caracterizó al país durante varias décadas. Ejemplo de ello serían los casos de los documentales *Al descubierto* (Mitl Valdez, 1971), *Testimonio de un grupo* y *Reflexiones* (Eduardo Maldonado, 1971 y 1972, respectivamente), *Chihuahua, un pueblo en lucha* (Taller de Cine Octubre del CUEC, 1972-1975), *Vendedores ambulantes* (Taller de Cine de la Universidad Autónoma de Puebla, 1973), *Atencingo* (Eduardo Maldonado, 1973), *Productividad* (Víctor Kuri, 1973), *Los albañiles* y *Explotados y explotadores* (Taller de Cine Octubre del CUEC, 1974), así como de varias cintas de ficción: *El encuentro de un hombre solo* (Sergio Olhovich, 1973), *Derrota* (Carlos Gonzáles Morantes, 1973), *Auandar Anapu* (Rafael Corkidi, 1974), *Meridiano 100* (Alfredo Joskowicz, 1974) y *Apuntes* (Ariel Zúñiga, 1974). También seguirían realizándose películas que, desde diversos enfoques, reflexionaban sobre las secuelas del Movimiento Estudiantil por medio de personajes que viven en situaciones límite y en incesante búsqueda de otras formas de vida, necesariamente opuestas a las petrificadas convenciones asociadas al *establishment*. Tales vinieron a ser los casos de *Crates* (Alfredo Joskowicz, 1971), *Quizá siempre sí me muera* (Federico Weingartshofer, 1970), *Tómalo como quieras* (Carlos González Morantes, 1970), *El cambio* (Joskowicz, 1972) y *Todo en el juego* (Rubén Moheno, 1972), no por casualidad realizados por integrantes de las diversas generaciones que coincidieron en el CUEC durante los años posteriores a la conclusión de *El grito*. El despliegue de cine político constituido por todos los títulos mencionados en este apartado, reveló de forma inequívoca la apremiante necesidad de expresar en el medio fílmico las diversas líneas y tentativas ideológicas que intentaban escapar de la retórica oficial para proponer, de manera implícita o explícita, nuevas alternativas a ella.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Y por fin, en 1975, el cine industrial patrocinado por el Estado produce *Canoa*, película basada en el caso del atroz linchamiento perpetrado en contra de un pequeño grupo de trabajadores de la Universidad de Puebla durante la etapa de mayor efervescencia del Movimiento Estudiantil de 1968. Rescatado de las notas de prensa amarillista por el crítico y guionista Tomás Pérez Turrent, el caso dio pie para que su director, Felipe Cazals, realizara una de sus mejores y más contundentes obras de carácter político al denunciar de manera directa la capacidad de manipulación de la Iglesia, siempre al acecho para fortalecer sus intereses aprovechando la miseria campesina que se mantiene incólume a lo largo y ancho del país muchas décadas después de la gesta revolucionaria iniciada por Madero en 1910. Al igual que en *La sombra del caudillo*, la dimensión alegórica del filme de Cazals también alcanzó para cuestionar al gobierno mismo que en esta ocasión la financió por medio de una las empresas creadas ex profeso para producir el cine que hiciera eco a la "apertura democrática". Desde su respectivo flanco, *Canoa* marcó un nuevo hito en la cultura política del país toda vez que reabrió la polémica acerca del papel político jugado por las jerarquías eclesiásticas al tiempo que permitió vislumbrar con mayor claridad los límites que el cine industrial podía imponer a ese tipo de manifestaciones. En ese mismo año, Eduardo Maldonado culmina la realización del documental independiente *Una y otra vez*, reportaje magistral acerca de los típicos métodos empleados por el sindicalismo oficial, en este caso representado por el Sindicato de Trabajadores de Pemex, para cooptar y disolver la intensa y prolongada lucha emprendida por un grupo de trabajadores en contra de sus corruptos líderes. Entre otras cuestiones lacerantes, el testimonio de Maldonado reveló, pues, el estado de aguda putrefacción imperante en el medio laboral mexicano y, por tanto, la urgente necesidad de trasformar el estado de cosas. Puede decirse entonces que con *Canoa* y *Una y otra vez* el cine político mexicano alcanzó una gran capacidad para situarse muy lejos de la perspectiva oficial y en tal sentido asumió un papel mucho más relevante en el lento proceso democrático que el país comenzó a partir de esos años.

Nuevos y en buena medida más contundentes ejemplos de cine político continuaron haciéndose en el periodo 1976-1983, ello como una inmediata réplica de vanguardia al proceso que llevó a la reforma política establecida por el gobierno de José López Portillo, misma que impulsó la organización e institucionalización de grupos y partidos de izquierda. Imbuido de la perspectiva de este último sector, el documental de ese tipo

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

alcanzó su etapa de esplendor con títulos como *Jornaleros* (Eduardo Maldonado, 1977), *La experiencia viva* (Gonzalo Infante, 1977), *Migraciones* (Bosco Arochi, 1977-1980), *Puebla hoy* (Paul Leduc, 1978), *Iztacalco, Campamento 2 de octubre* (José Luis González, Alejandra Islas y Jorge Prior, 1978), *Tatlácatl (La lucha)* (Ramón Aupart, 1979), *Chapopote (Historia de petróleo, derroche y mugre)* (Carlos Mendoza y Carlos Cruz, 1979), *Huchari Uinapekua (Nuestra fuerza)* (Javier Téllez García, 1980), *El chahuistle* (Carlos Mendoza y Carlos Cruz, 1981), *Charrotitlán* (Mendoza y Cruz, 1882), *¡Los encontraremos! (Represión política en México)* (Salvador Díaz Sánchez y Carlos Mendoza, 1982), y *Juchitán, lugar de flores* (Díaz Sánchez, 1983). Cabe mencionar que la trilogía realizada por Mendoza y Cruz se convirtió en excelente ejemplo de un cine militante en sentido estricto, ya que ambos realizadores se integraron al Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), justamente una de las primeras organizaciones de izquierda que en buena medida respondieron a la convocatoria lanzada por el gobierno federal a través de la reforma política. El valor agregado de esas tres cintas fue su enfoque, pletórico de humor e ironía, que hizo tabla rasa de las prácticas oficiales en materia de explotación petrolera, estrategia oficial para superar la dependencia alimenticia y el "charrismo" sindical.

V

De forma más o menos paralela a todas las manifestaciones mencionadas en la sección anterior, también se cultivó un cine que, con resultados estéticos de lo más diverso, se mostró preocupado por el tema la desigualdad social, acaso el problema más antiguo y lacerante que arrastra la sociedad mexicana desde la época colonial hasta nuestros azarosos días de "espejismo democrático" (Lorenzo Meyer, *dixit*), mismo que ya había sido materia de filmes clásicos como el díptico integrado por *Nosotros los pobres* y *Ustedes los ricos* y, sobre todo, en la ya citada *Los olvidados*, una de las obras maestras mexicanas de Luis Buñuel. Concluido el Movimiento Estudiantil Popular de 1968, correspondió a Gustavo Alatriste (otrora productor de las últimas cintas mexicanas importantes del mismo Buñuel) reiniciar la exploración de dicho tema con las cintas *Los adelantados* (1969) y *QRR (Quien resulte responsable)* (1970), un par de documentales que pese a sus marcadas limitaciones y defectos de perspectiva representaron un notable avance en la exposición de la marginación padecida por los habitantes del agro y

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

la urbe, respectivamente. Ejemplos del tipo de "cine directo" que comenzó a cultivarse por aquella época, ambas cintas de Alatriste marcaron un sendero regido por claros afanes de denuncia mediante el valiente y valioso testimonio recogido in situ en comunidades lastradas por la miseria y el rezago cultural acumulado durante varios sexenios de gobiernos emanados de la Revolución mexicana.

Si bien es cierto que en manos de Alatriste las formas de desigualdad social darían pie a un cine de ficción profundamente demagógico y hasta profascista (véanse *Victorino: Las calles no siembran*, *México, México, ra, ra, ra*, *En la cuerda del hambre* y *México, México, ra, ra, ra II parte: La grilla*, filmadas entre 1972 y 1978), otros realizadores mexicanos supieron aprovechar la coyuntura abierta por el régimen echeverrista para mostrar otras aristas de dicho fenómeno. El tema alcanzaría su nivel más alto de expresión y contundencia en el mediometraje *Caridad* (1973), realizado por Jorge Fons, integrante de la primera generación de alumnos del CUEC, como parte de la cinta de episodios *Fe, esperanza y caridad*. Pero a diferencia de los otros filmes que integran la trilogía, hay en *Caridad* un magistral uso de la ironía para derivar de una de las "virtudes teologales" un relato que no otorga concesiones al espectador, quien se vuelve testigo de los lacerantes resultados del acto caritativo emprendido por una anciana, estupendamente encarnada por Sara García, la inolvidable "Abuelita del cine mexicano". Siempre influido por los principios rectores del Neorrealismo italiano, tres años después Fons reincidirá en el tema con el largometraje *Los albañiles*, versión fílmica del texto homónimo de Vicente Leñero. Menos impresionante que la anterior cinta del realizador, *Los albañiles* describe con suficiente rigor el mundo de los trabajadores de la construcción, explotados, empobrecidos, manipulados y desorganizados, como la gran mayoría de los integrantes del proletariado que habita en territorio nacional. En un claro aunque menos eficaz intento por continuar en esa misma línea, Fons llevaría a la pantalla una adaptación de *El callejón de los milagros* (1994), la magistral novela del egipcio Naguib Mahfuz. Por su parte, el ya mencionado Gabriel Retes lograría debutar en los terrenos del cine industrial con *Chin Chin el teporocho* (1975), filme basado en un insólito relato del escritor tepitense Armando Ramírez acerca de las desventuras de un paria alcohólico que aspira a simbolizar al sector más degradado del lumpenproletariado urbano. Pese a asumir una perspectiva amarillista y a veces truculenta, la cinta de Retes tuvo en su momento el indudable mérito de hurgar a fondo en los espacios típicos del barrio bajo para revelar el México que se debate

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

en la más abrumadora miseria cotidiana reciclando una condición infrahumana. Concebida como metáfora de una especie de inevitable revuelta lumpenproletaria, *Flores de papel* (1977), del mismo Gabriel Retes, conjugó las respectivas tramas de dos obras teatrales del dramaturgo chileno Egon Wolf (*Los invasores* y *Flores de papel*) para preconizar el mundo apocalíptico causado por las abismales diferencias sociales en la nueva fase de expansión de la pobreza tras la aplicación de las políticas neoliberales durante los sexenios de Miguel de la Madrid Hurtado y Carlos Salinas de Gortari. De esta forma, tanto Fons como Retes se revelaron como los cineastas de su generación más preocupados por aproximarse con seriedad a algunas de las complejas y diversas aristas de la desigualdad social, tema también abordado en filmes realizados de manera independiente como *Bajo el mismo sol y sobre la misma tierra* (Federico Weingartshofer, 1980) y *Oye, Rey…, ¿a dónde vamos? (Amacueca)* (Francisco Chávez Guzmán, 1980), trabajos mucho más logrados que la plétora de obras de carácter industrial que más o menos por la misma época se dedicaron a medrar con el tema de la pobreza urbana o campesina desde un ángulo sensiblero y por tanto carente de algún cuestionamiento de fondo: *Perro callejero* y *Perro callejero 2* (Gilberto Gazcón, 1979 y 1980), *¡Que viva Tepito!* (Mario Hernández, 1980), *La esperanza de los pobres* (Rubén Galindo, 1980), *De pulquero a millonario* Alfredo B. Crevenna, 1980), *Ángel del barrio* (José Estrada, 1980), *Maldita miseria* (Julio Aldama, 1980), *El milusos* y *El milusos 2* (Roberto G. Rivera, 1982 y 1983), *Mexicano, tú puedes* (José Estrada, 1983), *Ratas de la ciudad* (Valentín Trujillo, 1984), *¿La tierra prometida? (La dulce esperanza)* (Rivera, 1985), etcétera.

Fue así como, saltando de sexenio en sexenio mientras la crisis social y política sentaba sus reales a lo largo y ancho del territorio nacional, la marginación en el cine mexicano fue adquiriendo rasgos de identidad más definidos con películas filmadas por una nueva generación de cineastas, algunos de ellos también egresados del Centro de Capacitación Cinematográfica, la segunda escuela de cine del país. De la nada despreciable cantidad de obras que, en los terrenos de la ficción o el documental y en formatos y duraciones de lo más diverso, han apuntado con seriedad los acuciantes fenómenos que configuran el tema de marras, vale la pena destacar los casos de *Diamante* (1984) y *Lilí* (1988), ambas de Gerardo Lara; *Los motivos de Luz* (1985), de Felipe Cazals; *Dime algo por última vez* (1985), de Rebeca Becerril; *Jijos de la crisis* (1985), de Carlos Mendoza; *La banda de los Panchitos* (1986), de Arturo Velasco; *Mal de piedra* (1986), de Federico Chao; *Pe-*

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

penadores (1992), de Rogelio Martínez Merling; *Lolo* (1992), de Francisco Athié; *Hasta morir* (1994) y *Ciudades oscuras* (2002), ambas de Fernando Sariñana; *De la calle* (2001), de Gerardo Tort; *Clepsidra* (2003), de Andrés García; *Don de Dios* (2003), de Fermín Gómez Lara; *Trópico de Cáncer* (2004), de Eugenio Polgovsky; *Voces de la Guerrero* (2004), de Antonio Zirión, Adrián Arce y Diego Rivera; *Un mundo maravilloso* (2006), de Luis Estrada, e *Hijos ausentes* (2007), de Yolanda Cristina Núñez Toscano. Se trata de un grupo de películas que, en su conjunto, nos brindan una explicación muy directa y en buena medida concreta de los perniciosos efectos que la enorme brecha de desigualdad ha producido en la sociedad mexicana durante las últimas décadas, problema que sigue esperando la solución prometida en cada ciclo de renovación gubernamental.

VI

Otro de los escenarios en los que el cine mexicano cambió sus métodos para representar las formas de identidad es el referido a la cultura étnica. Si desde la cada vez más lejana época posrevolucionaria los diversos grupos indígenas se convirtieron en vehículo para fundar una nueva nacionalidad, tan urgente como necesaria para aquel momento histórico, en el periodo que siguió al año axial de 1968 el problema de las etnias y el concomitante problema del racismo interno que va ligado a ellas también debió ser enfocado de forma diferente. Con antecedentes tan valiosos como los que en su momento constituyeron los casos de *Janitzio* (Carlos Navarro, 1934), *Amanece en el erial* (Rolando Aguilar, 1937), *El indio* (Armando Vargas de la Maza, 1938), *Raíces* (Benito Alazraki, 1953) y *Macario* (Roberto Gavaldón, 1960), el nuevo cine indigenista mexicano arranca con la loable trilogía integrada por *Él es Dios* (Guillermo Bonfil y Ángel Muñoz), *Semana Santa en Tolimán* (Alfonso Muñoz, 1968) y *El día de la boda* (Muñoz, 1968), serie de documentales etnográficos producida por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, y proseguirá con el largometraje de ficción *Mictlán, la casa de los que ya no son*, filmado por Raúl Kamffer, ex alumno del CUEC, y *Ayautla* (1972), sobrio testimonio de José Rovirosa realizado en la órbita de la misma escuela de cine de la UNAM. A partir de esas experiencias pioneras ya ubicadas en el nuevo contexto sociocultural que brotó de manera concomitante al Movimiento Estudiantil de 1968, se iniciaría un intenso periplo para redescubrir las culturas étnicas en su especificidad, tratando, en los

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

mejores casos, de aproximarse a ellas despojados de las perspectivas mistificadoras y oficialistas que, sólo en contadas excepciones, habían caracterizado al cine nacional del periodo clásico. Sin duda, tanto el cine patrocinado por el Estado durante el sexenio de Luis Echeverría como la creación de diversas instituciones de producción documental (Centro de Producción de Cortometraje de los Estudios Churubusco, Cine Difusión de la Secretaría de Educación Pública, Archivo Audiovisual del Instituto Nacional Indigenista) contribuirían a darle una dimensión más seria y rigurosa a esa nueva tendencia durante la que fue la mejor y más floreciente etapa del subgénero. *Los que viven donde sopla el viento suave* (Felipe Cazals, 1973), registro de las atroces condiciones de vida de los seris, habitantes de la Isla Tiburón; *Juan Pérez Jolote* (Archibaldo Burns, 1973), ejemplar adaptación de la novela homónima del destacado antropólogo Ricardo Pozas ubicada en la región chamula; *Etnocidio: notas sobre el Mezquital* (Paul Leduc, 1976), que exponía el deterioro social y cultural de los otomíes del estado de Hidalgo; *Judea* (1973), *Hikuri Tame: Peregrinación del peyote* (1977), *Flor y canto* (1978), *María Sabina, mujer espíritu* (1978), *Tesgüinada. Semana Santa Tarahumara* (1979) y *Poetas campesinos* (1980), todas realizadas por Nicolás Echeverría, quien de esta forma se reveló como el cineasta más dotado y preocupado para rescatar los ritos y la espiritualidad del "México profundo"; *La música y los mixes* (Óscar Menéndez, 1978), notable testimonio acerca de la cultura musical entre uno de los grupos tradicionales de Oaxaca; *La montaña de Guerrero* (Alberto Cortés y Alfonso Muñoz, 1980), análisis de la vida y costumbres de los nahuas, tlapanecos y mixtecos que pueblan una amplia región del suroeste del país; *Mitote tepehuano* (Rafael Montero, 1980), realizado en los terrenos agrestes de la Sierra Madre Oriental de Durango; *La tierra de los tepehuas* (Alberto Cortés, 1982), sobre una masacre cometida contra miembros de una de las etnias más combativas de la zona indígena de Puebla; *Laguna de dos tiempos* (Eduardo Maldonado, 1982), a propósito de la inminente transformación de la cultura nahua como secuela del desequilibrio ecológico en la región de Minatitlán, Veracruz; *Piowachuwe (Vieja que arde)* (Juan Francisco Urrusti y Ana Piñó Sandoval, 1986), celebración fílmica de la historia mítica del cerro del Chichonal entre los zoques de Chiapas; *Pelea de tigres (Una petición de lluvias nahua)* (Alberto Becerril y Alfredo Portilla, 1987), espléndido retrato de ceremonias ancestrales que perviven como mecanismos de defensa ética en un mundo que se creía avasallado por la modernidad, y *Xochimilco* (Eduardo Maldonado, 1987), modesto intento por acercarse a las fiestas que dan su

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

sentido cultural a los pobladores de la devastada región lacustre del sur de la ciudad de México. Algo menguado durante los noventa debido a la pérdida del impulso que le daban las instancias estatales antes referidas y ahora desaparecidas gracias a la infausta política cultural de los gobiernos neoliberales, el cine indigenista y etnográfico mexicano resurgiría con cierto vigor en las respectivas obras de otra nueva generación de cineastas, como lo demuestran los excelentes ejemplos de *XV años en Zaachila* (Rigoberto Perezcano, 2002), lúcido y lúdico testimonio del sincretismo cultural en un pueblo cercano a la capital de Oaxaca; *La pasión de María Elena* (Mercedes Moncada, 2003), metódico análisis emanado de la confrontación de los sistemas de justicia indígena y oficial, y *El Rey de Zinacantán* (Antonio Coello, 2003), puntual recreación de una ancestral leyenda preservada en el seno de una de las etnias ubicadas en Los Altos de Chiapas.

VII

Durante mucho tiempo relegadas a un segundo o tercer plano por parte de las instancias oficiales, la cultura fronteriza y la cultura chicana cobrarían una importancia definitiva a partir de la década de los setenta, gracias a lo cual no tardaron en llamar la atención de los cineastas mexicanos, ello sin menoscabo de precedentes tan remotos como *El hombre sin patria* (1922), de Miguel Contreras Torres, o relativamente más próximos como *Espaldas mojadas* (Alejandro Galindo, 1953), *Los desarraigados* (Gilberto Gazcón, 1958) y *El pocho* (Eulalio González, 1969), por no hablar de los orígenes mismos del cine chicano con las obras pioneras de Luis Valdez (*I am Joaquín*, 1967, evocación del poema homónimo de Ricardo *Corky* González), Jesús Salvador Treviño (*Yo soy chicano* y *La raza unida*, ambas de 1972) y José Luis Ruiz (*Los vendidos*, 1972, a partir de una obra teatral del mismo Luis Valdez). Y es que ambas formas culturales de pronto se revelaron como otros espacios privilegiados de la nueva identidad nacional, ello como consecuencia de la directa y cotidiana confrontación con los principales signos, valores y símbolos del *American way of life*.

Si en un principio la búsqueda de una nueva identidad fronteriza y chicana en el medio fílmico tuvo que ver más con afanes simplemente mercantiles (los que brindaba un amplio mercado constituido por mexicanos emigrados de manera legal o ilegal a Estados Unidos), esto mediante títulos como *De sangre chicana* (Joselito Rodríguez Jr., 1973), *Soy chicano y mexica-*

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

no (Tito Novaro, 1974), *El chicano justiciero* (Fernando Osés, 1974) o *Contrabando y traición (Camelia la Texana)* (Arturo Martínez, 1976), a fines del sexenio echeverrista brotarían cuando menos tres títulos que, por sus intenciones o logros respectivos, plantearon problemas de forma y fondo en lo que a esos tópicos se refiere. En *Hermanos del viento* (Alberto Bojórquez, 1975) se intentaba la reivindicación histórica de los mexicanos y mexicanas que se quedaron a vivir del otro lado de la frontera luego de la forzada anexión de California, Texas, Arizona y Nuevo México al territorio de Estados Unidos, con el declarado afán de combatir al poderoso enemigo y así preservar la despojada nacionalidad del otro lado del río Bravo; en *Chicano* (1975), su director Jaime Casillas hacía un elogio de la lucha emprendida por los trabajadores agrícolas encabezados por Reyes López Tijerina y César Chávez, comandantes del otrora denominado *Chicano Power*, y en la excelente *Raíces de sangre* (1976), el ya mencionado Jesús Salvador Treviño planteaba los problemas de la identidad chicano-mexicana en el marco de la toma de conciencia de clase en ambos lados de la frontera y como parte sustancial para poder vincular ambas culturas. No está de más advertir que la referida trilogía fue patrocinada por las empresas estatales creadas ex profeso por el gobierno de Luis Echeverría y que uno de los realizadores, Alberto Bojórquez, había hecho estudios en el CUEC.

Desde fines de los setenta a principios de los noventa, de manera concomitante al desarrollo de una reducida pero sólida cinematografía chicana (que en ese mismo periodo alcanzó plena madurez con películas como *Una vez en la vida*, de Alejandro Grattan; *Zoot Suit/Fiebre latina*, de Luis Valdez; *El Norte*, de Gregory Nava; *Un pícaro en Los Ángeles*, de Ricardo Cheech Marín; *Con ganas de triunfar*, de Ramón Menéndez, etc.), el cine mexicano seguirá explorando (y explotando) el tema de la identidad en una nueva saga de filmes ubicados en la frontera norte o del otro lado de ella. Por lo que respecta a la vertiente comercial, se agregarían títulos del tipo *Atacan los karatecas (El chicano karateca)* (Federico Curiel, 1977), *Del otro lado del puente* (Gonzalo Martínez Ortega, 1978), *Contrabando por amor (Chicano brothers)* (Fernando Durán, 1978), *La noche del Ku Klux Klan* (Rubén Galindo, 1978), *Ilegales y mojados* (Alfredo B. Crevenna, 1978), *Frontera brava* (Roberto Rodríguez, 1979), *La mafia de la frontera* (Jaime Fernández, 1979), *La ilegal* (Arturo Ripstein, 1979), *Las braceras* (Fernando Durán, 1980), *El muro de la tortilla* (Crevenna, 1980), *El chicano vengador* (Rafael Pérez Grovas, 1990) y un largo etcétera. Incluso a varios de los representantes del entonces cada vez más precario star system industrial

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

(Santo el Enmascarado de Plata, La India María, Pedrito Fernández y Rosa Gloria Chagoyán) se les confeccionaron historias *ad hoc* situadas en la franja fronteriza o más allá de los márgenes de río Bravo: *Santo en la frontera del terror* (Rafael Pérez Grovas, 1979), *Okay, mister Pancho* (Gilberto Martínez Solares, 1979), *Mamá solita* (Miguel M. Delgado, 1980) y *Lola la trailera* (Raúl Fernández, 1983), respectivamente. Cabe aquí aclarar que ese tipo de cintas constituyeron un modelo cinematográfico que por lo común planteaba los aspectos de la identidad nacional en sus formas más tradicionales, pueriles y burdas, pues casi siempre se manejaban visiones maniqueas (mexicanos buenos victimados por gringos malos) y por lo tanto incapaces de penetrar en los problemas planteados con suficiente rigor. Aun así, creemos que ese tipo de cintas en alguna medida contribuyó a que los mexicanos emigrados a Estados Unidos encontraran en pantalla algún reflejo de sus vicisitudes en la búsqueda de una nueva vida en espacios no considerados como propios.

Otras rutas expresivas en torno a la identidad nacional tal como se plantea y vive en la región fronteriza y del otro lado del trazo divisorio entre ambos países fueron marcadas por Alfonso Arau en la jocosa comedia *Chicano Power* (1979); por José Luis Urquieta en el buen melodrama *El puente (La vida de un latino en los Estados Unidos)* (1984) y por Ernesto Rimoch en el sobrio documental *La línea* (1992). A pesar de sus respectivas limitaciones de enfoque, esas tres cintas al menos intentaron proponer una mirada más compleja acerca de la condición de esa nueva y amplia cultura desarrollada en torno a la frontera y sobre todo en las más diversas zonas del territorio estadounidense, cultura que forma parte de la cada vez más poblada comunidad hispana que, de acuerdo con datos ofrecidos por la Oficina de Censos de Estados Unidos el 1 de mayo de 2008, estaría integrada por cerca de 45 450 000 de personas, de las cuales un alto porcentaje (alrededor de 65%) son de origen o ascendencia mexicanos.

VIII

Aunque los precedentes de una nueva cultura femenina y feminista en México se puedan ubicar con cierta claridad en los años postreros de la fase armada de Revolución mexicana con la organización del Congreso Feminista celebrado en Mérida, Yucatán, una vez más podemos decir que dicha manifestación comienza a adquirir plena forma en la década de los setenta,

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

también como una de las consecuencias del impacto social provocado por el Movimiento Estudiantil del 68 y, más allá del contexto nacional, por la llamada "revolución cultural" que dio principio en aquella misma fecha en diversos países de Europa y en Estados Unidos. Poco más tarde irrumpirá en México un movimiento lésbico-gay con sus respectivas demandas por derechos a favor de otros tipos de preferencias sexuales. Fenómenos de esa naturaleza no podían ni debían pasar inadvertidos para el cine mexicano, sobre todo si ahora se trataba de dar voz y mayor participación a las mujeres y de plantear nuevos puntos de vista sobre la política en materia de sexualidad.

Sin tomar mucho en cuenta los casos excepcionales que en su respectivo momento representaron los loables trabajos de las precursoras del cine femenino y feminista en nuestro país (las hermanas Adriana y Dolores Elhers, Mimí Derba, María Cantón, Cándida Beltrán Rendón, Adela Sequeyro *Perlita*, Elena Sánchez Valenzuela, Matilde Landeta, Eva Limíñana *Duquesa Olga*, Carmen Toscano, Lola Álvarez Bravo y Aurora Eugenia Latapí), del seno del CUEC surgirán las primeras dos realizadoras a las que puede considerarse como pioneras de toda una nueva tendencia por venir: Esther Morales, que entre 1964 y 1968 filmó el corto *Pulquería La Rosita*, de marcado estilo neorrealista, y Marcela Fernández Violante, quien debutó en 1967 con el corto intimista *Azul*, para después acometer *Frida Kahlo* (1972), un interesante minidocumental acerca de la gran pintora surrealista mexicana. Así, contando con el apoyo de instancias oficiales, a finales del sexenio echeverrista ya se habían filmado en México cuatro largometrajes dirigidos por mujeres: *De todos modos Juan te llamas* (1974) y *Cananea* (1976), ambos de Fernández Violante, *México de mis recuerdos* (1976), de Nancy Cárdenas, y *Ronda Revolucionaria* (1976), de Carmen Toscano, estos dos últimos en forma de documentales "de montaje". Ello además de que por esa misma época dieron principio las actividades formales del Colectivo Cine-Mujer, primero en su género en México, mismo que, comandado por Rosa Martha Fernández, filmó el docudrama *Cosas de mujeres* (1975-1978), mediometraje en torno al tema candente del aborto, asumido desde una perspectiva estrictamente feminista.

El hecho es que en los últimos 30 años el cine mexicano realizado por mujeres vino a significar uno de los fenómenos audiovisuales de mayor relevancia a más de que alcanzó buenos resultados en los planos temático y estético. Sobre la base de lo logrado en los primeros años de los setenta, tan sólo entre 1977 y 1980 tanto la nómina de mujeres realizadoras como

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

las obras filmadas por ellas se incrementaron de manera considerable, sobre todo dentro de los parámetros de los ejercicios llevados a cabo en las escuelas de cine y de la producción independiente, incluido el formato súper 8. A los casos de Marcela Fernández Violante, que en el mencionado periodo logró realizar otros dos largometrajes profesionales (*Misterio* y *En el país de los pies ligeros*), y de Rosa Martha Fernández (que en 1979 filmó el mediometraje *Rompiendo el silencio*), se agregaron entonces los de Rosario Hernández Herrera (*El desayuno*, 1977; *La hermana enemiga*, 1979), Margarita Suzán (*El tiempo del desprecio*, 1977; *Historia del cine*, 1977; *Lina Werthmüller*, 1977), Maribel Vargas (*Más te vale, San Antonio*, 1977; *La misma vieja historia*, 1978), Maryse Sistach (*Ajusco*, 1977; *Zelda*, 1977; *Habitación 19*, 1978; *¿Y si platicamos de agosto?*, 1980), Guadalupe Sánchez (*¿Y si eres mujer?*, 1977-1979), María Elena Velasco (*Desempleo*, 1978), Beatriz Mira (*Vicios en la cocina*, 1978; *Es primera vez*, 1980), Adriana Contreras (*Lecciones de poesía*, 1978; *Naturaleza muerta*, 1979), Magdalena Acosta (*Sólo un grito solo*, 1978), Gloria Ribé (*Monse*, 1978), Bertha Navarro (*Nicaragua, los que harán la libertad*, 1978; *Crónica del olvido*, 1979; *Victoria de un pueblo en armas*, 1980), Alejandra Islas (*La marcha*, 1977, en colaboración con Alberto Cortés y Juan Mora; *Iztacalco, Campamento 2 de octubre*, 1978, en colaboración con José Luis González y Jorge Prior; *La boquilla*, 1978; *La indignidad y la intolerancia serán derrotadas*, 1980, en colaboración con Alberto Cortés), María Antonieta Álvarez MacDonald (*Ensayos*, 1978), Busi Cortés (*Las Buenromero*, 1979; *Un frágil retorno*, 1980), Maripí Sáez de la Calzada (*¡A rezar!*, 1979), Dora Guerra (*Dos más uno cuatro*, 1979; *Hacer un guión*, 1979-1980), Silvia Piazza (*La mujer que llegaba a las seis*, 1979; *Los Horcones*, 1980), Carolina Fernández (*La vida toda*, 1979), Patricia Gilhuys (*La improbable Susanita*, 1980), Columba Domínguez (*Carnaval* y *Catemaco mágico*, ambas de 1980), Lilian Liberman (*Espontánea belleza*, 1980), Olga Cáceres (*Goitia*, 1980) y Sara Elías Calles (*Guadalupe Amor: un caso mitológico*, en colaboración con Claudio Isaac). En otras palabras, en tan sólo cuatro años irrumpieron 22 mujeres directoras, hecho inusitado en la historia del cine nacional, hasta entonces considerado territorio casi exclusivo de los hombres, al menos en lo que respecta a sus principales rubros creativos. Y sin duda que la variedad de temas y puntos de vista implícitos en todas esas películas, que van desde el intimismo femenino al documental de denuncia política pasando por el registro de las manifestaciones sociales del trabajo doméstico, la violación, la violencia urbana, el ejercicio de la prostitución, la exaltación de las costumbres autóctonas, la militancia femi-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

nista, el ensayo filmado sobre arte y cultura, el análisis del papel jugado por los medios de comunicación masiva, la opresión sexual y sicológica contra las mujeres, las modificaciones en los criterios del ejercicio de la maternidad y el papel en el matrimonio etc., conformaron nuevas formas de identidad y motivos de reflexión para los espectadores. Ello a pesar de que no todos esos filmes puedan considerarse obras plenamente logradas, ni mucho menos.

Entre 1981 y 2007 la lista de mujeres realizadoras se ha mantenido en constante crecimiento pero cabe aquí destacar a buena parte de quienes, las más de las veces contra viento y marea, lograron hacer películas de largometraje con un claro propósito de autoría fílmica y un sentido más o menos profesional y que, por tanto, resultaron más conocidas y muchas de ellas ganadoras de premios incluso en el plano internacional: Matilde Landeta (*Nocturno a Rosario*, 1991), Marcela Fernández Violante (*Nocturno amor que te vas*, 1987; *Golpe de suerte*, 1992; *Acosada*, 2000), María Novaro (*Lola*, 1989; *Danzón*, 1990; *El jardín del Edén*, 1993; *Sin dejar huella*, 2000; *La morena*, 2006), Adriana Contreras (*Historias de vida*, 1981; *La nube de Magallanes*, 1989), Busi Cortés (*El secreto de Romelia*, 1988; *Serpientes y escaleras*, 1991; *Las Buenrostro*, 2005), Maryse Sistach (*Los pasos de Ana*, 1988; *Anoche soñé contigo*, 1991; *La línea paterna*, 1995, en codirección con José Buil; *El cometa*, 1998, en codirección con Buil; *Perfume de violetas*, 2000; *La niña en la piedra*, 2006, en codirección con Buil; *El brassier de Emma*, 2007), Guita Schyfter (*Novia que te vea*, 1993; *Sucesos distantes*, 1994; *Las caras de la luna*, 2000; *Los laberintos de la memoria*, 2007), Dana Rotberg (*Intimidad*, 1989; *Ángel de fuego*, 1991; *Otilia Rauda*, 2000), María Elena Velasco La India María (*El coyote emplumado*, 1983; *Ni Chana ni Juana*, 1984; *Ni de aquí ni de allá*, 1987; *Se equivocó la cigüeña*, 1992), Eva López-Sánchez (*Dama de noche*, 1992; *…¿de qué lado estás?*, 2001), María del Carmen de Lara (*No les pedimos un viaje a la luna*, 1986; *En el país de no pasa nada*, 1999), Leticia Venzor (*El amor de tu vida, S.A.*, 1995), Sabina Berman e Isabelle Tardán (*Entre Pancho Villa y una mujer desnuda*, 1994), Alejandra Islas (*El círculo eterno: Eisenstein en México*, 1996; *Muxe´s: auténticas, intrépidas, buscadoras de peligro*, 2005), Gabriela Tagliavini (*Ladies' Nigth*, 2003), Lorena Villarreal (*Las lloronas*, 2004), etc. Por medio de los personajes femeninos que habitan en la mayoría de dichos filmes es posible detectar el profundo cambio de mentalidades e identidades que ha operado en las últimas décadas en lo que a la participación social, política y cultural de las mujeres se refiere.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

El digno complemento del proceso aludido en los párrafos anteriores ha sido la irrupción de un cine mexicano que ha logrado proponer una nueva mirada en torno a la problemática de la homosexualidad, tendencia fílmica que, con algunas excepciones (*El lugar sin límites*, 1977, de Arturo Ripstein, y *El hombre de la mandolina*, 1982, de Gonzalo Martínez Ortega), durante un buen tiempo tuvo como su único exponente a Jaime Humberto Hermosillo, para variar integrante de una de las primeras generaciones formadas en el CUEC. Desde *El cumpleaños del perro*, filmada en 1974, Hermosillo inició de manera todavía sutil una reflexión en torno de algunos asuntos concernientes a la represión contra la homosexualidad, mismos que desarrollará, con diversa fortuna, en varias de sus siguientes películas (*Matinée*, 1976; *Las apariencias engañan*, 1977; *Doña Herlinda y su hijo*, 1984; *eXXXorcismos*, 2002; *El Edén*, 2003), logrando con ello abrir los cauces para que ese tipo de cine alcanzara, ¡por fin!, su etapa plena y madura en la década de los noventa y lo que va de la presente. Sin embargo, habría que señalar que, de manera simultánea a su otrora condiscípulo en el CUEC Alberto Bojórquez (*Los meses y los días*, 1971; *Lo mejor de Teresa*, 1976; *Adriana del Río, actriz*, 1977; *Retrato de una mujer casada*, 1979; *Los años de Greta*, 1991), Hermosillo lograría también algunos de los más entrañables y transgresores personajes femeninos propuestos por el cine nacional de la era post 68, ello en filmes de la talla de *La verdadera vocación de Magdalena* (1971), *La pasión según Berenice* (1975), *Naufragio* (1977), *Idilio* (1978), *María de mi corazón* (1979) y *De noche vienes, Esmeralda* (1996).

Con una mirada más sólida y desprejuiciada en relación con el tema de la homosexualidad, a otros ex alumnos del CUEC correspondería tomar el relevo de Hermosillo en un plano más contundente, lo que en este caso implica la representación cinematográfica de una sensualidad específica aunada al gusto por la autenticidad. Ésas serían las principales características de las películas realizadas por Juan Hernández (*Por encima del abismo de la desesperación*, 1993), Roberto Fiesco (*Actos impuros*, 1993; *David*, 2005), Julián Hernández (*Largas noches de insomnio*, 1995; *Mil nubes de paz cercan el cielo, amor, nunca acabarás de ser amor*, 2003; *Vivir*, 2004; *El cielo dividido*, 2005; *Bramadero*, 2007) y Raúl Fuentes (*Yo estaba ocupada encontrando respuestas mientras tú simplemente seguías con la vida*, 2005), obras todas de una gran densidad estética pero, primordialmente, ubicadas a la altura del mejor cine gay filmado en otras latitudes, sobre todo en Europa, Canadá y Estados Unidos, siempre a la vanguardia en esa materia.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

A MODO DE CONCLUSIÓN

Las múltiples propuestas fílmicas esbozadas y enumeradas en las partes sustanciales de este capítulo dejan suficientemente claro que los cambios culturales que, a pesar de muchos factores en contra y a favor, han marcado la sociedad mexicana de las décadas más recientes, tienen su correspondiente registro cinematográfico y, por ello mismo, al menos una parte del cine hecho en nuestro país algo o mucho ha contribuido a la rápida metamorfosis de las identidades. Temas como el ejercicio de la política oficial y las correspondientes reacciones de la sociedad civil; los diversos matices de la nueva cultura étnica; la cultura fronteriza y el movimiento chicano; la irrupción del feminismo y la lucha por los derechos de las mujeres, y las modernas perspectivas sobre la homosexualidad y otras formas de erotismo, han motivado a su vez nuevos enfoques estéticos y temáticos de la praxis fílmica en México. Ese fenómeno ha ido aparejado con diversas estrategias de producción, distribución y exhibición, lo que ha implicado una lucha constante por recobrar o ganar espacios de difusión que permitan llegar a un mayor número de espectadores, pese a que durante los sexenios del llamado "modelo neoliberal" las salas del circuito comercial se han visto invadidas de nueva cuenta por altísimos porcentajes del cine "*made in Hollywood*". En la constante y nada fácil lucha por mantener y renovar nuestras formas de identidad, cuando menos una parte de la cinematografía mexicana ha jugado un papel importante y seguramente se mantendrá en ello.

REFERENCIAS

Amador, M.L., y J. Ayala Blanco, 1980. *Cartelera cinematográfica 1930-1939*. México, UNAM, pp. 276-277.

Brachet-Márquez, V., 1996. *El pacto de dominación. Estado, clase y reforma social en México (1910-1995)*. México, El Colegio de México.

Costa, P., 1988. *La "apertura" cinematográfica. México, 1970-1976*. Puebla, Universidad Autónoma de Puebla.

Dadek, W., 1962. *Economía cinematográfica*. Madrid, Rialp.

García Riera, E., 1987. *México visto por el cine extranjero*, vols. 1 y 2, México, Ediciones Era-Universidad de Guadalajara.

Monsiváis, C., 1976. Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX, en D. Cosío

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Villegas (coord.), *Historia general de México*, t. 2. México, El Colegio de México, pp. 1375-1548.

Monterde, J.E., 2004. Prólogo, en La Nouvelle Vague. *Sus protagonistas*. Barcelona, Paidós (La Memoria del Cine, 18).

Núñez Gorriti, V., 1998. *Cartelera cinematográfica peruana 1930-1939*. Lima, Universidad de Lima-Fondo de Desarrollo Editorial.

Ochoa, M.G., 2007. *El cine independiente, ¿hacia dónde?* México, ADOC-La Rana del Sur.

Vázquez Mantecón, A., 2008. *Superocheros. Antología del súper 8 en México* [DVD]. México, Filmoteca de la UNAM.

Vega Alfaro, E. de la, 2007. El cine mexicano como forma y fuente de la identidad nacional (1930-1949), en J. del Pozo Marx (coord.), *Nos vemos en el cine*. Jalisco, Gobierno del Estado de Jalisco-UNIVA, pp. 17-39.

Wionczek, M.S., 1986. Industrialización, capital extranjero y transferencia de tecnología: la experiencia mexicana, 1930-1985, *Foro Internacional* **XXVI** (104): 550-566.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

15
LAMENTO POR UNA (O VARIAS) IDENTIDADES PERDIDAS: NACIONALISMO, CULTURA E IDENTIDAD EN EL SIGLO XX MEXICANO

*José María Espinasa**

CONTENIDO

Identidad y literatura 432
La necesidad de un cambio 435
A manera de recordatorio y coda final.
El papel marginal actual de la narrativa
en los procesos de identidad 449

* Coordinador de Producción, Dirección de Publicaciones de El Colegio de México: <*espinasa@colmex.mx*>.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

IDENTIDAD Y LITERATURA

La identidad de un país, de una nación o de un pueblo —asumiendo los matices, algunas ligeros, otros profundos, que hay entre una designación y otra— depende mucho del contexto histórico y de la circunstancia presente, y lo que se complica cuando ambas circunstancias coinciden, es decir, cuando lo que se estudia y analiza es la historia presente. En esta primera década del siglo XXI es evidente que México se define no por lo que es, sino por lo que dejó de ser en el siglo anterior.

Esta situación suele condicionar cualquier reflexión sobre la identidad, pues al menos desde la perspectiva de la cultura y, en especial, del arte y la literatura, esa identidad nunca es fija, por más establecida que esté, siempre se la está buscando, porque hay una distancia —un desfase, si hablamos en términos temporales— entre lo que se busca y lo que se encuentra. Por eso es tan frecuente en nuestra cultura la idea del espejo como metáfora o representación de lo que somos: nos reconocemos en una imagen que nos exterioriza tanto ante los otros como ante uno mismo. Toda idea de identidad está asociada con la idea de reconocimiento, de anagnórisis, pero seguimos empeñados en un intercambio de bisutería, en el que muchas veces dejamos pasar, sin darnos cuenta, cristales que nos reflejan mejor de lo que se piensa.

Para tratar de establecer los periodos en que esta identidad se construye hay que precisar ciertos datos de carácter histórico, mismos que a la distancia se vuelven cada vez más claros. Por ejemplo, determinar cuándo empieza el siglo XX mexicano no es difícil y una especie de consenso señala 1910 como fecha real, desfasada en el tiempo por 10 años sobre el calendario. Esa fecha tiene muchas razones, y no sólo la más obvia —la lucha armada revolucionaria—, y a partir de allí la Revolución que triunfaría una década más tarde, se establece una retórica de la identidad basada en el nacionalismo, elemento presente de otra manera, menos hegemónica, en el siglo XIX y casi inexistente en el XXI. En el arte hay una clara manifestación de esta retórica con obras de extraordinaria vitalidad y calidad, en el terreno pictórico —el muralismo— y en el terreno literario —la novela de la Revolución—, de lo cual hay que sentirse orgullosos no sólo como nación, por el resultado cualitativo, sino porque, aunque ahora nos guste menos y hasta la encontremos grotesca, la máscara nacionalista nos dio una identidad.

En lo dicho en el párrafo anterior está implícito que la identidad, en la medida en que es cambiante, es una máscara, un ocultamiento que no oculta nada sino que hace visible, como los vendajes del celebre personaje crea-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

do por H.G. Wells. Cuando uno se quita la máscara no es para mostrar un imposible rostro verdadero, sino para ponerse otra y seguir siendo visible, pero no reconocible. Algunas veces la variaciones son mínimas, otras —sobre todo cuando se dan en un proceso de acumulación en el tiempo de pequeños cambios, en sí casi imperceptibles, pero que sumados hacen un abismo— nos dejan, como nación, irreconocibles. En el proceso de identidad del siglo XX mexicano hubo —estuve a punto de escribir "hay"— una continuidad palpable y el rostro de 1910 es plenamente reconocible en el 1994 —pongo esa fecha porque ese año se abre con el levantamiento zapatista y se cierra con la salida del poder de Carlos Salinas de Gortari, en medio de un sainete político y una crisis económica de enormes dimensiones.

No obstante, mi tema —la identidad en o mediante la literatura— impone una corrección calendárica. En 1975 en El Colegio de México se inició el proyecto del *Diccionario del español en México*, proyecto que necesitaba tomar una fecha para formar su *corpus* lingüístico, es decir, su banco de datos, sus referencias, y se tomó como fecha 1921. La razón: en ese año termina la Revolución en su fase armada y, por lo tanto, disminuyen, si bien no desaparecen, los grandes movimientos migratorios de población al interior del país, con lo cual el uso del lenguaje fue menos variable. Pero también se toma esa fecha por una razón literaria: es el año en que aparece *Los de abajo*, la gran novela de Mariano Azuela. Así se podría decir que el siglo XX mexicano empieza, al menos literariamente, con la aparición de *Los de abajo*.

Claro que la pregunta que nos importa no es tanto dónde empieza, sino dónde acaba, para así fijar el periodo que nos interesa y establecer una taxonomía operativa que simplifique lo menos posible las perspectivas de esa identidad en el siglo XXI. No es, sin embargo, baladí, como se verá después, fechar su inicio en 1910 o en 1921 (hay quien lo hace en 1930, con el establecimiento del régimen de partido único). Tampoco lo es pensar en el proyecto mencionado, el *Diccionario*, como un elemento de ese proceso civilizatorio, que implica un reconocimiento de sí mismo del país. En otros lugares y épocas los diccionarios, como las gramáticas, son frutos maduros de un periodo nacionalista. En México también lo es; tal vez no nos hemos dado aún cuenta porque se le tiene demasiado cerca.

Hay que ocuparse de cuándo acaba, sobre todo de cuándo acaba literariamente, y para eso hay que seguirle la pista al desarrollo de la novela, más que a la poesía, el cuento o el ensayo. El periodo abierto por *Los de abajo* va a cerrarse en los años cincuenta, con la aparición en 1955 de *Pedro Páramo* y con la casi inmediata aparición, en 1958, de *La región más transparente*. En medio

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

hubo muchas y muy buenas narraciones, casi todas ellas vinculadas con la descripción y recreación de la lucha armada y de las vicisitudes posteriores en un campo arrasado por ella y que dañó seriamente la identidad de un país campesino, haciendo que el trabajo en el campo fuera concebido como una maldición, como algo no deseado. Diversos historiadores han señalado la paradoja de que una revolución que se inició como una revuelta campesina termine como un hecho, sobre todo en el terreno del imaginario colectivo, terriblemente anticampesino. Aún hoy, a 100 años de dicha Revolución, no deja de provocarnos una mueca de desagrado la retórica que hay en un anuncio publicitario en el que la golfista Lorena Ochoa declara su cariño y confianza en el campo mexicano que, como todos sabemos, es igualito a un *green*.

No me ocuparé de las variantes que van de *Los de abajo* a *La sombra del caudillo* o de ésta a *El resplandor* o *Los muros de agua*, todo eso concluye en uno de los lugares comunes literarios de la identidad mexicana: somos fantasmas que recorremos un cementerio, desheredados por la historia de un futuro, condenados siempre a vivir de espaldas al tiempo, con una identidad engañosa, porque esos "vampiros" de la novela de Rulfo no es que no se reflejen en el espejo, sino que no tienen otra imagen que la de su reflejo. El gozne importante es que *La región más transparente* cambia el escenario y nos ubica de inmediato en un contexto urbano y eso requiere, al entrar en escena nuevos actores, de una identidad distinta. Y unos comportamientos nuevos en la búsqueda de esa identidad. Es lo que va de las primeras reflexiones sobre la psicología del mexicano en Caso y Ramos a la *Fenomenología del relajo* de Jorge Portilla en los años sesenta, o a *La jaula de la melancolía* en los setenta.

Por su lado, el muralismo daba ya en esos años sus patadas de ahogado como movimiento artístico y el cine mexicano se derrumbaba estrepitosamente, después de una breve si bien brillante "época de oro", ahogado por las nuevas condiciones económicas y por la corrupción imperante creada por la bonanza de las décadas anteriores. La literatura enfrentaba al país a su imagen como un páramo, fuera rural y urbano, de una manera notable. En el terreno del ensayo, a ese páramo Octavio Paz lo llamó "laberinto" y subrayó su condición de soledad. La reflexión ensayística sobre el mexicano o lo mexicano, tan importante como soporte teórico de esa búsqueda de identidad, estaba, al revés de lo que ocurría con los otros movimientos artísticos, en auge. A los trabajos de Caso, Ramos y Paz seguirían los de Uranga y Portilla, y posteriormente, los de Bartra, Krauze y Lomnitz.

El laberinto de la soledad fue una prolongación de la reflexión sobre el mexicano iniciada por la Generación del Ateneo, que acompañó a la con-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

solidación de los gobiernos emergidos de la Revolución, pero Paz tuvo el talento no sólo de inspirarse en teorías más modernas, para contrarrestar el nacionalismo imperante que ya se volvía una carga, sino también de alimentarse de otras expresiones artísticas —pienso en *El gesticulador*, de Usigli— y de pensamientos heterodoxos y marginales, como los de Jorge Cuesta y Rubén Salazar Mallén, así como de aprovechar y prolongar esa especie de omnisciencia literaria que desplegó en la primera mitad del siglo la presencia de Alfonso Reyes, cuya muerte, en 1959, es en cierta forma colofón de ese primer medio siglo de la identidad nacionalista.

Tal vez alguien se esté preguntando, a estas alturas del texto, en dónde queda ese género, tan minoritario pero tan sintomático de un imaginario colectivo, que es la poesía. Su omisión hasta ahora fue deliberada, pues funciona como correlato literario de lo descrito a grandes rasgos hasta aquí.

Frente a las connotaciones heroicas de la narrativa de la Revolución o la búsqueda de una psicología propia que permitiera entender el comportamiento del ciudadano el siglo XX lírico, se inaugura con una extraordinaria parodia de lo mexicano, *La suave patria*. El humor y la ironía son veneno para las retóricas de todo cuño y por eso, en un pase mágico sin duda hábil, los gobiernos posrevolucionarios volvieron al texto de López Velarde un poema patriótico. Es un ejemplo de los malos entendidos garrafales que recorren las historias literarias, pero que a la vez las definen como dispositivos funcionales. La poesía mexicana evolucionó con una vocación francotiradora, incómoda para el poder y para las construcciones nacionalistas. El caso más agudo es el de Contemporáneos, grupo inmerso en una polémica en los años treinta en la que perdió "siempre" en la práctica, aunque el tiempo siempre le dio la razón. Eso permitió la emergencia de obras como las de Octavio Paz, Alí Chumacero, Jaime Sabines, Rosario Castellanos y Tomás Segovia en décadas posteriores. Su efectividad como antídoto se mide en su capacidad de incidir en el imaginario colectivo, sin contar con numerosos lectores.

LA NECESIDAD DE UN CAMBIO

En 1960, la Revolución no sólo había dejado atrás la fase de lucha armada y la lucha entre caudillos, sino que había instaurado un sistema de gobierno *sui generis*, con un partido único y apenas simbólicas oposiciones —las que no eran simbólicas eran violentamente reprimidas, en caso de que no

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

pudieran ser cooptadas e integradas al sistema. Así se crearon aparatos de control muy sofisticados y efectivos, como el sindicalismo corporativo y el control de los medios de información, incluida la entonces incipiente televisión. Pero el modelo empezaba a mostrar, a principios de la década de los sesenta, sus límites y empezaba a llenarse de agujeros —los conflictos con los ferrocarrileros, los médicos, los maestros—, sobre todo por la presión de la creciente clase media necesitada de vías de expresión. Todo eso desembocó en el movimiento de 1968 y la matanza del 2 de octubre.

Esa década, la de los sesenta, es particularmente rica cultural y literariamente hablando. Porque al descubrimiento de la urbe como escenario narrativo se vincula también el de la pluralidad de los personajes que la habitan. La novela de la Revolución y sus secuelas rural, cristera, costumbrista e indigenista, habían limitado tanto la gama de personajes que parecía que uno solo, el mismo y único saltaba de una narración a otra, si acaso cambiando el nombre, mientras que la ciudad ofrecía la más diversa gama de ideologías, pertenencias de clase, comportamientos y psicologías. Estas últimas resultaban muy importantes para explicar los cambios de comportamiento y la necesidad de plantear nuevas identidades.

Los lectores de Carlos Fuentes, Sergio Galindo, Jorge López Páez o los integrantes de la generación de la *Revista Mexicana de Literatura* ya no se identificaban, vale decir, ya no se reconocían con los estereotipos narrativos del indio o campesino, inocente y noble, ni el hacendado cruel y egoísta, cuyos conflictos eran resueltos o agudizados por un político en la función de dios social omnisciente. Y la psicología, más que la anécdota, les sirvió para establecer distancias, para crear un nuevo habitante del país imaginario asentado en el real, llamado México. Irrumpe una nueva, o más bien dos generaciones de escritores, pues a la de medio siglo, que puede ubicarse desde Carlos Fuentes hasta Fernando del Paso, se suma la de "la onda", encabezada por el muy joven José Agustín.

Más allá de las nuevas miradas que propuso y la forma en que las encarna sobre la página, la narrativa de Carlos Fuentes estaba todavía profundamente unida a la Revolución y a su retórica, mientras que otras obras, que aprovecharon la vena descubierta por él, plantean el cambio de manera más profunda, como ocurre en *Los errores* de José Revueltas o en *La justicia de enero* de Sergio Galindo. Sin embargo, el cambio radical se establecerá desde los primeros libros de los escritores agrupados generacionalmente en torno de las revistas *Cuadernos del Viento*, *Revista Mexicana de Literatura (segunda época)*, *Diálogos*, *Mester* y *El Corno Emplumado*.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Todas estas revistas fueron en su origen fruto de iniciativas independientes, ajenas al Estado y a esa peculiar manera suya que es la universidad pública. Y en todas ellas se despliega una idea del texto que 10 años antes habría sido escandalosa y que seguramente habría recibido la condena del aparato retórico del nacionalismo. En cambio, los mecanismos de manipulación del hecho artístico se habían sofisticado mucho y lo que se hacía era reducirlos, como tres décadas antes con los Contemporáneos, a una condición minoritaria, en la que servían para adornar un pretendido cosmopolitismo con el afán de ocultar el México bronco, cuyos detentadores paseaban el cadáver para asustar con su resurrección. Pero aun desde esa condición minoritaria, esos narradores dieron a México una nueva identidad.

El periodo fue particularmente rico en lo que atañe a la prensa cultural, en especial a las revistas y —en parte— a los suplementos, que tuvieron un papel preponderante en la formación de un nuevo marco cultural. Es evidente que el abono representado por el exilio español dos décadas antes estaba dando frutos. El mestizaje intelectual se manifestaba en un abanico de opciones mucho más amplio, atento a lo que se hacía en otros países y sin las anteojeras de un nacionalismo excluyente. El "no hay más ruta que la nuestra" de Siqueiros y compañía resulta ridículo si se piensa en las propuestas de la Generación de la Ruptura, tal vez la manifestación más radical del cambio en el terreno del arte, pero también en la música que hacían Manuel Enríquez, Joaquín Gutiérrez Heras y el joven Mario Lavista por aquellos años, comparada con la de Moncayo o Chávez.

En las revistas de la época, ya mencionadas, empezó a desplazarse el lugar del juicio literario, de la academia a la prensa, empezó a crecer la importancia de un periodismo cultural, mismo que tuvo importantes practicantes en escritores como Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco; cada vez más el artista dependía de su obra para imponer su presencia y ya no se veía obligado a moverse en el terreno político (como los escritores Jaime Torres Bodet, José Gorostiza, Agustín Yáñez) o en el servicio exterior (Paz, Fuentes). El escritor podía ser escritor, a secas, y por eso podía escribir con una libertad que antes era impensable.

Así, en novelas como *La obediencia nocturna* o en libros de cuentos como los de Sergio Pitol cambió el lenguaje, cambió el comportamiento de los personajes y cambiaron los conflictos dramáticos. Juan García Ponce podía trasvasar los conflictos sicológicos de los personajes a un comportamiento sexual que unos años antes habría resultado escandaloso; escritoras como Elena Garro, Guadalupe Dueñas, Josefina Vicens, Inés Arredondo, Amparo

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Dávila, Elena Poniatowska y Luisa Josefina Hernández podían expresar una sensibilidad nueva que incomodaba profundamente a una cultura surgida del machismo revolucionario, donde la mujer era o mamá o soldadera o puta. La irrupción de lo femenino en la literatura es uno de los indicadores de lo profundo que fue el cambio en esos años, tanto o más que la incipiente manifestación de la homosexualidad en los textos literarios de la época.

En la poesía el cambio se manifestó de una manera curiosa. En algunos poetas surgió la expresión sentimental de una manera renovada, pero sin miedo a traspasar las fronteras de lo cursi, como en el caso de Rubén Bonifaz Nuño (*Fuego de pobres*), Jaime Sabines y Tomás Segovia; en otros, el interés por la realidad inmediata, como José Emilio Pacheco, o la realidad política, como el frustrante y efímero intento que representó La Espiga Amotinada, y en otros todavía la apertura hacia nuevas formas de percepción al mezclar el entusiasmo por filosofías orientales y la pasión por la experimentación con las drogas. Sin embargo, a la poesía no le afectó la pérdida de lectores; estaba más predispuesta a eso porque su condición histórica ha sido siempre minoritaria y así siguió un camino propio de manera más natural.

La novela sí se vio afectada por el cambio. Si bien los novelistas anteriores a Carlos Fuentes, incluido Rulfo, nunca tuvieron un público lector muy amplio, sí lo tenían constante. Con Fuentes, con nuestro representante en el boom latinoamericano que despuntó en los sesenta, se pensó en la posibilidad de un público mucho más amplio. Pero fue un espejismo. Salvo él —y en décadas posteriores, Del Paso y Pitol—, no hubo novelistas internacional y nacionalmente reconocidos. Las cifras de ventas y lectores crecieron, sin duda, pero lo hicieron por razones demográficas. Fueron décadas en las que la población creció exponencialmente y se redujeron los índices de analfabetismo, pero en términos comparativos, se leía mucho menos. Muchos sociólogos de la cultura han relacionado esto con el crecimiento de la televisión y su colonización del tiempo libre. Creo que es innegable que esto ocurrió y que hubo un desplazamiento de las prácticas culturales, no sólo de la lectura, y que ese desplazamiento cambió las prioridades del imaginario colectivo.

Un asunto importante en esta relación de la cultura escrita y la cultura audiovisual fue la tentación cinematográfica que aquejó a casi todos los escritores de los años sesenta. El interés y la importancia del cine como lenguaje, y no sólo como temática, en la obra de Fuentes es innegable, pero también lo es en la de Pitol, García Ponce, Ibargüengoitia, Elizondo, Vicente

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Leñero, Juan Manuel Torres y el caso aún poco o nada estudiado de la relación de José Agustín con el séptimo arte. Para Revueltas, Magdaleno, Vicens o Spota el cine fue un *modus vivendi*, un espacio laboral; para la siguiente generación fue algo más importante, la posibilidad de incidir en un imaginario colectivo en el que sus novelas y cuentos influían por goteo. Consideraban la respuesta al cine más inmediata y, por lo tanto, más tangible. Pero, más allá de lo interesante y rica en posibilidades que fue dicha relación, terminó siendo profundamente frustrante. Y esa frustración expresó un divorcio cada vez más pronunciado entre cómo veía el país la literatura y cómo lo veían los medios audiovisuales.

La creciente importancia de las llamadas "telenovelas" en la formación de un imaginario nacional fue muy nociva para la cultura. Nuestra alma nacional abandonó su condición épica marcada por la Revolución en brazos del melodrama más lacrimógeno posible y el margen crítico que tenían la literatura y el arte, en ocasiones muy afilado, perdió toda capacidad de incidencia en el temple oxidado y mellado de ese melodrama.

¿Cuál identidad era posible para un México moderno, golpeado por la represión al movimiento estudiantil y por las falsas promesas de democracia? En cierta manera nos estamos acercando ya a la posibilidad de fechar el final del siglo XX. Hay quien lo haría en ese ya mencionado 1994, pero también —y tendría la ventaja de ser una de las pocas veces que el calendario artificial coincide con el "natural"— en la elección de Vicente Fox y la aparente caída del régimen de partido único, desplazado por las fuerzas de la derecha. O tal vez se le podría fechar en 2006, cuando pudo verse que si bien había habido un cierto viraje y se había entrevisto la posibilidad de una democracia real, el funcionamiento del aparato y los intereses de la clase gobernante seguían intactos. A los revolucionarios de un siglo antes les había tomado eso, 100 años, remplazar y asumir de nuevo la ideología decimonónica.

Para las intenciones de este texto, sin embargo, vale la pena pensar en 1994. Sobre la insurgencia zapatista se ha escrito mucho desde el lado sociológico, histórico y simbólico, pero poco sobre su condición de lenguaje. Cuando el enfrentamiento entre el PRI y el cardenismo en 1988, se vio algo que se concretaría plausiblemente seis años después: la contradicción entre un aparato que podía inmolarse con tal de no perder el poder y ese otro que se manifestaba visiblemente en lo que algún periodista llamó, irónicamente, una "guerra de frases", guerra en la cual se ponía en juego no desde luego un modelo ideológico o económico, sino uno literario: el del aparato

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

que se sostenía en la inercia retórica de la Revolución mexicana ya nonagenaria. El gobierno podía perder, en ese terreno, todo menos su lenguaje; perderlo implicaba perder su identidad nacional, y no tenía una identidad preparada de recambio.

El zapatismo tuvo una zona en la que se dio una revolución del lenguaje, pues ciertos términos que el uso retórico del nacionalismo había vaciado —y pongo como ejemplo el más evidente: el indígena— volvieron a adquirir contenido. Si nuestra idea del indígena es la de Tizoc (en Pedro Infante ya se prefigura esa escuela de actuación en la que todos los actores son el mismo), ésta no tenía otro contenido que su infinito uso y manoseo retórico. Desde luego, a Salinas y al PRI no les quitaron el poder en 1994 (como sabemos, tampoco en 2000), pero, sin que se dieran cuenta, les arrebataron un lenguaje, una retórica, y con ellos les quitaron un piso necesario. Eso se había manifestado ya en el terreno literario desde unos años antes (es más desde el pos68), cuando José Agustín publicó *Se está haciendo tarde*. Después de ese libro la identidad nacional entró en un terreno de indefinición, que para el arte es el mejor, y voy a partir del análisis de algunas novelas de forma aleatoria, posteriores a la obra maestra de José Agustín, sin que eso implique un juicio de jerarquía cualitativa.

El movimiento de La Onda fue bautizado así por la crítica como una manera de dejar patente el uso del lenguaje juvenil coloquial de sus autores que, obviamente. "estaban en la onda". A ellos se contrapuso generacionalmente aquellos otros que practicaban la "escritura". De un lado José Agustín, Gustavo Sainz, Juan Tovar, Parménides García Saldaña y buen número de epígonos; del lado de la escritura, encabezados por Fernando del Paso, podría ubicarse a Hugo Hiriart, Esther Seligson y Héctor Manjarrez, entre otros. Pero nunca una clasificación con tanto éxito en su uso ha sido tan inexacta en su sentido. La Onda se volvió una idea para definir a un solo autor, pero prácticamente todos, hasta él, pueden caber en la clasificación opuesta. De hecho, todos tienen un origen similar: los talleres impartidos por Juan José Arreola o, en todo caso, su escritura.

La importancia de Arreola como escritor no está a discusión, pero no deja de ser sintomático que, en 1963, un autor tan imbuido por la idea de modernidad, intentara una obra más bien retro, neonacionalista en su momento, con algo de suave patria: *La feria*, la única novela que escribió. Posteriormente, sus libros serán resultado de transcripciones de su desatada verbalidad, misma que prodigó por doquier y que lo llevó a ser, en los últimos años de su vida, sintomática y tristemente, un patiño culto de la

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

culpígena ignorancia de la televisión mexicana, que nunca, a pesar de algunos esfuerzos serios, ha conseguido sintonizarse con el arte y la literatura vivos. *La feria* es un esfuerzo enorme a la vez de dar coherencia en una obra totalizadora a una idea de la escritura que se sentía mucho más cómoda en el fragmento, y un intento por recuperar la condición íntima de la épica perdida de lo nuestro.

Tan alejada del boato y el éxito —tal vez sea *La feria* el libro, entre los de Arreola, que menos favor del público y la crítica ha tenido—, resulta en cierta forma una radiografía de lo que ocurría con el alma del mexicano: se había fragmentado en mil pedazos y ya no era posible volverla un todo con un mínimo de coherencia. El tejido social se había dispersado en clases y subclases sociales, las mismas que a su vez incubaban diferencias internas muy profundas. A las categorías sociales de oligarquía, campesinado o proletariado, tratadas algunas veces como entelequias, otras como mónadas intocables y las menos como hechos reales, se sumó la aparición de otras categorías de similar dificultad en su uso literario: la juventud, los estudiantes, los intelectuales, los cosmopolitas y hasta los autistas encerrados en sí mismos. Muchos años más tarde, los narcos y los habitantes de la frontera se vendrían a sumar a un paisaje ya de por sí fragmentado. Pero toda esta suma de estereotipos no pudo, como en *La feria*, crear un verdadero arquetipo en el cual se reconociera, ya no un pueblo o un país, sino que tampoco lo hacía el referente fragmentado directo.

Por eso la mejor novela del 68 es una que no se ocupa del movimiento, que no tiene anecdóticamente nada que ver, pero que sí expresa una de sus consecuencias: el asfixiante ahogo carcelario que se enquistó en una generación. Se trata del relato *El apando*, de José Revueltas. Fue el último libro del gran narrador y activista político duranguense y es un símbolo de algo que se prolongaría en obras posteriores, como en *Las muertas*, de Jorge Ibargüengoitia, o ya en el siglo XXI, en *Pasito Tun Tun*, de Guillermo Rubio. En *El apando* el hombre es reducido a su más absoluta soledad, justamente cuando ya no puede reivindicar su individualismo porque ha perdido toda característica que lo haga ser una persona, un individuo. Primo Levi se preguntaba en su libro sobre los campos de concentración si podría llamarse a aquellos seres, entre los que él se contaba, hombres, y contestaba que sí, en la medida en que ese sí era una respuesta ideológica y consciente de su ideología. Pero en el caso de *El apando*, a la pregunta: ¿es esto un hombre?, habría que contestar que no, pues precisamente había desparecido ese nivel ideológico que permitía contestar que sí.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Si lo que prevaleció en los años setenta y venideros fue un pesimismo absoluto en la cultura, que no paliaron los movimientos sociales o sindicales y que sí acentuaron las derrotadas guerrillas de la época, antes apenas de haber podido significar algo para el tejido civil, en la novela no hubo sino el páramo nietzscheano, en el cual no sólo Dios ha muerto, sino que el desierto crece. De allí la necesidad de abstraerse de un contexto inmediato en algunas de las novelas de los años setenta y ochenta, como *Galaor* y *Los cuadernos de Gofa* de Hugo Hiriart, *Criatura de un día* de Juan Tovar y *La morada en el tiempo* de Esther Seligson, todas ellas en la cauda de la mítica *Farabeuf* de Salvador Elizondo. Allí la manera de afirmar la historia fue ignorarla, volverla inexistente como elemento dramático. La primera y más necesaria identidad que había que construir era no la de una nación, sino la de una persona, la propia.

En el terreno colectivo, tal vez el más serio intento de llegar a esa identidad haya venido de un novelista absolutamente pesimista: Jorge Ibargüengoitia, quien trata de recuperar la capacidad épica de la novela por medio de una parodia extrema, ya sea de la gesta revolucionaria —en *Estas ruinas que ves*— o independentista —en *Los pasos de López*. Tanto en su obra narrativa como en la teatral y periodística, Ibargüengoitia tiene muy presente esa alma del mexicano y si la lleva al extremo absoluto de la parodia, desmontando todos sus mecanismos retóricos, es porque piensa que sí existe esa alma. Algo similar, pero con una voluntad distinta, no paródica, también lo intentó Ricardo Garibay en algunas de sus obras.

Por su lado, las ciencias humanas, que habían desarrollado peculiares vertientes de la reflexión sobre lo mexicano, intentan por mediación de algunos de sus mejores autores, pasar al terreno narrativo literario. El caso más peculiar es el de Héctor Aguilar Camín y su novela *La guerra de Galio*. El problema es que lo que hay en ella de paródico no es voluntario, sino involuntario. Se dice que está parcialmente inspirada en la figura de Emilio Uranga, pero me inclino a pensar que se trata de un ejercicio sincrético de características generacionales de los contemporáneos del autor y del propio Aguilar Camín. A pesar de la seriedad del intento (y de la atención tanto de la crítica como del público que tuvo cuando su aparición), la novela está lejos de conseguir lo que se propuso y ese retrato del comportamiento de una clase intelectual en los años posteriores a l968 no es realmente desencantado, sino didáctico.

Vale la pena volver al asunto del lector: la novela mexicana no sólo fragmentó su temática, sino que también dividió a su decreciente público,

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

al formarse pequeñas ínsulas temáticas y estilísticas; por ejemplo, a fines de los años setenta surgió lo que la crítica calificó como "narrativa del desierto", que agrupó a varios escritores de enorme calidad, pero pocos lectores. Me detengo en ellos por un rasgo curioso, es el área de nuestro imaginario literario en donde la presencia de la novela de la Revolución y, en especial, el aliento de Rulfo, tuvo una prolongación con importancia cualitativa; no son obra de epígonos, sino textos extraordinarios que han ido de su escritura a los manuales de historia literaria, sin pasar por el lector —y eso es lamentable. Al desparecer la necesidad de la retórica nacionalista también desaparecieron los mecanismos de mediación con el lector que los hacían conocidos.

En nuestros días eso ha desembocado en la llamada "novela de la frontera", con mucho más contenido anecdótico y más maleable para las leyes del mercado. Sin embargo, como ejercicio de esa anagnórisis a la que nos hemos estado refiriendo en estas notas, han contribuido poco, porque las leyes comerciales los obligan a insistir en los lugares comunes sin cuestionar ni su realidad ni su calidad literaria. Entre tanta novela del narco en los últimos años, que ya ha dado incluso *best sellers* fabricados, como *La reina del Pacífico*, no se ha escrito aún la gran obra sobre el asunto. La razón es bastante obvia: no hay una construcción de un imaginario colectivo alrededor del narco y se tiende más bien a su simplificación. Algo similar ocurre en Colombia, en donde, *La virgen de los sicarios* (Fernando Vallejo), se ha vuelto la representativa de la violencia que vive ese país y de inmediato ha producido una cauda de novelas mucho más simples y sin ninguna calidad —pienso en *Rosario Tijeras*, *best seller* instantáneo.

Si el narco o la frontera han sido intentos de construir un referente colectivo parcial, hay otros cortes parciales cuyo sentido no es ni geográfico ni temático y que tienen que ver con la afirmación de cierta sensibilidad. Un ejemplo fascinante es el caso de la literatura "femenina" o escrita por mujeres, misma que ha ido acompañada de una abundante literatura teórica y de unas insufribles discusiones bizantinas. Pero es difícil negar el hecho: a partir de los años sesenta son cada vez más las mujeres que escriben y su calidad más alta, conforman también una manera distinta de asomarse al hecho narrativo, se reivindica un mundo imaginario cuyo resultado formal es muy novedoso. En esa dirección las novelas representativas no serían las de gran éxito, de Elena Poniatowska y su *Tinísima* a las de Ángeles Mastretta, sino algunas mucho más minoritarias, como las primeras de Carmen Boullosa: *Antes* y *Mejor desaparece*.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

También ha habido un corte paralelo al de la literatura femenina en la de tema gay. Sin embargo, este corte más que una sensibilidad ha reivindicado un contenido anecdótico de un mundo diferente cuya condición clandestina o marginal o culta le da unas características peculiares. El ejemplo perfecto es *El vampiro de la colonia Roma*, de Luis Zapata, que aplica técnicas reivindicadas por la antropología para subrayar su sentido de veracidad. En otras novelas, como *El lenguaje de las flores*, de Severino Salazar, se reivindica una sensibilidad exacerbada en relación con el mundo. En todo caso, a diferencia de la literatura femenina y a pesar de buenos momentos cualitativos, la literatura gay no es un corte temático que se pueda plantear aún un reconocimiento colectivo, así sea parcializado, en el proceso de construcción de una identidad.

En esta descripción hay que incluir, a pesar de que probablemente se trate de fenómenos cuyo origen es más comercial que literario, la moda de la literatura histórica. Entre sus practicantes hay muy buenos novelistas y se puede fechar el origen de esa moda con la aparición, para el lapso aquí señalado, de *Noticias del Imperio*, la última gran novela de Fernando del Paso. Entre los que, a su manera y con gran personalidad literaria, han cultivado el género histórico en los últimos años está Enrique Serna, cuyo oficio se formó en el guionismo televisivo, pero también se inscriben en esa corriente de recreación del pasado escritores como Rosa Beltrán, Pablo Soler, Pedro Ángel Palau, entre otros. Revisar la historia parece necesario cuando se ha perdido la capacidad de reconocer el presente; el problema es hacer de ese pasado el pasado de nadie, pues ese individuo o ese pueblo que no se reconoce en presente suele fingir reconocerse en pasado.

Como la épica revolucionaria se agotó en su uso hasta un grado indecible los novelistas históricos han preferido otras épocas, ya sea el virreinato y su periodo barroco, ya sea el siglo XIX, con personajes tan atractivos y distintos, como Juárez y Santa Anna, ya sea un regreso a la Revolución o a la Independencia con un ánimo desmitificador, o en algunos casos, los menos, en el pasado precolombino. A ello ha correspondido una narrativa muy cercana al periodismo que glosa hechos de actualidad —el asesinato de Colosio, los escándalos de corrupción, los vaivenes políticos—, sin otra aspiración que un éxito coyuntural (ya no, como en otras épocas, con un afán de comprensión). Una curiosa vertiente, con éxito cualitativo, es la que ha tomado como tema la guerrilla —y no sólo a la zapatista— y entre los que lo han hecho destaca Carlos Montemayor.

El recuento de obras, autores y tendencias marca muy claro lo dicho antes: no sólo es difícil establecer un mapa, sino que dibujar un rostro cohe-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

rente es casi imposible; se cuenta con un exceso de datos y con demasiadas variables. Eso ha llevado a cierta polarización en las novelas que sí se plantean como imagen de un país. Por un lado se mezcla el fenómeno publicitario, cuyo mejor ejemplo es el *crack*. Si los novelistas de los años setenta y ochenta aceptaron, si acaso con un gesto de desdén, la falta de lectores, los escritores surgidos en los noventa y en los primeros años del siglo XXI, tuvieron como prioridad recuperar público y para eso recurrieron a estrategias publicitarias copiadas de otras épocas, con manifiestos, pronunciamientos colectivos y una forzada unidad de estilo. Las editoriales se sumaron al intento manipulando premios, promoviendo los libros y los autores como películas y actores de cine, pero todo ello sin un piso en que apoyarse (el *boom* tenía a *La casa verde*, a *Cien años de soledad*, a *La muerte de Artemio Cruz*, a *El obsceno pájaro de la noche*; el *crack* nada o muy poco, salvo una cierta presencia pública de sus autores, con características mediáticas y políticas).

Un intento más serio y, además, más simpático, fue el de la "literatura basura", encabezado por Guillermo Fadanelli. Allí el referente ya no era ni siquiera una ciudad, sino una zona urbana, la Roma o la Condesa, como antes Tepito o el Centro, a la vez que se imitaba a escritores extranjeros, sobre todo estadounidenses, de dudosa calidad, como el nefando Bukowski, y se expresaba una voluntad de escandalizar un tanto provinciana. Me temo que, al igual que ocurrió con la onda, la literatura basura se reduce al talento y a la febril actividad de un solo escritor, Fadanelli, pues otros en esa misma línea han desarrollado una personalidad propia y distinta, como Juan Manuel Servín. En todo caso es lo más cerca que se ha estado en las últimas décadas de provocar un reconocimiento de identidad entre los lectores jóvenes.

Hasta aquí se ha sobreentendido un proceso de causa y efecto: si el país perdió identidad, la literatura refleja ese proceso, pero ya se sabe que la cosa no es lineal y que la interacción del hecho literario, así sea con un alcance público limitado, permite intuir elementos futuros de carácter social o, al menos, usarlos como metáforas. Salvo casos aislados, el sentido nacionalista ha pasado a un tercer o cuarto plano en las aspiraciones de la obra. El ejemplo extremo es *En busca de Klingsor*, de Jorge Volpi. Para entender esa desaparición del nacionalismo, que me parece sana, hay que ir más allá de argumentos de un libre mercado literario. Es decir, la razón no puede ser que "yo, escritor" quiera competir en un mercado internacional, como lo hace el maíz o el petróleo, sino la necesidad de responder a una vocación expresiva, así esté asentada en un vacío.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Si en los años ochenta la novela mexicana se cerró a los lectores no mexicanos con un gesto autosuficiente, hoy parece que si el autor no se cotiza en la bolsa de valores de Madrid o Barcelona no vale la pena ni tomarlo en cuenta. Triste el panorama, pues la densidad literaria y las exigencias que esa bolsa más provinciana que internacional tiene no son para nada cualitativas, sino mercantiles. Una de las mejores novelas de las dos últimas décadas, *Amarilis*, de Antonio Saravia, fue publicada en Colombia y en México casi nadie se enteró. O bien nadie quiere ponerse a prueba con sus pares de otros lugares o bien sólo la aceptación de un mercado acrítico se considera carta de aval estético. Una excepción: Daniel Sada.

Esa postura, compartida por escritores y editores, refleja, claro, la necesidad de una modernidad cultural y literaria, pero no refleja necesariamente la identidad que esa sociedad propone y, menos aún, fenómeno complejo, la ausencia de identidad. Puede pensarse que me he acercado tanto al espejo que lo que se refleja son los poros de la mejilla o los pelos de la nariz y que así nadie se reconoce, que me he situado demasiado cerca del asunto y no he puesto una perspectiva adecuada en relación con el tema. O también que me he situado lejos, con el objeto de abarcar mucha extensión, que veo a demasiada distancia y se me desdibuja el sujeto. Ambas cosas son ciertas.

La razón principal, desde este punto de vista, no es ni el crecimiento demográfico del país y de la cultura ni el devenir social tan complejo, sino el hecho de que precisamente en el momento en que la literatura mexicana gozaba de más libertad creadora escogió volverse consejera del poder, fuera el poder que fuera, atendiendo a las lisonjas de ese ogro filantrópico que preveía ya la necesidad de legitimarse en el terreno intelectual. Para hacerse perdonar la matanza de l968 Echeverría desplegó una estrategia de cooptación que incluyó a los creadores más renombrados. Basta recordar las cínicas declaraciones en torno del valor de sus favores de un escritor tan bueno como Ricardo Garibay. Pero la prometida luna de miel después del matrimonio forzado empezó con otra matanza, la de 1971, y se rompió definitivamente con el golpe a *Excelsior*. Veintidós años más tarde ese mismo Estado pidió al mundo intelectual avalar su legitimidad, puesta en duda por unas elecciones turbias y un pujante movimiento cardenista. Y la cultura nacional atendió, casi sin excepciones, a ese llamado. En el caso del sexenio salinista la luna de miel se interrumpió con el levantamiento zapatista, que sirvió para sacar al medio intelectual de su letargo y algunos aprovecharon bien el momento para hacer un desmarque.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Pasarían 12 años y en 2006, sin necesidad de que los llamaran, ya entrenados y sin ganas de aprender del pasado, los intelectuales brindaron su apoyo a la necesidad de legitimarse, pero no han sido tan efectivos como entonces, en parte porque no ha sido tan homogénea la actitud, en parte porque poca gente cree ya en ellos. Esto fue percibido desde el sexenio foxista, que mostró un inusual desprecio por la cultura, porque ésta no le era ya útil. La pérdida de credibilidad afectó también a la intelectualidad que no participó en el asunto o se desplazó a la oposición. La intelectualidad —y el escritor con ella—, ya no es, en esta primera década del siglo, —justo cuando es más necesaria— una conciencia de la nación, sino, en el mejor de los casos, una condición laboral a sueldo del mejor postor. Y por eso la dificultad de que surja de ella una obra capaz de influir o encarnar en la formación de una identidad nacional.

Cambió al lector, el único aliado que le debía interesar, y se vendió como una oficina que expedía credenciales de legitimidad falsas a varios kilómetros de distancia. Para la formación de un imaginario colectivo había mostrado ser más eficiente el cine, en los años cuarenta y cincuenta, desplazando a la pintura, la novela y la música, y a partir de los sesenta la televisión como base de una cultura del espectáculo. Es por eso que hoy día, en el siglo XXI, si hay un sector de la cultura que encarna un imaginario colectivo es el de la llamada "música de consumo". Es en esa canción donde se mide la temperatura del asunto, del enraizamiento de la libertad conquistada por la mujer, que sirve para escribir canciones "como las de los machos", cantadas por Paquita la del Barrio o por la leona dormida, Lupita D'Alessio, pero no para que tengan igualdad laboral y mejores sueldos. Es en la creatividad del narcocorrido, a diferencia de la narconovela, donde la literatura muestra todavía capacidad para formular un abanico de identidades. Pero la foto de Paulina Rubio envuelta en la bandera nacional hubiera sido sólo hace un par de décadas un escándalo mayúsculo, ahora se solventó con una multa minúscula que los publicistas pagaron encantados.

Novelas de filo hiriente, como *El dedo de oro* de Guillermo Sheridan, o de hilarante capacidad paródica, como *Historia de la destrucción de todas las cosas* de Hugo Hiriart, cuentan en el mejor de los casos con tres o cuatro millares de lectores, mientras que un *spot* de 15 segundos en cadena nacional tiene cuatro ceros más, y no precisamente a la izquierda. Pero recuperar la confianza de los lectores y, por medio de ellos, de un pueblo o una colectividad no es cuestión numérica. El siglo XXI se presenta, en las hipótesis

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

que queremos formular, como un periodo profundamente antiintelectual y entre las áreas de la cultura la que menos le interesa es la del arte y la literatura. Ya no le interesa ni como elemento decorativo.

Que la novela se haya sentido con la libertad que le otorga no tener que representar el imaginario colectivo ni encarnar una identidad nacional —de eso la liberó el cine y, posteriormente, la tele— es un hecho muy importante. Dejó de tener peso esa actitud de radiografía social del país o de conciencia crítica. Por eso *La guerra de Galio* no es *La región más transparente* de los años noventa. Sin embargo, es posible que haya cambiado mucho más rápido el deseo de los escritores que el gusto de los lectores. Esto puede percibirse en esos varios novelistas, algunos de ellos realmente notables, que —a la cauda de Rulfo— siguieron escribiendo una narrativa de interiorización del campo —en especial, el desierto— como paisaje del alma personal y nacional. Si bien el lector abandonó lecturas de este tipo, también es cierto que no se precipitó masivamente en las obras que el mercado quiso impulsar con estrategias publicitarias —etiquetar generaciones, como el *crack*, y apoyarlas con procesos de mediación, como los premios y las ediciones por encargo y de alto tiraje.

El pretendido cosmopolitismo de novelas tan medianas como *En busca de Klingsor* no arraigó en el gusto del público y esa generación se dedicó a conquistar el poder burocrático-cultural que dan los puestos en el gobierno, en un movimiento concertado bajo la tutela de Carlos Fuentes como gran consejero y legitimador, pero ya totalmente separados, ellos y él, de la literatura. El distanciamiento entre los gustos del lector y los hábitos de consumo por un lado, el funcionamiento de un aparato de gestión cultural cada vez más menospreciado y poco atendido por el Poder, con mayúscula, y el riesgo asumido por muchos escritores —pocos lectores, precariedad laboral, ninguneo de la crítica— creó un verdadero Triángulo de las Bermudas.

Hay quien, con un optimismo que no comparto, señala que una nación sin cultura no puede tener identidad y no puede, por lo tanto, mantener una mínima cohesión en su tejido social. Y ante esto tarde o temprano se preocupará por ella. Si esto es cierto entonces hay que comenzar a preguntarse qué significa la idea en una civilización que empieza a dejar atrás la identidad de la patria, como un estorbo al libre funcionamiento del capital, y donde los grandes consorcios toman cada vez menos en cuenta a los gobiernos, si no es como administradores regionales de territorios. En un proceso —el de la formación de una identidad o de la pérdida de ella— los

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

periodos siempre son largos, y además demorados, y difíciles de entender en su mecanismo. Los nacionalismos, base de los procesos de identidad, o bien se han disuelto en una modernidad economicista o bien han derivado hacia fanatismos religiosos más que ideológicos. Para los primeros el destino de la cultura son las tiendas de artesanía y los ballets folclóricos, para los segundos, instrumentos de catequización.

En ese panorama la literatura tiene poco que aportar y ha asumido con saludable valentía su orfandad. La distancia con el príncipe sugerida por Octavio Paz sólo es posible si está dispuesta a olvidarse de su carácter decimonónico como formadora de una idiosincrasia y cohesión de una identidad. Ése fue el uso, a veces retórico, pero a veces no, y siempre muy efectivo, que le dieron los gobiernos surgidos de la Revolución, hasta por lo menos 1980. Es probable que la literatura no haya renunciado ella misma, sino que el desarrollo del país se lo impusiera y fuera una suma de casos aislados, como los citados páginas antes, los que terminarán por formar un nuevo paisaje. Si es cierto que la gran crítica de las instituciones en México se ha realizado en varias ocasiones desde el terreno de la literatura —poemas, novelas, ensayos—, también es cierto que para seguir participando realmente, y no como un elemento manipulado, tiene que evolucionar hacia una condición cada vez más marginal y excéntrica del discurso reinante.

A MANERA DE RECORDATORIO Y CODA FINAL. EL PAPEL MARGINAL ACTUAL DE LA NARRATIVA EN LOS PROCESOS DE IDENTIDAD

Al combinarse dos movimientos psicosociales opuestos, la distancia entre el imaginario colectivo y la voluntad individual de los creadores —sobre todo, los escritores— por evitar la manipulación retórica que tanto daño había hecho en la primera mitad del siglo XX, la separación alcanzó medidas insalvables. Los escritores posteriores a 1968, salvo algunas pocas excepciones, se volvieron voluntariamente lobos solitarios y buscaron una posición iconoclasta y burlona de esa nación o patria, nada suave, que se les había vuelto monstruosa. Al paradigma de *Se está haciendo tarde* de José Agustín (y al fracaso como movimiento y como estética del movimiento de La Onda) siguieron novelas como las mencionadas *Galaor* y *Cuadernos de Gofa* de Hugo Hiriart, cuya tendencia desembocaría en *Historia de la destrucción de todas las cosas* —otro posible equivalente narrativo de *La suave patria* —; también novelas como *La morada en el tiempo* de

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Esther Seligson, *Criatura de un día* de Juan Tovar o *Amarilis* de Antonio Saravia se suman a ese movimiento. Tal vez el mejor ejemplo sea esa tardía, brillante y afortunada parodia, *El dedo de oro*, de Guillermo Sheridan, que aprovecha el corrosivo humor de Ibargüengoitia y el rico lenguaje de Hiriart, hasta ahora la única novela de uno de los más influyentes críticos literarios del periodo y empeñado en desmontar las falacias de nuestros nacionalismos.

Es en zonas lejanas de la urbe, a diferencia de lo que había ocurrido en los cincuenta con obras como *La región más transparente* y *Los errores*, ligadas con la ciudad de México, que empezaron a surgir narrativas preocupadas por una especie de microidentidad, trasladando el concepto de Luis González, de la microhistoria, a la narrativa, en subgéneros como la novela del desierto, la novela del narco, heredera de la novela negra, movimiento que casi se redujo a un autor, Paco Ignacio Taibo II, o incluso, el de la resurrección de tendencias indigenistas. La novela histórica llegó a parodiarse a sí misma involuntariamente, en lamentables novelas por encargo de héroes patrios —Zapata, Villa, Juárez— y a conseguir logros importantes en la recreación de época.

Sin embargo, ciertas novelas, como *La guerra de Galio* de Héctor Aguilar Camín, insistieron en prolongar el gesto de *La región más transparente* y en realizar la autopsia del intelectual, como si esta figura aún siguiera teniendo un papel importante. Y lo tuvo, desde luego, en todos los procesos legitimadores de momentos históricos —pienso en 1988 y las elecciones, en 1994 y el levantamiento zapatista, en 2000 y el triunfo del PAN, en 2006 con el movimiento de López Obrador—, pero no siempre (o en ningún momento) con la suficiente distancia del Estado. Así, tendencias opuestas tuvieron un mismo comportamiento acrítico tanto ante el fraude del 88 y la legitimación de Salinas, como ante el levantamiento zapatista y el triunfo de la derecha. No obstante, ya no fue un papel que estuviera acompañado de una obra cuya calidad fuera reconocida. ¿Hasta qué nivel es consciente el propio creador de esa diferencia entre la calidad de su obra y la presencia y el peso públicos? En el proceso de identificación entre individuo y sociedad, *La guerra de Galio* sigue siendo una materia pendiente, pero en buena medida porque los lectores y los ciudadanos no la quieren cursar, ya no les interesan las ideas, que además, se volvieron meras opiniones, de esos intelectuales u hombres de letras, vistos como figuras dispuestas a servir al poder en turno.

La generación siguiente pareció tener por medio de sus temas un nuevo acercamiento a la patria insolente y diamantina. Daniel Sada elabora una

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

saga lingüística que es a la vez aventura novelesca; Enrique Serna, uno de los mejores narradores actuales y uno de los pocos con público lector, hizo uso de la crueldad en sus retratos, con malicia e inteligencia, sin importar la época o el medio social; Juan Villoro parodia frase por frase los mitos de lo mexicano; Carmen Boullosa rescata el impulso de una narrativa de mujeres; Pablo Soler Frost busca la impostura de lo posmoderno como espacio vital. La prolongación es el intento de crear movimientos de éxito, en la manipulación de los procesos mediadores —los premios, la prensa— y en la sustitución del gusto personal por el bombardeo publicitario.

El Estado, sin embargo, sigue necesitando quien le expida cartas de identidad, sin darse cuenta de que los ciudadanos prescinden de ellas, tal vez porque preferirían ser ciudadanos de Los Ángeles o de Miami. Y organiza grandes homenajes que terminan en triste parodia involuntaria. El régimen priista tenía una visión más clara: para que esa legitimación funcionara el escritor debía ser crítico, pues las alabanzas no otorgaban identidad. Mientras tanto, la crítica, sumida en un desconcierto terrible, no sabe si legitimar a los legitimadores, ocuparse de obras de hace tres siglos o volver a insistir en la psicología del mexicano. En la primera década del siglo XXI el conjunto de autores y obras que llamamos "literatura nacional" está totalmente desdibujado. Se le podría achacar esto a la pérdida de brújula creativa o a la ineficiencia crítica para establecer mapas de lectura, pero lo más grave es la pérdida de piso social. Los escritores no tienen ya un papel protagónico ante el país. Son muchos los esfuerzos que escritores como Elena Poniatowska o Carlos Monsiváis hacen para conservarlo: constantes apariciones públicas en los medios, sobreactuación en esas intervenciones, aparición de libros uno tras otro en un país sin lectores. Y esto último, la ausencia de lectores, es lo más grave del asunto, pues postula la voluntad del Estado y de importantes estratos sociales de identificarse con un país analfabeto, pues la lectura pertenece a otra época.

No de otra manera puede entenderse el increíble desprecio que tienen nuestras clases gobernantes, nuestra burguesía y nuestros medios —que a nadie se le escape que el uso del "nuestros" es puramente protocolario— por la actividad intelectual y creativa. Si suponen y desean —que no es seguro— el establecimiento de una identidad colectiva que nos dé cohesión como país, no consideran que ésta deba pasar por la literatura y la lectura. El desarrollo social ya no se mide en términos de alfabetización, sino en cuántas computadoras hay en el país y cuántas personas hablan inglés, el número de celulares y no de libros vendidos. El señor "leído y

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

escribido", que antes despertaba si no admiración por lo menos respeto, hoy es visto como un arcaísmo y eso ha facilitado el regreso de actitudes que se creían quizá no superadas, pero por lo menos acotadas, justamente por una idea de la cultura. Vuelven el clasismo, el racismo, el dogmatismo moral y religioso, la intolerancia oportunista, la corrupción rampante. Si la poesía dejó de ser un factor importante en la construcción de la nación a mediados del siglo pasado, hoy, en la primera década del XXI, también la novela ha dejado de importar. Pero ante el largo lamento que son estas páginas, ¿no valdría la pena pensar que es una ventaja?

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

16
APUNTES PARA UNA HISTORIA DE LA CULTURA MEXICANA EN EL SIGLO XX

*Gerardo Estrada Rodríguez**

CONTENIDO

Introducción 454
Los orígenes 454
La pluralidad del modelo vasconcelista 456
Las primeras fracturas del sistema 464
La Universidad como alternativa cultural 469
Tradición universitaria y cultural, 470; El medio siglo de oro de García Terrés, 473
La puesta al día 476
El advenimiento de la democracia y la cultura. ¿El ocaso del mecenazgo estatal? 478
Conclusión 483
Referencias 483

* Profesor de tiempo completo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México: <*gerardoestrada5@hotmail.com*>.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

INTRODUCCIÓN

En México, desde los tiempos de su fundación como nación moderna, los intelectuales han jugado un papel importante en el mundo de la política, particularmente en algunas áreas: el servicio exterior y la educación. El recuento de la política cultural de México, desde el porfiriato hasta nuestros días, nos muestra cómo los gobernantes se han apoyado en la actividad cultural para alcanzar fines políticos. Uno de los personajes que mejor supo amalgamar un fin político con un objetivo social fue José Vasconcelos, en los primeros años de los gobiernos revolucionarios, aunque Porfirio Díaz, con los "científicos" y con la presencia de una figura de la talla intelectual de Justo Sierra, fue quien primero reconoció la conveniencia política de reunir el mundo de la política con el de la cultura. Los nuevos tiempos de democracia parecen haber modificado un modelo de relación que duró prácticamente todo el siglo XX.

LOS ORÍGENES

Una afirmación obvia es premisa de este ensayo: el desarrollo de la cultura es la fuente principal de identidad para las colectividades humanas, las que sin desarrollo cultural son un grupo sin bases firmes para su consolidación y autorrealización. Es por ello que, para todos los pueblos organizados —naciones, regiones, comunidades— la cultura constituye uno de los elementos esenciales de integración e identidad.

Si bien en toda sociedad la cultura es un componente fundamental en el origen y dinámica de sus estructuras, conductas y, sobre todo, valores sociales y políticos, en pocos casos ha sido tan evidente como en el de México, particularmente a partir del triunfo de la Revolución de 1910.

Para el observador extranjero resulta sorprendente el peso específico que tienen en la vida política y social de la nación las opiniones y los avatares de sus universidades, intelectuales y artistas y, por supuesto, los elementos simbólicos derivados de su quehacer creativo. Lo más notable no es el obvio papel preponderante que esos grupos juegan en la vida cultural e intelectual del país, sino su capacidad de influir y convertirse, si no en un factor de poder determinante, sí en un punto de referencia obligatorio para la vida política del país, tanto en la opinión pública como en la retórica gubernamental.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Ello, por supuesto, no tiene mucho que ver con los índices reales de alfabetización o de lectura de la mayoría de la población. Se trata, más que nada, de una parte significativa del imaginario nacional y quizás —me atrevo a sugerir la hipótesis— de una forma laica que se usó durante el siglo XX de crear un santuario nacional alrededor de ciertas figuras y temas emblemáticos, como los muralistas —José Clemente Orozco, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros— o los escritores que pocos han leído pero de quienes todos hablan: Juan Rulfo, José Revueltas, Carlos Fuentes y Octavio Paz, por citar a los más conocidos, y más recientemente, Jaime Sabines, Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco.

Por supuesto, México no es el único caso —ni mucho menos el primero— de utilización política del arte y de los intelectuales. La historia ha sido testigo de cómo, en repetidas ocasiones, el príncipe y los imperios utilizan la cultura como elemento de consolidación de sus conquistas. Roma lo hizo imponiendo sus leyes y su lengua, el latín; la España católica, cristianizando para dominar a los habitantes del "Nuevo Mundo", y Francia, apropiándose de muchas formas del valor y del sentido universal de la cultura.

Las grandes civilizaciones han surgido precisamente en los imperios que se preocuparon naturalmente por ampliar sus territorios, pero también donde dedicaron especial interés a extender y difundir los propios valores culturales, religiosos y estéticos, al tiempo que se abrían para recibir los beneficios y las novedades artísticas, intelectuales y científicas que encontraban en sus nuevos dominios. De este modo, mientras enriquecían su intercambio comercial, fortalecían el cultural, sin conformarse exclusivamente con la dominación puramente militar o política.

Si India, China, Grecia, Roma, o en tiempos más recientes, Inglaterra, Francia y Estados Unidos pudieron florecer y expandirse fue porque supieron aprovechar la diversidad de las mutuas influencias culturales en una dialéctica enriquecedora y productiva que cambia a dominados y dominantes. El brillante texto *Cultura e imperialismo*, del ensayista y crítico literario Edward Said (2004) lo demuestra de manera rigurosa y documentada.

Lo que destaca en el caso de México es la intensidad y persistencia de la relación entre el sistema político y el mundo intelectual al momento de consolidar el Estado y, en consecuencia, la nación. Esto se explica en parte porque la cultura se encuentra en la base de la integración social y, por ende, es el factor esencial de las identidades nacionales. Ello otorga a la cultura un gran significado, no sólo como medio de reconocimiento del pasado, sino también como un proyecto de viabilidad futura. Este hecho

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

adquiere mayor relevancia en naciones que, como México, surgen en un territorio pluriétnico y pluricultural desde mucho antes de haberse constituido como Estado en el sentido moderno del término.

La situación geográfica de México es determinante. Su vecindad con Estados Unidos —cuya economía sigue siendo, a pesar de las crisis, la más grande del mundo y cuya tecnología e investigación científica están, hoy por hoy, a la vanguardia— es un factor insoslayable. La cultura y prácticas sociales de Estados Unidos se identifican con los valores de la modernidad y el futuro. Eso contrasta con una sociedad en la que persisten grandes rezagos —pese a haber logrado conquistas importantes— y en la que sobreviven profundas expresiones culturales provenientes de su pasado, de civilizaciones que, en su momento, fueron unas de las más ricas de la historia.

LA PLURALIDAD DEL MODELO VASCONCELISTA

Sin lugar a dudas, uno de los momentos más importantes de la evolución histórica de nuestro país en materia cultural es el que comprende los últimos años del porfiriato, el inicio de la Revolución y los primeros años de "gobiernos de la Revolución", lapso en el que se determinaron los modelos del quehacer intelectual y artístico de México durante todo el siglo XX. Las naciones de América Latina salieron de la gran ilusión independentista del siglo XIX para instalarse en la desazón de lo que se había conquistado en el camino hacia la democracia y la libertad. Las sociedades, sus políticos y artistas comenzaron entonces a buscar los rasgos distintivos que los definiría frente a los demás y les daría características comunes entre ellos.

México inició el siglo XX con una dictadura que procuró garantizar la estabilidad y la paz que los primeros gobiernos independientes no lograron, aunque derivó a la postre en un nuevo movimiento armado. Con Porfirio Díaz también dio inicio el primer intento formal de llevar a cabo una política educativa en México, basada en los principios del positivismo comtiano (lo que dio lugar a que una parte de sus ministros fueran conocidos como los "científicos"). Este modelo se inscribía dentro de la modernización cultural que Díaz anhelaba para el país, a la par del desarrollo tecnológico —como la creación de una red ferroviaria que comunicaría a gran parte del territorio nacional.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

En 1905 el general Porfirio Díaz designó al frente del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes a Justo Sierra, una de las figuras intelectuales más valiosas de nuestra historia y quien propuso, entre otras cosas, la reapertura en 1910 de la Universidad Nacional. Sierra, quien duraría en ese cargo un año, convocó a todos los escritores de la República Mexicana al Primer Concurso de Comedias y Dramas, hecho que quizá constituye el inicio del proceso de promoción estatal de la cultura en nuestro país.

En esos años se fundó *El Imparcial*, periódico donde se gestaron los trabajos de Manuel Gutiérrez Nájera, quien diera origen al movimiento literario modernista. La mayor parte de los artistas importantes de la época se acercaron al dictador, quien repartía becas, consulados y corresponsalías a cambio del control sobre los creadores. Incluso figuras como Diego Rivera se vieron favorecidas con este sistema.

Sin embargo, tal parece que durante el periodo porfirista las actividades artístico-culturales fueron para algunos un mero juego aristocrático Luis González,[1] en *El liberalismo triunfante* (1975), escribe que a principios del siglo XX en México: "la educación oficial fue francamente burguesa, a la medida de los citadinos de clase media y aun alta […] La cultura superior fue aun más burguesa" (CEH, 2000: 684)

En el siglo XIX, los conservadores y los liberales intentaron definir por escrito el país donde deseaban vivir y defendieron sus proyectos en las leyes, la literatura y las armas. En contrapartida, bajo la calma aparente del porfiriato, pertenecer a la oposición significaba ir a la cárcel o ser asesinado. Fue por ello que los grupos de intelectuales cercanos al dictador rivalizaron entre sí para perpetuarse u obtener poder, mientras se beneficiaban de contratos y patrocinios, lo cual era en alguna medida válido para exponer opiniones e influir en las decisiones de carácter político. Así, no debe sorprender ni la continuidad que hubo, incluso durante la etapa violenta del proceso revolucionario, de quienes fueron los encargados del proyecto de modernización educativa, ni que el modelo de política cultural más acabado en la historia del país fuera el que desarrolló un personaje cercano a Justo Sierra: José Vasconcelos. En la década de los veinte, Vasconcelos fue el responsable de la educación nacional. El intelectual se inspiró en las

[1] Luis González (San José de Gracia, Michoacán, 1925-2003) nació y murió en su pueblo. Introdujo en México el concepto de microhistoria, mediante el cual, estudiando la vida de un pueblo, se refleja la conducta nacional. Fue miembro del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México. En 1999 el gobierno español le confirió la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

prácticas culturales que, en ese tiempo, llevaba a cabo Anatoli Lunacharsky, ministro de Educación y Cultura en la naciente Unión Soviética, y las adecuó a México.[2]

José Vasconcelos, quien fue tanto rector de la Universidad Nacional como secretario de Educación Pública, concibió la educación como un valor profundamente ligado a la cultura, en particular a la difusión de las artes. Por fortuna, la política vasconcelista, si bien no puede juzgarse carente de objetivos políticos, se insertó en la ampliación de miras sociales, herencia de la Revolución.

Para la organización de lo que iba a ser la Secretaría de Educación Pública, José Vasconcelos consideró las mismas ideas con las que había llegado a la rectoría de la Universidad Nacional. Afirma Claude Fell al respecto:

> [Vasconcelos] había comprendido […] que la difusión cultural formaría parte de las tareas prioritarias de un gobierno verdaderamente preocupado por el interés nacional. Para él, no podía existir ninguna contradicción entre la educación y la cultura y, más precisamente, lo que él llama la "cultura estética" […] el Departamento Escolar aparece indisolublemente ligado a los otros dos pilares del ministerio, el Departamento de Bibliotecas y el de Bellas Artes: un ministerio de educación que se limitara a fundar escuelas, sería como un arquitecto que se conformase con construir las celdas sin pensar en las almenas, sin abrir las ventanas, sin elevar las torres de un vasto edificio. […] [Vasconcelos] nunca se cansará de repetir que una producción artística "rica y elevada traerá consigo la regeneración, la exaltación del espíritu nacional" (Fell, 1989: 365-366).

La visión vasconcelista resultó profundamente enriquecedora porque, al alentar el nacionalismo y ubicarse dentro de los principios del artículo tercero de la Constitución de 1917 —que señala que la educación impartida por el Estado debe llevarse a cabo "sin hostilidades o exclusivismos" hacia otras culturas—, permitió garantizar la continuidad y el acrecentamiento de la cultura mexicana, sin empobrecerla con chauvinismos. La visión vasconcelista rescató valores artísticos y culturales que el colonialismo, el racismo y la discriminación social habían sojuzgado y marginado.

[2] Esta política hacía hincapié en la revalorización del pasado, particularmente el que estuviera ligado a las causas sociales, y predicaba una laxitud en la educación. Este concepto finalmente propiciaría el distanciamiento de Lunacharsky del régimen estalinista.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

En el modelo educativo que aplica Vasconcelos tienen su origen, por ejemplo, aquellos bailes folclóricos que muchos mexicanos "padecieron" en el jardín de niños y en la primaria, pero que permitían comprender que nuestro país estaba integrado por una gran variedad de grupos étnicos, tal como sucedía en la entonces naciente Unión Soviética. Para aplicar su modelo educativo, Vasconcelos aprovechó todos los instrumentos y medios a su alcance. Con gran lucidez valoró la importancia educativa cultural de la incipiente radio y fundó Radio Educación en 1924 que, después de muchas vicisitudes, no habría de consolidarse sino hasta 1968.

A la convocatoria de Vasconcelos se sumó una de las generaciones más importantes y significativas de la vida intelectual mexicana: la de 1915. Ésta estuvo representada por el grupo que sería conocido como los Siete Sabios: Antonio Castro Leal, Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Jesús Moreno Baca, Teófilo Olea y Leyva, y Alberto Vázquez del Mercado. A este proyecto también se integrarían Narciso Bassols, Miguel Palacio Macedo y Daniel Cosío Villegas.

Ellos heredaban la tradición del grupo del Ateneo, en el que habían participado, entre otros, Alfonso Reyes, el propio José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso y Julio Torri. Al respecto del papel jugado por estos grupos, Daniel Cosío Villegas dice: "La Revolución nos creó y mantuvo en nosotros por un tiempo, largo, largo la intención de que los intelectuales debíamos y podíamos hacer algo por el México nuevo que comenzó a fraguarse cuando no se apagaba completamente la mirada de quienes creyeron en la guerra civil. Y ese hacer algo no era, por supuesto, escribir o siquiera perorar; era moverse tras una obra de beneficio colectivo" (citado en Krauze, 1999: 21).

Dos pruebas inequívocas de la amplitud de miras de esa política cultural y de su valor en el contexto mundial en que se ubicaban son:

1] El hecho de que, en esa década, México se convirtió en un polo de atracción de vital importancia para la cultura universal, pues, al influjo de una visión romántica de la Revolución, llegaron multitud de artistas e intelectuales provenientes de distintos países —D.H. Lawrence, Tina Modotti, Edward Weston, Sergei Eisenstein, Graham Greene, Jean Charlot, por citar a algunos de los más representativos. Si bien no todos encontraron la arcadia que soñaban —pues se tuvieron que enfrentar a la intolerancia, la violencia y la pobreza—, sí pudieron percibir en su contacto con los artistas nacionales y el pueblo la profunda significación y el valor de la cultura que

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

les rodeaba, así como las terribles contradicciones que las contrastaban: la desigualdad y la ignorancia.

2] La vigencia que hoy tienen en el mundo los artistas mexicanos de esa época aun si son sujetos de polémica. Destacan universalmente los muralistas José Clemente Orozco, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, la pintora Frida Kahlo y los músicos Silvestre Revueltas y Carlos Chávez, entre otros.

El talento de Vasconcelos fue el de los grandes políticos: saber interpretar las demandas y sensibilidades de quienes convocaba, sin imponerles un modelo, sino ajustándose a su realidad y necesidades. Esto le permitió hacer una política cultural que impulsó la creación, sin que se viviera como una imposición del poder.

La etapa posterior a Porfirio Díaz no es distinta en cuanto a las polémicas entre intelectuales mexicanos. Aparecen y desaparecen personajes y proyectos de lo que debía ser, según opiniones divergentes, la nación mexicana. En 1922, asentado el proceso revolucionario, surge un grupo alrededor de la revista *Contemporáneos*, en la que colaboraban, entre otros, Jaime Torres Bodet, Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer, José Gorostiza, Salvador Novo y Gilberto Owen. Sus detractores, el Grupo Estridentista, encabezado por Manuel Maples Arce, los tachaba de conservadores, extranjerizantes y faltos de compromiso revolucionario, pues lo que se necesitaba, decían, era un arte de vanguardia viril y nacionalista, acorde con el espíritu posrevolucionario de la época.[3]

Además de acusarlos de burgueses, Maples Arce llevó a cabo una estrategia para atacar a los Contemporáneos, basada en el comportamiento sexual de algunos de sus miembros. El recurso fue ejercitado por otros intelectuales, como José Rubén Romero, Julio Jiménez Rueda, Mauricio Magdaleno y Héctor Pérez Martínez. Ni siquiera la intervención de Alfonso Reyes para conciliar a Contemporáneos y estridentistas fue suficiente y la revista dejó de circular en 1931. Paradójica o justicieramente, los estridentistas fueron acallados en poco tiempo y quienes tuvieron una influencia constante fueron los Contemporáneos.

[3] Maples Arce encarna, así, el ejemplo anticultural por excelencia, dentro de la misma comunidad intelectual, es decir, no se afirma en la pluralidad como esencia de una sociedad abierta, sino en el espíritu de la intolerancia y la tragedia que significa la imposición de las ideas por medios diametralmente opuestos a cualquier noción de cultura como base de convivencia racional.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Algunos de éstos colaboraron en la revista *Examen*, fundada por Jorge Cuesta con el patrocinio del entonces secretario de Educación, Narciso Bassols. Los nuevos enemigos del grupo dejaron de lado las tácticas anteriores y tomaron la inmoralidad como bandera. La novela de Rubén Salazar Mallén, *Cariátide*, fue criticada por la procacidad de su lenguaje y "las más cínicas expresiones". Se llegó al punto de acusar de ultraje moral a los editores de *Examen* —quienes publicaron dos capítulos de esa primera novela urbana— y, por primera vez en la historia posrevolucionaria, se dictó orden de aprehensión a intelectuales mexicanos.

A sabiendas de que el ataque estaba dirigido en realidad contra Bassols, Jorge Cuesta continúo los trámites de la denuncia y obtuvo una sentencia absolutoria. Aun así, en 1934 los escritores "revolucionarios y vanguardistas" solicitaron a la Cámara de Diputados la restauración de las leyes porfirianas contra el homosexualismo, bajo el lema: "Hay que acabar con ellos aunque nos quedemos sin poetas.". Carlos Monsiváis señala al respecto que "en forma expresa o implícita, [los Contemporáneos] fueron una reacción contra el estruendo prevaleciente y contra las pretensiones épicas" (Monsiváis, 2000: 999).

En efecto, los Contemporáneos crearon revistas, grupos de teatro, fundaron el primer cine club mexicano, escribieron guiones para cine, renovaron el periodismo, ejercieron la crítica moral, política, cinematográfica y de artes plásticas; motivaron a los pintores a probar caminos distintos a los de la Escuela Mexicana de Pintura; defendieron la libertad de expresión y sostuvieron su crítica a los excesos del nacionalismo, que por entonces degeneraba en cerrazón a las aportaciones extranjeras y se tomaba como medida única para determinar el valor de una obra en su camino a la universalidad, un uso del concepto que sirve para encubrir la falta de ideas o la incapacidad crítica. Precisamente, fue el ejercicio de la crítica, no sólo literaria, lo que el grupo que encabezaba Cuesta antepuso a la tendencia contraria a los intelectuales que disentían de los preceptos oficialistas en asuntos culturales.

A la luz de la historia, resulta evidente que los gobiernos emanados de la Revolución quisieron enmarcar sus decisiones sobre procesos culturales en la opinión de sus intelectuales. Así fue que el Estado mexicano pudo alentar, promover y hacer posible la entrada de lleno a la creatividad artística y científica del país en el escenario del mundo.

En un vuelco súbito y gracias a Vasconcelos, las obras clásicas de la literatura universal se pusieron al alcance de las mayorías, un material que se convirtió en alimento espiritual y formativo para las generaciones siguien-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

tes. Los muralistas llenaron los ojos de cientos de miles de ciudadanos con pasajes de los eventos más relevantes de nuestro pasado y del futuro de la nación que comenzaba a construirse. Nuestros eminentes músicos comenzaron a producir no sólo obras hoy consagradas en el mundo, sino incluso incursionaron con algunas propuestas en el mundo de la música contemporánea, como fue el caso de Julián Carrillo,[4] creador del llamado Sonido 13.

Aun con todo dispuesto para hacerlo, el Estado no pretendió nunca inmiscuirse en las polémicas y en las controversias y conflictos estéticos o políticos de los grupos intelectuales. Así, como nunca llamó a la concordia entre Contemporáneos y estridentistas, no lo haría años más tarde en el conflicto entre la revista *Vuelta*, de Octavio Paz, y Nexos, encabezada por Héctor Aguilar Camín, durante el controvertido Coloquio de 1992, que dio lugar a la salida del primer presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Víctor Flores Olea.

Tal parece que lo que en realidad interesaba al Estado posrevolucionario era demostrar que cumplía con las obligaciones emanadas de la legalidad que lo justificaba formalmente. Su ingreso a la difusión cultural resultaba, a ojos de los líderes y caudillos, mera conveniencia política que, además, le permitía alimentarse y formar cuadros que nacían cooptados para el fin específico de estructurar un movimiento nacionalista y provocar un apoyo popular que, en vista del debilitamiento de los esquemas económico-productivos, sirviera para defenderse del intervencionismo europeo-estadounidense y, desde luego, para legitimarse en el poder. Pero seguramente el interés primordial del Estado consistía en una simulación que puede configurarse en dos vertientes:

1] Ocultar el fracaso de la Revolución. El movimiento de 1910 no realizó la socialización del poder establecido, en parte porque el desarrollo de la cultura política exigía la participación activa de la ciudadanía en las decisiones nacionales, lo que hubiera impedido mantener el esquema de dominación en manos de unos cuantos. En este sentido, se siguió la clásica

[4] El violinista y compositor Julián Carrillo (Ahualulco, San Luis Potosí, 1875-ciudad de México, 1965) explica así su aportación, en *Génesis de la revolución musical del Sonido 13*. "Fue 13 porque rompió el ciclo clásico de doce que había, y fue denominado Sonido 13 porque fue el primero que se oyó después de los doce conocidos. Ese nuevo sonido se produjo a distancia de un dieciseisavo de tono superior sobre la nota Sol de la cuarta cuerda del violín […] y es el causante de la actual revolución musical que lleva su nombre" (Carrillo, 1940: 24).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

cita del escritor italiano Giuseppe Tomasi di Lampedusa (1896-1957) en su novela *El gatopardo*: "cambiar algo para que nada cambie".

2] La cultura era, en realidad, un vehículo para suavizar los conflictos sociales entre clases, un distractor por excelencia, instalando la noción de que ya se entraba en la siempre dudosa modernidad envueltos en la "majestuosa cauda de los valores universales más elevados".

Así, resulta evidente que el Estado no se preocupó por intervenir en las controversias y polémicas de los diversos grupos del mundo artístico-intelectual ni por eliminar los conflictos o discutir amplia y participativamente su proyecto cultural. Como sucedía casi con toda la vida social y económica del país, la cultura se puso en manos de algunos intelectuales, en este caso con un modelo que pretendía hacer congruentes las aspiraciones sociales y las necesidades políticas del régimen y que, además, pretendía acercarse a las realidades universales que ya se manejaban en otras naciones a principios del siglo XX como signo de modernidad.

Un personaje fundamental en todo ello fue don Alfonso Reyes. Desde el ámbito intelectual y con algunas responsabilidades no muy significativas en la administración pública —sobre todo en las áreas de la academia y de la diplomacia—, Reyes tuvo una presencia permanente. De él, Jorge Luis Borges dijo en su momento: "Reyes es hoy el primer hombre de letras de nuestra América. No digo el primer ensayista, el primer narrador, el primer poeta; digo el primer hombre de letras, que es decir el primer escritor y el primer lector. Amigo de Montaigne y de Goethe, de Stevenson y de Homero, nada hay que pueda equipararse a la delicada hospitalidad de su espíritu. Dos virtudes de México, el valor y la cortesía, están en su obra, esas virtudes cuya perdición en Florencia deploró Dante" (Reyes y Borges, 1998: 12). Habrá que preguntamos ahora cuántos Reyes más habrían surgido de haber existido entre todos quienes detentaron el poder cultural después de Vasconcelos una noción clara de la importancia social de la cultura.

La idea de esta visión negativa de la política cultural del Estado mexicano merecería una lectura distinta; una en la que se destacara que fueron otras las razones que impidieron, por fortuna, que el Estado no pretendiera uniformar o determinar líneas en lo que a la política cultural se refiere. Fue quizá la diversidad de intereses y la imposibilidad de complacer a todos lo que motivó la diversidad pragmática antes que una hegemonía ideológica que provocara exclusiones.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

No fue por generosidad, sino consecuencia del mismo cálculo político —que es la esencia del origen y la fortaleza de sistema político mexicano bajo el PRI–: diversidad de grupos e intereses cobijados todos por el mismo manto ideológico que justificaba un solo objetivo común, a saber, mantenerse en el poder. Ello no obstaba para que se presentaran todas las lógicas contradicciones del poder que, por un lado, llama, cobija y adopta a los artistas e intelectuales, pero que también es capaz de reprimirlos o quitarles la libertad, como sucedió al propio Siqueiros. Se dice que el muralista se reunió a desayunar con el presidente Adolfo López Mateos al poco tiempo de que fuera liberado de la cárcel que el mismo régimen de López Mateos le había impuesto.

Como vendría a comprobarse en el transcurso de los años, la intolerancia y el dogmatismo surgirían no del Estado, sino de los propios artistas o de sus grupos. Esto queda ejemplificado con el texto de David Alfaro Siqueiros que dio lugar a la consigna "No hay más ruta que la nuestra". Autodesignado representante de la comunidad cultural, particularmente de las artes plásticas, pretendía impedir y limitar el surgimiento de nuevas propuestas en ese terreno en una sociedad que ya entonces caminaba hacia un nuevo modelo de desarrollo urbano y, al menos en lo cultural, más cosmopolita.

Fueron esfuerzos inútiles de imponer un camino, pues irremisiblemente la "cortina de nopal" —según dijo José Luis Cuevas— del nacionalismo a destiempo fue derribada. Escritores, músicos, dramaturgos y pintores mexicanos pudieron escribir páginas nuevas en la cultura mexicana, en gran parte gracias a la refrescante influencia del exilio republicano en el que arribaron a México intelectuales, artistas y científicos durante y después del fin de la Guerra Civil española.

LAS PRIMERAS FRACTURAS DEL SISTEMA

Frente a los cambios sociales, económicos y políticos de los años siguientes, la política cultural de los gobiernos que sucedieron a la lucidez vasconcelista continuó, en términos generales, las mismas líneas aunque no siempre con el ímpetu, la tenacidad y el rango que tuvo en sus primeros años. Esto puede comprobarse comparando la atención presupuestal y política que recibía el sector cultural en la época.

Puede afirmarse que —si pensamos en términos de creación de instituciones, de programas y de infraestructura para la cultura— ésta tuvo sus

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

mejores momentos en el siglo XX, antes del advenimiento de la democracia, con los presidentes Porfirio Díaz, Miguel Alemán, Adolfo López Mateos, José López Portillo y Carlos Salinas de Gortari, quienes, además, aquilataron su valor como instrumento efectivo de política social y en las relaciones internacionales. Después del brillante periodo vasconcelista pareciera que, al consolidarse en el poder, los revolucionarios, aunque no dejaron de otorgarle un papel protagónico a la política cultural, en algunos momentos se convirtió en una serie de esfuerzos y apoyos dispersos que entraron en crisis junto con todo el sistema al final de la década de los sesenta.

Otros fueron los temas y las preocupaciones centrales en la vida política y social del país. Con Plutarco Elías Calles fue el conflicto religioso y la tarea de fundar el Partido Nacional Revolucionario antecedente del Partido Revolucionario Institucional; con Lázaro Cárdenas fue el reparto de tierras, la organización corporativa y, por supuesto, la expropiación petrolera; con Manuel Ávila Camacho, la preocupación se centró en la segunda guerra mundial. Por su parte, Adolfo Ruiz Cortines y Miguel de la Madrid enfrentaron severas crisis económicas que limitaron las posibilidades de apoyar a un sector que no parecía prioritario ni indispensable en esos momentos.

No es que no ocurrieran acciones culturales en esos periodos, sino que dejó de ser la política cultural un discurso central. Así, por ejemplo, al impulso de Daniel Cosío Villegas, se funda en 1934 el Fondo de Cultura Económica, institución destinada a ser la editorial mexicana más importante e innovadora.

Durante el periodo del general Lázaro Cárdenas, se crearon el Instituto Politécnico Nacional, en 1936, y el Instituto Nacional de Antropología e Historia, en 1939. En esa misma época se realizaron esfuerzos notables dirigidos a los sectores marginales por medio de las "misiones" educativo-culturales.

Durante la segunda mitad del sexenio de Manuel Ávila Camacho, quien nombró secretario de Educación Pública al escritor y poeta Jaime Torres Bodet, tuvieron lugar también acciones significativas en el mundo de la cultura: la fundación de El Colegio Nacional, a semejanza del College de France, en abril de 1943, cuyos primeros miembros fueron designados por el gobierno y entre los que se contaban: Mariano Azuela, Alfonso y Antonio Caso; Carlos, Ezequiel e Ignacio Chávez (todos del mismo apellido, aunque no de familia), Enrique González Martínez, Isaac Ocheterena, Ezequiel Ordóñez, José Clemente Orozco, Alfonso Reyes, Diego Rivera, Manuel Sandoval Vallarta, Manuel Uribe y José Vasconcelos.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Otro hecho fundamental de la época de Ávila Camacho fue la creación e institución del Premio Nacional de Ciencias, Artes y Letras en 1945, que sustituyó al Premio Nacional de Literatura que hasta entonces entregaba la Secretaría de Educación Pública.

Otras acciones importantes fueron la creación de la Hemeroteca Nacional, que se puso en manos de la UNAM, del Observatorio Astrofísico de Tonantzintla y del Instituto Nacional de Cardiología.

Sin embargo, no fue sino hasta el régimen de Miguel Alemán cuando la cultura volvió a ocupar un lugar primordial en la vida social y política. Seguramente se retomaron muchas de las ideas de Jaime Torres Bodet. Una de las primeras decisiones del nuevo gobierno fue la creación, a instancias del compositor Carlos Chávez, del Instituto Nacional de Bellas Artes, en 1946, y más tarde, el impulso que se dio a la construcción de la Ciudad Universitaria, inaugurada en 1952.

En lo que se refiere a la política exterior, Jaime Torres Bodet, consciente de la importancia que tenía el mundo prehispánico en la historia universal, promovió y realizó, junto con Fernando Gamboa, una gran exposición de arqueología mexicana en París. Con ello inició una línea de acción en nuestras relaciones internacionales. Sin embargo, también en esos años se tomó una de las decisiones más determinantes y controversiales en el destino de la cultura y la educación mexicanas: el modelo del sistema de televisión nacional.

El presidente Miguel Alemán se planteó la cuestión de qué modelo de gestión de la naciente televisión se aplicaría en el país: el sistema europeo de canales estatales o el de Estados Unidos, de carácter comercial. Para ello envió una comisión —encabezada por Salvador Novo— a Europa y a Estados Unidos para analizar en sitio las opciones.

A su regreso, este grupo señaló su preferencia por el sistema europeo, por sus características culturales y educativas. Sin embargo, el gobierno optó por el modelo estadounidense, con lo que la cultura y la educación perdieron —con su ausencia durante mucho tiempo— un espacio y un medio fundamental. A ello contribuyó también la comunidad intelectual, que recibió con enormes prejuicios el nuevo instrumento de comunicación. Ello queda claro en la famosa frase atribuida a Andy Warhol, quien definía a la televisión como "la caja idiota", máxima que fue adoptada inmediatamente por los intelectuales mexicanos. No sería sino hasta 1959, año en que se fundó el Canal 11 del Instituto Politécnico Nacional, cuando la educación y la cultura tuvieron un lugar propio en ese medio, a pesar de algunas esporádicas apari-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

ciones de personajes, como el propio José Vasconcelos, en una serie llamada "Charlas mexicanas", trasmitida en 1957 por Telesistema Mexicano, de Emilio Azcárraga Vidaurreta y recientemente (2006) retransmitida por TVUNAM.

Un hecho fundamental en esos años que no puede ser soslayado fue la aparición de la llamada Generación de Medio Siglo, que hacía referencia a quienes cursaban en 1950 sus estudios en la UNAM, en particular en la Facultad de Derecho, y a la revista que con el mismo nombre publicaba un distinguido grupo de estudiantes. Entre sus integrantes se encontraban Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero, Carlos Fuentes, Arturo González Cosío, Francisco López Cámara y Porfirio Muñoz Ledo, alrededor del cual también estarían algunos personajes que integraron el grupo Hyperion, como Luis Villoro, Emilio Uranga, Ricardo Guerra y los hermanos Pablo, Henrique y Manuel González Casanova.

Todos ellos fueron, desde la UNAM, un factor determinante en la vida intelectual de México desde los años cincuenta hasta los setenta, cuando la política los alcanzó en su intento por revivir las glorias que la generación vasconcelista había logrado en el poder. Esta generación había sido formada por algunos de los más notables profesores del exilio español que llegó a México, como Manuel Pedroso y José Gaos. Su presencia habría de dar sentido y perfil a mucho de lo que ocurrió en esos años en el ámbito artístico e intelectual.

La apuesta política de ese grupo seguía siendo el nacionalismo revolucionario, pero ya con una mirada crítica con respecto a la ausencia de democracia y a los rezagos sociales persistentes. El triunfo de la Revolución cubana, en 1958, habría de renovar el espíritu antiestadounidense de este grupo y su ánimo por buscar nuevos caminos para los postulados de la Revolución mexicana. En la revista *Política*, que fundara en 1960 y dirigiera Manuel Marcué Pardiñas, que fue el epicentro de la crítica política en esos años, se encontraron los miembros de la Generación de Medio Siglo con los militantes más destacados de la izquierda mexicana en esos tiempos.

Las primeras actividades y publicaciones de esta generación coincidieron con el gobierno del presidente Adolfo López Mateos (1958-1964). Como estudiante, López Mateos fue un activo seguidor de José Vasconcelos cuando éste intentó alcanzar la Presidencia; como Presidente dio un notable impulso a la cultura por medio de su Secretario de Educación Pública: el escritor y poeta Jaime Torres Bodet, quien ya había ocupado antes esa posición, miembro del grupo de los Contemporáneos, y quien había sido director general de la UNESCO.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Durante esos años se creó y amplió de manera espectacular la infraestructura museística nacional en la ciudad de México. Así, se edificaron magníficos museos: el Nacional de Antropología e Historia, el de Arte Moderno y el del Virreinato, en Tepotzotlán, entre otros. En ese mismo periodo se privilegió a la cultura como un instrumento de la política exterior mexicana, al crearse la Dirección de Asuntos Culturales de la Secretaría de Relaciones Exteriores, con el maestro Leopoldo Zea a la cabeza.

El gobierno siguiente, el de Gustavo Díaz Ordaz, llevó al régimen priista —en 1968— a la mayor confrontación histórica que haya tenido el Estado con el mundo cultural y académico, a pesar de contar entre sus colaboradores con un novelista de la talla de Agustín Yáñez, como secretario de Educación Pública, y con un gran ensayista, José Luis Martínez, al frente del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA).

Luis Echeverría, por su parte, tuvo un discurso con un gran contenido nacionalista en lo cultural, pero su "populismo" político —como todos— no dejó de tener profundos rasgos anti-intelectuales. Durante este periodo los intelectuales fueron calificados de "elitistas" y poco nacionalistas. Se manejó un esquema de supuesta atención a los intereses populares, más con afanes de manipulación e instrumentación política, particularmente antiestadounidense, que con un carácter auténtico de proyecto cultural. Durante la Presidencia de Echeverría se creó un clima de rechazo a ciertas expresiones culturales e intelectuales que propició, incluso, rumores como el del cierre de instituciones como el INBA. Éste tuvo, por ese tiempo, uno de sus periodos más inestables. A lo largo de seis años se sucedieron tres directores: Miguel Bueno, filósofo; Sergio Galindo, escritor, y Luis Ortiz Monasterio, arquitecto.

Durante este periodo y el siguiente —el de José López Portillo— el *leitmotiv* de la política cultural era su obligatoria vinculación con la idea de la "identidad nacional" como defensa ante la amenaza que se suponía representaba, para "lo mexicano", la expansión de la cultura estadounidense, es decir, el *American way of life*. Son los años a los que Carlos Monsiváis se refiere como los de la "primera generación de norteamericanos nacidos en México".

El presidente José López Portillo, quien era un hombre culto e informado y tenía una esposa —Carmen Romano— amante de las artes, impulsó, por iniciativa de ella, la construcción de teatros y espacios para el arte en diversas ciudades del país. De igual manera, realizó el primer intento de modernizar la estructura, organización y funcionamiento de las institucio-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

nes culturales del gobierno federal por medio de la creación del Fondo Nacional para Actividades Sociales (Fonapas). Sin embargo, esta acción, aunque bien intencionada y apuntando en la dirección correcta, minó —por venir directamente de la Presidencia— a otras instituciones, como al INBA, que en ese momento contaba con uno de sus mejores directores, Juan José Bremer, y quien fuera "renunciado" de manera ominosa por el propio Presidente.

LA UNIVERSIDAD COMO ALTERNATIVA CULTURAL

La Universidad Nacional Autónoma de México ocupa un lugar privilegiado en todos los ámbitos del pensamiento en América Latina. Desde la idea original de Justo Sierra y la magnífica labor, en la Dirección de Difusión Cultural, de Jaime García Terrés, hasta la recuperación del prestigio de la Universidad en el periodo del rector Juan Ramón de la Fuente, la UNAM se ha mantenido a la vanguardia del arte y la promoción cultural en México.

La UNAM ha tenido un papel privilegiado en todos los ámbitos del desarrollo nacional a partir de su refundación en 1910-1929. A ella se debe el México moderno. En los ámbitos de infraestructura, salud, educación y ciencia, la Universidad habría de desempeñar un papel definitivo a partir de los años cincuenta y sesenta.

Uno de los fines que por ley debe realizar la Universidad Nacional Autónoma de México es: "extender con la mayor amplitud posible los beneficios de la cultura" (artículo primero de la Ley Orgánica de la Universidad Nacional Autónoma de México). Precisamente, uno de los papeles característicos que ha desempeñado ha sido la difusión cultural. En este campo sus contribuciones han sido esenciales para llenar los vacíos que fue creando la incapacidad y la burocratización, a veces, de los organismos de gobierno dedicados a ello.

Su refundador, Justo Sierra, estaba convencido de que la Universidad Nacional sería un factor de integración y un motor para la modernización del país. Las ideas plasmadas en el discurso de la reinauguración de la Universidad en 1910 siguen vigentes, pues definen, en muchos sentidos, la identidad y la manera de la vida intelectual de México en la segunda mitad del siglo XX, especialmente durante la época de los rectores Nabor Carrillo e Ignacio Chávez y la respectiva conducción cultural de Jaime García Terrés (1953-1965).

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Ciertamente, la UNAM no es la única institución que ha hecho difusión cultural en México. La tradición, como se ha visto, ha distinguido al Estado como el principal "mecenas" de la cultura y las artes en nuestro país. Pero, no obstante que los distintos gobiernos hayan cumplido en mayor o menor medida a este respecto, su labor no siempre ha sido suficiente para abarcar la amplia y rica comunidad creativa nacional ni para atender las demandas de un público que crece constantemente, mucho menos para resistir sus afanes de búsqueda y vanguardia.

Es cierto que México no padeció un "arte oficial" explícito luego de la lucha armada de 1910, tal como sucedió con otras revoluciones, como la soviética, en donde se impuso el realismo socialista, o la cubana y la china, cuya revolución cultural estableció una sola línea estética válida, la "comprometida políticamente". Sin embargo, en México sí se sufrieron los efectos de la censura y el control —en particular en el cine y, más tarde, en la televisión— a ciertas expresiones artísticas críticas de carácter político o que afectaban a determinadas instituciones, como la Iglesia católica, el Ejército, la figura presidencial o una abstracta y caprichosa "moral pública".

La creación también se vio limitada en ciertos momentos por el monopolio de determinadas corrientes artísticas y grupos que percibían una parte mayoritaria de los recursos que el Estado otorgaba para este sector. Por ello, la participación de otras entidades públicas y privadas fue fundamental para abrir los horizontes de la cultura a nuevas opciones.

Tradición universitaria y cultural

Junto con la docencia y la investigación, la difusión cultural universitaria ha sido siempre uno de los fines principales de la institución. La Universidad ha tenido gran cuidado en la transmisión tanto de nuestra herencia cultural y patrimonial —tangible e intangible— como de nuestras tradiciones y valores. Este empeño lo comparte con otras entidades; sin embargo la búsqueda constante de nuevos paradigmas estéticos, la permanente relación con la gente joven y una apertura sin restricciones a lo que sucede en otras latitudes la convierten en una entidad única.

Durante las jornadas del año 1929 que dieron lugar al régimen de la autonomía universitaria, Alfonso Caso —entonces director de la Escuela Nacional Preparatoria— comentó en el periódico *El Universal* del 25 de junio el proyecto de ley que el Presidente de la República había dado a

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

conocer días antes. En su opinión, advirtió que la autonomía no tenía por objeto terminar con la agitación estudiantil, sino que su propósito era "más alto y más duradero" (Caso, 1984: VII-VIII).

En la nueva Universidad Autónoma se le dio igual importancia a la difusión cultural que a la docencia y a la investigación. La autonomía universitaria dio pie no sólo a una independencia administrativa, sino también y, sobre todo, al pleno ejercicio de la libertad de cátedra. Trasladado ello al mundo de la cultura y las artes, esta libertad le ha permitido a la Universidad brindar no sólo a sus integrantes y, en particular, a los miembros de la comunidad artística e intelectual, sino a toda la sociedad mexicana, espacios excepcionales de creación, como no lo ha hecho otra institución.

La UNAM cuenta hoy con la infraestructura cultural más importante de México —después de la que tiene en sus manos el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes—, pero no sólo es la riqueza material lo que caracteriza la vida artística y cultural universitaria. A lo largo del siglo XX, el quehacer de la UNAM en este campo ha tenido un sello distintivo. Así, la libertad que disfrutaron los creadores en la Universidad —artistas plásticos, directores de escena, escritores, cineastas, realizadores de programas radiofónicos— fue la más amplia que la ciudadanía haya podido compartir en el contexto nacional hasta prácticamente los años ochenta, cuando se empieza a liberar y diversificar la oferta cultural en el país y comienza la apertura política en todos los medios de comunicación.

No sin dificultades, estirando siempre sus márgenes, la Universidad pudo hacer experimentos teatrales que fuera de ella eran impensables, tanto por la censura como por las limitaciones comerciales. Cuando una visión mojigata y paternalista impedía que los mexicanos vieran el cine que se hacía en muchas otras partes del mundo —salvo durante los 15 días que duraba una Reseña Internacional de Cine, en los años sesenta—, en la Universidad, de manera permanente, sabíamos lo que estaban produciendo los cineastas de la nueva ola francesa, del cine nuevo brasileño, o recuperábamos lo mejor del neorrealismo italiano. En el Auditorio Justo Sierra pudo verse la otrora censurada película mexicana *La sombra del caudillo*, muchos años antes de que se levantara su prohibición y pudiera ser exhibida en las salas cinematográficas comerciales. Podría decirse que fue en los cineclubes de la Universidad donde se creó un verdadero público cinematográfico, un amplio núcleo de espectadores enterados y críticos ante lo que se exhibía. Se trataba de "cinéfilos", como los definiría recientemente José de la Colina.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

En cada una de las artes ocurría otro tanto. La música electroacústica encontró su espacio en Radio Universidad y en los conciertos de la Facultad de Medicina. En el Auditorio Justo Sierra se difundió lo mismo a Stravinsky y a Hindemith que a Varese o Ligeti. Los nuevos compositores mexicanos, como Julio Estrada y Mario Lavista, contaron con inmejorables escuchas para estrenar sus obras.

En las artes plásticas, el Museo Universitario de Ciencias y Artes, bajo la dirección de Helen Escobedo, abrió sus puertas a quienes destruían la "cortina de nopal" —como la definiera José Luis Cuevas— erigida por la Escuela Mexicana de Pintura. El museo recibió la obra de quienes se resistían a seguir la ruta que, en las postrimerías de su esplendor, los muralistas pretendían imponer a los jóvenes pintores en los años sesenta.

En Radio Universidad, distinguidos intelectuales comentaban las novedades bibliográficas y los contenidos de las revistas más importantes del mundo, que circulaban con escasez en nuestro país. De igual forma, analizaban el acontecer nacional e internacional, como lo hacían Enrique González Pedrero, Víctor Flores Olea o Francisco López Cámara.

Es de recordar un estupendo recuento de la literatura colombiana en voz de un joven llamado Gabriel García Márquez. Otros jóvenes imaginativos e irreverentes, entre ellos Nancy Cárdenas y Carlos Monsiváis, retaban con humor al *establishment* en el legendario programa dominical El Cine y la Crítica, y en el no menos memorable La Hora de los Niños, del mismo Monsiváis y Juan López Moctezuma. El jazz, historiado por este último, y la música popular mexicana, rescatada por Arturo e Irene Warman o por Raúl Hellmer, encontraron su lugar al lado de Mozart, Beethoven o Bach.

En el teatro, la Universidad experimentó con obras como las dirigidas por Juan José Gurrola o Héctor Mendoza, quienes a menudo escandalizaban a las buenas conciencias. Desde un *Don Gil de las calzas verdes* en patines, montado en el frontón cerrado de Ciudad Universitaria, hasta *Lástima que sea puta*, de Salvador Garcini, o el *Morelos* de Vicente Leñero y dirigido por Luis de Tavira, el teatro universitario renovó el panorama escénico mexicano.

Movimientos como los de Poesía en Voz Alta y Teatro en Coapa propusieron un modo de hacer teatro que se distinguió por su imaginación a la vez que por su rigor, por su entusiasmo y por su disciplina. Tales esfuerzos no tardaron en verse recompensados tanto por la respuesta del público como por variados reconocimientos, tal como el que se otorgó a la puesta en escena de *Divinas palabras*. Ésta mereció el primer premio del Festival Internacional de Teatro Universitario, celebrado en Nancy, Francia, en 1963.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Así pues, y como bien se resume en la *Crónica 1989-1992* de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, "los movimientos artísticos, las vanguardias culturales, las polémicas intelectuales, los experimentalismos estéticos que a veces se revelarían también como formas nuevas del comportamiento y la convivencia sociales encontraron y encuentran en la Universidad apoyo e impulso" (UNAM, 1992: 13).

El medio siglo de oro de García Terrés

Sobre los 12 años que Jaime García Terrés se mantuvo como director de Difusión Cultural y de la revista *Universidad de México* (1953-1965) contamos con testimonios sumamente elocuentes. Recordemos los de José Emilio Pacheco y Álvaro Matute. El primero destaca que a García Terrés le correspondió dirigir la revista "en su mejor momento", así como "renovar la difusión cultural universitaria en todos los ámbitos" (Pacheco, 1996: 6). Pacheco inserta esos 12 años dentro de una época más amplia que no duda en llamar el "medio siglo de oro" de la cultura mexicana.

Esta misma época fue la que se inició alrededor de 1950 en el terreno de la literatura y la crítica, con la aparición de obras como *Libertad bajo palabra*, de Octavio Paz, *Varia invención*, de Juan José Arreola, o *El llano en llamas*, de Juan Rulfo. De igual modo, surgen publicaciones periódicas como el suplemento "México en la cultura", de Fernando Benítez, y la propia y renovada revista *Universidad de México*. Agreguemos también la colección Letras Mexicanas —que editó el Fondo de Cultura Económica— y que "llega a su fin en las proximidades del año 2000, cuando mueren García Terrés, Paz y Fernando Benítez" (García Terrés, 2003: 9). Pacheco concluye que a García Terrés, el "gran animador", le debemos, entre tantas otras cosas, la fundación de la serie de discos Voz Viva de México, la fundación de la Casa del Lago y la publicación del primer *Recuento de poemas*, de Jaime Sabines.

Álvaro Matute, por su parte, en una entrevista con García Terrés para la *Revista de la Universidad*, habla desde su "perspectiva personal, como estudiante universitario de los tempranos sesenta" (Matute, 2000: 819). Entre los alicientes que la política cultural de ese entonces ofrecía al estudiantado menciona éstos: la participación en grupos teatrales y la asistencia a representaciones de teatro experimental —"algunas de las mejores escenificaciones del momento"—, la asistencia a cineclubes "en los que se des-

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

cubría a la *nouvelle vague* y a clásicos de la cinematografía", conferencias en la Casa del Lago a cargo de Carlos Fuentes, Ramón Xirau, Juan García Ponce, Salvador Elizondo y muchos otros sobre "personajes de la literatura universal, amparados por la pregunta ¿Quién es? y el complemento podía referirse a Stephen Daedalus o José K." (Matute, 2000: 819). También había coloquios sobre los clásicos del siglo XX, como Einstein, Freud, Stravinsky, Picasso. "En suma, la difusión cultural universitaria atravesaba por una de sus mejores épocas en espacios modestos como la propia Casa del Lago, el Teatro del Caballito, el Auditorio de la Facultad de Medicina —sede de los conciertos de cámara dominicales— y el Auditorio Justo Sierra, sitio de encuentro del Cine Club de la Universidad […] La *Revista de la Universidad* era una parte de esa totalidad" (Matute, 2000: 820).

Atacada a la vez por la derecha y la izquierda políticas, la revista sostuvo en todo momento su respeto por las diferencias de criterio y fue muy cuidadosa del nivel en que había propuesto mantenerse. En la presentación de *Nuestra década: la cultura contemporánea a través de mil textos*, antología de la revista, su director afirmaba: "Gustosos hemos alojado [en ella] plurales modos de pensar, dentro de un exclusivo celo por la honestidad intelectual, la solidez crítica y la supresión de cualquier especie de bajeza o demagogia" (UNAM, 1964: 7).

El episodio de la publicación y persecución en 1965 de un estudio antropológico, *Los hijos de Sánchez*, de Óscar Lewis, es ejemplo del esfuerzo que la revista —y la UNAM toda— hacía por elevar el nivel de la discusión y la calidad de una convivencia democrática. En su momento, la revista incluyó comentarios adversos al libro. Le criticó que careciera de la naturaleza documental que pretendía, se opuso a la invalidez científica de su método, a su escasa calidad literaria, a que aislara ciertos datos de su contexto, a la credulidad de su autor o su inclinación al melodrama.

Sin embargo, cuando a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística se le ocurrió demandarlo judicialmente, por "su lenguaje soez y obsceno", por "sus opiniones calumniosas, difamatorias y denigrantes contra el pueblo y el gobierno de México", la revista salió en defensa del autor, de la obra, de la editorial y de la libertad de expresión. "¿Desde cuándo opinar constituye un crimen en nuestro país? […] Son gestos como éste [el de la SMGE] los que en realidad pueden denigrar a México. La censura de las ideas perjudica, sin duda, más al censor que al censurado […] Se halla en juego el prestigio de la tradición liberal mexicana. Lo que es más importante, se halla en juego la libertad de expresión en nuestro país" (García

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Terrés, 2003: 527). Éste es, seguramente, uno de los capítulos más lamentables de la historia cultural mexicana del siglo pasado. Como consecuencia de este intento de censura, el entonces director del Fondo de Cultura Económica, Arnaldo Orfila, fue obligado a renunciar. Afortunadamente, con el apoyo de la comunidad, pudo dar paso a una nueva casa editorial: Siglo XXI.

Una reflexión que hiciera Jaime García Terrés acerca de la cultura y el papel que ésta representa en la sociedad explica sus afanes. La cultura, decía, no es "un pilón prescindible"; sus manifestaciones "constituyen un factor necesario para la orientación y el enriquecimiento de la vida colectiva, y el desatenderlas mutila y desvirtúa la noción misma del progreso" (García Terrés, 2003: 500).

El ambiente y todas estas acciones que se vivían en la UNAM están seguramente detrás del espíritu que impulsó e inspiró a los jóvenes de 1968 a movilizarse en las calles con ideales libertarios e iconoclastas. Por primera vez en la historia una generación se sabía claramente parte del mundo y, aunque el desenlace haya sido trágico, el arte y las ideas que circularon entonces en los espacios universitarios acabaron abriendo las puertas de la democracia, de la liberación femenina y de muchas cosas más.

Así, la UNAM fue creando lo que seguramente hoy es una de las más sólidas infraestructuras para la cultura y las artes, no sólo de México, sino de América Latina. De ello dan testimonio, por principio de cuentas, la Sala de Conciertos Nezahualcóyotl, —inaugurada en 1976 y, sin duda, la mejor en su género de Latinoamérica— que, junto con los teatros Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz (1979), son escenarios que constituyen el núcleo del espléndido Centro Cultural Universitario. Este espacio dispone también de una de las pocas salas concebidas exclusivamente para la danza en México, la Miguel Covarrubias, y dos salas cinematográficas, además de albergar el Centro Universitario de Teatro.

La UNAM cuenta también con tres centros culturales más en otras concurridas zonas de la ciudad: la Casa del Lago —de rico historial dentro del Bosque de Chapultepec—, el Museo Universitario del Chopo —en la zona norte de la ciudad— y el Antiguo Colegio de San Ildefonso —en colaboración con el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y el Gobierno de la ciudad de México. Vale la pena mencionar igualmente al Teatro Santa Catarina, en Coyoacán, así como importantes espacios museográficos, como el Museo Universitario de Ciencias y Artes, en sus dos sedes: MUCA Campus y MUCA Roma.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

A lo anterior han de sumarse los auditorios y teatros de las escuelas y facultades, algunos de gran tradición, como el Justo Sierra de la Facultad de Filosofía y Letras, en donde antes de la creación del Centro Cultural Universitario se desarrollaban los conciertos de la Orquesta Filarmónica de la UNAM y las funciones del Cine Club de la Universidad y del Cine Debate Popular. Además, en 2007, la UNAM concluyó la construcción —bajo el rectorado de Juan Ramón de la Fuente— del Museo Universitario de Arte Contemporáneo en Ciudad Universitaria, que ya se ha constituido como uno de los más importantes de América Latina, y puso en marcha el Centro Cultural Tlatelolco, al norte de la ciudad, a la par que recuperó en 2006 el Museo El Eco, concebido y construido por Mathias Goeritz en la década de los cincuenta.

La Universidad, en este sentido, contribuyó a la formación y al cambio del modo de percibir y vivir la cultura de varias generaciones con una visión menos solemne, más amplia, abierta y cosmopolita del arte y su significado social. Hoy el público abarrota lo mismo el Auditorio Nacional para ver espectáculos clásicos —como la Royal Ballet Company — que para gozar de artistas populares —como Café Tacuba. Participa igual de las polémicas artísticas y políticas, exige acceso a una mayor oferta cultural y ha provocado el aumento en la cantidad de suplementos culturales. Sin embargo, los tirajes de libros siguen siendo mínimos. Frente a estos grupos existe una gran mayoría que no accede ni consume cultura, salvo los domingos en el quiosco del pueblo o en las imágenes de la incipiente televisión cultural.

LA PUESTA AL DÍA

La creación del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) en 1988 significó un avance notable en la forma en la que el gobierno federal administra sus instituciones culturales. En este consejo se agruparon las grandes instituciones hasta entonces coordinadas por la Subsecretaría de Cultura de la SEP, establecida en el gobierno del presidente López Mateos.

Frente a quienes pensaban que debía crearse una secretaría de cultura, en los esquemas actuales, se consideró por personalidades —por ejemplo, entre otros, Octavio Paz— que ello sólo burocratizaría y politizaría aún más la de por sí ya compleja administración cultural. Lamentablemente, le dio vida sólo un decreto presidencial, que en la actualidad lo rige y que ha sido

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

causa de cuestionamientos, pues ha impedido que se comprenda el sentido de haberlo pensado así en su operación: como un conjunto de instituciones culturales sobre las que debiera actuar la presidencia del consejo de manera colegiada.

Aunque el consejo nace con la idea de dar continuidad en lo esencial y obviamente adecuado a los nuevos tiempos, al proyecto vasconcelista, su concepción tuvo una grave omisión. La Secretaría de Educación Pública cada vez ha tendido más a separar la cultura del proceso educativo y al afortunado proceso de fortalecimiento de las instituciones de difusión de la cultura lo ha venido acompañando el lamentable deterioro de la relación entre educación y cultura, en particular en el campo de las artes.

Uno de los hechos más positivos sucedidos gracias y paralelamente al surgimiento del consejo fue la creación del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca), que buscó poner en manos de los creadores las decisiones del cómo y a quiénes se deben otorgar los apoyos que, hasta entonces, entregaban discrecionalmente los funcionarios en turno. Sin duda, éste ha sido —a pesar de algunos cuestionamientos sobre su operación cotidiana— el cambio más importante de la política cultural del Estado mexicano desde la época de Vasconcelos.

El primer presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes fue Víctor Flores Olea, personaje vinculado con la "izquierda", escritor, diplomático, miembro de la Generación de Medio Siglo. Flores Olea tuvo que "renunciar" poco después del polémico Coloquio de Invierno, que confrontó a los grupos de Octavio Paz y a la revista *Vuelta* con Héctor Aguilar Camín y la revista *Nexos*.[5]

En esos años se tomaron dos decisiones igualmente fundamentales: la creación del Canal 22 de televisión abierta, dedicado en exclusiva a la difusión cultural, y la creación del Centro Nacional de las Artes, destinado a albergar las escuelas superiores de arte del INBA.

El arribo de Rafael Tovar al recién creado Consejo Nacional para la Cultura y las Artes representó la llegada de una nueva generación y un nuevo estilo en las formas de la promoción cultural estatal. Si bien Tovar mismo y una parte de su equipo guardaban vínculos con los círculos aca-

[5] Desde entonces y hasta ahora, en algunos círculos intelectuales y políticos suele afirmarse que fue Octavio Paz el responsable de la salida de Víctor Flores Olea del Conaculta. Me parece que eso es atribuirle un poder al gremio intelectual que, entonces y con un presidente como Carlos Salinas de Gortari, no tenía. Pudo ser un elemento, pero la decisión final seguramente tuvo otras causales político-ideológicas.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

démicos e intelectuales de México, su característica principal fue —y es— constituir la primera generación de promotores culturales profesionales independientes de los grupos y cofradías del mundo cultural. Por razones personales y vocacionales, la mayor parte de este grupo se desarrolló en el ámbito de la cultura, no sólo en instancias gubernamentales, sino en sectores universitarios, sociales y privados.

A Rafael Tovar le tocó hacer realidad los proyectos del Canal 22 y del Centro Nacional de las Artes, instrumentar y estructurar el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, llevar a cabo importantes proyectos de rescate arqueológico en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y una gran actividad de difusión en el INBA. En ambas instituciones se inició una profunda vinculación con los sectores privado y social, lo que habría de incidir en el rumbo de la difusión cultural en México en los siguientes años.

EL ADVENIMIENTO DE LA DEMOCRACIA Y LA CULTURA. ¿EL OCASO DEL MECENAZGO ESTATAL?

En un mundo de recursos limitados, donde todavía se discute si vale la pena gastar en cultura frente a necesidades tan urgentes como el agua y la salud, la inversión en erudición y arte tiene que enfrentarse a la disyuntiva de a quién, cómo, cuándo y cuánto atender. Habría que comenzar por reconocer que, en su versión pos1910, el Estado mexicano jamás ha dejado de ver por el mundo de la cultura. La atención a intelectuales y artistas ha sido una constante que, como hemos visto, tuvo sus altibajos. Retórica aparte, por los motivos que fueran —manipulación, cooptación, búsqueda de legitimidad o, incluso, auténtica convicción— el apoyo a la creatividad ha estado presente siempre en el discurso oficial.

Los resultados de estas acciones son, por supuesto, discutibles. Para muchos, esta relación significó una suerte de castración de la comunidad. Sin embargo, si consideramos que a partir de los años sesenta —y en particular de 1968— la mayor parte de la crítica al sistema proviene de los intelectuales y de las universidades, no queda tan evidente este papel mediatizador.

Hay que recordar que en México la oposición política tiene dos fuentes importantes. La primera la constituyen los movimientos sociales de tipo campesino, obrero o de clases medias, que tienen un fuerte impacto tem-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

poral, pero que después, como producto de la cooptación, de la represión o de sus propias características, no llegan a consolidarse como oposiciones permanentes.

La otra es la intelectual, que surge en las universidades o en los medios —periódicos, revistas, grupos políticos— o alrededor de ellos. En algunos casos se ha dado lugar a partidos políticos, tal como sucedió con Manuel Gómez Morín y el Partido Acción Nacional o como se formó una parte importante de la izquierda mexicana, cuyos orígenes —desde el Partido Comunista hasta el Partido de la Revolución Democrática— y principales núcleos de militancia y dirigencia tienen raíces más intelectuales que obreras.

Por otra parte, los gobiernos de priistas y antecesores —debido a su carácter pragmático— pocas veces intervinieron en el contenido del quehacer artístico, lo que implicó que —con la excepción del cine y la televisión, en donde hubo durante mucho tiempo formas de censura— pocos fueron los hechos de intervención abierta y directa para cambiar contenidos. Es posible que en muchos casos se tratara de autocensura o incluso, durante muchos años, de una coincidencia ideológica real. En una época, el discurso nacionalista era compartido por el Estado —que lo usaba como fórmula de unidad nacional para borrar las diferencias y las desigualdades sociales— y por muchos creadores que lo veían —y ven— como una fuente de vinculación auténtica con el "pueblo", frente a lo que califican de versiones elitistas, extranjerizantes e imperialistas de la cultura.

El valor real de esa política que habría de marcar el perfil y el desarrollo cultural de México en el siglo XX puede aquilatarse si lo comparamos con lo que ha comenzado a suceder con el advenimiento de la democracia electoral. El fin del siglo significó un cambio político profundo que tuvo repercusiones también en el mundo de la cultura. Al ser éste uno de los campos en los que antaño se fincaba parte del proceso de legitimación sexenal del régimen priista, el advenimiento de procesos electorales creíbles hizo innecesaria la aplicación de las fórmulas tradicionales.

Si bien durante todo el gobierno del presidente Ernesto Zedillo los apoyos al mundo cultural continuaron y, en algunos aspectos, se enriquecieron, también es cierto que Zedillo ya no necesitaba presumir de sus relaciones con intelectuales y artistas con fines políticos, pues su triunfo era tan claro y evidente que no tuvo cuestionamientos. De esta manera, sus vínculos con algunos intelectuales fueron producto de una sincera admiración y respeto, como sucedió entre él y Octavio Paz.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Por otra parte y como origen de estos cambios, el país también se había transformado en este terreno. La vida artística e intelectual había empezado a descentralizarse; la ciudad de México no era ya el único foco de creación y difusión del pensamiento. Otros estados cobraron gran importancia, como Jalisco, en donde se creó, bajo los auspicios e impulso de la Universidad de Guadalajara, la feria de libro más importante de habla española. Destacan, además, los casos de Monterrey en la danza y las artes plásticas, con importantes actividades y apoyos privados, entre los que destacan los de Yolanda Santos y Lorenzo Zambrano, respectivamente; Xalapa y la Universidad Veracruzana, en la música y la danza; Tijuana, con la creación del Centro Cultural Tijuana, durante el gobierno de López Portillo, que dio un gran impulso a la vida cultural de la ciudad, en particular a las expresiones alternativas.

Mención especial merece el caso de Oaxaca, en donde la convergencia de intereses entre un grande y generoso artista, Francisco Toledo, con un importante, sensible y lucido filántropo, Alfredo Harp, han hecho resurgir y dotar a esta esplendida ciudad de un rica actividad cultural, particularmente museística.

Fundaciones privadas han intensificado sus mecenazgos, apoyando a las artes escénicas, enriqueciendo sus colecciones y abriendo nuevos museos, como el Soumaya de la Fundación Carso, de Carlos Slim, el de la colección Jumex, el de la Fundación Banamex, con sus actividades propias y al frente de importantes patronatos de museos, como el del Museo Nacional de Arte que encabeza Roberto Hernández, el Franz Mayer, etcétera.

Además se crearon en los estados instituciones locales dotadas de presupuestos amplios, sus propios consejos e institutos de cultura, grupos artísticos, orquestas sinfónicas; compañías de ballet, teatro, danza folclórica; revistas que ya no dependían exclusivamente de las decisiones que se tomaban en el centro del país. A ello se sumó el hecho de una creciente participación privada en el mundo del arte. Es cierto que ésta siempre existió mediante las formas tradicionales —galerías, pequeños patronatos y mecenazgos discretos y privados, especialmente para pintores.

Sin embargo, a partir de esos años hubo una intensa participación de empresas y corporaciones que —siguiendo el ejemplo de las que llegaban a México con motivo de la apertura comercial propiciada por acuerdos como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte— comenzaron a utilizar la cultura como un instrumento de relaciones públicas.

En este panorama, la cultura habría de recibir a los nuevos actores políticos, producto de la alternancia de partidos en el poder, que incidió fundamen-

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

talmente en lo que había sido el centro nacional de cultura por excelencia: la ciudad de México. La hipótesis central de este trabajo es que la relación política entre el mundo de la cultura y los gobiernos posrevolucionarios priistas estuvo marcada por la conveniencia de estos últimos de utilizar al arte como una forma de legitimación. Por lo tanto, su interés en definir los contenidos del quehacer artístico era mínimo y circunstancial. Aquellos gobiernos se preocupaban más por dar una imagen de libertad en esa área, sabiendo que su incidencia en una población con índices muy bajos de lectura era poco significativa. Con la televisión como fuente casi única de información, se pensaba que estos sectores se mantenían ajenos a la crítica política y social, provenientes del mundo intelectual. Con el arte y las ideas sólo tenía contacto incidental.

Esto, por supuesto, no opera igual con otros partidos y otras circunstancias. El PRI mismo era producto de una diversidad de intereses, ideologías y formas de pensamiento, por lo tanto, no podía imponer un criterio único: ¿el nacionalismo austero de Cárdenas o el "populista estruendoso" de Echeverría?; ¿el pretendido cosmopolitismo modernizador de Alemán, López Mateos y Salinas? La respuesta apuntaba a dejar cada uno a su tiempo y en su lugar y que la comunidad se acomodara donde mejor pudiera.

Este razonamiento, que puede parecer cínico pero práctico, no funciona con partidos que tienen una ideología clara y definida: una, conservadora de orígenes católicos que predica una moral social asociada a esos valores y que, por lo tanto, piensa que la cultura y los artistas deben si no ceñirse a ellos, cuando menos no confrontarlos; otra, de orígenes partidistas, comunistas, socialistas y nacionalistas, comprometidos con las "causas del pueblo" y que, en consecuencia, también predica una moral social, paradójicamente, conservadora.

Ambas tendencias ven en la cultura moderna y cosmopolita amenazas a la identidad nacional y desintegradoras de "nuestros" valores. La consecuencia es obvia: un deseo de intervenir y "modelar" un sector que el primero desconoce porque le ha sido ajeno y que para el segundo resulta perturbador y poco confiable, a pesar de la simpatía que sus miembros puedan sentir por sus causas.

En términos generales, los dos gobiernos de Acción Nacional, producto de la alternancia política, han continuado en las mismas líneas que los del antiguo régimen priista. En términos presupuestales, incluso, han crecido los recursos asignados a la cultura. Sin embargo, la realidad es que la importancia política del sector para el gobierno federal parece haber disminuido de manera significativa.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Esto se comprueba no sólo porque el discurso retórico —en apariencia el mismo–se ve contradicho permanentemente por otras acciones,[6] sino porque la ausencia permanente de ideas sobre el quehacer cultural han resultado en múltiples muestras de desprecio al sector. Así, por ejemplo, la entrega de los premios nacionales de ciencias y artes, ceremonia rigurosa y protocolariamente respetada cada año por el "antiguo régimen", se ha llegado a aplazar varios meses en los gobiernos panistas y resulta poco a poco más deslustrada. La presencia cada vez más reducida de artistas e intelectuales de talla en las ceremonias oficiales se ve compensada por la creciente presencia de personajes del espectáculo, sobre todo de la televisión comercial.

En este último aspecto, los gobiernos de "izquierda" de la ciudad de México han procedido de la misma forma. Salvo en el caso del gobierno de Cuauhtémoc Cárdenas —el primer gobernador electo de la ciudad en los tiempos recientes y quien nombró como jefe de cultura a un destacado escritor y promotor cultural, Alejandro Aura—, los siguientes hicieron prevalecer el interés político a corto plazo. Las principales actividades "culturales" de estos gobiernos se llevan a cabo en la principal plaza pública del país, con figuras del espectáculo y el apoyo de las empresas dedicadas ello.

Pareciera que, en tiempos de democracia, la legitimidad y la popularidad que antes se buscaba en los intelectuales hoy se busca en las figuras del espectáculo, de la televisión, del deporte y del cine, fundamentalmente y en ese orden. La tendencia global, denunciada entre otros por Mario Vargas Llosa, de apostar a la cultura del espectáculo por encima de los valores estéticos y trascendentes ha encontrado en la "transición democrática" mexicana un gran espacio.

CONCLUSIÓN

Las formas de utilización política de la cultura, de artistas e intelectuales en México, que conocimos en el siglo XX, ha llegado a su fin con el advenimiento de la democracia electoral. Seguramente la relación entre los intelectuales y el poder habrá de continuar, porque corresponde a mutuas fascinaciones y afinidades permanentes. Por un lado, siempre estarán presentes el dilema del

[6] Las anécdotas y dichos del presidente Vicente Fox respecto de la cultura son múltiples. Pero mas allá de lo que pueden ser errores involuntarios, lo cierto es que afirmaciones como: "Aprendí a leer en las nubes" o "No lean los periódicos si quieren ser felices" bastarían para entender cuál es el nuevo espíritu.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

intelectual de "contar aquí y ahora o para la historia" y, por el otro, siempre estará presente la búsqueda de absolutos del político. Pero la forma de la relación entre los "príncipes" y sus "consejeros" cambia constantemente: a veces *factotum*, otras "bufones" ilustrados, pero indisolublemente asociados.

La democracia electoral cambió la relación que se inició con el siglo XX, pero la política siempre necesitará del mundo de las ideas, de un modo u otro.

REFERENCIAS

Carrillo, J., 1940. *Génesis de la revolución musical del "Sonido 13"*. San Luis Potosí, Ediciones Sonido 13.

Caso, A., 1984. Los fines de la Universidad Nacional, *Nuestro México* (15): La autonomía universitaria [tomado de *El Universal*, 25 de junio de 1929].

CEH (Centro de Estudios Históricos), 2000. *Historia general de México. Versión 2000*. México, El Colegio de México.

Fell, C., 1989. *José Vasconcelos: los años del águila*. México, UNAM.

García Terrés, J., 2003. *Iconografía. Presentación de José Emilio Pacheco*. México, Fondo de Cultura Económica-DGPYFE, UNAM-El Colegio Nacional.

Krauze, E., 1999. *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*. México, Tusquets.

Matute, Á., 2000. Los espacios de la literatura (diálogo con Jaime García Terrés), en J. García Terrés, *Obras*. III. *La feria de los días, 1953-1994*. México, El Colegio Nacional-Fondo de Cultura Económica, pp. 815-834.

Monsiváis, C., 2000. Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX, en CEH, *Historia general de México. Versión 2000*. México, El Colegio de México, pp. 957-1076.

Pacheco, J.E., 1996. Tres momentos en la lectura de Jaime García Terrés, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, Nueva Época (308).

Reyes, A., y J.L. Borges, 1998. *La máquina de pensar y otros diálogos literarios*. Recopilación y notas de Felipe Garrido. México, Asociación Nacional del Libro.

Said, E.W., 2004. *Cultura e imperialismo*. Barcelona, Anagrama.

UNAM, 1964. Nuestra década: la cultura contemporánea a través de mil textos, *Revista de la Universidad de México*.

UNAM, 1992. *Crónica. Coordinación de Difusión Cultural, UNAM, 1989-1992*.

CM EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010

Colaboraron en la producción editorial de este volumen:

en El Colegio de México,
la Dirección de Publicaciones,
María del Rocío Contreras Romo, Ana García Sepúlveda,
Juan Miguel García y Lorena Murillo Saldaña (coord.);

en Redacta, S.A. de C.V.,
Andrea Huerta, Eugenia Huerta y Antonio Bolívar (coord.).
Composición tipográfica y formación:
Socorro Gutiérrez y Patricia Zepeda.

Culturas e identidades,
volumen XVI de "Los grandes problemas de México",
se terminó de imprimir en junio de dos mil diez,
año del bicentenario de la Independencia y centenario de la Revolución,
en los talleres de Editores e Impresores Profesionales, EDIMPRO, S.A. de C.V.,
Tiziano 144, Col. Alfonso XIII, 01460 México, D.F.

EL COLEGIO DE MÉXICO 70 AÑOS 1940-2010